Indice

Presentación 9
Agradecimientos 11
Introducción 13

CAPÍTULO PRIMERO. MARCO TEÓRICO, ESTRATEGIA DE ESTUDIO Y CONTEXTO 19
I. Marco de desarrollo teórico 19
I.1. Hacia una definición de la Etnoarqueología 19
I.2. El desarrollo de la Etnoarqueología en España: Aproximación a un estado de la cuestión 34
I.3. El estudio de la tecnología cerámica 44
II. Metodología 71
II.1. El concepto de estrategia productiva 71
II.2. Fuentes utilizadas 74
II.3. El trabajo de campo: proceso de validación y obtención de datos 75
II.4. Registro de recogida de datos 76
III. Contextualización 87
III.1. Marco geográfico 88
III.2. Historia cultural del área 90
III.3. Evidencias sobre el origen mapuche de las poblaciones alfareras 115

CAPÍTULO SEGUNDO. LAS ESTRATEGIAS DE PRODUCCIÓN EN LOS VALLES CENTRALES DE CHILE 119
I. La producción mapuche 121
II. La aldea de Pomaire 125
II.1. Contextualización 125
II.2. Antecedentes 128
II.3. Taller doméstico con orientación industrial 142
II.4. Taller doméstico dependiente 146
II.5. Industria mecanizada 152
III. La aldea de Quinchamalí 152
III.1. Contextualización 152
III.2. Antecedentes 155
III.3. Unidad doméstica con alta orientación comercial 163
IV. La aldea de Pilén 173
IV.1. Contextualización 173
IV.2. Unidad doméstica con baja orientación comercial 175

CAPÍTULO TERCERO. ADAPTACIÓN, INNOVACIÓN Y RESISTENCIA EN LA PRODUCCIÓN CERAMICA 183
I. Trasformaciones en la producción cerámica mapuche: aparición de centros productivos especializados (siglos XVI-XVIII) 184
I.1. La producción cerámica en el «Wallmapu» 184
I.2. La producción cerámica de tipo mestizo al norte del Bío-Bío 185
II. Intensificación del proceso de producción y diversificación de estrategias productivas (siglos XIX-XX) 190
III. La diferenciación de dinámicas territoriales: cambio frente a continuidad 193
III.1. Aumento de la producción, adaptaciones medioambientales y especialización 193

III.2. Cerámica, género e identidad: la producción cerámica tradicional como elemento de construcción de la identidad femenina 198
III.3. Cerámica, género y territorio: transformaciones territoriales y modificaciones productivas 204

CAPÍTULO CUARTO. REFLEXIONES EN TORNO A LAS VINCULACIONES ENTRE LA CULTURA MATERIAL Y LOS PROCESOS SOCIALES 213
I. La organización del espacio de trabajo 214
II. Las formas cerámicas 224
II.1. Evolución de las formas cerámicas (siglos XVI a XX) 224
II.2. ¿Que nos dice la tipología? 228
III. La cadena operativa de fabricación 231
III.1. Análisis comparativo 231
III.2. Consideraciones en torno a la cadena operativa 239
IV. El proceso de especialización 247

Consideraciones finales 251
Índice de términos chilenos y mapuches 253
Bibliografía 259
Índice de figuras 287

A mis padres por su inagotable apoyo y ánimo
por encima de su bienestar personal

A mi abuela Francisca a quien seguro le hubiera
gustado ver finalizado este trabajo

«Mis manos son lo único que tengo
mis manos son mi amor y mi sustento»

Víctor Jara. *Lo único que tengo*

PRESENTACIÓN

El número 32 de la revista *MAYURQA* es un volumen especial. Lo es por varias y diferentes razones, todas ellas gozosas. Vayamos por partes. Constituye, en línea con una asentada tradición de las más prestigiosas publicaciones periódicas científicas, un suplemento monográfico en el contexto de la investigación etnográfica desarrollada desde nuestro propio departamento de *Ciències Històriques i Teoria de les Arts* por Jaume García Rosselló, profesor actual de Etnoarqueología e investigador del *Grup de Recerca Arqueobalear*. Resaltar esta cuestión no me parece baladí, pues la investigación etnoarqueológica, en el contexto académico español, no es una disciplina que cuente con gran predicamento, salvo honrosas y brillantes excepciones que el propio autor se encarga de explicar en la parte introductoria de este trabajo.

Nuestra universidad acumula una larga experiencia docente en este ámbito temático. Como recordarán, en los antiguos planes de estudio nuestro departamento impartió la asignatura de Antropología Cultural, perdida con la aparición de los nuevos que se iniciaron a principio de las década de los noventa. Su desaparición se debió a un exceso de celo de los burócratas ministeriales, encargados en aquél entonces de revisar los descriptores de las materias y su ubicación en los diferentes departamentos universitarios. Consideraron que con dicha denominación esa disciplina no podía impartirse en un departamento de ciencias históricas. Entre otras peregrinas razones, que no vienen al caso, el documento argumentaba (?) igualmente que la prehistoria de América no podía ubicarse en el Área de conocimiento de prehistoria, sino en el de historia Moderna. Ante tamaño desvarío, y frente a la imposibilidad de hacer prevalecer la lógica académica sobre la maquinaria burocrática, se nos ocurrió que cambiando el nombre de la «cosa», sin cambiar sustancialmente la «cosa», seguramente sería aceptado el borrador del plan de estudios y definitivamente aprobado. Así fue; y así es cómo pudo seguir impartiéndose una formación que considerábamos muy importante para los futuros historiadores y particularmente para los prehistoriadores y arqueólogos.

Anécdotas al margen, por muy sugerentes que resulten para explicar cómo se gestan muchos planes de estudio, lo cierto es que esta docencia impartida por más de dos décadas no se tradujo en ninguna línea de investigación sólida, más allá de algún puntual escarceo de estudios de etnología local de cariz descriptivo y, todo sea dicho, sin demasiada enjundia.

Debe reconocerse, no obstante, que resulta difícil y, en términos económicos, costoso mantener una línea sostenida de investigación de culturas aborígenes actuales, con metodología etnoarqueológica, en universidades de tamaño mediano, y no digamos en áreas de conocimiento infradotadas de medios humanos.

Sin embargo, a veces las excepciones se producen y la confluencia de factores diversos, pero todos ellos convergentes, hacen emerger lo que a primera vista parecía

inviable. En primer lugar, el factor humano, Jaume, alumno brillante donde los hubiere, tenaz e inquieto en el terreno intelectual hasta la extenuación del profesor que le dedicase atención, con un espíritu aventurero sin límite, al filo del desprecio al peligro. Jaume aprovechó una de las becas de estancia en países iberoamericanos que fueron promocionadas al calor del «Quinto Centenario» del descubrimiento de América, dentro del programa ministerial denominado Intercampus. Mediante el mismo marchó a Chile con un bosquejo de trabajo etnográfico centrado en las comunidades mapuches. Partió como otros muchos de nuestros alumnos de tercer curso de carrera, pero fue el único que regreso con las alforjas del intelecto repletas de ideas, o al menos fue el único que supo sacar provecho palpable de ellas. No sé cuántas veces volvió a Chile aprovechando los contactos con profesores chilenos y comunidades indígenas que durante su primera estancia pudo recolectar, el lo explica mejor en los prolegómenos de su trabajo. Su última y reciente visita ha sido como ponente del «VI Congreso Chileno de Antropología».

Por encima de las discusiones centradas en la aplicabilidad del método etnográfico como herramienta de interpretación arqueológica, debate que el autor no elude y afronta en uno de los capítulos iniciales, el paradigma de estudio que esta obra desarrolla está siendo de extraordinaria utilidad para una de las líneas de investigación que el propio Jaume lidera: las producciones cerámicas prehistóricas del Bronce Final y de la Edad del Hierro de las Baleares.

En puertas de las incertidumbres que se nos han abierto con la adaptación al «Espacio Europeo de Educación Superior» y, en consecuencia, la inminente elaboración de los enésimos planes de estudio de las dos últimas décadas, sería altamente deseable que se conservase la docencia y la investigación en ámbitos del conocimiento que con la finalidad de estudiar un pasado de la humanidad aún vivo, aunque tal vez agonizante. La antropología cultural, la etnología y la etnoarqueología no deberían constituir las guindas del pastel a repartir, si siquiera son contempladas en los borradores, sino ámbitos formativos relevantes de los futuros historiadores y arqueólogos. Seguiremos esperanzados, aunque las perspectivas no parecen halagüeñas.

Un profesor que se implica en la investigación como estrategia docente, y a la inversa, termina aprendiendo mucho de los alumnos, no de todos, pero sí de algunos. Yo debo reconocer que he aprendido mucho con Jaume, no sólo en lo académico, sino también en lo humano. Por suerte para nuestra universidad ha comenzado su formación como docente de nuestro departamento. Esperemos que los largos e intrincados vericuetos del sistema universitario no malogren una firme promesa de futuro.

Campus UIB, Palma, Navidad de 2007
Víctor M. Guerrero

AGRADECIMIENTOS

Normalmente cuando se finaliza un trabajo como el presente se está en deuda con muchas personas que, de una manera u otra, por su apoyo, ánimo o ejemplo han colaborado en nuestra formación personal y académica. Cuando, además, se trabaja con datos etnográficos la gratitud es doble, ya que los verdaderos protagonistas del estudio son las personas objeto del mismo.

Este trabajo nunca hubiera sido posible sin la colaboración de numerosos alfareros y alfareras, quienes de manera completamente desinteresada me trasmitieron su sabiduría y me ofrecieron su amistad y su casa. Entre ellos destacan las hermanas García, Delfina Aguilera, Teresa Muñoz, Olga Salinas, Gastón Montti, Silvana Figueroa y Delma Montti Figueroa. Quiero agradecer especialmente a estos últimos y a sus hijos el apoyo y trato recibidos, así como sus cuidados y cariño.

El desarrollo del presente estudio fue posible gracias a la obtención de una beca de cooperación interuniversitaria de estudiantes- E.AL 1999, otorgada por la Agencia Española de Cooperación Internacional. Dicha beca nos permitió realizar una estancia de dos meses en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación de Santiago de Chile, Facultad de Artes y Educación Física, Departamento de Artes Plásticas. Agradezco el trato que recibí durante mi estancia por todo el personal universitario, especialmente al equipo de relaciones internacionales y al profesorado del Departamento de Artes Plásticas. Gracias a todos ellos por haberme hecho sentir como en casa.

Al profesor Víctor Hugo López, le debo reconocimiento por haberme mostrado cómo moverme por una ciudad y una universidad nuevas para mí, así como por su trabajo como tutor y la supervisión del proyecto que llevé a cabo.

A Marianella Núñez y a Julio Meyer por permitirme participar en el taller de cerámica y facilitarme los contactos con algunos de los alfareros y alfareras con los que me entrevisté. Especialmente a Julio Meyer por su apoyo emocional y su sincera amistad. Lástima que estemos tan lejos el uno del otro.

Sin embargo, debo agradecer mi decisión de poner palabras a esta investigación a los doctores Víctor M. Guerrero y Manel Calvo, quienes siempre me han animado a investigar, me han dedicado parte de su tiempo de forma desinteresada y me han enriquecido con su amistad, además de contagiarme su pasión por la arqueología. Con ellos estaré siempre en deuda.

De todas las personas que me han ayudado durante todos estos años destaca el Dr. Víctor M. Guerrero. Desde los inicios nunca perdió la paciencia conmigo, si bien todo lo contrario me animó constantemente a publicar y difundir los resultados de mis investigaciones. Por lo que le considero mi maestro, no sólo en el ámbito académico, sino también en el humano.

Al Dr. Manel Calvo, ya que sin su incansable apoyo este trabajo no hubiera podido ni tan sólo iniciarse. Manel siempre nos ha trasmitido sus conocimientos de la forma más altruista que yo he conocido. En este sentido muchas de las ideas que aquí se exponen y la manera de abordarlas han surgido de innumerables horas de discusión y trabajo en equipo. Gracias por enriquecerme humana e intelectualmente cada día. Su ejemplo y consejo han sido lo que me han permitido no abandonar en estos años. Pero sobre todo por brindarme la oportunidad de disfrutar de su compañía.

A los directores del proyecto de excavación del yacimiento de Closos de Can Gaià, Tomeu Salvà y Manel Calvo, siempre dispuestos a contagiar su ímpetu e ideas. Por haber confiado en nosotros desde los comienzos, animándonos a investigar y aceptándonos en su equipo de investigación cuando sólo éramos estudiantes, periodo que recuerdo con añoranza y alegría.

El texto actual no hubiera sido posible sin las correcciones y rectificaciones del doctor Manel Calvo y el director del trabajo el doctor Víctor Guerrero, aunque sólo se pueden atribuir los errores al propio autor.

Tampoco habría muchas de las ideas que han ido surgiendo en las conversaciones con el resto del equipo del laboratorio de prehistoria de la Universitat de les Illes Balears del que formamos parte. En especial mi gratitud a Elena Juncosa, Miguel A. Iglesias, Joan Fornés y Carlos Quintana, a Miquel Capellà, Antonio Planas y al equipo del Ayuntamiento de Calvià. En definitiva a todos los miembros del equipo por su amistad y apoyo. Esto es para mí un motivo de orgullo.

Finalmente, y no por ello menos importante, a mi familia y amigos por su ayuda, paciencia y comprensión. Especialmente a Carolina Caballero por su colaboración en parte del trabajo de campo, las sugerencias al texto y los croquis y dibujos realizados, pero principalmente por sus cuidados y apoyo en los últimos meses de redacción de esta publicación.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años hemos desarrollado una línea de investigación orientada hacia el análisis tecnológico de la cerámica como herramienta para analizar ciertos aspectos de las sociedades prehistóricas (Calvo et al. 2004a y Calvo et al. 2004b). El presente trabajo pretende constatar la viabilidad de estos planteamientos, intentando establecer la correlación entre contexto social, tecnología cerámica y cultura material. Es por ello que nos pareció necesario realizar un estudio de la tecnología cerámica a partir de un análisis etnográfico que permitiera generar nuevos modelos interpretativos sobre el cambio tecnológico y la caracterización de producciones.

Los estudios etnoarqueológicos proporcionan la posibilidad de conocer cómo un grupo se relaciona con el entorno y con la cultura material que produce. Es decir, posibilita conocer las relaciones de la estática que encontramos en los yacimientos arqueológicos, con la dinámica, que es la manera en la que la sociedad se relaciona con la cultura material que produce. La relación entre dinámica y estática no permite realizar analogías de forma directa ya que las sociedades se comportan de un modo diferente según su medio ambiente, su contexto cultural y su pasado histórico. La validez de la recogida de datos y la interpretación de los mismos dependerá de las preguntas que se formule el investigador sobre el registro material que va a estudiar. El análisis de sociedades actuales con metodología arqueológica es ya de por sí etnoarqueología. Aunque su aplicación a la arqueología y a la prehistoria permite generar hipótesis sobre las sociedades pasadas y realizar ensayos sobre las limitaciones del método arqueológico.

El inicio de cualquier estudio de tecnología debería surgir de la documentación de las cadenas operativas de fabricación. Estas cadenas operativas permiten organizar las acciones del alfarero cronológicamente en base a la secuencia de producción determinada por el estado físico de la arcilla. A su vez proporcionan ciertas evidencias sobre la variabilidad tecnológica de las sociedades y la tradición tecnológica del grupo. Utilizando una metodología basada en la cadena operativa y su constatación etnográfica se pretende mejorar el marco teórico y metodológico sobre la interpretación arqueológica de la producción cerámica.

El concepto de Estrategia Productiva pretende superar el uso de la cadena operativa basada en aspectos tecnológicos y analizar otros relacionados con el contexto social de producción. Se refiere a la manera de actuar que tiene un grupo en función, no sólo de la tecnología utilizada en la fabricación de la cerámica, sino que incluye las actitudes condicionadas por la tradición que desarrolla la comunidad en su contexto histórico. Esto obliga a incorporar al análisis sobre la producción cerámica de un grupo aspectos sociales, económicos, ideológicos, el uso que se hace del espacio y las formas cerámicas que se fabrican. Se muestra por un lado, como una herramienta útil para aproximarnos al establecimiento de actitudes productivas grupales, más allá de las acciones individuales del

alfarero y la alfarera. Por otro, demuestra la necesidad de analizar la producción más allá de las cadenas operativas tecnológicas para poder interpretar, de forma mucho más exacta, los cambios en la producción y conocer los aspectos sociales e ideológicos.

La utilización del concepto de Estrategia Productiva permite crear modelos sobre los sistemas de producción analizando los elementos principales y eliminando aspectos de carácter secundario que responden a comportamientos particulares, no significativos para estudiar los comportamientos de grupo.

El estudio del cambio tecnológico nos permite abordar los procesos de cambio cultural en relación a la capacidad tecnológica del grupo. Estas transformaciones pueden originarse por motivos internos al grupo o por un proceso de aculturación. En este estudio se muestran modificaciones productivas que suponen la adaptación de tecnologías y técnicas ya conocidas, la resistencia a incorporar cambios y pequeñas innovaciones destinadas a mantener la tradición tecnológica sin necesidad de introducir infraestructuras que modificarían todo el sistema de producción. Estas modificaciones obedecen a aspectos identitarios e ideológicos, pero también a dinámicas territoriales y evoluciones históricas diversas.

La utilización del modelo de análisis basado en la Estrategia Productiva es muy útil para identificar la escala de producción, permitiendo analizar los elementos fundamentales y característicos de cada tipo productivo, además de comparar diferentes producciones.

Por todo ello, proponemos un estudio etnográfico e histórico de poblaciones actuales con una metodología arqueológica, es decir, utilizando una perspectiva etnoarqueológica. Se deben analizar los procesos de trasformación de la sociedad mediante la relación entre tiempo, memoria, cultura e historia porque el uso exclusivo de la memoria tiende a mitificar el pasado común del grupo.

Nuestros objetivos son:

— Ensayar el concepto de cadena operativa como herramienta de análisis tecnológico.

— Proponer indicadores materiales que posibilitan relacionar la cultura material con la dinámica de producción: organización de la producción, contexto económico, tipología y funcionalidad, cadena operativa tecnológica y análisis espacial.

— Evidenciar las limitaciones que genera la tradicional identificación de la fabricación de cerámica a mano (asociada a la producción doméstica) y cerámica a torno (asociada a la producción industrial) porque esta relación no es tan directa como parece.

— Conocer los elementos innovadores y conservadores que pueden generar cambios en la tecnología.

— Documentar qué motivos son los que generaron las modificaciones productivas o el mantenimiento de estrategias tradicionales a partir de la evolución histórica y el análisis del territorio.

— Conocer qué implicaciones se desprenden para la arqueología del análisis etnográfico de las estrategias productivas.

Nuestra hipótesis de trabajo pretende, por una parte, intentar establecer cómo a partir de unos orígenes étnicos y socio-culturales comunes, con unas estrategias productivas similares, se han desarrollado modos de producción diferenciados, según el contexto social, económico, identitario e ideológico del grupo. Por otra, se intenta reconocer cuáles son los cambios en la producción y sus motivaciones.

Por otra parte, nuestro estudio pretende dar repuesta a problemas surgidos de la interpretación arqueológica de la cerámica prehistórica con el objetivo de: 1) contrastar el método arqueológico, 2) establecer hipótesis a cerca de los motivos de cambio en la cultura

material de las sociedades y explicar cómo y por qué puede cambiar una producción, y 3) conocer el proceso de especialización del artesanado, así como la adopción de nuevas escalas de producción.

Respecto al primer punto, pretendemos evaluar la viabilidad de nuestras propuestas metodológicas sobre el establecimiento de cadenas operativas cerámicas prehistóricas y su uso como evidencia de procesos de modelado y manufactura.

En lo que se refiere al segundo punto, la idea es comprender los cambios que han sufrido las poblaciones alfareras especializadas como centros productores; ¿porqué se ha producido una substitución de sus técnicas alfareras en unos casos y en cambio en otros se ha producido una resistencia tecnológica?; y ¿cómo ese proceso se puede observar arqueológicamente? En el área de estudio hemos podido documentar históricamente cambios en la producción que evidencian desde aculturación, cambio cultural a simplemente cambios producidos por nuevos condicionantes socio-económicos.

Con el tercer punto intentamos conocer cómo se desarrolla el proceso de especialización cerámica y cuáles son los condicionantes en el marco de modificaciones generales del sistema de producción.

En relación a la producción en el centro de Chile nos planteamos las siguientes preguntas:

¿A qué se deben las modificaciones en las formas de las vasijas, la cadena operativa tecnológica, el sistema de distribución de los productos, la base subsistencial y la organización del trabajo, en definitiva porqué se adoptan nuevas estrategias productivas?, ¿a qué se debe que en un espacio geográfico reducido se observen tantas estrategias de producción diferentes?, ¿cuáles pueden ser los motivos del mantenimiento o del cambio tecnológico?, ¿porqué mientras unas unidades productivas optan por un mantenimiento tecnológico, otras deciden incorporar cambios en la producción? y cuando esto ocurre, ¿porqué existen diferentes ritmos de adopción de los cambios?, ¿la adopción de nuevas estrategias productivas, responde a un proceso de cambio producido desde dentro del grupo, o es más bien se trata de un proceso fruto de la aculturación?, ¿por qué estos grupos se especializan en la alfarería, cuando no conocemos situaciones de este tipo en territorio mapuche, donde la producción cerámica carece de relevancia dentro de los grupos y se fabrica para el autoconsumo en el ámbito familiar?

Desde el análisis del contexto histórico, mediante el conocimiento de las influencias entre grupos étnicos o culturales, podremos plantear nuevas hipótesis e interrogantes a cerca de la interpretación del registro arqueológico. Al unir procesos históricos y contemporáneos, con la intención de establecer una evolución en la fabricación de la cerámica, se pretende reflexionar sobre los fenómenos de contacto cultural y así establecer los aspectos materiales y tecnológicos que se han generado por medio de la interrelación entre las poblaciones.

Por ello, intentamos reconstruir la historia cultural del área para conocer el sustrato indígena de las poblaciones alfareras ubicadas en el Chile central y para demostrar su origen cultural mapuche.

En época prehispánica la zona se caracterizó por su diversidad, con la presencia de diferentes grupos indígenas como los contingentes incaicos, los agricultores sedentarios de tradición mapuche o los grupos trashumantes Pehuenches. Pese a ello existe cierta unidad étnica y cultural atestiguada por el uso de una misma lengua, costumbres semejantes y un sustrato arqueológico común denominado Pitren.

En el área Sur-andina se localizan poblaciones indígenas de adscripción étnica mapuche que permanecieron fuera del control europeo hasta las últimas décadas del siglo XIX. La colonización española se asentó en el Valle Central chileno durante más de

trescientos años desarrollándose así dos tipos de comunidades indígenas, unos al norte del río Bío-Bío sufren un largo proceso de mestizaje étnico y cultural, y los otros, emplazados al Sur de este río, han intentado mantener su independencia cultural y política hasta la actualidad.

En el río Aconcagua empiezan los fértiles valles del Chile central que se extienden hasta el rió Bío Bío. En la actualidad toda la población que habita la zona central es mestiza, pero en esencia sus orígenes son mapuches, entendiendo el término en su variante más amplia. De todos los pueblos que habitaban el actual territorio de Chile el más numeroso era el mapuche, siendo el único que ha mantenido una cierta independencia cultural hasta la actualidad. La colonización española marcó una línea divisoria entre mapuches bajo dominio español y los que permanecieron independientes.

Los principales centros alfareros de Chile se encuentran en la zona central, son Pilén, Quinchamalí y Pomaire. Los dos primeros desarrollan una cerámica a mano donde el torno no está presente ni siquiera de una forma marginal. En cambio, en Pomaire, la producción es a torno aunque todavía algunas mujeres confeccionan cerámica a mano.

Estas aldeas mantienen un origen histórico común y tradiciones cerámicas similares que han evolucionado hacia una especialización alfarera, que, junto a una buena documentación etnográfica, hacen de estas poblaciones un objetivo óptimo para desarrollar investigaciones que pretenden abordar la problemática de los cambios en la producción cerámica.

A excepción de la zona cercana a Santiago, se ha mantenido la tecnología de elaboración cerámica poco desarrollada permitiéndonos estudiar una serie de grupos alfareros, que mantienen un desarrollo tecnológico primitivo, a caballo entre la cerámica de tradición mapuche y la industrial de los alfares de Pomaire. Posiblemente, al ser una ocupación que permite la combinación con otras actividades de la casa, como el cuidado de los niños, la cocina o el cuidado de los animales domésticos, ésta sigue en manos de las mujeres. La introducción de mano de obra masculina es cada vez más fuerte como complemento a otras actividades o como ayuda a la mujer en las tareas mas duras. Como se ha constatado en muchas otras partes del mundo, el desplazamiento de la mujer de las tareas alfareras, por parte del hombre, se produce cuando la cerámica pasa de ser una tecnología marginal que apenas genera ingresos a otra económicamente relevante.

Este territorio nos permite estudiar una serie de grupos que presentan tradiciones cerámicas diferenciadas, que se combinan al mismo tiempo con estrategias comunes: desde la especialización de unas comunidades alfareras en la producción cerámica, hasta la variabilidad en los sistemas de cocción y modelado. A partir de un origen común han variado sus estrategias de producción cerámica en base a diferentes acontecimientos históricos y ubicaciones geográficas diferentes.

En este espacio se constata una producción puramente doméstica, representada por la cerámica mapuche con una tradición tecnológica poco desarrollada y con una continuidad muy larga. Frente a ello, encontramos en el extremo opuesto la cerámica fabricada en contextos puramente industriales, como la alfarería de Pomaire hecha en hornos de gas y con tornos mecanizados a partir de una readaptación de la cerámica de tradición indígena.

Entre ambas situaciones existe un grupo de estrategias de fabricación que no corresponden a producciones claramente industriales ni domésticas. Es aquí donde está la riqueza de la producción alfarera chilena, la cual nos permite constatar estrategias intermedias en el proceso de asimilación industrial desde una producción cerámica puramente indígena siglos atrás.

El trabajo de campo se llevo a cabo en 1999 y consistió en la identificación de las unidades productivas representativas de cada población. Se visitaron las unidades productivas de las hermanas García y Delfina Aguilera en Pilén, Teresa Muñoz, Olga Salinas y el señor Rafael en Pomaire y la familia Montti Figueroa en Quinchamalí.

En la parte primera del libro se exponen el marco teórico y las estrategias de estudio y se contextualiza el trabajo.

En el capítulo segundo presentamos las estrategias productivas documentadas en las poblaciones de Pomaire, Pilén y Quinchamalí teniendo en cuenta los antecedentes históricos, las dinámicas territoriales y la diversificación productiva.

En un tercer apartado abordamos la evolución de la producción desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad. Analizamos el proceso de cambio y continuidad en la tecnología cerámica del centro de Chile: aparición de centros especializados, intensificación del proceso de producción, diversificación de estrategias y diferenciación de las dinámicas territoriales.

Dedicamos el capítulo cuarto a reflexionar sobre las vinculaciones entre la cultura material (desde una perspectiva de la tecnología cerámica) y los procesos sociales, haciendo hincapié en la organización del espacio de trabajo, la evolución de las formas cerámicas, las cadenas operativas y la identificación de la tradición tecnológica, y el proceso de especialización.

Finalmente presentamos un índice de los términos chilenos y mapuches utilizados en el texto.

CAPÍTULO PRIMERO. MARCO TEÓRICO, ESTRATEGIA DE ESTUDIO Y CONTEXTO

I. Marco de desarrollo teórico

> *«... se hace evidente la solidez de la idea según la cual la cultura material es un reflejo indirecto de la sociedad humana. Aquí empezamos a vislumbrar que son las idea, las creencias y los significados los que se interponen entre la gente y las cosas.»*
>
> (Hodder, 1994: 17)

En las siguientes páginas desglosamos el marco teórico sobre el cual se desarrolla nuestra investigación. Por una parte, nos referiremos a la perspectiva etnoarqueológica utilizada, y por otra al análisis de la tecnología cerámica.

Proponemos una definición de la etnoarqueología donde ésta es válida por si misma, más allá de ser o no útil para la arqueología. Defendemos los estudios etnoarqueológicos como el análisis con metodología arqueológica de comunidades humanas actuales.

Estructuramos un primer bloque en tres partes: la definición de la etnoarqueología dentro de la multitud de visiones sobre el tema y el desarrollo de la etnoarqueología en España.

En la segunda parte, nos referimos al estudio de la tecnología cerámica, concretamente en lo que atañe a la etnoarqueología, la organización de la producción y el cambio tecnológico.

I.1. Hacia una definición de la etnoarqueología

El conocimiento de que disponemos sobre las sociedades prehistóricas se basa en estudios sobre la cultura material que dichos grupos produjeron. Uno de los mayores problemas que condiciona el trabajo arqueológico es relacionar las acciones de un grupo humano con una cultura material determinada. Esto, no se refiere al mero hecho de asimilar unos restos materiales a una sociedad, sino a establecer cómo esa sociedad actuó y cómo distintas acciones ocasionaron una variabilidad de artefactos o restos, para finalmente, a partir de esos restos, poder establecer qué actos se realizaron.

La etnoarqueología surge en el ámbito de la Nueva Arqueología, con la intención de relacionar, por medio de la analogía, la conducta humana del pasado con los restos artefac-

tuales hallados en los yacimientos arqueológicos. Esto llevaba implícito la concepción de que los grupos del pasado tenían comportamientos similares, que se podían extrapolar desde el presente, abriéndose la posibilidad de relacionar comportamientos de grupos humanos actuales con comportamientos humanos pasados. Dicho discurso ha contribuido a la justificación de la globalización del presente desde la «globalización del pasado» (Hernando, 2006: 26). Aun así, la validez de la observación etnográfica es aceptada por la mayoría de investigadores, pues permite analizar aspectos de la conducta humana imposibles de conocer por medio de la práctica prehistórica y/o arqueológica.

Destacan los trabajos pioneros de Thomson (1939) y Watson (1959). Thomson estudió los poblados abandonados de los aborígenes australianos y los comparó con los campamentos en uso. Patty Joe Watson desarrolló su trabajo en el Próximo Oriente. Robert Braidwood excavaba aldeas neolíticas en Irán, cuya arquitectura recordaba a las actuales viviendas de la región (comunidad Basseri). Llevó a cabo un trabajo que fue más allá de la comparación etnográfica, gestando un campo de estudio nuevo. Pero estas investigaciones no se publicaron hasta 20 años después.

Durante el periodo de gestación se definió a la etnoarqueología como *arqueología Viva* (Gould, 1968) o *arqueología etnográfica* (Watson, 1979).

La cultura material es la fuente principal de estudio de la etnoarqueología. Ésta define la disciplina, igual que lo hace con la arqueología. «Significa compartir el método, la teoría y las preocupaciones de los arqueólogos» (González Ruibal, 2004: 12).

La etnoarqueología debe basar sus trabajos en la documentación de la cultura material, ya sea en base a la relación con el uso, la producción o la formación del registro, por grupos contemporáneos. El punto de partida de cualquier análisis tendría que ser la contrastación de la relación existente entre el registro material y las sociedades. Después, según la diversidad de contextos, junto a la disponibilidad y variabilidad de las fuentes y en base a la problemática que se pretende abordar, el investigador enfatiza una perspectiva más etnográfica, arqueológica o histórica, o todas a la vez. Aquí, cultura material se refiere, tanto a la producción material resultante de las comunidades humanas, como a su relación con el territorio. Estos trabajos se realizan sobre los conocimientos y actuaciones de las sociedades actuales. Si bien, la etnoarqueología tiende a trabajar sobre comunidades preindustriales o premodernas, que forman parte de países subdesarrollados, algunos investigadores han trabajado y trabajan sobre comunidades que viven en países desarrollados (González Ruibal, 2003).

Entendemos que esta disciplina es una etnografía, donde se utiliza metodología arqueológica. La etnoarqueología es etnografía porque los estudios etnográficos estudian la particularidad de culturas contemporáneas y es arqueología, porque se estudia la producción material, aunque sea una herramienta ideal para abordar problemas de difícil solución mediante el método arqueológico. También es historia, pues se ha demostrado la necesidad de conocer y enfatizar el contexto de los grupos que estudiamos. La etnoarqueología, según Hernando (2006: 29), se fundamenta en tres variables: el trabajo de campo sobre sociedades vivas, el estudio de la cultura material y el uso de la analogía. El desarrollo de estudios etnoarqueológicos debe fundamentarse en la documentación objetiva y empírica de la formación y producción de la cultura material por parte de las sociedades actuales y en el análisis de su racionalidad. El investigador tiene que poder relacionar las culturas vivas con la formación de un determinado registro material. Por ello, no nos parece que el verdadero objeto de la disciplina sea la analogía, sino la relación entre las sociedades vivas y la cultura material, con el objetivo de conocer las relaciones de ésta con otros aspectos de la cultura y la sociedad.

La disciplina ha orientado principalmente sus trabajos hacia tres vertientes:
1) La mejora de la interpretación del registro arqueológico.
2) El desarrollo de modelos interpretativos sobre las sociedades del pasado.
3) El estudio de los esquemas de racionalidad de las sociedades.

Según las fuentes utilizadas, los trabajos etnoarqueológicos se han orientado hacia el estudio de la cultura material contemporánea, la etnohistoria, la arqueología experimental, los testimonios orales, la documentación histórica o la interrelación de todas ellas.

Algunos investigadores consideran que la disciplina debería desarrollar trabajos que tienen por objetivo analizar las poblaciones actuales mediante un enfoque arqueológico, preocupándose por el estudio de la cultura material. Kramer (1996) o Kent (1987), defienden una etnoarqueología basada en la aproximación arqueológica a las sociedades preindustriales y centrada en los aspectos del comportamiento que se pueden constatar en el registro arqueológico. «*La etnoarqueología investiga aspectos de las conductas socioculturales contemporáneas desde una perspectiva arqueológica*» (Kramer, 1979:1).

Diferentes trabajos consideran a la etnoarqueología como una interfase entre arqueología y etnografía, en el que ambas disciplinas se complementan. En este sentido se expresa Angulo (1990:95) al plantear que *«se debe mantener un enfoque unitario entre la arqueología y la etnografía, en vez de recopilar el dato arqueológico para compararlo con el método etnográfico»* o Vila y Estévez (1995:17) al considerar que *«La distinción entre etnografía y arqueología ha derivado en la incapacidad de estudiar coherentemente las diferentes manifestaciones de un fenómeno social»*.

Graves (1994) o Hardin y Mills (2000) han utilizado materiales procedentes de colecciones etnográficas para sus trabajos sobre la cerámica Kalinga o Zuñi, respectivamente. Lo cierto es que la gran cantidad de publicaciones etnográficas y etnoarqueológicas sobre el tema han permitido establecer oportunas reflexiones sobre la organización y métodos de producción (Le Patourel, 1968; Peacock, 1982). De hecho, algunos investigadores, utilizan trabajos etnográficos ya publicados, que les son útiles para aproximarse a los objetivos de sus investigaciones. En muchos casos, estos trabajos tienen características de la «a*rqueología de salvamento*», al intentar documentar las relaciones entre las sociedades y su cultura material, que se va perdiendo rápidamente ante la introducción en economias capitalistas.

Otro grupo numeroso de trabajos, vinculados principalmente al procesualismo y en menor medida al materialismo histórico, utiliza la etnoarqueología para proponer hipótesis sobre la interpretación del registro arqueológico, con el fin de afinar las herramientas de análisis e inferencia utilizadas en arqueología.

Si asumimos que es el registro arqueológico y no la etnografía el que constituye un dominio apropiado para los estudios que pretenden la reconstrucción del pasado (Arnold, 2000: 117-118), las investigaciones etnoarqueológicas deben surgir ante preguntas sugeridas por el registro arqueológico y orientarse hacia una aplicación arqueológica (Arnold, 2000; Binford, 2001).

Se trata de plantear hipótesis desde la documentación arqueológica y confirmarlas por medio de la etnoarqueología, o bien plantear nuevas interpretaciones a partir de la observación etnoarqueológica, que luego serán demostradas o desechadas en el análisis arqueológico. En realidad, la etnoarqueología posibilita la reflexión sobre la formación de los yacimientos y la fiabilidad de los datos, reduce la ambigüedad del registro.

Por otra parte, los estudios etnoarqueológicos se emplean como una «*arqueología de experimentación*» que permite ensayar propuestas interpretativas sobre las sociedades

del pasado (Beyries, 1999; Vila y Estévez, 2000) y hacer ensayos sobre nuestras observaciones etnográficas en el registro arqueológico (Arnold III 2003: 56-57, García Rosselló, 2007). La etnografía y la experimentación son dos herramientas metodológicas idóneas para contrastar los análisis arqueológicos y deben ser estrategias de investigación conectadas entre sí, ya que una sirve de control a la otra.

Una nutrida cantidad de estudios, intentan ofrecer nuevas propuestas interpretativas sobre aquellos aspectos que no podemos documentar por las propias limitaciones de la arqueología. Estos trabajos aparecen dentro de un contexto postmoderno, que genera nuevas propuestas de actuación e interpretación de los trabajos etnoarqueológicos. (Bowser y Patton, 2004; González Ruibal, 2005; Knutsson, 1999).

Dentro de esta línea se están desarrollando trabajos que no plantean una relación directa entre la cultura material y la sociedad, sino que se centran en los esquemas de racionalidad de las poblaciones (Dietler y Herbich, 1993; Hernando, 1997). Esto implica *«interés por descubrir pautas más amplias de funcionamiento de las culturas, en las que tenga cabida la interrelación entre la construcción simbólica y material de la sociedad, la lógica interna que posibilita la supervivencia de determinadas formas culturales»* (Hernando, 1995: 16). Junto a estos trabajos, se pueden añadir otros que han abordado los sistemas de adquisición de la identidad (González Ruibal, 2003, 2006; Fernández y Ruibal, 2001; Bowser, 2000; Degoy, 2005; Dietler y Herbich, 1994; Gosselain, 2000).

No creemos que el objetivo de los trabajos etnoarqueológicos sea únicamente solucionar problemas arqueológicos concretos, sino que tienen sentido en sí mismos, como explicación etnográfica de la cultura material dentro de una concepción más amplia de la teoría antropológica, que pretende reflexionar sobre la sociedad. El intento de resolver problemas arqueológicos concretos debe integrase dentro de la arqueología y no ser el ámbito propio de estudio de la etnoarqueología. Defendemos el análisis arqueológico de la cultura material producida por sociedades actuales como una línea de investigación autónoma. La etnoarqueología no debe responder exclusivamente a la solución de problemas arqueológicos o aumentar el corpus interpretativo de las sociedades del pasado.

El verdadero objetivo de la disciplina tendría que orientarse hacia la documentación de la relación existente entre las sociedades vivas y la cultura material, en la línea de los trabajos de Lemonnier (1983, 1986, 1993) o Petrequin y Petrequin (1984, 1999), más que establecer analogías.

La etnoarqueología francófona (Francia, Bélgica y Suiza) es la única verdaderamente representativa en Europa, al margen del mundo anglosajón, pese a haberse desarrollado tardíamente. Esto se puede explicar por la extensión de su imperio colonial (actual y pasado) y la fuerte tradición de la antropología francesa. Estos investigadores están especialmente preocupados por documentar técnicas, procesos de aprendizaje y cadenas operativas. Se ha generado una etnoarqueología más cercana al estructuralismo y a la ideología influenciada por el gran desarrollo de una antropología de la tecnología y lo material (Gallay et al., 1996; Gallay, 1994; Gosselain y Livingstone, 1994, 1995; Gosselain 1992, 2000, 2002; Roux y Corbetta, 1990; Roux y Couty, 1999; Roux, 1994, 2003, Gelbert, 1994, 1999, 2000, 2003, 2005).

Con el paso del tiempo, la etnoarqueología está poniendo, cada vez más, el énfasis en el estudio de los antecedentes históricos de las poblaciones premodernas actuales. Esto se debe al creciente interés por estudiar los procesos dinámicos de los grupos humanos, más que episodios etnográficos estáticos. Pero también al convencimiento de que las culturas están condicionadas por su propio contexto.

En algunos casos, la posibilidad de obtener información escrita permite conocer mucho mejor el registro y la producción material. Podemos estudiar el proceso histórico por el cual resultó un registro etnográfico concreto y poner el énfasis en los procesos culturales a largo plazo, para no quedarnos en episodios etnográficos aislados. Es decir estudiar, como ocurre en arqueología, los cambios culturales y los procesos de largo desarrollo.

Algunos autores defienden la utilización de la arqueología histórica (Paynter, 2000), la etnohistoria (Vila y Estévez, 1995) o la documentación histórica corriente (Kalentzidou, 2000) en sus análisis etnoarqueológicos y arqueológicos.

Los estudios etnohistóricos centran su atención en el análisis de sociedades sin escritura, generalmente indígena. Es el relato de las poblaciones opresoras sobre las oprimidas la fuente básica utilizada. Parece que la utilización del concepto lleva implícita la idea que las civilizaciones con escritura tengan historia y las ágrafas y pueblos indígenas tengan etnohistoria.

Igual que ocurre con la etnoarqueologia, las corrientes de estudio son muy variadas y van desde la documentación de las poblaciones autóctonas anteriores al proceso de aculturación y conquista, al análisis de los fenómenos derivados del contacto cultural, al estudio antropológico de las fuentes históricas, o al intento de contrastar y mejorar la documentación arqueológica por medio de la utilización de documentos históricos.

En definitiva, la etnohistoria debe centrar sus esfuerzos en analizar los fenómenos derivados del contacto cultural desde una nueva perspectiva, donde converjan intereses de la historia y la antropología, así como en estudiar los sistemas de interrelación entre dos sociedades distintas, superando la división artificial entre sociedades occidentales y subdesarrolladas.

El investigador contrasta las fuentes históricas (documentos administrativos, relatos de viajeros, crónicas, etc) con datos folklóricos, representaciones pictóricas, fotografías, fuentes orales o datos etnográficos pertenecientes a diversas regiones, períodos y grupos étnicos diferentes.

Los estudios arqueológicos pueden emplear estos resultados para mejorar las hipótesis culturales e históricas establecidas, y del mismo modo la etnohistoria puede utilizar a la arqueología como fuente para mejorar y ampliar sus conocimientos sobre el pasado. El arqueólogo utiliza los resultados obtenidos por la historia (o etnohistoria) como una herramienta que le permite completar, contrastar, y producir nuevos interrogantes a cerca del registro arqueológico.

La utilización de fuentes, llamémoslas etnohistóricas o históricas a secas, es útil para la etnoarqueología por que muchos documentos del pasado nos permiten mejorar nuestra interpretación basada en el conocimiento de la cultura material. Por ello, muchas veces, el trabajo etnoarqueológico supone la integración explicita de los datos arqueológicos, etnohistóricos y etnográficos (Kramer, 1979:4).

La mayoría de publicaciones etnoarqueológicas se empeñan en proponer una definición precisa de la disciplina pero éstas son múltiples y variadas, dejando entrever que cada investigador entiende la etnoarqueología de forma particular. David y Kramer (2001), en su estudio de publicaciones recientes muestran unas diferencias enormes en la perspectiva adoptada por los investigadores. De hecho *«la disciplina está en un estado de gestación por lo que límites y su modo de articulación son difusos, su objeto no está claramente definido y la multiplicidad de sus métodos no están comúnmente aceptados»* (Onrubia Pintado, 1988:60). Veinte años después la situación sigue siendo muy parecida.

Existen multitud de tendencias dentro de la disciplina, ya que *«al término se le han dado diversas acepciones dependiendo de los intereses o el paradigma de partida de los*

diferentes investigadores» (Whitelaw, 1983 en Vila y Estévez, 1995: 18). Esta diversidad obedece tanto a las fuentes utilizadas como a la problemática que se pretende resolver.

Sin embargo, creemos que más allá de la discusión sobre el área de estudio a la que pertenece la disciplina, el verdadero objetivo es buscar estrategias para resolver los problemas que se le plantean al investigador (Popper, 1985). Esta discusión nos parece algo estéril, si tenemos en cuenta que en la mayoría de casos los límites que separan las ciencias sociales son arbitrarios (Wolf, 1982) y *«las disciplinas y otras divisiones del saber son ficticias y muy engañosas»* (Popper, 1985).

La progresiva especialización en las diferentes líneas de investigación, como la arqueozoología, la arqueología experimental, la traceología, tecnología o la etnoarqueología, han provocado el surgimiento de sub-disciplinas y los límites entre ellas no son siempre claros (Mannsur, 2006). Del mismo modo se expresan Vila y Estévez (1995:17), al plantear cómo la diversidad de manifestaciones de los fenómenos sociales ha provocado la separación artificial de las diferentes disciplinas que tienen por objeto la explicación del fenómeno social.

Creemos que el verdadero objetivo es contribuir a la creación de una teoría antropológica general, entendido esto como la aportación al conocimiento de los grupos humanos y su contexto social. Es decir, intentar explicar las relaciones entre las sociedades humanas y la cultura material que producen dentro del contexto de las ciencias sociales.

En definitiva *«nuestro éxito en integrar los conceptos y procedimientos explicativos de campos vecinos a menudo nos permite desmantelar las barreras entre ramas de la ciencia»* (Toulmin, 1972) por lo que el papel que está desarrollando la etnoarqueología puede servir como punto de unión entre diferentes ciencias sociales y antropológicas, que tienen por objeto el análisis social del hombre.

I.1.1. La utilización de la analogía etnográfica: problemas y potencialidades

Los intentos por aumentar las posibilidades interpretativas de la arqueología y la necesidad de establecer relaciones entre las culturas vivas y su cultura material desarrollaron un creciente interés por la documentación de la producción material de sociedades tradicionales preindustriales. Desde el siglo XIX, a través de la influencia de la antropología (Evans, 1872; Morgan, 1877; Taylor, 1871; en Renfrew y Bahn, 1993) y posteriormente con los trabajos de la Nueva Arqueología (Binford, 1982). La etnoarqueología surge ante la dificultad de la arqueología de proponer modelos de funcionamiento de las sociedades prehistóricas y de interpretar correctamente los restos materiales que produjeron, pero también como un intento por superar el modo simplista en que se utilizaban de las comparaciones etnográficas.

El establecimiento de analogías**,** tan común en la práctica arqueológica (Gándara, 1990; Bate, 1992), impulsó a que parte de los trabajos que intentaban superar determinadas limitaciones se aproximaran a la etnografía, a través del análisis de la producción material de poblaciones tradicionales.

Se inició entonces un proceso que pretendía, mediante el análisis arqueológico de sociedades actuales, responder a preguntas planteadas desde la arqueología y la prehistoria por medio de una nueva analogía etnográfica. Se intentó entonces establecer los límites de este razonamiento analógico (Binford 1967, 1972; Ascher 1961; Chang 1967). Ascher (1961) planteó la aproximación histórica directa por razonamiento analógico en regiones donde podía ser razonablemente asumida una continuidad conductual, desde la prehistoria a los periodos históricos. En cambio, Chang (1967) propuso una analogía comparativa

general, mediante la cual las analogías no estaban restringidas a un área geográfica determinada.

Posteriormente, la analogía etnográfica ha estado condicionada por dos tendencias representadas por los trabajos de Lewis Binford (1983), que plantean la viabilidad de establecer leyes transculturales al modo de Chang (1967), y por los de Ian Hodder (1982), que pone el énfasis en la particularidad de las culturas y en el análisis del contexto. Todo ello dentro de paradigmas de interpretación e investigación diferentes (procesuales y postprocesuales).

La analogía etnográfica fue ferozmente criticada por los arqueólogos contextuales e incluso matizada entre los procesualistas. Onrubia Pintado (1988: 64) ha distinguido entre micro analogía, en relación a las analogías etnográficas simples, analogía cross-cultural referida a los planteamientos generalizadores de la «*Nueva Arqueología*» y analogía contextual interesada por definir claramente el contexto y matizar las analogías.

El principal problema de la analogía reside en que no siempre es valida, ya que no existen comportamientos trans-culturales, trans-históricos o trans-ecológicos. El desarrollo y características de un grupo dependen de multitud de factores, por lo que la analogía entre la etnoarqueología y la arqueología dependerá de la escala de análisis y la naturaleza de las preguntas (Hodder, 1982b).

Al entender las culturas como algo particular y único no podemos establecer una generalización del comportamiento humano para establecer analogías entre sociedades pasadas y las actuales. *«No puede ser asumido que toda la conducta del pasado tiene analogías disponibles para la observación hoy; inversamente no podemos asumir que todas las formas de conducta cultural, las cuales pueden ser observadas hoy tienen analogías en el pasado»* (Kramer, 1979:2). Del mismo modo, no se pueden establecer comportamientos universales entre los individuos y mucho menos entre culturas o grupos (Hodder, 1994).

Es posible relacionar datos etnográficos e hipótesis arqueológicas, pero no comparar observaciones etnográficas con datos arqueológicos y a partir de ahí establecer modelos explicativos.

Las limitaciones de la arqueología para interpretar las acciones técnicas de sociedades del pasado pueden suplirse analizando la dinámica de la producción y relacionarla con la estática, lo que se ha dado en llamar «contextos vivos» y «contextos muertos» (Orton et al. 1997: 27). Pero la comparación entre los recipientes en uso y los restos arqueológicos, puede sufrir distorsiones que no permiten aplicar planteamientos basados en la analogía.

En algunos casos, se pueden realizar analogías directas entre la etnografía y la arqueología, al comparar materiales que tienen comportamientos idénticos. Partimos de la idea que un material se comporta igual independientemente del contexto social, histórico o económico donde se ubique. Las diferencias se dan en los sistemas de producción, pero las características físicas serán siempre las mismas al margen del grupo cultural que las produzca. Determinados aspectos del comportamiento de los materiales podrán ser comparados entre sociedades actuales y pasadas, ya que el entorno físico y químico de la producción es, a grandes rasgos, el mismo.

Entonces, los trabajos que pretenden relacionar algunos aspectos materiales de las sociedades del pasado con las actuales, pueden utilizar analogías que simplemente pretendan documentar cómo se comporta una materia determinada.

Desntro de este planteamiento interpretativo, la documentación de las técnicas de alfareros actuales y los atributos que quedan representados en la cerámica nos permitirán plantear analogías, para intentar reconstruir el proceso de fabricación de cerámicas arqueológicas.

Lo que nosotros denominamos *analogías por medio de los comportamientos universales de la materia arcillosa* (García Rosselló, 2007) ha sido definido por Gould y Watson (1982: 380) como *«uniformidades genéricas»*. En este caso los modelos explicativos deben surgir de la combinación de las ciencias físicas y químicas con los datos etnográficos (Cremonte, 1985: 198).

La analogía no es una herramienta exclusiva de la etnoarqueología, ya que la analogía ha sido ampliamente utilizada por la arqueología y prehistoria (Gándara, 1990; 2006).

Cuanta menos distancia cronológica, espacial, ambiental o subsistencial exista entre dos sociedades, más razonable será la analogía. No se pueden extrapolar significados de unas culturas a otras. La posibilidad de identificar y limitar espacialmente poblaciones que han mantenido una continuidad étnica y cultural permite asociar algunos comportamientos a determinados complejos culturales arqueológicos reduciendo los rangos de variación de las evidencias arqueológicas documentadas (Angulo, 1990; Berenguer, 1983). Pero, por ejemplo, en referencia a contextos prehispánicos, Brüeggemann (1990: 20) ha destacado que, aunque biológicamente pueda haber una continuidad poblacional: *«Hay que darse cuenta que el mundo prehispánico muere con la Conquista es un hecho irreversible. A partir de este hecho histórico el indígena que conocemos es otro...»*.

Arnold III (2006: 34) denuncia que muchos investigadores no distinguen claramente entre analogía y etnoarqueología, y propone índices analíticos más que analogías.

Hernando (1995: 19) ha criticado la aplicación convencional de la analogía pero afirma: *«La etnoarqueología debe implicar de algún modo, una relación entre los datos de las sociedades actuales y el conocimiento del pasado»*. En trabajos posteriores (Hernando, 2006) amplia esta idea: *«No existen leyes generales, ni posibilidad alguna de aplicar analogías entre culturas distintas, porque se ha convenido que lo importante es el individuo, su contexto y su historia y que las interpretaciones que podamos extraer serán siempre subjetivas»*.

Siguiendo las propuestas de Hernando (1995: 21), se puede distinguir entre etnoarqueología y analogía etnográfica. La primera intenta establecer generalizaciones, revisando la variabilidad presente en el registro etnográfico e intentando comprender bajo qué contexto cultural puede aparecer un determinado modelo de comportamiento. Sin embargo, la analogía etnográfica establece semejanzas entre casos particulares, mediante la comparación entre dos culturas. Una, se ocupa de los elementos que integran la cultura y la otra, de los contextos culturales.

I.1.2. Reflexiones en torno a la práctica etnoarqueológica y sus vinculaciones ideológicas

Con la aparición de la etnoarqueología los arqueólogos, además de trabajar con objetos, han pasado a trabajar con personas. Por ello, en su discurso, la etnoarqueología muestra la visión que otras culturas tienen del mundo. Generalmente, se trabaja sobre comunidades pobres del tercer mundo que han sido marginadas social y políticamente. Por desgracia, el discurso generado por la etnoarqueología, igual que ocurre con otras disciplinas afines como la antropología o la arqueología, ha contribuido, aunque sea de forma inconsciente, a la justificación del sistema neocolonial y al fenómeno de la globalización.

En las siguientes páginas: 1) se reflexiona sobre el tipo de discurso generado por la etnoarqueología, 2) se profundiza en torno al proceso de desintegración de las comunidades modernas preindustriales y 3) se discute sobre el expolio cultural que suponen en la actualidad los trabajos de campo.

Ante esta situación nos planteamos qué puede hacer la etnoarqueología y cuál es su función en la sociedad actual: 1) generar discursos alternativos, 2) ampliar horizontes y contrastar prejuicios, 3) mostrar sujetos activos y evitar la imagen simplista sobre los grupos actuales pre-modernos, 4) superar las visiones patriarcales de la sociedad occidental.

En las últimas décadas, algunos arqueólogos han cobrado consciencia sobre las implicaciones éticas de su trabajo (Fernández Martínez, 2006; Hernando, 2006a, 2006b, 2007; González Ruibal, 2003, 2006a y 2006b). Se han dado cuenta del papel significativo que tienen en la gestión e interpretación de los restos materiales que estudian, por lo que se asume una implicación ética y política en su práctica y discurso. La etnoarqueología procesualista, que en la actualidad sigue vigente entre muchos investigadores, suponía un trabajo externalista sobre las comunidades, una falta de preocupación por los valores y derechos y la presunción de que la tradición y la cultura no influían sobre la formación y utilización de la cultura material. Con la aparición de planteamientos postmodernos o postprocesualistas, los trabajos etnoarqueológicos se tornan más comprometidos y participativos. Las comunidades cuentan. Y se hace un mayor uso de la participación y convivencia con el grupo estudiado (González Ruibal, 2003: 20-21).

Un expolio cultural justificado por la práctica etnoarqueológica

La arqueología ha tenido como objeto de estudio, a lo largo de su historia, la cultura material de los pueblos del pasado. Sin embargo, con la aparición de la etnoarqueología, además del estudio de los objetos, se investigan los sujetos.

Durante el periodo colonial, un gran número de arqueólogos europeos contribuyeron al expolio del patrimonio de muchos pueblos, en beneficio de sus metrópolis de origen. En la actualidad, el patrimonio arqueológico de las antiguas colonias puede ser admirado por la sociedad occidental en los grandes museos del mundo: Louvre, Metropolitan Museum, British Museum…

La arqueología colonial, ha sido vista como una usurpación del pasado de los pueblos colonizados por occidente (Fernández-Martínez, 2001). En la actualidad la etnoarqueología supone, en muchos casos, la usurpación del presente y el pasado de estos pueblos (Gosden, 2001: 2491).

Esta disciplina contribuye al conocimiento del otro, entendido como las personas que no forman parte de nuestra tradición cultural. Se genera ante la necesidad de adquirir (y sustraer), por parte de la arqueología, un conocimiento generalmente inaccesible en Occidente. La etnoarqueología permite beneficiarnos de la experiencia que el otro tiene de su mundo: su saber hacer, sus conocimientos tecnológicos, su habilidad como ser social, o su manera de conocer y entender el mundo. Los arqueólogos dependen por completo de la experiencia y realidad de las comunidades premodernas. Pero ese es su punto débil: la sustracción de conocimientos generados por otras comunidades (González Ruibal, 2006: 47). Utilizamos sus conocimientos para extrapolarlos al conocimiento prehistórico en los paises capitalistas y occidentales, por lo que se realiza un nuevo expolio cultural, más sutil, no del patrimonio arqueológico y artístico, sino de ideas, técnicas, tradiciones y conocimientos. El estudio de las sociedades preindustriales contemporáneas sólo se valora para mejorar el conocimiento del pasado en las sociedades occidentales. Obtenemos los conocimientos y experiencia de comunidades actuales y lo utilizamos para interpretar un pasado ajeno a dichos grupos.

La etnoarqueología se acerca, en la mayoría de casos, a poblaciones que han sido oprimidas y explotadas por Occidente, imponiendo nuestra visión de su historia e identidad

(González Ruibal, 2004: 13). Sin respetar las interpretaciones que hacen ellos mismos de su pasado, reinventamos *su historia* bajo un punto de vista occidental menospreciando sus propias tradiciones. En palabras de Uribe (1983) *«la etnografía se apropia de las sociedades que estudia, claro está que en el plano del conocimiento, y esta apropiación es luego puesta al servicio del capitalismo, así sea sólo en la forma, aparentemente neutral, de contribución al desarrollo de la ciencia. No podemos olvidar que una sociedad desarrolla la ciencia, su ciencia, no por simple afán de conocer, sino para utilizar tal conocimiento en el logro de sus fines.»*.

Ante esta situación, la etnoarqueología debería replantearse su relación con el objeto/sujeto de estudio y cómo repercute en las comunidades su trabajo. Siendo conscientes de las trasformaciones sobre las comunidades que puede suponer nuestra tarea y que formamos parte de una tradición occidental y capitalista, tendríamos que replantearnos qué reciben las comunidades estudiadas a cambio de mostrarnos sus conocimientos y visiones del mundo.

El mundo occidental está llevando a cabo, de forma premeditada y constante un saqueo intelectual y material de los grupos indígenas que no afecta exclusivamente a las ciencias sociales. Un buen ejemplo de ello puede ser el expolio de los recursos naturales por parte de empresas gasísticas, hidroeléctricas o petroleras sobre los territorios indígenas de la Amazonia o del Sur de Chile, así como la creación de patentes por parte de las farmacéuticas sobre las plantas medicinales y remedios tradicionales de las comunidades amazónicas.

El discurso de la etnoarqueología

Durante su desarrollo la etnoarqueología ha confeccionado un discurso que llevaba implícitas la justificación de la globalización, una visión degenerada y simplista de las comunidades indígenas y un interés por los procesos históricos, que muestran modos dominantes de ver el mundo y legitiman la visión patriarcal de la sociedad occidental.

El etnoarqueólogo tiene el poder de narrar sobre el otro y, por tanto, lo que escribimos sobre la gente que estudiamos, contribuirá a su opresión o todo lo contrario (González Ruibal, 2006: 47).

Existe una clara relación entre el nacimiento de la etnografía y la antropología, por un lado, y el desarrollo y expansión del capitalismo, por otro (Uribe, 1983). Pensemos en los orígenes de la disciplina. Éstos se desarrollaron principalmente en el ámbito anglosajón y con posterioridad en el francófono. Dos metrópolis con un pasado colonial y una marcada vinculación con sus antiguas colonias. Los arqueólogos aprovechan así la infraestructura institucional existente y ven su trabajo facilitado por la lengua oficial adoptada por la ex-colonia.

Algo parecido ocurre con el origen de la etnohistoria, ligado al colonialismo y aplicado en aquellas regiones donde un grupo había impuesto su dominio sobre otro (Mansur, 2006).

Gran parte de la arqueología ha contribuido a la continuación y expansión del pensamiento occidental reproduciendo el pensamiento tradicional. Somos participes del mantenimiento de un sistema neo-colonial, justificado y legitimado por nuestra práctica científica (González Ruibal, 2006).

Said (1978), ha demostrado el papel de los intelectuales en la justificación de un discurso colonial sobre grupos no europeos y la resistencia cultural adoptada por estos (Said, 1993). Dentro de esta línea de pensamiento Hernando ha mostrado cómo la arqueología (Hernando, 2006a) y la etnoarqueología (Hernando, 2006b) forman parte del discurso

que sostiene la globalización. Esta autora considera que *«la globalización del presente es una de las consecuencias de un proceso histórico que comenzó por globalizar el pasado, asumiendo que nuestra sociedad moderna es la referencia para juzgar a todas las demás sociedades humanas»* (Hernando, 2006b: 26). De esta manera, estamos contribuyendo a justificar la extinción de los modos de vida que no pertenecen a la modernidad y, con ello, a facilitar el triunfo definitivo y excluyente de la lógica capitalista. La analogía ha desarrollado una línea de pensamiento que proyecta nuestra propia interpretación de la realidad a los grupos del pasado y que compara a todos los grupos a través de criterios que sólo pertenecen a nuestra cultura (Hernando, 2006b: 29).

La etnoarqueología no puede consistir en que una parte del mundo hable del resto. Deberíamos evitar la construcción de discursos hegemónicos occidentales (inconcientes en ocasiones), desarrollar una arqueología y etnoarqueología que no colabore en la destrucción de la diferencia cultural y ser más críticos sobre las narrativas imperialistas y nuestra propia tradición cultural.

Generalmente, la etnoarqueología se ha centrado en el estudio de elementos y procesos que definen y legitiman la visión patriarcal de la sociedad. Hernando (2007: 168) ha planteado que el estudio del cambio cultural, el proceso de especialización o la tecnología, entre otros, se relacionan con un interés por legitimar nuestra sociedad patriarcal y con lo que ahora es importante para la cultura. Pensamos que, aunque se puede sobredimensionar el papel que juegan estos procesos en las sociedades tradicionales, también pueden ser revisados desde una perspectiva diferente, precisamente haciendo hincapié en los aspectos menos estudiados por la etnoarqueología tradicional y enfatizando el papel de la mujer en tales situaciones y comportamientos. La disciplina, puede contribuir a mostrar otras realidades, donde las mujeres tienen un papel social activo y significativo. Se pueden mostrar estrategias de resistencia, frente a la introducción de nuevas ideas, que conllevan el desplazamiento de la mujer de las actividades productivas u otras donde la mujer juega un papel diferente al de las sociedades patriarcales modernas.

«La visión esencialista de los etnoarqueólogos tiende a simplificar la realidad cultural y los problemas de la gente que estudiamos» (González Ruibal, 2006: 47). Se tiende a hacer una antropología simplista, donde los grupos no tienen historia, son estáticos, carecen de influencias y son relativamente simples. La arqueología y la antropología han identificado, y aún identifican, un menor desarrollo tecnológico con una mayor simplicidad social. Se ha generalizado la idea de que los grupos de menor complejidad socio-económica del presente son estadios anteriores a la modernidad. Así, se legitima la correlación entre grupos presentes y pasados. *«La prehistoria no ha entendido que los grupos del pasado fueron tan adultos como los somos nosotros»* (Hernando, 2006b: 26). Se muestra un sujeto-objeto, sin personalidad, sin criterio y sometido a otra cultura superior. En muchos trabajos se continúa, de forma implícita, con una visión estereotipada y simplista de las comunidades indígenas y una supuesta superioridad moral y cultural. Se muestra al colonizado como una población de individuos degenerados, con lo que se justifica la conquista y la imposición del modelo cristiano occidental. Se contribuye a la confección de un discurso que repite estereotipos y favorece la identificación de modelos occidentales hacia otras culturas (Bahabha, 1994).

No podemos utilizar a las comunidades tradicionales como seres sin historia, sin problemas y exentos de su contexto (post)colonial (González Ruibal, 2006: 47). Debemos asumir que, menor desarrollo tecnológico no implica menor complejidad social, porque estos grupos entienden la realidad de forma diferente, por lo que constituyen estadios premodernos de desarrollo (Hernando 2006b).

La utilización del prefijo «etno» se nos muestra como un claro ejemplo de la visión infravalorada que tienen los investigadores y la sociedad occidental sobre las comunidades indígenas.

El prefijo *«etno»* significa pueblo o raza, pero en contextos de investigación occidentales se utiliza para diferenciar los estudios sobre poblaciones occidentales, frente al estudio de poblaciones indígenas generalmente sometidas. Nos preguntamos ¿Por qué no lo utilizamos también para nosotros mismos?, de lo contrario el término se convierte en una distinción entre los pueblos occidentales u occidentalizados y no occidentales o no occidentalizados.

Entendemos que el término *«etno»* se utiliza para diferenciar el estudio de la sociedad occidental y capitalista del de las poblaciones indígenas y sometidas, sin que existan diferencias ostensibles en el método utilizado. El término transmite un concepto neo-colonial de sometimiento y control de las poblaciones indígenas, por parte de las clases dirigentes occidentalizadas.

¿Por qué utilizamos términos como arqueología histórica, historia, o cultura material contemporánea para referirnos a contextos occidentales y etnohistoria o etnoarqueología para referirnos a contextos indígenas del Tercer Mundo?

Utilizamos el prefijo *«etno»* para hablar de los otros. Por ejemplo, la etnohistoria es la historia de los otros y la historia es la historia de nosotros mismos.

Al mismo tiempo, se nota un desprecio por parte de investigadores e instituciones hacia las sociedades menos desarrolladas económicamente, a juzgar por el volumen de estudios existentes sobre los grupos indígenas, históricos o contemporáneos, en comparación con el estudio de las sociedades occidentales.

Debemos preocuparnos por las personas, más allá de razas, lenguas, culturas, banderas y fronteras. Debemos mostrar que las sociedades no son antagónicas entre sí y que los grupos no son cerrados, más bien al contrario, se influyen y transforman a lo largo de su historia. La riqueza cultural, está precisamente en la acumulación de conocimientos del otro, es decir, que no nos son propios.

Pretender que las sociedades permanezcan inalterables durante siglos es ingenuo y demuestra una concepción estática y conservadora de las culturas. En la actualidad se considera a los grupos humanos como entidades híbridas en constante formación e influencias. «*Nadie es hoy una sola cosa*» (Said, 1996). Los grupos llevan miles de años relacionándose e influyéndose entre ellos con otras culturas.

La desaparición de los grupos premodernos actuales

Abordar el problema de la desaparición de los grupos premodernos actuales es una tarea compleja. Pensemos que desde los inicios de la humanidad las personas de un grupo han estado en contacto con otras. Mediante estos contactos, unas sociedades han sido absorbidas o trasformadas por otras, o a la inversa. A lo largo de la historia de la humanidad algunos grupos culturales han desaparecido y se han creado otros de nuevos.

Cuando las sociedades europeas empezaron a colonizar nuevos territorios muchos pueblos fueron conquistados y acabaron desapareciendo. Algunas sociedades se extinguieron, otras se colapsaron y tuvieron que reorganizarse, y otras resistieron y se adaptaron. En la actualidad, muchas comunidades locales continúan sometidas a este proceso colonizador, fruto del nuevo orden neocolonial.

El capitalismo y la globalización están acabando con la diversidad cultural del planeta. Las sociedades preindustriales están al borde del colapso. Progresivamente vemos

cómo las sociedades premodernas se van adaptando a un mundo globalizado. Los diferentes grupos culturales van adoptando formas de vida y modelos de pensamiento occidentales, abandonando sus tradiciones culturales. Todas las culturas, a diferente ritmo, se están viendo sometidas a una influencia cultural «*europeísta*» que tiene como consecuencia la homogeneización cultural y que *«el otro»* se parece cada vez más a nosotros. Cuando este proceso finalice habremos perdido definitivamente a los otros, los que tienen una lógica y una visión del mundo distinta a la modernidad capitalista y postindustrial (González Ruibal, 2003). Dentro de algunos años nuestro mundo será un mundo globalizado, donde todas sus partes estarán interconectadas económicamente y formarán parte de una sola cultura: la capitalista.

Antes, los grupos eran sometidos a una colonización política y del territorio, ahora, se coloniza económicamente a las poblaciones expoliando sus recursos y riquezas en pro de un falso progreso y *«los altos valores»* de las democracias occidentales.

En palabras de Amiè Cecile (1972): *«Me hablan de progreso, de "logros", enfermedades curadas, mejores niveles de vida. Yo estoy hablando de sociedades despojadas de su esencia, de culturas pisoteadas, instituciones socavadas, tierras confiscadas, religiones aplastadas, magníficas creaciones artísticas aniquiladas. Me arrojan hechos a la cara, estadísticas, kilómetros de carreteras, canales y ferrocarril. Yo estoy hablando de miles de hombres sacrificados… de millones de hombres arrancados de sus dioses, su tierra… de la vida, de la danza, de la sabiduría. Estoy hablando de millones de hombres en los que ha sido astutamente infundido el miedo, que han sido enseñados a tener complejo de inferioridad, a temblar, arrodillarse, desesperarse y comportarse como lacayos*».

En la actualidad, los grupos preindustriales se han convertido en grupos marginados política y económicamente. No sólo están oprimidos por multinacionales y gobiernos occidentales extranjeros, también por las clases gobernantes de sus propios países, supuestamente «*ilustradas*» y que han adoptado los valores e ideas de la sociedad occidental.

Otro factor a tener en cuenta en la desaparición y trasformación de estos grupos está en la falsa idea de *«progreso»*, de tradición occidental, por la cual, se tecnifican y racionalizan territorios y grupos.

Al respecto, pensemos en los Waraos de Venezuela. Este grupo indígena fue el primero que vio Colón al llegar a América y en la actualidad son unos 30.000, la segunda etnia del país. Han conservado su cultura, lengua y costumbres gracias a su aislamiento en el delta del Orinoco. Recientemente, el gobierno ha construido una carretera que ha modificado el entorno y ha salinizado muchos canales de agua, reduciendo y modificando su territorio ancestral. Otro caso puede ser el del pueblo mapuche, concentrados en reducciones por parte de los gobernantes chilenos al final del siglo XIX. Hoy se ven desposeídos de su territorio por las empresas madereras y las hidroeléctricas. Pese a haberse organizado para reclamar derechos, el gobierno sigue una persistente campaña de acoso, habiendo encarcelado a gran parte de los líderes indígenas e ilegalizado sus revindicaciones.

Con frecuencia, los gobiernos del Tercer Mundo han promovido la readaptación, deportación y la destrucción del pasado de la mayoría de grupos indígenas. Pensemos en la destrucción de templos y monumentos en Tíbet, durante la revolución cultural promovida por el presidente chino Mao Zedong. O la deportación de grupos masais que habitaban el territorio que hoy ocupan las reservas de fauna salvaje de Kenia con la excusa de aumentar los ingresos procedentes del turismo por parte del estado.

Generalmente, los trabajos etnoarqueológicos se realizan sobre poblaciones situadas en un país pobre, que han sido sometidas al colonialismo y que se encuentran en un proceso de asimilación, de diferente grado, a estructuras y discursos capitalistas. Llegados a este

punto, proponemos una reflexión sobre dos fenómenos que han sido tratados superficialmente por la historiografía: 1) Las personas que forman parte de grupos modernos preindustriales tienen un papel activo en la transformación de sus propias culturas. 2) El trabajo etnoarqueológico contribuye a la trasformación de los grupos y culturas estudiadas.

En la actualidad, podemos apreciar entre estos grupos, fenómenos de asimilación y transformación de la identidad. Pero también una actitud de resistencia identitaria. Muchas comunidades han trasformado su memoria e identidad hacia una realidad artificiosa que los adscribe a poblaciones de origen europeo. En numerosas situaciones, los propios indígenas reniegan de su pasado, adscripción étnica y a su tradición cultural. Sienten vergüenza en mostrar su identidad y pertenencia a un grupo que ha sido constantemente infravalorado por la sociedad dominante.

Este hecho, es muy común entre grupos indígenas que habitan en núcleos urbanos, como consecuencia de un movimiento migratorio. Utilicemos nuevamente el ejemplo mapuche. Desde mitad del siglo pasado los hombres mapuches han emigrado a Santiago de Chile para trabajar en las panificadoras de la ciudad. Pese a constituir el 90% de los empleados no hablan *mapungdun* y muchos de ellos niegan pertenecer a la Nación Mapuche.

Durante un trabajo de campo llevado a cabo entre las alfareras bereberes de Túnez, pudimos observar que, aunque conservaban tradiciones, lengua y vestimenta se presentaban cómo árabes. Este es un claro ejemplo de trasformación del pasado identitario sin cambiar, apenas, las tradiciones culturales.

La sociedad occidental y la etnoarqueología deberían considerar a las personas que forman parte de grupos preindustriales como sujetos activos con capacidad para tomar decisiones. Las visiones «*paternalistas*», como el caso de Amiè Cecile, tienden a mostrar y ver a los grupos indígenas como formaciones pasivas, dependientes y simples, tan condicionadas por la globalización y el capitalismo, que no pueden tomar decisiones destinadas a trasformar su cultura. Se justifica que la globalización no es un hecho consciente por parte del que la sufre y se dejan de lado las decisiones e ideas de los propios «*diferentes*» sobre su futuro, asumiendo que todas las trasformaciones sufridas por un grupo, están condicionadas por las dinámicas de la globalización.

Debemos asumir que las comunidades tienen derecho a decidir. Sus decisiones, pueden estar destinadas a ensayar fórmulas de resistencia o a transformar su identidad. ¿Qué derecho tenemos a juzgar lo que es bueno en otra cultura y para otra gente? Pensar que las comunidades no pueden cambiar, es asumir que «nosotros» decidimos por ellas en pro de una cierta superioridad moral, que sabemos mejor que ellos lo que más les conviene. La mayoría de las trasformaciones de estos grupos, son intentos por mejorar su situación y nivel de vida, porque se encuentran en la marginalidad y al límite de la pobreza.

Un ejemplo de ello son los movimientos indígenas «*Kíchuas*» de Ecuador. Diferentes grupos se han organizado para defender sus tradiciones, lengua y derecho a decidir frente a las instituciones políticas y educativas del estado y las empresas petroleras. Un hecho similar ha ocurrido en Chile, donde los grupos mapuches se han organizado para reclamar la autonomía del territorio y así poder tomar sus propias decisiones. En este proceso ha tenido un papel determinante el trabajo realizado por historiadores mapuches, destinado a recuperar su pasado y encuadrarlo dentro de la manera de entender el mundo que tienen.

Retomando el segundo punto, los etnoarqueólogos tendrían que reflexionar sobre el papel que tienen en la trasformación de los grupos estudiados. Al realizar nuestro trabajo de campo, estamos contribuyendo a la modificación de sujetos y culturas. Igual que el etnoarqueólogo, las personas de estos grupos, observan realidades culturales diferentes y por ello adaptan y adoptan las nuevas maneras de entender el mundo que han conocido.

El efecto que los trabajos científicos tienen sobre las comunidades locales ha condicionado algunas de las estrategias productivas adoptadas por las alfareras del centro de Chile. Desde los años cincuenta, académicos y artistas han visitado algunas de estas poblaciones alfareras. La publicación y difusión de los trabajos de ciertas ceramistas ha contribuido a la revalorización de la artesanía cerámica. Con el tiempo, las artesanas, al ser reconocidas por su trabajo, han pasado a firmar sus obras. En la actualidad se observa un abandono de la artesanía a favor de la confección de obras artísticas. Además, algunas instituciones educativas del país han empezado a organizar ferias, para mostrar los trabajos de los artesanos y artesanas más reconocidos. En definitiva, académicos e instituciones han contribuido a la desaparición de la artesanía tradicional, con la intención de contribuir a la mejora de la situación económica de algunas alfareras.

¿Qué hacer?

Hasta aquí hemos presentado un panorama sombrío y pesimista con la única intención de contribuir a la autocrítica de la práctica y discurso de la etnoarqueología. El riesgo de este planteamiento, es que nos puede conducir hacia cierto paternalismo e ingenuidad en la visión que damos (y tenemos) sobre los grupos premodernos actuales. Pero a su vez, enfatiza que, el discurso (y la práctica) que hacemos los arqueólogos, tiene efectos directos en poblaciones vivas del presente (Hernando, 2006a: 233).

Ante esta situación, las actuaciones de los etnoarqueólogos parecen destinadas a justificar el sistema capitalista y la visión occidental del mundo, por medio de la reinvención del pasado indígena. Al mismo tiempo, es necesario denunciar los discursos opresores realizados por sus propios estados y desmitificar los relatos reinventados por las sociedades coloniales (Said, 1978), para promover la revalorización de una identidad en crisis. Creemos que, una visión de la disciplina, donde se intente desarrollar un trabajo en común con las poblaciones observadas puede ser una vía para trabajar en otra dirección. Debemos trabajar *«junto»* a los grupos indígenas, más que *«sobre»* ellos, llevando a cabo una práctica negociada con las comunidades locales (González Ruibal, 2006: 48). Hay que involucrase de forma más activa, pensando en un trabajo cooperativo, de igual a igual, donde la interpretación del etnoarqueólogo no supone una superioridad moral, ideológica o política. No podemos ayudar a las comunidades del tercer mundo, situados en un plano de superioridad, sino que pueden ayudarnos ellas a nosotros dejando que nos enseñen (González Ruibal, 2006).

La etnoarqueología puede mostrar la riqueza multicultural que existe (o existía) en el planeta. Más que oposiciones a nuestra cultura, podemos mostrar otras realidades que ejemplifiquen la interrelación entre culturas y que permitan superar las concepciones de culturas enfrentadas y antagónicas. Esta práctica, permite ser más críticos con nuestra propia tradición cultural y tiende a cambiarnos las ideas sobre arqueología y antropología, pero también sobre la política y la sociedad. Podemos comprender otros órdenes de pensamiento y acercarnos a la diferencia. Es decir, desarrollar una disciplina que permita ampliar horizontes y contrastar prejuicios por medio del análisis del presente para entender el pasado, y el estudio del pasado para comprender el presente.

El trabajo de campo debería mostrar un interés por mejorar las condiciones de vida de la sociedad que se estudia y fomentar la revalorización social del grupo por medio del estudio de sus raíces y tradiciones. Debemos ponernos al servicio de la comunidad para defender sus intereses y evitar su desaparición en manos de las clases dominantes. Tenemos un compromiso con las comunidades en las que desarrollamos nuestro trabajo.

Con nuestro discurso, podemos contribuir a superar las visiones simplistas sobre las comunidades locales y los pueblos indígenas. Esto puede contribuir a explicar y denunciar algunas de las agresiones e incomprensiones que sufren algunos grupos por parte de la sociedad capitalista. Se abre la posibilidad de considerar iguales, en lugar de inferiores, tanto a los grupos que nos precedieron, como a los que nos acompañan hoy día al margen de la modernidad. La etnoarqueología ofrece la llave para comprender esa diferencia (Hernando, 2006b: 27).

La cuestión no consiste únicamente en velar por la independencia y autonomía de los países de tercer mundo, convertida en ocasiones en la defensa de dictadores o paramilitares, sino en defender una visión del otro que no signifique cierto primitivismo y un sometimiento a los valores occidentales. La etnoarqueología puede convertirse en una herramienta que ayude a eliminar los prejuicios de la sociedad occidental sobre culturas e ideas diferentes, que muchas veces van asociadas ingénuamente a cierto grado de primitivismo.

A modo de recapitulación querríamos recalcar una reflexión propuesta por Almudena Hernando (2006) en su trabajo sobre arqueología y Globalización: *«Y creo que quizás, aunque en última instancia no haya escapatoria, la reflexión y la auto-crítica sobre los efectos que el positivismo ha tenido y tiene sobre grupos vivos del presente puede ser la única vía que permita luchar para salvar los últimos restos de "diferencia" cultural en el planeta (…), o que permita respetar los restos de diferencia que puedan salvarse tras ser absorbidos. En cualquier caso, se trata de una reflexión necesaria, que contiene la única posibilidad de generar un discurso social más justo y real sobre el verdadero valor de esos "otros" grupos humanos sin cuya lucidez y coherencia nunca hubiéramos llegado a imaginar la versatilidad y complejidad de nuestra propia mente humana.».*

I.2. El desarrollo de la etnoarqueología en España: aproximación a un estado de la cuestión

En 1988 Onrubia Pintado (1988:59) escribía: *«al margen de algún que otro intento aislado como limitado e instrumental, las aportaciones hispanas en este campo son, al menos en la esfera de nuestros conocimientos prácticamente inexistentes».* Desde entonces, los investigadores e investigadoras españoles han empezado a llevar a cabo trabajos etnoarqueológicos. Se ha pasado de los trabajos pioneros de Assumpció Vila y Manuel Domínguez Rodrigo, iniciados en la década de los ochenta en el primer caso y en los primeros años de los noventa en el segundo, a la celebración de congresos (2004) y a la generalización de publicaciones sobre el tema. Durante este período, la revista *Trabajos de Prehistoria,* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, se ha convertido en un referente en cuanto a la publicación de trabajos etnoarqueológicos, en el ámbito de investigación español. En la periodización de las investigaciones españolas sobre etnoarqueología hemos establecido dos períodos:

1) 1986-1995: Durante ésta década se desarrollan los primeros proyectos arqueológicos desde el CSIC- Universitat Autónoma de Barcelona y desde la Universidad Complutense. También se publican los principales trabajos, que pretendían definir los límites y objetivos de la disciplina junto a otros que constituyen una etnoarqueología más o menos aplicada. Por poner una fecha, consideramos el año 1995 como el final de un periodo. En este mismo año, Almudena Hernando publica en la revista *Trabajos de Prehistoria* una de las últimas reflexiones teóricas sobre lo que debería ser un trabajo etnoarqueológico y Peña Chocarro finaliza su tesis doctoral sobre la aplicación de los modelos etnobotánicos a la prehistoria.

2) 1995-2004: Periodo caracterizado por la aparición de nuevos investigadores y proyectos. Se consolida en la Universidad Complutense una línea de investigación etnoarqueológica llevada a cabo por Almudena Hernando, primero y por González Ruibal y Víctor Fernández Martínez, posteriormente. Al mismo tiempo, se publican los resultados del trabajo de campo realizado entre los bereberes de la Jebala marroquí, por un grupo de investigadores vinculados a grupos de investigación del Norte de España. También el equipo de Assumpció Vila continuará con sus investigaciones generando varias tesis doctorales. Junto a estos trabajos, se publican otras investigaciones de menor o mayor alcance. Si en un primer momento muchas publicaciones intentaban definir la disciplina, ahora las investigaciones adquieren una perspectiva más aplicada. El año 2004 supone, en cierta manera, la consolidación de la disciplina, con la celebración en Barcelona de un Congreso Internacional de Etnoarqueología, la publicación del primer manual de etnoarqueología en el ámbito científico español el año anterior y la implantación, más o menos progresiva, de la Etnoarqueología como asignatura en los planes de estudio de algunas universidades españolas.

El retraso histórico, económico y cultural de España respecto el resto de Europa posibilitó el mantenimiento de tradiciones y estructuras productivas arcaicas. Este hecho, ha fomentado el desarrollo de trabajos etnoarqueológicos en nuestro territorio. La posibilidad de documentar grupos humanos que utilizaban una tecnología poco desarrollada, junto a un contexto social agrario preindustrial, motivó a investigadores extranjeros a desarrolar estudios sobre la industria cerámica (Vossen, 1972, 1984; Vossén et al., 1980; Gelbert 1994), el pastoreo (Davinson, 1980; Creighton y Seguí, 1998) o la arquitectura y el hábitat (Delaigue, 1992; 1995).

1986-1995

En este contexto, los primeros trabajos etnoarqueológicos que implican a instituciones e investigadores españoles, aparecen en el marco de un proyecto de colaboración argentino y español, realizado en la costa Norte del canal Beagle sobre yacimientos arqueológicos Ona (Tierra de Fuego, Argentina), bajo la dirección de Assunpció Vila Mitjà. Este equipo, formado por la Institución Milà y Fontanals (CSIC), la Universitat Autònoma de Barcelona y el CONICET argentino han realizado una prolífica labor investigadora. Desde la adopción de planteamientos vinculados con el materialismo histórico, se ha pretendido realizar una tipo de etnoarqueología diferente y particular. Las sociedades de cazadores y recolectores de Tierra de Fuego han desaparecido, casi por completo, pero durante el periodo de cohabitación de población blanca y grupos indígenas se generó abundante información etnográfica. La información etnográfica, entendida como fotografías, objetos materiales depositados en los museos, documentos históricos y trabajos etnohistóricos, junto con la identificación de yacimientos arqueológicos poco modificados, bien conservados y de escasa antigüedad, ha permitido realizar una investigación donde etnografía y arqueología se complementan. Los trabajos han posibilitado excavar campamentos y contrastar los resultados con la información etnográfica existente. El objetivo de esta investigación, no es pues puramente etnoarqueológico, sino que pretende estudiar los grupos Onas y Yámanas del pasado reciente, utilizando diferentes tipos de fuentes, además de la arqueológica. El equipo ha enfocado sus trabajos en una triple dirección: 1) mejorar y matizar la metodología arqueológica, 2) crear modelos para identificar arqueológicamente los fenómenos sociales, 3) estudiar los procesos de cambio entre las sociedades cazadoras y recolectoras. En palabras de Vila y Estévez (1995: 19): *«El objetivo de nuestra investigación es, pues,*

tanto depurar la metodología arqueológica como verificar modelos explicativos o leyes generales del Modo de Producción (cazador en este caso). Al mismo tiempo, estamos intentando resolver un problema histórico concreto, que es a la vez expansión fenoménica de una realidad general: el proceso de cambio de las formaciones sociales cazadoras-recolectoras. Así, utilizamos técnicas arqueológicas en el estudio de objetos etnográficos, usamos datos etnográficos para verificar hipótesis metodológicas arqueológicas y datos arqueológicos para refutar o validar informaciones etnohistóricas».

Muchos de sus trabajos han intentado definir una etnoarqueología que suponga una interfase para el desarrollo conjunto de las ciencias sociales (Vila y Wünsch, 1990; Vila y Piana, 1993a y 1993b; Vila y Estévez, 1995; Vila, 1998). Además, aparecen las primeras publicaciones de evaluación de la metodología arqueológica, ya sea sobre el análisis espacial (Vila et al., 1986) o de la arqueofauna (Juan-Muns, 1994).

Junto al equipo del CSIC-UAB, Manuel Domínguez Rodrigo de la Universidad Complutense desarrolla un proyecto etnoarqueológico en la sabana africana entre 1991 y 1993 (Domínguez Rodrigo, 1994). Su investigación intentó profundizar en el comportamiento de los restos óseos en la sabana africana. Para ello, estudió los patrones de dispersión ósea en charcas (Domínguez Rodrigo, 1996a) y lugares de habitación (Domínguez Rodrigo y Martí, 1996b), así como la formación de marcas óseas (Domínguez Rodrigo, 1998).

Durante este periodo (1986-1995) aparecen, además, algunos trabajos etnoarqueológicos de campo. Es significativo el aporte de Varela Torrecilla (1990), realizado tempranamente, sobre la producción alfarera tradicional del Yucatán, aunque no tuvo continuidad. Esta investigación fue realizada dentro del proyecto del departamento de historia de América de la Universidad Complutense: Oxinoc. En 1995 Leonor Peña Chocarro (Peña Chocarro, 1995), presenta su tesis doctoral sobre el estudio de la agricultura prehistórica del Sur de España, a partir de los modelos etnográficos.

Dentro de este contexto, Julio Mercader (1990-1993) publica sus trabajos sobre la interpretación de las sociedades de cazadores y recolectores a través del estudio de trabajos etnoarqueológicos sobre los aborígenes australianos.

Gran parte de los aportes teóricos que pretenden definir la disciplina, aparecen paralelamente al inicio de trabajos de campo etnoarqueológicos llevados a cabo por instituciones españolas. Esto, se debe a la necesidad de los investigadores por definir la práctica y el discurso de la disciplina en el ámbito de la investigación nacional. Pero también, responde a un momento en el que la etnoarqueología se replantea cómo debe ser su trabajo y la validez de la utilización de las analogías etnográficas, realizadas en el marco del procesualismo. Por todo ello, se ha intentado definir y delimitar un método adecuado para su uso (Onrubia Pintado, 1988; Fernández Martínez, 1994; Vila y Piana, 1993a, 1993b; Vila y Estévez, 1995; Hernando 1995).

En este sentido, Onrubia-Pintado publica uno de los primeros trabajos teóricos titulado: *Prehistoria y etnoarqueología: elementos para una reflexión epistemológica* donde se pretende: «*plantear (…) lo que podemos considerar etnoarqueología desde el punto de vista metodológico: la cuestión de la aplicación de la analogía en el discurso arqueológico. Por otro lado, se propone, a guisa de conclusión, un esquema de articulación teórica entre etnoarqueología y arqueología prehistórica.*» (Onrubia-Pintado, 1988: 57). Se matizan las analogías procesualistas y la existencia de leyes transculturales y se enfatiza la creencia de que la etnoarqueología puede plantear hipótesis de referencia que suministren un abanico de modelos de sustitución.

En 1993 y 1995 se publican las primeras aportaciones sobre la definición de la disciplina por parte del equipo del CSIC- UAB (Vila y Piana, 1993a, 1993b; Vila y Estévez,

1995). Este equipo propugna una arqueología antropológica donde se combina etnografía, etnohistoria y arqueología: «*Definimos nuestro trabajo como etnoarqueológico ya que entendemos que puede incluirse en una definición amplia de etnoarqueología, pero nuestro interés en conjugar etnología y arqueología trasciende de los objetivos que muchos autores atribuyen a la etnoarqueología*» (Vila y Estévez, 1995: 18). A su vez propugna la aplicación de modelos generales de comportamiento de las sociedades: *«entenent la etnoarqueologia com una constatacció del mètode arqueològic que ens permeti arribar a una formulació metodològica adient per a l'estudi sòcio-econòmic de les societats de caçadors-recol·lectors europeus»* (Vila y Piana, 1993:151).

Con el trabajo publicado en 1994, Víctor Fernández Martínez (1994) intentó reflexionar sobre la *«desgracia y la suerte del método analógico»* (Fernández Martínez, 1994) desde la polémica del momento (y que continúa en muchos ámbitos de investigación), entre la aproximación cientificista y la post-procesual o hermeneútica.

Almudena Hernando (1995) publica en 1995, en la revista *Trabajos de Prehistoria*, su defensa de la etnoarqueología, bajo el título: *La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado*. Se muestran los posicionamientos de la etnoarqueología procesual y post-procesual y se propugna una etnoarqueología alternativa donde *«el énfasis debe situarse en la relación entre el orden ideacional y el orden fenomenológico de la cultura, en lugar de enfocar el análisis de cualquiera de ellos por separado»*.

1995-2004

El trabajo de Hernando (1995) supone, de forma más o menos clara, la finalización en el ámbito español de trabajos que pretendían definir los límites y alcance de la etnoarqueología, y la aparición de publicaciones que intentan mejorar y/o limitar el potencial inferencial del método arqueológico desde la etnoarqueología.

Se mantienen proyectos e investigaciones anteriores, como el del CSIC- UAB, se trabaja de forma independiente como Julio Mercader, Peña Chocarro u Jorge Onrubia y aparecen nuevos equipos e investigadores: Almudena Hernando, José Manuel Vázquez Varela, Alfredo González Ruibal, Víctor Fernández Martínez, Jesús Emilio González Urquijo, Juan José Ibáñez Estévez, Zapata Peña o Jesús Torres Martínez, por citar algunos ejemplos.

El equipo del CSIC y la UAB ha generado un abundante número de publicaciones sobre el tema y varias tesis doctorales. Uno de los objetivos del proyecto ha sido la evaluación del método arqueológico, con la intención de establecer modelos y leyes generales, sobre los procesos sociales (Vila y Estévez, 1999, 2000; Vila, 2006a, Vila et al, 2006b, 2006c). En relación con esta línea, se ha intentado evaluar el potencial de algunas disciplinas como la arqueozoología (Mamelli y Estévez, 2005), el análisis espacial (Wünsch, 1996), la arqueobotánica (Piqué, 1999), la traceología (Clemente, 1997) y los análisis sobre materias primas líticas (Terrades, 2001). Dentro de estos trabajos, los estudios líticos también han generado algunas publicaciones (Clemente y Terrades, 1991; Terrados et al., 1999; Clemente et al., 2002). Paralelamente, Ignacio Clemente junto a Risch y Zurro ha publicado un trabajo sobre la identificación de huellas de uso en materiales macrolíticos Dogón de Mali (Clemente et al., 2002).

Desde la Universidad Complutense, Hernando (1995, 1996 y 1997), González Ruibal (1998, 2001, 2003a, 2003b, 2003c y 2005) o Fernández Martínez junto a González Ruibal (2001a, 2001b, 2003) o en solitario (2004) han generado diferentes trabajos etnoarqueológicos bajo una perspectiva postmoderna y postprocesualista. Hernando (2004) más cercana al estructuralismo y González Ruibal (2004) próximo a planteamientos postcoloniales.

Almudena Hernando ha estudiado la sociedad K'echí de Guatemala, con la intención de profundizar en el estudio del Neolítico (Hernando, 1995; 1996). Para ello, ha estudiado los patrones de percepción, racionalidad e identidad entre estos grupos y sus relaciones con el espacio y el tiempo (Hernando, 1997; 2000).

Alfredo González Ruibal ha generado un buen número de publicaciones sobre sus trabajos en Terra do Montes (Galicia). Sus investigaciones, se han encaminado hacia el estudio de la vivienda, su abandono y derrumbe, consecuencia del proceso de emigración que ha sufrido gran parte del pueblo gallego (González Ruibal, 1998; 2003a, 2003c). Desde estas premisas ha profundizado en las relaciones entre la cultura material, la identidad y la historia (2003a; 2003b).

Víctor Fernández lleva muchos años investigando la prehistoria del Nilo Azul, en Sudán y Etiopía. Complementariamente a estas investigaciones ha llevado a cabo trabajos de campo etnoarqueológicos (Fernández Martínez, 2004) junto a Alfredo González Ruibal. Su estudio se ha centrado en la región etiópica de Benishangul-Gumuz y el estudio de las poblaciones Oromo, Amhara, Gumuz y Kwama. Principalmente, han continuado con una línea de investigación que pretende enfatizar los elementos de construcción de la identidad y las relaciones con su pasado (Fernández Martínez y González Ruibal, 2001a; 2001b; González Ruibal, 2006). A partir de estas premisas han trabajado en torno a la relación entre etnia y cultura material, para profundizar en identidad étnica y límites territoriales, la construcción de la desigualdad o la marginación étnica y social (González Ruibal, 2004). También, han publicado trabajos sobre la vivienda y el espacio doméstico (González Ruibal, 2001; Fernández Martínez y González Ruibal, 2001) y la producción, distribución y consumo de la cerámica (González Ruibal, 2005).

Relacionado con la Universidad Complutense, el trabajo de Julio Mercader en el África subsaharina (Zaire, Guinea Ecuatorial y Costa de Marfil), ha generado un trabajo etnoarqueológico destinado a vincular las tradiciones actuales y pasadas de los Pigmeos del Ituri (Zaire). Su tesis doctoral sobre la prehistoria de la selva del Ituri le permitió excavar yacimientos arqueológicos y estudiar poblaciones pigmeas vivas. Junto con García-Heras ha publicado dos trabajos arqueométricos sobre cerámicas actuales y arqueológicas (Mercader et al., 1999; Mercader y García-Heras, 2000).

Otro grupo de investigadores ha realizado entre los años 1998 y 2001 un proyecto vinculado al Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria denominado: *Las primeras comunidades campesinas en la región cantábrica. El aporte de la etnoarqueología en Marruecos.* Se trata de un equipo procedente de distintas universidades y centros de investigación, formado por Jesús Emilio González Urquijo, Juan Jose Ibáñez Estévez, Leonor Peña Chocarro y Lydia Zapata Peña. El grupo, estaba compuesto por dos especialistas en el análisis tecnológico y funcional de los útiles líticos y dos arqueobotánicas, que han trabajado sobre modelos etnográficos aplicados a la prehistoria peninsular. Sus trabajos, se han encaminado a estudiar el proceso de neolitización, mediante la analogía con poblaciones beréberes de la Jbala, en el Rif Marroquí (Ibáñez et al., 2001). Han prestado interés a la documentación de las tecnologías tradicionales (González Urquijo et al., 2000; 2001) y a la explotación de los recursos vegetales (Peña et al., 2003). Han publicado trabajos sobre la cerámica y otros contenedores Gazua (González Urquijo et al., 2001; Ibáñez et al., 1999), la vivienda (González Urquijo et al., 2003), la cestería (Ibáñez y González, 2002) y el trabajo de la piel (Ibáñez y González, 2002).

Paralelamente, las investigaciones arqueobotánicas basadas en la documentación etnográfica serán continuadas por Zapata y Peña, referidas, tanto al cultivo del trigo (Peña Zapata, 2003), como a la explotación forestal (Zapata y Peña, 2003) en el Norte peninsular.

En la última década, José Manuel Vázquez Varela ha publicado numerosos trabajos de corte etnoarqueológico sobre prehistoria y etnografía gallega. Su tesis doctoral, leída en 1973, versó sobre la cerámica tradicional gallega desde una perspectiva etnográfica. Ampliada con una perspectiva etnoarqueológica no fue publicada hasta 2005 (Vázquez Varela, 2005). Centrado en la prehistoria gallega, no ha sido hasta finales del pasado siglo cuando ha iniciado la publicación de sus trabajos etnográficos y etnoarqueológicos. Sus investigaciones han estado orientadas hacia la minería del oro (Vázquez Varela, 1995; 2000a), la pesca castreña (Vázquez Varela, 2000a), el cultivo del mijo (Vázquez Varela, 2000a), la caza (Vázquez Varela, 2005), la domesticación del caballo (Vázquez Varela, 2005b, 2006a, 2006c) y el estudio de la cerámica (Vázquez Varela, 2000a; 2001; 2002; 2003a; 2003b; 2003c, 2005a). Los estudios sobre cerámica han sido sobre los que más ha profundizado: tecnología, funcionalidad, cambio cultural, ideología, ritualidad y áreas culturales. También ha trabajado sobre una etnoarqueología de la muerte (Vázquez Varela, 2006b) y sobre los sistemas de intercambio de bienes de prestigio en las sociedades indígenas de la baja California, aplicadas al paleolítico superior europeo (Vázquez Varela, 2000b). Sus investigaciones han intentado aplicar modelos etnográficos, más o menos directos a la prehistoria (Vázquez Varela, 2000; 2004).

Durante este periodo, Onrubia-Pintado ha llevado a cabo algunos trabajos etnoarqueológicos en el Magreb, destinados a mejorar algunos aspectos de la prehistoria canaria relacionados con los graneros fortificados (Onrubia Pintado, 1995; 1998; Delaigue et al, 2004).

En relación con la prehistoria Canaria, Amalia Rodríguez Rodríguez ha estudiado los procesos tecnológicos del cuero (Rodríguez Rodríguez, 1997, 1999) y la cerámica (Rodríguez Rodríguez, 2006). Esta traceóloga ha investigado el curtido de la piel y las marcas presentes en los cantos rodados utilizados para modelar loza.

Un equipo de la Universidad de Barcelona (ERAUB), especializado en el estudio arqueométrico de los materiales cerámicos, ha estudiado algunas vasijas y materias primas procedentes de Pereruela. Su objetivo ha sido evaluar la fiabilidad del método arqueométrico, para caracterizar producciones cerámicas (Buxeda et al, 2003). Los resultados obtenidos demuestran que existe una alta la variabilidad arqueométrica identificable en vasijas y producciones.

La tesis de Jesús Torres Martínez publicada en 2003 y 2005 refleja, junto a los trabajos del ERAUB, la generalización de trabajos etnoarqueológicos más allá de la prehistoria (Torres Martínez, 2006a; 2006b). Este investigador ha utilizado el saber y las tradiciones rurales conservadas en el Norte peninsular, para reconstruir la economía de los celtas (Torres Martínez, 2006a; 2006b). Nuevamente se aplican modelos etnográficos para la reconstrucción del pasado remoto.

Pensamos que 2004 puede significar el final de un periodo y la consolidación de la disciplina. Tres hechos significativos se entrecruzan en este momento.

Por un lado, en 2003 se publica el primer manual de etnoarqueología, en el ámbito de la investigación española (González Ruibal, 2003). La aparición de este tipo de manuales se relaciona con la implementación y generalización de la asignatura de Etnoarqueología en las universidades. El trabajo supone una actualización del estado de las investigaciones, tanto a nivel de tendencias, como en las líneas de investigación desarrolladas por los arqueólogos. Aunque se hace poca referencia a los trabajos realizados en el ámbito científico español, se muestran las últimas tendencias hacia las que se encamina la disciplina.

La celebración del Congreso Internacional de Etnoarqueología desarrollado en Barcelona en setiembre del 2004 bajo el título: *Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond*

analogy, supone la consolidación de la disciplina en España. En él se reafirman la tendencias desarrolladas hasta el momento en la investigación. Por una parte, se observa un interés por concretar los límites y posibilidades de la disciplina (Hernando, 2006; González Ruibal, 2006; Torres y Sagardoy, 2006.), así como proponer una metodología arqueológica evaluable desde la etnoarqueología (Vila 2006; Vila et al. 2006). A su vez, se muestra la variedad de investigadores, posiciones teóricas y territorios sobre los que se investiga.

Durante los años anteriores y posteriores a esta fecha, las diferentes publicaciones muestran el aumento del número de investigadores involucrados en los trabajos de corte etnoarqueológico. La generalización de la disciplina se observa, tanto en número de personas e instituciones como en los diferentes paradigmas adoptados por los investigadores. Pese a ello, la situación, dista mucho de parecerse a la que se vive en los países anglosajones y francófonos.

Recapitulación

A lo largo de más de dos décadas de trabajo, los investigadores españoles han pretendido definir las bases sobre las que se debe fundamentar la disciplina, pero también desarrollar aplicaciones etnoarqueológicas, destinadas a mejorar el método arqueológico en diferentes ámbitos y reconstruir aspectos relacionados con los grupos prehistóricos que habitaron la Península Ibérica. Estas investigaciones se han desarrollado a partir de proyectos exclusivamente etnoarqueológicos, trabajos complementarios a programas arqueológicos o de investigaciones personales. Por desgracia, la mayoría de proyectos etnoarqueológicos no han tenido continuidad, si exceptuamos los de Assumpció Vila en Tierra de Fuego y los de Fernández Martínez en Etiopía.

Aunque existen diferentes etnoarqueologías, perspectivas y visiones, la mayoría de investigaciones han utilizado analogías más o menos directas. La mayor preocupación de los etnoarqueólogos ha sido evaluar los diferentes métodos de análisis arqueológico.

En estas investigaciones, a veces, es difícil distinguir entre trabajos etnográficos y etnoarqueológicos. Estas diferencias están más en función del lugar de publicación que del propio contenido del trabajo. En los casos del estudio de la producción material la confusión se agrava.

Los diferentes grupos o equipos de investigación que trabajan sobre este tema, enfocan los trabajos etnoarqueológicos de forma diferente, según su concepto de la disciplina. Así, el equipo del CSIC y UAB propugna una arqueología antropológica donde se combina etnografía, etnohistoria y arqueología. En realidad, en muchos casos la etnoarqueología se convierte en una arqueología histórica, que se aproxima a la reconstrucción de los pueblos indígenas al plantearla *«como una interfase para el desarrollo metodológico de esas disciplinas, tradicionalmente diferenciadas, a través de un caso de estudio histórico»* (Vila y Estévez, 1995: 19).

Otro grupo de investigadores, utiliza la analogía para aproximarse a la comprensión de las sociedades neolíticas (González Urquijo et al. 1999; Ibañez et al. 2001) o ibéricas (Fernández Rodríguez et al., 1994). En ambos casos, pese a renunciar al uso de analogías directas, se realizan de forma más o menos clara. Como ejemplo citamos las palabras de Rodriguez et al. (1994: 124): *«Lo que queda desde luego manifiesto a la luz de los diversos factores restrictivos analizados es que la escala de actividad económica en el curso medio del Guadiana Menor presenta parámetros muy similares en la Segunda Edad del Hierro y en el mundo rural tradicional, al menos, los últimos cien años».*

En cambio, los trabajos de Hernando (1995, 1997), Mercader (1988-90; 1993) o González Ruibal (1998, 2001, 2003, 2004) proponen profundizar en los procesos donde se vislumbran aspectos relacionados con el comportamiento socio-cultural. Al respecto, Hernando (1995: 28) expone: *«No se trata de comparar culturas, sino de comprender otros órdenes de pensamiento, otras formas de identidad personal y cultural»*. De una forma similar se expresa Mercader (1988-90: 49): *«Por ello, las observaciones etnográficas a las que haremos alusión no tienen por objeto la analogía directa, sino que actuarán como proveedoras de generalizaciones, hipótesis y contraejemplos destinados a desestabilizar ideas dadas por firmes (...)»*.

La aplicación de analogías ha sido muy matizada, pero los investigadores se dan cuenta de que su uso se hace más o menos imprescindible: *«aunque no nos gustan ciertos aspectos del método analógico, no podemos pasar sin él»* (Fernández Martínez, 1994: 161).

Las líneas de investigación desarrolladas son diversas, aunque destacan el estudio de los cazadores-recolectores (Vila y Estévez, 1995; Mercader, 1990 y 1993) y los materiales cerámicos (Varela Torrecilla, 1990; Vázquez Varela, 2000, 2001, 2002, 2003a, 2003b, 2003c, 2005; González et al., 2001; González Ruibal, 2005; García Rosselló, 2006, 2007). Cabe destacar, a la vez, los trabajos sobre la percepción, la formación de la identidad y su visualización del espacio (Hernando, 1995, 1996, 1997; González Ruibal, 2001, 2003a, 2006; Fernández Martínez y González Ruibal, 2001a; 2001b). También se han realizado investigaciones sobre estructuras arquitectónicas utilizadas como graneros (Delaigue et al., 2006) o como vivienda (González Ruibal, 2001; González Ruibal y Fernández Martínez, 2003), algunos de ellos remarcando los procesos de abandono y derrumbe y de la generación de desechos (González Ruibal, 1998, 2003b).

Los grupos estudiados por la etnoarqueología española muestran una amplia dispersión geográfica. La mayoría de veces, la elección del estudio de un grupo, se fundamentamás más, en criterios de accesibilidad y facilidad de infraestructuras, que en unos objetivos previos. Los investigadores españoles han trabajado principalmente en el territorio nacional, el Norte de África y Latinoamérica, lo que ejemplifica la elección en función de nuestro pasado colonial. Destacan los trabajos realizados en Tierra de Fuego (Argentina), Guatemala, México, Chile, Marruecos, Argelia, Malí, Tanzania, Etiopía, Kenia y Zaire.

La situación del mundo rural español ha generado un interés de los arqueólogos nacionales por el potencial etnográfico existente en nuestro territorio. La mayoría de trabajos se han centrado en Galicia, el Norte Peninsular y las Islas Canarias. Es el caso de los trabajos de Peña Chocarro, enfocados a comprender el registro arqueobotánico (1994; 1995) y continuados junto a Zapata Peña (Peña y Zapata, 2003). Citemos también los trabajos que González Ruibal ha desarrollado sobre los abandonos y la cultura material en Galicia (1998, 2003) o Vázquez Varela (2000, 2004, 2005), sobre diferentes aspectos de las tradiciones y artes populares. En la zona del Guadiana, se han realizado algunos intentos por comparar el uso y organización del paisaje en época actual con contextos ibéricos (Fernández et al., 1994). En las Islas Canarias han realizado algunas publicaciones con un enfoque etnoarqueológico en torno a fortificaciones (Onrubia-Pintado, 1995) o sobre la fabricación de loza tradicional (Rodríguez et al., 2006).

Relación de trabajos etnoarqueológicos publicados por investigadores españoles:

Año	Autor	Etnoarqueolog.	Temática	Localización
1986	Vila et al.	Teórica	Método arqueológico Análisis espacial	Argentina, Tierra del Fuego
1988	Onrubia Pintado	Teórica	Definición de la disciplina	
1990	Mercader	Aplicada	Cazadores-recolectores	Australia, Aborígenes
1990	Vila y Wünsch	Aplicada	Cazadores-recolectores	Argentina, Tierra del Fuego
1990	Varela Torrecilla	Aplicada	Cerámica	Mayas, Yucatán, México
1990	Navarro Ferre	Aplicada	prehistoria canaria	Isla del Hierro, Islas Canarias.
1991	Clemente y Terrados	Aplicada	Cazadores-recolectores, Tecnología y funcionalidad lítica	Argentina, Tierra del Fuego.
1993	Mercader	Aplicada	Cazadores-recolectores	
1993	Vila y Piana	Teórica	Definición de la disciplina	Argentina, Tierra del Fuego
1993	Vila y Piana	Teórica	Definición de la disciplina	Argentina, Tierra del Fuego
1993	Domínguez-Rodrigo	Aplicada	Método arqueológico Análisis espacial , Tafonomía	Kenya, Tanzania
1994	Fernández Martínez	Teórica	Definición de la disciplina	
1994	Juan-Muns	Aplicada	Cazadores-recolectores, arqueozoología	Argentina, Tierra del Fuego.
1994	Domínguez-Rodrigo	Aplicada	Método arqueológico Arqueozoología	Masai, Kenya
1994	Peña Chocarro	Aplicada	Arqueobotánica	España, Península Ibérica
1995	Peña Chocarro	Aplicada	Arqueobotánica	España, Península Ibérica
1994	Fernández Rodríguez et al.	Aplicada	Uso del paisaje, Territorio	Andalucía
1995	Vila y Estévez	Teórica	Definición de la disciplina	Argentina, Tierra del Fuego
1995	Vila et al.	Aplicada	Cazadores-recolectores	Argentina, Tierra del Fuego
1995	Hernando	Teórica	Definición de la disciplina	K'eqchi, Guatemala
1995	Onrubia-Pintado	Aplicada	Arquitectura, almacenes	Magreb, Argelia
1995	Vázquez Varela	Aplicada	Minería del oro	Galicia
1996	Hernando	Aplicada	Identidad, uso del espacio, sociedades productoras	K'eqchi, Guatemala
1996	Domínguez Rodrigo y Martí	Aplicada	Método arqueológico Arqueozoología	Kenya, Masai
1996	Domínguez Rodrigo	Aplicada	Cazadores-recolectores, tafonomía, arqueozoología, análisis espacial	Este de África
1996	Wünsch	Aplicada	Cazadores-recolectores, arqueología espacial	Argentina, Tierra del Fuego
1997	Hernando	Aplicada	Identidad, uso del espacio, sociedades productoras	K'eqchi ,Guatemala
1997	Clemente	Aplicada	Cazadores-recolectores, Funcionalidad lítica	Argentina, Tierra del Fuego
1997	Rodríguez et al.	Aplicada	Tecnología de la piel	Canarias, Guanches
1998	Rodríguez et al.	Aplicada	Tecnología de la piel	Canarias, Guanches
1998	Vila	Teórica	Definición de la disciplina	
1998	González Ruibal	Aplicada	Uso del espacio, simbología, abandonos, desechos, arquitectura	Galicia, España
1998	Palomar y Toledo	Aplicada	etnografía, cerámica, cestería	Miraflor, Nicaragua
1998	Domínguez Rodrigo	Aplicada	Tafonomía, arqueozoología, método	Kenya
1998	Onrubia- Pintado	Aplicada	Graneros fortificados, prehistoria canaria, arquitectura	Magreb, Argelia
1999	Gómez Castañedo	Teórica	Definición de la disciplina	
1999	Piqué	Aplicada	Arqueobotánica, cazadores-recolectores	Argentina, Tierra del Fuego
1999	Terrades et al.	Aplicada	Definición de la disciplina	Argentina, Tierra del Fuego
1999	Ibáñez et al.	Aplicada	Arqueobotánica. Tecnología, Cerámica	Rif, Berereber
1999	Vila y Estévez	Teórica	Método arqueológico	Argentina, Tierra del Fuego
1999	Mercader y García-Heras	Aplicada	Arqueometría, tecnología cerámica	Congo, Selva del Ituri, Pigmeo
2000	Mercader y García-Heras	Aplicada	Arqueometría, tecnología cerámica	Congo, Selva del Ituri, Pigmeo
2000	Vila y Estévez	Teórica	Método arqueológico	Argentina, Tierra del Fuego
2000	González Urquijo et	Aplicada	Tecnologías tradicionales	Rif, Berereber

Año	Autor	Etnoarqueolog.	Temática	Localización
2000	Vázquez Varela	Aplicada	Intercambio, bienes de prestigio, paleolítico	Baja California, México
2001	Fernández Martínez y González Ruibal	Aplicada	Evolución histórica, Límites fronterizos	Etiopía, Benisanhgul
2001	Fernández Martínez y González Ruibal	Aplicada	Evolución histórica, Límites fronterizos	Etiopía, Benisanhgul
2001	González Ruibal	Aplicada	Límites fronterizos, Lugares de habitación	Etiopía, Benisanhgul
2001	González Urquijo et al.	Aplicada	Tecnología cerámica	Rif, Berereber
2001	Ibáñez et al.	Aplicada	Tecnología	Rif, Berereber
2001	Vázquez Varela	Aplicada	Cerámica, funcionalidad	Galicia
2001	Terrados	Aplicada	Cazadores-recolectores, obtención recursos minerales	Argentina, Tierra del Fuego
2002	Ibáñez y González Urquijo	Aplicada	Tecnología. Cestería	Rif, Berereber
2002	Ibáñez y González Urquijo	Aplicada	Tecnología. Funcionalidad. Peletería	Rif, Berereber
2002	Clemente et al.	Aplicada	Cazadores- recolectores. Estudios líticos	Argentina, Tierra del Fuego
2002	Vázquez Varela	Aplicada	Cerámica, funcionalidad	Galicia
2002	Clemente et al.	Aplicada	Cazadores- recolectores. Estudios líticos. Traceología. Macrolítico	Dogón, Mali
2003	González Ruibal	Aplicada	Uso del espacio, simbología, identidad, abandonos	Galicia, España
2003	González Ruibal	Aplicada	Uso del espacio, simbología, identidad, abandonos	Galicia, España
2003	González Ruibal	Aplicada	Identidad, desechos y abandonos	Galicia, España
2003	González Ruibal y Fernández Martínez	Aplicada	Uso del espacio, simbología	Benishangul, Etipopía
2003	Zapata y Peña Chocarro	Aplicada	Arqueobotánica	Euskadi, España
2003	Peña Chocarro y Zapata	Aplicada	Arqueobotánica	Euskadi, España
2003	González et al.	Aplicada	Arqueobotánica, arquitectura	Rif, Marruecos
2003	González et al.	Aplicada	Arqueobotánica, arquitectura, tecnología	Rif, Marruecos
2003	Buxeda et al.	Aplicada	Arqueometría	Pereruela, España
2003	Vázquez Varela	Aplicada	Cerámica, cocción	Galicia
2003	Vázquez Varela	Aplicada	Cerámica, tipología, cambio	Galicia
2003	Vázquez Varela	Aplicada	Cerámica, área cultural, tipología	Galicia
2003	Torres Martínez	Aplicada	etnografía, Celtas, economía	Norte de España
2003	Torres Martínez	Aplicada	etnografía, Celtas, economía	Norte de España
2004	Vázquez Varela	Aplicada	etnografía, producción material	Galicia
2004	Fernández Martínez	Aplicada	Proyecto de etnoarqueología y arqueología	Sudan, Etiopía
2004	González Ruibal	Teórica	Estado de la cuestión	Benisanhul, Etiopía
2005	Torres Martínez	Aplicada	etnografía, Celtas, economía	Norte de España
2005	Vázquez Varela	Aplicada	Cerámica	Galicia
2005	Vázquez Varela	Aplicada	Domesticación	Galicia
2005	González Ruibal	Aplicada	Cerámica	Oeste de Etiopía
2005	Mamelli y Estévez	Aplicada	Arqueozoología, Avifauna	Tierra del fuego, Argentina
2006	Vázquez Varela	Aplicada	Domesticación	Galicia
2006	Vázquez Varela	Aplicada	Domesticación	Galicia
2006	Vázquez Varela	Aplicada	arqueología de la muerte	Galicia
2006	Hernando	Teórica	Estructuralismo, globalización	
2006	González-Ruibal	Teórica	Crítica post-colonial	Benisanhul, Etiopía
2006	Vila	Teórica	Método arqueológico	Argentina, Tierra del Fuego
2006	Torres Martínez y Sagardoy	Teórica	Metodología para la aplicación de la etno a la arqueología	Norte de España
2006	Onrubia-Pintado	Aplicada	Arquitectura, arqueología histórica, espacial	Magreb, Marruecos
2006	Vila et al.	Teórica	Método arqueológico	Argentina, Tierra del Fuego
2006	Rodríguez et al.	Aplicada	Cantos rodados, funcionalidad, cerámica, tecnología	Canarias
2006	García Rosselló	Aplicada	Tecnología cerámica, cambio tecnológico	Chile, mapuches
2006	Vila et al.	Teórica	Método arqueológico	Argentina. Tierra del fuego Yamanas

I.3. El estudio de la tecnología cerámica

En relación con la tecnología, Mannoni y Giannichedda (1994: 20) definen la producción como *«El conjunto de operaciones necesarias para trasformar un bien en otro diferente del primero»*. Entendemos por producción, la creación y procesamiento de bienes y mercancías, incluyéndose su concepción, fabricación y financiación.

La tecnología es el estudio de los oficios, los medios técnicos y los procedimientos empleados, con un interés por conocer la capacidad tecnológica de los grupos productores y los fenómenos de innovación tecnológica. Según Eiroa et al. (1999: 11), *«Tecnología es el estudio de los medios técnicos* (o de producción) *y de los procedimientos empleados en las diversas ramas de la industria desde sus orígenes»*.

La técnica, sería el conjunto de procedimientos que utiliza un oficio en el proceso de fabricación de un material, donde los individuos pueden tener más o menos habilidad para usar esos procedimientos y recursos, lo que se ha definido como *«saber hacer»* (Mannoni y Giannichedda, 1994: 19).

Los estudios tecnológicos nos aproximan al conocimiento del pasado, más allá del análisis técnico de la producción. Intentan ocuparse del medio natural y cultural de las sociedades, además de incrementar considerablemente la variación de soluciones productivas desarrolladas por diferentes culturas (Rye, 1981:5).

Desde una perspectiva más amplia, la tecnología permite conocer diferentes elementos de las sociedades del pasado, como aspectos de las tradiciones culturales, la interacción con el medio, el control sobre los recursos, el contexto social, el nivel de especialización artesanal, la estructura económica del grupo o el sistema de explotación de los recursos. Además, puede ser un indicador de estatus social, mostrar la rigidez o flexibilidad social y establecer la capacidad tecnológica del grupo.

Creemos que los estudios etnográficos y etnoarqueológicos son una herramienta idónea para explorar los diferentes comportamientos tecnológicos de las sociedades del pasado. Ya sea para conocer las diferentes estrategias técnicas adoptadas por los alfareros en la fabricación de vasijas, como para contrastar la viabilidad de algunos métodos arqueológicos utilizados para reconstruir la tecnología, o para proponer hipótesis sobre el contexto social de producción, la especialización o el cambio tecnológico. Por lo que si se aplica con cautela, la evidencia etnográfica y etnoarqueológica puede arrojar luz sobre cuestiones generales y específicas relativas a la tecnología (Renfrew y Bahn, 1993: 285).

Los materiales cerámicos son los elementos mejor representados en los yacimientos arqueológicos, por su excelente capacidad de conservación a lo largo del tiempo. La alta representatividad de estos productos, obedece a la facilidad de fabricación con una baja tecnología, la abundancia de materias primas necesarias para su fabricación en la naturaleza y un uso muy extendido relacionado con la producción, consumo y almacenaje de alimentos.

Pero esta representatividad, puede dar una idea falsa sobre su importancia, aunque se ha considerado siempre una industria menor (Blake, 1980: 5), donde los alfareros mantienen un estatus social bajo (Le Patrouel, 1968: 106-113). Sin embargo, la cerámica también puede ser un buen indicador de las actividades económicas y sociales menos visibles (Davey y Hodges, 1983: 1).

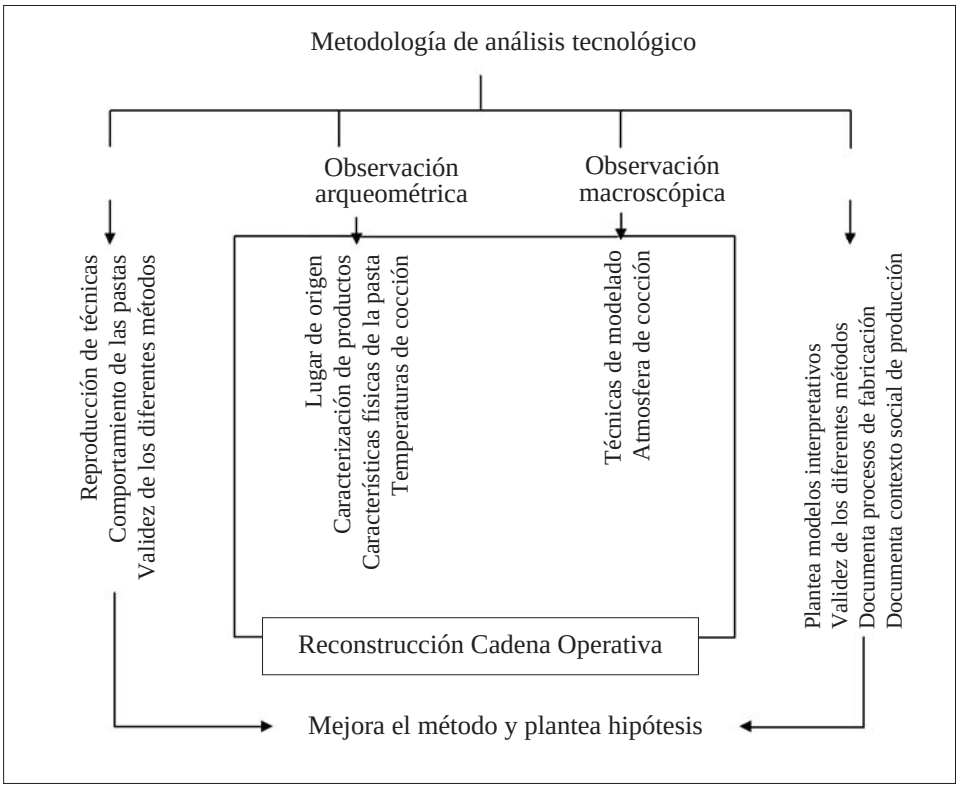
Antes de cualquier otro análisis sobre los fragmentos cerámicos localizados, debemos entender el proceso por el que la materia prima se transforma en un producto cerámico (Orton et al., 1997: 134).

Los conocimientos que obtenemos sobre el proceso de fabricación cerámica proceden de la ciencia de los materiales, la arqueometría, la etnografía, la repetición experimental y el estudio analítico de trazas.

Los estudios arqueológicos sobre la tecnología cerámica pretenden abordar los siguientes aspectos:

- El proceso de fabricación, establecido en la arqueología y antropología francesas a partir del concepto de cadena operativa.
- La caracterización de productos y producciones a partir de la identificación de materiales y sus fuentes, permitiendo asociar productos de determinados yacimientos a los centros de producción donde se elaboran.
- Las características físicas de las vasijas para conocer su posición en el desarrollo tecnológico.
- La situación de la producción en su contexto social y económico, y establecer el nivel de especialización del artesanado.

Se han establecido diferentes sistematizaciones sobre los estudios arqueológicos de la cerámica (Orton et al. 1997: 15-36; Shepard 1956: 3; Van der Leew 1984: 710-718).



En un primer momento, los estudios sobre cerámica estarían caracterizados por el estudio de las vasijas completas como objetos artísticos y culturales y, posteriormente, se valoran los fragmentos, que serán utilizados para establecer tipologías y secuencias históricas, las cuales permitirán relacionar los tipos con cronologías concretas y asociarlas a culturas o etnias, dentro del paradigma del historicismo cultural.

Un segundo período, relacionado con el cambio procesual, entre las décadas de los sesenta a los ochenta, donde se abandona el enfoque tipológico para adoptar una perspectiva más amplia, que posibilita el desarrollo de otras líneas de investigación como la tecnología, el comercio o la función.

Y, finalmente, una fase donde se analiza la cerámica en su contexto cultural, caracterizada por su diversidad de enfoques, desde el uso de la etnoarqueología, hasta los problemas del cambio o sustitución de los elementos cerámicos, dentro del complejo abanico de visiones postprocesuales.

Destacamos aquí, brevemente, algunos trabajos de síntesis sobre el análisis de las cerámicas arqueológicas: Shepard (1956), Matson (1965), Van der Leew (1976), Howard y Morris (1980), Rye (1981), Bronitsky (1989), Rice (1987; 1990), Olins y Franklin (1982), Millet (1979), Nelson (1985), Kolb (1989) y Orton et al. (1997).

Los primeros trabajos que intentaron aproximarse a la fabricación de la cerámica fueron llevados a cabo por Conyers en el siglo XVII (Conyers, 1675 y 1677, en Orton et al., 1997: 31). Los estudios tecnológicos de cerámicas arqueológicas se han desarrollado de forma más o menos sistemática, desde los años cincuenta, con los trabajos de Matson (1965), Sheprad (1956) o Hodges (1962). Fue con el desarrollo de los congresos de Burg Wartenstein (Austria), en 1961 (Matson, 1965) y en Lhee (Amsterdam) en 1982 (Van der Leew y Pritchard, 1984), cuando se fue consolidando progresivamente la disciplina.

La extensión de los estudios sistemáticos sobre tecnología se produjo cuando se prestó interés a los sistemas de producción primitivos o preindustriales.

Se han propuesto dos tendencias en el análisis de la tecnología de las cerámicas arqueológicas, que son extrapolables a los estudios etnoarqueológicos (González Ruibal, 2004: 38): Una, representada por lo que se ha denominado Ecología Cerámica (Kolb, 1989: 377-421), que enfoca sus trabajos a los condicionantes medioambientales y funcionales de la producción (Arnold, 1985; Kolb, 1989; Matson, 1965; Carmichael, 1994). La otra, orienta sus investigaciones a la reconstrucción de las cadenas operativas (Van der Leew, 1976; Balfet, 1965, 1991), como método para conocer el desarrollo tecnológico de cada sociedad (Colomer, 1995: 118).

Por otra parte, las diferentes tendencias de investigación sobre la cerámica arqueológica han evolucionado desde la mera tipología a los estudios de arqueometría, tecnología, cuantificación, los estudios etnográficos, el análisis funcional o la reproducción experimental.

Los arqueólogos, deben ser capaces de relacionar la interpretación arqueológica de la tecnología con otros estudios (etnográficos, históricos, experimentales, arqueométricos…). La reconstrucción de la organización social y económica de las sociedades puede ser mucho más completa con un entendimiento de la tecnología alfarera utilizada. Del mismo modo, la comprensión sobre las relaciones entre el contexto social y económico y la tecnología puede ser mejorada, la mayoría de las veces, por medio del estudio etnoarqueológico de la cerámica (Arnold, 1994: 498).

Los fragmentos cerámicos acumulan una información que puede ser descifrada por el arqueólogo: desde la caracterización y procedencia de las materias primas, al proceso de manufactura, uso, cronología, abandono y fragmentación (Maggeti, 1982: 121).

Muchos de estos análisis requieren la contrastación de hipótesis, que necesitan ser evaluadas por medio de diferentes niveles de inferencia, con el fin de lograr una mejor comprensión de los procesos que han sufrido las cerámicas. En algunos casos, sobre todo para estudios sobre el comportamiento de materiales arqueológicos, la etnografía y la experimentación, son dos herramientas metodológicas idóneas para contrastar los análisis

arqueológicos. En palabras de Orton et al. (1997: 27) *«Poco a poco se comprueba que todos estos temas están ligados y se apoyan entres sí»*.

Sin embargo, la diversidad de tendencias en el estudio de la cerámica no debe entenderse como una disciplina fragmentada, todo lo contrario, ya que para analizar los diferentes aspectos de la vida y contexto de la cerámica deberemos interrelacionar las diferentes metodologías y aproximaciones que se utilizan. De hecho, se integran diferentes disciplinas o ámbitos de estudio, que tiene por objetivo común, la explicación de las sociedades del pasado por medio del material cerámico.

La tecnología se interrelaciona con otras áreas de estudio, las cuales se centran en documentar los diferentes procesos que sufre la cerámica, como el lugar de obtención de materias primas, el uso, la distribución, la reutilización, el abandono o la amortización.

En las páginas siguientes se profundiza sobre los trabajos realizados por arqueólogos y etnoarqueólogos sobre:

1) La organización de la producción.

2) El cambio tecnológico.

I.3.1. Etnografía, arqueología y tecnología cerámica: una etnoarqueología de la producción cerámica

Los trabajos etnoarqueológicos que se centran en el estudio de los materiales cerámicos presentan unos requerimientos metodológicos idénticos a la de otros ámbitos de estudio. Las diferencias se plantean en función de la problemática que se pretende resolver a partir del análisis de un material concreto: la cerámica.

Es común entre muchos arqueólogos y etnoarqueólogos criticar los estudios que sólo describen las actividades tecnológicas, sin relacionarlas con el contexto social (Ingold, 1993), planteando que *«la mera descripción tecnológica es banal si no se acompaña de una autentica exploración e implicación social de las técnicas»* (González Ruibal, 2003:30).

Al respecto, Orton et al. (1997: 133): comentan: *«Muchos arqueólogos ceramistas se han dado cuenta de la importancia de documentar una artesanía que esta desapareciendo en muchas partes del mundo (si no en todas), por lo que han incrementado el número de estudios sobre la producción de cerámica tradicional, tanto en beneficio propio, como para ayudar a interpretar el material arqueológico»*. Del mismo modo se expresa Cremonte (1985: 199) al plantear que existe una «*urgencia concreta en realizar estos estudios mientras aún puedan llevarse a cabo observaciones y discusiones directas*».

Algunos investigadores piensan que se deben describir pequeñas actividades prehistóricas, pero no quedarnos ahí, hay que entender los procesos sociales que se esconden detrás, más allá del simple inventario de técnicas (González Ruibal, 2003: 27-29).

La artesanía cerámica tradicional, como muchas otras artes, está desapareciendo en demasiadas partes del mundo, al ser absorbidos los grupos productores por sociedades de corte capitalista. Por ello, muchos arqueólogos han incrementado el número de estudios que pretenden ayudar a interpretar el material arqueológico, relacionando sociedades vivas con la cultura material que producen, con el objetivo de aumentar el inventario de los procesos técnicos de fabricación. Estos trabajos, son ahora más necesarios y urgentes que nunca, aunque no pretendan solucionar problemas arqueológicos concretos, como si de una arqueología o etnografía de urgencia se tratara.

Las tipologías y los estudios arqueométricos pueden revelar información sobre la conducta de los alfareos y los estudios etnoarqueológicos se aproximan al contexto social

de la producción y pueden ayudar a plantear nuevas propuestas. *«Se quiere indagar dentro de los asuntos más profundos de la organización del trabajo alfarero y lo que significa esta organización para hacer inferencias sobre los patrones sociales y económicos antiguos.»* (Arnold, 1994: 478).

Los trabajos etnográficos sobre la tecnología cerámica permiten incrementar los estudios sobre las técnicas de fabricación cerámica; elaborar modelos interpretativos de referencia en base al análisis del contexto social de producción, la identidad cultural y la cosmovisión social; y mejorar la interpretación arqueológica en base al potencial informativo de los objetos y la viabilidad de utilizar determinadas metodologías arqueológicas.

El análisis de la tecnología permite utilizar estudios etnográficos publicados, ya que el proceso de fabricación de la cerámica ha preocupado tanto a antropólogos como a arqueólogos. Además, la validez de los datos obtenidos por los etnógrafos parece incuestionable, ya que nos proporcionan una importante fuente de información sobre diferentes aspectos del sistema productivo; si bien dejan de lado ciertos aspectos del proceso y del comportamiento de los materiales, que podrían ser útiles para los arqueólogos (Orton et al., 1997: 133).

La documentación de actividades alfareras con metodología arqueológica es valida en sí misma, y proporciona un vasto catálogo de técnicas y comportamientos que luego, pueden ser utilizados por los arqueólogos en sus reflexiones.

En algunos casos, estas investigaciones no van más allá de simples inventarios de técnicas que pretenden documentar estos procesos antes de su desaparición definitiva (Rye y Evans, 1976; Sarawasty y Behura, 1966; por ejemplo). En cambio en otros, la documentación del proceso de fabricación permite plantear una reflexión más amplia sobre el contexto social de producción (Arnold III, 1991; Arnold, 1975; por ejemplo).

Este último grupo de trabajos tecnológicos se centran en la documentación del contexto social de producción y su relación con otras áreas de la sociedad, para intentar ofrecer nuevas hipótesis de referencia sobre aquellos aspectos más difíciles de observar mediante métodos arqueológicos, como la identificación de los procesos que determinan el desarrollo de la producción (Peacock, 1982: 51; Van der Leeuw y Pritchard, 1984: 14; Annis, 1985), o el proceso de especialización alfarera (Costin, 1990; London, 1992; Rice, 1981; Stark, 1991).

Algunos trabajos han intentado relacionar la fabricación cerámica de complejos culturales arqueológicos con poblaciones actuales emparentadas con las pasadas. Algunos ejemplos de ello los encontramos en los trabajos sobre la fabricación y organización cerámica entre los Mayas del Yucatán (Arnold, 1989, Deal, 1983), los Tuxtlas en México (Arnold III, 1991), grupos quechuas de Perú (Arnold, 1975), Ecuador (Sjoman, 1992) o Argentina (Cremonte, 1984), Aymaras (Varela, 1992, 2002) y Mapuches (García Rosselló, 2007) en Chile, Moche en Perú (Shimada, 1994), Tunebos (1979) o el grupo Ubera-Chamí (Uribe, 1987) en Colombia.

El análisis de la evolución histórica es una herramienta excelente e imprescindible para documentar los cambios o perduraciones en la producción cerámica (Annis 1985; García Rosselló, 2006a, 2006b, 2007a, 2007b; Kalintzidou, 2000; Idrovo, 1990; Arnold, 1989). Por medio del análisis histórico, podemos delimitar geográficamente y cronológicamente las poblaciones en estudio, establecer la evolución histórica de la producción, observar cómo afectan los cambios a la tecnología del grupo y determinar cómo se observan arqueológicamente (Annis, 1985).

Desde la etnoarqueología se ha intentado elaborar un modelo de los procesos dinámicos que determinan el desarrollo de las producciones cerámicas (Peacock, 1982; Van der Leeuw, 1977; Van der Leeuw y Pritchard, 1984; Annis, 1985). Esta disciplina, puede apor-

tar datos muy valiosos sobre los factores que animan la intensificación de la producción y cómo se desarrollan las diferentes escalas de producción dentro de las comunidades alfareras (Stark, 1991: 64).

Una aproximación que pretenda caracterizar los cambios diacrónicos resulta muy difícil desde una perspectiva arqueológica. Materialmente, la estructura de producción puede no evidenciar variaciones de manera notable, la intensificación en la organización de la producción sí, por lo que el énfasis en la organización espacial de las actividades de manufactura permite observar esta variabilidad (Arnold III, 1991: 148).

En la mayoría de casos la perspectiva temporal ha sido poco tratada *«A menudo resulta difícil precisar la cronología de estos cambios históricos»* (González et al., 2001) por la dificultad de obtener fuentes escritas históricas y testimonios orales fiables. Pero en algunos contextos estos cambios se han podido precisar de forma relativamente efectiva (Annis, 1985; González et al., 2001; García Rosselló, 2006a, 2007)

La variabilidad de técnicas corresponde frecuentemente a diferentes realidades sociales (Lemonier, 1986), étnicas (González Ruibal 2004, Sjoman 1992) o culturales (Sjoman 1992) por lo que muchas veces estas variantes pueden no corresponder a situaciones de sustitución cultural o cambio tecnológico, sino más bien a elementos de resistencia cultural (García Rosselló 2007a, 2007b). El estudio de las variantes técnicas *«demuestra las pertinentes correlaciones entre un fenómeno técnico y una realidad social»* (Lemonnier (1983: 17).

Las variantes técnicas tienen una función distintiva y van a significar referencias de identidad de los miembros que las desarrollan. Es por esta función distintiva que las variantes técnicas están directamente relacionadas con la organización social. Aunque el individuo nunca es consciente de la existencia de esas preferencias (Mahias, 1993: 117).

La situación en un mundo, cada vez más globalizado, provoca que las sociedades productoras de cerámica se hallen inmersas en un profundo proceso de cambio. Esta situación permite acceder a algunos aspectos poco estudiados en los registros etnoarqueológicos como son las adaptaciones que se producen en los comportamientos técnicos, económicos y sociales durante estos procesos de cambio (González et al., 2001).

La integración de sociedades tradicionales en una economía globalizada ha originado una serie de cambios que han influenciado a la fabricación cerámica, como también a muchas otras artesanías. Estos incluyen: la imposición de una economía monetaria, mejores comunicaciones y transportes, la sustitución de los productos artesanos por otros más funcionales y mejor preparados y el incremento del turismo nacional e internacional (Rice, 1987: 459-456).

En la elaboración cerámica se combinan elementos nuevos con otros tradicionales: se modifican materiales, tamaños, formas, decoraciones y usos, para poder reorientar los productos hacia mercados turísticos. El gran cambio de los artesanos tradicionales ha consistido en abandonar las cerámicas utilitarias o domésticas para consumo local. Todas estas trasformaciones se han producido por el acomodo de las sociedades tradicionales al mercado moderno.

A menudo se ha documentado, cómo los productos occidentales hechos de plástico o metal, son más deseados que la cerámica al ser más duraderos. Así, las sociedades tradicionales tienden a sustituir este material por otros que tienen un tiempo de uso más prolongado. (Longacre, 1985: 345; David y Heming, 1972: 24).

Estado de la cuestión

Existen diferentes revisiones y síntesis sobre el estudio de la cerámica bajo la perspectiva etnoarqueológica: Kramer (1985), Arnold (1985), Longacre (1991), Arnold III (2000), Hegmon (2000) y Mirian Stark (1991) han realizado una revisión bibliográfica exhaustiva.

Arnold (Arnold, 1985) ha realizado una buena síntesis sobre los trabajos etnoarqueológicos que tratan sobre cerámica. Se ha analizado su papel en relación con la excavación (Matson 1972), el medio ambiente (Arnold 1975), el comercio (Lauer 1970; Ellen y Glover 1974), el uso y distribución (Stanislawsky 1977), su relación con la cerámica romana (Peackoc 1970), los índices de fragmentación, representatividad y distribución espacial (Davis 1972; De boer y Lathrap, 1979, Siegel y Roe, 1986), la variabilidad tipológica (Miller 1985; David y Henning 1972), la funcionalidad y usos (Moorhouse, 1978; Skibo 1992, Longacre 1985, Nelson 1991, Henrikson y Mcdonald 1983; Hildebrand y Hagstrum 1999), el contexto ideológico (David 1992, Dillehay y Gordon 1977) o el comercio e intercambio (Vossen, 1984; González et al. 2001; Dietler y Herbich, 1989; Stark, 1991, 1994; Longacre, Xia y Yang, 2000; Longacre y Stark, 1992; Mohr Chavez, 1991; 1987, Sjoman, 1992; Arnold, 1975).

Por lo que respecta a los estudios sobre la tecnología, éstos se han orientado mayoritariamente hacia estrategias técnicas, aspectos sociales, contexto económico y cambio tecnológico de la producción.

Los estudios sobre las estrategias técnicas se han encaminado hacia la documentación de los procesos de fabricación, el establecimiento de cadenas operativas (Gelbert, 1994; Balfet, 1991; Gosselain 1998, 1999, 2000; Petrequin y Petrequin 1999; Mahias 1993, 1994; Gallay et al., 1996; Gallay y Huysecom, 1991; Huysecom, 1994) y caracterización de centros productores (Stark 1991, 1994, 1998; London 1991; Arnold III, 1991; Arnold, 1989; Buxeda et al., 2003). Los trabajos sobre el contexto social de producción se han centrado principalmente hacia aspectos de división y estructura del trabajo (Vossen, 1972; Vossen et al., 1980; Vossen y Ebert, 1976; Gruner, 1973; González et al. 2001; Bedaux, 1994; Spriggs y miller, 1979; Papousek, 1984; Carman, 1963; Varela, 1992, 2002, Osborn, 1979; Uribe 1987), el nivel de especialización (Annis, 1981; Balfet, 1965, Dietler y Herbich, 1989; Stark, 1991, 1994, 1998; London, 1991; Kramer, 1991) o el análisis espacial de la producción (Arnold III, 1991; Annis, 1981; Suguira y Serra, 1990; Cremonte, 1988-90; De Boer y Lathrap, 1979).

Por otra parte, en función de la contextualización, tanto técnica como social de la producción, se ha analizado el cambio tecnológico (Kalintzidou, 2000; Annis, 1985, Gosselain, 2000; Gosselain y Linvingstone 1995; Mercader 2000; London 1991, Graves, 1994; Longacre y Stark, 1992; Mahias 1993, 1994; Arnold 1989; Hardin y Mills, 2000; Bowser, 2000; Sjoman, 1989, 1992; Ravines 1978; Villiger, 1983) y la variabilidad tecnológica entre centros productores (Vossen et al, 1980; Vossen, 1984, Gelbert, 1994; Dietler y Herbich, 1989; Wandibba, 1995; Gallay et al., 1996; González Ruibal, 2004; Stark, 1998; Longacre, Xia y Yang, 2000).

Del mismo modo, otros grupos de trabajos han intentado establecer analogías tecnológicas con la arqueología a través del análisis de materias primas (Mercader, 2000; Arnold, 1971, 1975), el modelado (Gelbert, 1994; Petrequin y Petrequin 1999; Rodríguez et al. 2006.; Desbat, 1989; Gosselain y Livingstone, 1995), la cocción (Nicholson y Patterson, 1985, 1989) o el análisis espacial (Arnold III, 1991).

Finalmente, presentamos una distribución geográfica de los principales trabajos sobre la tecnología. Existe, por tanto, un corpus muy completo de las estrategias técnicas de producción:

En Europa las investigaciones se han centrado en la alfarería de la Península Ibérica (Vossen, 1972, 1984; Vossen et al., 1980; Gelbert 1994); el uso de cantos rodados en Canarias (Rodríguez et al., 2006); la documentación de hornos en Chipre y Creta (Hampe y Winter, 1962), Grecia (Hampe y Winter, 1965) o la variabilidad tecnológica en Cerdeña (Annis, 1985) y Grecia (Kalintzidou, 2000).

En África, destacan los trabajos realizados en Egipto por Nicholson y Patterson, (1985, 1989); el Magreb por Vossen y Ebert (1976), Gruner (1973), Balfet, (1965, 1991), Desbat (1989), o González et al. (2001), Camerún por Gosselain (Goselain, 1998, 1999, 2000; Gosselain y Livingstone 1995); Kenia por Dietler y Herbich (1989) o Wandibba (1995); Malí, ya sea, en el delta del Níger (Gallay et al. 1996; Huysecom, 1994; Gallay y Huysecom 1991), entre los Fulani (David y Heming (1972) o en el País Dogón (Bedaux, 1994), en la selva del Ituri en Congo (Mercader, 2000), en Etiopía (González Ruibal, 2004) o entre los Bantú de Sudáfrica (Krause 1990).

En el continente Asiático destacamos los estudios realizados por Rye y Evans (1976) en Pakistán; Sarawasty y Behura (1966), Kramer (1991) o Mahias (1993, 1994) en India; Petrequín y Petrequin (1999) en Indonesia, el equipo dirigido por Longacre en el Norte de Filipinas (Stark 1991, 1994, 1998; London 1991; Graves 1994; Longacre, Xia y Yang, 2000; Longacre y Stark, 1992); o Spriggs y Miller (1979) en la isla de Ambon en Indonesia.

Por lo que respecta al área centro y Sur de América han publicado trabajos sobre México Arnold III (1991) en relación a los Tuxtlas; Arnold (1971, 1989) en la zona de Ticul; Papousek (1984) y Hill (1978) sobre Tijuana; o Sugira y Serra (1990) a cerca del valle del Toluca. Sobre los Zuñi de Nuevo México han trabajado Hardin y Mills (2000). En Colombia destacan las aproximaciones sobre los Tunebos (Osborn 1979) y los Embera-Chamí (Uribe, 1987).

Quizás es la zona Andina, junto con México, donde se concentran la mayoría de trabajos. Dentro de esta área destaca de forma especial Perú, tanto la zona Andina (Donan 1978; Mohr Chávez 1987, 1991; Arnold 1975a, 1975b; Ravines y Villiger, 1989; Ravines 1978, Villiger 1983, Tello 1978), como la zona costera Norte con los centros alfareros de Morropé, Piura y Simbilá (Shimada, 1994; Collier 1967, Camino, 1982; Sabogal, 1982, Tello 1978) o el área amazónica (De Boer y Lathrap, 1979). En Ecuador destacan los trabajos de Sjoman (1989, 1992) centrados en la costa, andes y oriente y Bowser (2000) en la zona amazónica de Sarayacu y Canelos. Para Argentina, destacan los trabajos de Cremonte (1988-90, 1984) en Tucumán y Jujuy, y los de Carman en Córdoba (1963).

I.3.2. La organización de la producción

Hablar de organización de la producción cerámica es referirse a la estructura social de la producción y sus relaciones con el nivel técnico alcanzado y el grado de especialización conseguido. Esto, es útil para conocer las características socioeconómicas de las sociedades. Arqueológicamente es dificultoso conocer los niveles de organización productiva, por lo que algunos trabajos han intentado establecer indicadores materiales que identifiquen el tipo de organización, a partir de la documentación de las áreas de producción (Arnold III, 1991; Peacock, 1982; Sullivan III, 1989).

En las siguientes páginas reflejaremos la variabilidad terminológica utilizada para definir y caracterizar producciones arqueológicas, y nos aproximaremos a los sistemas de organización de la producción cerámica y su nivel de especialización.

El análisis de estos cambios, en la base económica y la distribución de productos, está interconectado con las trasformaciones tecnológicas que sufren las poblaciones. Trasformación tecnológica y modificación de la estructura de producción están relacionados. Por ejemplo, la aparición de artesanos especializados puede suponer un cambio tecnológico al mejorar la eficacia productiva (Renfrew y Bahn, 1993).

En definitiva, una aproximación a la estructura de la producción proporciona dos tipos de posibilidades de análisis (Arnold III 1991: 151):

1) Diferenciar entre estructura y escalas de producción.

2) El potencial para identificar el cambio.

Abordamos, a continuación:

1) La identificación de centros productores y la distribución de sus productos.

2) La estructura y escala de producción.

3) Los modelos de producciones cerámicas propuestos.

4) La identificación de la estructura de producción

I.3.2.1. La identificación de centros productores

El estudio de los centros productores y la distribución de sus productos se han desarrollado dentro de la arqueología histórica, ya que en contextos prehistóricos la cerámica doméstica suele carecer de centros productores definidos y la distribución de sus productos es muy reducida.

La preocupación en distinguir entre producción y distribución obedece al intento de conocer las relaciones económicas entre diferentes grupos y al interés por documentar correctamente los individuos cerámicos presentes en un yacimiento, además de establecer su cronología. Esto se ha desarrollado mediante la caracterización de tipos como la Terra Sigillata Hispánica (Roca, 1981), el material anfórico Ebusitano (Ramón, 1991), las ánforas Massaliotas (Bertucchi, 1990) o las cerámicas Campanianas (Morel, 1981), por poner algunos ejemplos. Al mismo tiempo se ha trabajado en la caracterización de pastas por medio de la definición de los componentes que definen las familias, por ejemplo, en las cerámicas romanas de cocina (Cau, 1993 y 1997), así como en la terra sigilata (Buxeda, 1995; Tusset, 1991), materiales anfóricos ebusitanos (Buxeda y Cau, 1998), aunque también en cerámicas prehistóricas (Capel et al. 1979; 1986; Contreras, 1998; García et al., 2001; Larrea et al. 1999), o para las cerámicas de origen local poco conocidas (Poblome, 2002).

La caracterización de las producciones cerámicas permite identificar, por medio de la composición y tipo de pasta, diferencias entre grupos y talleres, así como el tipo de organización de la producción, si se documenta la distribución de los productos y la tecnología utilizada.

Una producción arqueológica se identifica a partir de las producciones manufacturadas localizadas en centros receptores y conociendo los talleres donde se han fabricado las cerámicas. Por todo ello, el uso de diferentes términos como producción, centro productor, fábrica o taller tendrán connotaciones diferentes si provienen de análisis arqueológicos o de estudios de tipo social y económico.

El concepto de producción se utiliza para definir la fabricación de unos mismos grupos cerámicos en función de elementos técnicos, tipológicos y de composición de las pastas (Roca, 1981; 9182; Adroher y Olarte, 1991). Por ejemplo, la fabricación de Terra Sigiliata sería una producción y sub-producciones las diferentes variantes regionales y cronológicas, como gálicas, itálicas o hispánicas (Roca, 1982). Una producción, implicaría la fabricación de unos productos de forma similar, aunque puedan existir diferentes centros productores dispersos por una amplia geografía.

El centro de producción es el lugar donde se aglutinan un gran número de fábricas individuales. Dentro de una misma producción pueden existir diferentes centros. Un centro de producción se identifica por la elaboración de determinadas formas y por los componentes de las pastas. En las sucursales de un centro productor la fabricación es la misma, pero cambia la utilización de las materias primas.

Entendemos por fábrica la distribución, frecuencia, forma, tamaño y composición de los componentes de una cerámica (Whitbread, 1989, citado en Buxeda et al., 1995: 49). Tras la cocción, la pasta cruda da origen a la fábrica. Las características de la fábrica derivan de la arcilla, pero también del proceso tecnológico que ha sufrido (Buxeda et al, 1995).

La pasta, no es otra cosa que la mezcla de arcillas e inclusiones intencionadas que utiliza el alfarero para la confección de las cerámicas. Una vez reconocida la fábrica se puede identificar la pasta. La diferencia entre pasta y fábrica radica en que, la primera, hace referencia a la materia cruda empleada en la confección de la cerámica y la segunda, se refiere a la materia cocida (Buxeda el al., 1995: 49).

Por medio de la identificación de la pasta pueden conocerse las zonas de origen. La zona de procedencia es el territorio donde se asentaría un taller y de la cual se tomaría la materia prima. En este sentido, la zona de incertidumbre es la zona mínima de atribución de procedencia, al no ser posible distinguir entre las materia primas de diversos talleres (Buxeda el al., 1995: 49). Un ceramista puede preparar diferentes tipos de pasta a partir de la materia prima de una zona, pero se puede producir una alteración de las propiedades originales para conseguir unas características determinadas en las cerámicas.

El concepto de taller, se refiere a la unidad aislada de producción o a la localización de lugares con una producción muy concreta. El taller se relaciona directamente con la zona de procedencia. El mismo puede formar parte de un centro productor o ser una sucursal de otro. Los talleres serían los diferentes lugares donde se realiza una misma producción.

Desde una perspectiva arqueológica, los individuos cerámicos permiten identificar la fábrica, que a su vez informa sobre la pasta. Y ésta se relaciona con el taller y, a su vez, con la zona.

Los individuos cerámicos (Ic) serán mayores o iguales a una fábrica (F), ésta será mayor o igual a una pasta (P), que a su vez será menor o igual a un taller (T) y este será menor o igual a la zona de incertidumbre (Zi). Por lo que un taller tendrá una o más pastas. Las pastas resultarán de una o más fábricas y una fábrica estará representada por uno o más individuos cerámicos (Buxeda el al., 1995: 50).

Como remarcan Mannoni y Giannichedda (1993: 281) *«la distinción entre taller, fábrica o industria es subjetiva y difícil de entender»*. Además, este tipo de categorías obedecen a criterios arqueológicos, a partir del análisis de las pastas, más que a aproximaciones al modo de producción.

I.3.2.2. La escala y estructura de la producción artesanal cerámica

Los estudios sobre el contexto social de producción se han orientado hacia la escala y estructura de la misma.

La escala productiva se refiere al tamaño y complejidad del sistema de producción, permitiendo una aproximación a la complejidad social. Los arqueólogos intentan describir el nivel de trabajo, los recursos usados y el número de productos fabricados (Rice, 1987: 81), aunque también la cantidad de trabajo y el volumen de producción destinada al autoconsumo y al intercambio (Arnold III, 1991: 91).

La estructura de producción sirve para describir la organización de la manufactura cerámica y el proceso de especialización. Esto se refiere a la distinción entre los modos de

relación de los productores y entre éstos y consumidores (Underhill, 1991:12). Se han desarrollado muchos modelos para describir los diferentes modos de organización, generalmente desde la etnografía (Vidale 1992; Peacock 1982; Arnold III, 1991; Stark, 1991).

Se han intentado establecer escalas y estructura de producción de acuerdo a un esquema tipológico de clasificación. Esto ha motivado un gran número de clasificaciones, que han dado resultados similares (Mannoni y Giannichedda, 1993; Rice, 1987; Peacok, 1982; Arnold III, 1991; Tosi 1984; Vidale 1992; Costin, 1990).

Aunque la creación de modelos es importante por su valor para documentar el sistema de organización, es más significativo distinguir los diferentes parámetros que definen la organización. Los estudios sobre la organización de la producción nunca deben perder de vista el hecho de que esta se inserta dentro de los sistemas políticos, sociales y económicos (Underhill, 1991: 13), por que se comportan de forma diferente según estos condicionantes (Costin, 1990: 7-8).

La organización de la producción puede estar condicionada por la tecnología de fabricación, las materias primas utilizadas, el medioambiente, el tipo de subsistencia de los ceramistas, si bien la incidencia de los condicionantes dependerá del contexto social de producción, la tradición sociocultural, el esquema de racionalidad y un contexto histórico y territorial determinado.

También el contexto ecológico y el sistema de subsistencia pueden condicionar la estructura de producción. Este hecho determinará, por ejemplo, el sistema de trabajo, limitándolo a períodos cortos de tiempo a lo largo de todo el año.

Los trabajos sobre la organización de la producción enfatizan, sobre todo, el papel de los alfareros en la organización del trabajo y el contexto económico del ceramista (Arnold III, 1991), así como el valor de sus productos y la distribución de los mismos (Orton et al., 1997).

El tipo y características de la producción se han relacionado comúnmente con el nivel de especialización del artesanado (Mannoni y Giannichedda, 1993: 273-281) y la capacidad tecnológica del grupo. Algunos trabajos han analizado el modo de producción y su implicación en el nivel de especialización artesanal (Tosi, 1984; Peacock, 1982, Giannichedda, 1996; Blake, 1980, Hodges, 1976, Rice, 198; Underhill 1991, Costin, 1990, 2000; Van der Leew, 1977, 1984).

Como ha planteado Arnold (1994: 480) *«Abundan las definiciones poco claras y mal definidas sobre especialización»*, por la dificultad de identificar la estructura de producción arqueológicamente y por la indefinición y mal uso de algunos conceptos. El trabajo de Costin (1990) mejoró notablemente la confusa situación.

La especialización, al contrario de algunas innovaciones técnicas, no puede ser un hecho casual y espontáneo, ya que requiere unas necesidades mínimas para desarrollarse. Su aparición debe analizarse junto a otras especializaciones productivas, como la aparición de comerciantes, soldados o campesinos, aunque la especialización alfarera se considera una especialización productiva menor.

Costin (1986 citado en 1990: 3) define especialización como *«la regular y repetida adopción de algunas comodidades o servicios sustituyéndolos por otros»*. Producción y especialización no son la misma cosa. Producción, es la transformación de las materias primas y/o sus componentes en objetos utilizables. Es mejor definir la especialización como una participación diferencial en actividades económicas específicas. (Costin 1990: 3).

Cuando hay pocos productores y consumidores de un objeto particular reconocemos una producción especializada. Pero la especialización puede tomar muchas formas, por lo que se ha de ver como algo multidimensional (Costin, 1990: 4-5), más que como un proceso de continuidad y unidireccional.

Este proceso indica cambios en la estructura socio-económica, ya que el grupo debe generar un excedente suficiente para mantener a unos artesanos especializados a tiempo completo. Por eso, puede indicar la obtención de excedentes por parte del grupo de artesanos y la diversificación en la obtención de los recursos. Los artesanos especializados suelen colocarse en diferentes niveles en la escala de jerarquización social, por lo que algunos pueden haber resultado ser los motores de una nueva organización y, en otros casos, pueden haber surgido como resultado de los cambios socioeconómicos (Mannoni y Giannichedda, 1993: 272). La especialización se relaciona con el crecimiento de las elites, aumento de población, aumento de la riqueza o crisis del sistema de subsistencia.

Sin embargo, no es correcto establecer conclusiones sobre el tipo de especialización según la complejidad de la sociedad, porque estas correlaciones no siempre son correctas. Ingold (1990), ya advierte sobre la simplicidad de ciertas correlaciones tecnológicas, como simplicidad tecnológica versus simplicidad social, por lo que no se pueden extraer conclusiones sobre la complejidad de una sociedad a partir de lo rudimentario de sus útiles.

Binford (1988: 240) ha criticando los planteamientos que consideran que es la sociedad la que cambia y hace posible el mantenimiento de los especialistas, planteando que uno de los posibles motivos del desarrollo del artesanado es el intento de individuos por conseguir un lugar reconocido en la sociedad.

La especialización puede ser un indicador de innovaciones técnicas, pero no creemos que el desarrollo de un grupo hacia la especialización indique, inequívocamente esto. Las innovaciones son, a veces, la causa y otras la consecuencia del proceso de trasformación de la organización de la producción.

Se ha planteado que la definición e identificación de la escala de producción deben basarse en el reconocimiento del sistema económico (Arnold III, 1991: 91; Costin, 1990: 4), ya que los sistemas de producción no pueden ser estudiados de manera aislada a su sistema económico complementario (Underhill, 1991: 13). La orientación comercial es, a menudo, la mayor diferenciación en la especialización económica (Papousek, 1981).

Arnold III (1991: 91) propone la cantidad de producción destinada al exterior o el número de ítems manufacturados en un periodo determinado, junto al volumen de demanda del mercado, como los elementos que definen la organización de la producción.

Costin (1990: 4), plantea dos características principales en la definición de la escala productiva: 1) La relación entre productores y consumidores. Un producto que tiene un alto número de productores en relación con los consumidores tendrá un bajo grado de especialización, mientras que si tiene relativamente pocos especialistas, en proporción a los consumidores, tendrá un alto grado de especialización. 2) La especialización puede ser organizada de muchas formas, por lo que hay diversos tipos de especialización según el contexto social, político, económico y medioambiental.

Underhill (1991: 14-15) se expresa del mismo modo, planteando que: *«La distribución y el consumo nos informan sobre el contexto de producción. Los patrones de consumo caracterizan la demanda. La naturaleza de la demanda define la función de los productos y el rol socioeconómico de los pueblos que lo usan. El nivel de demanda describe el número de ítems en circulación y el número requerido para satisfacer la demanda de la gente. La logística de distribución identifica el modo en que los productores adquieren materias primas y la trasformación en objetos finalizados destinados a los consumidores»*.

Vossen (1984) ha analizado la distribución de la cerámica en algunos centros alfareros de la Península Ibérica y cómo se producen los procesos de ampliación de la producción. La tensión provocada por el aumento del número de artesanos y la presión de los intermediarios, que enfrentan a los alfareros para bajar los precios, provoca una emigración

hacia zonas rurales donde la competencia es menor. Esta migración, permite la aparición de sucursales dependientes de los talleres principales, modificándose el radio de dispersión de los productos. Se producen cambios en el estilo de los productos por el uso de materias primas diferentes y aperecen nuevos consumidores, que modifican los requerimientos de la demanda.

I.3.2.3. Modelos de producciones cerámicas

Se han planteado diferentes modalidades de organización de la producción a partir de aproximaciones de tipo arqueológico y etnoarqueológico. Son esquemas que pueden funcionar como guías, aunque siempre existen casos particulares que se escapan del modelo. Las diferentes clasificaciones utilizan modelos basados en diferentes supuestos como la tecnología, la obtención de materias primas, las dimensiones del área, etc.

Somos conscientes de que la organización de la producción depende del contexto sociocultural y ecológico del grupo, por lo que los trabajos aquí propuestos se han de entender como simples modelos interpretativos.

Van der Leew (1977), propone una división de la estructura organizativa de la producción en seis niveles:

1) Producción doméstica.
2) Industria individual.
3) Industria doméstica.
4) Taller industrial.
5) Población industrial.
6) Industria a gran escala.

Deal (1983), distingue ente producción doméstica y población industrial en su estudio de la cerámica Maya (México) de la siguiente manera:

1) Producción doméstica: Frecuencia ocasional y trabajo a tiempo parcial. Organización separada del trabajo. Destino doméstico o mercado inter-comunitario. Fabricación durante la estación seca, a mano y con pequeñas herramientas, así como la cocción abierta. Sin división del trabajo. La arcilla es local y se obtiene a menos de un kilómetro. El tiempo de fabricación de una vasija es superior a veinte minutos.

2) Producción industrial: Trabajo a tiempo parcial o completo. Organización por medio de un grupo de montaje con la familia extendida o por gremios. Destino local o regional. Fabricación durante todo el año, a mano y con pequeñas herramientas y con cocción abierta. Existe división del trabajo. La arcilla es local y se obtiene a menos de un kilómetro. El tiempo de fabricación de una vasija es inferior a treinta minutos.

Muller (1984), enfatiza la distinción entre sitio especializado (donde una actividad simple y en un corto periodo de tiempo es realizada por todo un grupo social, en función de sus propias necesidades de consumo) y producción especializada (donde una parte de las ganancias para su subsistencia, o todas, se obtienen con la participación en actividades especializadas).

Tossi (1984) distingue entre:

1) Laboratorio familiar accesorio: área pequeña y concentración de muchas funciones.
2) Laboratorio especializado: área pequeña y concentración de pocas funciones.
3) Industria: dimensiones del área grande y concentración de pocas funciones.
4) Centro artesanal: dimensiones del área grande y concentración de muchas funciones.

Costin (1990), ha propuesto ocho niveles basándose en el surgimiento de especialistas:

1) Especialización individual: Producción doméstica o individuos autónomos produciendo para un consumo local restringido.

2) Taller disperso: Talleres más amplios que producen para un consumo local restringido

3) Comunidad especializada: Unidades de producción de base doméstica o individuos autónomos, situados dentro de una única comunidad, produciendo para un consumo regional restringido.

4) Concentración de talleres: Talleres más amplios, situados dentro de una única comunidad, produciendo para un consumo regional restringido.

5) Producción parcial destinada a las élites: Trabajo a tiempo parcial para la élite o instituciones gubernamentales, en contextos domésticos o comunidades locales.

6) Producción individual dependiente: Artesanos individuales, que generalmente trabajan a tiempo completo dentro de una élite o administración que producen para patrones o instituciones gubernamentales.

7) Producción concentrada hacia las élites: Trabajo a tiempo parcial reclutado por una institución gubernamental trabajando con un objetivo especial.

8) Talleres dependientes: Operación a gran escala, con artesanos a tiempo completo, trabajando para un patrón o institución gubernamental, segregados del resto por su alta especialización.

Rice (1987: 183-185), propone un modelo fundamentado en sus propios trabajos (1981), en los de Van der Leew (1977) y en los de Peacock (1982):

1) Producción doméstica: También denominado modo de producción doméstico. Representa una manufactura ocasional, principalmente para uso propio. Generalmente, se trata de una tecnología simple en manos de la mujer que frecuentemente se destina al consumo, pero pueden generarse pequeñas oportunidades para la intensificación.

2) Industria doméstica: A veces, es una producción más continua que la anterior, pero es todavía una tecnología simple, con pequeñas inversiones de capital en equipamiento. Aunque también está en manos de la mujer, representa una introducción en los circuitos comerciales. Se generan unos ingresos suplementarios para la mujer. La fabricación se destina a uso propio y al intercambio en los alrededores. A menudo se localiza en áreas relativamente pobres para el trabajo agrícola y en la actualidad esta producción se orienta hacia mercados turísticos.

3) Industria en taller individual: Es una producción que normalmente se encuentra asociada al hombre. Necesita de inversión de capital (para hornos y tornos), que deriva en la mejora de su modo de vida. Los talleres están generalmente separados y la distribución puede ser más elemental que los sistemas comerciales.

4) Grupo de talleres: Éstos representan un complejo industrial en el cual la fabricación de cerámicas es la principal actividad económica practicada por hombres y presenta una infraestructura extensa. Puede ser estacional pero, a causa de la competencia, ésta se practica durante todo el año. La comercialización está integrada en mercados urbanos y a menudo hay intermediarios comerciales. Las industrias pueden estar en áreas urbanas, bajo diferentes tipos de unidades, pero son especialmente características de regiones rurales.

Arnold III (1991: 91-95) a partir de su trabajo en los Tuxtlas (México) establece cinco sistemas de producción cerámica:

1) Producción doméstica: Se caracteriza por actividades a tiempo parcial, dirigidas al mantenimiento de la unidad familiar, por lo que la producción no se encamina a generar ingresos adicionales. Los ceramistas son, generalmente mujeres y deben organizar la producción de acuerdo con otras tareas domésticas, por lo que dedican pequeños momentos a la manufactura y no emplean técnicas de producción especializadas. Las actividades están organizadas en series de formas, con un único responsable individual, que lleva a cabo

todas las fases de la manufactura. La producción destinada al exterior es bastante baja. Además, al fabricar para proveer sus propias necesidades no se encuentran influenciados por las demandas del mercado. Las decisiones que conciernen a la forma y estilo de los atributos de sus piezas son decisiones personales y no se encuentran por la competencia económica de otros productores. Toda esta actividad es muy difícil de identificar en el registro arqueológico, aunque se puede observar la carencia de recursos y la relativamente pobre calidad técnica del producto final.

2) La industria casera: Implica un aumento considerable de la cerámica destinada al exterior de forma comercial. Se sigue operando a tiempo parcial y la mayoría continúan siendo mujeres. El aumento de los productos no destinados al consumo requiere una inversión adicional en actividades de manufactura, técnicas de fabricación más eficientes, el aumento del número de ayudantes en la producción y más tiempo dedicado a la manufactura. Esto puede implicar el aumento de los gastos que la industria no puede abarcar. La producción empieza a ser más regular y está condicionada por los ciclos estacionales. Aquí, también puede ser difícil identificar este tipo de industria arqueológicamente. Se trata de una producción realizada dentro de la unidad doméstica, por lo que los residuos de la alfarería suelen mezclarse con otros despojos domésticos. Puede documentarse un aumento de la densidad de las piezas, que han sido rotas durante la manufactura, y un descarte de algunas herramientas, como resultado del aumento del número de individuos.

3) Taller industrial: Se caracteriza por tener especialistas cerámicos a tiempo completo. Las rentas procedentes de la alfarería constituyen la gran fuente de ingresos de los ceramistas. Se trata de una mano de obra, generalmente, masculina, pero todos los miembros de la familia asisten en varias fases de la producción. Proporcionan bienes de consumo a un gran número de usuarios. Se intenta mejorar la eficiencia de las operaciones de manufactura, por lo que se reorganizan las actividades de producción. En lugar de representar trabajos en serie, aparecen las tareas simultáneas. Esta simultaneidad puede ser simple, al realizar los productores, sólo algunas tareas juntos, como cargar un horno o compleja, cuando cada productor ejecuta una tarea de producción diferente. Se introducen nuevas técnicas y herramientas como el torno, el horno o los moldes que pueden aumentar la velocidad de producción. El horno puede reducir la cantidad de roturas durante la cocción. La especialización y las mejoras en las operaciones manufactureras generalmente favorecen la eficiencia productiva. El taller se caracterizará por un aumento en la dependencia entre ventas y rentas para conseguir un aumento de los ingresos. El ceramista empezará a especializarse en la producción de una estrecha lista de bienes.

4) Grupo de Talleres y fábricas: Destaca la importancia de la fuerza de trabajo por encima de la del taller industrial. Ambas formas de producción presentan volúmenes de producción muy altos destinados a mercados supra-regionales. La diferencia entre taller y fábrica está determinado por el tamaño. Están generalmente agrupados y situados lejos de las grandes concentraciones de población porque producen productos nocivos y muchos productos de desecho. También se da por las necesidades de trasporte que generan, ya que, normalmente en el área de producción, se originan grandes concentraciones de materias primas y gran cantidad de productos han de ser enviados fuera. La producción a gran escala provocará un aumento de los individuos implicados en la fabricación, así como un aumento de las actividades adicionales relacionadas. Arqueológicamente, aparecerán elevadas densidades de productos y unas dimensiones del área de producción altas.

5) Producción cerámica controlada por las élites: Estos productores son artesanos que tienen una gran destreza y que pueden demandar grandes pagos por sus servicios. Estos especialistas pueden producir pocos productos y requieren una tecnología de produc-

ción más compleja. Pueden cargar con la producción de objetos de prestigio para la élite de patronos, por lo que no son productos ordinarios ni generalizados, al mismo tiempo, son muchas veces, únicos. La identificación arqueológica de estos productores puede ser dificultosa. Dado que generan una cantidad de desperdicios mínima. Mientras que la artesanía y destreza reflejada en un producto puede señalar la existencia de estos especialistas, siendo más complicado establecer la localización de la actividad.

Mannoni y Giannichedda (1993: 272-273) han planteado un modelo basado en trabajos de otros autores definiendo cuatro grupos:

1) Familiar o rural accesoria: Estructura dispersa, tecnología simple, pocos tipos no demasiado estandarizados, intercambio independiente por trueque y comercio, así como el tiempo de trabajo según necesidad o a tiempo parcial.

2) Laboratorios individuales: Estructura concentrada, tecnología entre simple y compleja, muchos tipos medianamente estandarizados, intercambio independiente por trueque y comercio, y tiempo de trabajo según necesidad o a tiempo parcial.

3) Barrios o centros artesanales: Estructuras concentradas de tamaño medio o conjunto de pequeñas, tecnología compleja (hay agudeza para incrementar la eficacia), muchos tipos, muy estandarizados, intercambio independiente por comercio y controlado por organizaciones estatales, y tiempo de trabajo parcial o a tiempo completo.

4) Industrias: Estructuras concentradas de tamaño medio o grande, tecnología compleja (hay agudeza para incrementar la eficacia), muchos tipos estandarizados, intercambio independiente por comercio y controlado por organizaciones estatales y trabajo a tiempo completo.

Sjoman (1992) distingue entre alfareros que trabajan a mano y a torno:

1) Trabajo a mano: La alfarería es un complemento a la agricultura que ofrece ingresos bajos. Casi siempre son alfareras, aunque hay alfareros, que trabajan a tiempo parcial. Cuando hay crisis en la agricultura la dependencia de la alfarería aumenta, al ser la fuente de ingresos mayor. Las materias primas se obtienen directamente.

2) Trabajo a torno: El proceso productivo está en manos del hombre, aunque participa toda la familia. Se realiza a tiempo completo sin fuentes de ingresos complementarios. Al existir intermediarios no tienen acceso a los canales de venta, aunque retienen una pequeña cantidad para la venta directa. Las materias primas se obtienen por compra.

I.3.2.4. La identificación de la estructura de producción cerámica

Los elementos de la cultura material y la estructura social pueden indicar un aumento del grado de especialización de un grupo y ésta, a su vez, puede evidenciar cambios en la estructura socio-económica.

En realidad, en la caracterización de una producción cerámica, como ya hemos dicho, se interrelacionan condicionantes sociales, económicos y tecnológicos. Analizando estos condicionantes podremos plantear un nivel de especialización y un modo de fabricar determinado.

En muchos casos, los indicadores que se han utilizado para caracterizar las estrategias de producción cerámica no se han establecido en función de su representación material, sino en base a criterios difícilmente identificables en el registro arqueológico.

Van der Leew (1977), ha propuesto como medio para caracterizar los diferentes sistemas de producción: la escala y la intensidad de la producción.

Peacok (1982: 8-9) propone un modelo basado en las localizaciones de los centros productores, la técnica adoptada y el tipo, cantidad y distribución del producto.

Deal (1983: tabla 17) utiliza como variables para analizar la producción doméstica e industrial, la frecuencia y organización del trabajo, la orientación comercial, la tecnología

de mezcla, manufactura y cocción, el tiempo utilizado en la fabricación, la distancia de las materias primas, la inversión necesaria, el sexo y el tipo de cerámica fabricada.

Tosi (1984), establece la identificación de la variabilidad de la organización en la producción en base a la localización espacial del trabajo y el tamaño del área de actividad (dentro o fuera del asentamiento), y el número de funciones reconocibles socialmente (presencia o ausencia de un control centralizado).

Rice (1987: 183-185), utiliza como variables para establecer la estructura de producción la frecuencia y estacionalidad de la producción, el número de trabajadores; edad, sexo, estatus y relación entre los trabajadores; grado de división del trabajo; variabilidad de materias primas y productos; cantidad y proximidad de los grupos consumidores, tipo y extensión del lugar y los utensilios. Advierte, además, que los sistemas varían en términos de escala de producción, cantidad de trabajo y recursos utilizados y también por la cantidad de vasos producidos (Rice 1987: 180-186). Diferentes observaciones en sociedades tradicionales refuerzan la hipótesis de que el incremento en la estandarización y diversidad indican un incremento de la especialización (Rice, 1987: 202).

Costin (1990: 8-18), describe cuatro parámetros que caracterizan la organización de la producción:

- El contexto: considerado como el control sobre la producción en relación al grado de intervención de las élites (entre independiente y grupal).
- Concentración: se refiere a las facilidades de producción y su dispersión regional (entre dispersa y concentrada).
- Escala: se trata de las unidades que determinan la estructura en base al tamaño y las características de la organización (desde pequeña y basada en el parentesco a la fábrica).
- Intensidad: define el grado de inversión en el trabajo (desde tiempo parcial a tiempo completo).

Underhill (1991: 13-16), utiliza diferentes categorías de datos para identificar cambios en la estructura de producción cerámica: la estandarización de las dimensiones y la diversidad formal de las vasijas. El análisis de las técnicas de producción, como los hornos o el modelado, evidencian el esfuerzo en incrementar la eficiencia productiva. La documentación de las áreas de producción sirve para investigar la aparición de centros de fabricación diferenciados.

Arnold III (1991: 91-95), intenta identificar las áreas de producción cerámica en base a la producción destinada al comercio y la demanda del mercado. Para ello, analiza la tecnología utilizada en la producción, el total de sobrantes que podrían resultar de la manufactura y la calidad y apariencia del producto final.

Vidale (1992) propone la distinción de diferentes tipos de artesanado en función de la dificultad del acceso a las materias primas y el grado de elaboración tecnológica alcanzado.

Mannoni y Giannichedda (2003: 272-273) han planteado la caracterización de las producciones en función de la organización espacial, la tecnología, las características de los productos, el tipo de intercambio y el tiempo de trabajo.

La escala de producción permite comparar diferentes sistemas productivos estableciendo su nivel de desarrollo tecnológico, el grado de especialización alcanzado, el sistema de organización del trabajo y la base subsistencial del grupo.

Establecemos formas de producir y especializaciones productivas diferenciadas en base a la comparación de las diferencias y semejanzas en las estrategias productivas.

Como hemos visto, la utilización de diferentes indicadores por los investigadores ha motivado un gran número de clasificaciones, dando resultados relativamente similares. En

general, las variables utilizadas intentan remarcar la importancia del contexto material y enfatizan el papel de la demanda y el contexto de producción, dejando de lado, la mayoría de las veces, el papel que desempeña la tecnología y el significado del producto en el contexto social y simbólico.

Distinguimos entre indicadores directos e indirectos. Los primeros se refieren a estrategias fácilmente identificables por medio del análisis de la cultura material, los segundos evidencian actuaciones socio-económicas que se relacionan con los diferentes sistemas de producción.

Como indicadores indirectos se han propuesto:

1) La intensidad de la producción (Van der Leew, 1977) y el incremento de la eficiencia productiva (Underhill, 1991).

2) La técnica adoptada y nivel tecnológico alcanzado (Peacock, 1982; Deal, 1983; Rice, 1987; Underhill, 1991; Arnold III, 1991; Vidale, 1992; Mannoni y Giannichedda, 1993).

3) La frecuencia, estacionalidad y tiempo dedicado al trabajo (Deal, 1983; Rice, 1987; Mannoni y Giannichedda, 1993).

4) El grado de división del trabajo en base a edad, sexo, estatus y número (Deal, 1983; Rice, 1987; Costin, 1990).

5) La orientación comercial, tipo de intercambio y cantidad de demanda existente (Mannoni y Giannichedda, 1993; Deal, 1983; Costin, 1990; Arnold III, 1991 Rice, 1987).

6) Introducción de la mano de obra masculina (Deal, 1983).

7) Presencia o ausencia de un control centralizado (Tosi, 1984; Costin, 1990).

8) La inversión económica y material necesaria para la producción y recursos utilizados (Deal, 1983; Costin, 1990; Rice 1987).

Y como indicadores directos:

1) La localización de los centros productores (Peacock, 1982; Underhill, 1991) o las zonas de trabajo en relación con los asentamientos (Tosi, 1984).

2) El tipo de vasija producida (Peacock, 1982; Deal, 1983; Mannoni y Giannichedda, 1993).

3) La cantidad de productos fabricados (Peacock, 1982; Rice, 1987).

4) La distribución del producto (Peacock, 1982; Arnold III, 1991; Costin, 1990; Rice, 1987).

5) La organización espacial (Mannoni y Giannichedda, 1993) en relación con la ubicación de las áreas de trabajo (Tosi, 1984; Rice, 1987; Underhill, 1991), el tamaño del área de actividad (Tosi, 1984; Rice, 1987: Costin, 1990; Underhill, 1991) o la dispersión de los desechos de fabricación (Arnold III, 1991).

6) La distancia y dificultad de obtención de las materias primas (Deal, 1983; Vidale 1992).

7) El análisis de las técnicas modelado (Underhill, 1991; Deal, 1983).

8) El análisis de las técnicas de cocción (Underhill, 1991; Deal, 1983).

9) El sistema y variabilidad del tratamiento de las pastas (Deal, 1983; Rice, 1987).

10) La calidad y apariencia del producto final (Arnold III, 1991).

11) Volumen de desperdicios que podrían resultar de la manufactura (Arnold III, 1991).

12) La diversidad formal dentro de un mismo tipo (Underhill, 1991; Rice, 1987).

13) La estandarización de las dimensiones (Underhill, 1991; Rice, 1987).

14) La estandarización de las tipos (Underhill, 1991; Rice; 1987).

15) Tipo de utensilios utilizados (Deal, 1983; Rice 1987, Arnold III, 1991).

Muchas veces estos indicadores dependen del contexto social y económico del grupo productor. Éstos se comportan de forma diferente según los sistemas políticos, económicos o sociales en los que se enmarquen.

La mayoría de estos trabajos no distinguen diferentes niveles de análisis y definen la escala de producción sin distinguir variables de comparación. Nosotros proponemos diferenciar entre unidades productivas y centros de producción.

I.3.3. El cambio tecnológico en la producción cerámica

Ninguna técnica puede ser un mero gesto, es siempre una representación física de esquemas mentales aprendidos a través de la tradición y relacionados con la manera de trabajar (Lemonnier, 1993: 3).

Las secuencias de operaciones implican decisiones tecnológicas, que explican la variabilidad, el cambio y las tradiciones de la cultura material (González Ruibal, 2004: 29). Debemos averiguar entonces, por qué se adoptan estas decisiones, que a la larga pueden producir cambios tecnológicos.

Muchas de las particularidades del cambio tecnológico y de las estrategias de los ceramistas pueden ser conocidas por medio de la etnografía y la etnoarqueología. Aunque debemos tener muy presente la necesidad de tratar con cautela las analogías entre pasado y presente, que se refieren a los procesos de cambio tecnológico, ya que algunos cambios son característicos de la reciente modernización, como el impacto del turismo en la cerámica o la mejora de las comunicaciones. Muchas veces, lo que se está constatando es un cambio de una economía precapitalista a otra de tipo capitalista. El problema no está en las particularidades de la analogía, ni el tipo de comportamientos y materiales que estamos comparando, sino en plantear las preguntas adecuadas que nos proporcionen respuestas aplicables al comportamiento de las sociedades humanas y en concreto a la prehistoria.

Las aproximaciones a las elecciones tecnológicas implican hablar de condiciones de cambio y continuidad en la cultura material (Lemonnier, 1993: 21). Pero la adopción de soluciones técnicas y el rechazo de otras no explican completamente todas las cosas (Mahias, 1993: 177).

El estudio del cambio, mantenimiento, sustitución o extinción tecnológica debe relacionarse con la modificación de las diferentes estructuras de producción cerámica que adoptan las sociedades. Estudiar los procesos de cambio de las producciones cerámicas es también estudiar los motivos de mantenimiento de las tradiciones alfareras.

Nuestra percepción de la estructura de producción es especialmente crucial para investigar las fases de cambio acerca de los diferentes sistemas de producción (Rice, 1984).

La identificación en la estructura y escala de producción no puede basarse exclusivamente en la cantidad de productos producidos, porque puede ser muy difícil diferenciar entre una acción repetida varias veces a través del tiempo o diferentes actividades que se desarrollan de forma agrupada (Arnold III, 1991: 151). Por ello una visión estática de la producción cerámica puede limitar las posibilidades de ver arqueológicamente lo que ocurrió en muchos grupos contemporáneos.

Los fenómenos tecnológicos son realidades sociales que están determinados por diferentes aspectos de los sistemas sociales. Se puede diferenciar entre aspectos materiales y no materiales, que se relacionan con las modificaciones o continuidades tecnológicas. Arqueológicamente, interesa establecer cómo «*lo material*» trasmite las estrategias tecnológicas generadas por las sociedades. Estas representaciones tecnológicas pueden indicar cambio o mantenimiento de las tradiciones cerámicas.

Exponemos a continuación:

1) Los motivos de la innovación. La etnoarqueología de la cerámica ha tratado intensamente cuáles son las causas, limitaciones y consecuencias del cambio y variabilidad tecnológicos. Muchos de estos estudios, se han generado con el objetivo de plantear modelos extrapolables a otras realidades, sin embargo han de entenderse como propuestas concretas para contextos geográficos específicos.

2) El conservadurismo tecnológico. Pocos trabajos se han preocupado por los fenómenos de conservadurismo y resistencia relacionados con la tecnología cerámica. En algunos casos las modificaciones sociales no tienen una relación directa con la tecnología. En otras, la tecnología no cambia, porque la sociedad no cambia.

I.3.3.1. Motivos, consecuencias y limitaciones del proceso de innovación tecnológica

Los mecanismos que explican el cambio de un determinado tipo cerámico o acción tecnológica son variados y pueden obedecer a causas sociales, étnicas, económicas, medioambientales o ideológicas.

Las sociedades adoptan o desarrollan ciertos hechos tecnológicos y disminuyen otros. Eligen desde un amplio conjunto de posibles estrategias tecnológicas que su medioambiente, tradición y contactos con extranjeros les muestran (Lemonnier, 1993: 6).

La resistencia a los cambios se ha relacionado con los hábitos motores, la dieta tradicional y el uso de las materias primas habituales. En cambio, la fabricación de cerámica no-utilitaria, ni tradicional y artística, responde de forma más sensible a las demandas del mercado.

El cambio tecnológico se ha relacionado con un interés en incrementar la producción cerámica (Anders, 1994; Rice, 1987; González et al., 2001; Balfet, 1965; Arnold, 1985; Boserup, 1965). Aunque Idrovo (1990), documenta en la época de la colonia en Ecuador que el cambio tecnológico se produce mejorando la calidad, frente a la opción de aumentar la producción. El aumento de producción puede acarrear un empeoramiento de la calidad a favor del volumen productivo.

La historiografía ha considerado multitud de factores y condicionantes que generan, potencian o impiden el cambio tecnológico:

1) Como intento de ascenso social de los ceramistas.

2) Como una solución a los conflictos provocados por el crecimiento poblacional.

3) En relación a la intensificación de la base subsistencial.

4) Como medio de transmisión de la identidad y la tradición.

5) Vinculado a las modificaciones en la ideología y la cosmovisión del grupo

6) Según los patrones de aprendizaje y el contexto familiar

7) Por el intento de aumentar la capacidad de distribución y producción en base a un aumento de la demanda.

8) Por la mejoras en el trasporte y la creación de nuevas vías de comunicación.

9) Como intento de superar los condicionantes medioambientales.

10) En base a la introducción de nueva mano de obra.

1) Ascenso social y mejora del estatus

Los procesos de innovación tecnológica pueden verse favorecidos por el intento de ascenso social de los ceramistas y por el interés en mejorar su estatus.

Renfrew (1978), ha planteado cómo la cultura y el estatus social o económico de los individuos o grupos pueden limitar o potenciar la adopción de ciertas innovaciones tecnológicas.

En este sentido, Papousek (1981:120) ha ilustrado el cambio de estatus entre los indios Pueblo (México) a través del reconocimiento artístico.

Balfet (1965), documentó en el Magreb diferentes clases y grados de cambio asociados a estrategias de organización de la producción y al estatus de los productores.

Rice (1987: 456) propone que las expectativas de un prestigio más alto en la sociedad dan lugar a nuevas experimentaciones, ambiciones e innovaciones individuales. Generalmente, los ceramistas son de estatus bajo, por lo que la deficiencia en los recursos no estimula la innovación. Del mismo modo, la disposición de dinero puede estimular los cambios en la producción.

Arnold (1985: 220) a partir del trabajo de Homan (Homan 1961, citado en Arnold, 1985) realizado entre talladores de madera en África, también propone una relación entre innovación y estatus de los productores. La producción de excedentes requiere disponer de mucho tiempo, ya que para conseguir unos pequeños ingresos se deben producir muchos objetos, para obtener una pequeña cantidad por pieza. Esto sólo se consigue con una producción a tiempo total que tenga por objetivo aumentar el volumen de productos fabricados. Por todo ello, producir excedentes conlleva un riesgo económico, aceptado por los especialistas de alto estatus que ven incrementar su prestigio, pero no sus ingresos, porque el mercado para las innovaciones es muy limitado. En cambio los escultores de bajo estatus innovan por motivos completamente diferentes. Muchos de ellos son relativamente nuevos en el oficio y no tienen experiencia, por lo que son marginales para la sociedad. Innovan para sobrevivir, produciendo más y con la esperanza de ascender socialmente. Los especialistas de estatus medio no innovan.

Mahias (1993: 178) ha documentado cómo las variantes tecnológicas en India están relacionadas con la estructura social. Las diferencias vienen dadas por la oposición jerárquica entre diversos grupos. La creación y multiplicación de variantes es, de hecho una elección social y cultural que evidencia que esta diferenciación se aplica como principio de integración social

2) Presión demográfica

La presión demográfica y los conflictos surgidos por el crecimiento poblacional también pueden generar un proceso de modificación y variación de las estrategias productivas. Los cambios tecnológicos surgirían como una solución a los conflictos provocados por el crecimiento poblacional.

Vossen (1984) ha propuesto cómo elementos que generan una expansión de la producción hacia nuevos centros alfareros, la tensión producida por el aumento del número de alfareros y el intento de los intermediarios por bajar los precios, que genera a su vez, la emigración hacia zonas rurales donde la competitividad es menor. Esta nueva situación provoca cambios en la producción, por el uso de materias primas diferentes y los requerimientos de la demanda local, modificándose la distribución y estilo de los productos.

Por otra parte, la pérdida de territorio por parte de los grupos afecta a la merma de materias primas y obliga a experimentar con nuevas búsquedas (Rye, 1981: 3).

En cuanto a la presión demográfica, Arnold (1985: 220) la relaciona con el incremento de la demanda, lo que provoca una mejora tecnológica para conseguir cubrir dicha demanda.

3) Subsistencia

Las modificaciones en la base subsistencial pueden potenciar o determinar el inicio de la innovación tecnológica. Estas modificaciones están condicionadas por la existencia de una elevada demanda de productos que genera un intento de aumentar la producción, evolucionando hacia la producción de excedentes y la especialización artesana.

Los resultados económicos de la producción artesana tienden a ser vistos como un problema individual, cuando es una manifestación de la solidaridad comunitaria (Rice, 1987: 456).

Arnold (1985: 221) considera que cuando las mujeres son las ceramistas y la subsistencia se basa en la agricultura, la eficiencia no es importante, porque las mujeres tienen tiempo para trabajar en la casa y no colaboran en el trabajo agrícola. Por ello el tiempo no es visto como parte de los costes de producción, pues no es económicamente crucial. Cuando la subsistencia está en crisis, al disminuir el trabajo agrícola, el hombre cambia la agricultura por la artesanía, pudiendo conseguir un suplemento para la subsistencia.

El estudio de Annis (1985: 253) en Cerdeña plantea que la tecnología no cambia, porque el tipo de economía y el sistema de vida permanecen esencialmente igual.

Los procesos por los cuales las innovaciones se producen están estrechamente relacionados con la posición socio-económica del innovador (Arnold 1985: 220). En general, la decisión de innovar es económicamente ilógica para el productor, a menos que la pieza esté orientada a la venta.

4) Tradición e identidad

La tradición y la identidad pueden ser elementos generadores de cambios tecnológicos o limitadores de los mismos. El sentimiento de adscripción a un grupo étnico, la ideología política, la utilización de un mismo código lingüístico, las mismas tradiciones alimenticias reflejan unos valores identitarios comunes, determinados generalmente por la tradición del grupo. Estos valores muchas veces permiten o dificultan la transmisión de ideas y conocimientos.

Sjoman (1992) plantea, en su estudio de los alfareros de Ecuador, la relevancia de la tradición cultural e identidad étnica en el mantenimiento de la tradición técnica.

Gosselain (2000) ha documentado la importancia de la lengua en la expansión de técnicas. Éstas se agrupan por familias lingüísticas en el África subsahariana.

Bowser (2000), entre los Achuar y Quechua de Ecuador, ha observado cómo la cerámica se usa como forma de transmisión de la identidad social, en relación con la tendencia política a la que pertenecen.

Kalintzidou (2000), argumenta que los cambios que se producen en la cerámica del noreste de Grecia obedecen a las trasformaciones políticas relacionadas con la modificación de fronteras y el abandono de un sistema social rígido.

Hardin y Mills (2000), plantean que los cambios o el mantenimiento de las tradiciones están en función de la lengua, las cosmovisiones particulares, los cambios demográficos y la estabilidad del asentamiento entre los Zuñi de Nuevo México.

Stark (1994) ha documentado cómo probable motivo de cambio el rapto de alfareras o el matrimonio.

Las estrategias alimenticias influyen también en la continuidad de fabricación de recipientes utilitarios y son una muestra de la tradición cultural del grupo. La dieta es extremadamente resistente a los cambios. Reina y Hill (1978), han demostrado esta elevada

resistencia en las jarras de agua y Rye (1981: 27) en las cerámicas de procesado de alimentos. Se ha documentado (Deal, 1983) cómo las sociedades tradicionales de estatus socioeconómico bajo prefieren seguir utilizando ollas para cocinar y jarras de agua tradicionales, frente a materiales de aluminio, porque consideran que son más adecuadas funcionalmente para la conservación y procesado de determinados productos.

5) Ideología y simbolismo

La tecnología también se ve afectada por nuevos conceptos sobre la cosmovisión del grupo, el valor de los productos o el individualismo.

Lemoinner (1993: 4) considera que las acciones técnicas como los cambios en la tecnología estan en parte determinados por representaciones sociales y simbólicas.

Rice (1987: 456-466) plantea que, en contextos de aculturación, una de las razones más importantes que fuerzan el cambio es la diferenciación entre el concepto de valor en las sociedades tradicionales y las dominantes. La cerámica utilitaria tradicional puede resistir cambios, porque los usos y contenidos de las vasijas cambian poco, pero además, porque en situaciones coloniales o de aculturación las vasijas utilitarias tienen poca carga simbólica, por lo que el grupo dominante no tiende a suprimir o sustituir estas producciones al no suponer una amenaza. Por otra parte, en procesos internos de cambio las cerámicas rituales usadas en ceremonias religiosas tienden a seguir una estrategia muy conservadora, pues la religión y los elementos simbólicos y cosmológicos son muy conservadores. Es quizás, la decoración, al tener un alto contenido simbólico, la que se ve más directamente afectada por los cambios sociales. Por ello, los elementos simbólicos relacionados con la cerámica sí tienen una relación directa con los cambios sociales.

6) Estrategias de aprendizaje

Los patrones de aprendizaje y el contexto socioeconómico donde se trasmiten los conocimientos pueden determinar la posibilidad de generar cambios o mantener las tradiciones en la producción.

Algunos de los elementos que puede potenciar el mantenimiento de la producción son los patrones motores habituales (posturas, acciones, estrategias de fabricación...). El mantenimiento de los patrones motores es significativo del tipo de modelado y forma de los vasos, así como de la forma y posición en la cual las herramientas son usadas (Rice: 1987: 462). Los hábitos motores, junto a los patrones alimenticios, son elementos muy estables y por tanto extremadamente resistentes a los cambios.

Arnold (1989), explica cómo el modo de aprendizaje en relación con patrones de descendencia y residencia en Ticul (México), así como la estructura y escala de producción, pueden ser un elemento clave en la pérdida de conocimientos, la generalización de técnicas o el estancamiento tecnológico. Sugiere que la integración de hábitos motores nuevos se produce de forma muy lenta y en contextos productivos industriales.

También se pueden producir cambios tecnológicos que no signifiquen una clara mejora tecnológica. Arnold (1985: 221, 223) ha expuesto que algunas formas tecnológicas pueden ser aprendidas más fácilmente y con menos tiempo y esfuerzo que otras (por ejemplo, el molde medio vertical que puede ayudar a reducir el tiempo de fabricación y aumentar el volumen de producción).

Del mismo modo, algunos hábitos motores pueden ser incompatibles con otros no presentes en la tradición tecnológica de un grupo. Algunos son incompatibles con los requerimientos necesarios para utilizar el torno (Arnold, 1989; Spier, 1967).

7) Demanda y distribución

La demanda y la capacidad de distribución son algunos de los motivos más utilizados como explicación de la innovación tecnológica. El intento de aumentar la capacidad de distribución y producción obedece a un aumento de la demanda. Muchas veces se puede relacionar cambio tecnológico y aumento en la producción.

Los sistemas y tipo de intercambios pueden determinar, tanto el avance tecnológico, como el desarrollo de grupos especializados (Vossen, 1984; Mohr Chávez, 1991, Stark, 1994). Las características del mercado constituyen una de las motivaciones que más afectan a la modificación de patrones de producción, pero no son las únicas (Rice, 1987: 456).

La demanda y la capacidad de distribución son factores que pueden afectar al cambio o la perpetuación tecnológica, ya que sin consumo de productos, sin demanda, no tiene sentido producirlos. De igual forma, el intercambio y comercialización de productos es una forma de contacto que posibilita el intercambio de ideas. El aumento de la distancia de distribución de la cerámica también puede ser un generador de cambios al aumentar la introducción de nuevas ideas generadas por los contactos.

La producción de excedentes se ha relacionado normalmente con una intensificación de la producción por medio de mejoras tecnológicas y una modificación de la estructura de producción.

Las características de estos intercambios pueden ser por medio del comercio directo donde, o bien se desplaza la alfarera, o bien el consumidor (Stark 1994; Dietler y Herbich 1989; Sjoman 1992); mediante intermediario que recorre largas distancias (Strak 1994; Sjoman 1992); o por actos sociales, como el intercambio de regalos en ceremonias de reciprocidad (Stark 1994). Muchas veces los clientes tienen lazos familiares y se trasmiten por herencia a las hijas de las alfareras (Stark 1994).

Sjoman (1992), ha observado cómo la reorientación de la producción hacia un mercado urbano provoca la expansión de la maceta, en detrimento de la cerámica utilitaria. Esta cerámica se adapta al nuevo mercado como objetos de adorno para los nuevos ambientes. Así, las formas son sacadas de su contexto original. Donde las alfareras continúan fabricando cerámica, la incapacidad de producir excedentes no permite invertir en mejoras técnicas, imposibilitando, de esta manera una mejora de la producción. Cuando los alfareros optan por mejorar la calidad, en lugar de aumentar la producción, forman un grupo pequeño pero tienen una situación económica mejor.

Rice (1987: 460), plantea cómo en contextos contemporáneos la cerámica artística destinada al mercado tiende a innovar, mientras que la cerámica tradicional y funcional tiende a responder de forma mucho más lenta a los cambios.

Arnold (1985: 202) relaciona los intentos de incrementar la producción con la adopción de técnicas que permitan aumentar la velocidad de modelado, para poder reducir el tiempo de fabricación (esto puede ser la fabricación de moldes o la introducción del torno). Dichos comportamientos tienen profundas consecuencias en la adopción de una producción especializada a tiempo completo.

El tipo de modelado determina la cantidad de producción, pero es difícil de identificar porque también depende de las horas de trabajo, el tiempo de secado y, en definitiva, el tiempo necesario para la fabricación de un vaso (Arnold, 1985: 210).

González et al. (2001: 24), han documentado entre las alfareras Gazua (Rif, Marruecos) ajustes en la estructura social del proceso productivo, antes que la adopción de innovaciones técnicas como solución para afrontar una intensificación de la producción.

Anders (1994) plantea que la mejora de la productividad depende de la calidad artística y técnica de los alfareros, la calidad de las materias primas, el nivel de demanda, el número de personas disponibles para ayudar al ceramista, la variación estacional del nivel máximo de producción, la capacidad tecnológica del grupo y las técnicas usadas.

De Boer (1984: 557) ha observado entre los Shipibo-Connibo cómo los vasos pequeños destinados al consumo de cerveza son reemplazados frecuentemente, mientras que las grandes jarras se sustituyen mucho menos y son más viejas. Por lo que se puede plantear que el cambio tecnológico se relaciona con el aumento del volumen de la producción y el tiempo de uso de las cerámicas.

Vossen (1984) esboza una serie de elementos que condicionan la distancia en la distribución de la cerámica. Estos son: la situación geográfica, la densidad de población, el precio o calidad de los productos, la facilidad de acceso y los medios de trasporte, las preferencias de los consumidores, la competición con otros centros, la disponibilidad de materias primas en la zona, las fronteras políticas y étnicas, los tipos de relaciones sociales y la identidad étnica del consumidor.

8) Trasporte y comunicaciones

Las mejoras en los sistemas de trasporte y la creación de nuevas vías de comunicación, afectan significativamente a la modificación de los patrones de producción (Rice, 1987, 456). La apertura de nuevas vías de comunicación ha acelerado el proceso de cambio, incorporándose las poblaciones alfareras al sistema económico monetario que conlleva la expansión de algunos centros alfareros (Sjoman, 1992).

En relación con esta idea, Reina y Hill (1978) han constatado cómo las formas de trasportar la jarras de agua constituyen también un elemento de conservadurismo.

9) Medioambiente y condiciones climáticas

Las mejoras tecnológicas se pueden dar como un intento de superar los condicionantes medioambientales, de adaptación a nuevos territorios o como una estrategia ante un cambio en el medioambiente.

Las actuaciones tecnológicas son el resultado de una larga experimentación con materias primas locales como pigmentos, arcillas o inclusiones, con el fin de adaptar la producción al medio. Esto provoca que los ceramistas sean reacios a innovar, porque normalmente el riesgo productivo es alto. Tienden a continuar usando las mismas arcillas que se encuentran en las proximidades. Dentro de los sistemas de producción, la obtención de la arcilla y la preparación de la pasta son los elementos más estables. (Rice, 1987: 462, 469).

Las innovaciones regulan y reducen los efectos del clima y el medioambiente en la fabricación cerámica. El incremento de la eficacia productiva es una clara ventaja adaptativa en medioambientes donde el clima limita el tiempo de trabajo. Cuando esto se consigue, se puede trabajar más allá de la estación seca. La superación de los factores climáticos está condicionada por el control de la humedad y la temperatura que se consigue por medio de innovaciones en el secado y la cocción. Estas estrategias pueden implicar desde el acercamiento al fuego, el tapado de los materiales para conservar la humedad o la aplicación de gases (Arnold, 1985: 210).

También los efectos del clima pueden provocar mejoras técnicas que pretendan aumentar el volumen de producción en un corto periodo de tiempo, al necesitar producir más vasos durante el periodo de clima favorable (Arnold, 1985: 221).

Del mismo modo, la introducción del horno permite cocer independientemente de los efectos climáticos, como la lluvia o el frío, además de aumentar la temperatura, reducir la rotura y mejorar la atmósfera de cocción, cosa que no es posible utilizando cocciones abiertas (Arnold, 1985: 210; Shepard, 1965: 75; Rye y Evans, 1976: 77-78; Sarawasty y Behura, 1966: 112).

Rye (1981: 3), considera que el cambio tecnológico está condicionado por el control de la cocción a partir del control de la temperatura, la velocidad de aumento de la misma y la atmósfera de cocción. El desarrollo e incremento de la sofisticación de las técnicas de fabricación cerámica parece haber ocurrido en relación con la exploración del uso de otros materiales, que necesitan aplicar calor para ser modificados y manipulados.

10) Género y estructura de producción

La introducción de nueva mano de obra genera, normalmente, un proceso de modificación de la estructura y escala de producción.

Un gran número de trabajos han documentado el paso de una producción doméstica en manos de la mujer a otra masculina de tipo industrial (Balfet, 1965; Sjoman, 1992; Rice, 1987; Arnold; 1985).

Arnold (1985) explica cómo en gran parte de Latinoamérica se pasa de una producción doméstica femenina a otra de taller industrial masculina donde se adopta el torno.

En Ecuador, Sjoman (1992) ha documentado cómo el trabajo alfarero es un rasgo hereditario, relacionado con la condición de la mujer y cómo con la introducción del torno en el trabajo pasa al ámbito masculino, produciéndose una disminución del número de personas que se dedican a ello. Pero frente a todos estos cambios, se continúa fabricando cerámica autóctona dedicada a consumidores rurales, con un intercambio mediante trueque de ollas por productos agrícolas. La capacidad de producción se mejora dedicándose la alfarera o alfarero al modelado y ayudado en los pasos de fabricación no especializados (extracción, transporte y preparación de la materia prima) por familiares y a veces por algún empleado. Al final de este proceso, cuando se consiguen excedentes, la mano de obra se sustituye por maquinaria.

Balfet (1965) ha planteado la relación desigual entre género y tecnología. Documenta en la zona del Magreb que cuando la producción se destina al consumo doméstico, y no se comercializa o se vende de forma reducida, está en manos femeninas exclusivamente, pero cuando la alfarería se convierte en un oficio especializado, se introduce el torno orientando la producción de excedentes y la venta pasa a manos masculinas.

En definitiva, el cambio tecnológico supone:

En relación con la subsistencia, una mejora de las condiciones de vida de los seres humanos. Así como un control sobre la naturaleza, un profundo conocimiento del medio y un intento de dominarlo. Las nuevas necesidades pueden estar relacionadas con requerimientos funcionales. Igualmente un aumento de la población puede generar modificaciones en la producción, tendentes a abastecer la demanda generada o a suplir la falta de recursos motivada por la superpoblación.

Dentro de las condiciones sociales de producción, se requiere una organización y planificación grupal que permite una reducción de la cantidad de tiempo necesario para la obtención de productos y, en algunos casos, una mejora las condiciones de trabajo al producirse una reducción del esfuerzo necesario. Aunque generalmente no existe una relación entre reducción del tiempo de trabajo y una mejora de dichas condiciones. Más bien ocurre que la reducción del tiempo de fabricación de una cerámica conlleva un aumento del tiem-

po de trabajo del individuo, para conseguir un aumento de la producción y un incremento de los bienes materiales. Se tiende a pensar que este proceso finaliza con la obtención de excedentes y una especialización de los trabajadores. Del mismo modo, una progresiva especialización requiere una producción de excedentes.

En relación con el contacto con otros grupos, se puede desarrollar un intercambio de ideas de igual a igual o un proceso de aculturación, por el cual otro grupo cultural influencia o condiciona las estrategias productivas.

I.3.3.2. Conservadurismo tecnológico en la producción cerámica

La tecnología puede no funcionar como avanzadilla de los cambios, porque la estructura ideológica del artesanado no cambia y, porque la finalidad para la que se emplea no necesita una tecnología desarrollada, pues existe una marginalidad de la producción y la tecnología cerámica no es un elemento vital en la producción social.

Se ha planteado frecuentemente que los ceramistas constituyen un grupo extremadamente conservador y resistente a los cambios. Rice (1987: 460) cree que las cerámicas no responden bien a las circunstancias del cambio social y que por ello no es apropiado aplicar una simple relación entre conservadurismo social y conservadurismo en sus productos. Generalmente la composición de la pasta, el modelado o la cocción tienden a resistir la introducción de cambios.

Pero en algunos casos, puede existir una correlación entre continuidad en la sociedad y en los productos. Hay muchos factores dentro de un sistema social que ayudan a mantener la tradición en la manufactura cerámica y a retardar la aceptación de una innovación (Rice, 1984b, 1987; Arnold, 1985).

Podemos decir que la tecnología puede actuar como un factor de resistencia y quizás funcione, en algunos casos, como un elemento que permita recuperar la tradición. Entonces, la tecnología cerámica funciona como un condicionamiento conservador que indica que no se han producido cambios sociales determinantes. Más que un elemento indicador de cambios, es un elemento identificador de perduraciones.

Muchas veces, los alfareros conocen las innovaciones técnicas pero no las adoptan. También puede ser que las conozcan, las adopten en un período corto de tiempo y luego, por diferentes motivos, las abandonen. Estos motivos pueden ser:

1) no han cumplido las expectativas del alfarero;
2) no satisface las expectativas de los consumidores;
3) las innovaciones técnicas no se controlan por completo;
4) existe algún tipo de tabú;
5) el esfuerzo a realizar, ya sea en personas o en recursos, no compensa.

El mantenimiento de una determinada tradición tecnológica no tiene por qué ser consecuencia de la ignorancia de los alfareros, éstos pueden conocer mejoras tecnológicas y decidir no adoptarlas. De hecho, las tradiciones culturales pueden ejercer una potente influencia conservadora en el proceso productivo.

En general, se tiende a pensar que el cambio tecnológico se adopta porque mejora las condiciones técnicas de la producción, pero puede que estos cambios signifiquen:

1) la adopción de tradiciones externas al grupo;
2) una consecuencia de la tradición cultural y la estructura ideológica;
3) una respuesta a la demanda por parte de los consumidores.;
4) una mejora funcional.

El atraso en la tecnología de producción puede ser una ventaja para comercializar objetos artesanales tradicionales o folklóricos, ya sea porque no se han adoptado ciertos cambios o porque se ha producido un retroceso a tradiciones tecnológicas anteriores.

II. Metodología

> *«The number of communities of potters who make traditional ceramic forms, using traditional materials and traditional techniques, is fast dwindling. Few if any of these peoples or their craft products have remained untouched during the past six centuries of colonial, missionary, and other institutional expansionism around the globe. Third and Fourth World societies have been rapidly incorporated into twentieth-century international economic and political structures, transforming the potter's craft, or in some cases, bringing its extinction.»*
>
> (Rice, 1987: 449)

El trabajo de obtención de datos que hemos llevado a cabo en los valles centrales de Chile se fundamenta en el análisis y caracterización de las estrategias productivas. La abundante información recogida por los investigadores en la zona nos ha permitido trabajar de forma diacrónica con el objetivo de analizar la evolución de la producción. Por este motivo, el presente trabajo se ha fundamentado en la reconstrucción de las estrategias de producción por medio de la documentación histórica, por un lado, y por otro, en un trabajo de campo selectivo. A continuación se relata lo que entendemos por estrategia productiva, para continuar con la explicación del proceso de obtención de datos referido tanto, a las fuentes utilizadas, como al trabajo de campo llevado a cabo. Se distingue entre la documentación de centros productivos especializados y las estrategias productivas adoptadas en las unidades de producción que conforman estas aldeas. Para caracterizar las estrategias de producción se ha analizado la tradición tipológica y funcional, la cadena operativa tecnológica, el contexto económico, la organización del trabajo y el uso del espacio. Finalmente, se proponen los elementos que nos han permitido identificar centros especializados y unidades productivas.

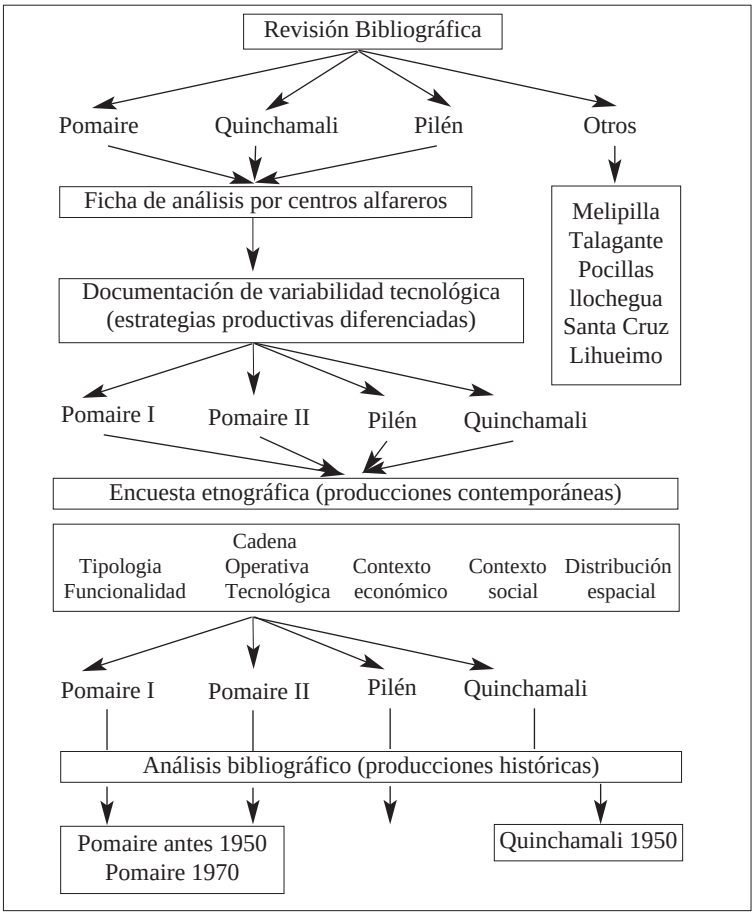
II.1. El concepto de estrategia productiva

El estudio de la tecnología cerámica va más allá del proceso técnico de fabricación, debiéndose establecer el contexto social y económico, es por ello que analizamos la producción a partir del concepto de estrategia productiva.

El concepto de estrategia productiva responde al intento de integrar las cuestiones arqueológicas y las tecnológicas en el contexto social de producción para interpretar las tradiciones tecnológicas de un grupo y los patrones de evolución. Ante la confusión del término producción que se refiere, según el contexto a actitudes económicas, sociales o tecnológicas, y también a la caracterización de las pastas cerámicas, nos parece acertado utilizar un método para analizar las estrategias productivas más allá de la simple secuenciación tecnológica de la producción.

Esta idea afecta a la manera de actuar que tiene un grupo en función, no sólo de la tecnología utilizada en la fabricación de la cerámica, sino que incluye igualmente las actitudes condicionadas por la tradición cultural, las estrategias económicas, el contexto social y la adaptación al medioambiente. Esto obliga a incorporar el contexto social y económico, así como el uso que se hace del espacio, como así mismo las formas cerámicas que se producen, más la cosmovisión del grupo.

Esquema del proceso de obtención de datos:



Mediante el concepto de estrategia productiva se pretende ir más allá de la aplicación de un modelo de cadena operativa basado exclusivamente en aspectos tecnológicos, para establecer diferentes criterios relacionados con el contexto en el que se realiza la producción, además de disponer de una herramienta útil en la documentación de actividades productivas grupales. Es decir, una cadena operativa del grupo productor.

A grandes rasgos, la estrategia productiva se corresponde, en cierta manera, con el concepto de producción utilizado en arqueología. Pero intenta ser una aproximación a la organización de la producción y las capacidades tecnológicas del grupo, más que una mera aproximación a la localización geográfica de una producción y su distribución. Es lo que otros investigadores han establecido como escala o estructura de producción.

Hemos intentado establecer las diferentes estrategias productivas por medio de un protocolo exhaustivo de recuperación de los datos. Las estrategias productivas son una muestra significativa de los comportamientos productivos. Al intentar ser un método de aproximación a las tendencias sobre las estrategias de organización de la producción, no son un catálogo completo de los sistemas organizativos. Por nuestra parte hemos trabajado cualitativamente, pero no cuantitativamente, ya que para el análisis de la evolución histórica de la producción nos parece más adecuado establecer los modelos de las diferentes estrategias.

Quizás sea muy optimista establecer arqueológicamente la acción concreta del alfarero, pero no es imposible documentar la técnica y estrategias utilizadas por un grupo, a fin de intentar establecer las diferentes cadenas operativas que están presentes en un contexto arqueológico cerámico.

Para ello, utilizamos la información documental procedente de estudios realizados por otros autores, y la obtenida directamente de la encuesta etnográfica. La combinación de datos arqueológicos, etnográficos y documentos históricos, nos permite realizar una aproximación a la evolución socioeconómica de estos grupos a través de los cambios en la producción cerámica.

Desde el análisis del contexto histórico y mediante el conocimiento de las influencias entre grupos étnicos, podremos plantear nuevas hipótesis e interrogantes a cerca de la interpretación del registro arqueológico. Al unir procesos históricos y contemporáneos, con la intención de establecer una evolución en la fabricación de la cerámica, se pretende reflexionar sobre los fenómenos de contacto cultural y así establecer los aspectos materiales y tecnológicos, que se han generado por medio de la interrelación entre las poblaciones indígenas originariamente mapuches y los españoles.

Analizamos las diferencias entre las estrategias productivas cerámicas comparándolas geográficamente y cronológicamente. Proponemos un análisis de elementos homogeneizadores y elementos diferenciadores con el fin de delimitar comportamientos tecnológicos, épocas y espacios. Estas estrategias nos permiten documentar:

— La variabilidad de los sistemas de fabricación y las diferentes estrategias tecnológicas adoptadas.

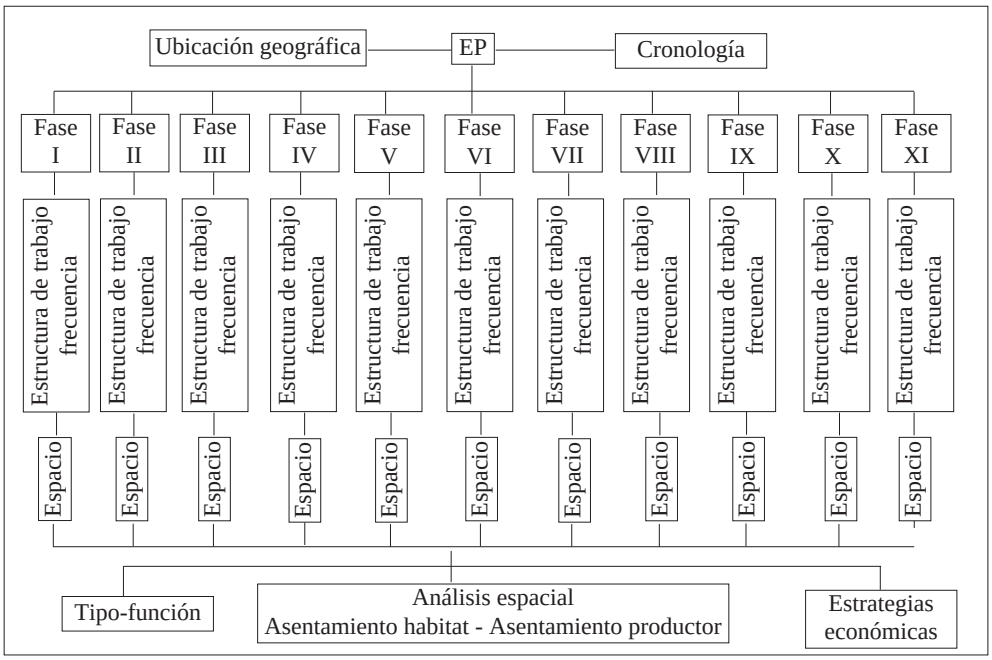
— La escala y estructura de organización de la producción.

— Los cambios producidos en la capacidad tecnológica del grupo.

— Las estrategias técnicas que se han mantenido estables.

— Los motivos de los cambios tecnológicos.

Organigrama de organización de los indicadores:



II.2. Fuentes utilizadas

Los estudios etnográficos sobre cerámica contemporánea entre la cuenca del Maipo y el Bío-Bío se han centrado en aspectos folklóricos de las formas (Valenzuela, 1969; Mazzini, 1936) y los sistemas de producción del artesanado (Valenzuela, 1955, 1957; Britto, 1960; Lago, 1952, 1971; Litto, 1976; Larraín et al., 1992). Entendemos por folklórico un campo de actuación entre la sociología, la etnografía y la lingüística, centrado en el conjunto de creencias, costumbres, relatos, canciones y refranes, así como arte popular de cualquier cultura transmitidos por vía oral, por observación o por imitación. En definitiva, se trata de aquello que presenta un marcado carácter popular y tradicional que en palabras de Tomás Lago (1971: 10), se define como «*Un aspecto del folklore, un verdadero campo del arte manual digno de entendimiento en sus puntos de partida, en la consideración más extensa de la cultura general, es lo que se llama el arte popular en este caso*».

Sin embargo, muchas veces el término folklórico se asigna al estudio de la cultura popular rural, considerada algo inferior a la cultura tradicional: «*En el presente estudio se pretende (...) dar, en la mejor forma posible, una clara visión, descriptiva e interpretativa de la cerámica popular y tradicional del hermoso y evocador pueblito de Pomaire, pero sin perder la perspectiva folklórica que en el presente trabajo es lo directriz*» (Valenzuela, 1955: 4). Como algo poco desarrollado y primitivo: «*...En este mismo ensayar, primitivo, basto es donde radica aquel extraño encanto de lo no logrado, de lo espontáneo, de lo apenas ensayado...*» (Valenzuela, 1969:8). O bien como «*lo típico*»: «*De ahí surge la cada vez mayor importancia de los objetos tradicionales en todas las áreas del mundo*» (Lago, 1971: 10).

Gracias al impulso del Centro de Estudios de la Mujer- CEDEM, se han desarrollado investigaciones centradas en el papel social de la mujer en la alfarería (Ulibarri, 1973; Valdés y Matta, 1986; Valdés 1991, 1993; Montecino, 1986, 1995, 1997). Se plantea una visión de difusión y reivindicación del papel activo de la mujer en el medio rural: «*Forma parte de una labor de difusión cultural del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer –CEDEM– en apoyo a las artesanas que conforman el Almacén Campesino que, como organización, tiene por sentido la valorización de la producción artesanal y la comercialización de la misma*» (Valdés, 1991) o «*Y al posar nuestra mirada sobre estas mujeres concretas, pretendemos también, iluminar –por semejanzas y diferencias– la realidad femenina chilena en general*» (Montecino, 1986: 6).

O simplemente, se pretende recuperar la memoria de un oficio tradicional que ha perdurado durante siglos, como las últimas manifestaciones de la realidad indígena: «*Las miradas a los oficios artesanales que propone este libro, ponen el acento en los sujetos como portadores de cultura procurando hacer visible la labor de mujeres y hombres que forman parte del campesinado y pueblos indígenas de nuestro país*» (Valdés, 1993: 7).

Finalmente, los programas sobre desarrollo regional también aportan datos fidedignos sobre el contexto social y económico de la producción cerámica (Pérez, 1973; Ávila, 2001).

Debemos destacar la insuficiencia bibliográfica de la zona, como indica Montecino (1986: 7) «*El camino de este texto no ha sido fácil, superando numerosas carencias lo hemos ido escribiendo, (...) elaborándolo en la precariedad de la bibliografía*».

El problema de utilizar este tipo de fuentes es su validez en el uso de documentos históricos y en los testimonios orales relacionados con la memoria histórica.

La dificultad de dar por válidos los testimonios orales de las alfareras relacionados con la memoria histórica radica en que el pasado común de estos grupos, en contextos rurales o campesinos, tienden a ser mitificados distorsionando la verdadera realidad histórica.

En el caso de los estudios de tipo etnográfico-folklórico, en relación a la documentación histórica, se cuestiona su validez al detectar que muchas veces repiten las mismas ideas sin haber sido contrastadas.

La problemática se centra en el papel otorgado al hombre en la alfarería en su pasado reciente o al origen indígena de las poblaciones ceramistas.

Estos trabajos, pese a las motivaciones concretas de los diversos autores, nos permiten recrear, de forma bastante escrupulosa, diferentes modelos de producción alfarera a lo largo del tiempo.

La metodología que hemos utilizado en este trabajo se basa en la documentación bibliográfica, etnográfica y sociológica, combinada con la encuesta etnográfica realizada por nosotros.

La documentación bibliográfica y la encuesta etnográfica nos han permitido conocer diferentes estrategias productivas en los núcleos alfareros, en función de su ubicación geográfica y temporal.

II.3. El trabajo de campo: proceso de obtención y validación de datos

El proceso de análisis y obtención de datos se ha basado en la encuesta etnográfica para producciones contemporáneas y la revisión bibliográfica para producciones históricas. Una primera fase consistió en: 1) estudiar los trabajos publicados para identificar las poblaciones alfareras; 2) una observación etnográfica para documentar la situación actual.

Una segunda fase permitió: 3) analizar las diferentes estrategias productivas contemporáneas por medio de la observación etnográfica 4) complementado con el análisis bibliográfico para conocer el contexto histórico y establecer las trasformaciones en la producción.

Primeramente, se realizó un estudio bibliográfico con el fin de conocer qué se sabía sobre los grupos alfareros del centro de Chile. Un primer conocimiento sobre los diferentes lugares de producción se basó en publicaciones previas y noticias proporcionadas por ceramistas e investigadores especializados.

Durante esta primera fase del trabajo, se constató la existencia de costumbres alfareras tradicionales en Pomaire, Pilén y Quinchamalí. Pero también en Melipilla, Talagante, Pocillas, Ilochegua, Santa Cruz de Cuca, La Florida, Vichuquén y Lihueimo, que fueron descartadas. No pudimos documentar trabajos alfareros tradicionales contemporáneos en Melipilla, cerca de Pomaire, y Pocillas e Ilochegua cerca de Pilén. En Talagante (región metropolitana) y Lihueimo (sexta región) se realiza una alfarería figurativa ahuecada y pintada de tradición occidental. Descartamos, Santa Cruz de Cuca, La Florida y Vichuquén, porque el trabajo alfarero estaba siendo abandonado y porque no existían referencias históricas sobre la producción cerámica.

La producción mapuche actual se concentra, más al Sur, entre el Bío-Bío y el Toltén. Hemos documentado esta producción bibliográficamente, a partir de trabajos realizados en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX, y se ha planteado como modelo de referencia previo a las producciones actuales.

Seguidamente desarrollamos un trabajo de campo previo, con la intención de conocer el grupo de población con el que trabajaríamos y limitar el número de individuos que íbamos a entrevistar.

Este trabajo previo, realizado mediante diferentes visitas a las poblaciones de Quinchamalí, Pilén y Pomaire, nos permitió conocer las diferentes estrategias productivas que se adoptaban en las tres poblaciones. Las visitas a algunas unidades productivas sirvie-

ron para conocer la realidad y variabilidad productiva de los diferentes núcleos alfareros. Esta información se complementó con la visita a los mercados regionales distribuidores y receptores de estos productos: Pomaire, Cauquenes, Chillán, Quinchamalí y Santiago.

Con el fin de realizar una primera aproximación para seleccionar los grupos de alfareros representativos que nos permitieran documentar y ejemplificar las diferentes estrategias productivas, elaboramos una ficha de recogida de datos para el análisis de cada población alfarera.

En una tercera fase, analizamos las diferentes estrategias productivas, identificadas previamente por medio de la encuesta etnográfica. Ésta se realizó tomando como base una unidad productiva por estrategia documentada: dos en Pomaire, una en Quinchamalí y otra en Pilén.

La observación etnográfica realizada por nosotros se basó en lo que denominamos «*encuesta etnográfica*». Ésta combina la observación visual y el análisis espacial con la entrevista. Las entrevistas se realizaron sobre un grupo reducido de personas seleccionado previamente: Olga Salinas, Teresa Muñoz y Señor Rafael en Pomaire; las alfareras Silvana Figueroa y Delma Montti y el alfarero Gastón Montti en Quinchamalí; la familia García y Delfina Aguilera en Pilén.

El conocimiento de las estrategias productivas posibilitó seleccionar un grupo productivo por estrategia, con el objetivo de realizar un trabajo exhaustivo sobre una familia o unidad significativa de cada tipo productivo. Se realizó una encuesta a cada una unidad de producción representativa de cada estrategia.

La variabilidad tecnológica se determinó por medio de la observación directa, basada en las herramientas y técnicas de trabajo (torno, horno, máquinas de moler...), el proceso de fabricación, el tipo de vasija elaborada y el uso del espacio. La observación visual se complementó con la realización de entrevistas a los habitantes de las aldeas, para complementar la información obtenida y conocer los sistemas de obtención de recursos junto con la organización del trabajo, más difícil de documentar por medio de una simple observación.

Con posterioridad al proceso de estudio de las producciones contemporáneas, realizamos un trabajo de documentación de producciones históricas por medio de la revisión bibliográfica. El trabajo bibliográfico tiene las limitaciones propias de utilizar información recogida por otros autores, por lo que es difícil obtener una documentación que responda completamente a nuestras expectativas. En cambio, tiene la ventaja de poder constatar las trasformaciones productivas a lo largo del tiempo, aunque sea de forma limitada. En algunos casos, esto nos ha permitido conocer el momento de inicio o desaparición de algunas estrategias productivas. En primer lugar, por la especialización de aldeas alfareras durante la colonia. Después, por variaciones en la producción desde finales del siglo pasado en Pomaire y desde los años cincuenta en Quinchamalí. Para el caso de Pilén, no conseguimos documentación suficiente como para poder establecer cambios productivos.

II.4. Registro de recogida de datos

En el centro de Chile, el proceso de fabricación cerámica tradicional se realiza dentro de aldeas alfareras, donde la mayoría de la población se dedica a esta actividad. Se llevó a cabo un trabajo bajo una doble perspectiva. Por una parte, se procede a la caracterización de las aldeas especializadas en la producción cerámica. Y por otra, a la identificación y documentación de las estrategias productivas existentes en cada aldea alfarera.

II.4.1. Centros productivos especializados: agrupación de unidades productivas

El análisis de estas poblaciones especializadas en el trabajo alfarero permitió contextualizar las diferentes estrategias productivas analizadas. Muchas veces, están condicionadas por el contexto económico, social y geográfico de la aldea donde se realizó el trabajo.

Se establecieron una serie de indicadores que permitieron caracterizar las poblaciones dedicadas al trabajo alfarero:

1) Número de unidades productivas en relación con las domésticas. Se intenta conocer si unidad productiva equivale a unidad doméstica.

2) Ubicación de las unidades productivas. Dentro o fuera de los núcleos de población.

3) Nivel de concentración de las unidades domésticas. Hábitat disperso o concentrado.

4) Existencia de unidades productivas fuera de las unidades domésticas. Se pretende conocer si es una producción en taller o no.

5) Número de estrategias productivas mínimas documentadas. Sistema de fabricación basada en la tipología, cadena operativa tecnológica, organización económica y social y uso del espacio.

6) Estrategia productiva principal. Se trata del sistema de producción mayoritario.

7) Estrategia productiva marginal. Constituye el sistema de producción que no está extendido, ya sea por entrar en crisis, o por estar en un periodo de inicio.

8) Actividades productivas principales. Interesa conocer cuáles son los sistemas de obtención principales en la población.

9) Actividades productivas secundarias. Interesa conocer cuáles son los principales sistemas de obtención de recursos.

10) Actividades comerciales en la población.

11) Especializaciones productivas. Indica si el trabajo artesano o agrícola es la única actividad o, en cambio, se combinan diferentes actividades.

12) Situación social de los habitantes. Procura conocer la valoración social de los alfareros y alfareras.

13) Situación económica de los habitantes. Intenta conocer el tipo de nivel económico de la población.

14) Acceso a la población y vías de comunicación. Interesa conocer cuál es la marginalidad geográfica de la aldea.

15) Trabajo colectivo inter-familiar. Se refiere a la existencia de trabajo cooperativo.

16) Ubicación geográfica y orografía. Intenta conocer cuál es la marginalidad y características geográficas de la aldea.

17) Distancia del lugar de obtención de arcilla. Se trata de la relación entre la población y las vetas de arcilla.

18) Calidad de la arcilla. El tipo de arcilla puede afectar al trabajo y la demanda.

19) Otros centros productores cercanos. Interesa conocer si es la unica población productiva en la región.

20) Ciudades cercanas. Se trata de conocer los núcleos potenciales de demanda y distribución.

21) Relación económica con otras poblaciones. Se intentan documentar los núcleos potenciales de demanda y distribución.

22) Impacto del turismo. El objetivo es saber si la población mantiene formas de vida tradicionales.

23) Documentación de las actividades alfareras. Indaga sobre las primeras noticias para establecer una probable secuencia cronológica.

24) Producción familiar. Industrial o doméstica.

25) Propiedad de las tierras del entorno. Interesa conocer si son explotaciones agrícolas, ganaderas o si, por el contrario son pequeñas propiedades o bien grandes haciendas, así como si los habitantes poseen tierras en propiedad.

II.4.2. Análisis de las unidades productivas: unidades básicas de producción-estrategias productivas

Las estrategias productivas se definen por la secuencia técnica de fabricación de los tipos, la forma y la función de los mismos, el contexto socioeconómico y el uso del espacio en la unidad productiva.

Los indicadores sobre los que documentamos las estrategias productivas se dividen en tipología y funcionalidad, las cadenas operativas tecnológicas, el contexto económico, la organización del trabajo y el uso del espacio.

Las estrategias productivas se establecen en función de la cadena operativa tecnológica (Fase y Proceso Tecnológico Pormenorizado), en relación con la organización del trabajo y su ubicación espacial. Se analizan las formas fabricadas, su contexto económico, así como la relación espacial con el asentamiento habitacional. Finalmente, se intentan encuadrar, las diferentes estrategias productivas, temporal y espacialmente. La estrategia de producción está condicionada por el período durante el cual se desarrolla y su distribución geográfica. Analizamos la estrategia productiva por secuencias, determinando en cada fase cómo se organiza el trabajo y el uso del espacio.

De igual modo, las condiciones de trabajo están supeditadas a las estrategias económicas, tanto en lo que se refiere a la base subsistencial, como a la demanda y distribución de los productos. Esto, a su vez condiciona la ubicación de las unidades productivas en relación al lugar de habitación.

Todo ello obedece a una estrategia cuyo fin es la fabricación de vasijas cerámicas con una forma determinada, condicionada por *«la moda»* y la función a la que van a ser sometidos los objetos cerámicos. El comportamiento productivo obedece a la fabricación de productos con características formales y funcionales comunes. Somos conscientes, por tanto, que la caracterización de la cadena productiva está condicionada por tipos formales concretos, y variará según la forma que se pretende conseguir.

Relación forma y función

No pretendemos realizar un estudio tipológico exhaustivo, sino más bien concretar la tendencia en el tipo de cerámicas que se fabrican, vinculándolas con la función para la que son concebidas y siendo conscientes de que el uso final y la función de una pieza no tienen porque ser coincidentes.

El estudio de la forma y la función nos informan sobre las características de la demanda, indica la orientación productiva del grupo y la relación establecida entre productor y consumidor.

Nuestro objetivo no es realizar un estudio sobre el valor tipológico y funcional de los productos. Tratamos la relación forma/ tipo como herramienta para conocer la evolución de los estructuras de producción, la variabilidad tecnológica y los gustos de los consumidores.

Distinguimos entre utilitario, utilitario-ornamental, ornamental-utilitario y ornamental:

1) Las formas utilitarias ajustan su forma a lo funcional: es decir sirven como recipientes para conservar, trasportar o cocinar alimentos. Valenzuela (1955: 31) ya menciona que es este grupo el que mejor ha conservado las formas tradicionales indígenas. Principalmente ollas y callanas, ya que las tazas, vasos y platos se desarrollarían por medio del contacto entre españoles e indígenas, serían por tanto formas criollas o mestizas.

2) Las formas utilitario-ornamentales: son tipos con una función de contendedor (vasiformes) decorados.

3) Las formas ornamental-utilitarias: nos referimos a miniaturas y juguetes o tipos utilitarios. Son tipos inspirados en tipos vasiformes utilitarios, pero que han perdido su función «útil» en favor de una función «decorativa», ya sea por el valor que se le da al producto por el consumidor (tipos utilitarios), como por el productor (miniaturas), que impiden ya al consumidor darle uno u otro uso.

4) Las formas ornamentales: son tipos escultóricos que no pueden tener uso práctico.

En relación a la tipología de los productos fabricados los clasificamos según: la calidad y aspecto del producto, diversidad/ estandarización formal del total de la producción, diversidad/ estandarización formal por tipo, diversidad/ estandarización de las dimensiones por tipo.

En relación a la funcionalidad consignamos: la función otorgada por el productor, uso dado por el consumidor, optimización funcional del producto.

Cadena operativa tecnológica

En otros trabajos hemos propuesto un protocolo que nos permite identificar las etapas existentes en el trabajo de fabricación de la cerámica por medio del concepto de cadena operativa (Calvo et al., 1994a y 1994b, García y Calvo, e.p.) y elaborar mecanismos que nos permitan llegar a reconocer los procesos técnicos en los que se intervino (Calvo et al. 1994b), por medio de las evidencias tecnológicas presentes en la cerámica arqueológica (García Rosselló, 2007).

El concepto de cadena operativa es una herramienta que permite relacionar al mismo tiempo materia y pensamiento. La idea originaria surge de los trabajos de Marcel Mauss (1941) y André Leroi-Gourhan (1964) y es introducido en la etnoarqueología por Lemonnier (1986, 1990, 1992).

Los estudios de las cadenas operativas han sido desarrollados por el Instituto de Tecnología Cerámica de Leiden (Van der leew, 1976, 1994) interesados en la construcción técnica de las piezas cerámicas y el grupo de «Techniques et Culture» del CNRS francés (Balfet, 1965, Roux, 1994), centrados en la conceptualización de la secuencia tecnológica y las decisiones técnicas. En el ámbito anglosajón se ha prestado más interés a los condicionantes medioambientales de la producción, utilizando el concepto de procesos de manufactura (Rye, 1981, Arnold, 1975, Arnold III, 1991).

Dentro del análisis de cadenas operativas existe una tendencia de carácter más sociológico, que pretende profundizar en las bases sociales del proceso técnico (Geneste, 1991a y 1991b; Balfet, 1991) y otra más psicológica se centra en la evaluación de la cognicidad social de todo el proceso y cambio tecnológico (Van der Leew, 1993).

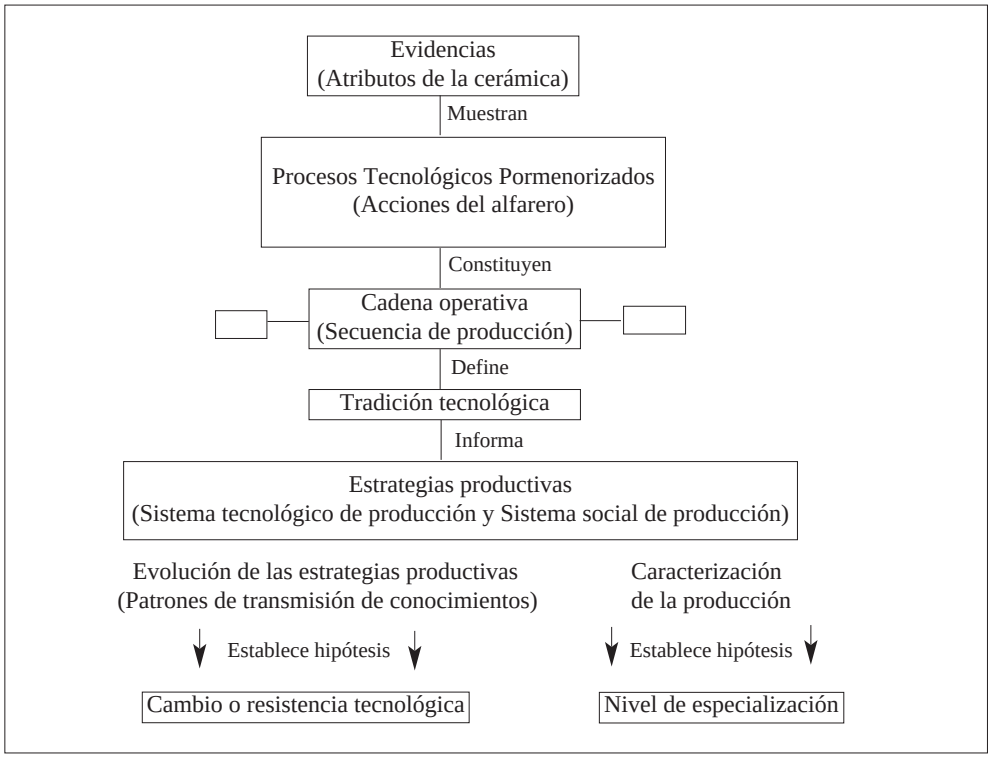
La etnología francesa y la escuela de «Techniques et Culture» del CNRS, han puesto el énfasis en la conceptualización de los procesos de manufactura como producciones humanas y en su incidencia en el conocimiento tecnológico de cada sociedad (Colomer, 1995: 118).

La cadena operativa se define como una *«serie de operaciones que llevan de una materia prima en estado natural al estado fabricado»* (Creswell, 1976:6). Se trata de analizar la acción social de carácter técnico (Colomer, 1995: 130), tanto en el proceso técnico (gesto técnico, tecnica utilizada e instrumentos), como en la cognicidad tecnológica (conocimiento técnico, el *«saber hacer»* o la transmisión de conocimientos).

La secuenciación de acciones para cualquier industria se compone de la obtención de materia prima, el purificado y mezclado de los mismos, el manufacturado del producto o artefacto mediante una sucesión de operaciones, y la distribución del producto para usarlo. Además, esta secuencia puede ser extendida al uso del objeto que le da el consumidor, la rotura y abandono, o su disposición y reciclaje (Rye, 1981:3), aunque otros autores incorporan el concepto de vida del objeto para referirse a este último aspecto (Nadal y Carreras, 2003).

Desde la perspectiva técnica, la fabricación de la cerámica supone la aplicación de calor para modificar y manipular materiales inorgánicos, como ocurre con el metal o el vidrio. Las actividades tecnológicas realizadas con estos materiales han sido denominadas «Pirotecnologia» (Wertime 1973), porque se realizan sobre un materia prima que presenta una estructura, que reacciona a elevadas temperaturas y, por tanto, requiere del control de la temperatura y la atmósfera de cocción. La existencia de materiales que se modifican al estar sometidos a altas temperaturas, permite clasificar la cerámica a partir de unos condicionantes mecánicos, físicos y químicos, necesarios para su fabricación, independientes de cualquier tradición cultural y época, que obedecen a leyes generales de la física y química.

Las variables de análisis permiten establecer hipótesis sobre el nivel de especialización y el cambio tecnológico por medio del siguiente esquema:



Por tanto, la cadena operativa tecnológica cerámica está condicionada por elementos de carácter tecno-físico, es decir, por la capacidad tecnológica de los grupos humanos y por las propiedades físicas necesarias para que la arcilla se convierta en cerámica, mediante la progresiva perdida de agua. Estos condicionantes indispensables y primigenios nos permiten situar en un estadio u otro el proceso de fabricación cerámica. Por ejemplo, el bruñido debe realizarse cuando la pasta está en textura de cuero, si se quieren obtener los resultados esperados y el modelado se realiza obligatoriamente cuando la arcilla está húmeda y todavía no ha perdido la mayor parte del agua presente en la pasta.

Se han establecido cuatro unidades de análisis para documentar la tecnología cerámica: atributos, técnicas, secuencia productiva y tradiciones tecnológicas (Rye, 1981:4). Los atributos revelan las técnicas. Una serie de técnicas constituyen una secuencia del proceso, mientras que y una o más secuencias definen una tradición. Debiendo juzgar qué acciones o elementos son más relevantes para describir los aspectos de la tecnología que nos interese conocer.

Las diferentes evidencias de acciones de manufactura que se documentan en la cerámica nos pueden llegar a permitir reconstruir las técnicas de fabricación (Calvo et al., 1994b). Las técnicas, por tanto son la repetición de acciones que producen las diferentes evidencias, llamadas atributos por Rye (1981).

Estas técnicas o acciones no son observables arqueológicamente, pero pueden ser inferidas a través de las evidencias o atributos que han provocado. Estas técnicas son las acciones que realizó el alfarero con una finalidad concreta, se trata de Procesos Tecnológicos Pormenorizados (Calvo et al., 1994a, 1994b).

Establecemos una cadena operativa, es decir, una secuencia productiva, a partir de la sucesión de técnicas imprescindibles para confeccionar las cerámicas, la consecuente modificación de las propiedades físicas de la arcilla (denominada fase) y los pasos necesarios para levantar una vasija (Proceso Tecnológico Pormenorizado). Aplicamos, por tanto, los requerimientos mecánicos, físicos y químicos necesarios para que la materia se convierta en cerámica.

El establecimiento de cadenas operativas está estrechamente relacionado con la tradición tecnológica. Una o más cadenas operativas determinarán la tradición tecnológica de un grupo (Rye 1981:5). Pero intervienen muchos otros factores, además de las técnicas, secuencias productivas o tradiciones, como el contexto social de producción, uso del espacio, base económica, esfuerzo de trabajo o la tendencia tipológica. Si bien muchos de estos aspectos son difíciles de identificar arqueológicamente, nos parece necesario aproximarnos a la comprensión de las sociedades más allá del análisis tecnológico.

La constatación de todas estas unidades de análisis nos permitirá caracterizar producciones, analizar la evolución de las estrategias productivas y establecer, por tanto, los elementos de innovación, resistencia o estabilidad tecnológica.

Pero la arqueología sólo permite analizar las huellas que dejaron los alfareros en la cerámica durante el proceso de fabricación. Por lo que muchos trabajos que analizan el contexto y la capacidad de producción, así como los componentes del cambio tecnológico, optan por profundizar en el conocimiento de alfareros actuales para establecer hipótesis arqueológicas de referencia.

Otro de los problemas con los que nos enfrentamos a la hora de analizar los materiales cerámicos arqueológicos, se basa en que los arqueólogos y los especialistas en tecnología cerámica tienden a hablar diferentes lenguajes cuando se refieren a la cerámica (Rye1981: 5). Nosotros hemos optado por el uso de un lenguaje cerámico (Caruso, 1986;

Peterson, 1997; Leach, 1981, Rye, 1981) y no arqueológico. Al mismo tiempo se ofrece al final del texto una correlación entre el vocabulario alfarero Chileno y mapuche con el castellano tradicional.

De hecho, esto puede obedecer a los diferentes problemas interpretativos que se plantean los tecnólogos y los arqueólogos. En este contexto, la caracterización de una producción por parte de los arqueólogos responderá a problemas de interpretación del registro arqueológico, en cambio según los tecnólogos, los problemas entorno a la producción se relacionarán con los niveles de especialización o el desarrollo tecnológico, en función de las variaciones en las técnicas alfareras.

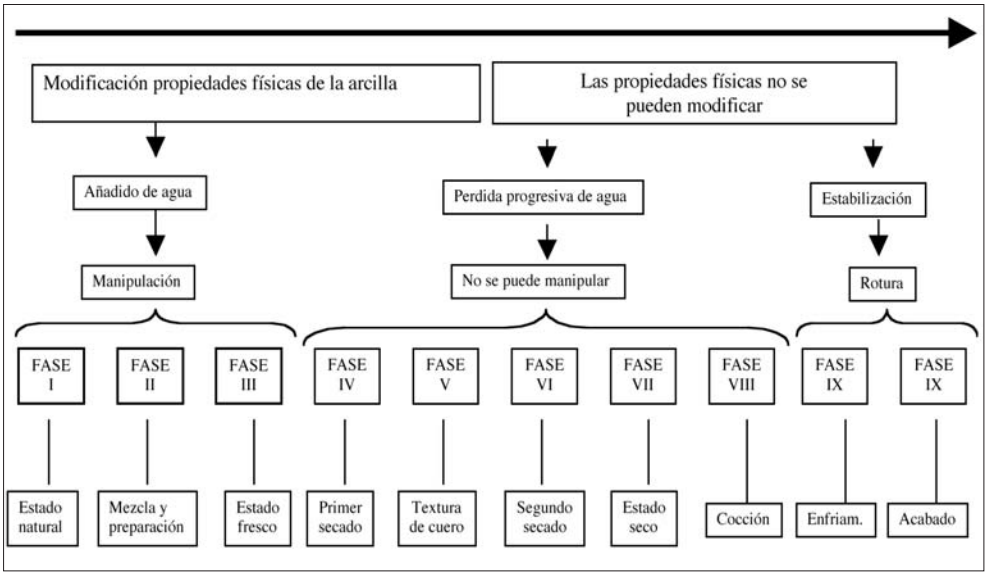
En este trabajo intentamos establecer un modelo de cadena operativa tecnológica en función de los diversos grupos de alfareros, con el fin de poder identificar estrategias tecnológicas comunes o diferenciadas.

La propuesta metodológica que hemos planteado pretende contextualizar el trabajo del alfarero desde un punto de vista tecnológico, por medio de los conceptos Fase, Proceso Tecnológico Marco (PTM), Proceso Tecnológico Pormenorizado (PTP), Técnica y Acción (Calvo et al. 1994a).

Fase, Proceso Tecnológico Marco (PTM) y Proceso Tecnológico Pormenorizado (PTP) caracterizan tecnológicamente las estrategias productivas (EP). Por su parte, acción y técnica definen actuaciones tecnológicas que pueden enmarcarse en cadenas operativas específicas, llegando a identificar talleres e incluso alfareros, por lo que no serán desarrolladas en este trabajo.

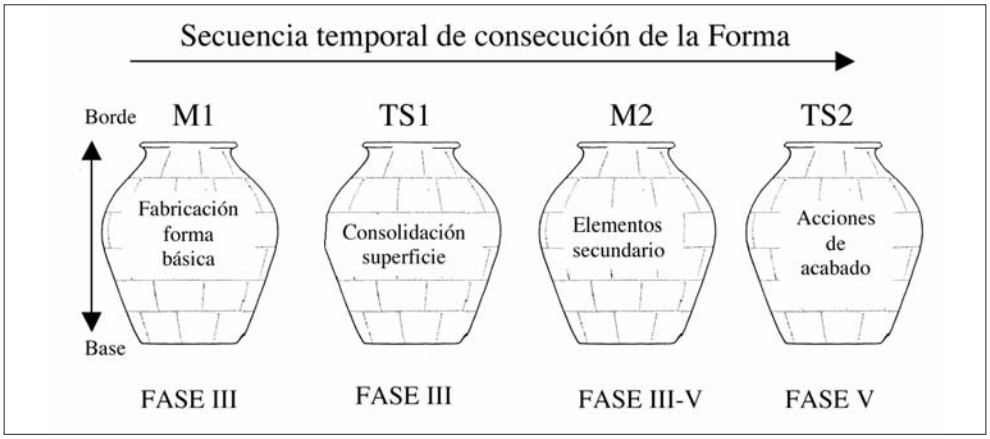
La Fase se refiere al estado físico de la arcilla y determina las acciones que puede realizar el alfarero sobre la pasta. El proceso de perdida de agua y secado de la arcilla es un proceso irreversible que obliga al alfarero a temporalizar las actuaciones que realiza sobre el material cerámico.

Las fases de estado físico de la arcilla:



El Proceso Tecnológico Marco permite contextualizar las acciones tecnológicas en base a los procesos necesarios para fabricar una vasija. Son procesos, la mayoría de veces, indispensable para poder desarrollar el trabajo cerámico. El Proceso Tecnológico Marco es una herramienta de clasificación de los Procesos Tecnológicos Pormenorizados y no se refiere ni a las acciones humanas ni a los procesos físicos de la materia.

Secuencia de confección de la pieza:



El Proceso Tecnológico Pormenorizado, enmarca las estrategias tecnológicas utilizadas por el alfarero para levantar la pieza, en base a la temporalización que le determinan las propiedades físicas de la arcilla , y en relación a la situación climática de la zona.

Fase y Proceso Tecnológico Marco, son herramientas clasificatorias que permiten contextualizar cualquier trabajo alfarero al margen del contexto socio-cultural. El Proceso Tecnológico Pormenorizado, en cambio, se refiere a las estrategias propias de un grupo y a la manera que tiene de fabricar la cerámica.

El protocolo de análisis que hemos establecido clasifica las acciones tecnológicas dentro de Fase, Proceso Tecnológico Marco y Proceso Tecnológico Pormenorizado de la siguiente manera:

Fase I: Arcilla en estado fresco:

PTM de obtención de arcilla. Recogida, trasporte, sistema de extracción de arcilla y almacenaje.

PTM de obtención de inclusiones. Recogida, trasporte, sistema de extracción de arcilla y almacenaje.

PTM de obtención de pigmentos. Recogida, trasporte, sistema de extracción de arcilla y almacenaje.

PTM de obtención de combustible. Recogida, trasporte, sistema de extracción de arcilla y almacenaje.

PTM de obtención de herramientas. Recogida, trasporte, sistema de extracción de arcilla y almacenaje.

Fase II: Preparación de la pasta:

PTM de preparación de la arcilla. Recogida, trasporte, sistema de extracción de arcilla y almacenaje.

PTM de preparación de inclusiones. Purificación, sistema de mezcla, sistema de amasado y herramientas.

PTM de preparación de pigmentos. Purificación, sistema de mezcla, sistema de amasado y herramientas.

PTM de preparación de combustible. Purificación, sistema de mezcla, sistema de amasado y herramientas.

PTM de preparación de herramientas.

Fase III: Arcilla en estado plástico:

PTM de modelado primario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento de superficie primario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de modelado secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento de superficie secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

Fase IV: Secado primario:

PTM de primer secado. Localización, sistema, tipo y herramientas.

Fase V: Arcilla en textura de cuero.

PTM de modelado secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento de superficie secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

Fase VI: Secado secundario:

PTM de segundo secado. Localización, sistema, tipo y herramientas.

Fase VII: Arcilla en estado seco:

PTM de modelado secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento de superficie secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento pre-cocción (calentamiento). Colocación, tiempo y sistema.

Fase IX: Cocción:

PTM de cocción. Fabricación de cámara de cocción. Colocación de las piezas. Tratamiento de combustible. Tipo de cocción.

Fase X: Arcilla en estado cocido en caliente:

PTM de modelado secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento de superficie secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de enfriamiento. Sistema, duración y herramientas. Tratamiento del combustible.

Fase XI: Arcilla en estado cocido en frío:

PTM de modelado secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

PTM de tratamiento de superficie secundario. Técnicas y herramientas utilizadas.

Contexto económico: distribución de los productos, base subsistencial e infraestructura necesaria

El contexto económico se puede dividir en los sistemas de distribución de los productos, la base subsistencial del grupo productor y la infraestructura necesaria para producir.

El estudio de la base subsistencial y las estrategias para satisfacer la demanda son las variables que mejor definen la escala y la estructura de producción. Caracterizan, tanto a productores, como a consumidores y permiten conocer los mecanismos de relación.

El sistema de distribución de los productos se relaciona con las estrategias para satisfacer la demanda: tipo de intercambio, orientación comercial, distancia de distribución del producto (distancia a los puntos de venta o intercambio), cantidad de demanda existente.

La base subsistencial de la unidad productiva se refiere al papel que juega en la economía doméstica la alfarería: sistema principal de obtención de recursos, sistema secunda-

rio de obtención de recursos, relación económica entre los miembros del grupo productor, participación en los beneficios.

La infraestructura necesaria para producir se refiere a la eficiencia productiva y, por tanto, al volumen de producción resultante: sistema de obtención de materias primas, cantidad de productos fabricados, inversión económica o material mínima necesaria para producir, inversión temporal mínima necesaria para producir.

El contexto social: organización del trabajo

Analizamos la organización de la producción en función de la relación entre los miembros del grupo productor. Utilizamos como indicadores la frecuencia de trabajo, la relación entre los trabajadores de una misma unidad productiva, el tipo de control de la producción, las estrategias del trabajo alfarero, el número de personas, la estructura del trabajo, la diferencia por sexos y el nivel de especialización.

Documentar arqueológicamente estas variables es, sin duda, la tarea más difícil. Pero puede informar sobre la escala y estructura de organización de la producción. El contexto social de producción se interrelaciona con las estrategias económicas del grupo.

Aunque el estudio pormenorizado de las cadenas operativas tecnológicas permite una mejor comprensión de las diferentes estrategias productivas, éstas no se pueden comprender sin la adscripción a un contexto socio-económico determinado. Las estrategias de producción interactúan con el contexto social de fabricación, la distribución, el uso y la obtención de recursos. Quizás, los aspectos sobre el contexto social sean los más difíciles de interpretar arqueológicamente, por ello debemos plantear si cabe la posibilidad de analizar estos aspectos a partir del material cerámico.

La frecuencia de trabajo sirve para documentar la estacionalidad de la producción: tiempo de dedicación anual y tiempo de dedicación diaria.

Las características de producción se refieren a la relación entre los trabajadores de una misma unidad productiva: Número de trabajadores, sexo, división del trabajo, estatus social de los trabajadores y edad.

El control de la producción trata sobre: Propiedad de la unidad productiva, diferenciación entre artesanos, distribución de los beneficios.

Para documentar el grado de división del trabajo y el nivel de especialización de los artesanos dentro de una misma unidad productiva, cruzamos datos de la Cadena Operativa Tecnológica con los procedentes de la estructura de organización del trabajo. Consignamos por cada PTM el número de personas, la frecuencia de trabajo, sexo, edad, grado de experiencia.

La distribución espacial

El uso del espacio por parte de los grupos alfareros, si bien no es un elemento característico de una estrategia productiva, permite documentar arqueológicamente diferentes sistemas productivos. Pensamos que la distribución espacial es una consecuencia de una estrategia productiva determinada, más que un elemento definitorio de la misma.

El uso del espacio es fácilmente detectable por medio de metodología arqueológica y nos informa sobre las estrategias de organización de la producción referidas tanto a productores como a consumidores.

El análisis del espacio puede realizarse a nivel microespacial y macroespacial. El estudio del microespacio permite documentar aspectos referidos al área de producción.

Podemos establecer diferentes sistemas de uso del espacio, desde estrategias donde se confunde lugar de hábitat y lugar de producción, hasta estrategias donde cada uno está claramente diferenciado. Los análisis macroespaciales informan sobre la obtención de recursos y la demanda.

La ubicación espacial la tratamos en relación con el uso del espacio asentamiento habitacional- centro productor y la localización del lugar de obtención de recursos.

El uso del espacio de los centros productores se refiere a las relaciones entre el asentamiento habitacional y asentamiento de producción: ubicación de la zona de trabajo en relación con el asentamiento, diferenciación de espacios, tamaño de las áreas de actividad, relación entre las áreas de trabajo, relación del centro productor en relación con las concentraciones de población, distribución de los desechos, volumen de los desechos.

Lugar y distancia de obtención de las materias primas se relacionan con la utilización del espacio geográfico y la obtención de los recursos: arcillas, pigmentos, inclusiones, combustible, herramientas.

Identificación de centros productivos especializados

Los centros productivos se refieren a la agrupación y concentración de unidades productivas formando un espacio cohesionado. Se documentan por la relación establecida entre las diferentes unidades productivas y la presencia de una o más estrategias productivas.

Los indicadores utilizados son:

1) Distancia materias primas: cerca de la aldea, lejos de la aldea.
2) Materias primas locales: sí, no.
3) Ubicación unidades productivas: dentro de la población, fuera de la población.
4) Relación unidades productivas/ unidades domésticas: sí, no.
5) Nivel de concentración unidades productivas: concentrado, disperso.
6) Variabilidad de Estrategias Productivas en la población: sí/no.
7) Actividad productiva principal en relación a las unidades domésticas: agricultura, comercio, alfarería.
8) Presencia de intermediarios: sí, no.
9) Lugar de venta de los productos: dentro de la población, fuera de la población, dentro y fuera de la población.

Identificación de unidades productivas

Las unidades productivas se refieren a la unidad básica de producción. Ésta puede ser individual o grupal y se documentan por medio del análisis de las estrategias.

Basándonos en los trabajos anteriores y según el contexto geográfico, socio-cultural e histórico, proponemos los siguientes indicadores como elementos de análisis que nos permiten comparar estrategias productivas. La comparación de estas variables posibilitará definir diferentes estrategias de producción.

En relación con la forma de las vasijas:

1) Tipos fabricados y función: ornamentales, utilitarios, ornamental-utilitarios.
2) Estandarización formal por tipos: alta-baja.
3) Variabilidad de tipos fabricados: sí, no.

En relación con la tecnología:

4) La obtención de materias primas (distancia de obtención y dificultad): cerca de la aldea de forma gratuita, cerca de la aldea por compra o intercambio, lejos de la aldea, compra de arcilla tratada industrialmente.

5) El sistema de preparación de la arcilla: pisado, industrial, amasado a mano.

6) El modelado: Torno a pedal, manual por ahuecado y arrastrado, manual por golpeado y urdido, manual por arrastrado y urdido.

7) El tipo de cocción: en pila de leña con bostas de vacuno y leña, en pila de leña con bostas de vacuno, en horno de una sola cámara.

En relación con el contexto económico establecemos:

8) Tipo de intercambio: orientación comercial, intercambio no monetario.

9) Dispersión regional: concentrada, dispersa.

10) Distancia de distribución: lejos de la aldea, cerca de la aldea.

11) Lugar de intercambio: en la población, cerca de la población y lejos de la población.

12) Sistema principal de obtención de recursos: alfarería, comercio, agricultura, agricultura y alfarería, alfarería y comercio.

13) Inversión mínima necesaria para producir: ninguna, únicamente en infraestructura de material, en infraestructura de material y en inversión económica.

En relación con la organización del trabajo establecemos:

14) Tiempo de dedicación anual: todo el año, no se trabaja en invierno, trabajo de baja intensidad en invierno.

15) Tiempo de dedicación diaria: tiempo parcial, tiempo completo.

16) Número de trabajadores: trabajo individual, trabajo dentro del grupo familiar, trabajo asalariado.

17) Sexo: masculino, femenino, mixto.

18) Grado de división del trabajo: no existe división del trabajo, sí existe división del trabajo.

En relación con el uso del espacio:

19) Diferenciación de espacios respecto al lugar de trabajo: no existe, pocos espacios diferenciados, muchos espacios diferenciados, todos los espacios diferenciados.

20) Ubicación de la zona de trabajo en relación con el asentamiento habitacional: fuera del lugar de habitación, dentro del lugar de habitación, parte fuera del lugar de habitación, parte dentro del lugar de habitación.

21) Diferenciación de espacios respecto al lugar de trabajo: no existen, pocos espacios diferenciados, muchos espacios diferenciados, todos los espacios diferenciados.

22) Tamaño del área de actividad: reducido, amplio.

III. Contextualización

> «Quien, en efecto, quiera estudiar un período o al menos una institución durante un período determinado, se impone dos reglas por encima de las demás: tratamiento exhaustivo de todo el material y equitativa distribución cronológica del examen»
>
> Foucault

Dentro de los márgenes de este territorio chileno, en los límites entre la cordillera de la costa y la depresión central, se ubican las poblaciones alfareras de: Pomaire, Pilén y Quinchamalí (Fig. 2.1).

No pretendemos realizar una investigación exhaustiva sobre la localización geográfica de las poblaciones prehispánicas y su desarrollo cultural posterior, pues somos cons-

cientes de las limitaciones que tiene realizar un trabajo basado en fuentes arqueológicas, etnográficas y documentales sin un trabajo de campo complementario.

Nuestro objetivo es, en la medida de lo posible, reconstruir la historia cultural de las poblaciones alfareras actuales de Chile central, intentando demostrar que los pueblos que estudiamos tienen antecedentes indígenas y que éstos son mapuches, y no incas ni diaguitas. No pretendemos realizar un estudio histórico, arqueológico o etnográfico de las épocas prehispánica y colonial, sino establecer hipótesis y argumentos para el desarrollo de nuestra investigación, que nos permita acotar geográfica y culturalmente la región que nos ocupa, con el objetivo de identificar la filiación étnica de las poblaciones y cómo fue la ocupación de tierras por los españoles y la reubicación a la que sometieron a los indios.

Nuestro interés es intentar descubrir si el sustrato cultural y étnico de los pobladores de estas aldeas es realmente indígena: Por un lado, esta interpretación condicionará nuestro análisis posterior sobre la historia de la producción cerámica y por otro, algunos aspectos de la fabricación a lo largo de los siglos podrían hacer pensar en una sustitución cultural y étnica. En definitiva, todos estos aspectos determinarán nuestra interpretación en relación a la producción cerámica contemporánea.

El planteamiento de todos estos interrogantes obedece a la introducción de determinados elementos productivos en el ámbito de la alfarería que no se encuentran presentes, ni en producciones cerámicas prehispánicas, ni en contextos mapuches contemporáneos. Nos referimos a la temprana especialización de algunas aldeas, la introducción del torno, de hornos de cocción o la documentación en algunos trabajos a mano, de obra masculina.

Creemos que para los estudios etnoarqueológicos es importantísimo realizar una síntesis previa sobre la historia cultural de las poblaciones en estudio, a fin de documentar cómo el pasado determinó la situación actual que analizamos.

Por ello, intentaremos establecer el desarrollo de las culturas nativas principalmente en:

1) El interfluvio Aconcagua-Maipo y en concreto en la cuenca inferior del río Maipo, en la cordillera de la costa, donde se ubica Pomaire.

2) El interfluvio Maule-Itata. Quinchamalí se localiza en la cuenca del Ñuble-Itata y Pilén en la cordillera de la costa, cerca del río Maule.

Una vez aceptadas las motivaciones que nos obligan a escarbar en los antecedentes históricos y arqueológicos de la zona para poder aproximarnos al origen étnico de la población y su originaria adscripción cultural, abordamos la problemática crono-cultural de Chile central desde tiempos prehispánicos. Planteándonos las siguientes preguntas:

1) ¿Existió una cultura homogénea desde el Choapa hasta el golfo de Reloncaví antes de la llegada de los españoles, o existían diversos pueblos?

2) ¿La ocupación inca del centro de Chile supuso una suplantación poblacional o simplemente un control administrativo y económico de un territorio? Y ¿dónde se pueden ubicar los límites meridionales del Imperio de Tawantinsuyu.

3) ¿Cómo afectó a la población indígena la conquista de parte de Chile por las tropas españolas? ¿Pudo mantener cierta independencia bajo el régimen de encomienda?

III.1. Marco geográfico

Geográficamente, se tiende a dividir Chile en una zona llamada Norte Árido o Norte Grande, que coincide con el desierto de Atacama, la zona de Norte Chico, región semiárida que se extiende hasta el valle de Aconcagua, la zona central que se extiende de la cuenca de Santiago hasta el golfo de Reloncaví y la región Austral (fig. 1:2).

No se debe confundir el valle central o longitudinal que recorre Chile de Norte a Sur con la zona central. Entendemos como centro de Chile la zona entre la región semiárida de Coquimbo y la zona Sur de clima atlántico-patagónico, compuesta por las regiones de Bío Bío y Araucanía.

Las diferencias climáticas y el régimen de precipitaciones permiten dividir el centro en dos subzonas divididas por la cuenca del río Bío-Bío, con un clima mediterráneo al Norte y continental templado al Sur (fig. 1:3).

El Chile central se divide longitudinalmente en la cordillera de los Andes al Este, la cordillera de la costa al Oeste, las planícies litorales y el valle longitudinal situado entre ambas cadenas y principal característica de la región, con una anchura media de 50 a 100 kilómetros (fig. 1:2).

El recorrido del valle longitudinal o depresión intermedia se interrumpe por la angostura de Paine, donde la cordillera de la Costa casi se une con los Andes separando las cuencas de Santiago y Rancagua.

La cordillera de los Andes presenta mayores alturas frente a la cuenca de Santiago (5500 metros) y declina en elevación en dirección Sur, creando suaves alturas que permiten el franqueo de la región pampeana Argentina, a las regiones de los Lagos y La Araucaria chilenas.

La cordillera de la costa, semejante en edad geológica a la de los Andes, tiene un ancho de 40 a 60 Km. Las mayores alturas las alcanza frente a las cuencas de Santiago y Rancagua (2000 metros) y a medida que se desplaza al Sur disminuye en altura y se hace fácilmente franqueable. Al Sur del Bío-Bío, la cordillera recobra altura (1500 metros) y se extiende hasta el río Imperial, recibiendo el nombre de Nahuelbuta.

Las terrazas litorales alcanzan una gran extensión entre la desembocadura de los ríos Maipo y Maule y se emplean en la crianza de ganado lanar. Al Sur del Maule la cordillera de la costa se acerca al mar y presenta grandes acantilados hasta desaparecer.

Desde el valle del Elqui, al Norte, los factores climáticos determinan un clima de tipo estepario, aumentando progresivamente el régimen pluvial hacia el Sur.

El clima, respecto a las temperaturas y precipitaciones, junto a la topografía, han determinado las diferencias entre la parte septentrional y meridional de la zona centro de Chile, pudiendo establecer una zona centro y una centro-Sur, con el Bío-Bío como límite. La zona centro presenta un clima de tipo mediterráneo, con una estación seca prolongada. Al Sur, las precipitaciones aumentan igual que las temperaturas, determinando un clima más frío y húmedo.

Las cuencas hidrográficas mayores son: Maipo-Mapocho, Tinguiririca (Cachapoal-Rapel), Mataquito-Teno, Maule, Itata-Ñuble y Bío Bío (fig. 1:3). Estos ríos se forman por la confluencia de dos afluentes que tienen su cabecera en la cordillera de los Andes y cuyo punto de encuentro se haya al borde occidental de la depresión intermedia. Al Sur del río Maule, los ríos pasan de tener un régimen en torrente y mixto-glacial y pluvial en invierno a otros caudalosos y de suave pendiente con regímenes pluviales regulados por los lagos de sus cabeceras.

El interfluvio Choapa-Aconcagua (Niemeyer, 1989) puede considerarse la división entre el Norte semiárido, comprendido políticamente en parte de la región de Valparaíso. Al Norte del río Aconcagua la fisiografía se caracteriza por un relieve montañosos irregular, que forma un sólo bloque que encaja la Cordillera de la Costa y la de los Andes. Este bloque es cortado de Este a Oeste por valles tectónicos separados por cordones trasversales que se desprenden de las cordilleras. Los ríos Choapa, Petorca- La Ligua y Aconcagua, se forman por la confluencia de dos o más tributarios a unos 90-100 Km de la costa.

La zona central presenta los recursos hidrológicos necesarios para el desarrollo de una agricultura basada en el riego artificial. Es aquí donde el paisaje, quizás, ha sufrido mayores cambios con la intensificación de la agricultura en tiempos coloniales y la explotación forestal en momentos más recientes.

III.2. Historia cultural del área

III.2.1. Periodo prehispánico

Arqueológicamente se pueden establecer desarrollos diferenciados en el Norte Grande, con una acusada influencia de los imperios andinos; el Norte Chico con el desarrollo de las culturas Molle y Diaguita (Ampuero, 1989, 1994; Hidalgo, 1989; Troncoso, 2001b;); una zona central entre los ríos Choapa y Rapel representado por los complejos Llolleo y Bato (Falabella et al., 1994, 1996; Falabella y Stehberg, 1989) y Aconcagua (Cerdá, 1980; Cornejo, 1994; Durán y Massone, 1979; Durán y Planella, 1989; Falabella et al., 2001; Pavlovic, 2000, 2001b; Pavlovic et al., 1998, 1999; Falabella y Planella, 1979, 1980; Sanchez, 2000a, 2000b, 2001, 2002; Troncoso, 2001 y 2002a, 2002b) y una zona centro-Sur entre el Bío-Bío y el golfo de Reloncaví ocupada por los complejos Pitrén, Vergel y Valdivia (Aldunate, 1989; Becerra Reyes, 2000; Canals Frau, 1959; Dillehay, 1977, 1990; Gordon et al., 1973; Quiroz, 2001; Quiroz y Sánchez, 1997; Reyes Álvarez, 2000; Ocampo et al., 2001).

Los incas se adentraron hasta el Cahapoal, aunque el sistema, objetivos y límites de la ocupación, aún están en una fase de reflexión (Godoy, 2000; González, 1998; León Solís, 1983, 1987, 1989; Planella y Stheberg, 1977; Planella et al., 1993; Rivera y Hyslop, 1984; Rodríguez et al., 1993; Stehberg, 1976, 1977, 1993).

La historia cultural del área, desde un enfoque arqueológico y etnohistórico, está limitada por:

1) La falta de información en algunas áreas: interfluvio Cachapoal-Maule y Maule-Itata. Las crónicas del siglo XVI para describir los territorios al Sur de Santiago, donde se señala a un pueblo belicoso que detuvo a los incas y que tenía una economía basada en la caza y la recolección, el cual hablaba la misma lengua de Mapocho. A parte de esto, hay un vacío de información en la zona ubicada entre el Sur de Santiago y el río Itata.

2) Tenemos una gran cantidad de información para algunas zonas y nula para otras, lo que distorsiona la representatividad de los complejos arqueológicos del centro-Sur de Chile.

3) La información es de variada calidad: hallazgos ocasionales, excavaciones de salvamento, excavaciones sin integración en proyectos de excavación y, recientemente, trabajos de investigación sistemáticos.

4) Existen dificultades a la hora de establecer unas cronologías claras, ya que sólo en los últimos años se han obtenido dataciones absolutas, aunque éstas son muy reducidas. La mayoría de las cronologías se han establecido por medio del criterio de ausencia-presencia de tipos cerámicos.

5) Muchas veces, las adscripciones culturales se han basado en las influencias cerámicas y en la presencia de tipos característicos de complejos culturales. Si bien en algunos casos las características de la cerámica son muy clarificadoras, como establece Adulante (1989: 329) este es un «método peligroso en un área que se caracteriza por presentar un destacado conservadurismo en los estilos ceramológicos».

6) En muchos casos, no se pueden establecer los sistemas socio-económicos de las agrupaciones arqueológicas, sino documentar diferentes complejos funerarios. Esto se

puede observar en los conjuntos de Pitrén, Valdivia o Vergel y en menor medida en el Aconcagua.

7) Desde el siglo XVI, los datos históricos complican aún más la situación al establecer diferentes grupos indígenas que no tienen por el momento una clara correlación arqueológica. Estas crónicas basan su información en hazañas guerreras.

Alfarero temprano: Llolleo, Bato y Pitrén

Falabella y Stehberg (1989) han planteado la posibilidad de que el Período Temprano sea el momento clave de diferenciación e identificación cultural y étnica de las poblaciones que habitan la zona central de Chile. Estos mismos autores reconocen lagunas espaciales en grandes sectores, como la cuenca del río Aconcagua o la zona al Sur del río Cahapoal, lo que impide documentar claramente la distribución espacial de estas manifestaciones arqueológicas.

Parece que la tradición Llolleo (fig. 2:2) evolucionaría hacia el complejo Aconcagua y el Pitrén desarrollaría el complejo El Vergel. La peculiaridad está en que Llolleo y Pitrén tienen unas similitudes muy claras, lo que ha permitido postular un sustrato común anterior a El Vergel y Aconcagua, si bien esto son sólo hipótesis que por el momento tienen tantos defensores como detractores.

Por eso interesa destacar que los complejos culturales del período alfarero Temprano y Medio: Llolleo, Bato y Pitrén (fig. 2:2) podrían haber influido en los desarrollos posteriores de las culturas Aconcagua y El Vergel, ya que parece que tienen una distribución geográfica similar y algunos rasgos materiales comunes.

Entre el 300 a.C. y el 900 d.C. se desarrollan para la zona central diferentes estrategias adaptativas: poblaciones aisladas que hacen pensar en la persistencia de poblaciones del período anterior, grupos con fuertes vinculaciones con el Norte (tradición Bato), grupos con características completamente locales y una distribución espacial considerable (tradición Llolleo) y comunidades compuestas, que comparten elementos de variado origen (Falabella y Stehberg 1989). Lo que demuestra cómo esta área es una zona intermedia, donde se da una clara interrelación entre grupos del Norte, centro-Oeste argentino y de la zona Sur. Al contrario de lo que ocurre para otros períodos, aquí se han conseguido definir sistemas de asentamiento, patrones de subsistencia, y se han clarificado cronologías.

En 1984 se define en el *Taller de Arqueología de Chile Central* la tradición Bato (Taller de Arqueología de Chile Central, 1984).

Los grupos de tradición Bato ocuparon un amplio sector de la zona central (fig. 2:2): por la costa se establecieron en el interfluvio Petorca-Maipo, con asentamientos más aislados hacia el río Maule. En el interior los datos son mas escasos, pero se han documentado algunas evidencias superficiales en los valles del Aconcagua, Maipo y Cachapoal. La presencia de estos grupos se ha documentado hacia el 300 a.C. en el litoral, alcanzando un desarrollo complejo en la zona central y en la costa hacia el 400 d.C. y persisten hasta el 900 d. C. (Pinto y Stehberg, 1982) en la zona precordillerana, aunque el momento de mayor representatividad va aproximadamente del 200 a.C. al 400 d.C. La dispersión de sus sitios denota la tendencia a la ubicación al Norte del río Maipo, que unido a algunos aspectos culturales, como el uso de tembetá, (que es una decoración labial hecha en cerámica o piedra), así como las formas y decoraciones de la alfarería sugieren contactos con los grupos Molle situados al Norte. Esto hace plantear a Falabella y Stehberg (1989) la posibilidad de un substrato poblacional común con la cultura Molle del Norte Chico. Parece que estos grupos no mantenían fuertes lazos culturales entre ellos y se supone que cada núcleo social

fue perdiendo la cohesión inicial a favor de otros de tradición Bato, hasta desaparecer.

Para la zona central en torno al año 1979, Falabella y Planella (1982) definen el complejo cultural Llolleo (fig. 2:2). Éste coexiste cronológicamente con el complejo cultural Bato, desde el 300 d.C que es cuando tenemos las primeras dataciones, hasta que aparecen los primeros complejos Aconcagua sobre el 900 d.C. Estos grupos son los que tienen una mayor densidad y dispersión en la zona. Su ocupación más alta se localiza desde el Maipo al Cachapoal, pudiendo establecer un área de dispersión desde el valle de Illapel a las cercanías del río Teno. En la cuenca del Maipo y en el Cachapoal se han realizado investigaciones sistemáticas proporcionando hallazgos ubicados en los valles de Illapel, Aconcagua, Lounté (en la cuenca del río Teno), y algunos de la cuenca de Santiago y Cachapoal son atribuidos a colecciones particulares o excavaciones poco sistemáticas.

Se trata de un patrón disperso de los asentamientos, donde los grupos se organizan en rinconadas de valles fluviales con un tipo de economía dependiente de productos vegetales y completada con la caza y la recolección en diferentes ámbitos ecológicos. Esto hace pensar en un sistema de asentamiento semejante al de los mapuches históricos. Parece que los vínculos sociales con otros grupos meridionales serían fuertes, promoviendo un permanente contacto y la pervivencia de sus tradiciones (Falabella y Stehberg, 1989).

Esta tradición refleja un alto grado de cohesión interna. Sus manifestaciones culturales presentan una fuerte homogeneización durante lago tiempo y parece que su dispersión refleja una tendencia hacia el Sur del Maipo.

Las claras vinculaciones meridionales se observan principalmente a través de la alfarería en las cerámicas asimétricas con asa de puente, con modelados antropo y zoomorfos, ojos tipo «granos de café», pintura negativa, incisiones y abultamientos en la base del cuello (Aldunate, 1989). Thomas et al. (1980), plantean un contexto cerámico muy similar con la cultura Pitrén y Llolleo en la excavación del parque la Quintrala, en el valle del Mapocho. Las formas cerámicas Llolleo podrían ser el inicio de una larga tradición que se perpetuaría hasta la actualidad en el pueblo mapuche. Entre éstas podemos destacar el jarro pato o *Ketru Metawe* (Dillehay y Gordon, 1979) o el cántaro *malhué* utilizado en la ceremonia del Quillatún (Latcham, 1922). Si esto fuera así, podría usarse el indicador cerámico para postular a los grupos Llolleo como una parte importante del sustrato étnico mapuche (Falabella y Stehberg, 1989) Por tanto, si consideramos que el complejo Llolleo se extiende desde el Choapa al Sur, igual que la lengua mapuche, se plantea la posibilidad de que pueda existir un complejo Llolleo-Pitrén para la zona Sur (Aldunate, 1989). Dicho esto, debemos considerar la posibilidad de que tan sólo se trate de una tradición cerámica sin base poblacional o cultural homogénea.

En el valle del Cachapoal aparece una realidad que integra en algunos lugares y épocas manifestaciones culturales diferentes, mostrando también actividades propias de los habitantes de ese valle como el uso reiterado y frecuente de Pipas (Falabella y Stehberg, 1989; Westfall, 1994).

El complejo Pitrén (fig. 2:2) representa la primera manifestación alfarera al Sur del Bío-Bío, documentada por Menghin en 1962 (Menghin, 1962). Se extiende desde la ribera de este río hasta el Norte del lago Llanquihue, según Aldunate (1989), o el Norte del Tolten, según Quiroz (2001) y en el centro-Norte de la provincia argentina de Neuquén (Hajduk, 1984). Este grupo ya se hallaba presente en el valle del Cautín, hacia el 660 d.C. (Gordon, 1983) y podría ser la base para el desarrollo posterior de la cultura mapuche (Aldunate, 1989). Quiroz (2001) propone una cronología aproximada entre el 400 d.C. y el 100 d.C. Los yacimientos asimilados a este complejo son de tipo funerario y se localizan más a menudo en las riberas de los lagos de la zona precordillerana. Son cementerios pequeños y aislados, que por las condiciones de humedad sólo han permitido la conserva-

ción de cerámicas (figura 4:1-3).

El estudio de los cementerios ha permitido plantear un modelo subsitencial basado en grupos familiares reducidos con movilidad estacional, que dependían de los ciclos de caza y la recolección con una reducida actividad agrícola (Aldunate, 1989).

En definitiva, durante los períodos alfarero Temprano y Medio se observa una tendencia hacia la diferenciación de las manifestaciones culturales de los grupos humanos y al mismo tiempo una tendencia hacia la homogeneización, debido a las frecuentes relaciones que permiten el traspaso de nuevas ideas.

Para este periodo es interesante abordar la dispersión de las pipas de fumar, que alcanzan una alta representación geográfica entre el río Aconcagua, por el Norte y el río Toltén, por el Sur. Posteriormente al 800-900 d.C. desaparecen los hallazgos de pipas, como también de tembetás y orejeras desde el río Aconcagua hasta la cuenca del Cachapoal, después de una permanencia desde el 200 a.C. al 900 d.C. (Westafall, 1994).

Sin embargo, para el área comprendida entre el río Mataquito por el Norte y el seno de Reloncaví por el Sur, la práctica de fumar con pipa perdura hasta tiempos coloniales e incluso republicanos.

Período alfarero tardío: Aconcagua y El Vergel

Antes de la llegada de españoles y de incas a los territorios del centro de Chile, se documentan una serie de complejos culturales, que si bien pueden presentar aspectos comunes, se diferencian entre sí (figura 2:3).

El Complejo Aconcagua

El complejo Aconcagua fue definido tentativamente por Durán y Massone en 1979 para Chile central (Durán y Massone, 1979). Esta cultura arqueológica presenta una delimitación espacial entre los ríos Petorca y Cahapoal (figura 2:3), un patrón cerámico específico de gran homogeneidad formal y estilística representada sobre todo por el motivo «*trinacrio*» y unas manifestaciones funerarias características de cementerios de túmulos (Durán y Planella, 1989; Falabella y Planella, 1979). En cuanto a la ubicación espacial, se documenta la utilización de espacios biogeográficos muy variados: zonas costeras, cordillera de la costa y amplios valles fluviales en el interior. Del mismo modo, entre los ríos Mendoza y Diamante, en la región argentina se han podido documentar materiales Aconcagua formando parte de otros contextos alfareros (Lagiglia, 1979).

Generalmente, se ha considerado un arco cronológico válido para este complejo arqueológico el que se sitúa entre el 900 d.C. y el 1470 d.C. Sería un complejo posterior al Llolleo y finalizaría con la ocupación inca del territorio.

Las manifestaciones materiales indican en parte una unidad cultural y una clara variación regional.

La variedad en los ajuares según Durán y Planella (1989) estaría basada en las relaciones con otras áreas y sobre la base de un referente cronológico-cultural. Massone (1980) lo relaciona con distintos componentes culturales en el contexto alfarero Aconcagua. En todo caso, se podría observar una variación zonal de las manifestaciones cerámicas, principalmente representado por los túmulos del curso superior del río Aconcagua, donde se muestra una mayor representatividad del tipo *«rojo engobado»* y la baja representatividad del tipo decorativo «*trinacrio*» (Durán y Planella, 1989), por la falta de necrópolis de túmulos en el Valle del Putaendo (Sánchez Romero, 2000a, 2000b; Pavlovic, 2001, 1999), o por la filiación diaguita-incaica del cementerio de Quilicura y baja representatividad de la

forma «A*concagua salmón*» (Stehberg, 1976b) entre otros.

La alfarería también demuestra esta variabilidad zonal (Durán y Planella, 1989). El tipo «*Aconcagua salmón*» está altamente representado en la cuenca de Santiago y se presenta en un bajo porcentaje en el valle del Aconcagua. El tipo «*Aconcagua rojo engobado*» aparece, en un alto porcentaje en el Valle del Aconcagua y, en menor medida, en la cuenca de Santiago. El tipo «*Aconcagua tricomo engobado*» se ha encontrado casi exclusivamente en el valle Aconcagua.

Falabella y Cornejo (2001) incluso observan variaciones regionales entre diferentes zonas de la cuenca del río Maipo.

En los últimos tiempos se ha cuestionado parte de los límites geográficos del modelo, ya que la mayor concentración de yacimientos se localiza en la costa, principalmente en las desembocaduras de los ríos Maipo y Aconcagua y en el interior entre las cuencas del curso superior de los ríos Aconcagua y la cuenca de Santiago. En el resto del territorio las evidencias materiales son muy poco representativas: interfluvio Petorca-Aconcagua y Maipo-Cachapoal. Para el valle de Putaendo en la cuenca superior del río Aconcagua se ha documentado una afinidad cultural, más relacionada con el área de los ríos La ligua y el Choapa que con la cultura Aconcagua de los ríos Maipo y Aconcagua (Sánchez Romero, 2000b; Troncoso, 2001, 2002), igual que para el interfluvio Petorca-Quilimari (Ávalos y Rodríguez, 1994).

Las variaciones de la cultura Aconcagua han sido definidas por Durán y Planella (1989) como una probable variabilidad cronológica. La variedad en los ajuares, los estilos rupestres y los contextos cerámicos, estaría basada en las relaciones con otras áreas sobre la base de un referente cronológico-cultural. Realmente todavía no existe una cronología clara para el complejo cultural Aconcagua y mucho menos para sus diferentes manifestaciones materiales.

Se ha propuesto un carácter estacional para los sitios costeros basados en la ausencia de cementerios de túmulos en el litoral, en una supuesta organización territorial, centrada en los valles del interior, en lugar de manifestaciones arqueológicas con un marcado desarrollo local (Durán y Planella, 1989; Falabella et al., 1994).

Se ha defendido que las diferencias culturales entre los dos valles: Aconcagua al Norte y Maipo-Mapocho al Sur se deben a relaciones más estrechas del primero con las culturas del Norte Chico (Sánchez Romero, 2000a) y más en concreto con el complejo Diaguita (Durán y Planella, 1989). Troncoso (2001, 2002) ha demostrado la influencia inca en las representaciones rupestres de los «signos-escudo». El problema quizá resida en determinar la relevancia de esta variabilidad dentro del grupo Aconcagua y observar si los contextos arqueológicos excavados son suficientemente relevantes para caracterizar esta cultura, ya que la mayoría de estudios que han permitido caracterizar este complejo se han realizado en el litoral central (Falabella y Planella, 1979) y en la cuenca del río Maipo y Mapocho (Pavlovic, 2000). Sin embargo, las evidencias arqueológicas de estos contactos demuestran que se concentraron en la zona central, ya que no hay restos Aconcagua al Norte del Choapa, pero sí restos diaguitas hasta el Maipo. Aunque puede existir una cierta jerarquía a partir de lo observado en las necrópolis que permiten inferir cierto proceso centralizador, no se puede hablar de una organización dual, como en los valles trasversales del Norte (Durán y Planella, 1989, Sánchez Romero, 2000a, 2001). Esta jerarquía podría estar basada en el estatus económico obtenido por la tenencia de rebaños de camélidos (Durán y Planella, 1989).

En cambio, en relación con los contactos con la zona Sur, no hay una delimitación

clara para diferenciar una frontera étnica y cultural. Quizás las evidencias más claras se configuren entorno al complejo cultural Llolleo, que estuvo presente en la costa central y probablemente en la zona Sur, donde puede que la cultura Aconcagua se desarrollarse hasta la época colonial (Falabella y Planella, 1980).

Podrían existir zonas marginales, generalmente atribuidas al complejo Aconcagua, que mantendrían una filiación más independiente y una mayor relación con áreas vecinas. No hemos de olvidar que entre el Cachapoal y el Choapa se define un área de interacción cultural que separaría la Cultura diaguita-incaica de la mapuche-El Vergel. Algunos autores preferirían establecer este límite en la cuenca del río Maipo, ya que la angostura de Paine, situada entre el Maipo y el Cachapoal ha sido siempre una barrera natural.

La hipótesis del complejo cultural Aconcagua como una evolución de la tradición Llolleo se argumenta por la reutilización de algunos sitios de habitación (Falabella y Planella, 1979), una distribución geográfica similar y las evidencias estratigráficas en sitios de la costa en contextos funerarios (Gajardo-Tobar y Silva, 1970), sugieren la posibilidad de un contacto entre estos grupos cronológicamente diferentes. Pero hay que tener en cuenta las dificultades de considerar al complejo Aconcagua como desarrollo local de Llolleo debido a las diferencias que se constatan en relación a algunos rasgos culturales, como la aparición de nuevos sistemas de enterramiento que nada tienen que ver con el período anterior (Falabella y Planella, 1980:95).

Falabella et al. (1994) plantean que: *«La evidencia de un quiebre abrupto, a nivel de patrones culturales, entre las comunidades del período Temprano y el Aconcagua es indiscutible. Se producen cambios radicales en la funebría (cementerios, posición de los individuos, tipo de inhumación), adornos, instrumentos líticos, y muy claramente en la cerámica».*

La comparación de estilos cerámicos Llolleo y Aconcagua más allá de las similitudes decorativas muestra una variación de formas y tamaños (Falabella et al., 1994).

El complejo El Vergel

Al mismo tiempo que en el Norte se desarrolla el complejo Aconcagua, en el Sur aparece el complejo el Vergel, que se sitúa entre los ríos Bío-Bío y Toltén (figura 2-3), ocupando básicamente la depresión intermedia, aunque hay algunos hallazgos en la costa. La secuencia cronológica se puede establecer entre el 1000 y 1500 d.C. (Quiroz, 2001).

Este complejo fue definido por primera vez por Bullock en 1970 (Bullock, 1970) y ha sido sistematizado por Aldunate (1989) y Dillehay (1990). Se caracteriza por ofrendas funerarias de jarros simétricos y asimétricos monocromos o engobados de negro y rojo y ollas utilitarias con dos asas y estrías anulares en el cuello (figura 4.6). La forma de estas cerámicas es prácticamente la misma que en el complejo Pitrén. De hecho, igual que pasaba en este grupo, ollas utilitarias como la *challa* permanecen en uso hasta hoy entre los mapuches. Como elementos nuevos aparece la cerámica decorada rojo o negro sobre blanco, los aros de cobre en forma de placas rectangulares o argollas. Fuera de contexto se han localizado piedras horadadas, pipas, aros de plata y oro y esculturas líticas antropomorfas (Bullock, 1970). Se ha utilizado el termino El Vergel para describir una tradición alfarera diferente, ya sea entendiendo ésta como complejo funerario o cerámico.

En las últimas décadas se han desarrollado trabajos en las costas e islas de Arauco sobre yacimientos de habitación (Quiroz y Sánchez, 1997), que han permitido plantear que el complejo El Vergel se gestionase por el estímulo generado por influencias amazónicas y Andinas, cuyos portadores desarrollarían nuevas estrategias basadas en la producción de alimentos por medio del desarrollo de la horticultura, la domesticación de camélidos y la

práctica de la metalurgia (Quiroz, 2001).

Dentro de este complejo cabe destacar la variante «*Tirúa*», situada en la desembocadura del Bío-Bío y la cuenca del Cautín. Aldunate (1989) se muestra escéptico, en cambio Dillehay (1990:74) reconoce este complejo contemporáneo el Vergel y una distribución costera local. Quiroz (2001) a partir de las investigaciones sistemáticas realizadas en la planicie costera de Arauco en los últimos tiempos, establece la variedad Vergel/Tirúa como una variedad costera del Vergelense, que tendría una distribución desde ambas riberas del Bío-Bío hasta la población de Tirúa.

Los enterramientos en urnas, el cultivo de porotos, quínoa y ají, junto con algunos rasgos de la decoración cerámica, podrían indicar vinculaciones con Chile central de donde se podría establecer su origen (Adulante, 1989). Sin embargo, es indudable que estos antecedentes se establecen sobre una base local, ya que no se ha dicho que las formas cerámicas son básicamente las mismas que las del complejo Pitrén y el sustrato recolector de la economía sugiere una adaptación a las condiciones medioambientales de este territorio.

Sur del Maipo: Valles del Cachapoal, Maule e Itata

Entre el Cahapoal y el río Itata hay una escasez de datos, tanto arqueológicos, como documentales, que ha hecho necesario recurrir a las fuentes existentes al Sur de este río. Además, los resultados arqueológicos obtenidos en la zona Sur de Chile sólo permiten aislar diferentes complejos funerarios y situarlos en una secuencia cultural, ya que casi no conocemos contextos de habitación. Por eso hay que evitar realizar simplificaciones debido al estado actual de falta de información.

No hemos de olvidar que entre el Itata y el Choapa se define un área de interacción cultural que separaría la cultura diaguita-incaica de la Mapuche- ElVergel (figura 2.3). Además de ser una zona de frontera durante más de un siglo, primero con los incas (figura 2.4) y después con los españoles (figura 3.1), extendiéndose una zona de guerra con una frontera móvil entre los ríos Maipo y Bío-Bío. También se trata de una zona poco desarrollada, con una ocupación del territorio menos intensa en comparación con el Norte del Maipo, mucho más poblada y urbanizada.

Aldunate (1989), plantea que el hecho de la falta de datos para esta zona se podría interpretar como un indicador de un diferente desarrollo cultural o como una conexión entre Chile central y área Sur Andina, a partir de la identificación de un sustrato alfarero similar (Llolleo-Pitrén), la aparición de elementos diagnósticos pero aislados en la zona (clavas cefalomorfas, hachas en forma de pétalo y pipas) y la unidad idiomática, desde el Choapa hasta el golfo de Reloncaví.

Dentro de esta línea, Falabella y Stehberg (1989) plantean que algunas características locales, como las del valle del Cachapoal, acercan los grupos tempranos de Chile central con las poblaciones del Sur del Maule, pudiéndose considerar una permanencia temporal de las tradiciones culturales de este sector, ya que el complejo Aconcagua está débilmente representado y es probable que los grupos de este valle hayan mantenido sus sistemas de vida hasta el contacto hispano, al contrario de los que vivían del Maipo hasta el Norte.

Cachapoal

Cáceres et al. (1994a, 1994b) entre otros, han demostrado la nula presencia del complejo Aconcagua en el Cachapoal, al no constatar pastas anaranjadas asociadas al moti-

vo «*trinacrio*» o cementerios de túmulos, cuestionando la definición para el área de una proyección tardía del complejo cultural Aconcagua (Durán y Planella, 1989). Como ya se ha dicho se observa la supervivencia de contextos cerámicos Llolleo asociados a fechas tardías a partir de la localización de material cerámico característico de los períodos temprano y tardío.

A partir de las manifestaciones de arte rupestre se ha documentado el llamado estilo «*Guaiquivilo*» al Sur de la cuenca del Cachapoal, combinado con el estilo Aconcagua (Durán y Planella 1989, Troncoso, 2002b). Aunque no se ha comprobado la relación directa entre el estilo rupestre Aconcagua y la cultura del mismo nombre, es significativa su correspondencia espacial y la similitud decorativa con la alfareria. De igual modo, se ha establecido una similitud entre el diseño del estilo rupestre «*Guaiquivilo*» y una cerámica adscrita a fases finales Aconcagua (Massone, 1978).

En relación con la alfarería se ha documentado una denominada «*Centro-Sur*» (Durán y Planella, 1989, Latcham, 1928). A partir del río Cachapoal aparece cierta alfarería pintada que presenta estilos geométricos, que reflejarían una disolución del estilo Aconcagua hacia el Sur poco definida, ya que las evidencias de ocupación son muy escasas. Esto podría estar relacionado con estructuras sociales basadas en linajes patrilineales y patrilocales (Durán y Planella, 1989, Silva Galdamés, 1985, 1995)

Maule

Entre el Tinguiririca y el Itata, las evidencias arqueológicas y etnohistóricas son casi nulas y sólo en los últimos años de han desarrollado proyectos de investigación metódicos.

Los trabajos realizados en la zona (Gaete y Sánchez, 1995; Sánchez y Gaete 1994; Aldunate et al. 1991; Gallardo et al. 1992; Rees et al. 1993a, 1993b, Sanhueza et al. 1994), han podido establecer la presencia de contextos El Vergel en la zona de la costa, al Norte del Itata. En la desembocadura del río Rahue, cerca de la ciudad de Cauquenes se ha constatado un contexto cultural alfarero tardío datado entre 975 y 1390 d.C. que, por las formas, tratamientos de superficie y decoración de las cerámicas, se ha relacionado con el complejo El Vergel.

El problema es que los estudios de las ocupaciones humanas prehispánicas en la cuenca del río Maule siguen sindo muy reducidos y abarcan principalmente la zona costera e intermedia del valle (Aldunate et al,. 1991; Gallardo et al., 1992; Rees et al., 1993).

Sanhueza et al. (1994), han planteado que los grupos cerámicos presentes en la cuenca alta del Maule (cordillera y precordillera), se encuentran altamente representados en las zonas de valle y costa sin aparecer tipos exclusivos de esta área. Igualmente, parece que la ocupación generalizada de la cordillera se produce en momentos tardíos (1200 d.C.) y aumenta en época posthispánica, aunque la explotación de obsidiana en el valle se remonta a momentos muy anteriores.

Las pipas, tembetás y orejeras presentes durante el Período Temprano desde el Aconcagua al Cachapoal, no aparece en el área del Maule sino hasta después del 800 d.C. Su presencia se registra hasta el 1300 d.C., cuando nuevamente desaparecen tembetás y orejeras, perdurando las pipas hasta tiempos coloniales (Westfall, 1994). La relación entre las pipas de esta zona con el área Mapuche todavía no está clara, aunque es posible reconocer claras coincidencias de orden morfológico que las vinculan. Se plantea un desarrollo local donde se sobreponen ciertos elementos «externos», como son las pipas y, en menor medida, los tembetás y orejeras.

La ocupación incaica

La ocupación inca se iniciaba en la historiografía clásica (Rowe, 1946) en 1470 d.C. y finalizaba en 1530 d.C. con la llegada de los españoles (Stehberg, 1995). Pero parece que la presencia incaica se puede remontar aproximadamente al 1400 d.C., como demuestran algunas dataciones de contextos incaicos y las obtenidas en contextos funerarios y domésticos de la cultura Aconcagua, que termina cerca del 1400 d.C. (Sánchez Romero, 2001; Sánchez et al. 2000). Se ha propuesto que existe una correlación entre la aparición del Tawantinsuyu en Chile central y la desaparición de la cultura Aconcagua. La escasa cerámica característica de poblaciones Aconcagua localizada en asentamientos incas desaparece en 1400 d.C., que es cuando aparece el Tawantisuyu en Chile central.

Durante largo tiempo se ha considerado que la cuestión sobre la presencia inca en Chile central estaba aclarada por las descripciones de los cronistas, la uniformidad de sus manifestaciones y la corta duración de su ocupación (González, 2000). Pero un conjunto de dataciones absolutas anteceden en decenios a las dataciones históricas (Planella et al., 1993; Rodríguez et al., 1993; Stehberg, 1995), por lo que se ha demostrado la necesidad de integrar información arqueológica con datos documentales, ya sea desde perspectivas más etnohistóricas (Silva, 1978, 1983, 1985, 1986, 1993; León Solís, 1983, 1987, 1989, 1991; Téllez, 1990, 1991), o arqueológicas (Stehberg, 1976, 1977, 1993, 1995; Cabeza, 1986; Planella y Stehberg, 1997; Planella et al., 1993; Rodríguez et al., 1993).

Los incas dominaron la mitad Norte del país, pero en el centro no asentaron las estructuras de control características de su Imperio (Mellafe, 1986).

La presencia del Tawuantinsuyu está bien documentada al Norte del Choapa (Ampuero, 1989, 1994; Hidalgo, 1989; Troncoso, 2001) en contextos diaguita-incaicos, aunque entre este río y el Aconcagua no se ha observado una presencia incaica bien definida (Ávalos y Rodríguez, 1994). Tawuantinsuyu significa la tierra de las cuatro regiones, referida al territorio ocupado por el Imperio Inca. Comprendía el Antisuyu, Cuntisuyu, Chinchasuyu y el Collasuyu.

Las manifestaciones incas en Chile central se sitúan entre la cuenca del Aconcagua y el Cahapoal (figura 2.4).

Los documentos escritos por los cronistas españoles se refieren a la existencia de construcciones tipo fortaleza, pero sin establecer su pertenencia local o inca. Éstos generalizaron la denominación de los emplazamientos, su funcionalidad y su acepción cultural (González, 2000).

Aunque las fortalezas o *Pukaras* tuvieran un carácter militar, se realizaban actividades de habitación y productivas como se demuestra en Cerro de la Cruz (Rodríguez et al., 1993) y en el Pukara de Chena (Stehberg, 1976, 1977, 1995). Estas fortificaciones simbolizaban el poder, convirtiéndose en focos difusores de la incanización.

En el cerro la Compañía se ha documentado una ocupación preincaica en una fortaleza local (Planella et al., 1993). Parece que existieron fortalezas locales que fueron el eje de la resistencia a las invasiones foráneas, tanto de incas como españolas (León Solís, 1983, 1987, 1989).

Aunque algunos estudios han atribuido ciertas fortalezas al Sur del Maipo a la ocupación inca, parece que durante esta época se produce la ocupación estratégica de algunos cerros y la construcción de fuertes de origen indígena, como en el cerro de la Compañía (Planella et al., 1993) y las fortalezas construidas con anterioridad son ocupadas por la

población influenciada por la ocupación inca (Cáceres et al., 1994).

Conocemos pocos lugares de habitación (Cerro de la Cruz y el yacimiento La Aldea en Las Cruces, El Coligue en el cerro La Colina y El Castillo) y el estudio de las fortalezas o *Pukaras*, recintos fortificados que coronan cimas y aparementemente se adscriben al antiguo Imperio Inca, para conocer el modo de vida, tienen una importancia marginal. En definitiva, se tienen pocos datos para Chile central y los que existen se refieren a fortalezas, adoratorios de altura, sitios funerarios y fragmentos de la red vial.

También se documentan tramos del *Camino del Inca* que saliendo de Cuzco llegaba al Collasuyu. Este camino, contaba con una serie de *tambos*, posadas de forma rectangular con muros de piedra y accesos abiertos hacia un patio central, cuya función era prestar asistencia a los viajeros y caravanas que circulaban por distintos puntos del Imperio. Se han documentado diversos tramos del camino principalmente en la Cordillera Andina, al Norte del río Mapocho (Stehberg, 1995; Rivera y Hyslop, 1984), además de diversos *tambos* (Stehberg et al. 1985). Las crónicas españolas hablan de que dicho vial llegaba hasta la actual ciudad de Santiago.

La representatividad de los hallazgos no permite observar una ocupación coherente y extensa, sino más bien lo contrario: ocupación inconexa que dificulta una visión global en Chile central. Entonces, quizás se trate de una ocupación básicamente militar y fiscal (González, 2000).

Parece que existe una relación entre ocupación inca y estructuras socio-económicas locales relativamente desarrolladas (Silva, 1978). La ausencia de elementos culturales incaicos en las cuencas del Petorca y Limarí (Ávalos y Rodríguez, 1994), donde se localizan grupos seminómadas y poco urbanizados, junto con algunas evidencias que demuestran que los incas sólo transitaron por algunos espacios sin ocuparlos (Stehberg, 1993, 1995) avalan esta hipótesis.

El problema se centra en conocer el papel de la población inca y sus interrelaciones con las poblaciones locales. Esto hace necesario plantear el papel que tuvieron en la ocupación los *mitimanes diaguitas*. Los *mitimanes o Mitmaqunas* eran campesinos y gente común, que salían temporalmente de esta condición y eran movilizados fuera de su lugar de origen con diferentes objetivos: obtener recursos, tanto trabajando en las minas como en el campo, poblar regiones y formar parte del contingente militar. El término indios *mitimanes* fue utilizado por los españoles frecuentemente para referirse a los naturales trasladados de su lugar de origen a otro, y sólo en algunos casos muy concretos para referirse a grupos cuzqueños enviados por los incas. En el yacimiento habitacional cerro La Cruz se ha evidenciado la presencia de poblaciones diaguitas por la constatación de alfarería típicamente diaguita-incaica, asociada a actividades metalúrgicas. Aparentemente la mayor parte del trabajo de conquista estuvo en manos de miembros de poblaciones que habían sido también conquistadas, principalmente diaguitas. El despoblamiento de la región del Norte Chico a la llegada de los españoles podría ser una evidencia del uso de contingentes diaguitas como «*mitimanes*» por los incas, para la conquista de los territorios vecinos: Chile central y provincias de Mendoza y San Juan (Ampuero Brito 1994). Del mismo modo, parece que la región del Mapocho fue un activo centro de *mitimanes* y funcionarios estatales (Téllez 1990).

Se ha planteado el posible traslado de poblaciones foráneas al valle Aconcagua y Maipo-Mapocho (Stehberg, 1995 y Sánchez et al., 2000).

Probablemente las poblaciones locales no cambiaron drásticamente su modo de vida, ya que parece que en el Sur no se implementaron aldeas, viviendo dispersos entorno a campos cultivados (Rivera y Hyslop, 1984), y en el Norte continuaron viviendo en sus

núcleos habitacionales, que en la cultura Aconcagua no superaba la docena de casas.

Arqueológicamente parece que este proceso fue muy rápido, por lo que se puede pensar en un proceso forzado por el estado incaico al que se le debían pagar impuestos por parte de la población local. Aunque la nueva población no debió ser muy numerosa se encontraba en una posición preferente, lo que determinó la introducción de nuevas ideas. Parece que el impacto de la sociedad inca sobre la población local Aconcagua provocó la incorporación de elementos foráneos diaguitas e incaicos, documentándose nuevas estructuras en los patrones decorativos, en el momento de contacto con el Tawantinsuyu, que en áreas vecinas están asociados a la presencia inca.

Las dataciones permiten sostener que esta cultura perduró hasta el contacto inca (Planella. M. T. y R. Stehberg, 1997:76), pero Falabella et al. (2001) presenta una grupo de fechas de contextos habitacionales de la cultura Aconcagua, del área del río Maipú. posteriores al 1400 d. C.

Esto plantea diferentes niveles de dominio: ausencia absoluta de dominio, territorios integrados a la dinámica estatal e influencias y contactos esporádicos. Así, se refleja una ocupación desigual que dependía de la conquista militar, el grado de beligerancia de la población local y los pactos y alianzas (González, 2000). Entonces esta ocupación afectó de forma diferente a la asimilación al Imperio Incaico de los grupos locales, principalmente Aconcagua. Tampoco hay que olvidar los yacimientos mineros de San José de Maipo como motivo de la ocupación. Sean cuales fueran los motivos de la ocupación inca, parece claro que estaba vinculada a intereses muy delimitados.

Podría ser que los grupos Aconcagua, no fueran asimilados en su totalidad, correspondiéndoles a los núcleos poblacionales específicos participar de las normativas incas de acuerdo a los intereses y requerimientos del estado. Se trataría entonces de una ocupación incaica diferenciada (González, 1998; González, 2000).

El reconocimiento de un yacimiento habitacional como inca identifica ciertas expresiones culturales de un grupo y un periodo determinado, pero no una adscripción étnica o cultural uniforme y clara. Por tanto, se debe diferenciar entre sitios locales con influencia o contactos con el Tawantisuyu, sitios incas locales y sitios con acentuada presencia de *mitimanes* diaguitas (González, 2000). Aunque creemos que es una labor problemática poder definir la verdadera función habitacional de un sitio y mucho más qué personas lo poblaron.

De la misma manera, la presencia de formas y decoración de origen incaico se ha utilizado para demostrar una ocupación incaica en la región del Cachapoal (Cáceres et al., 1994) a partir de la constatación de algunos contextos localizados en el cerro la Compañía (Planella et al., 1993), cerro Tren-Tren (Stehberg y Rodríguez, 1989) y Rengo, donde se documenta la presencia de cerámicas de tipo indígena junto a otras, en menor medida, de adscripción cultural incaica. Nosotros pensamos que esto podría definir una influencia de tipo material y cultural, más que de una ocupación poblacional.

Silva Galdamés (1978, 1983, 1985a) sostiene que la dominación incaica tuvo su límite en el río Maipo y no en los márgenes del Maule, ya que al Sur de este río no existía una estructura socio-económica donde los incas pudieran controlar el territorio como demuestran las crónicas:

> «quince a veinte pueblos y que cada uno tenía diez casas de gente muy pobre»
>
> (Fernández de Oviedo 1557, en Téllez 1990)

Aunque las excavaciones realizadas en el Cerro de la Compañía, al Norte de Rancagua, en la cuenca del río Cachapoal, pueden justificar la hipótesis de la presencia inca hasta este río, nos parece que las dataciones absolutas obtenidas como los materiales documentados hacen pensar en una fortaleza de origen local (Planella et al., 1993).

La delimitación geográfica entre los ríos Maipo y Cachapoal, marcada por la Angostura del Paine, también nos induce a pensar en que este pequeño paso sería una frontera natural para el Imperio del Tawantinsuyu.

Garcilaso de la Vega (Téllez, 1990) ubica la frontera en el Maule después de la gran derrota que sufrieron las fuerzas del Imperio Inca. Pero parece que nunca se estableció una frontera estable pasada la Angostura del Paine. Existía una franja de seguridad entre el Mapocho y el Maipo, que era la frontera austral del Coyasuyu, aunque a la llegada de Pedro de Valdivia al Mapocho la infraestructura incaica se encontraba abandonada.

En 1541 todas las fortalezas de la cuenca del Cachapoal se encontraban en poder de los indígenas y las fuentes españolas no mencionan ningún puesto en poder incaico (Téllez, 1990). Parece que algunas fortalezas al Sur de la Angostura del Paine se encontraban en poder de poblaciones autóctonas contrariamente a lo se pensaba (Stehberg, 1976).

Recapitulación

En definitiva, pensamos que los criterios de ausencia o presencia de influencias en la cerámica son un método peligroso en un área que se caracteriza por su marcado conservadurismo en los estilos cerámicos (Adulante. 1989). Entonces, tendríamos que relativizar las consideraciones obtenidas para determinadas hipótesis, como la relación Llolleo-Pitrén, la continuidad Pitrén- Vergel- Mapuche o la distribución del complejo Aconcagua y su probable evolución desde contextos Llolleo, si no lo complementamos con otras evidencias materiales.

La presencia o ausencia de materiales arqueológicos no tiene por qué significar un cambio cultural, ni tan siquiera tienen por qué obedecer a procesos de aculturación, tal vez se trate, simplemente, de adaptaciones económico-sociales motivadas por una nueva realidad.

Los complejos culturales arqueológicos no tienen por qué corresponder a grupos socio-culturales, poblacionales o étnicos. Las culturas arqueológicas son simplemente eso y su uso es sólo valido para compararlas. Entendemos por complejo cultural a un grupo de cultura material arqueológica, con unas características propias que por oposición las hacen diferentes de otros. El término cultura es muy complejo y no deseamos entrar en la problemática sobre su definición, ya que puede implicar aspectos sociales, étnicos, tradicionales, históricos e incluso lingüísticos. El problema viene cuando queremos relacionar complejos culturales arqueológicos, con documentos históricos y datos de tipo etnográfico para definir una cultura, y para ello existe una falta de investigaciones considerable.

Se demuestra que la cerámica no es un buen indicador de adscripción cultural de tipo étnico, pero sí lo es para evidenciar perduraciones y contactos entre diferentes contextos culturales.

La falta de datos arqueológicos en algunas zonas culturalmente periféricas no está determinada por la destrucción de yacimientos arqueológicos, o por un posible despoblamiento en épocas prehispánicas, ya que a medida que se realizan prospecciones e investigaciones sistemáticas en las zonas menos conocidas se documenta una gran cantidad de yacimientos.

En zonas donde las investigaciones arqueológicas eran prácticamente desconocidas,

sobre todo para el periodo Alfarero, y que en la actualidad han desarrollado proyectos arqueológicos sistemáticos, se documenta un aumento de los sitios arqueológicos conocidos como Petorca-Quilimari, Valle de Putaendo, Maule y Sur del Maule.

Al mismo tiempo, se ha demostrado que la práctica de definir áreas poco conocidas por la extensión de complejos culturales identificados para zonas vecinas puede resultar engañosa. En el interfluvio Petorca-Quilimarí se han documentado yacimientos adscritos a los complejos Molle y Diaguita (Ávalos y Rodríguez. 1994). En el valle de Putaendo, se ha observado una especificidad regional más relacionada con el Norte Chico que con la cultura Aconcagua de las cuencas Aconcagua y Maipo (Sánchez Romero. 2000a, 2000b; Pavlovic, 2001, 1999). En el Cahapoal, numerosos hallazgos regionales muestran asentamientos cerámicos durante los períodos temprano y tardío, que estarían manifestando una particularidad local (Cáceres et al., 1994).

Ante la imposibilidad de adscribirlos culturalmente a alguna población ya definida para Chile central, se ha optado por desarrollos locales, que llenarían un vacío para las diferentes zonas de estudio, aunque sea de forma hipotética.

La gran cantidad de desarrollos regionales evidenciaría fuertes contactos interculturales entre poblaciones del Norte Chico y el Sur para el Chile central. Quizás la variabilidad en la cerámica y otros elementos materiales no evidencie cambio poblacional, ni un cambio socio-cultural agudo, sino más bien simples contactos culturales en una zona con una dinámica intercultural muy flexible.

Conocemos, a través de diversos documentos del siglo XVI y XVII, evidencias de movilidad y mezcla de los indios en momentos prehispánicos para el valle del Maipú. Por ejemplo en las mensuras de Ginés de Lillo se citan 3 casos en la cuenca del Maipo: a) Los indios de Melipilla tienen pescadores en la Quebrada de Balbín, junto a la laguna de Alonso de Córdoba b) Los indios de Pico tienen pescadores en Paico y sacan oro en Temumu c) Los indios de Huechún (Melipilla) tienen parientes o pescadores en Duca Duca (Falabella et al., 1994).

Respecto al período incaico la duda estará en conocer si la dispersión territorial siempre estuvo limitada a la cuenca Maipo-Mapocho, como parece en la última época, o quizás en momentos anteriores se expandió hasta el Maule, hecho muy matizado por historiadores y arqueólogos.

III.2.2. Periodo histórico al norte del Bío-Bío: colonia y república

En el área Sur-Andina se localizan poblaciones indígenas de adscripción étnica mapuche que permanecieron fuera del control europeo hasta las últimas décadas del siglo XIX. La colonización española se asentó en el Valle Central chileno durante más de trescientos años. Desarrollándose así dos tipos de indios, unos al Norte del río Bío-Bío que sufren un largo proceso de mestizaje étnico y cultural, y los otros, emplazados al Sur, han intentado mantener su independencia hasta la actualidad.

La ocupación española estableció como frontera el Bío-Bío durante siglos, al Sur del cual se desarrolló la cultura mapuche. La situación de los indígenas durante la colonial española fue diferente según su situación respecto a la frontera establecida en el Bío-Bío (Bendava, 1993; Parentini, 1996; Jara, 1984; Silva Galdamés, 1995; Villalobos, 1992). Al Sur, los indígenas mantuvieron una cierta independencia respecto a los españoles (Adulante, 1984; Bengoa, 1991; Dillehay, 1990; Galdamés y Guerra, 1990; León Solís, 1990; Ruíz-Esquide, 1993; Silva Galdamés, 1990; Villalobos, 1995). La peculiaridad de la zona Norte radica en que muchos grupos de indígenas fueron otorgados en encomienda y,

progresivamente, sufrieron un proceso de aculturación y mestizaje, aunque mantuvieron una cierta independencia cultural mediante la creación de diversas instituciones (León Solís, 1991; Bengoa, 1990; Borde y Góngora, 1956; Góngora, 1959, 1966, 1979, 1978; Leiva 1984; Mellafe, 1986; Salazar, 1985; Téllez, 1990 y 1991; Valenzuela Márquez, 1991; Villalobos, 1976). Los estudios que interrelacionan la etnohistoria y arqueología también han dado buenos resultados sobre esta problemática (Contreras, 1995, 1998, 1999, 2000; Manríquez y Planella, 1994; Manríquez y Sánchez, 2003; Pinto, 1976; Planella, 1988).

El estudio de los grupos originarios de Chile central comenzó a comparecer en la bibliografía de forma tardía, demostrando que los indígenas no desaparecieron, como planteaba la historiografía clásica durante los primeros años de la conquista, sino que sobrevivieron hasta entrado el siglo XIX (Silva, 1978, 1983; Villalobos, 1976). Una parte de ellos mantuvo algunas tradiciones prehispánicas, al estar ubicados en áreas marginales, aunque dentro del sistema colonial.

En los últimos años se han desarrollado investigaciones que se aproximan a problemáticas zonales (Cerdá, 1980; Contreras, 1995, 1998, 1990, 2000; Planella, 1980; Manríquez y Planella, 1994, 2003), analizando la realidad indígena antes de la llegada de los españoles, su persistencia durante el siglo XVI y durante el período colonial. Un estudio emblemático es el realizado por Borde y Góngora (1956) en el valle del Puangue.

La etnicidad y territorialidad de las poblaciones indígenas durante la conquista hispana se ha desarrollado en los últimos tiempos principalmente de la mano de Osvaldo Silva Galdamés (1985, 1986, 1990, 1995) y Villalobos (1976, 1992), pero también de León Solís (1987, 1989, 1991), Téllez (1989, 1991) y Mellafe (1986), a partir de fuentes documentales y Planella (1988), Manríquez y Planella (1994, 2003), Pinto (1976), Cerdá (1980), Contreras (1995, 1998, 1990, 2000), Hidalgo (1989), combinando arqueología e historia indígena.

Se cuenta con información sobre versiones de la conquista incaica e Hispana, información biogeográfica (Torrejón y Cisterna, 2003), rutas y distancias, toponimia o pautas de organización social y económica.

Cada vez se hace más necesaria la articulación de trabajos que vinculen la arqueología y la etnohistoria para las épocas de contacto hispano-indígena y para períodos posteriores. La arqueología, mantiene un análisis vertical y horizontal por estratos de los contextos materiales que se dan en determinados momentos y lugares y la etnohistoria un análisis diacrónico, pero que se fundamenta en detalles sincrónicos (Manríquez y Planella, 1994). Para épocas históricas, la arqueología puede plantear problemas en la interpretación si no se tienen en cuenta antecedentes documentales del sitio o la región.

Se ha priorizado la información que permita la acotación geográfica y cultural de la región de estudio, como territorio originario indígena, por medio de la documentación de asentamientos y pueblos de indios, recursos traslados de población encomendada.

Otras líneas de investigación que pueden ser útiles para recomponer la situación étnica y la distribución territorial de los indígenas en época colonial y republicana en la zona central son los estudios fronterizos, destacando Sergio Villalobos (1976, 1992, 1995), Jara (1984), Leiva (1984), León Solís (1990), Silva (1990, 1995), Bengoa (1991), Ruíz-Esquide (1993), Parentini (1996).

La historia agraria también nos acerca a la situación de los indígenas por medio de los estudios sobre la propiedad rural: Borde y Góngora (1956), Planella (1988), Silva Vargas (1962); la institución de la encomienda: Gongóra (1959, 1970), Contreras (1998, 1999, 2000); la situación social del campesinado: Góngora (1966, 1978), Bengoa (1990), Mellafe (1986), Salazar (1985), Valenzuela (1991) o directamente la historia indígena:

Contreras (1995), Manríquez y Planella (1994) y Manríquez y Sánchez (2003).

No pretendemos aquí, realizar un compendio sobre la historia colonial y republicana de Chile, sino más bien establecer un contexto en el que ubicar geográfica y cronológicamente las poblaciones indígenas dentro o fuera del dominio colonial español y cómo esto afectó a la supervivencia de sus raíces.

Primeros años de la conquista española

En 1536 llega al Valle de Aconcagua Diego de Almagro, lugar donde levanta un campamento y reconoce el territorio hasta el río Maule. El valle de Aconcagua era denominado Chile por los incas (fig. 3:1).

Es en diciembre de 1540, cuando llega al Valle del Mapocho Pedro de Valdivia y hasta 1541 que funda Santiago, llamada del Nuevo Extremo, no se inicia en la explotación minera, se distribuyen las encomiendas a 32 encomenderos y se desarrolla un proceso urbanizador hacia el Sur. Pedro de Valdivia se establece en el valle del río Mapocho, al establecer una alianza con el inca Quilacanta que estaba enfrentado a los habitantes de la cuenca del Aconcagua, de donde había huido estableciéndose en el valle del Mapocho.

La exploración hasta la cuenca del río Bío-Bío se desarrolló a lo largo del año 1546, donde el avance español fue detenido por los mapuches (fig. 3:1).

Los españoles se instalaron en lugares donde existían asentamientos preexistentes sometiendo a las poblaciones locales. En todo caso, la ocupación de los valles de Aconcagua y Maipo fue relativamente rápida y fácil, respecto al resto de territorio situado más al Sur, al existir una cultura urbana y centralizada influenciada por los territorios del Norte Chico (Sánchez Romero, 2000).

La población blanca se instalaba en los grandes centros de poder donde había más población indígena. En la cuenca de Santiago y sus alrededores se repartía la población indígena en encomiendas, que quedaban a cargo y uso de los conquistadores (Manriquez y Planella, 1994; Planella, 1988; Mellafe, 1986; Góngora, 1956). El problema es que, en la zona centro-Sur no había ningún tipo de control social ni económico, al no haber jerarquías, ya que la población se estructuraba de forma patrilineal agrupada por clanes familiares (Silva, 1995), lo que dificultó en gran medida la conquista.

En los primeros años (1541-1544) se ocupan los valles cercanos a Santiago: Maipo, Mapocho, Aconcagua, Quilota, Lampa, Melipilla, Paine y Cachapoal (Contreras, 1998, 1999, 2000; León Solís, 1991). También se localizan las minas de oro de Marga-Marga en la desembocadura del río Aconcagua. Por ello, se produce una huída masiva de los indígenas a los territorios libres del Sur, consolidándose una resistencia antipeninsular en el Sur y un mantenimiento del orden colonial en el Norte (León Solís, 1991; Ruíz-Esquide, 1993). Con la llegada de refuerzos procedentes del Perú, en 1544, se derrota definitivamente a los indígenas de Chile central.

Posteriormente, establecerán un proceso urbanizador hacia el Sur, que se verá limitado por la rebelión mapuche de 1598. Esta guerra hispano-mapuche y el agotamiento de las vetas de Chile central provoco:

1) Una reorientación económica de la minería a la actividad agropecuaria. El indígena es enviado a las estancias y trabaja como campesino, o se le envía a minas más lejanas, como las de Espíritu Santo en el Choapa.

2) Muchos españoles al perder sus tierras del Sur, obtienen mercedes de tierras en Chile central, en zonas donde casi no había presencia española.

3) Se envía a indígenas a trabajar a empresas estatales para sustentar el ejército de la

frontera.

Respecto al conflicto con el pueblo mapuche se distingue un primer momento de intenso conflicto bélico denominado «*Guerra de Arauco*» (1550-1656), que establece una frontera entre hispanos y mapuches en el Bío-Bío, al expulsar y destruir todas las ciudades al Sur de este río en 1598 (Ruíz-Esquide, 1993, Silva Galdamés, 1990b, Villalobos, 1995). Una etapa posterior denominada «*de relaciones fronterizas*», en la que los enfrentamientos se convierten en esporádicos y en la que se produce un fuerte proceso transcultural (Silva Galdamés 1990a, Villalobos 1992, León Solís 1990, Góngora 1966). Finalmente, tras la independencia de Chile (1818), se propone un plan de pacificación que se desarrolla entre 1867 y 1869, bajo el nombre de «*Pacificación de la Araucaria*». La ocupación definitiva se concretó en 1878 (Leiva, 1984, Benadava, 1993, Bengoa 1991, Valenzuela. 1991).

Chile colonial y republicano

En el territorio colonia, situado al Norte del Bío-Bío, se produce un proceso de ruralización y regularización de la mano de obra indígena, primero por medio del sistema de encomienda y posteriormente por medio del inquilinaje (Bengoa, 1990, Góngora, 1959, 1970, 1978, Salazar, 1985).

La importancia de la encomienda es básica para abordar el papel de los indígenas dentro del Chile colonial. Como institución, fue el marco en el cual se reguló la mano de obra indígena y fue clave como sistema social y económico. Durante la colonia, se pasa del sistema de encomienda al inquilinaje en grandes hacienda, y finalmente se institucionaliza el gran latifundio.

En un comienzo el sistema de encomienda fue utilizado en la minería, pero el agotamiento de las vetas de oro, y por tanto, la decadencia de esta actividad, llevó a la ruralización del servicio personal indígena. Al mismo tiempo, una acusada mortandad de la población indígena, debido principalmente a las epidemias, redujo considerablemente el número de los indios encomendados (Mellafe 1986, Contreras 1998, 1999, 2000).

La encomienda, institución creada por la corona española bajo el derecho indiano, tenía como objetivo fundamental premiar el servicio de los conquistadores en las nuevas colonias. Se trataba de someter a grupos de indígenas a la protección y evangelización de un encomendero y, a cambio, los encomendados tenían la obligación de tributar para su encomendero.

En Chile la encomienda tuvo un marcado carácter servil ya que, una vez agotados los recursos mineros, la riqueza se empezó a valorar en función de la posesión de tierras y mano de obra. Entre 1600 y 1650, se promulgaron una serie de medidas que tendieron a fortalecer la servidumbre indígena en el campo, y a potenciar el papel de la estancia y la hacienda. La abolición oficial de la encomienda no se produjo hasta el año 1791 (Góngora, 1956, 1970; Mellafe, 1986). Se llegaron a convertir en núcleos suburbanos autosuficientes, donde podían vivir la peonada y los patrones con todos los servicios necesarios. El origen de las haciendas fueron las encomiendas de indios, aunque a lo largo del siglo XVII se convirtieron en mayorazgos sometidos al control tributario.

A final del siglo XVII la actividad económica comenzó a mostrar señales de decadencia, con el progresivo agotamiento de los lavaderos de oro y la encarnizada resistencia indígena, que desviaba gran parte de los recursos para sostener el esfuerzo militar de la conquista. El desenlace final vino con el levantamiento general mapuche de 1598, que puso fin al dominio hispano al Sur del Bío-Bío y provocó una aguda crisis económica al sustraer gran parte de la población indígena del sistema de encomienda.

Tras la debacle del modelo de asentamiento disperso se consolidó la figura de las

estancias ganaderas en el centro del país, éstas tendieron a absorber la mano de obra indígena y a concentrarla en su interior, lo que derivó en el progresivo abandono de los pueblos de indios y a la usurpación de sus tierras a manos de mestizos y españoles pobres, así como de las mismas estancias. Sin embargo, en algunas regiones los pueblos de indios lograron resistir durante más tiempo y, posteriormente, dieron lugar a pequeños núcleos urbanos esparcidos por el territorio (Contreras, 1995).

La reorientación de la economía colonial tras la pérdida de todo el territorio Sur, produjo un creciente interés por asegurar la posesión de grandes territorios, reconociendo el dominio de los españoles sobre la tierra a través de la concesión de *Mercedes de Tierras*, que en muchos casos significó la expropiación de los terrenos de los pueblos de indios.

El descenso de la población indígena y el predominio demográfico de mestizos libres, hizo que las haciendas buscaran formas de integrar a estos últimos en el sistema laboral a través del sistema de inquilinaje. La precaria estructura laboral del siglo XVII dio paso en el siglo siguiente a un nuevo sistema de relaciones sociales y laborales, centrado en grandes haciendas que absorbían la mayor parte de los recursos y la mano de obra. La extensión del sistema de inquilinaje permitió bajar los costes monetarios, pagando a sus trabajadores estables, no en dinero, sino en regalías. El inquilinaje permitió continuar con el sistema social tradicional en las haciendas (Góngora, 1978).

La conformación de la gran propiedad territorial en el centro del país durante el siglo XVII, dio lugar a estancias ganaderas de gran extensión, que representaban verdaderos centros de poder económico y político. En ese sentido, las estancias absorvieron de múltiples maneras la mano de obra. Las haciendas tendieron a la autosuficiencia, convirtiéndose en unidades productivas con alto grado de autonomía, a la vez que expulsaron el sobrante de población.

Pese a su origen colonial, la hacienda alcanzó su máximo esplendor a mediados del siglo XIX. La expansión cerealera tuvo un impacto decisivo en la creación de una infraestructura productiva, como canales de regadío y caminos, así como en la división de los grandes latifundios en haciendas más pequeñas y manejables, provocando el aumento de la población flotante en los medios rurales. La tierra se volvió un medio altamente rentable, lo que incentivó la inversión en bienes de capital y la expulsión de buena parte de la población que vivía en las haciendas bajo el sistema de inquilinaje. Miles de hombres fueron forzados a emigrar en busca de trabajo en obras públicas, servicios urbanos, minas o en la temporada de cosecha, período en el cual las haciendas cerealeras contrataron a un gran número de peones temporales (Góngora, 1978; Salazar, 1985; Bengoa, 1990). La situación de la agricultura a principios del siglo XX presenta una tendencia global a reforzar los lazos de inquilinaje, frente a la progresiva migración a la ciudad. De este modo, la hacienda y muchas zonas rurales escaparon nuevamente del proceso de modernización que vivía el país, quedando como un enclave de la sociedad tradicional (Salazar, 1985; Bengoa, 1990).

La situación indígena al Norte del Bío-Bío durante la colonia

Para poder utilizar la mano de obra indígena, los españoles elaboran el sistema de encomienda, que en Chile adquiere la modalidad de servicio personal (Mellafe, 1986). Ante la negación y huida de la población indígena utilizada para trabajar en las minas se utiliza a yanaconas procedentes del Perú, se nombran nuevos *Lonkos* mas afines a los intereses españoles, intentando clarificar los límites de sus propiedades, y se intenta desmembrar los cacicazgos indígenas hasta el río Maule. Este sistema, se orienta primero a la explotación minera y con el agotamiento aurífero a la ganadería y agricultura (Contreras,

1998, 1990, 2000).

Muchos indígenas se integran en el sistema de trabajo impuesto por los españoles y se produce una disminución demográfica debido a la guerra y el agotador trabajo en los lavaderos de oro.

El esquema de crecimiento económico español se basaba en la explotación minera y en menor medida, en la producción agraria. En Chile la falta de vetas mineras y de mano de obra condicionaron una estructura colonial diferente (Góngora, 1960; Mellafe, 1986; Manriquez y Planella, 1994; Planella, 1988).

Primero se intentará una explotación minera, pero el rápido agotamiento de los recursos obligará a diversificarse hacia la ganadería y, finalmente, se combinará agricultura y ganadería. La base de la riqueza evolucionará de la minería a la posesión de tierras y mano de obra.

Los traslados de población indígena se producen a finales del siglo XVI y principios del XVII, por lo que afectan principalmente a la población situada al Norte del río Maule, que era el territorio ocupado por los españoles. Al ser encomendados a un señor hispano son llevados a donde el encomendero les requería, ya fuera a minas o a tierras más fértiles, y, por tanto, comienzan a ser traslados de forma individualizada, por grupos o por unidades domésticas. Las encomiendas obligaron a juntar parcialidades y jefes que, hasta la entrega a un encomendero, no habían tenido contacto entre sí. Se producían traslados de los indígenas encomendados a un mismo español (Manriquez y Planella, 1994; Contreras, 1998, 1999, 2000).

Muchos grupos indígenas fueron reasentados entre los ríos Aconcagua y Maule, aunque los que más sufrieron estos reasentamientos fueron los indígenas de la cuenca del Mapocho. En el siglo XVII la mayoría de los indígenas vivía en las tierras de su encomendero.

Los indios que quedaron en sus antiguos asentamientos intentaron mantener su economía de tipo comunitario, basada en la cría de ganado y el cultivo de la tierra (Contreras, 1999).

Se ha documentado la supervivencia de parte de la comunidad Aconcagua hasta el siglo XVIII. La situación en época prehispánica podría demostrar, al menos para el valle de Aconcagua, una alta diversidad cultural y la presencia de distintos grupos indígenas como los contingentes incaicos, mitimanes diaguitas (que también fueron reasentados), agricultores sedentarios mapuches y grupos trashumantes (Contreras, 1998, 1999).

En la encomienda del valle de Quillota se distinguen dos grupos hasta el siglo XVI: Los originarios de Quillota y los originarios del Mapocho, que se dividían en cacicazgos y en distintas parcialidades y que según los españoles correspondían a los distintos linajes prehispánicos (Contreras, 1998).

En las estancias servían además de indios autóctonos, Yanaconas, mestizos y negros. Además de los indios de encomienda existían indios libres, esclavos capturados en la guerra, indios en depósito y esclavos emancipados que vivían en régimen de semiesclavitud (Silva Vargas, 1962).

Se documentan dos movimientos de población:

1) Siglo XVI: Los indígenas son reasentados y se ubican junto a sus encomenderos, lo que provoca un movimiento hacia el Norte, zona donde se han asentado los colonos españoles y donde están las minas de oro.

2) Siglo XVII: Los indígenas son utilizados en las *Mercedes de Tierras* como campesinos y para sustento del ejército de la frontera con el Bío-Bío, por lo que se genera un

movimiento indígena hacia el Sur.

En los valles del centro de Chile desaparece casi por completo la población autóctona. La poca que queda se establece en pueblos de indios (Mellafe, 1986). Sabemos que en los años 1662 y 1710, el 60% de los trabajadores agrícolas del centro de chile no habían nacido en el lugar donde vivían, ni eran tampoco antiguos indios de encomienda. Al establecerse una frontera militar en el río Bío Bío, la población debe concentrase en un espacio mucho más limitado, lo que provocará una fuerte presión sobre la tierra y en consecuencia sobre los indígenas. Se configura así el núcleo central del país, que basará su economía exclusivamente en la agricultura y la ganadería (Mellafe, 1986).

Los indios o familias completas eran sacados por los hacendados de la frontera de guerra, comprados a otros terratenientes, o salían de sus propias encomiendas o pueblos cercanos. La mayoría se quedaron en las haciendas por generaciones (Mellafe, 1986).

En los siglos XVI y XVII, los indios son la mano de obra de los propietarios de estancias y podrían ser el antecedente de los inquilinos**.** Este tipo de indios no estaba adherido a pueblos (Góngora 1960). En 1614 de 2345 indios adscritos a pueblo, sólo 696 residía en ellos. El resto estaban adquiridos o servían en las haciendas (Góngora, 1960).

Cada grupo se asentaba en el llamado «*pueblo de indios*», que se localizaba cerca de sus campos de cultivo o tierras de pastoreo, aunque distintas parcialidades se veían obligadas a realizar tareas conjuntas con motivo del servicio personal que debían cumplir para su encomendero. Esto motivó la creación de lazos de parentesco entre diferentes parcialidades por vía matrimonial, aunque parece que ya existían en momentos prehispánicos. La reducción en Pueblos de Indios es una institución hispana que intenta controlar la mano de obra entregada en encomienda, ya que la riqueza se valoraba por capacidad de fuerza de trabajo.

Estos pueblos repiten siempre el mismo patrón: plaza, capilla con casa para el cura doctrinero, un terreno para la casa del cacique, una distribución de las casas en forma de damero, tierras con acceso a agua para cultivo y tierras de la comunidad (montes, pastos...).

En el siglo XVIII muchos «*Pueblos de Indios*» se encuentran semiabandonados por falta de agua, de terrenos para sembrar, por haber sido trasladados a terrenos infértiles, convertidos en vagabundos o dedicados a trabajar como peones en las haciendas cercanas.

La dominación hispana conservó algunas estructuras precolombinas, como el asiento de tierras ya ocupadas por indios o el mantenimiento de la figura del *Lonko* o cacique. Igualmente las comunidades indígenas supieron mantener una estructura política interna, que les permitió sobrevivir durante un largo periodo de tiempo (Contreras, 1998).

Muchas veces, estos núcleos están relacionados con asentamientos anteriores, emparentados entre sí, ya que se establecen en lugares donde a la sazón se encuentra la población indígena, constituyendo familias extensas o linajes bajo la autoridad de un cacique.

Es posible suponer que la entrega de encomiendas y mercedes y la estructuración de pueblos se realizaró a partir de la existencia de unidades sociales, constituidas por familias extensas a cargo de uno o más caciques y que ocupaban un determinado territorio (Manríquez y Planella, 1994).

Todo ello llevó a que las comunidades quedaran despobladas, posibilitando que muchos españoles pidieran las tierras semivacías en merced. En el siglo XVII se intensifica la penetración por parte de los españoles en tierras indígenas y desocupadas, aunque las primeras mercedes de tierras se conceden a finales del siglo XVI. El indígena o la comunidad sólo podían acreditar propiedad de terrenos que mostraban huellas de explotación económica, principalmente cultivos. Lo que era utilizado por los españoles para enajenar tierras reservadas a recolección o pastoreo, o incluso la totalidad de las tierras de una comunidad que tenía una base subsistencial nómada. Además, la venta de tierras por parte de las

comunidades indígenas era una manera de asegurarse el sustento.

Con la llegada de los españoles se inician una serie de cambios en la ocupación del espacio, como el uso de terrenos no aptos para viviendas tales como las vegas, con el fin de favorecer el desarrollo de las estancias. Pero a medida que se otorgan mercedes de tierras, se hace necesaria la distribución del agua de riego y la utilización de molinos, lo que modifica definitivamente el uso del espacio tradicional.

III.2.3. El pueblo mapuche durante el período colonial y republicano

El pueblo mapuche, como etnia originaria de Chile, tiene un considerable peso social y demográfico en el territorio, además de una fuerte identidad cultural, lo que ha motivado estudios sobre su estructura social y su desarrollo histórico desde tiempos de la colonial (Paño Yáñez, 2005). Si bien los primeros estudios científicos se centraron en el estudio de la lengua mapundung (Lenz, 1897; Augusta, 1903). Seguidos de los realizados por Tomás Guevara (1908, 1911) y Ricardo Latcham (1922), asociando información documental y arqueológica, con observaciones etnográficas anteriores al confinamiento en reducciones. Se documenta entonces el paso de una sociedad ganadera a otra campesina

Cronología de la ocupación española y el avance durante la República:

1536	Almagro llega al Valle del Aconcagua y reconoce el territorio hasta el Sur del Maule
1540	Valdivia llega al Valle del Mapocho
1541	Valdivia funda Santiago, dándole el nombre del Santiago de Nuevo Extremo
1541-1544	Se ocupan los valles cercanos a Santiago (Maipo, Mapocho, Aconcagua, Quillota, Lampa, Melipilla, Paine y Cachapoal)
1544	Llegan refuerzos del Perú y se derrota a los indígenas de Chile central
1544-1550	Proceso de expansión hacia el Sur y cohexistencia con el pueblo mapuche
1545	Se explora hasta la cuenca del Maule
1546	Se explora hasta la cuenca del Bío-Bío
1550-1656	Guerra de Arauco. Conflicto continuado entre Españoles y mapuches que establecerá una frontera relativamente móvil durante más de trescientos años
1550	Se funda Concepción
1552	Se funda Valdivia, La Imperial y Villarica, además del fuerte de Tucapel
1553	Construcción de los fuertes de Arauco y Purén. Se fundan las ciudades de Los Confines de Angol y Santiago del Estero (Tucumán)
1557-1559	Exploración y toma de posesión de la costa hasta el Estrecho de Magallanes
1558	Se funda Cañete de la Frontera y Osorno. Exploración hasta el golfo de Reloncaví
1561	Se funda la ciudad de Mendoza (Cuyo)
1568	Conquista de la Isla de Chiloé y fundación de la ciudad de Castro. Al mismo tiempo se abandonan los fuertes de Arauco, Purén y Cañete
1598	Gran rebelión mapuche, que destruye las ciudades entre el Bío-Bío y el golfo de Reloncaví. Se establece este río como frontera móvil
1655-1656	Última gran rebelión en la que los mapuches destruyen todo el territorio al Sur del Maule
1656-1867	Período de relaciones fronterizas entre Españoles y mapuches y expansión de estos últimos a los territorios despoblados de la Pampa Argentina.
1818	Independencia de Chile
1867-1881	Pacificación de la Araucaria. Período en el cual el estado Chileno somete a todo el territorio mapuche a su control
1867	Se establece el avance sobre la línea del Malleco
1878	Se establece el avance sobre la línea del Traiguén
1881	Se establece el avance sobre la línea del Cautín
1881	Ocupación y anexión definitiva de las tierras mapuches por el estado Chileno, después de la última gran rebelión general
1882	Refundación de Villarica

confinada geográficamente.

La identidad cultural de este pueblo se identifica históricamente mediante formas de resistencia y de adaptación a la dinámica del contacto fronterizo con españoles y chilenos (Silva, 1990, 1995; Jara, 1984; Bengoa, 1991; Leiva, 1984; León Solís, 1990; Ruíz-Esquide, 1993; Villalobos, 1976, 1992, 1995). Las cartas de Pedro de Valdivia y las crónicas de González de Nájera y Góngora de Marmolejo, Bibar y Mariño de Lobera relatan la existencia de un pueblo muy numeroso que ocupaba el territorio al Sur del Cahapoal.

Sobre su dispersión existen diferentes posturas e hipótesis, aunque hay consenso en cuanto a su ubicación en los primeros momentos de la ocupación hispana entre el Maipo, cercano a Santiago de Chile y el Toltén, entre Temuco y Valdivia. Pero con el tiempo la frontera con este pueblo se fue definiendo al Sur del rio Bío Bío y los grupos indígenas mapuches se fueron extendiendo hacia el Sur, hasta Chiloé y la pampa argentina (fig. 3:2). Algunos autores (Hajduk, 1982, Nardi, 1982, Alduante, 1995) indican la presencia mapuche en el siglo XI d.C., aunque es en el siglo XVII cuando adquieren relevancia como grupo (Casamiquela, 1979).

La frontera móvil al Sur del Maule en los primeros años de conquista se explica por la estructura económica y social de grupos indígenas sin cohesión, excepto para la defensa común, con una agricultura de roza de muy baja productividad y que practicaban la pesca y la caza como complemento (Jara, 1984).

Los mapuches presentaron una dura resistencia a la ocupación española durante el siglo XVI. Posteriormente se produjo el levantamiento que expulsó a los españoles hasta el Norte del Bío-Bío. El sistema de guerra que se instauró provocó una confrontación que duró casi trescientos años, e instauró un sistema de relaciones fronterizas que ayudó a reafirmar la identidad étnica y creó mecanismos de contacto con la sociedad colonial, muchas veces favorables al indígena, aunque se produjeron importantes transformaciones sociales (Paño Yáñez, 2007).

Inician su emigración hacia Argentina en el siglo XVI, continuada hasta finales del siglo XVIII, ocupando paulatinamente la Patagonia y la Pampa hasta el estrecho de Magallanes (fig. 3:2).

Entre 1880 y 1890 se lleva a cabo la conquista del territorio patagónico por parte de los estados de Chile y Argentina. Se trata de las campañas del desierto en Argentina, comandadas por el general Roca y la pacificación de la Araucania (1882 y 1883) en Chile, propiciado por la introducción de población europea, principalmente alemana y la derrota mapuche en la sublevación de 1880 (Navarro, 1999; García Aldonate, 1994). Tras la conquista de estas tierras, los gobiernos chileno y argentino los redujo a reservas por grupos familiares, asignándoles tierras de cultivo, tras lo cual perdieron su tradicional movilidad. Se cerró el tránsito entre los dos paises, convirtiéndose en un pueblo campesino ubicado en tierras de mala calidad de la franja costera y la precordillera.

Con la formación de las naciones chilena y argentina, el pueblo mapuche quedó dividido en dos grandes comunidades. En la 9ª y 10ª regiones chilenas se localiza el grupo más numeroso, principalmente en las provincias de Malleco y Cautín. En la parte argentina, los mapuches residen en las regiones de Chubut, La Pampa, Neuquén, Río Negro y Buenos Aires, aunque son muchos menos y están más asimilados a la población mestiza. El crecimiento demográfico de las últimas décadas ha provocado una migración del campo a la ciudad y hoy la mitad de los mapuches viven en las ciudades.

En la actualidad los mapuches son unos 900.000, de los cuales 10.000 son argentinos. Muchos de ellos, al rechazar durante más de dos siglos las invasiones españolas en su territorio, aún conservan algunos rasgos característicos y actualmente se está desarrollando

una conciencia de recuperación de las tradiciones culturales. Debido a las características de la guerra, la agricultura seminómada pasó a segundo plano, induciéndose la ganadería que permitía una mayor movilidad. Esto también motivó la adopción del caballo.

En las reservas se dedican principalmente a la explotación agrícola de maíz, judías, calabazas, quínua y mote junto a la explotación de ganado. Reducidos a zonas de agricultura y pastoreo marginal con una sobre explotación de la tierra, se trata de una población densa que no llega a concentrarse en grandes núcleos, sino que se disemina en pequeñas aldeas formadas por un sólo linaje. Hoy están prácticamente asimilados a la cultura y medios capitalistas de Chile y Argentina.

La religión es, en la actualidad, cristiana, aunque conserva muchos elementos tradicionales, como la creencia en los espíritus de los antepasados y la figura del *chamán* y *la machi*.

Socialmente se organizan en pequeñas comunidades atendiendo al linaje, aunque existe una conciencia de grupo y en momentos de peligro se agrupan en torno al cargo, en parte electivo, en parte hereditario, del Toqui. Entre ellos funciona un sistema de reciprocidad, el prestigio dentro de la comunidad no se da por acumular riqueza, sino por repartir recursos. Las comunidades tienen muy pocas tierras y estas tierras son, en principio, propiedad de la comunidad. Al trabajar familiarmente, cada familia tiene su tierra. Esta tierra no se compra ni se vende se hereda. Hay una distinción sexual del trabajo, pero hay un reconocimiento social y niveles de prestigio que se pueden alcanzar desde los dos sexos. El hombre puede adquirir prestigio militar y político como *Toqui* o *Lonko* y la mujer prestigio religioso y médico como machi.

Perspectiva arqueológica durante el periodo colonial: la variante Valdivia

Desde una perspectiva arqueológica, la mayoría de la documentación proviene de contextos funerarios localizados al Sur del Bío-Bío, observándose, respecto al período anterior, cementerios de mayores dimensiones llegando a más de cien individuos (Gordon et al., 1972-73), una distribución en el territorio más extensa y mayor riqueza de las ofrendas. Comprenden varias modalidades de enterramiento: canoa, cista de piedra e inhumación directa.

En definitiva, se observa en los complejos funerarios mapuches una filación étnica con los anteriores (Aldunate, 1989), perduran modalidades funerarias y estilos cerámicos del complejo El Vergel. Las influencias europeas se demuestran por las formas, modelados, decoraciones y la variación en las ofrendas.

Un estudio comparativo entre los cementerios de la cultura Valdivia y Mapuche posthispánica podría evidenciar la concentración de la población, lo que se documentaría por el aumento de los enterramientos de forma considerable, tanto en necrópolis antiguas, como en la creación de otras nuevas. Esto se relacionaría con el proceso de concentración indígena iniciada por los españoles mediante el sistema de encomiendas, y podría ser la causa de la especialización alfarera de algunas aldeas.

Se documenta la persistencia de las mismas formas cerámicas y la aparición de nuevos motivos decorativos como el estilo Valdivia (fig.4:4-5) o las incrustaciones de loza (figura 5:4). También aparecen nuevos modelos de tradición europea (figura 5:5-6) y grandes contenedores (figura 5:3). Otros elementos introducidos pueden ser: torteras de madera, piedra y cerámica, pendientes, agujas, medallas y otros adornos de plata y cobre, collares de cuentas de vidrio, herramientas de hierro, estribos, espuelas, restos de caballo y

otros elementos de uso ecuestre.

En madera, destacan las máscaras rituales (*kollón*; fig. 6:3), los tótems tallados simbolizando una figura antropomorfa (*rehue*; fig. 6:1) o instrumentos de percusión como el *kultrun* (fig. 6:2). El significativo trabajo de la plata se vislumbra a través de adornos (*chacaguay*; fig. 6:4) y alfileres (*tupu*; fig. 6:5)

En la actualidad, hay un cierto consenso al considerar la variante *Valdivia* como una evolución del complejo cultural El Vergel. El estilo cerámico «*Valdivia*» se basa en la definición de un nuevo estilo cerámico, consistente en la presencia de jarros simétricos y asimétricos decorados en tres campos horizontales, con elementos rectilíneos rojos y negros sobre blanco (figura 4:4-5). Latcham (1928), planteó una posible filiación incaica de esta cerámica debido a su decoración. Aldunate (1989), estima forzado suponer estas influencias y propone considerarlas vinculadas a la zona de Chile central, ya que algunas decoraciones son características de las etapas preincaica e incaica en las cuencas del Aconcagua, Maipo y Mapocho. La decoración de esta cerámica continúa produciéndose hasta el periodo republicano (Bahamontes, 2007), aunque las formas de las cerámicas cambian (Aldunate, 1989). Dillehay (1990), propone una distribución más meridional y tardía. Quiroz (2001) también plantea un desarrollo tardío para este estilo, estableciéndolo como característico de los períodos colonial y republicano temprano (siglos XVII-XIX) y un área de dispersión mucho más meridional gracias a los trabajos en Isla Mocha (Quiroz y Sánchez, 1997) donde se ha documentado una presencia continua de las poblaciones alfareras hasta después de la llegada de los europeos (Quiroz y Olivares, 1997).

Límites territoriales y adscripción cultural de los grupos indígenas del Chile central

Apuntamos dos planteamientos para establecer la identificación cultural mapuche:
1) La diversidad de disciplinas que intentan aproximarse al conocimiento de la sociedad mapuche abordan la identificación cultural desde diferentes enfoques que responden a la problemática de cada disciplina. Así, el criterio araucano estará más presente en los estudios de frontera, el mapuche en los estudios de corte antropológico y el complejo cultural o estilo *Valdivia* en los trabajos arqueológicos.
2) Existe una discordancia entre las fuentes documentales y la arqueología, a la hora de establecer la variabilidad u homogeneidad cultural al Sur del Cachapoal.

¿Araucanos o Mapuches?

Tradicionalmente la historiografía ha utilizado la acepción «*araucano*», mientras que la antropología ha usado la terminología «mapuche». De todas formas, en las primeras monografías antropológicas (Cooper, 1947, Titiev, 1951, Faron, 1969, Canals Frau, 1959) se usa indistintamente araucano y mapuche.

El apelativo araucano fue utilizado por primera vez en *La Araucana*, escrita por Alonso de Ercilla (1589, 1979) para describir a los indios del golfo de Arauco, y la antropología moderna usó el término para todos los indios que hablaban el araucano o idioma mapuche (Cooper, 1947: 690).

Cooper (1947: 691), distingue un criterio lingüístico para referirse al mapuche y establece su ubicación entre los ríos Bío-Bío y Toltén, pero reconoce que el nombre se ha utilizado, tanto para definir a cualquier grupo local, como para denominar a los araucanos actuales ubicados en Chile y Argentina.

Titiev (1951) centra su estudio etnográfico en la zona Norte de río Cautín y habla sobre la imposibilidad de distinguir contemporáneamente a un mapuche de un mestizo o

campesino chileno y, por tanto, define la estructura cultural mapuche en estado de transición. La dificultad de definir a un araucano en términos culturales ha provocado que esta adscripción se base, casi exclusivamente, en la lengua (Titiev 1951: 2).

Canals Frau (1956) también uso el término araucano con un criterio generalista, definiendo con este nombre a los indios que en el momento de contacto con los españoles ocupaban el territorio que se extiende entre el río Choapa y la isla de Chiloé.

En cambio, Faron (1967) utiliza ya el término mapuche, definido a partir del análisis de la estructura social.

El historiador Leiva (1984: 205) entiende por araucanos todos los pueblos que utilicen la misma lengua, tanto chilenos como argentinos.

El término araucano es producto de una incorrecta generalización por los españoles y no corresponde con ninguno del que los propios indígenas daban.

En la actualidad, se distingue a un mapuche por el conocimiento del idioma y por su propia conciencia de adscripción cultural al grupo. Los indígenas se definen a ellos mismos como mapuches (gente de la tierra).

Una solución que se plantea para resolver el problema de caracterización e identificación cultural es el concepto de «*comunidad indígena*», al existir una sociedad en transición. En la actualidad este proceso de cambio ha generado una estructura campesina y rural, que provoca readaptaciones respecto a la sociedad dominante gracias a un aislamiento reduccional (Parentini, 1996: 46), ya sea voluntario o involuntario.

Aldunate (1989: 345) sugiere como cultura Mapuche el desarrollo del complejo El Vergel (variante *Valdivia*), al entrar en contacto con los españoles: «*Esta constelación de nuevas influencias y trasformaciones que se producen como consecuencia de las peculiaridades que adopta la dominación hispana de estos territorios, sugiere que es en este período poshispánico cuando se consolida la etnia que hoy conocemos como mapuche*».

Homogeneización frente a segmentación

La antropología, no ha podido resolver el problema conceptual en torno a la etnicidad o identidades en el área y ni la posible homogeneidad o suma de identidades entre mapuches o araucanos (Parentini, 1996: 17).

Dillehay (1990: 128), cuestiona que todos los segmentos de la población mapuche pertenezcan a la misma tribu o grupo étnico con unos rasgos culturales semejantes, ya que esta segmentación se basa en la descripción y definición de las condiciones, y relaciones históricas que los primeros cronistas presentaron.

Canals Frau define de forma homogeneizadora a los indios que en el momento de contacto con los españoles ocupaban desde el Choapa hasta Chiloé, estableciendo como carácteres comunes: una misma lengua, parecido aspecto físico y una cultura similar. Establece *picunches* al Norte, mapuches en el centro y *huilliches* al Sur (Canals Frau, 1956).

Leiva incluye como araucano a: mapuches, pehuenches, situados en las montañas Andinass, *huilliches*, ubicados entre los ríos Toltén y la isla de Chiloé, *cuncos, pampas o teuelches, ranqueles, picunches,* ubicados entre los ríos Bío-Bío y Aconcagua, *ranculches,* indios de *calfacura*, de *catriel* y *pince*, es decir, la casi totalidad de los indígenas que poblaron el territorio (Leiva, 1984: 21).

Igualmente reflexiona sobre la variedad de indígenas que existían cerca de la frontera: indios labradores, pastores, caciques, araucanos armados, que formaban parte de las incursiones en territorio colonial. Esta situación se podría aplicar a la zona del Cahapoal y Maule en tiempos prehispánicos, cuando parece que los incas establecieron una frontera

relativamente móvil en el Cachapoal o en Angostura de Paine.

Silva (1985, 1986, 1990) distingue entre *picunches* en el valle del Mapocho y Aconcagua y promaucaes entre el Maipo y Cachapoal, un tercer grupo estaría situado en una zona de transición del Cachapoal al Maule y al Sur del Bío-Bío se localizarían los mapuches propiamente dichos.

Determinadas estrategias usadas por la investigación, como la idea de cacicazgos o la utilización de criterios étnicos para distinguir grupos a partir de la tipificación hecha desde instituciones hispanas, puede haber provocado una confusión aún mayor sobre la situación indígena en el centro Sur chileno. Silva (1990), por ejemplo, ha demostrado cómo la historiografía ha definido a grupos inexistentes en el territorio.

Quizás debamos definir lo que entendemos por diferente o similar y qué criterios usaron los cronistas y los investigadores actuales para plantear una homogeneización cultural o segmentación. El problema radica en los datos e interpretaciones que se han proporcionado y los conceptos científicos utilizados, que impiden entender con exactitud el significado y relevancia de esta homogeneidad (Dillehay, 1990: 128).

Parentini enfoca el problema hacia la interpretación realizada por cada disciplina de los grupos indígenas: historia fronteriza, antropología historia indígena, arqueología. Aunque plantea que el fenómeno homogeneizador se desarrolla, tanto desde el concepto araucano desarrollado por la historia, como por la reformulación del término mapuche hecho desde la antropología (Parentini, 1996:83).

Dillehay (1990) percibe una estructura segmentada, pero unifica a todos los grupos bajo una etnia propiamente mapuche, planteando la idea de comunidad y desechando el de etnia al observar una sociedad que: se perpetúa biológicamente; comparte valores culturales fundamentales, participa de un mismo campo de comunicación e interacción y cuenta con unos miembros que se identifican a sí mismos, son identificados por otros y constituyen una categoría distinguible de otras. Se plantea el problema de la identificación en tiempos históricos, ya que los cronistas identificaron a varios grupos y los propios mapuches prehispánicos se consideraban diferentes a sus vecinos. Dillehay (1990: 130), en relación a este problema, plantea la falta de estudios serios realizados por los cronistas y Parentini (1996: 85) observa que las diferencias entre los grupos se convierten en simples diferencias en el inventario de rasgos.

Los mapuches se consideraban diferentes respecto a sus vecinos. Pero ¿en qué basaban estas diferencias? Sus semejanzas estában fundamentadas en el uso de un idioma común y el establecimiento de alianzas para defenderse de un agresor común. Además, entre los propios mapuches existía un claro aislamiento e incluso enfrentamiento, que sólo se superaban en determinadas ceremonias y ante un agresor común. ¿Estas diferencias desde dentro del propio grupo mapuche no podrían referirse a criterios exclusivamente geográficos?

En época prehispánica los mapuches enumerados por las fuentes podrían haber tenido nombres diferentes, que podrían referirse al nombre del *lonko* de la comunidad, resultado de una cultura común anterior, la cual había permitido establecer diferencias dentro del mismo grupo y por eso los cronistas describen a grupos diferentes, aunque en el fondo eran la misma identidad étnica.

Según Silva (1985: 93), las denominaciones que encontramos en los documentos hispanos corresponderían a organizaciones mayores al patrilinaje y debieron poseer un nombre particular, que identificaba a sus miembros y a la región. También estas variables podrían referirse a los diferentes nichos ecológicos donde se ubicaban, definiendo una explotación económica del territorio más que un grupo diferente.

Al tratarse de una estructura social segmentaria (Parentini, 1996, Dillehay, 1990, Silva, 1995), la variabilidad es evidente, aunque se pueda hablar de una mismo sustrato

cultural.

Nostro (1991) ha demostrado cómo la articulación de «*nosotros versus ellos*» se basa en la concepción establecida sobre el eje tierra y es un factor de reconocimiento mútuo entre indígenas mapuches.

Faron (1967), basándose en sus trabajos de campo, plantea que no existen criterios definidos de linaje: «*Los linajes no tienen nombre, algunas veces se distinguen por el nombre del fundador más ilustre, cuando es necesaria una aclaración. A menudo es preciso entablar muchas discusiones previas para poder determinar exactamente lo que se quiere decir cuando se usan estos términos, ya que los mapuches tienden a usarlos sin especificación*» (Faron, 1967:80). Y que la gente suele referirse a sí misma como perteneciente a una región identificable, con una congregación ritual más que con una reducción. (Faron, 1967: 83).

En los siglos XVI y XVII están documentadas oposiciones entre segmentos poblacionales mapuches, pese a ello se unieron primero contra los incas y después contra los españoles. Incluso en diferentes rebeliones iniciadas por los mapuches se adhirieron indios que habitaban en zona colonial desde generaciones pasadas (Téllez, 1990). Durante todo el periodo colonial, y con anterioridad, algunos grupos mapuches estuvieron fuertemente enfrentados entre sí. Entonces, se puede plantear identidades diferentes bajo culturas semejantes.

Los *picunches* y en menor medida los *promaucaes* acompañaron a los españoles en su conquista del territorio mapuche (Ruíz-Esquide, 1993; León Solís, 1991). En cambio, los indígenas situados entre el Maule y el Bío-Bío no parecen haber participado en las incursiones españolas contra los del Sur, más bien parecen haberse alzado junto a los del Sur contra los españoles, incluso a fines de la colonia.

A pesar de existir cierta homogeneidad en el lenguaje, los españoles de la época sugieren variabilidad entre segmentos de población indígena (Parentini, 1996: 86), aunque al mismo tiempo observan una homogeneidad entre el río Aconcagua y el golfo de Reloncaví (Parentini, 1996:93).

Parece que a la llegada de los españoles existió una frontera de seguridad situada en el Maule (Bengoa, 1991). Algunos autores han situado el límite Norte del territorio mapuche en el río Itata, pero de hecho el Maule fue el lugar donde empezaron a encontrar resistencia incas y españoles. Además, entre el Cachapoal y el Maule terminaba el área de agricultura y comenzaba la recolección y la caza, junto a la agricultura de roza.

III.3. Evidencias sobre el origen mapuche de las poblaciones alfareras

En las páginas precedentes hemos intentado plasmar las dificultades existentes, ante el estado actual de las investigaciones, para reconstruir la evolución histórica del territorio situado entre los ríos Maipo y Bío-Bío. Esto es debido a que en este territorio se asientan las poblaciones de Pomaire, junto al río Maipo, Quinchamalí, junto a los ríos Itata y Ñuble, y Pilén entre los ríos Maule e Itata. Como ya se ha visto, estas aldeas se ubican en el interfluvío Maule-Itata y Aconcagua-Maipo (fig. 2:1).

A continuación, se exponen los elementos que permiten establecer una continuidad poblacional mapuche en las poblaciones alfareras estudiadas:

1. Sustrato arqueológico común.

La arqueología considera al complejo cultural El Vergel y sus variantes Tirúa y Valdivia (Quiroz, 2001, Dillehay, 1990) como el antecedente histórico de los mapuches. Algunos autores remontan estos precedentes hasta el complejo cultural Pitrén (Aldunate, 1989). El complejo cultural El Vergel se desarrollo entre el 1000 y 1500 d.C., ocupando un territorio situado entre los ríos Bío-Bío y Toltén. Aldunate (1989) plantea que el hecho de

la falta de datos para esta zona se podría interpretar como un indicador de un diferente desarrollo cultural o como una conexión entre Chile central y área Sur Andina, a partir de la identificación de un sustrato alfarero similar (Llolleo-Pitrén), la aparición de elementos diagnósticos pero aislados en la zona (Clavas cefalomorfas, hachas en forma de pétalo y pipas) y la unidad idiomática desde el Choapa hasta el golfo de Reloncaví. Dentro de esta línea, Falabella y Stehberg (1989) plantean que algunas características locales, como las del valle del Cachapoal, acercan los grupos tempranos de Chile central con las poblaciones del Sur del Maule, pudiéndose considerar una permanencia temporal de las tradiciones culturales de este sector, ya que el complejo Aconcagua está débilmente representado y es probable que los grupos de este valle hayan mantenido sus sistemas de vida hasta el contacto hispano, al contrario de los que vivían del Maipo hasta el Norte.

Pero la situación es más confusa para la zona del Valle del Puangue y la población de Pomaire porque en este territorio se superponen ocupaciones del complejo cultural Aconcagua, con otras mapuches o *picunches*, concentraciones de Mittimanes y estructuras de poder inca. Como veremos, los pobladores del pueblo de Pomaire no proceden, al menos por completo, del valle sino de la zona situada al Sur del Cachapoal.

2. La ocupación inca no supuso una sustitución poblacional

Algunos autores hablan de la presencia de contingentes *mitimanes*-diaguitas al servicio del estado incaico, a partir de 1520, en el valle de Santiago. Esta presencia generó una presión demográfica que derivó en la fragmentación de los grupos familiares *picunches*, cuando su número excedió las potencialidades productivas del territorio ancestral. Muchos de ellos emigraron hacia el Sur, donde establecieron nuevos lazos de parentesco con linajes, que informados de lo ocurrido, se prepararon para evitar caer bajo el dominio de los invasores. Pero esta presencia duró sólo unos veinte años y además no se puede precisar su presencia en la zona de Pomaire.

La ocupación inca llegó, aunque no sabemos con qué intensidad, hasta el río Maule, por lo que el territorio donde se asientan Pilén y Quinchamalí no estuvo ocupado.

3. Uso de una lengua y costumbres similares

El territorio que ocupaba el pueblo mapuche antes de la llegada de los españoles ha sido objeto de una amplia controversia, debido a que bajo la denominación de *araucano o mapuche* se incluyen a diferentes pueblos (Silva, 1985, 1990). Sin embargo, las cartas y crónicas relatan la existencia de un pueblo muy numeroso, que tenía una lengua común y unas costumbres similares y que ocupaba el territorio al Sur del río Choapa.

4. Referencias históricas sobre el asentamiento de indígenas en la zona

Tenemos documentados diferentes grupos indígenas en el territorio que hoy ocupan las poblaciones de Pomaire, Pilén y Quinchamalí.

Los orígenes de Pomaire se remontan a la concentración de indígenas en un pueblo de indios en el siglo XVI, pero el actual emplazamiento data de 1771. Al mismo tiempo, algunos de los indios trasladados a la zona por su encomendero procedían del Sur del río Cachapoal, como los de Tagua-Taguas reasentados en 1643 en el valle de Puangue, o los de Pichidegua que fueron reubicados en 1609 en Melipilla dedicados al obraje de grandes tinajas.

Los orígenes de Quinchamalí parecen más claros, aunque contamos con una menor documentación histórica. En este caso podemos precisar, primero, que en este territorio los arqueólogos han localizado evidencias de la tradición Valdivia, y en segundo lugar, la existencia de documentos que hablan del traslado de la población mapuche de Quinchamalí.

Para el caso de Pilén contamos con una menor información, aunque podemos desta-

car que el topónimo es de origen mapuche y además se conoce la cesión de tierras por parte de los indios de Cauquenes para fundar en 1741 la ciudad.

5. El origen de estas poblaciones no es consecuencia del asentamiento de artesanos por parte de los españoles o incas

El origen de poblaciones alfareras especializadas se ha explicado en la zona Andina como parte del sistema de producción del Imperio Inca (Idrovo, 1990), ya que es posible que los alfareros especializados de origen local fueran concentrados en lugares donde existían yacimientos de arcilla (Idrovo, 1990). Los incas inician un proceso de mestizaje cerámico al concentrar alfareros especializados en determinadas áreas (Sjoman, 1992). Al mismo tiempo, la existencia de estas aldeas se ha relacionado con el traslado de poblaciones de *mitimanes* (Espinoza, 1975; Murra, 1980).

Sin embargo, estos cambios no modificaron totalmente la tecnología, por lo que se podría conocer la adscripción étnica de los alfareros por medio de la tecnología utilizada (Sjoman, 1992).

En relación a esta problemática se ha propuesto que el origen de algunas poblaciones alfareras de Ecuador (Sjoman, 1992) y del Norte de Chile (Varela, 1992: 36), está relacionado con los traslados de alfareros especializados por parte del Imperio Inca.

Parece ser que, desde la llegada de los españoles, no se han producido cambios significativos en cuanto a técnicas y formas hasta finales del siglo XX, si bien en los primeros momentos de la ocupación se produjo un cambio con la introducción del vidriado y la introducción del torno (Idrovo, 1990). En Ecuador, en cambio, se han documentado centros alfareros junto a importantes afloramientos de arcilla, desarrollados bajo el Tahuantinsuyu, por la concentración de artesanos especializados en diferentes puntos del Imperio (Sjoman, 1992).

Las pocas referencias documentales que tenemos para el centro del actual Chile en época colonial refleja cierta industria que era exportada a Lima: *«...Pero de poco tiempo a esta parte se ha hallado en el reino de Chile tan rico barro, que excede al de Nata: tráense de allí a esta ciudad de Lima tan preciosos jarros que desde allí los envían a presentar a España porque pueden competir con los mejores de allá en el olor, lustre y color del barro.*» (Cobo 1964: 114).

La situación de los antiguos alfareros del Imperio Inca que manufacturaron tejas, ladrillos y otros elementos como botellas o grandes tinajas para la industria del vino y licores en época colonial, es común a toda el área Andina, al mismo tiempo se continúa fabricando cerámica autóctona destinada a consumidores rurales (Varela 1992: 42). Nos parece que esta segunda posibilidad es la que se dio en los centros productores que quedan en la actualidad.

Las referencias de antiguas alfareras, así como algunos documentos refiriéndose a la producción de grandes tinajas por parte de hombres, podrían corresponder a este tipo de artesanado (Valdés y Matta, 1986; Valdés, 1991; Graham, 1823).

Foster (en Donnan, 1978: 446) ha demostrado el carácter conservador de los alfareros y su reticencia a innovar, por lo que las tecnologías se mantienen sin cambios durante largos periodos de tiempo. De igual modo se expresa Varela (1992: 105): *«los estudios sobre las técnicas alfareras Andinas, antiguas y modernas, sugieren que la mayoria de las actualmente usadas representan la continuidad de una tradición cultural desde épocas muy tempranas»*.

6. Correlación entre formas cerámicas y sistemas de fabricación actuales y prehispánicos.

Existe una tradición figurativa, presente en la cerámica mapuche y en gran parte de las culturas indígenas latinoamericanas. Podemos destacar a modo de ejemplo el *ketrumetawe* (Larrain et alii, 1992) un jarro pato que es de forma asimétrica imitando al pato/*ketro*

(fig. 4:3; 5:2; 7:3,5) o los *epumetahue* (Claude Joseph, 1931), combinación de dos vasijas superpuestas, de forma circular, con cabeza de ave, asa y embudo. El simbolismo de estas cerámicas zoomorfas ha sido estudiado, por ejemplo, por Dillehay y Gordon (1977). Estas formas fueron documentadas en 1936 en la aldea de Quinchamalí (Mazzinni, 1936), identificadas como de tipo mapuche y, por tanto, representarían formas nativas puras (Valenzuela, 1957). Un poco más al Sur, en la provincia de Cautín, Valenzuela (1957) relató la existencia de las mismas formas en contextos puramente indígenas.

Muchos de los motivos figurativos, imitando formas de aves, son bastante similares a los documentados arqueológicamente en las culturas de Llolleo (Falabella et al, 1989) y Aconcagua (Durán et al., 1989) en Chile central y más al Sur en las Pitrén (fig. 4.3), El Vergel y Valdivia (Adulante, 1989). Falabella (1989) asegura que la gran presencia de formas zoomorfas en el complejo Llolleo dio lugar a una tradición que se ha perpetuado hasta la actualidad, como elemento de continuidad étnica y cultural. De ser esto así, se podría usar el indicador cerámico para demostrar que los grupos Llolleo son el sustrato étnico mapuche.

Las culturas Llolleo y Pitrén presentan elementos tan específicos como las cerámicas asimétricas con asa de puente, a menudo bifurcada, con formas zoo y antropomorfas, pintura negativa, incisiones y abultamientos en la base del cuello de los jarros (fig. 4:1-3). Características presentes en mayor o menor medida en las cerámicas mestizas de los valles centrales y en la mapuche al Sur del Río Bío Bío.

De todas formas no podemos olvidar que el jarro pato y las cerámicas zoomorfas están presentes en toda la cultura Andina prehispánica y que, por tanto, es necesario realizar un estudio más exhaustivo.

La cerámica ornamental de Quinchamalí, Pomaire y en menor medida Pilén, basada en motivos zoo y antropomorfos, evidenciaría también una cerámica de tradición indígena (Valenzuela, 1956 y Mazzini, 1936) reinterpretada hacia formas de origen europeo.

Respecto a los sistemas de fabricación se puede precisar que son similares a los utilizados por las mujeres mapuches, tanto en la actualidad como en el siglo XIX, lo que permite suponer un origen tecnológico común (García Rosselló, 2007).

La carencia de referencias obliga a una aproximación al problema desde un estudio de las diferentes tecnologías practicadas en el área Andina, a través de los análisis etnográficos (Varela, 1992: 51-52; Sjoman, 1992). Para la zona que estudiamos, los cambios en la cerámica parecen haberse producido en tiempos recientes, manteniéndose una tecnología precolombina tecnológicamente homogénea.

También es significativo el uso de nombres araucanos para designar algunos elementos y acciones del proceso de fabricación en estas poblaciones como el *«colo»* (Valenzuela, 1955: 29).

7. Una artesanía de género femenino

Muchos estudios etnográficos han documentado el papel fundamental de las mujeres en el trabajo de la alfarería en contextos indígenas latinoamericanos (Osborn 1979, Deboer et Lathrap 1979, Litto 1976, Levi-Strauss 1964, 1986; Arnold, D 1985; Arnold III,1991; Serrano 1966). Esto permite plantear que la continuación de un trabajo alfarero femenino desde, al menos época colonial, puede ser un evidencia consistente para constatar un sustrato indígena en la población.

8. Técnicas y tradiciones tecnológicas similares

Como se verá planteamos, a partir de diferentes variables, cadenas operativas y téc-

nicas similares entre las poblaciones mapuches y mestizas.

CAPÍTULO SEGUNDO. LAS ESTRATEGIAS DE PRODUCCIÓN EN LOS VALLES CENTRALES DE CHILE

«Como científicos sociales podemos hacer algo para defender a estos grupos del etnocidio, ese algo significa poner al servicio de las comunidades a las que pretendemos ayudar aquello que sabemos hacer mejor, esto es, el análisis científico de las sociedades preindustriales»

Bourdieu (2001)

«A lo largo del país se van sucediendo poblados, villorrios y zonas de producción de loza. De origen indígena o mestizo los ceramios creados por las alfareras van dando identidad a los lugares en donde se fabrican. En el norte, en la zona de Toconce, mujeres y hombres Aymara aún dan vida a una artesanía arcaica que los vincula a una historia de cruces, intercambios y préstamos; en la zona central del país aldeas como Pomaire, Pilén y Quinchamalí, cuyos orígenes se remontan al período de Conquista y Colonia en calidad de "pueblos de indios", dan cuenta de los diversos procesos de mestizaje y sincretismo».

Montecino (1997: 1)

En el presente capítulo exponemos las estrategias productivas adoptadas en las poblaciones de Pomaire, Quincamalí y Pilén. Nuestra hipótesis de trabajo parte de la idea de que en momentos coloniales algunas aldeas del centro de Chile se especializan en el trabajo alfarero. En los primeros momentos de la colonización española estas aldeas conservaban una estructura productiva muy similar a la mapuche. Intentaremos aquí hacer referencia a ella, porque puede ser el marco de referencia para conocer el inicio de la tradición tecnológica estudiada.

El objetivo de nuestro trabajo se ha orientado hacia la documentación de las estrategias productivas cerámicas de estas tres aldeas porque existen algunos trabajos previos y además son en la actualidad centros alfareros ampliamente reconocidos en todo el territorio nacional. Por este motivo, el trabajo ha adquirido una doble perspectiva. Una parte se ha orientado hacia el estudio de la evolución de las estrategias de producción, utilizando diferentes fuentes etnográficas y etnohistóricas referidas a las poblaciones de Pomaire y

Quinchamalí (estrategias productivas documentadas bibliográficamente: García Rosselló, 2006). La otra aborda las diferentes producciones documentadas en la actualidad por medio de la observación y encuesta etnográfica realizada durante los meses de septiembre y octubre de 1999 en Pomaire, Quinchamalí y Pilén (estrategias productivas documentadas etnográficamente: García Rosselló, 2006).

Para la población de Pilén la información etnohistórica es mucho más reducida por lo que simplemente se ha tenido en cuenta la encuesta etnográfica realizada por nosotros.

La información bibliográfica plantea el problema de la discrepancia entre los datos obtenidos por diferentes autores con nuestras expectativas y problemática. Sin embargo, nos permite conocer los cambios producidos en las diferentes producciones y cuáles eran las estrategias originarias.

Recordemos que nuestra propuesta de estrategia productiva se caracteriza por la documentación de la tipología, la cadena operativa tecnológica, la estrategia económica, el sistema de organización del trabajo y el uso del espacio. Estos datos sólo han podido ser recogidos completamente durante el trabajo etnográfico de campo realizado en 1999. Los documentos etnográficos y etnohistóricos únicamente permiten recoger datos parciales para cada periodo, excluyendo información referente a la distribución espacial.

Las tres poblaciones estudiadas se han convertido en centros productivos especializados. Consideramos que se han especializado, pues:

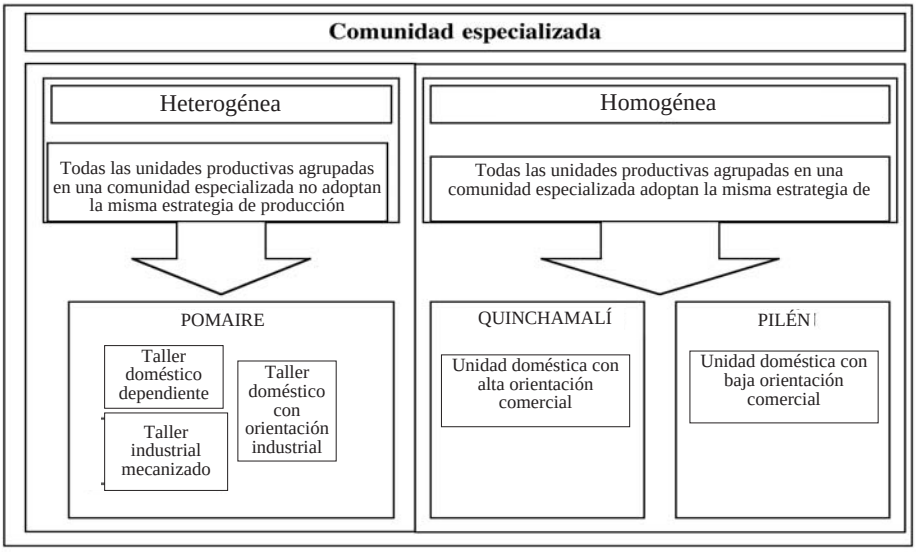
1) La mayoría de unidades de habitación coinciden con unidades de producción cerámica.

2) La concentración de unidades productivas agrupadas en una misma población presenta unas características comunes a todas las poblaciones.

3) Se trata de concentraciones de unidades productivas dentro de una población sin relación entre ellas, donde existe una correlación entre lugar de habitación y espacio productivo.

4) Estas agrupaciones están determinadas por la utilización de materias primas locales ubicadas en las cercanías de la población.

Pomaire es una comunidad especializada heterogénea, ya que las unidades productivas existentes adoptan sistemas productivos diferentes. Se distinguen talleres domésticos con orientación industrial y talleres domésticos dependientes de los primeros. Quinchamalí



y Pilén son comunidades especializalizadas homogéneas, porque todas las unidades productivas han adoptado la misma estrategia de producción.

En las siguientes páginas estructuramos el análisis de los tres centros productivos mencionados siguiendo el siguiente esquema:

1) Contextualización: En este apartado se analizan los condicionantes geográficos, las fuentes utilizadas y las características del los centros productivos que se han especializado en la producción cerámica.

2) Antecedentes: Sección en la que se muestra cómo ha evolucionado la producción a partir de los datos etnohistóricos y etnográficos obtenidos. El encuadre cronológico de los cambios se ha realizado por medio del año de publicación del estudio bajo la premisa de que el trabajo de campo se realizó como mucho en la década anterior.

3) Estrategias productivas: En esta parte se exponen los datos obtenidos durante el trabajo de campo llevado a cabo en los meses de septiembre y octubre de 1999. Mientras que en las poblaciones de Quinchamalí y Pilén todas las unidades productivas de la población han adoptado la misma estrategia, en Pomaire se han documentado dos tipos de estrategias de fabricación.

I. La producción mapuche

Como ya hemos dicho, bajo la denominación de *araucano o mapuche* se incluyen a diferentes pueblos que tienen una lengua común, (*el Mapundung*) y unas costumbres similares. De todos estos pueblos, el más numeroso era y es el mapuche. En las siguientes líneas nos referiremos con esta denominación al grupo poblacional actual considerado heredero étnico y cultural de los mapuches históricos y que algunos autores remontan hasta el complejo cultural Pitrén. Se trata de una producción de tipo doméstico.

Formas y función de la cerámica mapuche

En la actualidad, la mayoría de la cultura material mapuche se produce con una finalidad turística, aunque se sigue produciendo para cubrir algunas necesidades propias. La madera y la cestería han sido sustituidas por ollas de metal y recipientes de plástico, fruto de la adopción de formas occidentales de vida por parte de una mayoría de la población. Aún así, en zonas apartadas del territorio se mantienen las tradiciones fuertemente arraigadas. Esto se puede observar, sobre todo, en la continuación de ceremonias, como el *Nguillatún*, *Machitún* o *Karütun* y en la gastronomía característica, como el *Chasquiñ* o el *Apol*.

Las mujeres mapuches han conservado las mismas formas cerámicas durante quince siglos. La cerámica que se conoce en la zona aparece a mediados del siglo VI d.C. y forma parte del complejo denominado Pitrén (Aldunate, 1989).

Se reproducen principalmente tres tipos de vasijas (Larraín et al., 1992):

1) El *ketrumetawe*, o jarro pato, que es de forma asimétrica imitando al pato Ketro (fig. 7:3,5). Poseen un simbolismo que se relaciona directamente con la estructura familiar mapuche (Dilllehay y Gordon 1977). Estos cántaros se han encontrado principalmente en tumbas femeninas. Se demuestra la condición de la mujer mapuche casada, que también debe abandonar su hogar para residir en la del marido, dentro del matrimonio exogámico y vitrilocal que rige esta cultura. La condición femenina de este cántaro se enfatiza poniéndole al pato representado protuberancias en el pecho en forma de senos (fig. 5:1). Dilllehay y

Gordon (1977) han demostrado que la nidificación del ánade representado en esta forma alfarera consiste en que el macho prepara el nido y luego lleva a la hembra a depositar sus huevos en él. Estos cántaros son usados para hacer las libaciones rituales con *Muday* o *Chicha* con ocasión del *Nigillatún* u otras ceremonias. El *Muday* es una bebida fermentada hecha de piñón, trigo y maíz, aunque se le pueden agregar otros cereales. Con el nombre de *chicha* se conoce la bebida popular de algunos países sudamericanos obtenida por fermentación parcial del líquido procedente de la cocción del maíz, mandioca, trigo o avena. Aunque no conocemos ningún ejemplo, Claude Joseph (1928) explica cómo antiguamente la chicha se obtenía por masticación del maíz realizada por mujeres viejas y posterior fermentación de la pasta mezclada con agua. La chicha, de procedencia mapuche se obtiene de maíz y del calafate, arbusto espinoso que produce un fruto azulado.

2) El *metawe*, o jarro simple con un asa (fig. 5:4). Su forma y dimensiones son muy variables. Realmente se trata de una denominación generalizada para todo tipo de cántaros.

3) La *challa*, u olla con cuello estriado. Presenta dos asas en forma de agarraderas y base plana o redondeada de boca amplia. Tiene diferentes formas y tamaños. H. Claude Joseph (1928) documentó algunas con tres patas y supuso que imitaban formas de hierro. Sirven para cocer alimentos, tostar trigo, preparar las tintas y teñir los tejidos.

También existen otros tipos de menor importancia:

4) Como el cántaro llamado *Meshen*. Son cántaros abombados que descansan sobre una pequeña base discoidal, la obertura superior es corta y cilíndrica, pero permiten la introducción de un brazo. No tienen asa y presentan dos ataduras de *Voqui* unidas paralelamente en la zona superior e inferior. Mediante una trenza de lana atada al armazón y aplicada a la frente o al pecho se transporta sobre las espaldas. Sirve para el trasporte de agua u otros líquidos (fig. 7:4).

5) Y el *wildun* que es un jarro de cuello largo (fig. 5:1).

Además Claude Joseph en 1931, documenta:

6) Los *huishuis*, de dos vientres unidos.

7) Los *quintahuen*, que tienen dos cuellos.

8) Los *epumetahue*, combinación de dos vasijas superpuestas, de forma circular, con cabeza de ave, asa y embudo. Una forma antropomorfa que sigue la misma idea se observa en la figura 7: 4.

9) Los *lupe*, platos hondos de forma troncocónica y de base plana, adornados con un par de asas. Tienen una capacidad de varios litros y sirven para depositar comida o para tostar trigo.

10) Y los *mencuhe*, tienen forma ovoide truncada. Para asegurar su estabilidad se los acuña sobre una rosca. Se los utiliza para guardar *Muday*.

El Proceso de fabricación

La producción bibliográfica disponible sobre cerámica mapuche es muy reducida, la cual cosa no nos ha permitido aclarar las estrategias productivas por medio de los indicadores utilizados para las poblaciones mestizas del centro de Chile. Indicamos aquí simplemente algunas referencias sobre la fabricación cerámica, según la información recogida en los siglos XIX y XX por Coña (1974), Guevara (1911), Claude Joseph (1928), Domeiko (1846), Latcham (1922), Larraín et al. (1992), Litto (1976), Montecino (1995, 1997), Valenzuela (1969), Lago (1971), Dillehay y Gordon (1977) y Gonzalez Vargas (1984). Se trata, por tanto, de una aproximación teórica a partir de los modelos y estandarización de la producción.

Igual que en gran parte del continente sudamericano, la técnica continúa en manos de las mujeres (llamadas *huidufe* o *metahuefe*).

En sus memorias Pascual Coña (1974) indica que las mujeres se ocupaban de la casa (la *Ruka*), preparaban la comida y cuidaban de los hijos y además comenta: *«Algunas de las mujeres antiguas tenían mucha habilidad en el arte de alfarería; fabricaban diversos cántaros, jarros, ollas, platos, tazas: toda clase de vasos de barro»* (fig. 7:1).

Las mujeres recogen la *greda* en las bases de los remansos o esteros, donde se acumula el sedimento necesario. Recogida la greda, la dejan secar al sol cerca de la *ruka*. Pascual Coña (1974) habla del secado de la *greda* al sol, en cambio, Claude Joseph (1928) documenta el proceso de secado a la sombra dentro de las *rukas*. Viviana Varela (artesana alfaerera de Quinchamalí) nos comentó que un sol, muy intenso puede fragmentar las piezas, debido a la rapidez de evaporación del agua y que en días muy húmedos y frescos es mejor sacar las vasijas al sol a fin de acortar el proceso de secado.

En general, podemos decir que se seca al sol en los días de invierno y a la sombra en los días de verano. Esto sin olvidar que casi toda la cerámica se manufactura en la estación seca, es decir, en verano, que es cuando se dan las condiciones de humedad óptimas para extraer la *greda* del subsuelo y dejar secar la cerámica. Incluso el modelado se hace más cómodamente en esta estación, ya que la *greda* es más manejable y no está demasiado húmeda. Gertudre Litto (1976), en su visita al mercado de Temuco, no pudo apenas fotografiar cerámica mapuche, al visitar la zona durante la estación fría: *«El hombre tenía unas pocas piezas y dijo que no podía traer más a causa del lluvioso invierno que obligaba a los araucanos a esperar al verano para hacer cerámica»*. Al ir en busca del material, las alfareras llevan consigo cintas, cordelitos y lana hilada para obsequiar al espíritu protector y dueño de la *greda* (El *Reicuse*) anudando los obsequios al arbusto *volil mamel* hasta su destrucción por efecto de la intemperie. Los regalos a los seres protectores sirven para evitar que esos cántaros se rompan durante la cocción y salgan bien. Este proceso lo documenta Claude Joseph en 1928 en muchas de sus visitas a lugares de extracción de *greda*. Él dice que las buenas canteras, que son muy frecuentadas por las alfareras, se reconocen por el número de cintas amarradas a las plantas próximas.

A la *greda* se le añade laja molida, raspadura de piedras o arena en las zonas costeras; estas inclusiones son llamadas *ücu* (se trata de un tipo de arena fina local, el tipo de arena puede variar según la zona) el nombre es el mismo, independientemente del tipo de inclusión de que se trate. El elemento que se utiliza en la mezcla depende de su presencia o ausencia en la zona (esto lo hemos podido observar con *greda* de un estero de Pilén Alto, donde se manipula directamente sin ningún tipo de tratamiento). Por ejemplo, en las zonas costeras, al existir arena, no es necesario moler lajas o trozos de piedra y se utiliza ésta, pues requiere un menor esfuerzo. Igualmente, en algunos lugares donde la *greda* ya lleva incluidas impurezas, no se le añade ningún otro material y por tanto después de la extracción ya esta lista para modelar. El *ücu* se muele en morteros hasta que queda bien pulverizado, luego se pasa por un cedazo.

Posteriormente se moja la *greda* con agua para limpiarla de impurezas, como palitos o materias extrañas, que se sacan cuidadosamente. Podemos decir que la *greda* no se pasa por el cedazo y las impurezas se quitan manualmente mientras ésta permanece mojada. No es, por tanto, una *greda* muy fina.

El trabajo de modelado se hace al aire libre, cerca de la *ruka*. Extienden en el suelo una estera y se arrodillan o se sientan encima, colocando a un lado la *greda* amasada y al otro un recipiente con agua. Delante tienen una tableta de madera para asentar la pieza, finalmente al alcance de la mano depositan una valva de *macha* (molusco chileno). En

cuanto la masa esta blanda y plástica, se la mezcla con el polvo ceñido de *ücu*, procurando que los dos materiales se mezclen perfectamente.

Cuando el material esta bien amasado se saca puñado por puñado, para trabajarlo (Coña 1974). Luego el proceso continúa aplanando un disco a modo de base dejándolo extendido sobre la tableta, o a veces encima de un plato que sirve de molde para sujetar la pieza, para continuar elaborando una tira (llamada *piulo*), e iniciar y seguir la forma hacia arriba de la vasija. Las tiras o rollos se elaboran tomando una pequeña cantidad de *greda* amasada, y con las dos manos la transforman por frotamiento sobre una tabla vecina en un largo cilindro flexible. Cuando la tira ha alcanzado el tamaño suficiente se deposita sobre el asiento redondo, siguiendo la circunferencia de este y apretando con los dedos la nueva tira. La superposición de tiras se desarrolla de forma muy rápida a fin de que no se seque. Al colocar la nueva tira sobre la anterior se estrecha y allana de afuera a dentro, a fin de hacer desaparecer la ranura de unión de las dos tiras. Todo ello se realiza humedeciendo la *greda* constantemente, a fin de evitar que las tiras se sequen con demasiada velocidad. Según lo que quieran confeccionar, dejan una anchura y una altura determinadas. Se empareja y termina compactando la *greda* con las manos: una al interior del vaso y la otra orientando el cilindro comprime la *greda*, hasta conseguir una buena resistencia que impida su deformación. Cuando la pieza está a la mitad de altura que debe tener se pasa una valva de concha humedecida para emparejar y compactar el exterior y el interior. Aunque actualmente las valvas se están sustituyendo por cucharas o pequeñas espátulas.

Luego se deja secar, al sol o a la sombra de la *ruka* según el tiempo. Es importantísimo proteger las piezas del viento para evitar un secado muy rápido. Aún húmeda, colocan las orejas o asas, los adornos superficiales y salientes, mojando las zonas que deben ponerse en contacto. Pascual Coña (1974: 217) relata que *«Si el artefacto era un jarro le ajustaban las orejas características de jarro, si era olla la proveían con el asa especial a cada lado, si era el cántaro llamado quintahuen, le dejaban además dos cuellos unidos por un asa; al cántaro huishuis le formaban dos barrigas (...)»*. Normalmente se aprovecha la *greda* y se elaboran varias vasijas cada vez. Claude Joseph (1928) calculó en media hora el tiempo invertido en el modelado de una pieza de dos o tres litros y para el tiempo de secado, estableció dos o tres días para piezas pequeñas y una semana o más para las de gran tamaño. Seguidamente, cuando la pieza está seca, pulen el objeto frotándolo con una piedra lisa llamada *pezem* y, a veces, cuando la pieza está seca, bañan el exterior con una capa muy delgada de *greda* negruzca o amarillenta, sin mezclar con laja molida o arena, para conseguir una superficie mas brillante y lisa. Además si se frota con lana adquieren un color negro.

Uno o dos días después de bruñidos se cuecen los vasos. H. Claude Joseph (1928: 44-45) lo relata de la siguiente manera: *«Se enciende un gran fuego en medio de la ruca y se calienta poco a poco cada pieza de alfarería para que no se trice. Con un palo de Colihue metido en cada pieza cruda la alfarera la pasea por la llama y después la acuesta en medio del fuego. Le da la vuelta varias veces para que se caliente uniformemente. Esa calefacción preliminar prepara la vasija para soportar las temperaturas mas elevadas de la cocción. Cubre el cántaro en tratamiento con astillas de pellín, leña cuya combustión produce muchas calorías y aviva el fuego con un fuelle o agitando el borde de su delantal. El cántaro se pone luego rojo oscuro, pasa al rojo vivo y durante cerca de diez minutos toma un aspecto rojo blanco. Si el cátaro es de pequeñas dimensiones se cuece en un hora, pero si se trata de una vasija grande, la alfarera necesita encender una gran hoguera y dejarla en ella de 5 a 8 horas.*». En cambio, Valenzuela Rojas (1969: 10) describe el proceso de la siguiente manera: «*Como contrapartida al uso de hornillas, braseros y meros apilamientos, todos los cuales se elevan sobre la superficie del suelo, se hallan los hornos subterráneos mapuches y que han sido observados personalmente en Quechereguas, lugar*

del departamento de Traiguén, Prov de Malleco, y en los alrededores del lago Budi, Prov de Cautín. La Cochura se hace apilando los ceramios, juntamente con los combustibles, en el hoyo mismo, el cual adopta forma cuadrangular, para este efecto. De tal modo que, cámara, hogar y cenicero, se confunden en un espacio monocelular. El calor y el humo, escapan por una especie de tronera lateral y que es abierta con ese fin. El tiempo de quema, no sobrepasa de tres horas de fuego continuado.» (fig. 7:1). Pensamos que las observaciones de Valenzuela se pueden explicar por las diferencias entre unas regiones y otras. Estas diferenciaciones se observan sobre todo en la fabricación de unos tipos u otros y en la denominación de las piezas, pero podría observarse también en la cocción. Conocer el momento adecuado en el que se pueden sacar las piezas del fuego requiere mucha experiencia al no existir ningún sistema exacto de control, el sistema de las alfareras es la observación mediante la experiencia.

Finalmente calientan agua de mote o *muday* y retiran del fuego las piezas y vierten sobre ellas el *muday* o mote calientes. De hecho, el líquido empieza a hervir en contacto con las piezas y es ahora cuando se tira agua fría y se vuelve a colocar las piezas sobre el fuego. Cuando vuelve a hervir, el líquido sale por la obertura y es ahora cuando se retira definitivamente del fuego. Lago (1971) sólo documenta el enfriamiento natural cuando se sacan las piezas del fuego. La utilidad del proceso anteriormente descrito tiene una doble función: evitar que se quiebren las piezas ante un enfriamiento excesivamente rápido y hacer las vasijas impermeables a los líquidos, por medio del sellado interior de los poros mediante la ebullición de líquidos grasos como el mote o el *muday*.

Distribución de los lugares productores (fig. 9)

En la actualidad, es en la provincia de Cautín donde están más a la vista los grupos que elaboran cerámica vinculados al comercio con Temuco (fig. 9). La mayoría de la producción se destina a la venta como souvenir. Aunque quedan *rukas* familiares donde, junto a la agricultura elemental, se elaboran cerámicas, tejidos y cestería. La gente de la ciudad compra los objetos mas elaborados, generalmente zoomorfos, pero la producción doméstica del mapuche es principalmente vasijas no muy grandes como cántaros, callanas o jarros para el *muday*.

Tomás Lago (1971) enumera entre otros lugares donde se produce cerámica a Mulchén, Quepe, Panguipulli (de Angol), Huichahue, Collinco, Roblehuacho (fig. 7:1), Queule (de Valdivia), San Juan de la Costa e Islote del lago Ranco.

Claude Joseph (1928) visitó Lanahue, Hutelolén, Puerto Domínguez, Licanco, Maquehua, Tranapuente y la zona del lago Budi, donde pudo observar la confección de varios cántaros.

Debido a movimientos poblacionales hoy se hace cerámica de *greda* oscura de tradición mapuche en la isla de Chiloé (Lagos, 1971), en las localidades de Caulín, Hullinches de Huenteo y la Costa de Quichao.

II. La aldea de Pomaire

II.1. Contextualización

Condicionantes geográficos

Pomaire es una pequeña aldea situada cerca de los pueblos de Melipilla (10 Km) y

Talagante (40 Km), a unos 75 kilometros de Santiago de Chile y ubicada en la cordillera de la costa, en la región metropolitana (fig. 8). La población se sitúa en un valle cerrado rodeado de colinas. El acceso se hace por una pista de tierra que arranca desde una carretera cercana (2 Km). La vía de comunicación cercana más importante es la carretera Santiago- San Antonio (fig. 10).

La producción de cerámica en la zona y su posterior especialización y comercialización se deben en parte, a la calidad de los depósitos de *greda* presentes en la zona cerca del río Maipo. La distancia al lugar de obtención de arcilla va de unos 500 mts a 1 Km (fig. 10). La calidad de la arcilla es buena, aunque se tiene que moler y no se mezcla con otras arcillas o arenas. Otros centros productores cercanos son Talagante y antiguamente Melipilla.

Según Valenzuela (1955), Pomaire sería una voz quechua o atacameña, cuestión sobre la que los filólogos e historiadores no se ponen de acuerdo.

Orígenes

Aunque la tradición alfarera del poblado ya existía antes de la llegada de los españoles, conocemos en el periodo de la colonia la existencia de alfares o talleres artesanales dedicados a la fabricación de grandes vasijas para la chicha , el vino y el grano en Melipilla y Talagante y es en ese momento cuando se inicia la especialización artesanal de la aldea (Pérez, 1973).

Sus orígenes se remontan a un pueblo de indios, que entre los siglos XVI y XVIII fue trasladado de lugar numerosas veces por encomenderos, estancieros y hacendados. El actual emplazamiento de Pomaire data de 1771, fecha del último traslado. Es posible que ya existiera una cierta especialización alfarera temprana, gracias a la presencia de buenas minas de arcilla y a la difusión de esta actividad en la zona circundante (Talagante, alrededores de Melipilla). Sin embargo, las características de aldea alfarera, tras una herencia indígena y un pasado campesino, parecen haberse reforzado a partir de la mitad del siglo pasado, cuando el cacique Juan Bautista Salinas comienza a incentivar a los habitantes de la aldea a elaborar cerámicas para ser vendidas en la feria anual de Lo Vázquez.

La aldea se ha urbanizado y sobre los años sesenta se transformó en un pueblo alfarero, al cambiar su producción convirtiéndose el trabajo de la *greda* en la actividad principal de las familias.

Al no tener los pobladores tierras propias, los hombres se dedicaban a la agricultura como peones en estancias o *fundos*, donde pasaban grandes temporadas sin lograr afincarse. Hasta 1775 en los mapas prediales aparece una pequeña extensión de tierra adscrita, primero a los indios de Pomaire y después al pueblo de Pomaire. En 1953 las pocas tierras los indios aparecen adscritas a los terrenos de la Viña de Pomaire.

Las mujeres se dedicaban a las labores domésticas permaneciendo en la aldea y dedicándose, entre otras actividades, a la elaboración de la *greda* y el mantenimiento de las pequeñas propiedades de Pomaire.

En la actualidad, el 90% de los pobladores de Pomaire se dedican a la alfarería. Sabemos que se trata de una población con un claro sustrato indígena:

En las primeras décadas del siglo XIX se tiene constancia de actividades alfareras en los cercanos pueblos de Talagante y Melipilla: «*Allí -al Este de Melipilla- bajo una capa de tierra vegetal negra se encuentra la arcilla roja, casi tan dura como la piedra. Con ella se fabrican las hermosas jarras rojas para agua y vino, como también vasijas de diversas formas para la cocina y otros usos*» (Graham, 1822: 326-327).

En el censo sobre la propiedad que presentan Borde y Góngora (1956), se observa

cómo en el mapa predial del año 1690 aparecen terrenos pertenecientes al «pueblo de los indios de Pomaire» igual que los indios de Pichidegua y de Melipilla.

Al estar en una zona cercana a Santiago sufre desde un primer momento los conflictos de la conquista, pero Pomaire es un pueblo de nueva planta que obedece a un reasentamiento de indígenas en tiempos hispánicos.

Los pueblos de indios repiten siempre un mismo patrón, como ocurre en la población de Pomaire, con un urbanismo en forma de damero, terreno y casa para el cacique, iglesia y casa para el cura doctrinero y terrenos regados por acequias para que los indígenas cuiden su ganado y siembren sus cosechas.

Diferentes documentos de finales de siglo XIX, donde se solicita mediación al intendente general Vicuña Mackenna ilustran cómo todavía se consideraban tribu o comunidad indígena y cómo tenían cacique: «*La tribu de Pomaire saluda respetuosamente a su señoría*» o «*Sabido es por todos y usted podrá fácilmente persuadirse de ello, el origen del pequeño pueblo llamado Pomaire. Cuna de tribus indias, vieron sus dueños arrebatados violentamente sus propiedades en el transcurso de los años mediante usurpaciones completamente injustificadas*».

Pomaire fue al parecer uno de los pocos pueblos de indios que lograron resistir durante todo el período colonial, aunque entre el siglo XVI y XVIII fueron trasladados de sitio en varias ocasiones, primero por los encomenderos y luego por estancieros y hacendados. En 1583 de Curacaví a Pomaire, en 1768 de Pomaire al Pico o Lo Marquesa y, finalmente, en 1771 nuevamente a Pomaire, lugar que ocupa desde entonces (Borde y Góngora, 1956; Valdés y Matta, 1986: 21-22).

De todos los primeros núcleos indígenas del Puangue, los únicos que mostraron cierta perduración fueron los de Pomaire y Melipilla. De hecho, de los pueblos de indios documentados en 1604 sólo el de Pomaire perdurará hasta la actualidad. Antes de 1690 los indios del Pico serán absorbidos por la estancia del Pico y los de Huechun por la estancia de Huechun. Los indios de Pichidegua y Melipilla conservarán sus tierras en derecho hasta 1742 (Borde y Góngora, 1956).

Sobre el origen étnico de los habitantes de Pomaire, en páginas anteriores ya se han enumerado las razones descartan su adscripción inca o de indígenas procedentes del Norte de Chile.

Algunos de los indios trasladados por su encomendero a la zona procedentes de la cuenca del Cachapoal, fueron los de Tagua-Taguas, que fueron reasentados en 1643 en la estancia de Puangue (Manríquez y Planella, 1994), o los de Pichidegua, que en 1609 ya aparecen asentados para el trabajo en el obraje de Melipilla (Borde y Góngora, 1956), por lo que podríamos hablar de un origen mapuche, como mínimo para estos grupos.

Características del centro productor

La población se caracteriza por la agrupación de unidades productivas que se relacionan entre sí a pequeña escala y por la existencia de diferentes sistemas productivos, según el núcleo de producción. Si relacionamos las unidades productivas con las domésticas observamos que todas las familias saben fabricar cerámica. Hasta el final de los años ochenta cada unidad productiva coincidía con la unidad de habitación. En la actualidad están apareciendo talleres independientes de las unidades de habitación.

Hemos documentado tres estrategias productivas diferentes: La estrategia productiva principal es el taller doméstico con orientación industrial, que se caracteriza por la utilización del torno a pedal dentro de la estructura familiar. Las estrategias productivas margi-

nales constituyen la producción tradicional de modelado a mano mediante talleres domésticos dependientes y la industria mecanizada. En Pomaire unas unidades productivas compran las materias primas a otras y, en algunos casos, unas venden los productos sin cocer a otras unidades de producción, que se quedan con el beneficio de la venta.

La alfarería es la actividad principal y supone la fuente principal de obtención de recursos, junto con la restauración y el comercio de productos artesanales. Las actividades productivas secundarias son la agricultura y las tareas domésticas. La mayoría de habitantes se dedica a la venta de cerámica o a la fabricación de la misma. Los dueños de puestos comerciales y de talleres industriales mecanizados concentran gran parte de las riquezas de la población. En cambio, los talleres familiares ya sean del tipo dependiente, como los que tienen una orientación comercial, obtienen ingresos menores. La distribución de los productos se hace generalmente mediante intermediarios, el intercambio es monetario y la venta se realiza generalmente en la población. Son pocas las alfareras que salen a vender fuera.

El impacto del turismo es muy alto por lo que la población vive exclusivamente del turismo nacional y en menor medida internacional.

Población:	*Pomaire (1999)*
Distancia materias primas:	*Cerca de la aldea*
Materias primas locales:	*Sí, pero mayoritariamente proceden de Valparaíso*
Ubicación unidades productivas:	*Dentro de la población*
Relación unidades productivas/ unidades de habitación:	*Sí, pero empiezan a separase*
Existencia de diferentes sistemas productivos	*Sí*
Actividad productiva principal en relación a las unidades domésticas:	*Alfarería*
Tipo de intercambio	*Monetario*
Presencia de intermediarios:	*Sí*
Lugar de venta de los productos:	*En la población*
Distancia a los puntos de venta	*En la población*

Presentamos a continuación un cuadro resumen:

II.2. Antecedentes

Fuentes utilizadas

El caso de la zona del valle del río Maipo, representada por las poblaciones de Pomaire, Talagante y Melipilla, es de la que hemos obtenido un mayor número de referencias, antiguas y una mayor información documental, permitiéndonos realizar una reconstrucción histórica constatando los cambios que se han ido produciendo en las actividades alfareras de Pomaire.

Gracias a la relativamente abundante producción bibliográfica referida a Pomaire hemos podido establecer tres periodos en la modificación de las estrategias de producción: 1) Antes de 1950; 2) 1950-1970; 3) 1970-1999.

Las fuentes que hemos utilizado son los trabajos de Graham (1982), Borde y Góngora, (1956), Valenzuela (1955) y Pérez (1973). Como fuentes secundarias hemos utilizado a Valdés y Matta (1986), además de la información oral obtenida por nosotros. El trabajo de Valdés y Matta (1986) recoge un gran número de entrevistas realizadas a las alfareras de la población, que hacen referencia a sucesos acontecidos desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

A través del trabajo de Valenzuela (1955) y Valdés y Matta (1986) sabemos que con el inicio de la comercialización de la cerámica se desarrolla todo un proceso de modificación de la organización social de la producción. La comercialización de la cerámica da comienzo en 1853, cuando el cacique local Juan Bautista Salinas inició salidas anuales al mercado de Lo Cardonal en Valparaíso, para vender la *loza* (Valenzuela, 1955 y Valdés y Matta, 1986).

Aunque el trabajo de Valenzuela (1955) se refiere a la producción que él pudo documentar personalmente, la comparación con las informaciones de Graham (1822), Borde y Góngora (1956) y los testimonios de *loceras* publicados por Valdés y Matta (1986) nos hace pensar que la fabricación de la cerámica utilitaria apenas había cambiado con respecto a las visitas de Graham (1822) a Talagante y Melipilla. Al respecto Valdés y Matta (1986: 76) expresan: «*El proceso de producción de loza fue asumido casi enteramente por las mujeres, a lo menos hasta finalizada la primera mitad de este siglo*».

Los testimonios de Graham (1822: 185, 186, 192) sobre su visita a Melipilla y Talagante muestran una producción muy parecida a la de Pomaire documentada más de cien años después. Sobre la visita a Melipilla escribe: «*visité el taller de una de las más famosas alfareras, a quién hallé ocupada con su nieta en pulir el trabajo del día con una bella ágata. Allí vi la arcilla negra con que fabricaban pequeños artículos como mates, azafates, platos y jarras, que suelen adornar con cabezas y brazos grotescos...*». De Talagante comenta: «*Pasando por Talagante (...) nos detuvimos a saludar al cacique y compramos algunas pequeñas jarras y fuentes de arcilla roja con adornos de una tierra mezclada con piritas de hierro que dan cierta apariencia de polvo de oro. Talagante es una aldea muy poblada y parece que en todas las chozas las mujeres se dedican a la alfarería*».

Valenzuela (1955) documenta en la década de los cincuenta cómo junto a la cerámica utilitaria (fig. 13:1-4), se empieza a fabricar juguetería y miniaturas (fig. 13:6) y formas utilitario-ornamentales (fig. 13:3). La fabricación de miniaturas ha sido siempre una estrategia utilizada en el proceso de aprendizaje. En la actualidad prácticamente se ha abandonado la fabricación de grandes vasijas. Al mismo tiempo se introduce el horno de una sola cámara para la cocción. Es decir, cambian los tipos y la tecnología y se continúa con cambios profundos en la organización del trabajo, como la introducción de mano de obra masculina.

Finalmente Amelia Pérez (1973) en su plan para el desarrollo de la comunidad de Pomaire recoge los primeros datos de la adopción del torno por algunos habitantes masculinos de la población, confirmados por diferentes testimonios orales.

II.2.1. La tipología

Las formas cerámicas, probablemente, fueron las mismas desde tiempos de la colonia hasta principios del siglo XX. Se trata de vasijas utilitarias de tamaño medio como:

• *Ollas para sahumerio:* Vasijas utilizadas como inciensiarios. En la época se pensaba que mediante el ahumado se conseguía alejar el mal y atraer el bien.

• *Olla colorera*: Recipiente utilizado Para hacer el *colo*. Salsa hecha con grasa y ají de color rojo.
• Cántaros para el agua.
• *Callanas*: Tiestos sin borde y con base hemisférica donde se tostaba el trigo y el maíz. Se siguen fabricando en la actualidad con algunas variaciones tipológicas pero con la misma función.
• *Desarenadores* para la minería: Platos lisos y extendidos sencillos utilizados para desarenar en el río cuando se iban a buscar pepitas de oro.
• Tinajas para almacenar alimentos.
• *Pailas:* Vasijas poco profundas y abiertas con base hemisférica y dos asas utilizadas para preparar el *pastel de choclo* (humita, mazorca de maíz). Tipo y función se mantiene en la actualidad ligado al mantenimiento de algunas tradiciones culinarias (fig. 15:3).
• Fuentes o *lebrillos*: vasija más ancha por el borde que por el fondo, y que sirve para lavar ropa, aseo personal y otros usos.

Diferentes autores relatan la fabricación de grandes vasijas por mano de obra masculina (Valdés y Matta, 1986; Graham, 1822, Valdés 1991, etc..), pero esta producción se realizaba en contextos industriales y los productos fabricados eran grandes contenedores destinados principalmente a almacenar vino.

En la década de los años cincuenta del siglo XX Valenzuela (1955: 24) documenta la continuación de la fabricación de algunas formas utilitarias con una función culinaria definida (fig. 13:1-2,4) y la aparición de juguetes, miniaturas y formas escultóricas u ornamentales (fig. 13:3).

Dentro de las formas utilitarias destacan las vasijas para la manipulación de alimentos de tamaño grande y mediano, cuya función es doméstica y utilitaria (fig. 13:1,4). Es el tipo más extendido y se caracteriza por su aspecto rojo oscuro dado por el engobe.

Las vasijas miniaturizadas tienen una función decorativa y no sobrepasan algunos centímetros de altura (fig. 13:4,6). Aunque el mayor volumen de producción se lo lleven las formas utilitarias con función culinaria y de almacenaje, Valenzuela (1955: 32) describe esta artesanía como la más característica de Pomaire, pero continúa diciendo «*es justo argüir que esta verdadera especialización artesanal no es la más difundida entre esta gente*». Dentro de este grupo se pueden incluir juguetes, miniaturas decorativas, candelabros o *mates* (fig. 13:3) entre otros. Estas miniaturas también llamadas juguetes están inspiradas en formas de menaje casero (fig. 13:6).

Las formas ornamentales son piezas escultóricas y tanto el productor como el consumidor le dan una función decorativa. Son formas artísticas puras, es decir, no tienen ninguna función más allá de la decoración. Esta producción es aún más reducida y Valenzuela (1955:33) sólo pudo documentar una joven artesana (Julia Vera).

Las formas ornamentales, utilitario-ornamentales y las vasijas miniaturizadas han ido ganando aceptación con el paso del tiempo y en la actualidad constituyen la mayoría de la producción hecha a mano de Pomaire.

En los años setenta la cerámica que se factura es tanto utilitaria como ornamental. Ante la aparición del torno, la cerámica es en un primer momento eminentemente utilitaria, aunque en algunos casos el trabajo posterior al torneado realizado por alguna alfarera puede suponer el añadido de elementos decorativos. Es en este momento cuando se introducen los maceteros, que llegarán a constituir una parte importante de la producción hecha

a torno de la población.

II.2.2. La cadena operativa tecnológica

El sistema de fabricación hace referencia a la fabricación de cerámica utilitaria. La tecnología de fabricación que presentamos a continuación fue probablemente la que se realizó en Pomaire y en el resto del Chile central durante siglos.

Por lo que se refiere a la cerámica escultórica u ornamental nos parece que sale de nuestro estudio, además de presentar una fabricación: *«semejante en todas partes, en todos los artistas y en cualquier cultura ya que para ello se emplean los naturales instrumentos de las manos»* (Valenzuela, 1955: 28). Motivo por el cual no se describe su sistema de fabricación en profundidad.

Fase I: arcilla y materias primas en estado natural

Diferentes autores han mencionado la buena calidad de los depósitos de arcilla en la zona cercana al río Maipo (Borde y Góngora, 1953; Graham, 1822; Valdés y Matta, 1986).

Al respecto, Graham (1822: 185) comenta: *«Allí -al Este de Melipilla- bajo una capa de tierra vegetal negra se encuentra la arcilla roja, casi tan dura como la piedra» y más adelante continua «Allí vi la arcilla negra con que fabricaban pequeños artículos (....) y matizan con las tierras blancas y rojizas que abundan en estos lugares»*. De estas palabras se percibe que en la cuenca del Maipo, cerca del río se trabajaba con diferentes tipos de arcilla, una roja, otra negra y arcillas blancas.

En 1911 (según Esperanza Ahumada en Valdés y Matta, 1986) la privatización de las tierras vecinas a la población de Pomaire provocó la reducción del espacio utilizado para las actividades alfareras. Don José Barros, según Esperanza Ahumada (Valdés y Matta, 1986: 176) «*compró los terrenos próximos a Pomaire sembrando viñas y echando caballos y vacas*». Con el tiempo las ceramistas ya no pudieron usar libremente esas tierras, utilizadas durante años como espacio comunal para la obtención arcilla y combustible para la cocción.

La materia arcillosa se obtenía hasta los años setenta de las laderas superiores del Cerro de la Cruz, a unos quinientos o mil metros al Sur de la población. La arcilla se recogía en la superficie de forma gratuita. Se recolectaba en grandes trozos por las propias alfareras o *«por algunos muchachos traviesos y ociosos que deseosos de ganarse algún corte la llevan hasta los numerosos talleres caseros»* (Valenzuela, 1955: 20). También de los estratos del subsuelo alcanzados al hacer zanjas no muy hondas de los lugares del llano del mismo pueblo, aunque pagando al dueño del terreno sino se tenía en propiedad (Valenzuela, 1955).

La arcilla se trasportaba mediante carretillas. Las familias menos pudientes transportaban la *greda* en sacos (Valdés y Mata, 1986). Algunas alfareras relatan que iban dos o tres veces a la semana a recoger *greda*. (Valdés y Mata, 1986).

El engobe (*colo*) utilizado era una arcilla muy rica en óxido de hierro. El óxido ferruginoso sólo se encuentra en ciertos lugares del territorio. El *colo* se obtenía muy puntualmente, quizás una o dos veces al año, aprovechando viajes a la zona para otras actividades. Se mezclaban arcillas procedentes de la costa, denominadas *colo* costino, (de los cerros cercanos a Ibacache y Cartagena principalmente), con otras procedentes del interior, denominadas *colo santiaguino* (cerro de San Cristóbal), cerca de Santiago.

A principios de la década de 1970 las alfareras compraban la *greda* preparada

industrialmente a trasportistas procedentes de San Antonio y Valparaíso, aunque las mujeres más pobres siguieron obteniendo la arcilla de cerros vecinos (Pérez, 1973).

El combustible utilizado se obtenía de los terrenos cercanos también de forma gratuita. Consistía en madera procedente de diferentes tipos de árboles y de guano recogido en los alrededores donde pastaban caballos y vacas (Valenzuela, 1955: 23).

Además de la recolección fortuita en los *fundos* vecinos el combustible era traído por los hombres que trabajaban como inquilinos en los *fundos* cercanos. A partir de los años setenta del siglo XX, la leña se obtiene mediante la compra a trasportistas que venían a venderla.

Fase II: preparación de la pasta

La arcilla, una vez en las casas, se desmenuzaba y rociaba con agua para reblandecerla un poco. Para darse más prisa y que no se volviese a secar se tapaba con pedazos de sacos y trapos viejos humedecidos. Una vez ablandada la arcilla se colocaba sobre un saco triguero extendido en el suelo, o sobre una piel de animal y con el pie descalzo y apoyando el otro sobre el terreno para aguantar el equilibrio se iba pisando la *greda*. Esta operación se repetía todos los días (según Ester Guzmán en Valdés y Matta, 1986). De vez en cuando, el pie con el que se amasaba se introducía dentro del agua y se continuaba amasando (Valenzuela, 1955:20). Esto era debido a las características grasas y permeables de la arcilla, y para que no se pegase arcilla a la piel dificultando el amasado.

La preparación del engobe (*colo*) se realizaba echando terrones a remojar en agua dentro de una vasija durante horas. Cuando el líquido era suficientemente pastoso se colocaba en pequeñas cantidades sobre una piedra de moler.

Generalmente, se mezclaban los dos tipos de arcilla «*mi mamá lo revolvía con el colo santiaguino y le quedaba bien bonito, le daba el mismo color (...) Mi mamá lo dejaba igual que el colo santiaguino para el otro día, y después le botaba el agua, lo clarito y el conchito lo revolvía con el colo santiaguino, y con eso encolaba*» (Según Teresa Muñoz, en Valdés y Matta, 1986: 84).

El *colo santiaguino* se molía: se iba poniendo un poco de pasta y agua y con una piedra de mano se molía, gracias a una zanja en la piedra iba cayendo en un recipiente, donde se iban decantando las arenas quedando sobre la superficie sólo las arcillas ferruginosas. Esta operación era posible por la menor densidad de la arcilla en relación con los guijarros y arenas.

El *colo costino*: «*se remoja, no más, en un lavatorio, y se refriega con la mano, va refregándose, refregándose y se va deshaciendo, porque es blando, no es piedra como el colo santiaguino*» (Según Teresa Muñoz, en Valdés y Matta, 1986: 84). Este tipo de engobe más difícil de conseguir, pero más fácil de usar, no era tan utilizado como el *santiaguino*.

Con la aparición en los años cincuenta de la fabricación de juguetes, debido al pequeñísimo tamaño que tenían *«la arcilla preparada de la manera descrita anteriormente, no es suficientemente apta para la fabricación de estas minúsculas piezas, por lo que, además de aquellas operaciones preparatorias, necesita una mayor depuración en los materiales»* (Valenzuela, 1955: 26). Esta depuración de las inclusiones minerales y las impurezas se realizaba mediante decantación.

La privatización de tierras, limitó el proceso de obtención de materias primas. Se inició a principios de siglo y no fue hasta comienzos de la década de los 70 cuando se limito drásticamente el acceso a los terrenos donde se podía obtener la arcilla. A su vez la

imposibilidad de acceder a los puntos de abastecimiento de materias primas provocó la introducción de la máquina de moler *greda* llamada *molinillo* (fig. 15:1) y por tanto se inicia la compra de arcilla ya preparada. Con la introducción de maquinaria se mejora el tiempo de trabajo, al ser innecesario sacar de la *greda* sus impurezas (*desgredar*). Este método consiste en la separación de la arcilla, que se deposita abajo de una pequeña piscina y el agua, que va quedando arriba progresivamente se va sacando. La pasta resultante (*pelusa*) es muy fina y demasiado plástica, por lo que no puede ser utilizada en el modelado de piezas a mano que no sean de pequeño tamaño. La arcilla resultante del proceso de decantación no necesita más proceso que el de una evaporación del agua que se encuentra en la pasta para conseguir una consistencia plástica. En la mayoría de casos, la *greda* se compraba a algunos vecinos que poseían maquina de moler y piscina de decantación. En ocasiones, cuando la materia prima procedía de los cerros vecinos, al no ser de tan buena calidad, también se molía (Pérez 1973). Este proceso se generalizó en torno a los años setenta. La arcilla provenía de zonas de fuera de Pomaire, de cerros cercanos y de las propias tierras donde se ubica la población y, por tanto, molida en la aldea.

Fase III: arcilla esta en estado fresco

El modelado (*armado o levantado*) de las vasijas se realiza cuando la arcilla está en estado fresco. Este proceso ha sido muy bien documentado por Valenzuela (1955: 23-26).

Antes de iniciar el modelado propiamente dicho se hacía una bola y se golpeaba un rato entre las manos, para hacerlo más compacto. Seguidamente se aplanaba dándole un grosor uniforme (Valenzuela, 1955:24).

La forma de disco que se conseguía en el amasado se utilizaba como fondo e inicio de las paredes laterales. Después, se colocaba en una tabla cuadrangular de madera que las alfareras apoyaban sobre sus rodillas (sobre la que se depositaba arena fina para que no se pegase la arcilla a la tabla). Se iniciaba entonces el levantado de la pieza mediante la técnica de urdido: *«la alfarera toma un pedazo de arcilla y sobándolo cuidadosamente le va convirtiendo en un largo rulo o rodete que pronto es adherido sobre los muñones ya citados»* (Valenzuela, 1955: 25).

Norma Riquelme (Valdés y Matta, 1986:83) expone un sistema diferente de confeccionar la base (*preparar el canquito*): *«Antiguamente para hacer loza, usted armaba unos cancos, unos como conos –ellos les llamaban cancos y yo le digo a usted que son igual que los conos, medios anchos de aquí-; entonces se dejaba en la noche armado eso y al otro día la persona le iba dando la forma de lo que quería hacer, una olla, una paila o una fuente»*.

A continuación, la artesana borraba las uniones y les daba un grosor uniforme a las paredes ayudada por los dedos y el canto de una herramienta llamada *mate* (trozo de calabaza de forma hemisférica). Esta herramienta daba la curvatura interior de la pieza al adaptarse a perfiles curvilíneos diferentes. La unión exterior de los rulos se realizaba con los dedos y la interior con el *mate*.

Una vez levantadas las paredes de la vasija se pasaba a confeccionar el labio y boca de la pieza: *«para ello se recurre al auxilio conjunto y sincronizado de la presión del mate sostenido por los dedos de la mano derecha y a la contrapresión del canto externo, ejercido por el dedo meñique de la mano izquierda»* (Valenzuela, 1955: 25). Seguidamente se pasaba por la superficie el *cordobán* (trozo de cuero) con el objetivo de alisar y homogeneizar del labio (fig. 14:4).

Después de la confección (*armado*) de la pieza se iniciaba el proceso de *orejar*, que consistía en colocar las asas de cinta a la pieza (el número y posición podía variar). Los dos

extremos de estos elementos de prensión se unian al cuerpo colocando un poco de *barbotina* y presionando dichas partes.

Finalmente se llevaba a cabo «lo que podría considerarse el acabado de la obra» (Valenzuela, 1955: 25). Esto es la *degradadura o llanta (raspado)* que consistía en el empleo de un pequeño *zuncho* (pequeño palito que puede estar pulido) que también se podía llamar *llanta o degradador* con cuyo canto afilado se iba quitando la *greda* que la alfarera estimaba que sobraba. También se utilizaba para igualar el grueso de las paredes en toda la pieza. La operación sólo se realizaba exteriormente ya que en la superficie interior se homogeneizaba con la utilización del mate en el proceso de levantado de la pieza.

Con posterioridad a la *degradadura* se realizaba la operación de «*componerla con la callana*» (Valenzuela: 1955: 25). Por *componer* se entiende el alisamiento de la superficie externa con la *callana*. La callana no es otra cosa que un pedazo de cerámica rota.

Se continuaba con el *lustrado* al agua, es decir: pulir, interior y exteriormente, con una pequeña piedra de río, lisa y de forma oval.

En los años cincuenta del siglo XX se empiezan a comercializar pequeñas figuras llamadas *miniaturas*. Igual que para las cerámicas utilitarias, antes de iniciar el modelado se amasaba una bola de arcilla entre las palmas de las manos. Esta bola era la cantidad de arcilla necesaria para el modelado. Después del amasado la bola de arcilla se aplastaba fuertemente hasta ser trasformada en un pequeño circulito. Este disco se empezaba a combar empleando el dedo corazón de la mano derecha y girando la arcilla sobre la palma de la mano izquierda extendida. Por medio de este proceso el disco de arcilla se iba haciendo hemisférico y más profundo, utilizando el dedo corazón como molde interior. A continuación, se fabricaba el cuello y la boca de un diámetro similar al dedo que estaba introducido en la pieza. Con un pequeño deslizamiento de los dedos pulgar e índice, se daba forma al corto cuello de la boca.

En la década de 1970 se empieza a extender el uso del torno a pedal en la población. En el año 1972 (Pérez 1973) no todos los alfareros poseían tornos a pedal (no será hasta más adelante que se instaure el torno mecanizado). De 275 familias de alfareros, 132 tenían torno a pedal y 143 trabajaban manualmente. Esto podría significar que el 52 por ciento de las familias estaba compuesto por mujeres alfareras que seguían trabajando de forma tradicional, o que contrataban los servicios de un tornero.

Teresa Muñoz (en Valdés y Matta, 1986: 236) explica cómo el torno podría haber llegado en los años treinta de manos de Ernesto Ordóñez pero con seguridad estaba presente en el año 1949. No fue hasta más adelante que se estandarizó el torno: «*El hijo comenzó en trabajar en lo mismo y ahí comenzó la gente a admirar el torno, a hacer la forma del torno y aprender a trabajar en el torno.*»

En general, el torno se utilizaba y se utiliza para la confección de maceteros y las mujeres ayudaban en los procesos posteriores al torneado, como el pulido, engobado y decoración. La mayoría de mujeres obtenian los servicios de torneros itinerantes que iban por las casas modelando a torno (*cortado*) la forma básica de las vasijas utilizando los tornos de las alfareras. Las formas son generalmente platos, floreros...: «*Casi todo lo redondo- los platos, las cocinas, los cacharritos- es cortado a torno (...) Hay cortadores que trabajan en su propia casa, con su torno, pero a uno no le conviene, porque imagínese, tendríamos que llevarle la greda, después ir a retirarla. Es mejor que vengan aquí mismo*» (Ester Guzmán, en Valdés y Matta, 1986: 241).

A la vez, las alfareras que seguían manteniendo una producción de modelado a mano adoptaron progresivamente el uso de la torneta para componer las piezas (fig. 14:3).

Cuando la arcilla está ligeramente seca (*esta a punto*) se empieza a aplicar el engobe

(*encolado*), embadurnando toda la pieza, «*sirviéndose de un pincel, o más comúnmente de una mota de lana de oveja*» (Valenzuela, 1955: 26).

Fase IV: secado primario

Tras todo este proceso, la cerámica se dejaba secar en un lugar fresco, a una temperatura estable y a la sombra (*orear bajo techo*), hasta conseguir un estado de textura de cuero. Generalmente se trata de un espacio diferenciado denominado *secador*.

Fase V: arcilla en textura de cuero

Cuando ya estaba prácticamente seca la pieza se bruñía sobre el engobe (*lustre de colo o lustrar en seco*) con una piedra muy pulida y suave, sin asperezas y pulimentada (piedra de cristal, piedra de ágata o piedra corriente de río). Se bruñía toda la superficie, para conseguir impermeabilidad y un acabado más estético.

En las estrategias de producción en las que se utiliza el torno, a partir de los años setenta, las mujeres entregan al tornero la arcilla (*cortar la greda*) y ellas realizan todo el resto del proceso (*componer la loza*), es decir, agregar todas las partes que salen de las formas circulares básicas (Valdés y Matta, 1986: 124) y los tratamientos de superficie como el bruñido. Se agregan las asas y las decoraciones plásticas, el bruñido a mano y con herramienta de piedra de río pulida y la aplicación de engobe (*echar colo*). Las alfareras se encargaban de trabajar la arcilla desde que adquiría la textura de cuero, mientras que el levantado de la pieza en estado fresco la llevaba a cabo el tornero.

Estas alfareras llevaban a cabo el proceso de colocación del asa o asas (*orejar*) mediante la confección de un rulo (*piulo, lulo o rodete*) muy delgado, que se pegaba al cuerpo con *barbotina* cuando la arcilla estaba en textura de cuero.

Fase VI: secado secundario

Con este secado se pretende que la arcilla haya perdido totalmente el agua presente en la pasta antes de ser sometida a la cocción.

Fase VII: arcilla en estado seco

No realizaban acciones de modelado cuando la arcilla ya estaba seca, pues se corría el riesgo de que se fracturase. Las pocas acciones que se realizaban en esta fase correspondían a errores de la alfarera en la identificación del estado de secado de la arcilla.

Fase VIII: cocción

Hasta la generalización de las *hornillas* (hornos de una sola cámara) en 1950 la cocción se realizaba de forma rústica: se hacía en simples hoyos o agrupándose las cerámicas más pequeñas en montones y recubriendo las piezas totalmente por leña o estiércol de animales: «*En el suelo se ponía bosta de animal con hojas de eucaliptus, se hacía una cama y ahí se ponía toda la greda y se tapaba con bosta*» (Según Esther Guzmán en Valdés y Matta, 1986: 86). También podía ponerse *«una camadita de leña, más encima bosta de buey seca y ahí se amontonaba la loza, toda amontonada, la olla grande abajo. La paila grande, hasta los más chiquitos arriba. Encumbradita era la pila. Ahí le acercaban fuego por todos lados y quemaban toda la tarde. (...) Mi abuelita era la que lo sabía todo el trabajo. Ella misma les enseñaba a los hombres cómo hacer la pila, porque eso lo hacían los*

hombres.» (Según Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986: 225). La disposición de gran cantidad de ganado permitía la utilización de las bostas como combustible.

Se cocía hacia el mediodía, durante toda la tarde y una vez al mes: las piezas grandes abajo y las piezas pequeñas arriba. (Según Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986: 87).

Las hornillas llegaron a Pomaire sobre los años treinta. Las trajo un alfarero que trabajaba en maceteros: «*llamaba Ernesto Ordóñez, y se vino porque tenía a los papás aquí. Allá aprendió los maceteros y cómo se quemaba en las hornillas y trajo estos modelos de hacer hornos y quemar ahí. Después, como vio la gente que se trabajaba menos y quemaba buena loza, todos comenzaron ha hacerlo así*.» (Según Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986: 225).

Los hornos de cocción se introdujeron en la década de los treinta y ya en 1950 la hornilla era de uso relativamente generalizado (Valdés y Matta, 1986: 87; Valenzuela, 1955: 21). Uno de los motivos de esta sustitución podría corresponder a la necesidad de optimizar el combustible, ante la privatización de las tierras y *fundos* cercanos que provocó una limitación en el acceso a las materias primas (Según Esther Guzmán en Valdés y Matta, 1986).

Los hornos cerámicos eran originalmente de planta circular (fig. 14:1-2), pero con el tiempo los hornos cuadrangulares se fueron generalizando (fig. 15:6-7). Valenzuela (1955: 21) comenta *«sólo, en una ocasión, tuve la oportunidad de ver una hornilla de planta cuadrangular»*. Eran hornos tubulares de una sola cámara construidos con paredes de ladrillo corriente de 20 cm. de ancho, recubiertas por una capa de barro y paja (Valenzuela, 1955: 22).

Este tipo de construcciones tienen una pérdida de calor considerable, tanto por su estructura tubular que produce una salida por la parte superior, como por el tipo de pared. Esta falta de ahorro térmico impide una temperatura de cocción elevada y un gasto de combustible continuo para mantener el calor en la cámara.

La cámara de combustión estaba separada de la de cocción de las piezas por una parrilla fabricada con desechos de hierros y encima se cubría con trozos de vasijas rotas (fig. 14:1). Esto servía para proteger las piezas de los aumentos directos de calor provocado por las llamas y así, evitar que las piezas más pequeñas cayesen al fuego. Aunque sea una cocción directa de una sola cámara, la colocación de fragmentos cerámicos hace que la cocción sea, en cierta medida, indirecta.

El tamaño era relativamente pequeño, no permitiendo realizar grandes cochuras comunales: *«Todas estas hornillas son pequeñas; algunas como la propiedad de la familia Vera, apenas alcanzan una altura de 0,65 m. por 0,74 m. de diámetro. La más grande pertenece a la familia Guerrero y alcanza una altura de 1,31 m. por 1,34 m. de diámetro, incluyendo la del montículo que la rodea y sirve de base»* (Valenzuela, 1955: 22).

La carga se realizaba por la parte de arriba del horno y una vez rellenada la cámara tubular se tapa con una plancha de calamina que luego se cubría con barro y trozos de ladrillos para evitar una pérdida de calor excesiva y una sujeción de la tapa (fig. 14:2).

Antes de iniciar la cocción se realizaba un calentamiento del horno con basuras de todo tipo y las piezas se secaban definitivamente antes de encender la cocción, evitando que estallasen durante los primeros momentos de la cocción por el rápido aumento de la temperatura y el contacto directo con las llamas.

La temperatura de cocción no alcanzaba más de 700- 750 grados, por lo que el uso del horno no supuso un aumento considerable de la temperatura respecto a la cocción abierta (esta debía ser de unos 600-700 grados). El motivo del mantenimiento de una baja temperatura de cocción podría ser la alta concentración de óxido de hierro en las arcillas, lo

que las hace más fusibles. La duración de la cocción era de unas cuatro o cinco horas de fuego mantenido (Valenzuela, 1955: 23).

Al mismo tiempo algunas unidades productivas continuaban cociendo las vasijas en pilas de superficie una vez a la semana: «*Se juntaba la loza y se cocía una vez al mes, no como ahora que cocemos todas las semanas*» (Según Esther Guzmán en Valdés y Matta, 1986: 86).

Fase IX: arcilla en estado cocido

La apariencia final de las cerámicas era de coloración más homogénea al estar las cerámicas separadas del fuego por fragmentos de piezas. Pero aún así las llamas estaban en contacto con la cerámica, aunque de forma menos intensa y durante menos tiempo. Al respecto, Valenzuela (1955: 23) comenta: «*tiene el gravísimo inconveniente, una vez puesta la tapa, dar al reverso de ésta una superficie planiforme que obliga a los haces de llamas en constante ascensión*».

II.2.3. Contexto económico de producción

Las modificaciones en el contexto económico de producción en Pomaire están condicionadas por las salidas que realizaba a Lo Vázquez, un cacique local, a partir de 1853 para vender la loza, como ya se ha comentado anteriormente. A partir de estas salidas se inicia un proceso de mercantilización de la producción y se ponen las bases para una marcada especialización alfarera, condicionada por una distribución de la producción hacia puntos de consumo más lejanos. Desde finales del siglo XIX coexisten tres sistemas de mercantilización de los productos, que se mantendrán hasta avanzado el siglo XX: el trueque, la venta en la aldea y las salidas periódicas (Valdés y Matta, 1986).

Antes de las visitas continuadas a Valparaiso y Lo Vázquez la casi totalidad de la producción era intercambiada mediante trueque en los *fundos* y poblaciones cercanas.

En las ciudades de Talagante y Melipilla se observa una mercantilización de la producción en los centros tradicionales de producción, aunque se sigue fabricando en contextos domésticos. En relación al sistema de distribución de los productos en 1822 (Graham, 1822: 192) tenemos indicios de la venta de forma mercatil en las ciudades cercanas a Pomaire de Talagante y Melipilla: «*Pasando por Talagante (...) nos detuvimos a saludar al cacique y compramos algunas pequeñas jarras y fuentes de arcilla roja con adornos de una tierra mezclada con piritas de hierro que dan cierta apariencia de polvo de oro*». Deducimos entonces que, como mínimo, gran parte de la distribución de la producción se destinaba a la venta y se realizaba en el mismo lugar de producción, que era la casa.

Graham (1822) no menciona ni la población ni los productos de Pomaire. Pensamos que al visitar las cercanas poblaciones de Melipilla y Talagante, con una producción cerámica de carácter mercantil, si hubiera existido una comercialización y aumento de la distribución de la producción de Pomaire estaría presente en los talleres y puntos de venta de los centros urbanos. Esto nos permite sugerir que en Pomaire existía una producción de tipo autosuficiente que abastecía únicamente a los *fundos* cercanos.

Salidas periódicas y comercialización

Con el tiempo, la gran mayoría de las ventas se realizaba en la romería de Lo Vázquez una vez al año. Se tardaban tres días en realizar el trayecto y la caravana, que se realizaba cada año, estaba compuesta por cuatro carretas. Se dedicaba casi un año a la preparación de los objetos preparados para la venta (Borde y Góngora, 1953; Valenzuela,

1955). Años después, la venta pasó a realizarse en la romería de Lo Vázquez que estaba más cercana a la población.

Se inicia un proceso donde las mujeres son desplazadas progresivamente de la distribución de los productos. Esta situación provoca que cada vez haya más productoras independientes, comerciantes independientes y menos productoras que comercialicen directamente la producción. En este proceso el hombre adquiere un papel significativo, al realizar el intercambio a mayores distancias. La introducción del hombre se ha relacionado con la adquisición de un valor mercantil de los productos cerámicos.

Teresa Muñoz (Valdés y Matta, 1986: 229) relata «*Cuando mí papá iba a vender loza a Santiago (antes de 1949). También cuando iba al Viaje de la Purísima, el 8 de diciembre...*». La comercialización de la loza refleja un avanzado grado de monetarización de la producción. Pero la distribución de largas distancias y hacia Santiago pudo ser muy marginal. Además de hacia Santiago, la producción se dirigía hacia Casablanca y Valparaiso. A una distancia más corta se encontraban Ibache, El Carmen, María Pinto, San Pedro, Alhué o Chocalán (fig. 16:1).

Cuando las mujeres eran viudas, solteras o divorciadas ellas mismas realizaban la distribución de los productos a corta y larga distancia, aunque a veces podían encomendar el trabajo a algún familiar masculino o a algún otro vendedor de loza si no tenían carreta para desplazarse.

La venta se relaciona con mercados urbanos y largas distancias, siendo un asunto masculino: Valparaíso, Lo Vázquez y Santiago.

La distribución de productos a distancias largas era más estacional: se trasportaban más vasijas (gracias a la capacidad de las carretas), pero debido a la distancia se realizaban menos desplazamientos (tres o cuatro viajes al año). En este caso, el intercambio se llevaba a cabo en la época de abril y mayo, que es cuando se recogen las cosechas.

Intercambio a corta distancia y trueque

Cuando las distancias eran cortas, la distribución la siguió realizando la mujer, generalmente mediante trueque: *«íbamos con un canasto, con loza para los fundos Chiñigüe, El Marco y El Tránsito»* (según Ester Guzmán, en Valdés y Matta, 1986: 90). El lugar de intercambio dependía de la amistad entre alfareras y éste siempre era entre mujeres. Los desplazamientos se realizaban una o dos veces al mes, en un viaje de uno o dos días y normalmente sólo en los meses de la estación veraniega.

La loza era usada por los propios campesinos como objetos utilitarios de uso común, principalmente para el procesado y la conservación de alimentos, aunque hay cerámicas que sirven en la minería y como objetos rituales. Las cerámicas eran intercambiadas por alimentos por las mujeres que llevaban sus productos a los *fundos* y de allí traían alimentos. Se realizaban cortos viajes a zonas cercanas en una situación premercantil. (Valdés y Matta, 1986: 76). Cuanto más grande era la pieza, más productos se podían obtener. El proceso de intercambio (*chaveleo, trocado*) consistía en intercambiar una olla por los productos pactados (*porotos, choclo*...) que cabían dentro. El intercambio se desarrollaba entre mujeres alfareras y campesinas.

El trueque aparece ligado al intercambio entre mujeres, el canje de loza por alimentos y la distribución a distancias cortas. Hacia el Noroeste: Ibacache, Casablanca, Lo Vázquez; hacia el suroeste camino de Melipilla y Chocalán; hacia el Norte El Carmen y María Pinto; y hacia los *fundos* vecinos de El Marco, El Tránsito, La Palma y Chiñigüe (fig. 16:1).

El sistema principal de obtención de recursos era, según un estudio de Borde y

Góngora (1953) la agricultura. Los pobladores no tenían tierras propias, por lo que se dedicaban a la agricultura como peones en estancias o *fundos*, donde pasaban grandes temporadas sin lograr afincarse. El trabajo masculino era por cuenta ajena en tareas agrícolas. Valenzuela (1955: 3) relata el trabajo estacional del hombre: «*éste, por su parte, durante el verano se dedica a la cestería; en el otoño, invierno y principios de primavera, al beneficio del cerdo. Pero la gran mayoría trabaja como obreros campesinos en los fundos que rodean al pueblo*».

Este fenómeno puede vislumbrase mediante la consulta de los diferentes mapas prediales elaborados a lo largo del tiempo: Hasta 1775 aparece una pequeña extensión de tierra adscrita, primero a los indios de Pomaire y después al pueblo de Pomaire. En 1953 las pocas tierras de los indios aparecen adscritas a los terrenos de la Viña de Pomaire.

Las mujeres, aunque también podían trabajar como peones agrícolas, se dedicaban principalmente a la fabricación de cerámica. Las familias obtenían la mayoría de sus ingresos de la agricultura. En cambio, la alfarería tenía un papel secundario, no tanto por la inversión en tiempo de trabajo, sino por la cantidad de ingresos que se obtenían.

En la década de los cincuenta del siglo XX la práctica totalidad de las mujeres de Pomaire trabajaban en actividades alfareras. Se dedicaban a las labores domésticas permaneciendo en la aldea además de otras actividades como la elaboración de la *greda* y el mantenimiento de los pequeños huertos domésticos.

La demanda nunca fue muy alta hasta los años cincuenta: «*No tenía mucha salida la greda en esos años, pasaban llenos de greda los patios porque no se vendía*» (Según Esther Guzmán en Valdés y Matta, 1986: 250). A partir de estos momentos algunas alfareras controlan gran parte de la producción contratando a otras alfareras: «*Mi mamá, Dolores Cartagena se llamaba, también trabajaba con otras señoras, porque en este trabajo se necesitan manos para trabajar. Una señora sola no puede hacerlo; puede trabajar pero poquito. Para pedidos grandes como hacen, sus cien pailas, sus cincuenta ollas, se necesitan manos*» (Según Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986: 228).

Con posterioridad a los años cincuenta la producción apenas se dirige ya al consumo de los *fundos* vecinos y se orienta hacia el consumo urbano. El sistema de distribución mediante trueque se continuó realizando igual que en épocas anteriores, pero de una forma marginal. Parte de la cerámica producida era llevada a Santiago y la costa: «*Su distribución en la capital, tanto en mercados como entre particulares es fácil, dado el alto interés del coleccionista nacional y del turista extranjero*» (Valenzuela, 1955; 41). Pese a todo ello las grandes ventas se continuaron realizando una vez al año en la romería de Lo Vázquez.

Es difícil precisar la demanda existente con posterioridad a los años cincuenta. Valenzuela (1955: 22) explica que no se trata de una producción contínua, ni a gran escala. La aparición de los hornos circulares de una sola cámara (*hornillas*) puede hacer pensar en un aumento de la producción. Pero estas cocciones no suponen un aumento considerable de la temperatura, ni un ahorro de combustible, ni tampoco el inicio de grandes cocciones colectivas. De hecho, el número de vasijas cocidas podría no haber variado mucho respecto a las hogueras de superficie.

En los años 70, el sistema principal de obtención de recursos pasa a ser la alfarería; de 330 familias 275 obtenían la mayoría de sus ingresos de esta actividad (Pérez, 1973). La agricultura por cuenta ajena y la subsidencia basada en los pequeños huertos familiares de la aldea pasa a tener un papel secundario en la obtención de ingresos. La relación económica entre los miembros del grupo familiar se unifica. Es entonces cuando la mano de obra femenina es marginal en el trabajo alfarero y la mano de obra masculina es marginal en la

agricultura. Podemos decir que la alfarería se había expandido en detrimento de la agricultura y que la mano de obra masculina había desplazado a la femenina en el trabajo alfarero.

Pérez (1973) documentó 245 familias con taller, lo que podría evidenciar la generalización del trabajo alfarero masculino. En 1970 todavía 30 familias utilizaban la casa como lugar de trabajo (Pérez, 1973), aunque eran una minoría respecto a las casas que disponían de espacios diferenciados.

II.2.4. Organización del trabajo

Los datos obtenidos acerca de la manera de organizar el trabajo nos han permitido evaluar cómo era la división sexual del trabajo, el control de la producción, los sistemas de relaciones laborales y el proceso de aprendizaje.

Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, el trabajo alfarero en Pomaire fue exclusivamente femenino.

En Talagante, cerca de Pomaire en 1822 la mayoría de mujeres se dedicaba a la alfarería según comenta Graham (1822: 192): «*Talagante es una aldea muy poblada y parece que en todas las chozas las mujeres se dedican a la alfarería*» o Valdés y Matta (1986: 76): «*El proceso de producción de loza fue asumido casi enteramente por las mujeres, a lo menos hasta finalizada la primera mitad de este siglo*».

Valenzuela (1955: 3) describe: «*el hombre sólo excepcionalmente se enreda en este oficio, y cuando así acontece, lo hace como simple colaborador ocasional de las mujeres que viven en su hogar*». Valdés y Matta (1986: 42) comentan «*Pomaire durante la primera mitad de siglo comprometía trabajo familiar y, dentro de la familia, el trabajo femenino*».

El trabajo masculino de la loza se reduce a las tareas menos especializadas y que requieren menos conocimientos. La introducción del hombre en la alfarería se considera un tabú social: «*si antes los hombres no trabajaban en la greda, los miraban mal: apollerados, les decían*» (Valdés y Matta, 1986).

Aún cuando el hombre comienza a ayudar a la alfarera de forma más o menos sistemática, el control de la producción sigue en manos de la mujer y la ayuda es parcial, momentánea, subalterna, eventual o fortuita (Valdés y Matta, 1986: 77). La ayuda, como hemos dicho, se refiere a las actividades no especializadas como la obtención de las materias primas, la mezcla de la pasta, la colocación de las cerámicas en la cocción o la distribución y venta de los productos.

No resultaría extraño que aunque el trabajo estuviera completamente controlado por la mujer, excepcionalmente el hombre ayudara a su familia en algunos pasos poco especializados de la producción.

En ocasiones, también podía darse el caso de que la extracción y pisado de la *greda* la realizase el marido (Esperanza Ahumada en Valdés y Matta, 1986). Las arcillas utilizadas para el engobe también las podía obtener por el marido. Estas arcillas estaban a mayor distancia y eran obtenidas en viajes realizados para vender loza.

Cuando no existían hombres para ayudar en las tareas de extracción de la *greda*, ésta podía sacarse del mismo sitio donde vivían las alfareras (Esperanza Ahumada en Valdés y Matta, 1986).

Algunas alfareras de mejor posición social contrataban a trabajadores para tareas agrícolas y, además, realizaban la recolección de la *greda* en los cerros (Mercedes Rosas en Valdés y Matta, 1986). Las alfareras más acomodadas contrataban a hombres asalariados para amasar la arcilla, eran grupos de dos o tres que iban por las casas de forma rotatoria.

También se contrataba a los hombres para que prepararan la cocción (Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986).

El sistema de relación de trabajo era variado y dependía de la posición social y el contexto familiar. Las entrevistas realizadas a alfareras de Pomaire por Valdés y Matta (1986) sugieren que las diferencias respecto a la forma en que se asumía y realizaba el proceso productivo, dependía principalmente de la posición social de las alfareras. Algunas controlaban la totalidad de la producción, otras trabajaban para otras, las de mayores recursos eran ayudadas por hombres (asalariados, maridos, hijos o hermanos). Además, entre ellas podían realizarse asociaciones temporales en el trabajo.

El trabajo comprometía generalmente a mujeres de una misma familia. El control de la producción estaba en manos de la alfarera de mayor edad de la unidad doméstica. A su cargo podía tener a hijas y a nietas. Éstas eran ayudadas en las tareas de pisado y la extracción de la materia prima.

Si las mujeres eran la cabeza de la familia al ser viudas, solteras o separadas ellas realizaban todo el proceso de producción. De igual forma actuaban algunas mujeres casadas por tradición o por la ausencia del marido que trabajaba como inquilino o asalariado en las haciendas vecinas.

El trabajo asalariado se puede relacionar con la existencia de pequeños talleres. En los años veinte Carmen Álvarez contrataba a hombres asalariados para el pisado y la obtención de la arcilla y a mujeres alfareras para el modelado (Valdés y Matta, 1986: 81). Muchas mujeres iban a trabajar a otras casas (Olga Salinas en Valdés y Matta, 1986), si no poseían una infraestructura productiva suficiente para realizar todo el proceso productivo. Este tipo de relación laboral también incluía el trabajo infantil: desde los siete y diez años, cuando las niñas ya han aprendido a fabricar cerámicas realizan su trabajo, al mismo tiempo que continúan con el proceso de aprendizaje, cobrando por él (Valdés y Matta, 1986: 84).

Generalmente, el trabajo se realizaba en el contexto familiar aunque existía un sistema de trabajo asociativo: el sistema de *medierías* o los *mingacos* de *loza.*

El sistema de *medierías* se daba principalmente entre hermanas adultas, o en el caso de mujeres solas que vivían con otras mujeres. El dinero se repartía de forma igualitaria entre las dos asociadas. Esta asociación repercutió en una cierta especialización y división del trabajo que podían distribuirse según el tipo de forma que se debía fabricar o según la habilidad en los diferentes trabajos técnicos. Las más expertas podían modelar y otras con menos experiencia realizaban los tratamientos de superficie.

Los *mingacos* de loza eran también un trabajo asociativo. Consistente en la compra de un montón de piezas que se bruñían de forma colectiva en la casa de la alfarera que las había comprado. El trabajo asociativo se desarrollaba en una casa por la noche, cuando las mujeres no tenían otra ocupación.

El proceso de aprendizaje se iniciaba desde que las niñas eran pequeñas por imitación: mirando a otras niñas o mujeres. La primera tarea era pulir y pisar la *greda*. Entre los siete y diez años ya fabricaban sus propias formas. Generalmente las niñas comenzaban haciendo juguetes o miniaturas (Valdés y Matta, 1986: 84) y algunas tareas auxiliares como el pisado, realizadas por la artesana más joven que estaba todavía en el proceso de aprendizaje (Valdés y Matta, 1986: 76). Las niñas intentaban independizarse a temprana edad, después de un periodo de aprendices, generalmente dentro del contexto productivo familiar. Cuando la madre estaba como asalariada de otra alfarera ellas se añadían al grupo, llegando a realizar trabajos remunerados.

Las mujeres, aunque seguían trabajando a mano, también ayudaban a componer las

piezas hechas a torno agregando partes (asas o decoraciones), pulían y decoraban mediante engobe. La cocción en el horno y la utilización del torno estaba en manos del hombre.

El control de la producción pasó de manos femeninas a masculinas. La mujer se convirtió en colaboradora no especializada del proceso productivo.

Aparece en esta época la figura del comerciante concentrando los puntos de venta en la misma población y abandonando la distribución de productos por parte del productor fuera de la aldea. Se desplaza la figura del productor y distribuidor en favor de la diferenciación entre el control de la fabricación y la distribución (Pérez, 1972). El proceso de producción se fragmentó y parte de las etapas se mecanizaron.

La obtención y preparación de las materias primas, el levantado de la pieza y cocido de la misma pasó a producirse, en ocasiones, en diferentes unidades de fabricación.

Al haberse monetarizado la producción se empieza a comprar maquinaria y materias primas.

Se produce una reducción del tiempo de trabajo con la introducción de la maquina de moler y el torno (fig. 15:3-5), pero no por la adopción del horno (fig. 15:6-7), que aumenta la cantidad de productos no fragmentados durante el proceso, y no reduce el tiempo de trabajo, aunque mejora las condiciones del mismo.

La mujer que posee suficiente capital comercial, aunque subordinada al modelado semi-mecanizado, muchas veces contrataba a los torneros para realizar el modelado de la forma básica de las piezas.

II.3. Taller doméstico con orientación industrial

El estudio de esta estrategia productiva fue realizado mediante observación etnográfica en septiembre de 1999 sobre el señor Rafael y su familia.

Las características principales de esta estrategia de producción son:

1) La fabricación de tipos con una función, tanto utilitaria como ornamental, donde las formas cerámicas presentan una alta estandarización formal y hay una alta variabilidad en la cantidad de formas fabricadas.

2) La cadena operativa tecnológica se caracteriza por una obtención y preparación de las arcillas de forma industrial obtenidas mediante compra; el modelado es a torno de pedal, y la cocción es en horno de una sola cámara.

3) El sistema de distribución de los productos tiene una orientación comercial (fig. 16:2-3). La distribución regional de los productos es dispersa, encontrándose vasijas a gran distancia de la aldea de forma dispersa, aunque el lugar de intercambio son los puestos de venta de la propia aldea.

4) La fuente principal y única de obtención de recursos es la alfarería. Aquí sí es necesaria una inversión mínima para la producción de tipo económico, destinada a la compra de materias primas y de tipo material, para la construcción o adquisición de hornos de una sola cámara (fig. 15:6-7) y tornos a pedal (fig. 15:3-5).

5) La organización del trabajo se estructura en base a un tiempo de dedicación anual estable, al trabajar todo el año de forma continua y una dedicación diaria a tiempo completo. El trabajo se estructura dentro del grupo familiar, puede haber asalariados y es llevado a cabo por ambos sexos, aunque el control de la producción está en manos masculinas. Existe una división del trabajo basada en la repartición de las fases de producción: los alfareros tornean, mientras que la mujer realiza los trabajos de tratamiento de superficie cuando la arcilla está en textura de cuero.

La ubicación de la zona de trabajo se encuentra dentro del lugar de habitación, con

un tamaño del área de actividad reducido y una clara diferenciación de espacios fuera de la

Tipología/ Función		
Tipos fabricados y función:		Utilitarios y ornamentales
Estandarización formal por tipos:		Sí
Variabilidad de tipos fabricados:		Sí
Cadena Operativa Tecnológica		
Obtención de Materias Primas:		Compra de arcilla tratada industrialmente
Preparación de la arcilla:		Industrial y amasado a mano
Modelado:		Torno a pedal
Cocción :		Horno de una sola cámara
Contexto económico		
Sistema de distribución	Tipo de intercambio:	Orientación comercial
	Dispersión regional:	Dispersa
	Distancia de distribución:	Lejos de la aldea
	Lugar de intercambio:	En la aldea
Base subsistencial	Sistema principal de obtención de recursos:	Alfarería
	Inversión mínima necesaria para producir:	En infraestructura de material y en inversión económica
Organización del trabajo		
Frecuencia de fabricación	Tiempo de dedicación anual:	Todo el año
	Tiempo de dedicación diaria:	A tiempo completo
Relación entre trabajadores	Número de trabajadores:	Trabajo dentro del grupo familiar (con asalariados)
	Sexo:	Mixto
	Grado de división del trabajo:	Existe división del trabajo
Uso del espacio		
Ubicación de la zona de trabajo en relación con el asentamiento habitacional:		Dentro del lugar de habitación
Diferenciación espacios del área de trabajo:		Muchos espacios diferenciados
Tamaño del área de actividad:		Amplio

vivienda, pero dentro de la unidad doméstica.

Cuadro resumen de la estrategia de producción:

II.3.1. Tipología y funcionalidad

Los productos fabricados son principalmente utilitarios (fig. 16:2). Pero se pueden hacer vasijas ornamentales añadiendo elementos a la forma básica, después del modelado a torno (fig. 16:3), destacando los maceteros sobre el resto de la producción. La función dada a los productos es el procesado de alimentos, menaje y decoración.

En relación a la optimización funcional de los productos, las alfareras que fabrican cerámicas a mano explican que, debido al tipo de pasta utilizada, las cerámicas hechas con torno y con horno cerrado tienen mayor fragilidad y menor resistencia térmica, tanto durante su vida de uso, como durante el proceso de cocción. Además, los pigmentos utilizados como engobe se deshacen en contacto con el agua.

Estos productos tienen una menor valoración social, pues se considera que no es un arte tradicional. Curiosamente, aunque la producción no está muy valorada, al tener un coste de fabricación menor y ser productos más baratos, son los que tienen una mayor distribución en todo el centro de Chile.

Se fabrican diferentes tipos funcionales, aunque existe cierta especialización en la fabricación de pailas (fig. 15:3-4). La utilización del torno, junto con la experiencia de los alfareros, permite una estandarización tanto en forma como en tamaño.

II.3.2. Cadena operativa tecnológica

Fase I: arcilla y materias primas en estado natural

La arcilla se compra industrialmente. Es arcilla molida por algunos trabajadores de la aldea (entre tres y cinco). La procedencia de esta arcilla es imprecisa: en algunos casos se va a buscar al cerro (fig. 10) en camiones y en la mayoría se compra arcilla industrial procedente de San Antonio y Valparaíso (fig. 8).

El engobe utilizado también se compra industrialmente. Es tierra colorada (óxido de hierro) que se mezcla con la arcilla y se espesa.

El combustible que se emplea en la cocción procede de madera de eucaliptos trasportada en camiones que la llevan a la aldea una vez a la semana para venderla.

Fase II: preparación de la pasta

El proceso de preparación de la arcilla no se realiza en la propia unidad productiva. Se compra a algunos talleres que poseen maquina de moler y piscina de decantación (fig. 15:1). Aunque prácticamente se está abandonando este proceso en favor de arcillas elaboradas industrialmente en Valparaíso y San Antonio.

Se amasan grandes cantidades de arcilla sobre una mesa rudimentaria mediante un amasado manual (fig. 15:2).

Fase III: arcilla en estado fresco

En el modelado primario se realiza utilizando un torno de pedal (fig. 15:3), que se está sustituyendo rápidamente por el torno eléctrico. Durante el proceso, se va añadiendo agua (fig. 15:5). La homogeneización de la superficie se realiza al mismo tiempo que se levanta la pieza con un trozo de neumático o una placa de plástico flojo (fig. 15:5). En ocasiones se utiliza un molde adaptado al torno para facilitar el trabajo (fig. 15:4).

Fase IV: secado primario

En un primer momento, las piezas se dejan secar en la propia mesa del tornero (fig. 15:3). Después se aplica el engobe y se vuelven a dejar secar. No siempre se aplica el engobe.

Fase V: arcilla textura de cuero

El modelado secundario se realiza cuando la arcilla se en cuenta en un estado avanzado del proceso de secado. En esta fase se añaden las asas. Generalmente, este proceso se realiza después de un primer secado y la mujer de la casa ayuda en esta parte. El tratamien-

to de superficie secundario implica la aplicación de un bruñido manual. Esta parte del proceso también la realiza normalmente la mujer de la casa.

Fase VI: secado secundario

Las piezas se dejan secar en una habitación aireada, pero a la sombra, ya que si les da el sol los alfareros temen que se rompan.

Fase VII: arcilla en estado seco

Antes de someter las piezas a la cocción definitiva se calientan las cerámicas. El proceso se realiza con las piezas colocadas en un horno de una sola cámara (fig. 15:6-7). Primero, se colocan las vasijas en pila en el horno y se inicia un fuego muy lento en la puerta del horno durante tres horas, ya que si se iniciara un fuego con un tiro muy fuerte se quebrarían todas las piezas. Se comprueba si están calientes tocándolas y a ojos vista. El combustible empleado procede de cualquier tipo de desperdicios, evitando el combustible de mejor calidad que se destina a la cocción propiamente dicha.

Fase VIII: cocción

Cuando la loza está caliente se aumenta el fuego, se introduce más adentro de la cámara. Se cochura durante dos horas y se tapa la parte superior del horno con una plancha metálica (fig. 15:6-7). En este momento la leña es de eucalipto. Cuando las piezas de la parte superior están rojas se deja de avivar el fuego y se saca afuera.

Fase IX: arcilla en estado cocido

A veces, con posterioridad a la cocción, se ahuman las piezas con neumáticos si se quiere conseguir una coloración negruzca y homogénea. Para que se oscurezcan las piezas no se pueden utilizar combustibles que produzcan llama, es el humo lo que da el ennegrecido. También se puede echar bosta de animal triturada, que hará que las piezas queden negras, aunque este combustible casi no se utiliza en la actualidad.

En el proceso de enfriamiento las brasas que quedan se hechan encima de las latas de metal que tapan el horno, para que la parte superior se acabe de cocer. Las piezas no se recogen del horno hasta el día siguiente, que es cuando están completamente frías.

Herramientas

Se utiliza el torno, horno, placas de plástico o neumático para homogeneizar y levantar las piezas, un recipiente con agua, una piedra para bruñir y modelar el labio, una placa de metal para cortar la arcilla y diferentes elementos para modelar.

II.3.3. Contexto económico de producción

La población de Pomaire vive casi exclusivamente de la alfarería. La mayoría de alfareros no tienen puesto propio, por lo que venden a los comerciantes de la aldea que tienen un puesto de venta en la calle principal (fig. 16:3). Muchas alfareras explican que los puestos en las calles secundarias venden mucho. Los alfareros que fabrican y distribuyen directamente sus productos tienen un margen de beneficios más alto, al no haber interme-

diarios, pero es más difícil dar salida a la producción. Si no se tienen puesto propio el margen de beneficio es menor, pero se da salida a toda la producción.

La producción se ubica dentro de la unidad familiar, donde el padre es el propietario de la producción, ayudado por uno de sus hijos. La madre y esposa tiene un papel marginal en las tareas no especializadas. Se encarga del trabajo en seco, es decir, el trabajo de homogeneización final de superficie realizado en textura de cuero.

Los talleres de Pomaire compran las materias primas, el combustible y parte de la infraestructura necesaria para producir (por ejemplo los tornos), lo que obliga a los productores a generar algunos excedentes destinados a la inversión en el taller. Antiguamente, el horno lo fabricaban las propias alfareras (el material consistía en ladrillo, arcilla, hierros reciclados y placas de metal).

II.3.4. Organización del trabajo

La unidad productiva es de propiedad familiar, se trabaja todo el año y de forma exclusiva a lo largo del día. El número de trabajadores varía según la unidad familiar y en ocasiones puede haber personal contratado. En el taller estudiado por nosotros el hombre controla la producción y esta ayudado por su hijo, que también trabaja el torno, en cambio la mujer realiza trabajos no especializados.

El trabajo alfarero no esta reconocido socialmente respecto al trabajo tradicional a mano. Del mismo modo, está más valorada por los consumidores la fabricación de cerámica utilitaria frente a la fabricación de tiestos.

Los ingresos obtenidos son un poco más altos que los obtenidos en unidades de producción que trabajan a mano, aunque si se tiene puesto de venta se puede ganar un poco más. Con esta estrategia de producción se consigue aumentar la cantidad de productos fabricados. Pero al mismo tiempo este hecho, junto con la competencia entre talleres, condiciona que los precios de venta de los productos sean más bajos que los fabricados a mano.

Existe una diferenciación por sexos entre artesanos según de la parte de la cadena operativa de fabricación que realizan.

II.3.5. Uso del espacio (fig. 33:2)

La organización espacial del trabajo alfarero está condicionada por la existencia de espacios diferenciados (fig. 33:2). Estos espacios se sitúan en el patio trasero y se fabrican con material de desecho, placas de uralita o metal y tablones de madera. En el taller (espacios diferenciados) se almacena la arcilla y se modelan y dejan secar las piezas. Un primer secado se realiza en la mesa del tornero. Existe una habitación junto a los tornos para el secado definitivo de las vasijas. El horno se ubica detrás de la vivienda, en el patio, junto al pequeño taller (fig. 15:6).

La zona donde la mujer bruñe es generalmente la casa y en concreto la cocina, por lo que se trata de espacios no diferenciados. Horno y taller están separados del ámbito de actuación femenino.

La distribución de los desechos se ubica alrededor del horno, en el patio. Éstos son restos de brasas de cocción, volumen alto de vasijas rotas, desperdicios utilizados como combustible y desperdicios utilizados para tapar el horno.

II.4. Taller doméstico dependiente

Observación etnográfica realizada en Septiembre de 1999 sobre la Señora Teresa Muñoz y su hermana. También se conversó con otras alfareras.

El taller doméstico dependiente se define por:

1) Fabricación de tipos con una función mayoritariamente utilitaria, donde no existe estandarización formal tipológica, sin embargo, hay una gran uniformidad formal entre una misma tipología cerámica, debido tanto al uso de la torneta (fig. 14:3) como a la habilidad de las artesanas.

2) La cadena operativa tecnológica se caracteriza por una dependencia de otras unidades de producción con una mayor infraestructura productiva. Esta estrategia productiva está especializada en el modelado de cerámicas tradicionales. La obtención y preparación de las arcillas, así como el proceso de cocción se realiza en talleres industriales. El modelado se realiza a mano con la ayuda de una torneta, utilizando las técnicas de urdido y ahuecado.

3) El sistema de distribución de los productos tiene una orientación comercial, donde sólo se trabaja por pedido. La distribución regional de los productos es dispersa, encontrándose vasijas a gran distancia de la aldea y el lugar de intercambio se localiza lejos de la aldea, en puntos específicos de alta demanda.

4) El único modo de obtención de recursos es la alfarería. Aquí sí es necesaria una inversión mínima para producir de tipo económico, destinada a la compra de materias primas y la cocción, aunque también existe un sistema basado en el intercambio de productos por trabajo y materias primas.

5) La organización del trabajo presenta un tiempo de dedicación anual estacional, porque se trabaja poco en invierno y una dedicación diaria a tiempo parcial. El trabajo es eminentemente femenino y se estructura dentro del grupo familiar. Existe una división del trabajo basada en la repartición de las fases de producción: la alfarera más experimentada modela, mientras que la que lo está menos realiza los tratamientos de superficie cuando la arcilla está en textura de cuero.

6) La ubicación de la zona de trabajo se encuentra dentro del lugar de habitación, con un tamaño del área de actividad reducido y con la mayoría de espacios destinados al trabajo diferenciados de los destinados a las tareas domésticas.

Tipología/ Función		
Tipos fabricados y función:		Utilitarios
Estandarización formal por tipos:		No
Variabilidad de tipos fabricados:		No
Cadena Operativa Tecnológica		
Obtención de Materias Primas:		Taller industrial
Preparación de la arcilla:		Taller industrial
Modelado:		A mano con torneta: ahuecado, urdido
Cocción :		Taller industrial
Contexto económico		
Sistema de distribuc.	Tipo de intercambio:	Orientación comercial
	Dispersión regional:	Dispersa
	Distancia de distribución:	Lejos de la aldea
	Lugar de intercambio:	Lejos de la aldea
Base subsisten.	Sistema principal de obtención de recursos:	Alfarería
	Inversión mínima necesaria para producir:	En infraestructura de material y en inversión económica

Organización del trabajo		
Frecuencia fabricación	Tiempo de dedicación anual:	Trabajo de baja intensidad en invierno
	Tiempo de dedicación diaria:	A tiempo parcial
Relación entre trabajad.	Número de trabajadores:	Trabajo dentro del grupo familiar
	Sexo:	Femenino
	Grado de división del trabajo:	Existe división del trabajo
Uso del espacio		
Ubicación de la zona de trabajo en relación con el asentamiento habitacional:		Dentro del lugar de habitación
Diferenciación espacios del área de trabajo:		Muchos espacios diferenciados
Tamaño del área de actividad:		Reducido

Cuadro resumen de la estrategia de producción:

II.4.1. La tipología

El tipo de producto fabricado es, principalmente, utilitario y en menor medida también se fabrican miniaturas, que pueden imitar tipos utilitarios o ser púramente ornamentales (fig. 13:4-6). También se fabrican otros productos figurativos imitando los tipos de Quinchamalí (fig. 13:5; 16:3). La función de los productos es muy variado y está condicionado por la forma. Estos son: el procesado de alimentos, menaje y decoración.

El valor estético y tradicional que le dan los consumidores es mucho más alto en esta producción que en el taller doméstico con orientación industrial, aunque su optimización funcional es menor.

El grupo de alfareras observado en la actualidad sólo fabrica pailas (pequeñas escudillas para cocinar comida tradicional), aunque diferentes publicaciones hacen referencia a una producción figurativa años atrás. Respecto a la estandarización de la forma y las dimensiones se aprecia que casi no hay variación, pero los tipos no son idénticos. Esta homogeneización es más dificultosa, ya que las piezas se fabrican a mano, pero la experiencia adquirida suple esta limitación.

II.4.2. Cadena operativa tecnológica

Fase I: arcilla en estado natural

La obtención de arcilla se realiza por compra en talleres industriales de la aldea, igual que en el taller doméstico con orientación industrial. Hasta hace poco se vendía por carretas y algunos hombres se dedicaban a trasportarla de la máquina de moler a las unidades productivas.

Muchas alfareras compran los pigmentos en los talleres industriales de la aldea. En cambio, Teresa Muñoz los obtiene del Cerro San Cristóbal, cerca de Santiago (*colo santiaguino*), a través de los viajes que hace su sobrina a Santiago: son piedras de arcilla color rojo marronoso.

Fase II: preparación de la pasta

Las materias primas se compran ya preparadas a otros talleres que son los que luego

cuecen las piezas. Una vez que la alfarera obtiene la arcilla, la repasa manualmente para extraer palos u otras impurezas vegetales que no han sido machacadas por la máquina. Esta revisión debe hacerse para que no se quiebren las piezas en el horno cuando se quemen los pequeños elementos orgánicos.

Teresa Muñoz prepara el engobe de la siguiente manera: los trozos de arcilla se ponen a secar al sol y cuando están calientes se colocan en una paila con agua y las piedras se deshacen. Seguidamente se muele con una piedra y se separa la pasta más espesa del agua. En la actualidad no utiliza el *colo costino*, un engobe procedente de la costa al considerar que es muy difícil de conseguir.

Fase III: arcilla en estado fresco

El modelado primario se inicia haciendo un «*poyito*», especie de cono vacío por dentro, y luego con la mano se le va dando forma estirando la arcilla. Para ello, se utiliza un pequeño torno de mano o torneta (fig. 14:3), y una tabla de madera donde se va haciendo girar lentamente el «cono de arcilla», al mismo tiempo que se le estiran las paredes.

Durante el tratamiento de la superficie primario se homogeneiza la pieza con media calabaza por la parte interior y con los dedos por la parte exterior. A continuación, si es necesario, se golpea la pieza para darle una forma hemisférica. Después se pasa un cuero de zapato, que se va mojando en agua para homogeneizar la superficie.

En el modelado secundario Teresa Muñoz realiza unas pequeñas incisiones decorativas con las uñas. Los motivos decorativos expresan gustos y actitudes individuales, pero además en este caso se intenta imitar la técnica decorativa de Quinchamalí. En este momento se pueden colocar las asas de cinta cerca del borde, pero generalmente se colocan después del primer secado. Tras un corto periodo de tiempo se pule la pieza bañando la piedra en agua.

Fase IV: secado primario

Se dejan secar las vasijas durante un periodo de tiempo indefinido, dependiendo de las condiciones climáticas. Una vez que se ha secado un poco la vasija se aplica el engobe y se vuelve dejar secar.

Fase V: arcilla textura de cuero

En esta fase se desarrollan nuevamente acciones destinadas a llevar a cabo el modelado secundario. La colocación de las asas de cinta se realiza cuando la pieza está en un estado semiseco. Colocar ahora los elementos de prensión tiene la ventaja de que permite un mejor pulido y engobado de la pieza. Presenta la desventaja de que si el trabajo esta dividido entre artesanas: una realiza el trabajo en seco y otra en húmedo (esto normalmente obedece al grado de conocimiento y experiencia en la fabricación).

El tratamiento de superficie secundario desarrollado en esta fase consiste en bruñir la pieza con una piedra diferente a la utilizada en el pulido al agua.

Fase VI: secado secundario

Se repite la operación de secado anterior, pero de forma prolongada. La vasijas se

tapan con plásticos o sacos.

Fase VII, VIII y IX: arcilla en estado seco, cocción, arcilla en estado cocido

En general la cocción no la realiza la propia alfarera. Las vasijas una vez modeladas se cuecen en hornos propiedad de los talleres de la aldea. Hasta hace muy pocos años Teresa Muñoz seguía cociendo sus propias cerámicas en el horno que tenía en el patio

Herramientas

Las herramientas utilizadas son prácticamente las mismas que las documentadas por Valenzuela (1955) (fig. 14:3): Media calabaza para homogeneizar la superficie, paleta para golpear y dar la forma final del cuerpo, tira de zapato de cuero, recipiente de agua, piedra para pulir con agua, y piedra para bruñir en seco, tabla de madera, pequeño torno de mano, diferentes palos para modelar y cortar, sacos para almacenar la *greda* y pincel para aplicar el engobe.

II.4.3. Contexto económico de producción

Las unidades familiares que conforman los pocos talleres dependientes que existen en la aldea de Pomaire obtienen sus ingresos exclusivamente de la alfarería. El trabajo alfarero se complementa con diferentes tareas domésticas.

Las alfareras intentan no vender a los comerciantes de la población, porque pagan las piezas a un precio menor a otros comerciantes para luego poder vender a un precio ajustado. En ocasiones pueden vender a talleres y comercios de la población, poseer un puesto de venta o vender por encargo.

Las ventas y la producción se hacen generalmente mediante pedido. Es decir, se fabrican las cerámicas si anteriormente algún comerciante (intermediario ente el productor y el consumidor) solicita una remesa. Casi toda la demanda procede exclusivamente de comerciantes de Santiago (fig. 16:2). Las alfareras normalmente no salen a vender fuera, a excepción de alguna feria de artesanía (feria de San Bernardo en Santiago).

Las alfareras estudiadas por nosotros están en edad de jubilación. Teresa Muñoz posee tierras de cultivo de su abuela

La distribución de los ingresos se realiza de forma igualitaria entre las dos alfareras. Para la cocción se contrataba a algún hombre, pero actualmente las cerámicas se cuecen en talleres industriales.

Igual que en el taller doméstico con orientación industrial es necesaria una mínima inversión económica para producir, debido a la necesidad de comprar las materias primas (arcilla y combustible), por la cocción fuera de la unidad productiva, en otro taller y por el uso de torneta. La mayoría de herramientas se consigue del campo o de restos de otros productos.

II.4.4. Organización del trabajo

En esta unidad de producción el trabajo es exclusivamente femenino y la edad de las trabajadoras es de de 60-80 años.

Se trabaja casi todo el año, a excepción de los tres meses más fríos del invierno (junio, julio y agosto). La explicación está, tanto la dificultad en el secado de las piezas, como la falta de demanda durante el invierno. Pero la arcilla que se extraía del cerro era

mucho más blanda durante estos meses y era más fácil de recoger. El tiempo de dedicación diaria es de 4 o 5 horas por la tarde, antes de que anochezca.

La unidad de producción está compuesta por dos alfareras de una misma familia (dos hermanas), que residen en distintas unidades domésticas y por tanto la base subsistencial no es la misma. Este tipo de asociación se puede dar entre mujeres solteras, viudas o separadas, sin necesidad de tener lazos familiares.

Existe una división del trabajo: Una realiza el modelado primario, tratamiento primario de superficie y modelado secundario en fase III. La otra, realiza los tratamientos de superficie secundarios cuando la arcilla está en textura de cuero (fase V). Aunque una alfarera realiza más operaciones que la otra, el tiempo dedicado es el mismo. Teresa Muñoz considera que una alfarera sola no puede asumir todo el volumen de producción, aunque en otras unidades productivas hay alfareras que trabajan solas. Esta manera de pensar puede estar motivada por el contexto familiar de producción donde realizó el aprendizaje que siempre fue colectivo, tanto con su abuela como con su madre.

La alfarera que modela es reconocida socialmente por sus habilidades y experiencia. A Teresa Muñoz se la conoce en toda la población al ser una de las pocas que conserva una producción tradicional y ha sido objeto de investigaciones, trabajos y documentales a nivel nacional. La edad también hace que sea reconocida socialmente. Su madre y abuela eran alfareras reconocidas y con una buena posición económica. Tenían hombres y mujeres contratadas para el trabajo de la *greda*. Poseían carreta y vendían la loza a largas distancias. La alfarera que controla la producción tiene un mayor peso social, responsabilidad en la fabricación y se encarga de la distribución de los productos.

Aunque en este caso hay un claro reconocimiento social del trabajo alfarero, el estatus económico es bajo. La propia alfarera, comenta que tiene un nivel de ingresos limitado y le cuesta llegar a final de mes.

La poca infraestructura necesaria para producir y el lugar de producción (el horno o los espacios para secar) son propiedad de la alfarera que controla el proceso productivo por lo que el espacio se estructura en su casa.

Las alfareras aprenden en el contexto familiar. Teresa Muñoz realizó su aprendizaje en un contexto de trabajo colectivo, donde alfareras y trabajadores no especializados (para los trabajos más duros: obtención materias primas, mezcla y cocción) eran contratados. Existen tres procesos de aprendizaje: unas pocas alfareras aprendieron de niñas; un grupo bastante representativo aprendió después de la escuela (entre los 14 y 18 años); otro grupo foráneo aprendió después de casarse con hombres de la población y pasar a residir en la aldea. Se aprende haciendo figuras utilitarias en miniatura, realizando los procesos tecnológicos más sencillos y fabricando los tipos más simples por medio de la imitación.

Finalmente, cabe destacar que las alfareras que no han nacido en la aldea son las que tienen mayor tendencia a innovar en las formas y en las técnicas. Si las alfareras van a residir fuera mantienen el trabajo alfarero en el nuevo territorio de residencia.

II.4.5. Uso del espacio (fig. 32:2)

El centro productor se localiza en la misma aldea. El núcleo de habitación es también una unidad productiva. Esta estrategia es marginal en el pueblo (sólo se dedican dos o tres unidades productivas). Con el sistema actual prácticamente no existen desechos procedentes del trabajo alfarero.

Se trabaja en el mismo lugar de habitación, en espacios diferenciados (fig. 32:2). Hay una habitación dentro de la unidad doméstica dedicada al modelado y otra al secado. El primer secado se realiza en lugar del modelado y el segundo se lleva a cabo en una habi-

tación separada. La zona del modelado y secado están separadas del almacén.

La *greda* que se va a utilizar está en la habitación de modelado.

Los espacios de trabajo no diferenciados se reducen a la zona donde se almacena la arcilla, que está en un almacén doméstico y el lugar de tratamientos de superficie en seco, que se realiza en la cocina. Las áreas de actividad ocupan menos de la mitad del lugar de habitación

II.5. Industria mecanizada

En la actualidad, en Pomaire, la mayoría de la población desarrolla una producción industrial mecanizada.

Se trata de una producción industrial similar a la de otras partes del mundo: compra de las materias primas, utilización de tornos mecánicos y hornos a gas. La organización de la producción es especializada, donde los trabajadores tienen una relación contractual más allá del contexto familiar. Generalmente, los talleres son propiedad de comerciantes de la localidad e incluso de grandes propietarios sin relación directa con la producción.

Nuestra intención al incorporar esta estrategia productiva no es realizar una documentación exhaustiva de la misma, sino mostrar el tipo de producción que se ha extendido en la población, eliminando un trabajo artesano que se había llevado a cabo durante siglos de manera invariable.

Los procesos de cambio desarrollados en los últimos ciento cincuenta años en Pomaire han desembocado en la progresiva eliminación de la producción artesanal, en favor de otra industrial que ha eliminado las posibilidades competitivas de los otros tipos productivos. A su vez, se ha marginado a la mujer de las tareas productivas a favor del hombre.

III. La aldea de Quinchamalí

III.1. Contextualización

Condicionantes geográficos

Quinchamalí se encuentra a una distancia de 31 kilómetros al suroeste de Chillán (fig. 8), entre los ríos Ñuble e Itata, en la región del Bío Bío (fig. 12). Las casas se agrupan de forma anárquica alrededor de la antigua estación del ferrocarril del ramal, hoy en desuso, de Chillán a Concepción. Es un paraje campesino constituido por construcciones de adobe y techos de teja con huertas y árboles frutales.

La población vive de los productos obtenidos de los huertos situados en las parcelas donde se ubican las viviendas. Como árboles frutales destacan los cerezos, ciruelos e higueras. Se cultivan habas, tomate, maíz, sandías y melones. Muchas de las propiedades cuentan con plantaciones de viñedos u otros productos en terrenos cercanos a la aldea.

Se dedican principalmente a la actividad alfarera, la explotación de la cereza y la agricultura de sus pequeños minifundios (fig. 20:1). En menor medida se elabora vino y *chicha*. También existe el trabajo asalariado masculino en los *fundos* circundantes, pero en la actualidad la mayoría de los hombres emigran parte del año a otras zonas, dedicándose a la construcción de carreteras, a la minería o al sector servicios en las ciudades.

En una misma propiedad, ya sea en una casa o en casas separadas, conviven dos o

más generaciones de mujeres, en su mayoría madres e hijas con su descendencia, pero también hermanas o familias extensas.

En la década de los cincuenta (Valenzuela, 1950) la línea férrea delimita dos zonas con tradiciones productivas diferenciadas:

1.- Las alfareras que viven del lado Norte son las que tradicionalmente elaboran piezas cerradas de tamaño mediano y chico: juguetes, cerámica zoomorfa y antropomorfa ornamental. Han abandonado la tradición utilitaria para dedicarse al trabajo ornamental de mayor demanda. El centro de trabajo familiar lo constituye la alfarería, cultivándose a escala mínima algunos árboles frutales, como nogales, ciruelos o cerezos.

2.- Las alfareras que viven algunos kilómetros al Sur de la vía férrea conservan mejor la tradición. Las viviendas campesinas se encuentran dispersas entre las lomas. Las piezas que elaboran son de carácter utilitario, de diferente tamaño y abiertas. Muchas preservan formas antiguas: ollas, olletas, callanas. Aquí, debido a la extensión de las tierras, las familias están ubicadas a una distancia mayor entre sí, pero siempre conformando una agrupación de parientes. Se combina el trabajo alfarero con el cultivo de viñas y huertas para la subsistencia. En la actualidad, en este territorio la producción está prácticamente abandonada.

La conexión entre familias de artesanas del Norte y del Sur no era conflictiva y no había competencia. Era frecuente que las alfareras intercambiasen sus trabajos para comercializar piezas variadas en ferias y mercados (Montecino, 1986: 57).

Orígenes

Según Valenzuela (1957), en época colonial ya era conocida la fama de los alfareros de la «*reducción*» de Quinchamalí.: «*... durante la época colonial una reducción de indios Pehuenches o mapuches que dejaron sentada fama de hábiles alfareros*» (Valenzuela 1957:28). Al respecto, Montecino (1986: 14) escribe *«Los escasos datos históricos nos permiten conocer la existencia de un pueblo de indios y por extensión su coexistencia con el sistema de encomienda»*.

Las crónicas chilenas documentan la construcción de un fuerte en las tierras de Quinchamalí (Rosales, 1877: 389). También existen algunos documentos que hablan de traslados de mapuches y su cacique de Quinchamalí: *«...Miguel Trigueros se comprometía a hacer otras doce cuadras de fosos y pedía las tierras de Quinchamalí cuyos mapuches y su cacique Mitipillán debían ser trasladados a otra parte». «Propusieron después de su aceptación, trasladar los indios de Itihue y de Quinchamalí a Changas lugar y punto que corresponde al Cocharcas actual. Sin embargo, al fin de todo, no se llegó a nada efectivo y no hubo cambio de las pequeñas poblaciones de Itihué y Quinchamalí que continuaron tranquilamente en sus respectivas rancherías o levus al mando del inalonco o cacique pequeño*.» (Muñoz 1921). En 1862 se conocen los continuos ataques que sufrían las tropas chilenas por parte de indígenas de la zona (Valenzuela, 1957).

Diferentes trabajos relacionan las formas y técnicas de Quinchamalí con la sociedad mapuche (Montecino, 1986; Valenzuela, 1957; Mazzini, 1936):

1) Formas similares: Parece que al principio se producía loza básicamente utilitaria y doméstica (Montecino, 1986: 17). Valenzuela (1957:47) expone cómo en las cerámicas domésticas es *«...donde mejor se notan las formas ancestrales, tanto aborígenes como mestizas*». Un poco más al Sur, en la provincia de Cautín, Valenzuela (1957) relata la existencia de estos tipos en contextos púramente indígenas. Mazzini (1936) constató tipos mapuches que representarían formas nativas puras.

2) Técnicas iguales de producción: «*Hemos realizado algunas entrevistas a ceramistas mapuches (de la zona de Roble Huacho) encontrando aún hoy técnicas iguales en la producción. Así, por ejemplo, la preparación de la pasta es similar, las herramientas usadas (palitos, conchas) y la particular cochura en fogón utilizando guano y leña de animales*» (Montecino, 1986: 16).

3) Simbología e incosciente similar: Es muy común que artesanas mapuches y quinchamalinas sueñen con la *greda*, relacionándola con un buen augurio (Montecino 1986).

Características del centro productor

La alfarería es la actividad principal y supone la fuente principal de obtención de recursos. En relación a la orientación comercial existen intermediarios, el intercambio es monetario y la venta se realiza generalmente en la población.

Existe una correlación entre unidades productivas y domésticas. En la población todas las familias saben fabricar cerámica. Entre unidades productivas se intercambian los productos para conseguir una mayor variabilidad de formas destinadas a la venta.

Respecto a la base subsistencial, las alfareras solteras, viudas o divorciadas, que son la inmensa mayoría, obtienen principalmente sus ingresos del trabajo alfarero. En cambio, las familias biparentales, la obtención de ingresos es más variada y la dependencia económica de la alfarería sólo se da como estrategia de subsistencia en periodos de crisis económica. En Quinchamalí, se combina la venta en la población con las salidas a ferias, mercados y casas particulares. En las últimas décadas están apareciendo puestos de venta de cerámica en la población, aunque no hay ningún tipo de turismo. Estos puntos de venta han sido abiertos por alfareras que generalmente no trabajan la arcilla. La particularidad está en que recogen la producción de otras unidades productivas cercanas o con las que se tienen lazos familiares (fig. 31:1-3). La apertura de puntos de venta tiene el objetivo de acercar la demanda a la población, eliminando así los continuos desplazamientos que tienen que hacer las familias a ferias y mercados.

La población de Quinchamalí se caracteriza por un núcleo de población concentrado en torno a la antigua estación de ferrocarril, por lo que no tenemos en cuenta el hábitat disperso de Santa Cruz de Cuca ubicado a un par de kilómetros (fig. 12).

Población:	*Quinchamalí (1999 y 2007)*
Distancia materias primas:	*Cerca de la aldea*
Materias primas locales:	*Sí*
Ubicación unidades productivas:	*Dentro de la población*
Relación unidades productivas/ unidades de habitación:	*Sí*
Existencia de diferentes sistemas productivos	*No*
Actividad productiva principal en relación a las unidades domésticas:	*Alfarería*
Tipo de intercambio	*Monetario*
Presencia de intermediarios:	*A veces*
Lugar de venta de los productos:	*Dentro y fuera de la población*
Distancia a los puntos de venta	*Distancia media*

Presentamos a continuación un cuadro resumen:

III.2. Antecedentes

Fuentes utilizadas

Las referencias bibliográficas y documentales para la población de Quinchamalí son mucho más escasas que las existentes referidas a Pomaire. Las fuentes que hemos utilizado son los trabajos de Mazzinni (1936), Valenzuela (1957), Britto (1960) y Montecino (1986). A tenor de la información existente se puede apreciar cómo la producción se mantiene más o menos estática hasta los años cincuenta del siglo XX, momento en que se empiezan a dar una serie de modificaciones en la producción que se concretarán en torno a la década de los ochenta del mismo siglo.

El corto trabajo de Mazzini (1936) se limita a exponer la noticia de esta tradición cerámica con énfasis en la tipología, constatando una producción muy parecida a la existente en 1950. Los estudios de Valenzuela (1957) y Britto (1960) se refieren a la producción que pudieron documentar personalmente, concentrándose muy especialmente en la tecnología. Montecino (1986) utiliza los testimonios de alfareras para analizar el contexto social y económico de producción. En la década de los ochenta, esta autora, continúa documentando un sistema de fabricación muy similar al de los años treinta.

En Quinchamalí, se puede decir que hasta fechas recientes los cambios productivos sólo afectaron a las formas cerámicas, mientras que la tecnología se mantuvo igual que en siglos atrás. Es interesante observar cómo en cambio, en Pomaire, los cambios afectaron principalmente a la tecnología de fabricación.

III.2.1. La tipología

Antiguamente sólo se trabajaba la cerámica utilitaria: «*Antes eso sí se hacía puro grande, porque mi abuelita trabajaba en callanas y ollas*» (Práxedes Caro, en Montecino, 1986:16). Pero a finales de siglo XIX, según ha establecido Montecino (1986:18), en Quinchamalí, se comienzan a fabricar cerámicas ornamentales (loza chica) (fig. 17:1-3) mientras que en la población cercana de Santa Cruz de Cuca continúan con la fabricación de cerámica utilitaria. Tomás Lago (1952) propone la mitad del siglo XIX como el momento en el que surge el cántaro con figura antropomorfa (*monas*), en un primer momento centrado en la cantaora o *guitarrera* (fig. 19:4).

Confirmando, en parte, esta idea Mazzini (1936: 17), en la década de los años treinta constata la existencia de cerámicas utilitarias y ornamentales. Distinguiendo entre:

1) *Tipos indígenas* de tipo aviforme, supuestamente de origen araucano o vasos dobles, que identifica como de origen incaico.

2) *Tipos mestizos*, que reconoce como tipos propiamente chilenos, compuestos por vasos y botellas con formas antropomorfas y zoomorfas, que representan «*a mujeres campesinas en acto de cantar o de tocar el arpa y la guitarra*» (fig. 19).

3) *Cerámicas similares a las europeas* como platos, teteras, fruteras o azucareros (fig. 17:4; 19).

Respecto al trabajo de Mazzini (1936) Valenzuela (1957: 42) opina *«sólo el número uno de tipo llamado araucano, guardaría las formas nativas puras, entretanto que los otros tres estarían mestizados con elementos formales ádvenos (...) El número tres acusaría el resultado del mestizaje araucano-español o bien hispano-criollo, llegando seguramente a tal conclusión, especialmente a través de la observancia de los temas de vestimen-*

ta y antropomorfología de las formas (...) El número cuatro evidenciaría el fenómeno transcultural de las copias».

Sabemos que a principios de siglo se fabricaban tinajas de gran tamaño (fig. 18:4), como nos comentó la señora Figueroa y como expone la alfarera Clarita Alarcón: «*mi mamá decía que su abuelita, de ella le contaba que antes hacían unas tinajas grandes de puro cascajo así*» (Clarita Alarcón, en Montecino, 1986:16) pero en la época del estudio de Valenzuela ya debían estar en un proceso de desaparición.

En la década de los años cincuenta Valenzuela (1957: 46) publica un trabajo bastante completo sobre la cerámica de Quinchamalí, donde distingue entre tipos vasijiformes (piezas con una función utilitaria) (fig. 18) y tipos escultóricos, refiriendose a vasijas con una función utilitaria que están decoradas (fig. 18:8; 19:3) y cerámicas con una función puramente estética (fig. 17 y 19):

1) *Formas utilitarias*. Estas vasijas no diferían mucho de los tipos fabricados en Pomaire, a no ser por la tecnología de fabricación y la decoración (fig. 18).

— La olleta (olla subglobular con trípode y de dos orejas pequeñas en posición vertical).

— La paila es una escudilla hemisférica con un diámetro aproximado de 40 cm. (fig. 18: 1,6-7).

— La tinajera define a una olla subglobular de fondo curvo que tiene cuatro asas pequeñas en posición vertical (fig. 19:4).

— El cántaro tiene forma de jarro subglobular, que posee un asa grande en posición vertical. La boca presenta un borde divergente hacia afuera y vertedor con lengüeta (fig. 17:4).

— El lebrillo es amplia fuente de pared baja y de forma rectangular que servía para la preparación del pastel de choclo o pescado a la chilena (fig. 18:5).

— El mate es una vasija pequeña con forma de calabaza que imita las calabazas que sirven para tomar infusiones de hierba mate.

— La callana es una forma utilitaria muy extendida por los centros productores de cerámica en el Chile central que se utiliza para tostar granos de trigo y para hacer harina tostada entre otras cosas.

2) *Formas púramente ornamentales* (fig. 19). Estas formas presentan los mismos tratamientos de superficie y decoración que las formas grandes. Respecto a las formas eminentemente ornamentales Valenzuela (1957: 52) expone: «casi puede decirse que son desconocidos (...) en la actualidad no hay artesana que se dedique ha hacerlas».

— La juguetería: Parece que estos tipos aparecen como imitaciones de las formas que se confeccionaban en Pomaire. Al respecto, Valenzuela (1957: 47) plantea la falta de perfección respecto a la juguetería pomairina: «es más gruesa, tosca....».

— Las miniaturas: A partir de la idea de la juguetería o cacharrería se desarrolla la miniaturización de las formas ornamentales de mayor demanda (fig. 19:6-7).

3) *Formas utilitario-ornamentales* (fig. 19). Son formas plásticas figurativas que reproducen motivos antropomorfos y zoomorfos. Es en estas formas donde se observa la innovación tipológica de Quinchamalí.

— *El mate decorado* es una imitación de las calabazas para tomar mate, que presenta una variada decoración aplicada. Estas formas pueden llevar tres patas en la parte inferior, siendo los ejemplares más antiguos. Excepcionalmente pueden formar parte del cuerpo de un macho cabrío. Pero también existen otros más modernos con forma de copa o con forma de pequeños jarros con asa.

— *La cantaora o guitarrera* es una cerámica de base globular con añadidos decorativos plásticos que representa a una mujer cantando o tocando la guitarra. Servía como cántaro para el agua, el vino o la chicha. Valenzuela (1957: 48) ya expone que se trata de la forma más típica de la artesanía quinchamalina (fig. 19:3-4, 8).

— El *Jarro-pato o Ketro-metahue* responde a formas decorativas de pequeño tamaño que tienen como destino servir de adorno. Es una vasija zoomorfa que se asemeja a un pato. Interesa destacar la pervivencia del modelo. Es un motivo muy representado en los yacimientos arqueológicos de toda la costa del Pacífico destacando entre la cultura Diaguita y los complejos culturales de Valdivia y Pitrén. En la actualidad su fabricación prácticamente ha desaparecido en la aldea.

— *Otras formas pueden ser:* los lebrillos decorados a modo de *chanchitos* (fig. 18:8), cantaros con decoración antropomorfa, alcancías decoradas o ceniceros. Las alcancías decoradas son las formas más abundantes en la alfarería de Quinchamalí. Dentro de estos tipos los más comunes son los que imitan formas de *chanchitos*. En este caso son formas muy estilizadas y estandarizadas en cuanto a la forma y sólo varían en las dimensiones. También se fabrican formas que imitan vacas, cabras, toros……

Con la publicación en los ochenta del siglo XX del trabajo de Montecino (1986:73) se aprecia cómo las formas más típicas de la cerámica ornamental eran la *guitarrera* o cantaora, pero también nuevas formas como el jinete o *huaso* (fig. 17:1) y el *chancho* de tres patas (fig. 19:5,8). Además en menor medida también se fabricaban otras formas como el pavo (fig. 17:2), la yuta de bueyes, la vaca, la gallina o el macho cabrío (fig. 19:1). En esta época las piezas habían perdido su función utilitaria para pasar a ser eminentemente decorativas, reflejando el modo de vida campesino. Mientras que las formas ornamentales-utilitarias anteriores se mantienen las púramente utilitarias casi no se fabricaban, salvo contadas excepciones.

III.2.2. La cadena operativa tecnológica

La tecnología de fabricación en Quinchamalí ha variado muy poco a lo largo del tiempo. El sistema de fabricación fue ampliamente documentado por Valenzuela en 1957 y por Britto en 1960, mientras que el trabajo posterior de Montecino de 1986 identificó un sistema de fabricación muy similar al expuesto en los años cincuenta.

Presentamos, a continuación, el sistema de fabricación documentado por Valenzuela (1957) y Britto (1986). A su vez Litto (1976) publica algunas referencias sobre el proceso de fabricación (fig.17:5).

Fase I: arcilla y materias primas en estado natural

La pasta en Quinchamalí se compone de diferentes arcillas y no se agregan inclusiones preparadas antrópicamente. Según Valenzuela (1957: 32-33), la pasta utilizada en Quinchamalí estaba constituida por materia plástica (75%), que era la arcilla negra (44%), la arcilla amarilla (28%) y materia desgrasante compuesta de arenilla negra (*arenilla de tierra o trumao*) de origen volcánico (24%). La mayoría de arcillas se traían de los alrededores del pueblo: la arcilla negra se obtenía del camino hacia Santa Cruz de Cuca, en el Cerro de San Pedro y en algunos otros predios de Sucesión Ulloa. La arenilla amarilla se encontraba en las vaguadas cercanas al pueblo, igual que los esteros donde se recoge la *greda* roja.

El engobe rojo procedía de una tierra roja que se encuentra en las quebradas cercanas a Quinchamalí, en dirección a Santa Cruz de Cuca.

Fase II: preparación de la pasta

Primeramente la *greda* negra se echaba a remojar para quitarle las impurezas y según Valenzuela (1957: 32) decantarla. Después se le añadía *greda* amarilla, también supuestamente decantada (Valenzuela, 1957: 32) y como desgrasante arenilla negra. Finalmente, se le agregaba agua para formar una masa de consistencia homogénea.

El pastado (*arreglo*) se hacía sin seguir unas medidas exactas. Se mezclaba «*a ojo*» guiándose sólo por el tacto de los pies descalzos, mientras pisaban la mezcla (*mixto*) calculando cuándo estaba pasada de arena. Si la cantidad de pasta preparada era pequeña se podía amasar con las manos. La presencia de una mayor cantidad de arenas provocaba una falta de plasticidad en la pasta, por lo que con esta mezcla no se podía fabricar miniaturas y juguetería.

Fase III: arcilla en estado fresco

Una vez preparada la pasta se golpeaba un trozo de arcilla entre las palmas de las manos humedecidas para así añadir el agua necesaria, a fin de conseguir una mejor plasticidad.

Valenzuela (1957) explica dos tipos de modelado primario (*armado*):

1.- La denominada técnica *alada* (golpeado y arrastrado) se utilizaba para vasijas hemisféricas y en general para piezas de poca altura. Primero, se hace una bola y se golpea entre las manos hasta conseguir un disco grueso. Seguidamente, se aplasta la pasta sobre una tabla humedecida hasta conseguir un disco de arcilla.

Se empieza adelgazando la pasta por medio de una tablilla (se trata de un pequeño palo plano y liso de madera, al modo de un palo de helado) mojada, que hacía presión en el exterior de la pared y con los dedos se iba estirando por la parte interior. Así, la pasta aumentaba en altura y diámetro hasta conseguir un pequeño bol hemisférico. Constantemente se iba girando la arcilla sobre la tabla que se iba deslizando, ayudada por la superficie mojada. Una vez que se había obtenido la forma deseada se procedía a la homogeneización de la superficie.

El tratamiento de superficie primario consistía en un raspado: El grosor definitivo y uniforme se realizaba utilizando un raspador (trozo de cuchara metálica que se utilizaba para ir quitando las rugosidades formadas por la pasta que sobra).

2.- Técnica de urdido. Se utilizaba para vasijas grobulares grandes y variantes como las jarras. Primeramente, se levantaban ligeramente las paredes desde la base hasta conseguir mayor consistencia para adherir nuevos rulos. Posteriormente se tomaban pequeños trozos de arcilla que, amasándolos, se les daba forma de rollo o cordoncillo. Estos cordoncillos se iban colocando formando una espiral. La adherencia se consiguía picando previamente las paredes y luego untando las juntas con un barro semiespeso, al modo de barbotina.

Si las proporciones de la vasija eran muy grandes, el agregado de rollos se realizaba por etapas a medida que la parte inferior de la pieza se iba secando y por tanto adquiriendo consistencia.

El tratamiento de superficie primario pretendía el compactado completo de los rulos de arcilla: presionando con los dedos primero y después, ayudada por la tablilla y el mate, finalizaba la unión sin dejar casi rastro.

Finalmente se realizaba un tratamiento primario común a ambas técnicas consisten-

te en el alisado definitivo de la superficie: para el borde y labio se alisaba con el *cordobán* humedecido (*trozo de cuero*) y las caras superficiales eran tratadas con el *emparejador* (pequeño palo plano y liso de madera al modo de un palo de helado con una protuberancia en una de sus partes), también humedecido. Con ello se conseguía una superficie más lisa, suave y al mismo tiempo se compactaba la arcilla consiguiendo mayor impermeabilidad.

Justo antes del primer bruñido se colocaban los elementos de prensión deseados (*orejado*). Se preparaban para ello unos delgados y cortos rollos que se colocaban en los puntos elegidos. La unión se hacía simplemente por presión digital, aunque a veces se usaba barbotina para facilitar el pegado.

Después de un corto secado se procedía a un pulido, pasando una piedrecilla de río lisa humedecida en agua por toda la superficie.

Fase IV: secado primario (oreado)

Después de los tratamientos primarios la pieza era sometida a un proceso de secado que duraba uno o dos días. Este proceso de deshidratación es en el que las alfareras dedican mas cuidados y debe realizarse de forma gradual, para evitar la rotura o agrietado por el choque físico producido por la rápida evaporación. En algunos casos se ha constatado el cubrimiento de las mismas con hinojo u hojas verdes, con el fin de mantener un cierto grado de humedad. En las casas siempre se dispone de lugares resguardados del aire o espacios con una temperatura constante más caliente que en el exterior, como la cocina para realizar el primer secado.

Fase V: arcilla textura de cuero

Una vez que las piezas se habían oreado y se había conseguido un estado semiseco, se aplicaba con un trozo de trapo suave por toda la superficie externa una gruesa capa de engobe rojo (*colo bermejo*). Seguidamente, se dejaba secar la pieza por un corto espacio de tiempo, para que el engobe se integrara con el material arcilloso y a continuación se bruñía la superficie con el *bruñidor* (piedra de cuarzo o de río rodada y por tanto extremadamente lisa, redondeada y pulida), operación que ayudaba a la integración del engobe en la materia arcillosa que conforma la pieza y da una apariencia brillante a la misma.

Después de otro secado se procedía a pasar por toda la superficie un líquido a base de materia grasa, ya fuera pasta de patata o infundia de gallina. Este proceso impermeabilizaba considerablemente la pieza, tapando los poros y le daba un aspecto brillante.

Finalmente, se aplicaba un último bruñido por la superficie externa con el bruñidor hasta conseguir una apariencia suficientemente brillante.

En ocasiones se aplicaba un engobe rojo formando dibujos decorativos, después de haber sido bruñida y recubierta de engobe la superficie del ceramio. El instrumento utilizado para realizar el dibujo era una pequeña paja de trigo, cuyo extremo había sido cortado en bisel. El engobe utilizado de color rojo y licuado se untaba en la punta de la paja para proceder a la decoración. Después de su aplicación, no se volvía a bruñir la pieza y, por tanto, esta zona no presentaba el brillo que produce el bruñido. El resultado después de la cocción y ahumado era el resaltado del engobe decorativo en mate sobre el fondo brillante, ya que al haber sufrido toda la pieza el ahumado el color del engobe había desaparecido.

Fase VI: secado secundario

Este secado se iniciaba tapando las piezas con hojas verdes. Posteriormente, después de una primera fase, la alfarera secaba la pieza en contacto directo con el aire o el sol, mientras que en invierno la secaba cerca de una fogata de guano en el interior de la casa. El proceso duraba hasta que la pieza había perdido prácticamente toda la humedad (Britto, 1960: 85-86). En otros casos el secado se realizaba en la cocina cerca del fuego, donde se estaban cociendo los alimentos (Valenzuela, 1957: 41).

Fase VII: arcilla en estado seco

Tratamiento de superficie secundario

Una vez bruñida y seca la pieza se realizaba la decoración incisa-pintada:

El dibujo se realizaba por medio de incisiones hechas con una punta de madera, una espina o una aguja de vitrola. Al respecto, Valenzuela (1957: 55) explica: *«Indudablemente que la primera (punta de madera o espina) es la forma de operar más antigua, pues la segunda sólo fue posible con el advenimiento del gramófono».*

Tratamiento pre-cocción (calentamiento)

Para avanzar el tiempo de secado se colocaban las piezas en una cesta de alambre que se ataba a una viga del techo. A continuación se colocaba un fogón o un brasero debajo y poco a poco las cerámicas se iban secando. Este sistema era mucho más arriesgado, porque al acelerar el proceso de secado y calentamiento las cerámicas se podían fracturar (Valenzuela 1957: 40-41). Aunque Valenzuela documentó cestas de alambre, la alfarera Silvana Figueroa relata cómo antiguamente la cesta de alambre era de mimbre, lo que provocaba en muchos casos que la cesta se quemará por el contacto con el fuego.

Fase VIII: cocción

La cochura se realizaba al aire libre, mediante una hoguera de superficie. Se buscaba un lugar a resguardo y se amontonaban las vasijas sobre un lecho de leña y se rellenaban con excrementos de vaca o de buey. El encendido se hacía de afuera hacia dentro, formando un anillo que se iba estrechando. Posteriormente, la alfarera cubría las piezas con excrementos, que le servían de combustible. El fuego era atizado hasta que las piezas tomaban un color rojo intenso, lo que indicaba que alcanzaban la temperatura adecuada. El aumento de temperatura se conseguía con un círculo de fuego alrededor de las piezas, que comenzaba siendo de 30 centímetros y se iba estrechando hasta cubrirlas por completo.

El tiempo de cocción dependía del tamaño y cantidad de las vasijas, pero no superaba normalmente la hora. La temperatura alcanzada se situaba entre los 600 y 650ºC. Las piezas adquirían cierta dureza, aunque no se acababan de cocer por completo.

Fase IX: arcilla en estado cocido

Tratamientos posteriores a la cocción en caliente

En Quinchamalí, una vez cocidas las cerámicas, eran sometidas a una cocción final reductora que se denomina *negreado o ahumado.*

El *negreado* se realizaba una vez que las piezas estaban recién cocidas y aún en

estado incandescente. La alfarera, ayudada por una *horqueta* (Valenzuela, 1957: 39) o por un saco mojado (Britto: 1960: 87), retiraba las piezas y las tapaba en un montón de paja que había colocado anteriormente cerca del fuego. Las cerámicas al estar aún calientes queman la paja y desencadenan, debido a la combustión reductora, una superficie negruzca.

Antiguamente, las alfareras de Santa Cruz de Cuca (Britto, 1960: 87) para fabricar piezas de tamaño grande y las de carácter utilitario no ennegrecían las cerámicas. Sólo las piezas que salían manchadas por estar en contacto directo con el fuego eran ennegrecidas, para cubrir un defecto de la cochura y no para darles mayor belleza.

En la década de los cincuenta (Britto, 1960: 88) la totalidad de la producción se hacía en negro, debido a la aceptación «*que estos cerámios han tenido*». Originalmente, el ennegrecido era pues para cubrir un defecto de cocción, más que un motivo estético.

Tratamientos posteriores a la cocción en frío

Después de la cocción se embadurnaban las zonas donde había incisiones con un engobe blancuzco (*colo blanco*) untado con un trapo.

III.2.3. Contexto económico de producción

En Quinchamalí, la introducción de modificaciones en el sistema económico de los pobladores y su organización del trabajo, se debe a la llegada del ferrocarril a la aldea. En la década de los sesenta del siglo XIX se construyó la vía férrea entra Chillán y Talcahuano, hecho que posibilitó el contacto de la población con los núcleos urbanos de Concepción y Chillán.

A principios de siglo XX la loza se intercambiaba por productos agrícolas (*conchavo*). En las zonas cercanas a Quinchamalí: «*Antes llevábamos para la Quiriquina con mi mamá, hacíamos una cajonada de carreta y partíamos. Antes era abundante la legumbre, porotos, papas, cebollas. Hacíamos el conchabo de papa y después de legumbres. Salían harto bien, teníamos pal año pa alimentarnos*» (Honorinda Vielma, en Montecino, 1986:20).

En los años cincuenta, el intercambio monetario ya estaba bastante establecido. Las vasijas se vendían en mercados urbanos situados a largas distancias. Este comercio lo realizaban las mujeres, pero cuando había un marido en casa era el que se encargaba de la venta. Algunas alfareras también participaban de la asistencia a ferias, como el parque Forestal en Santiago.

El principal foco de distribución era la feria y estación de Chillán. En este contexto las alfareras utilizaban puestos de venta fijos (*caseras*) en la ciudad, que generalmente se heredaban de madres a hijas (Montecino, 1986: 22). Las mujeres en 1960 ya no podían satisfacer toda la demanda, pero aún así los hombres no participaban del proceso de fabricación al estar mal visto y ser un tabú social.

En Santa Cruz, el trabajo alfarero se complementaba con la agricultura en pequeñas propiedades agrícolas. En cambio, en Quinchamalí se realizaba un cultivo, centrado principalmente en los árboles frutales (principalmente la cereza).

Los ingresos que se obtenían no permitian la acumulación de capital, pues la alfarería es una estrategia de subsistencia, donde las mujeres producen únicamente la cerámica que necesitan, no acumulando excedentes, ni trabajando en invierno (Montecino, 1986: 66).

Posteriormente, Montecino (1986) documentó que las alfareras continuaban asistiendo a ferias, como la de San Bernardo en Santiago, aunque desde los años setenta se habían establecido puestos de venta en la misma población. La mayoría de puestos eran de

mujeres que no se dedicaban a la alfarería, aunque los productores diversificaban las ventas entre diferentes compradores.

En la década de los ochenta (Montecino, 1986: 20) se proseguía con el intercambio por trueque en Santa Cruz de Cuca donde se continuaba fabricando cerámica utilitaria: «*Aquí seguimos no más conchabando, nos sale mejor que vender, por ejemplo este tiestecito hace 5 kilos de porotos, en Quinchamalí el poroto está a 180 pesos el Kilo*» (Honorinda Vielma, en Montecino, 1986:20).

Desde los años cincuenta las mujeres comenzaron a emigrar hacia algunos centros urbanos como Chillán, Concepción o Santiago, donde trabajaban como empleadas domésticas. Pero si las estrategias económicas fallaban recurrían al trabajo de la *greda* para mantenerse. Además, facilitaban la distribución de las vasijas de la familia en los puntos de venta que había en la ciudad de residencia.

III.2.4. Organización del trabajo

En Quinchamalí el sistema de organización del trabajo adquiere unas particularidades propias y se diferencia en gran medida del observado en la población de Pomaire. Si bien la organización del trabajo ha variado a través del tiempo, estos cambios siempre han ido orientaros a preservar su identidad como *loceras*. Mientras que en Pomaire las alfareras adoptan, desde momentos tempranos, estrategias que conllevaran la aparición de talleres de trabajo, en Quinchamalí se reivindica el oficio de *locera* y a través de él se reafirma su identidad rural.

En la aldea, las mujeres trabajaban la *greda* casi todo el año con un paro estacional en invierno. En relación al tiempo de trabajo anual, Britto (1960) destaca las dificultades que tenían las alfareras para fabricar *greda* en invierno, a causa de las complicaciones en el proceso de secado por culpa de la humedad. Durante esta época del año, las alfareras se abstenían de manufacturar grandes vasijas y sólo producían pequeñas piezas ocasionalmente. Al estar la mayoría de las mujeres solas, el trabajo diario debía complementarse con trabajos domésticos, el cuidado de los hijos y el trabajo en el huerto.

El control de la producción estaba en manos de la madre de la casa, que en Quinchamalí normalmente estaba soltera o separada. Todas las relaciones laborales se basaban en la reciprocidad y el intercambio: se podía trabajar por cuenta propia dentro del grupo familiar, o bien ayudar a la madre durante los primeros años de aprendizaje. Incluso cuando las hijas o hijos iban a recoger la *greda*, el guano, o la leña, la alfarera les pagaba con dinero.

La organización del trabajo podía adoptar en Quinchamalí diferentes estrategias:

1) Asumir personalmente todas las fases del proceso.

2) Obtener ayuda para la obtención y preparación de las materias primas por parte de hijos o asalariados ocasionales.

3) Estar ayudadas por las hijas en los tratamientos de superficie secundarios.

4) Establecer una relación de igualdad con la hija. En este último caso la alfarera experimentada realiza el modelado (primario y secundario) y el tratamiento de superficie primario, mientras que la hija se cuida de los tratamientos de superficie secundarios y la cocción.

La introducción de mano de obra masculina se relaciona con el matrimonio. Desde la llegada del tren y la venta en los centros urbanos, el marido podía ayudar a la alfarera en tareas secundarias de la producción, tales como la recogida de las materias primas, la mezcla (*pisado*) o la distribución de los productos. Estas actividades las realizaban generalmente los hijos o nietos, a los cuales se remuneraba por sus servicios. Los hombres no asumían

plenamente el oficio de la alfarería por las barreras culturales que los catalogan como homosexuales (*maruchos*) si realizan esta actividad.

La transmisión de conocimientos siempre se realizaba dentro del grupo familiar, durante aproximadamente 10 años. Era un sistema de aprendizaje por imitación. Nadie enseñaba a realizar las diferentes acciones tecnológicas, sino que se aprendía copiando gestos, ademanes y actitudes. Este proceso se iniciaba a los ocho o diez años. En una primara fase las niñas realizaban las acciones de bruñir y pulir (*pulir loza*) ayudando su madre. Tiempo después, comenzarían a engobar (*encolado*) las piezas. Esta fase se consideraba una ayuda de la madre a la hija y de la hija a la madre, por lo que no se recibía nada a cambio. Posteriormente, las niñas podían obtener algún ingreso trabajando para la madre bruñendo y puliendo las piezas que ella había fabricado, o bien trabajando para otras mujeres vecinas o parientes. La niña realizaba los trabajos de tratamiento de superficie cuando la arcilla está en textura de cuero y como retribución por su trabajo se le daban nuevas vasijas sin cocer (*en verde*) en propiedad.

Gracias a este sistema, la mujer, desde muy joven, conseguía cierta independencia económica. La niña, poco a poco, reproducía los pasos de la madre y entorno de los 18 o 20 años ya podía asumir todo el control del proceso productivo.

La hija podía vender las piezas que había trabajado individualmente, pero, generalmente, quien controlaba la producción, que era normalmente la madre, se encargaba de la distribución.

La hija heredaba el prestigio de la madre, los puntos de distribución y venta de las vasijas y la especialización en determinados tipos formales. Las familias eran reconocidas por vía materna y el apellido y el prestigio artesano pasaba de madres a hijas así: *«Las familias son designadas "Las Caro", "Las Vielma", "Las García"....»* (Montecino, 1986: 24). La alfarera mantenía la tradición de la estirpe y la manera de fabricar los objetos. La especialización en la fabricación de algunos tipos formales de ciertas familias no impedía que se fabricasen otro tipo de piezas, pero determinadas formas era lo que determinaba el sello familiar. Había familias especializadas en la fabricación de ollas, otras en la producción de pavos, jinetes o *chanchos.*

En la época de Montecino (1986) se estaba generando una migración de retorno masculina, debido a la crisis económica que atravesaba el país. Ésto provocó la incorporación de algunos hombres al trabajo alfarero (en los años 80 Montecino identificó a dos hombres que se dedicaban por completo al oficio). Se trata de una estrategia de subsistencia, donde los hombres trabajaban con el objetivo de automantenerse temporalmente, bajo el control de sus madres o hermanas, debido a la sanción social que ello genera.

En la misma época aparece una tendencia a individualizar las creaciones en los trabajos ornamentales. En este caso algunas artesanas, que visitaban periódicamente las ferias, firmaban sus trabajos con el objetivo de asegurar la autenticidad al comprador. Cabe destacar la existencia de un taller alfarero vinculada al trabajo masculino de fabricación de tiestos.

III.3. Unidad doméstica con alta orientación comercial

Observación etnográfica realizada en Quinchamalí, sobre la familia Montti Figueroa, en Octubre de 1999: Silvana Figueroa Figueroa, Gastón Montti Ortiz y Delma Montti Figueroa. En noviembre de 2007 se conservó con otras alfareras y se amplió el trabajo

La unidad doméstica con alta orientación comercial se define por:

1) La fabricación de tipos poseen, principalmente, una función ornamental (fig. 19), aunque también se fabrican otros con una función utilitaria (fig. 18). Existe una especialización por tipos entre las diferentes unidades productivas, si bien no existe una estandarización formal.

2) La cadena operativa tecnológica se caracteriza por la obtención de materias primas cerca de la aldea mediante el intercambio; la preparación de la arcilla se realiza por la mezcla de diferentes arcillas por pisado; el modelado es a mano, utilizando principalmente las técnicas de arrastrado-golpeado y urdido y la cocción es en pila de superficie, utilizando bostas de vacuno como combustible.

3) El sistema de distribución de los productos presenta una marcada orientación comercial con una distribución regional dispersa y lejos de la aldea. El lugar de intercambio de los productos se realiza casi siempre fuera de la aldea, en ferias regionales, aunque se utilizan, a veces, puntos de venta en la aldea.

4) El sistema principal de obtención de recursos es variado, sin embargo en algunos casos procede de los ingresos obtenidos de la alfareria. Por otra parte, la inversión mínima para producir se reduce al material necesario para fabricar herramientas y alguna pequeña infraestructura, como las cestas de precocción.

5) La organización del trabajo se basa en un tiempo de dedicación anual estacional, con baja intensidad en invierno y una dedicación diaria a tiempo parcial. El trabajo se lleva a cabo dentro del grupo familiar, debiendo ser tipo mixto pero controlado por la mujer y existiendo una división del mismo basada en la especialización por tipos, dentro de la misma unidad productiva.

6) La ubicación de la zona de trabajo se encuentra dentro del lugar de habitación, con un tamaño del área de actividad amplio y con pocos espacios diferenciados.

Desde hace un tiempo se ha instalado en Quinchamalí un alfarero que utiliza el torno y el horno para fabricar principalmente maceteros. Durante este tiempo, no han aparecido más unidades productivas que hayan adoptado estos cambios, lo que evidencia una resistencia de las alfareras a adoptar algunas innovaciones tecnológicas que conocen, pero no les son propias.

Tipología/ Función		
Tipos fabricados y función:		Utilitarios y utilitario-ornamentales
Estandarización formal por tipos:		no
Variabilidad de tipos fabricados:		Sí, aunque hay una especialización de las alfareras en algunas formas
Cadena Operativa Tecnológica		
Obtención de Materias Primas:		Cerca de la aldea por intercambio
Preparación de la arcilla:		Pisado
Modelado:		A mano: arrastrado, urdido
Cocción :		En pila de superficie utilizando como combustible bostas de vacuno
Contexto económico		
Sistema de distribución	Tipo de intercambio:	Orientación comercial
	Dispersión regional:	Dispersa
	Distancia de distribución:	Lejos de la aldea
	Lugar de intercambio:	Principalmente en ferias y mercados. Marginalmente en la aldea.
Base subsistencial	Sistema principal de obtención de recursos:	Alfarería
	Inversión mínima necesaria para producir:	Ninguna

Organización del trabajo		
Frecuencia de fabricación	Tiempo de dedicación anual:	Trabajo de baja intensidad en invierno
	Tiempo de dedicación diaria:	A tiempo parcial
Relación entre trabajadores	Número de trabajadores:	Trabajo individual dentro del grupo familiar
	Género:	Mixto. El hombre participa ocasionalmente
	Grado de división del trabajo:	Existe división del trabajo (el hombre se encarga de obtener las materias primas y las mujeres del modelado)
Uso del espacio		
Ubicación de la zona de trabajo en relación con el asentamiento habitacional:		Dentro del lugar de habitación
Diferenciación espacios del área de trabajo:		Pocos espacios diferenciados
Tamaño del área de actividad:		Amplio

Cuadro resumen de la estrategia de producción:

III.3.1. La tipología

Los productos fabricados son mayoritariamente ornamentales (fig. 19), pero también utilitarios (principalmente pailas (fig. 18:1,6-7)) y utilitarios-ornamentales (fig. 19). En general, se fabrican piezas pequeñas. Las piezas grandes las confeccionan las mujeres de mayor edad que en la actualidad sólo son tres.

La función es utilitaria, sin decoración figurativa cuando es para el cocinado de alimentos (fig. 19:4,9). La ornamental consistente en cerámicas figurativas que tienen una utilidad exclusivamente decorativa (fig. 19:4). La utilitaria decorada se utiliza para menaje (platos (fig. 18:2-3), jarras (fig. 17:4), bandejas (fig. 18:5), ollas (fig. 18:9)...), que son formas decoradas mediante incisiones o formas plásticas aplicadas.

La cerámica no es de buena calidad, porque ha sido cocida a muy baja y durante poco tiempo, además se aplican engobes postcocción que desaparecen en contacto con el agua. Para cerámicas utilizadas para cocinar se ha de emplear *greda* que no sea tan porosa y más resistente al choque térmico. Con los años, todas las piezas pierden el engobe blanco.

Se trata de una producción tradicional, donde las piezas son únicas e irrepetibles. Se valora la producción por el tiempo necesario para fabricar las piezas, que puede llegar a ser incluso de una semana.

La estandarización formal del total de la producción es irregular. Se fabrican todo tipo de cerámicas, pero sobre todo alfarería decorativa.

Se intentan no hacer dos piezas iguales, para dar carácter y exclusividad a las cerámicas y aumentar así su valor al ser piezas únicas. Esto determina una baja estandarización por tipos, formas y dimensiones.

Esta unidad productiva está especializada en la fabricación de miniaturas (fig. 19:7), las cocinas económicas (fig. 19:2), grandes guitarreras (fig. 19:4) y machos cabríos (fig. 19:1).

III.3.2. Cadena operativa tecnológica

Fase I: arcilla en estado natural

Las materias primas se recogen en los cerros cercanos (fig. 12 y 20) y la *greda* se intercambia por algunas piezas como pago. La *greda* se saca de pequeños hoyos en la tierra, en una zona sedimentaria cercana al río (fig. 20:3). Las minas están a unos dos metros de profundidad (fig. 20:4). En un día sólo se va a buscar un depósito. Se recoge una o dos veces al año en cuarto menguante, para que no se deshaga ni se trice y en verano para que se seque más rápido. En función de la profundidad a la que se encuentre está muy húmeda, por lo que se ha de dejar secar más de tres semanas (fig. 21:3). Este trabajo generalmente lo realiza el hombre de la familia, ya sea el marido, el padre o el hermano (fig. 20:2). También puede realizarlo un vecino de la alfarera, pero en este caso se paga por la *greda* recogida. No todos empleaban la misma *greda*, ni la obtienen del mismo sitio, pero debido al cultivo de los campos los lugares de obtención de la arcilla se han reducido a una única mina (fig. 20:3).

No se utilizan inclusiones entendidas como tal, pero se mezcla la arcilla con arenas finas. Esta arena se localiza en los esteros cercanos a la población, a menos de un kilómetro aproximadamente (fig. 20:2). Para la extracción se hacen unos hoyos y se saca de la superficie (no hay minas de arcilla preparadas, cada vez que se va a por arena se recoge del lugar más conveniente, según el momento).

Se obtiene engobe blanco y rojo. En Santa Cruz de Cuca, a unos seis kilómetros y una hora y media de camino se extrae el *colo* rojo (fig. 12). El *colo* blanco se obtiene de los cerros cercanos a la población, a unos tres kilómetros, a una media hora de camino a pie (fig. 20:5-6).

El combustible principal para la cocción son las bostas de animal (fig. 21:1) y la madera de pino, que se obtienen de los alrededores de la población. Las bostas se recogen en el campo, cerca de las minas de *greda* una o dos veces al año (fig. 20:3). Las de vacuno se utilizan para la cocción ya que son más duras, más enteras y más difíciles de trocear. Las equinas, que por ser más flojas se trocean fácilmente son para el ahumado y se desmenuzan en trozos muy pequeños para que tapen bien la cerámica.

Fase II: preparación de la pasta

Antes de realizar la mezcla, se pone la *greda*, ya seca a remojar, dentro de una olla de aluminio de unos 15 litros de capacidad (fig. 21:2-4).

Toda la operación se realiza en la cocina de la casa unas treinta veces al año (fig. 21:5-8). El trabajo se desarrolla en la cocina, pues es donde se está más caliente. Una vez humedecida la *greda* se extiende sobre un saco triguero (fig: 21:8). Se pone la misma cantidad de arena que de *greda*.

La arena negra es muy fina, se filtra con un tamiz llamado *malla* sobre la arcilla (fig. 21:5). Se trata de una bolsa de red para comprar las verduras. También se mezclan unos dos kilos de *greda* amarilla, que es más gruesa que la anterior. La arena negra tiene un aspecto más arcilloso, en cambio la amarilla es mucho más gruesa y burda (fig. 21:6).

Se añade una olla de *greda* roja (fig. 21:3) y una de arena (fig. 21:2) junto a una cantidad menor de *greda* amarilla (fig. 21:5). Aunque el pastado se hace sin seguir unas medidas exactas. Se hace «*a ojo*», guiándose sólo por el tacto de los pies mientras pisan la mezcla (fig. 21:8).

Para amasar se hace con un pie, hasta dejarlo bien plano (fig. 21:6). Luego se mueve el saco y se vuelve a pisar (fig. 21:7). Así, en el saco, la *greda* no se pega al suelo. Si la mezcla no se lleva a cabo de esta manera, las piezas se rompen durante el proceso de

deshidratación y pierden consistencia para el posterior modelado. Las impurezas que quedan se van quitando a medida que se va secando.

Finalmente, se hace el amasado específico para modelar una vasija. La técnica consiste en golpear un trozo de arcilla entre las palmas de las manos humedecidas para así añadir el agua necesaria y conseguir una mejor plasticidad. Primero, se hace una bola y seguidamente se aplasta la pasta sobre una tabla humedecida, hasta conseguir un disco de arcilla.

Aunque no se utilizan inclusiones, sí se emplean arenas a modo de desgrasante y temperante. Estas arenas no necesitan ningún tratamiento, a excepción del cribado. Para las tinajas utilizadas para contener cereales, grano y vino, que ya casi no se fabrican, se mezclan con *cascajo o chamota* (fig. 18:4). El *cascajo* se encuentra en los esteros (fondo de los ríos). También se emplea teja molida.

En objetos de pequeño tamaño no se utilizan arenas, porque las arenas reducen la plasticidad de la pieza.

Fase III: arcilla en estado fresco

En el modelado primario se utilizan dos técnicas: la de *alado* (o golpeado-arrastrado) y la de *urdido.*

La técnica de *alado* (fig. 22;1-4) se utiliza para las vasijas hemisféricas y en general para piezas abiertas de poca altura. Se empieza a adelgazar la pasta por medio de una tablilla mojada, que hace presión en el exterior de la pared y con los dedos se va estirando por la parte interior. Constantemente, se va girando la pasta sobre la tabla que se va deslizando, ayudada por la superficie mojada (fig. 22:2).

La técnica de urdido se utiliza para vasijas globulares grandes, variantes como las jarras y las piezas ornamentales. Primeramente, se levantan ligeramente las paredes de la base para conseguir mayor consistencia y se deja secar durante un corto periodo de tiempo. Posteriormente se toman pequeños trozos de arcilla que se les da forma de rollo y se van colocando formando una espiral. Seguidamente presionando con los dedos primero, y después, ayudada por la tablilla y la calabaza para regularizar el interior, finaliza la unión sin dejar casi rastro. Si las proporciones de la vasija fueran muy grandes el agregado de rollos se realiza por etapas, a medida que la parte inferior de la pieza se va secando y por tanto adquiriendo consistencia (fig. 22:5).

Una vez que se ha obtenido la forma deseada se procede a la homogeneización de la superficie. El grosor definitivo y uniforme se realiza por medio del raspador o emparejador (fig. 22:3). La herramienta utilizada puede ser un trozo de cuchara metálica, un trozo de madera o un mate que se utiliza para ir quitando las rugosidades formadas en la superficie interior (fig. 22:1), o un pequeño palo humedecido plano y liso de madera al modo de un palo de helado con una protuberancia en una de sus partes. Finalmente, el borde y el labio se alisan con un trozo de cuero humedecido.

A continuación, se colocan los elementos de prensión o plástico decorativos deseados (fig. 22:6). La unión se hace simplemente por presión digital (fig. 23:1), aunque a veces se usa *barbotina* para facilitar el pegado.

Después de un corto secado, se realiza un pulido o alisado que pretende compactar y abrillantar las paredes interiores de la pieza. Esta acción se desarrolla pasando por toda la superficie externa una piedra redonda y muy lisa, bañada constantemente en agua.

Fase IV: secado primario

El primer secado se realiza a cubierto (fig. 23:2) y a veces se tapan las cerámicas

con plásticos. En las casas siempre se dispone de lugares resguardados del aire o espacios con una temperatura constante más caliente que en el exterior.

Fase V: arcilla textura de cuero

Después de este secado, se aplica el engobe rojo con un trapo o el dedo, empapando toda la pieza (fig. 23:3). Después se bruñen (fig. 23:4) y a continuación se dejan secar nuevamente y, una vez secas, se les da grasa de gallina (fig. 23:5), de buey o un líquido a base de patata. Este proceso impermeabilizará considerablemente la pieza y le dará brillo.

Finalmente, se realiza un último bruñido, sin el cual las piezas no presentarían un aspecto brillante. Nuevamente se unta al bruñidor con agua, para que patine mejor por la superficie engobada (fig. 23:4).

Fase VI: secado secundario

Se realiza un nuevo secado igual que el primero, donde las piezas deben estar completamente deshidratadas antes de pasar a la cocción. En este caso las piezas se secan al sol pero hay que ir con cuidado, ya que al dejarlas al sol mucho tiempo se crujen. En invierno este proceso puede realizarse cerca de la fogata del hogar, por la falta de días buenos. Este secado se puede sustituir o reducir por medio del precalentamiento de las cerámicas dentro de una cesta sobre el fuego (fig. 24:1-2).

Fase VII: arcilla en estado seco

Cuando la arcilla está en estado seco se hacen las incisiones decorativas con la *punta de una vitrola* (fig. 23:6).

Dentro de la caseta-almacén se sitúa la estructura de combustión (fig. 24). En la habitación habilitada para la cocción se coloca un semicírculo de ladrillos y en el centro se hace la fogata con leña de pino (fig. 24:1).

Para secar progresivamente las piezas se coloca una cesta hecha de rejilla de metal colgada de una viga del techo, donde se meten las vasijas (fig. 24:1). Antiguamente esta cesta era de mimbre, pero ha sido sustituida, porque se quemaba con mucha facilidad. Hay tres alturas determinadas por ganchos y a medida que las cerámicas se secan se van bajando (fig. 24:2). Este proceso permite no someter a las piezas a un cambio brusco de temperatura, evitando que se rompan.

Para saber si están suficientemente calientes y listas para cocer se tocan constantemente cuando están dentro de la cesta en suspensión.

Fase VIII: cocción

La cocción se lleva a cabo en la misma habitación donde se realiza la precocción. El sistema empleado es el mismo para objetos grandes y pequeños, aunque se observa que la producción tiende a la fabricación de objetos de pequeño tamaño (fig. 24:3).

Los ladrillos de la fogata sirven para colocar encima las bostas de vacuno, que se van secando cuando están húmedas. Se hace una nueva base con leña, se colocan las piezas (fig. 24:3) y encima se ponen las bostas de vacuno (fig. 24:4). La disposición de las piezas en el horno es totalmente aleatoria. La cocción se realiza cuando hay suficientes piezas para llenar media cesta de precocción. Según la época del año, esto puede ocurrir varias veces a la semana.

La habitación no tiene salida de humos, lo que demuestra que no se hacen grandes fogatas. Se quema dentro de la caseta para que el viento no provoque la rápida combustión de las bostas. La leña no va bien para toda la cocción, porque la resina mancha la pieza y la deforma.

La cocción con combustible animal produce un incremento de la temperatura uniforme y además mantiene un poder calorífico estable durante más tiempo que la leña. Se trata de una cocción gradual, que impide que la condensación aumente en el interior de la pasta por los cambios bruscos de temperatura. La presión interna producida por la evaporación destruiría las piezas. La presencia de impurezas y el alto porcentaje de óxido de hierro contenido en las arcillas ayudan a disminuir el punto de fusión de las arcillas.

La falta total de horno hace que la temperatura de cocción sea muy baja, al escaparse el poder calorífico. En Quinchamalí la concentración de calor se consigue mediante el tapado de los ceramios con bostas de animal, formando un pequeño horno (fig. 24:4). Así se concentra el poder calorífico y se aísla el calor del exterior. Este aislante térmico es el que permite una cocción en tan corto periodo de tiempo.

El tiempo de cocción depende del tamaño y cantidad de las vasijas, pero no superará normalmente la hora. Las vasijas no se dejan enfriar en la estructura de combustión: 1) primero se levantan las bostas y se comprueba el estado de las cerámicas; 2) a continuación se retira el combustible (fig. 24:5); 3) finalmente se extraen cuando todavía están incandescentes (fig. 24:6). Los trozos rotos durante la cocción se tiran sin darles ninguna utilidad.

Fase IX: arcilla en estado cocido

Tratamientos posteriores a la cocción en caliente

Como hemos visto, es normal realizar un ahumado o negreado a las piezas (fig. 25:3), es decir una cocción reductora final cuando las piezas están todavía incandescentes (fig. 25:1). Esta operación se hace en el patio cercano a la sala de cocción. Se realiza en el exterior por el olor y el humo que produce (fig. 25:2). La operación dura unos pocos minutos.

Las cerámicas se dejan enfriar separadas de la paja y bostas de caballo que no han sido consumidas.

Tratamientos posteriores a la cocción en frío

Cuando la pieza esta fría se limpia de restos de cenizas procedentes de la combustión con un trapo. Luego se aplica un engobe blanquecino con el dedo sobre las incisiones decorativas (fig. 25:4). A continuación se limpia la pieza con un trapo para eliminar parte del engobe que se ha esparcido por la superficie (fig. 25:5). Al ser una aplicación postcocción, el engobe salta con facilidad por estar en contacto con el fuego y el agua. Las incisiones permiten una protección para este engobe (fig. 25:6). El engobe no se aplica precocción, porque al producirse una cocción reductora final quedaría de color negro, igual que el resto de la pieza. Esto provoca que la pieza hecha se guarde en cajas para que no se ensucie y no se vaya el engobe blanco.

Herramientas (fig. 22:5)

Pieza de cuero para alisar los bordes.
Recipientes variados para el engobe rojo y el engobe blanco.

Bruñidor de piedras de río. Las piedras para bruñir las trajeron como regalo de un río del Sur.

Media calabaza para ahuecar y dar forma hemisférica.

Paletas de diferentes tamaños para modelar: hay piezas pequeñas y otras más grandes. Las maderas están bien pulidas, son de diferentes tamaños y están siempre en agua.

Palito muy delgado de arbusto piche (porque no tiene corazón), utilizado para modelar los ojos y hocico de las figuras ornamentales. También cuando las piezas son pequeñas se les pasa este palo para alisar las partes donde no alcanza el bruñidor.

Palo largo para hacer el hueco de las teteras.

Palo con punta de aguja de vitrola para marcar las incisiones de la decoración.

III.3.3. Contexto económico de producción

Una minoría de las alfareras tienen puesto de venta en la aldea (fig. 31:1-3). También hay comerciantes que no fabrican vasijas, tan sólo son intermediarios en la venta (fig. 31:2). Estos puestos están en su mayoría al Norte de la vía férrea. Por otra parte, las alfareras que no tienen puesto de venta salen a vender a ferias y mercados. Es un tipo de venta esporádica, que se realiza cuando se dispone de un buen «stock» de vasijas. La familia Montti vende las cerámicas a tiendas artesanales de Santiago, aunque también salen a vender a ferias artesanales como las de Temuco, Chillán, Concepción, Valdivia y a otras como la del parque Bustamante de Santiago, organizada por la Universidad Católica. No todas las artesanas venden en los mismos mercados, ni en las mismas ferias. Normalmente los puntos de venta se heredan de madres e hijas.

Aunque el número de artesanas se ha reducido, los puntos de venta han aumentado. Las alfareras se quejan de que en los últimos años la demanda se ha reducido fuertemente.

La actividad principal es la agricultura en pequeños terrenos familiares y en los *fundos*. La gran mayoría de hombres han abandonado la alfarería, orientando su ocupación al sector servicios y emigrando de la población durante largos períodos de tiempo. En el caso que nos ocupa el padre de familia y los hijos varones trabajan en otra ocupación fuera de la aldea: los hijos en Chillán y el padre como conductor de maquinaria pesada en la construcción de carreteras.

La alfarería es una dedicación secundaria en las familias extensas, pero en momentos de crisis económica se convierte en la actividad principal. Es una actividad principal en unidades domésticas donde la mujer es la única trabajadora: solteras, viudas o separadas.

La producción alfarera se combina con el cuidado de animales de corral: faisanes y gallinas. También poseen un pequeño terreno en las cercanías de la población dedicado al cultivo de productos hortofrutícolas: olivas y cerezas.

El mantenimiento de la tradición tecnológica de fabricación, que no permite la obtención de un volumen elevado de productos, obliga a las alfareras a diversificar sus recursos buscando actividades complementarias.

El trabajo se realiza en un contexto familiar, donde el control de la producción lo desarrolla la alfarera de más edad, que en este caso es la madre. Los beneficios se distribuyen según las vasijas fabricadas por cada artesano o artsena.

Infraestructura necesaria para producir:

Principalmente se necesita disponer de tiempo de trabajo y del aprendizaje necesario. Se necesita disponer de objetos cerámicos para intercambiar por materias primas y carreta tirada por caballos u otro medio de trasporte para ir a buscar la arena negra y el engobe rojo. El combustible se obtiene por intercambio, igual que las materias primas. Las

herramientas se fabrican y obtienen de forma gratuita. El almacenaje se hace en la propia casa. Para la cocción, se necesita un espacio cerrado y cestas para precalentar la cerámica, si se quiere aumentar el ritmo de producción. Sólo se necesita disponer de capital monetario para realizar los viajes y así vender la loza en ferias, mercados y tiendas artesanales de Santiago.

III.3.4. Organización del trabajo

En esta unidad de producción el trabajo es principalmente femenino, aunque el hombre participa en la obtención de materias primas y en momentos de desocupación laboral modela vasijas imitando de cocinas económicas miniaturizadas en distintos tamaños (fig. 19:2).

Se trabaja todo el año. El tiempo de dedicación se adapta a las estaciones. La productividad aumenta en las estaciones secas, pues la temperatura ambiental permite un mejor secado de las piezas y reduce los efectos del contacto con la humedad en el cuerpo. La afarera de más edad (50 años), se queja de los continuos dolores producidos por la artritis en las manos y dolores de espalda debidos a la postura.

Se trabaja en cualquier momento libre y de forma continua, ya que se elabora en la casa. Los trabajos se supeditan al cuidado de la casa, el huerto y los animales. El tiempo de trabajo depende del estado de salud de la alfarera, cosa que le impide realizar una producción continuada.

El trabajo se realiza dentro de la unidad doméstica, por lo que el número de trabajadores esta limitado por el número de hijas. No se contrata a personal para realizar ningún tipo de actividad.

El control de la producción está en manos femeninas. La ayuda masculina se reduce a la obtención y preparación de materiales. Este tipo de colaboración sólo se produce cuando conviven hombres con las alfareras, si no se ocupa la propia artesana o lo encarga a otros. Aunque el modelado y confección de las piezas las realiza siempre la mujer, en los últimos años se ha introducido el trabajo masculino muy parcial y poco intenso (sólo conocemos el caso de Gastón Montti).

Existe una especialización tipológica. En la familia Montti la madre realiza las vasijas más complejas, su marido se ha especializado en cocinas económicas y su hija realiza miniaturas imitando formas utilitarias y ornamentales.

Las artesanas con más prestigio se intentan especializar en la fabricación de una forma determinada. El resto de artesanas continúan fabricando tipos indistintamente. El hombre sólo se ha introducido en la fabricación de forma temporal, con la intención de aumentar los ingresos de la familia cuando no tiene trabajo. Esta situación se repite intermitentemente a lo largo de los años.

Aunque en todas las casas se fabrica cerámica, se valora el no innovar ni cambiar de actividad. Las alfareras quieren mantener la tradición, de la cual están muy orgullosas. Ellas mismas valoran su arte, frente a otras tradiciones que han supuesto nuevas adopciones tecnológicas, como ocurre en Pomaire.

Entre alfareras, el prestigio social depende de la experiencia y la edad. Pero también de la habilidad manual, al haberse introducido la figura de la alfarera-artista que firma sus obras.

El trabajo masculino de modelado está mal visto y sólo se produce en contextos familiares, donde los individuos presentan un contexto social diferente: en el caso de la familia Montti son líderes comunales.

Se buscan actividades complementarias a la alfarería, porque esta ocupación no les

basta para vivir. Dicen que la cerámica de Pomaire se vende mucho más, al ser más barata, ya que se hace más rápido, gracias a la incorporación del torno y horno.

Tanto el marido de Silvana Figueroa como su hija sólo se dedican a esta actividad, al no disponer de otro tipo de ingresos. Gastón se dedica de forma estacional cuando no tiene trabajo y Delma (la hija) sólo cuando no ha encontrado trabajo en otras áreas de actividad, por lo que ha aprendido el oficio de forma tardía. Tres de los hijos de la familia (dos varones y una mujer) no se dedican a la alfarería, ni han aprendido el oficio.

El mantenimiento de la tradición condena a las alfareras a mal vivir, ya que no pueden aumentar la producción y competir con la producción Pomairina. La única solución económica es aumentar el prestigio y convertirse en una artista que firma sus obras. Este proceso permite revalorizar económicamente la producción. Se intentan incrementar los ingresos, no por un aumento de la producción, sino por un aumento del valor económico y social de las vasijas.

La propiedad de la unidad productiva se hereda de madres a hijas y es compartida por toda la familia.

Dentro de una misma unidad familiar cada artesana intenta especializarse en un tipo, para evitar la competencia entre ellas. Lo mismo ocurre entre las alfareras de más prestigio de la aldea.

La familia Figueroa se compone de seis miembros. La madre es natural de Quinchamalí y aprendió el oficio de su madre. El marido, que no es natural de la población, ha aprendido enseñado por su mujer: se inició fabricando objetos utilitarios sencillos y sólo sabe trabajar utilizando la técnica de urdido.

La hija ha aprendido por necesidades económicas, al ser madre soltera: al contrario que el padre ha aprendido el oficio de forma tradicional, es decir, por imitación y con la fabricación de juguetes y miniaturas. No sabe fabricar objetos de gran tamaño. Los dos pueden ayudar a la madre en las tareas de fabricación menos especializadas: bruñido, aplicación de engobe y cocción.

III.3.5. Uso del espacio (fig. 32:1)

Todos los centros de producción se localizan en la misma aldea. El núcleo de habitación es también unidad productiva.

El lugar de habitación se utiliza a la vez como casa y lugar de trabajo (fig. 32:1). En el patio trasero hay un espacio dedicado a la cocción y almacenaje de materias primas, pero se comparte con otras actividades.

No existe una diferenciación de espacios definidos. La única área definida es la habitación, donde se realiza la cocción y el almacenaje de las materias primas. El resto de actividades se pueden realizar en cualquier sitio.

El centro de trabajo es la cocina, donde hay una mesa habilitada para ello (fig. 22). Las piezas se tapan con plástico y hay una zona donde dejar secar las piezas. Algunos materiales se guardan en la cocina, otros en el almacén del patio. Los materiales acabados se colocan en cajas para que no se ensucien, en una habitación trasera. Algunas cerámicas, a modo de exposición, se colocan en la sala de estar. Como lugares auxiliares están el porche y la sala. El secado se realiza o en la cocina o en el exterior de la casa.

En el almacén se guarda la arcilla en sacos y las bostas en habitaciones separadas (fig. 21). En otra se realiza la cocción. El ahumado se ubica en el patio.

La zona de modelado y secado se confunde con el lugar de habitación, pero es una zona de actividad más grande que el almacén, aunque se realicen en este espacio, las actividades más relevantes.

Se observa una diferenciación en dos espacios productivos. En uno, compuesto por la cocina, el porche y a veces la sala, se modelan y decoran las vasijas. En el otro, definido por la caseta del patio trasero se almacenan las materias primas y se realiza la cocción (fig. 24).

El hábitat no es disperso, pero no está asociado a un núcleo de población definido (fig. 20:1), aunque hay, cerca de la estación, un hábitat más concentrado.

Durante el proceso de fabricación, prácticamente no se generan desechos. Estos se reducen a vasijas fracturadas durante la cocción. Con el tiempo no se aprecian restos de combustión al ser fogatas pequeñas y superficiales que se van limpiando regularmente.

IV. La aldea de Pilén

IV.1. Contextualización

Condicionantes geográficos

Pilén se encuentra ubicado a 15 Km. de la ciudad de Cauquenes, en la Cordillera de la Costa, región del Maule (fig. 8). Es una comunidad rural que hasta ahora no ha sido absorbida por los procesos de modernización y desintegración social, como ha ocurrido con otras localidades rurales. Muchos campesinos todavía aran la tierra con caballos o con una yunta de bueyes, prescindiendo de maquinaria agrícola industrial.

Las familias se asientan en pequeñas propiedades que se encuentran encajadas entre los *fundos* del valle, orientados a los cereales y a las viñas, y los *fundos* de montaña, dedicados a la explotación forestal (fig. 11).

Existe en Pilén una marcada división del trabajo entre hombres y mujeres. Ésta se expresa en actividades masculinas agrícolas y forestales y actividades femeninas alfareras y hortícolas. Los hombres se dedican, en parte, al cultivo de sus tierras y a trabajar como asalariados temporales u ocasionales en los *fundos* del valle o en los forestales de la montaña.

Mujeres y hombres realizan actividades de recolección y transformación de recursos naturales. Ellos elaboran el carbón en la montaña, destinándolo al autoconsumo y a la venta. Las mujeres y los niños recolectan numerosos productos del bosque: callampas, rosa mosqueta, ramas de avellano, copihues, que luego llevan al mercado (fig. 31:5). Así mismo, elaboran alimentos, secan frutas y hierbas, compartiendo con los hombres la producción de vino y aguardiente.

Se combinan la actividad alfarera, el cultivo de hortalizas y la recolección de productos silvestres, junto con la producción de carbón y madera, actividades que corresponden a la tradicional economía familiar campesina, en la que participan niños, niñas, mujeres y hombres (Valdés, 1990).

La producción de alimentos se orienta hacia el autoconsumo y se venden los exiguos excedentes agrícolas al tratarse de una agricultura a pequeña escala, debido a lo reducido de las tierras.

Las labores de la tierra no son dominio exclusivo de los hombres, ya que las mujeres se dedican a la horticultura. Cultivan algunas hortalizas y a menudo, flores que, como la loza, venden en el mercado (fig. 31:7). La mayoría de las mujeres jóvenes del lugar van a probar suerte a la ciudad, donde se emplean en el servicio doméstico, aunque muchas vuelven al no conseguir adaptarse: «*porque se sienten encerradas allá*» (Rosa Hernández,

en Ávila, 2001). Los hombres jóvenes se quedan hasta más tarde en el sector, porque tienen trabajo en las ocasionales faenas forestales o agrícolas.

A la actividad alfarera se dedicaban unas ochenta mujeres en 1990 (Valdés, 1990), manteniendo un carácter campesino que se evidencia en las formas, en las características del proceso de trabajo y en el mercadeo. En una reciente visita realizada en noviembre de 2007, tan sólo se pudo costatar que nueve alfareras, como mucho, seguían trabajando, en todo Pilén.

El lugar se configura como un hábitat disperso y está dividido en Pilén Alto (fig. 27:1) y Pilén Bajo (fig. 27:2), de acuerdo a su ubicación respecto de la topografía de la cordillera (fig. 11). En Pilén Bajo la propiedad rural se reparte entre agricultores medianos que controlan las tierras del valle y campesinos que tienden a ocupar los lomajes (fig. 27:1). En Pilén Alto abundan las pequeñas propiedades, minifundizadas y erosionadas (fig. 27:2). Las viñas de secano y el cultivo del trigo, caracterizan el paisaje de esta franja de residencia campesina, mientras que, al avanzar en altura, la «*montaña*» está repartida entre *fundos* extensos, que hoy son poblados de campamentos de trabajadores forestales y plantaciones de pino insigne.

Una cincuentena de familias campesinas habitan Pilén Alto y Pilén Bajo. En la parte de arriba se localizan exiguas propiedades, cuya producción está fundamentalmente destinada al autoconsumo. El trigo y los retazos de viñas están acompañados por algunos frutales y, bordeando las casas, surcos para el cultivo de hortalizas y flores.

Por el contrario, en Pilén Bajo, la mayoría de las familias de las *loceras* viven en tierras ajenas. Predomina allí la residencia en *fundos* y los hombres trabajan como inquilinos, percibiendo un salario junto al derecho a una habitación.

El trabajo en la familia campesina está estructurado en torno a distintos dominios: el agrícola, el alfarero y diferentes actividades de recolección y transformación.

Orígenes

El sustrato indígena de la población está poco estudiado, aunque se pueden establecer algunos indicios que vinculan a la población con una tradición anterior mapuche. Por ejemplo, el topónimo *«Pilén»* es de origen mapuche y significa lugar de neblina en mapungdung (Aravena, 1993). Además, el imaginario colectivo, en el que están presentes elementos simbólicos, refleja un origen indígena vinculado a la figura de curanderos; «*Las hechicerías hacen que la gente se cambie de religión por la angustia, ya que los médicos terrenales no le entienden a esas cosas»* (María Jara, en Ávila, 2001).

Los sistemas de cooperación y autoayuda tradicional en el trabajo (*mingacos*) llevados a cabo por vecinos y parientes que se agrupan para el trabajo de siembra y recogida se pueden correlacionar con sistemas redistributivos y de intercambio mapuches.

La constatación arqueológica realizada por Sánchez y Gaete (1994), donde se han documentado grupos situados más al Norte (Chanco), en lugares altos de lomajes costeros con un contexto datado entre 1690 y 1770 d.C y que la información etnohistórica relaciona con una activa presencia indígena en pueblos y en encomiendas, formando parte del repartimiento de Chanco, Reloca y Loanco. Igualmente es en este momento cuando se produce el afianzamiento español en la zona, tras el levantamiento de 1655.

Finalmente cabe destacar que la fundación de la ciudad de Cauquenes, situada a diez kilómetros de Pilén (fig. 11), se produjo por la cesión de 307 cuadras de terreno por parte de los indígenas de la zona, al mando del cacique Ascencio Galdaméz y Quiñate al gobernador de Chile, Antonio Manso de Velasco, en 1742. A su vez se documentan activi-

dades alfareras en Pilén desde el siglo XVIII (Ávila, 2001; Yáñez, 1985).

Características del centro productor

Pilén está configurado por una agrupación de unidades productivas sin relaciones entre ellas, que se caracteriza por la existencia en todos los núcleos de producción de un único sistema productivo. Todas las mujeres saben fabricar cerámica y la unidad doméstica se corresponde con la unidad productiva, adoptando una ocupación poblacional dispersa (fig. 27.1-2). La alfarería no es la actividad productiva principal. La principal fuente de obtención de ingresos procede de la agricultura, la recolección y el trabajo forestal.

Para la comercialización de productos no existen intermediarios, se continúa utilizando el intercambio no monetario y la venta se realiza en las cercanías de la población, en el mercado semanal de Cauquenes (fig. 31:5-7).

La población está ubicada en la Cordillera de la Costa, en una zona marginal montañosa. La propiedad de las tierras del entorno está en manos de grandes terratenientes. La pequeña propiedad es prácticamente inexistente, aunque hay zonas boscosas comunales (fig. 27:1).

El acceso a la población se realiza por una pista de montaña. La carretera se encuentra a 10 o15 Km, en Cauquenes (fig. 11).

Antiguamente existían otros centros productores cercanos, como Pocillas e Ilochegua.

Población:	*Pilén 1999*
Distancia materias primas:	*Cerca de la aldea*
Materias primas locales:	*Sí*
Ubicación unidades productivas:	*Dentro de la población*
Relación unidades productivas/ unidades de habitación:	*Sí*
Existencia de diferentes sistemas productivos	*No*
Actividad productiva principal en relación a las unidades domésticas:	*Agricultura*
Tipo de intercambio	*Monetario y no monetario*
Presencia de intermediarios:	*No*
Lugar de venta de los productos:	*Fuera de la población*
Distancia a los puntos de venta	*Cerca de la población*

Presentamos a continuación un cuadro resumen:

IV.2. Unidad doméstica con baja orientación comercial

Observación etnográfica realizada en 1999 en Pilén Bajo sobre la familia García: (Mariela del Pilar García Aguilera, Elva Rosa García Aguilera y la madre, Verónica del Carmen Aguilera) y sobre la alfarera Delfina Aguilera de Pilén Alto.

La unidad doméstica con baja orientación comercial presente en Pilén está definida por:

1) Una fabricación de tipos con función generalmente utilitaria, donde no existe

estandarización formal tipológica y en cambio hay una gran variabilidad formal en los tipos fabricados (fig. 26).

2) La cadena operativa tecnológica se caracteriza por la obtención de materias primas cerca de la aldea de forma gratuita (fig. 27:1-4), preparación de las mismas por pisado o amasado manual, modelado a mano bien sea por urdido como por golpeado- arrastrado (fig. 28-30) y cocción en pila de superficie utilizando como combustible leña y bostas de vacuno (fig. 30:5-6).

3) El sistema de distribución de los productos tiene una orientación comercial de baja intensidad, aunque se mantiene el intercambio no monetario. La dispersión regional de los productos se concentra cerca de la aldea y el lugar de intercambio se localiza a corta distancia de la población, en el mercado regional (fig. 11; 31: 4-7).

4) El modo principal de obtención de recursos es la agricultura, por lo que los recursos obtenidos a través de la producción alfarera son muy secundarios. Al mismo tiempo, no es necesaria una inversión mínima para producir, a excepción de poseer las materias primas necesarias.

5) La organización del trabajo presenta un tiempo de dedicación anual estacional, porque no se trabaja en invierno y una dedicación diaria a tiempo parcial. El trabajo se estructura dentro del grupo familiar por el sexo femenino y no existe división del trabajo.

6) La ubicación de la zona de trabajo se encuentra dentro del lugar de habitación, con un tamaño del área de actividad amplio y sin diferenciación de espacios (fig. 29; 33:1).

Tipología/ Función		
Tipos fabricados y función:		Utilitarios
Estandarización formal por tipos:		no
Variabilidad de tipos fabricados:		sí
Cadena Operativa Tecnológica		
Obtención de Materias Primas:		Cerca de la aldea de forma gratuita
Preparación de la arcilla:		Pisado o amasado manual
Modelado:		A mano: golpeado, urdido
Cocción :		En pila de superficie utilizando como combustible bostas de vacuno y leña variada
Contexto económico		
Sistema de distribución	Tipo de intercambio:	Orientación comercial e intercambio no monetario
	Dispersión regional:	Dispersa
	Distancia de distribución:	Cerca de la aldea
	Lugar de intercambio:	Mercado cercano. Ocasionalmente algunas alfareras venden en las ferias
Base subsistencial	Sistema principal de obtención de recursos:	Agricultura
	Inversión mínima necesaria para producir:	Ninguna
Organización del trabajo		
Frecuencia de fabricación	Tiempo de dedicación anual:	No se trabaja en invierno
	Tiempo de dedicación diaria:	A tiempo parcial
Relación entre trabajadores	Número de trabajadores:	Trabajo dentro del grupo familiar
	Sexo:	Femenino
	Grado de división del trabajo:	No existe división del
Uso del espacio		
Ubicación de la zona de trabajo en relación con el asentamiento habitacional:		Dentro del lugar de habitación
Diferenciación espacios del área de trabajo:		No
Tamaño del área de actividad:		Amplio

Cuadro resumen de la estrategia de producción:

IV.2.1. La tipología

Los productos fabricados en Pilén tienen generalmente una función utilitaria y están destinados a la cocción de alimentos en contacto con el fuego (fig. 26). Recientemente (1997), las alfareras de más prestigio como Delfina Aguilera, han empezado a incorporar elementos puramente figurativos. Se fabrican sobre todo pailas (fig. 26:12), azafates o lebrillos (fig. 26:9), jarras (fig. 26:10), planchas (fig. 31:4), ollas (fig. 26:3-5, 7-8, 11) y grandes contenedores (fig. 26:10). Delfina Aguilera junto a la producción utilitaria, también compone candelabros, flaneros, belenes, cruces y diferentes escenas de la vida en el campo.

Los objetos tienen una función destinada al procesado de alimentos, el menaje o las tareas domésticas como la de planchar (fig. 31:4), pero principalmente están destinados al fuego.

La optimización funcional es generalmente buena: piezas con un aspecto rudimentario y algo porosas, vinculadas con el tipo de inclusión que es grosera y con un función destinada a coccer alimentos al fuego.

El valor social es bajo, ya que la alfarería es considerada por los lugareños una artesanía de bajo prestigio.

Se aprecia una diversidad de tipos, en función de los gustos y habilidades de la alfarera en el momento de producción (fig. 31:5-6). Del mismo modo, las formas y la variación de las dimensiones reproducen la impronta familiar, por lo que no hay dos tipos iguales. La homogeneización en las dimensiones puede variar bastantes centímetros, en la boca, base o altura. A partir de la observación de *pailas* confeccionadas por cinco alfareras distintas se pudo constatar cómo las dimensiones y el tipo de asidero eran diferentes según la procedencia.

IV.2.2. Cadena operativa tecnología

Fase I: arcilla en estado natural

La arcilla se obtiene en diferentes cerros ubicados en Pilén Bajo (fig. 27:4). La familia García, junto a otras alfareras, la obtienen de un cerro situado a 500 mts de la casa (fig. 27:2). En cambio, Delfina Aguilera que vive en Pilén Alto, recorre varios kilómetros para recoger la arcilla. La veta de arcilla se localiza en una vaguada que ha sido preparada para tal efecto: la mina se tapa para que no se seque demasiado y a su vez se ha hecho un desagüe para que no se encharque durante el invierno (fig. 27:3).

La arcilla se suele ir a buscar con luna menguante, para que la loza no se rompa y así la arcilla se seque más rápido. Entre una y cuatro veces al año las mujeres salen en busca de las materias primas, usualmente acompañadas de los maridos o los hijos.

En la labor de extracción, la alfarera, a veces es acompañada por un familiar varón, que pica la tierra con un azadón o picota para ser transportada en canastos de mimbre que los mismos lugareños confeccionan (fig. 31:7).

El transporte se realiza o a pie y cargando la arcilla sobre sus cabezas o por carreta tirada de bueyes, según la base económica de las familias. Las alfareras que habitan más cerca de las minas no necesitan ningún tipo de trasporte y van a buscar la arcilla cuando la necesitan. También se puede pagar a algún vecino (mujeres solas), o pedir una carreta en préstamo si se trabaja en un *fundo*.

Para fabricar las piezas no se emplean inclusiones mezcladas con la pasta. Si se fabrican objetos pequeños, se utiliza sólo la *greda* de la veta de Pilén Alto, hoy en deshuso por la baja calidad. Si se trata de vasijas de gran tamaño, la *greda* se mezcla con arcillas más arenosas o con gravas (se denomina *greda gruesa* y *greda fina*).

La mina de donde se obtiene la arcilla utilizada para fabricar el engobe queda montaña arriba por lo que se necesita generalmente trasporte, aunque las cantidades a recolectar son mucho más pequeñas. El engobe se encuentra en pequeñas cantidades, adentrándose en la montaña en lugares de difícil acceso.

Los combustibles utilizados en la cocción son: leña variada, bostas de caballo, de vaca, o paja que se recolectan en las cercanías o en los *fundos* vecinos cuando algún hijo o marido trabaja en ellos.

Fase II: preparación de la pasta

Una vez que la *greda* es acopiada en un lugar de la casa se procede a limpiarla de hojas y otros trozos de vegetales o de pequeñas piedras; Una vez seca la arcilla se procede al machacado de la *greda* hasta pulverizarla para luego ser molida con un mazo de madera (fig. 27:5) o hierro. Luego se tamiza con una criba de malla (fig. 27:6). Si es necesario, después de este proceso se mezcla parte de grano grueso y parte de grano fino. Su proporción dependerá de si se trata de piezas grandes o pequeñas. Posteriormente, se amasa la arcilla con la mano como si fuera pan: se hace un círculo dentro del cual se va colocando el agua, para unir la masa hasta conseguir la resistencia requerida, después se deja reposar al menos un día. En la actualidad, las pocas alfareras que quedan van a recoger la arcilla a la mina de Pilén Bajo, por que no requiere ser mezclada con otras arenas y es mucho más facil de preparar.

Los terrones de arcilla utilizada como engobe se echan a remojar en un tiesto hasta que quede una consistencia espesa (fig. 30:3) y homogénea, para ser aplicado antes del bruñido con un pedazo de tela o brocha.

Cabe destacar que no todas las *loceras* usan las mismas técnicas, existiendo algunas que mezclan *gredas* de distintas consistencias o agregan arenilla; otras, en cambio, usan la materia prima tal cual la extraen del cerro. En general las alfareras no entienden el concepto de añadir inclusiones como temperante o desgrasante.

Fase III: arcilla en estado fresco

En el modelado primario se coloca un tablón entre las piernas y sobre él colocan un pedazo de arcilla que van modelando (fig. 28:5-6). El modelado se consigue por golpeado con las palmas de la mano, como una torta de arcilla (fig. 28:1; 29:3). Después se le da una forma cóncava (fig. 28:2-4; 29:2). Durante todo el proceso las artesanas se van humedeciendo las manos.

Una secuencia general de la cadena operativa de modelado (fase III-V) utilizada en la confección de una jarra se puede observar en la figura 28: golpeado (fig. 28:1), ahuecado y estirado (fig. 28:2), doblado (fig. 28:3), golpeado (fig. 28:4) alisado-estirado (fig. 28:5), doblado (fig. 28:6-7), presionado-estrechamiento (fig. 28:8), urdido (fig. 28:9), recortado (fig. 28:10), doblado boca (fig. 28:11) y pulido (fig. 28:12).

Las asas de cinta se modelan en esta fase, aunque no es hasta que la arcilla está en textura de cuero cuando se pegan a la pieza (fig. 29:5; 29:7).

Tras un breve secado se humedecen las piezas y se realizan los tratamientos finales. Estos, consisten en raspar el interior de la pieza para ahuecarla y dejarla un poco más onda

(fig. 29:6) seguidamente se pule toda la pieza (fig. 28:12). La extensión y alcance del pulido dependerá de los gustos y aprendizaje de la alfarera.

Fase IV: secado primario

Cuando el modelado ha finalizado las piezas se dejan orear al sol (fig. 29:4). El tiempo de secado depende de la intensidad del sol y del criterio que emplee la artesana. Se hace fuera, cuando hay sol, y cerca del fogón cuando hace frío o llueve.

Fase V: arcilla textura de cuero

Es ahora cuando, una vez que la pieza está dura, se le colocan las asas de cinta por medio de la unión con barbotina (fig. 29: 5,7). Es en este momento cuando se aplica el engobe con un trapito atado a un palo. Después de un corto secado se bruñe la vasija (fig. 30:1). El bruñido se realiza con una piedra pulida de río (fig. 30:2). La piedra se debe pasar reiteradamente frotando la pieza por toda su superficie. En las creaciones más pequeñas se utiliza como bruñidor un trozo de palo pequeño y delgado. Esta etapa es la más demorosa para lograr un buen acabado.

Fase VI: secado secundario

La condición necesaria para dar por terminada esta fase es la comprobación completa del secado de cada pieza. En invierno las piezas se dejan secar al sol y se van girando progresivamente, para evitar ser fracturadas por la exposición continuada de una parte de la vasija (fig. 30:4).

Fase VII: arcilla en estado seco

Antes de la cocción se precalienta la cerámica (*cuchucar*). Se acercan las piezas al fuego y cuando se ha consumido la fogata, se colocan sobre las brasas (fig. 30:5) y se van girando sobre las mismas para que la temperatura sea distribuya por igual en toda la vasija.

Fase VIII: cocción

A continuación, se colocan sobre ellas leños y bostas formando una pila, que se irá consumiendo durante unas dos horas (fig. 30:6). La cocción se hace en pila un día a la semana. En verano, con mayor cantidad de bostas y en invierno con más leña. Las bostas se pican concienzudamente y se colocan en la parte inferior de la estructura de combustión. La utilización de bostas permite aumentar algo la temperatura y conseguir un incremento progresivo de la misma. El problema radica en que así las piezas quedan más manchadas (fig. 26:4) y que antes de la combustión se ha de someter al combustible animal a un intenso proceso de secado.

Fase IX: arcilla en estado cocido

La cocción descrita para Pilén produce una *loza* anaranjada (fig. 26:5). Si se quiere dar un color negro a las vasijas, imitando la cocción quinchamalina (fig. 26:8), se las cubre con bosta molida u hojas de pino y así se consigue una cocción reductora final.

Luego, las piezas se dejan enfriar y se limpian para ser almacenadas en algún rincón

de la casa o para ser empacadas en las cajas o canastas en las cuales serán trasladadas al mercado (fig. 31: 5,7).

Herramientas (fig. 30:3)

Se modela con un trozo de rama de cerezo y una cuchara vieja. También se utilizan palitos de confección propia y cuchillos de madera para cortar la *greda* cuando hace falta. Los bruñidores son de madera o piedra. El bruñidor se puede emplear como lija. El cordobán se utiliza para pulir los contornos de la boca. La cuchara vieja se utiliza para dar forma interior a las piezas y dejar su superficie más lisa. Para el engobado se utiliza un trapo atado a un palo.

IV.2.3. Contexto económico de producción

En relación con el tipo de intercambio y la orientación comercial, la producción está vinculada y condicionada al mercado semanal de Cauquenes. La venta es realizada por las propias mujeres que van una vez a la semana a vender verduras, frutas y cerámica (fig. 31: 5-7). Nosotros contamos hasta cuatro. Los mayores ingresos de las alfareras provienen de la venta de verduras, frutas y hortalizas. Se venden, sobre todo, piezas de pequeño tamaño como las pailas. Las piezas grandes ya no se ha hacen más que por encargo.

La pequeña ciudad de Cauquenes se encuentra a 15 kilómetros. La venta no se realiza en la misma población sino que las artesanas se desplazan al mercado más cercano. En el mercado cubierto hay una tienda de artesanía que vende mimbre y cerámica. En ella hay ollas grandes que requieren más trabajo y cerámica decorativa. Los dueños no son alfareros, sino comerciantes que compran directamente a las alfareras de Pilén. La cerámica se transporta dentro de cestas de mimbre rellenas de paja. Hace años la mujeres iban al mercado recorriendo a pie los 10 Kilómetros que las separan de Cauquenes, cargando la loza atada sobre cabeza y espalda. Hoy en día realizan el trayecto en camiones.

La demanda existente es muy reducida. En el mercado, las alfareras llevan entre 5 y 20 cerámicas utilitarias. El puesto de artesanía del mercado cubierto orienta su producción hacia cerámica más ornamental y tienen el puesto lleno de piezas.

En 2007 se inauguró el nuevo mercado cubierto de Cauquenes. Este hecho ha aumentado los puestos de venta de artesanía cerámica. De un único puesto se ha pasado a cuatro. Mientras el número de mujeres alfareras se está reduciendo fuertemente, los puestos de venta van en aumento. Las alfareras se ven obligadas a vender a un precio más barato a los tenderos y tenderas, para que ellos puedan vender con algún margen de beneficio.

El principal sistema de obtención de recursos es la agricultura y la explotación forestal. Las familias orientan su producción hacia el autoconsumo. En general son pequeñas propiedades con suelos muy erosionados al estar situadas sobre lomajes. La producción, orientada a la venta, se basa en la viña y en el cereal, mientras que para el autoconsumo se emplean frutas y hortalizas. Las mujeres cultivan algunas hortalizas y flores. Al mismo tiempo realizan actividades de recolección en el bosque junto con los niños, También elaboran alimentos: secan frutas y hierbas.

La alfarería es una actividad secundaría en la economía familiar, aunque contribuye marginalmente forma significativa a mejorar los ingresos. Es una actividad complementaria de otras, como las tareas hortofrutícolas, el cuidado de los niños o el cocinado de alimentos.

El trabajo se realiza siempre dentro de la unidad doméstica, ya se trate de una familia extensa (madres, hermanas e hijas) o no (una sola mujer por unidad doméstica). Dentro

de la familia se pueden desarrollar fórmulas de cooperación estableciendo un reparto equitativo de los beneficios.

En una familia con tres alfareras, dos fabrican objetos pequeños (fig. 21:1) y la de más edad los más grandes.

En relación con la inversión económica o material mínima necesaria para producir, sólo se necesita disponer de tiempo de trabajo y el aprendizaje necesario. Las materias primas se obtienen de forma gratuita y la cocción y modelado no requieren ningún tipo de infraestructura. Las herramientas necesarias se obtienen del entorno. Incluso el trasporte al mercado puede realizarse a pie.

IV.2.4. Organización del trabajo

El tiempo de dedicación anual se adapta a las estaciones: La productividad aumenta en las estaciones secas, pues la temperatura ambiental permite un mejor secado de las piezas. Esto obliga a que las piezas grandes, que requieren más tiempo y sol para el secado, sólo se realizan en verano, mientras que el invierno se dedica a la elaboración de piezas de pequeño tamaño porque es complicado el trabajo en el exterior y se reducen los días posibles de cocción. En general, en los meses más fríos del invierno no se fabrican piezas.

Pero el tiempo de dedicación anual y las horas diarias de trabajo también estan condicionado por la edad de los hijos (en función de la edad necesitan más o menos tiempo de cuidados) y la edad de la alfarera, que a medida que se hace mayor puede dedicar menos tiempo al trabajo.

La organización del tiempo diario está marcado por el día de feria en Cauquenes y el paso del autobús dos días a la semana.

El grupo de trabajadores está compuesto por mujeres de una misma familia, de diferentes generaciones: generalmente la abuela, las madres y la ayuda de las hijas (fig. 29:1). Es un trabajo exclusivamente femenino. El hombre no trabaja la alfarería, porque está mal visto. Se considera una actitud homosexual, además de pensar que no tiene las cualidades necesarias para ello.

El estatus social de los trabajadores es bajo, al no haber un reconocimiento social del trabajo. Todas las mujeres de la aldea saben fabricar cerámica. El reconocimiento social de la *locera* se produce en el momento de dejar la casa paterna para contraer matrimonio o cuando la madre fallece.

El estatus económico de los trabajadores también es bajo. Esto se observa sobre todo en el mercado, donde las alfareras no disponen casi de espacio y no tienen ningún tipo de infraestructura para vender sus productos (fig. 31: 5-7).

El trabajo se realiza entre diferentes generaciones, donde la alfarera de más edad es la que mantiene el control de la producción. El trabajo alfarero deteriora las cualidades físicas de las ceramistas, por lo que las alfareras de mayor edad tienen que ir dejando ciertas labores para dedicarse a las tareas de menor esfuerzo y desgaste físico, pero más especializadas (por ejemplo, el control de la cocción o el modelado). Cuando las niñas son más mayores ayudan en la producción (fig. 29: 1-3).

El control de la producción recae en la alfarera de más edad de la familia, aunque se distribuyen los beneficios de forma equitativa.

En la familia se dan formas de cooperación en el trabajo y generalmente la mujer adulta es la que modela, mientras las hijas o hermanas colaboran en el bruñido de la loza. La familia García divide su trabajo entre la fabricación de pequeños productos (fig. 29:1),

que necesitan de poca experiencia, y productos más elaborados que realiza la madre. La única diferenciación está condicionada por la edad que determina la experiencia.

La transmisión del oficio y el conocimiento de las técnicas y operaciones cerámicas son un asunto privado y no público por lo que se aprende en la casa como parte de la vida cotidiana. Esto permite que haya variaciones técnicas que reflejan la impronta familiar. La mujer aprende el oficio de sus madres por imitación, intentando reproducir lo más exactamente posible la cadena operativa de fabricación. En general, los procesos tecnológicos son guardados celosamente. Cuando es niña se dedica a aprender imitando a las mayores elaborando las piezas pequeñas (juguetería y miniaturas) y colaborando en el amasado y recogida de la arcilla. Se aprende jugando. En la adolescencia ayuda fabricando ella misma las piezas o asistiendo a la madre en algunas acciones poco especializadas, como el bruñido. Para incentivar el proceso se le hace partícipe de los beneficios obtenidos con su trabajo.

IV.2.5. Uso del espacio

El lugar de habitación se utiliza a la vez como casa y lugar de trabajo (fig. 27:2; 29:1). No existe una diferenciación de espacios definidos. La única área definida es el lugar de la cocción, aunque puede variar ya que no es imprescindible realizarla siempre en el mismo sitio. En general, las actividades de trabajo alfarero se pueden llevar a cabo en cualquier espacio (fig. 28; 29:1; 30:4).

Tampoco hay una separación espacial entre el trabajo alfarero y el hogar. Muchas veces se modela, pule y bruñe junto al hogar en la cocina. La cocción y el secado se realizan en el exterior de la casa, junto a árboles frutales y el patio de juegos para los niños. El almacenaje de la *greda* se realiza en la bodega de la casa. Las actividades de modelado se realizan normalmente en el porche (fig. 29:1), pero pueden dasrse en la cocina. Esto varia normalmente entre el invierno (casa) y el verano (porche y exterior).

En general, las áreas de actividad se sitúan en la parte exterior de la casa (fig. 29). Las áreas de trabajo no están definidas. Si a caso, el modelado se realiza en la casa (fig. 28) y el secado, almacenaje y secado en el exterior (fig. 29: 4; 39: 1,4).

Después de la cocción, el volumen de los desechos es muy bajo y prácticamente no hay. Estos se reducen a vasijas fracturadas durante la cocción.

CAPÍTULO TERCERO. ADAPTACIÓN, INNOVACIÓN Y RESISTENCIA EN LA PRODUCCIÓN CERÁMICA

«Vivimos en un mundo que nos parece común a todos sus habitantes. Creemos percibir realidades que nos parecen de obligada constatación por parte de cualquiera que las mire. Y no nos damos cuenta de que no todos los seres humanos miramos hacia el mismo sitio, ni con la misma mirada»

(Hernando. 1994: 205)

En las siguientes páginas abordamos la evolución de la producción cerámica en los valles centrales de Chile desde la llegada de los españoles hasta la actualidad. Para ello llevamos a cabo una doble perspectiva: por una parte establecemos cuales han sido las modificaciones productivas y por otro analizamos los motivos de estas trasformaciones y resistencias.

En la historia de las técnicas y estrategias de producción de las poblaciones alfareras del centro de Chile se observa:

1) La adaptación de algunas estrategias y tecnologías introducidas originariamente por los españoles.

2) La resistencia a introducir cambios que conlleven la trasformación los sistemas productivos.

3) Pequeñas innovaciones que no modifican la cadena operativa tecnológica pero mejoran la eficiencia de algunas partes del proceso productivo. Estas innovaciones se dan en contextos de producción tradicionales y conservadores.

Aunque documentar los elementos cerámicos (tecnológicos o tipológicos) que cambian y perduran puede resultar interesante, nos parece más acertado no quedarnos ahí e intentar establecer en que medida los patrones identitarios, los esquemas de racionalidad, las tradiciones culturales o las trasformaciones territoriales han condicionado estos cambios y perduraciones.

Estructuramos esta parte del trabajo en los siguientes puntos:

1) La aparición de centros especializados vinculados con las trasformaciones en la producción cerámica mapuche. Este proceso se desarrolla durante los primeros momentos del periodo colonial.

2) La intensificación del proceso productivo relacionado con la trasformación de la

vida rural ante la crisis del mundo agrario en los siglos XIX y XX.

3) La aparición de dinámicas territoriales diferentes que conlleva a que las poblaciones opten por continuar con la producción cerámica tradicional o por cambiarla. Hecho que se puede relacionar con la sustitución de la mujer en el trabajo alfarero o con su permanencia.

I. Transformaciones en la producción cerámica mapuche: aparición de centros productivos especializados (siglos xvi-xviii)

En este apartado se analiza la evolución de la producción cerámica mapuche usando fuentes de tipo etnográfico, histórico y arqueológico. Se propone que el sistema de producción de los grupos mapuches que pasaron a formar parte del territorio colonial evolucionó hacia la aparición de poblaciones especializadas en la fabricación de cerámica, mientras que los grupos que permanecieron independientes mantuvieron una producción doméstica hasta el siglo XX. El contacto con poblaciones europeas provocó la introducción de nuevas formas cerámicas. Sin embargo, la tecnología de fabricación se ha mantenido prácticamente invariable hasta la actualidad.

Las modificaciones en la producción cerámica están vinculadas al proceso de trasformación sociocultural que ha sufrido el pueblo mapuche a lo largo de los últimos siglos. Este proceso histórico se inició en el siglo XVI, con la colonización española del territorio situado al Norte del río Bio-Bio, lo que provocó dos ritmos diferentes en la adopción e incorporación de nuevas ideas y comportamientos sociales (Villalobos, 1992). Durante la colonia, los grupos indígenas situados al Norte fueron rápidamente aculturados y sometidos (Tellez, 1991; León 1991), mientras que los que se encontraban al Sur mantuvieron su identidad, de forma más o menos independiente, hasta finales del siglo XIX (Paño Yánez, 2005). Dicho de otro modo, la conquista española conllevó un largo y lento proceso de colonización, por el cual algunos grupos mapuches fueron asimilados a las instituciones españolas, mientras los que se ubicaban al Sur del Bío-Bío permanecieron relativamente independientes, hasta la *Pacificación de la Araucaria*, cuando fueron absorbidos por la república de Chile (Jara, 1984). Este hecho contribuyó a que en el territorio perteneciente a la colonia aparecieran algunas comunidades especializadas en la producción cerámica, al mismo tiempo, que el resto de la población pasaba a formar parte de mano de obra principalmente agrícola. Por el contrario, los grupos situados al Sur de «la frontera» conservaron gran parte de sus costumbres, entre las que se incluyen las tradiciones cerámicas, si bien se incorporaron nuevos tipos utilitarios de influencia española (fig. 5:5-6).

I.1. La producción cerámica en el «Wallmapu»

La producción cerámica en época Prehispánica

Cuando llegaron los españoles, los mapuches sabían fabricar cerámica, pero la utilizaban de una forma limitada. Según Pedro de Valdivia (Valdivia 1970) «*Los naturales tenían muchas y muy pulidas vasijas de barro*». Usaban principalmente platos, fuentes de madera y canastillos impermeables hechos de cortezas de árboles, fibras vegetales o paja de esparto. En esos canastillos y fuentes de madera calentaban el agua echando piedras calientes hasta hacerla hervir. Los vasos (*Yuwe*), morteros, platos (*Rale*), cucharones (*Kefawe*), tazas (*Iwe*) o las máscaras rituales (fig. 6:3) eran antiguamente de madera.

Los mapuches son conocidos, sobre todo, por el trabajo de la cestería, la plata (fig.

6:4-6) y el telar (Guevara 1911, Domeyko 1846). Las copas eran generalmente de plata. Había artesanos plateros con dedicación a tiempo completo, al contrario que la cerámica, confeccionada por las mujeres al no requerir un artesanado especializado, y se elabora, aun hoy, como complemento de otras actividades domésticas. El mapuche utilizaba recipientes de cestería o madera en sustitución de la cerámica, para muchas actividades, principalmente en el procesado de alimentos.

Aunque un *lonko* poseyera diferentes mujeres, cada una tenía independencia dentro de la familia y la *Ruka,* por lo que criaba a sus hijos, cocinaba sus propios alimentos (Silva Galdammés, 1990, 1995) y fabricaba su cerámica (Montecino, 1995). La cerámica tenía un papel secundario y se utilizaba sobre todo como objeto ritual y funerario vinculado a la mujer (Montecino, 1995, 1997; Dillehay y Gordon, 1977; Dillehay, 1990; Gordon, 1997).

Transformaciones de la producción cerámica durante el periodo colonial

Con la llegada de los españoles el proceso de fabricación, parece que se mantiene igual que en época precolonial (Montecino, 1986: 16). Por desgracia nuestro conocimiento sobre las formas cerámicas proviene de contextos funerarios. Perduran los estilos cerámicos del complejo El Vergel, sin embargo aparecen nuevos estilos como la variante «Valdivia» (fig. 4:4-5) y las influencias europeas se demuestran por las formas (fig. 5:5-6) y las decoraciones (fig. 5:4).

Aparecen nuevos tipos utilitarios (Aldunate, 1989; Gordon et al., 1973; Quiroz y Sánchez, 1997) y se modifican los tipos formales con la imitación de formas europeas y ollas de tradición occidental (Aldunate, 1989).

En este periodo se documenta la persistencia de las mismas formas cerámicas: jarros asimétricos y simétricos, modelados e incisos y *challas* y ollas con estrías circulares en el cuello. Las mujeres mapuches han conservado algunas formas cerámicas como la *challa* hasta la actualidad. Estas cerámicas aparecen a mediados del siglo VI d.C. y forman parte del complejo denominado Pitrén (Aldunate, 1989).

Además, aparecen nuevos modelos, como las tazas con asa (fig. 5:6), los platos extendidos con bordes anchos (fig. 5:5) y grandes ánforas con reborde en el cuello (fig. 5:3). Las cerámicas están cubiertas de un engobe negro o marronoso (fig. 5.1), o pintadas en rojo (fig. 5:2). Y las antiguas formas se estilizan como en los jarros asimétricos, los cuellos son exvasados, llegando a presentar vertederas, las asas nacen del labio donde pueden presentar protuberancias, y terminan al comienzo del cuerpo en forma de cinta (fig. 5:2), presencia de pequeños trozos de cuarzo o loza europea incrustados formando líneas y cruces (fig. 5:4). Algunas formas son ahora de mayores dimensiones apareciendo grandes contenedores cerámicos.

I.2. La producción cerámica de tipo mestizo al norte del Bío-Bío

Nos referimos en este apartado a la producción cerámica que se lleva a cabo en las poblaciones de Pilén y Quinchamalí y que se realizó hasta los años cincuenta en Pomaire.

Además de las poblaciones estudiadas, existían otras (fig. 8) como: Santa Cruz de Cuca y La Florida en la región de Bío-Bío, Talagante, cerca de Santiago, Pocillas e Ilochegua en el Maule y Vichuquén en la región Libertador General Bernardo O'Higgins.

La producción cerámica en época prehispánica

Diferentes autores han manifestado la opinión de que la cerámica mestiza que se

fabrica en el centro de Chile tiene unas claras vinculaciones mapuches. Al respecto, Valenzuela (1957:52) expone: *«...la seguridad de encontrarse frente a un arte verdaderamente campesino chileno que tiene sus raíces tecnológicas en lo indígena, y su temática inspirada en puros motivos criollos»*. De forma similar se expresa Montecino (1986: 19): *«...una actividad que se remonta a la producción de cerámica mapuche, incluida en el universo de lo grande- y que se manifiesta en los artefactos de uso doméstico- y luego, la emergencia de piezas figurativas que se inscriben en el universo de lo chico y que conformarían un nuevo estilo»*

La documentación de unas características similares entre la producción de las diferentes poblaciones alfareras podría obedecer a la existencia de unas estrategias de producción comunes en el pasado, tanto en la tecnología (la producción actual de Pilén y Quinchamalí y la desarrollada en Pomaire hasta los años cincuenta), como en los sistemas de organización del trabajo (producción de tipo familiar, no existencia de un trabajo colectivo fuera del grupo familiar y un trabajo a tiempo parcial).

La tradición figurativa de los centros de Pilén, y sobre todo de Quinchamalí, se puede relacionar con la cerámica mapuche y en gran parte de las culturas indígenas latinoamericanas. Podemos destacar, a modo de ejemplo, el *ketru metawe* (Larraín et alli, 1992) o los *epu metahue* (Claude Joseph, 1931). Estas formas fueron documentadas en 1936 en la aldea de Quinchamalí por Mazzinni (1936) e identificadas como de tipo mapuche y, por tanto, representarían formas nativas puras (Valenzuela, 1957). Un poco más al Sur, en la provincia de Cautín, Valenzuela (1957) relató la existencia de las mismas formas en contextos puramente indígenas.

La cerámica ornamental de Quinchamalí, Pomaire y en menor medida Pilén basada en motivos zoo y antropomorfos evidenciaría una cerámica de tradición indígena (Valenzuela, 1956 y Mazzini, 1936) reinterpretada hacia formas de origen europeo.

Transformaciones de la producción cerámica en territorio colonial: aparición de comunidades especializadas

En el territorio perteneciente a la colonia aparecieron algunas comunidades especializadas en la producción cerámica (fig. 2:1), al mismo tiempo que el resto de la población pasaba a formar parte de mano de obra principalmente agrícola.

Algunas fuentes parecen indicar un inicio de dicha especialización por centros productivos en época colonial, produciéndose primero una intensificación del proceso de especialización y posteriormente, una diversificación de las estrategias de producción, a diferente ritmo. Al no existir prácticamente fuentes históricas sobre la artesanía cerámica durante la colonia, nos vemos obligados a presentar esta reflexión a modo de hipótesis. Al respecto transcribimos un fragmento del texto de Sonia Montecino (1986: 15) para el caso de Quinchamalí: *«No contamos con suficiente información para detallar las contingencias del encuentro específico que allí se dio entre el conquistador y el conquistado, los registros obtenidos del siglo pasado sólo nos remontan al siglo pasado. No obstante, es factible observar, en la actualidad, los productos concretos de ese encuentro: escuchar los sonidos de un lenguaje mixto, de un sincretismo que se lee en las formas de la alfarería, en la cosmovisión que recrea e integra lo cristiano, en una memoria que guarda y transmite tradiciones, en sueños que develan y describen la sutura de la realidad indígena y la española.»*

La cuestión está en conocer el momento y el motivo por el cual, en algunas aldeas, la mayoría de la población comienza a fabricar una cerámica destinada parcialmente al intercambio, abandonando una producción ocasional y autosuficiente en el contexto fami-

liar.

Debido a los continuos contactos con los españoles y a los cambios en el modo de vida, se produjo en época colonial un cambio en las formas cerámicas que afectó a todos los grupos de población indígena modificándose su función y siendo introducidas en un sistema de tipo mercantil con necesidades distintas al antiguo sistema indígena preindustrial. La influencia del sistema socio-económico español provocó la especialización de algunos núcleos indígenas que ha durado hasta la actualidad, dentro de un marco más amplio de aculturación de la población española sobre los indígenas.

La introducción de la cerámica en los circuitos comerciales españoles provocó paulatinamente la especialización de ciertos núcleos, que empezaron a utilizar una tecnología cerámica de torno y cocción en horno para la fabricación de grandes contenedores, principalmente para almacenar vino, pero con la introducción en un sistema capitalista a principios del siglo XX se convirtieron en poco competitivos y desaparecieron. En cambio, algunas poblaciones indígenas que habían continuado fabricando cerámica en contextos domésticos, destinada a consumidores campesinos ubicados en las cercanías de los centros productores, mantuvieron la producción hasta la actualidad.

El sistema de encomienda desvinculaba a los indígenas de su lugar de origen y en ocasiones los concentraba en pueblos de indios. En muchos casos esto provocó la perdida de conocimientos transmitidos durante generaciones y obtenidos por medio de la constante experimentación con las materias primas locales, por lo que con la reubicación de estos grupos indígenas se perdió el conocimiento sobre el lugar de obtención de la arcilla y cómo se comportaba físicamente durante el proceso de fabricación. En ese momento, los trabajadores agrícolas y los españoles residentes en los territorios de encomienda cercanos, necesitaban vasijas para cocer, almacenar alimentos y otras actividades como la minería, tales como los desarenadores para la minería, *callanas* para tostar, *pailas* y ollas para cocinar, cántaros para el agua o tinajas para lavar la ropa.

Algunas aldeas consiguieron mantener una población de indios estable, como el pueblo de indios de Pomaire (Borde y Góngora, 1956), o la concentración de indios de Quinchamalí (Muñoz Olave, 1921). Los pueblos de indios mantuvieron tierras propias, por lo que no se vieron obligados a trabajar como inquilinos, al menos en los primeros siglos de la colonia. Las alfareras obtenían gran parte de los recursos del sistema de intercambio de loza por productos agrícolas establecido entre trabajadores agrícolas, hacendados y alfareras. En el centro de Chile este sistema de intercambio se conoce como «*Conchavo*», término que ha sido rastreado hasta el siglo XVII para describir los trueques de los indígenas (Jara 1965: 138). En la actualidad, las alfareras de Santa Cruz de Cuca continúan realizando el intercambio de loza por productos agrícolas, y en Pilén y Quinchamalí los ingresos procedentes de la alfarería se complementan con el trabajo agrícola y la recolección.

Durante este periodo, muchas mujeres se vieron obligadas a especializarse en el trabajo agrícola en las haciendas o *fundos*. Lo cual conllevó que, con el paso de varias generaciones, se perdieran los conocimientos alfareros al dedicarse, obligadas por los españoles, al trabajo agrícola. La pérdida de conocimientos en el trabajo de la loza provocó un aumento de la demanda por parte de grupos que desconocían el sistema de fabricación, lo que pudo conducir a que algunas poblaciones se especializasen en la fabricación de cerámica, al estar situadas cerca de buenos afloramientos de arcilla. Montecino (1984) explica perfectamente este proceso de pérdida de conocimientos.

De la misma manera, estas aldeas mantuvieron un elevado número de mujeres solteras, por el desplazamiento forzoso de los hombres a las minas, a las grandes explotaciones agrícolas de los encomenderos y posteriormente latifundistas, o a las zonas de la frontera al

servicio del ejercito, pero también por la independencia económica que les ofrecen los ingresos obtenidos de la alfarería. «*La artesana que recrea las figuras cerámicas es por lo general una mujer que ha asumido la maternidad en soltería...*» (Montecino, 1986: 23) motivada, precisamente, por la falta de hombres y la independencia económica que permite a las mujeres no tener que casarse.

La figura del hombre era suplida por el hacendado y patrón, que se vincula sexualmente con las inquilinas sin realizar matrimonio ni reconocer a sus hijos: «*...esos caballeros Ulloa a todas les dejaron un crío y no se casaban ellos....*» (Honorinda Vielma en Montecino, 1986: 24). La figura del patrón podría suplir la figura del hombre mapuche, que era generalmente polígamo, por lo cual las indígenas vivían en un régimen de semisoltería. Pese a pertenecer a una sociedad patrilineal, donde el control de la descendencia está en manos del hombre, la transmisión de conocimientos, estaba en manos de la madre.

Todos estos factores posibilitaron la independencia económica de la mujer indígena respecto al hombre en el Chile colonial, pero limitó la posibilidad de obtener excedentes al vivir al límite de la autosuficiencia.

Nos parece que la presencia de un número elevado de mujeres concentradas en una población, la demanda de los campesinos y terratenientes españoles de los alrededores (ya que sus mujeres habían perdido los conocimientos necesarios y no conocieran las materias primas locales), unido a que las alfareras no necesitaban emigrar a otras tierras para obtener productos agrícolas (los obtenían de sus propias tierras y del intercambio de las vasijas por productos agrícolas), permitó mantener una población femenina estable dedicada al trabajo alfarero. Este hecho facilitó la transmisión de conocimientos de generación en generación por vía femenina.

Básicamente, la aparición de comunidades especializadas en el sentido de la concentración de las unidades productivas en un mismo lugar se podría haber producido porque:

— Las tierras de estas poblaciones no son absorbidas, ni por hacendados, ni por encomenderos.

— Las mujeres de estas poblaciones no se ven obligadas a trabajar en el campo.

— Hay un aumento de la demanda por parte de grupos que desconocen o han olvidado el sistema de fabricación de la cerámica.

La conjunción de estos factores, junto con la presencia de vetas de arcilla de calidad en las cercanías, potenció una especialización alfarera que entendemos como «*geográfica*», es decir, en un determinado territorio relativamente amplio aparece una concentración de unidades productivas agrupadas en torno a una población que es la única que fabrica cerámica en la zona. Las alfareras concentran sus esfuerzos en fabricar cerámica y se abandona o margina la producción de otros productos. Cada comunidad especializada distribuiría sus productos en el territorio próximo a la aldea, sin existir competencia entre productores de diferentes centros. Por ejemplo, entre la costa y las cuencas del Itata y Ñuble conocemos las aldeas alfareras de Quinchamalí y Santa Cruz de Cuca. Pese a esta especialización geográfica, la alfarería continuó y continúa siendo una actividad doméstica a tiempo parcial, que se combina con otras tareas y es complementaria de la agricultura y la recolección.

Además, no se trata de una especialización casual o espontánea, pues su aparición se relaciona con la presencia de otras especializaciones productivas, como el sector del campesinado que trabaja en las haciendas, la aparición de clases dirigentes de estatus elevado que residen en las haciendas, y son los propietarios de grandes extensiones de terreno, o el ejército encargado de defender la frontera, que estaba formado por indígenas y españoles.

En Chile central la producción ha tenido un proceso diferente al resto del área Andina, donde los alfareros especializados de origen local eran concentrados por el estado

incaico en lugares en los que existían yacimientos de arcilla, ésta tendencia continuó en época colonial. Idrovo (1990) ha estudiado ampliamente este proceso en el ecuador colonial de los siglos XVI y XVII planteando que este fenómeno responde a una ocupación más intensa, tanto por parte de los incas, como de los españoles. Esta situación se dio de forma marginal en el Chile colonial y las poblaciones objeto de este estudio, ubicadas en zonas rurales de difícil acceso, no sufrieron ninguna ingerencia por parte de la administración colonial. Se produjo un proceso de especialización diferente al resto del área Andina, donde no había control por parte de la administración. Se trata de una evolución interna, consecuencia de la adaptación a nuevas estructuras socioeconómicas, primero durante el periodo colonial y luego durante parte del siglo XIX y XX, debido a la crisis del mundo agrario.

Recapitulación

Se proponen dos velocidades distintas en la trasformación de las estrategias mapuches de producción cerámica. Mientras en el territorio de «la frontera» el sistema de producción se readapta a un ritmo muy lento, en el Norte aparece una especialización en la fabricación de cerámica en algunas aldeas. Este proceso de especialización supone un cambio en las formas y usos de las piezas, en el sistema de organización del trabajo y en la distribución de los productos. En cambio, la tecnología sufre pocos cambios, manteniéndose hasta la actualidad unas técnicas de fabricación parecidas a las mapuches.

Se diferencian tipos y decoraciones, mientras que la tecnología de fabricación se mantiene igual. Los distintos ritmos de asimilación de las poblaciones mapuches a las estructuras coloniales y republicanas implican la introducción de nuevos tipos cerámicos con mayor o menor intensidad. En las zonas bajo ocupación española se modifica por completo la estructura de producción, al tener que adaptarse a una economía de mercado, lo que supone la sustitución casi completa de las antiguas formas mapuches.

En la elaboración cerámica se combinan elementos nuevos con otros tradicionales, se modifican materiales, tamaños, formas, decoraciones y usos, para poder reorientar los productos hacia nuevas demandas. El gran cambio de las artesanas mapuches consistió en abandonar las cerámicas utilitarias o domésticas para consumo local por otras foráneas demandadas por la nueva población, hecho que condicionó la adopción de nuevas estrategias productivas destinadas a aumentar el número de productos fabricados.

Pero si lo que interesaba a las alfareras era aumentar la producción, ¿por qué la tecnología no varió hasta tiempos muy recientes?

Esto fue posible porque el sistema de producción cerámica no era una tecnología que daba prestigio a sus artesanos, sino un arte menor bastante marginal. No es lo mismo la fabricación de objetos que tienen un papel social, económico o ideológico secundario que materiales que tienen un papel destacado en el grupo.

La tecnología cerámica no es en este caso un indicador de la introducción de modificaciones sociales, ya que la estructura ideológica del artesanado no cambió. La finalidad para la que se empleaban las piezas no requería una infraestructura tecnología desarrollada. Además, existía una marginalidad en la producción y la tecnología cerámica no era un elemento vital en la producción social.

Sin embargo, esta explicación no responde a la cuestión de por qué las alfareras no adoptaron nuevas estrategias tecnológicas (como el torno o la cocción en horno) que conocían y se utilizaban en otras poblaciones cercanas.

Nosotros proponemos la posibilidad de que la tecnología haya funcionado más como un fenómeno de resistencia e identificación cultural que como indicador de cambios

sociales. Es decir, el mantenimiento del sistema tecnológico durante tantos siglos de ocupación se nos muestra como un fenómeno de resistencia de la población indígena contra la explotación española y una manera de reivindicar sus orígenes.

II. Intensificación del proceso de producción y diversificación de estrategias productivas (siglos XIX y XX)

Desde el siglo XIX algunas unidades productivas acaban por especializarse reduciendo los ingresos procedentes de la alfareria a la única fuente de recursos. Se inicia un proceso que generará diferentes niveles de dependencia económica y de especialización. Lo que conducirá a las alfareras y alfareros a generar estrategias que reduzcan el tiempo de trabajo. Esto provoca la adopción de nuevas estrategias de división del trabajo y control de la producción:

Durante el final del siglo XIX y gran parte del siglo XX se desarrolla la expansión cerealera en Chile central con la posterior crisis del mundo rural y la expulsión de los trabajadores agrícolas del campo. Es, con la profunda crisis del mundo agrario chileno, cuando los indígenas o mestizos se introdujeron verdaderamente en la sociedad occidental de corte capitalista (Salazar, 1985; Valenzuela, 1991; Paño, 2005).

La expansión cerealera y la modernización agrícola condujeron a la crisis del mundo rural, provocando la descomposición del sistema de inquilinaje, la descampesinización del campo y la progresiva parcelación de las tierras, fruto de los diferentes intentos de reforma agraria (Borde y Góngora, 1956; Valdés, 1983). En el campo se produce la emigración a la ciudad, se transforma el proceso productivo y cambia el sistema de circulación de productos. La crisis del sistema de inquilinaje potenció la aparición de nuevas formas de dependencia económica y de comercialización de la producción rural.

Durante este periodo, la artesanía cerámica constituyó uno de los pocos recursos de hombres y mujeres que residían en estas poblaciones. Progresivamente se fue sustituyendo el patrón de intercambio no monetario (*chaveleo*) por la comercialización de las vasijas, hecho que contribuyó a acelerar la dependencia económica de las familias respecto a la alfarería.

A la larga, unas poblaciones alfareras optaron por una especialización artesanal basada en la manufactura de *loza* artística (Quinchamalí); otras por la comercialización a gran escala, introduciendo mejoras tecnológicas y pasando el control de la producción a manos masculinas (Pomaire) y un tercer grupo, las de menor repercusión, mantuvieron el sistema colonial, consistente en la producción de vasijas utilitarias distribuidas por las propias alfareras en los mercados cercanos. Sin embargo, en muchas otras poblaciones, como Pocillas, Ilochegua, Talagante o Melipilla, este proceso condujo al abandono de la producción alfarera (fig. 8).

En la actualidad, se puede observar una estrategia vinculada a la innovación de formas y técnicas en Pomaire, frente a otra, la de Quinchamalí, relacionada con un conservadurismo tecnológico y la reinterpretación de formas cerámicas de origen indígena (García Rosselló, 2006a, 2006b, 2007).

Es evidente que formas y técnicas se han adaptado a las nuevas estrategias económicas, pero en Quinchamalí estas modificaciones no han provocado el completo abandono de las tradiciones cerámicas anteriores (García Rosselló, 2007), al contrario de lo sucedido en Pomaire.

La incorporación de nuevas tradiciones cerámicas al sistema de fabricación indígena viene determinada por la influencia ejercida, primero por los colonizadores españoles y

posteriormente por el estado chileno. Durante la colonia se produjo la especialización en la producción alfarera de las comunidades, pero éstas mantuvieron una estructura productiva muy similar a la mapuche hasta el siglo XIX-XX.

En la población de Quinchamalí se generó un fenómeno de innovación tipológica, acompañado de una fuerte resistencia a incorporar nuevas técnicas de fabricación. Sin embargo, en Pomaire, el proceso de trasformación de la industria cerámica conllevó la adopción de formas y tecnología de tradición española, adoptadas en poblaciones cercanas.

A partir de los años cincuenta del siglo XX se genera un proceso de diversificación en las estrategias productivas adoptadas por los productores. Estas transformaciones deben entenderse como la evolución de dinámicas territoriales diversas, por las que se generan diferencias técnicas y tecnológicas entre centros productores.

Las unidades domésticas de producción mapuche desaparecieron a medida que estas poblaciones se incorporaron, de una u otra manera, al estado chileno. Del mismo modo, desde los inicios de las trasformación del campo en los siglos XIX-XX algunas unidades domésticas con baja orientación comercial fueron sustituidas por otras con una marcada orientación comercial de la producción.

Diversificación de estrategias productivas

Cerca de los años cincuenta del siglo XX empezaron a aparecer en Pomaire nuevas estrategias productivas que hoy coexisten. Desde los años setenta, con la generalización del torno aparecen talleres domésticos dependientes de los talleres domésticos con orientación industrial y durante algunos años coexisten con producciones en unidades domésticas con alta orientación comercial.

En la actualidad se distinguen esencialmente, dos estrategias fundamentales de producción según se trate de una unidad doméstica de producción o de un taller doméstico. Estas variaciones obedecen a la existencia de espacios claramente diferenciados y específicos en los talleres y espacios de trabajo indefinidos, donde se comparten tareas domésticas con otras tareas productivas en las unidades domésticas de producción.

Dentro de las producciones desarrolladas en unidades domésticas, se puede distinguir entre las que tienen una orientación comercial de baja intensidad o de alta intensidad. En el primer caso, no existe una dependencia económica respecto de los ingresos obtenidos del trabajo alfarero y el intercambio de productos combina el trueque con la venta. En el segundo se aprecia cómo existe una dependencia económica, aunque de tipo estacional, ya que la mayoría de recursos que obtiene la unidad familiar provienen de la alfareria en momentos en que resulta difícil diversificar los recursos y el intercambio es exclusivamente monetario.

El taller dependiente realiza una producción especializada en una parte del proceso de fabricación, por lo que necesita de otras unidades productivas para completar la producción. En cambio, el taller industrial asume todas las etapas del proceso de fabricación y, además, adopta una estrategia de aumento del volumen productivo mediante un trabajo en cadena.

En Pilén sólo conocemos una producción en unidades domésticas con baja orientación comercial, continuando con una estrategia productiva que se adoptó entre los indígenas mapuches colonizados por los españoles.

La diferente velocidad en la adopción de los cambios y las causas de los mismos podrían estar condicionados por la marginalidad de la población y las facilidades de acceso a la misma en función de la mejora en las vías de comunicación, la relevancia del centro

urbano más cercano como lugar receptor de la cerámica, la privatización de las tierras de los alrededores y la expulsión de los trabajadores del campo. Pero también por el valor social de los productos relacionados con la aceptación por parte del grupo consumidor que generarían un aumento de la demanda.

La aparición de talleres domésticos dependientes de otras unidades productivas es un fenómeno particular poco común entre otras poblaciones alfareras. Éstas no realizan todas las fases de la producción y parte del trabajo lo asumen otras unidades productivas. Esta estrategia productiva se caracteriza por:

1) El trabajo que requiere menos habilidad y experiencia y más esfuerzo e infraestructura se cede a otros talleres con una infraestructura para producir mucho más desarrollada.

2) El trabajo es compartido por dos familiares que forman dos unidades familiares de tipo nuclear diferentes, lo que determina la existencia de dos unidades de habitación, por lo que las partes menos cualificadas del trabajo que se realizan en espacios puramente domésticos pueden desarrollarse en las diferentes unidades de habitación que poseen los individuos de una misma unidad productiva.

Los motivos por los que el trabajo que requiere menos habilidad y experiencia y más esfuerzo e infraestructura se cede a otros talleres con una infraestructura para producir mucho más desarrollada pueden obedecer a las siguientes variables:

1) Una edad elevada de las alfareras que obliga a buscar ayuda y a reducir el tiempo de trabajo además, situación que impide realizar las fases de trabajo más pesadas.

2) Un intento por aumentar la producción, mantener o reducir el tiempo de trabajo ante la alta demanda de productos que pudieran existir e intensificar la base subsistencial. Para ello se contrata a otros talleres que realizan algunas fases de la producción o bien se trabaja en colaboración con ellos y luego se reparten beneficios.

3) La falta de medios económicos con la que dotarse de ciertas infraestructuras para producir, lo que limita las posibilidades tecnológicas de la unidad productiva y, por tanto, una mejora en la calidad y en el aumento del volumen de piezas producidas. Por ello, se utilizan otros talleres de la población para poder adoptar estas mejoras tecnológicas sin la necesidad de una inversión económica muy alta.

4) Como tentativa de superar condicionantes ambientales.

5) Como solución a los conflictos provocados por la competencia entre alfareros.

6) Como intento de mantener una tecnología de producción tradicional

Todo ello conduce a una modificación en la organización del trabajo en la mayoría de unidades productivas. Se intenta aumentar el tiempo de trabajo, tanto diario como estacional. Aumenta el número de trabajadores dependientes del trabajo alfarero:

1) Aparecen trabajadores masculinos asalariados en los talleres domésticos con orientación comercial.

2) El hombre ayuda a las alfareras en las tareas más pesadas como la obtención y preparación de la arcilla.

3) Algunas alfareras son contratadas por otras para realizar ciertas fases técnicas del proceso de fabricación.

4) Se instaura un sistema asociativo (*mingacos*) en el que las alfareras ligadas por lazos de parentesco y vecindad, se agrupan para fabricar loza, repartiéndose los productos confeccionados para su posterior venta.

En general, cuando se incrementan los ingresos procedentes de la alfarería, y por tanto hay una marcada especialización, el hombre va desplazando a la mujer del oficio

alfarero.

III. La diferenciación de dinámicas territoriales: cambio frente a continuidad

III.1. Aumento de la producción, adaptaciones medioambientales y especialización

La nueva situación del mundo rural consecuencia de la crisis y reforma agraria generaron intentos por intensificar la base subsistencial del grupo doméstico. Esos intentos deben relacionarse con la introducción de los alfareros en un nuevo modelo de distribución de los productos mediante un intercambio de tipo monetario. La base subsistencial del grupo alfarero se intenta mejorar cuando éste pasa a depender económicamente de la venta de la cerámica que produce. Tanto en Quinchamalí, como en Pomaire, podemos decir que la alfarería se ha expandido en detrimento de la agricultura. El objetivo de las unidades productivas se concentra en aumentar el volumen de ingresos procedentes de la alfarería. Este incremento de los ingresos está relacionado con el aumento de la distancia de distribución de las vasijas.

En muchos casos, el trabajo alfarero ha permitido continuar con la estructura social campesina anterior a la reconversión del campo, al posibilitar una diversificación económica, que en la actualidad se ha convertido en dependencia económica. Con el paso del tiempo se pasa de una dependencia económica de la actividad agrícola a otra de la manufactura cerámica. Por ejemplo, en Quinchamalí se relaciona el paso de lo utilitario a lo artístico con el paso del trueque al comercio monetario, ya que las piezas ornamentales tanto por el tamaño como por las dimensiones no permiten medidas de reciprocidad al no tener capacidad para introducir productos alimenticios.

La asistencia a ferias potencia el paso a una economía monetaria y el inicio de la figura de la vendedora. En las ferias se compran piezas a otras artesanas, de ahí se puede evolucionar a tener una tienda propia en el pueblo y a dedicarse exclusivamente a vender por las ferias.

En Pomaire se usa como estrategia el aumento de la producción, en Quinchamalí prefieren mejorar la calidad, mantener la demanda y aumentar el valor de los productos. Las dos estrategias implican un aumento de las horas de trabajo. En el taller doméstico con orientación industrial de Pomaire, porque la introducción de mano de obra masculina y el torno conlleva la reducción de las fuentes de obtención de ingresos a una sola. Y en la unidad doméstica con alta orientación comercial de Quinchamalí, porque la falta de mejoras tecnológicas no permite reducir el tiempo de trabajo.

Estrategia destinada al aumento de la producción

En Pomaire, el aumento del radio de distribución de los productos da paso a una orientación comercial de la producción y un aumento de la demanda. Esto, a la larga, conlleva el abandono de la producción tradicional y un intento por aumentar el volumen de vasijas producidas.

La dependencia económica, de la alfarería, ante la reducción de las fuentes de recursos, al introducirse el hombre en la alfarería, genera el desarrollo de una tecnología destinada a aumentar la producción.

Los talleres domésticos con orientación comercial optan por aumentar la producción para incrementar los ingresos. Para ello intentan incrementar el volumen de vasijas, que ante la gran competencia entre alfareros y la puesta en circulación de un mayor número de productos, provocó, probablemente, una bajada de precios, que generaron un aumento de la demanda por parte de los consumidores que podían conseguir los mismos productos a precios más bajos. Esto motivó un empeoramiento de la calidad de los productos, una reduc-

ción del abanico tipológico que se daba y la desaparición de piezas únicas.

Entre los indígenas mapuches y en el área Sur Andina (Lumbreras 1981) no existía ni torno rápido ni lento, por lo que se debe entender como una adopción extra cultural fruto del proceso de aculturación. Pero al no formar parte de la propaganda ideológica del grupo colonizador, la adopción de éste es muy tardía y marginal.

En 1822 tenemos indicios de la venta de productos de forma mercatil en la zona. Aunque siguiendo la idea de Valdés y Matta (1986), el proceso de mercantilización se acentuó y consolidó con las salidas que realizaba a Valparaiso y Lo Vásquez, de un cacique local, para vender la loza. Se tardaba tres días en realizar el trayecto y la caravana, que se organizaba cada año, estaba compuesta por cuatro carretas. Se dedicaba casi un año a la preparación de los objetos destinados a la venta. En general, documentamos un aumento del volumen productivo motivado por la reducción del tiempo de trabajo en la fabricación de cada vasija.

Este hecho obliga a la posesión de una infraestructura económica y material previa para producir. Dicho proceso se origina por las mejoras tecnológicas que se van implementando con el objetivo de reducir el tiempo de trabajo, la rotura de los ceramios y realizar un trabajo durante todo el año (horno o torno, por ejemplo).

La mecanización de la producción provoca:

1) La fragmentación del proceso productivo (por ejemplo aparecen talleres dependientes, talleres con orientación comercial…).

2) La monetarización de la producción (ante la necesidad de obtener capital en moneda para adoptar una nueva infraestructura tecnológica).

3) La reducción del tiempo de trabajo por pieza y el consecuente aumento del volumen productivo. La introducción del horno posibilitará mejorar la producción al reducir la fractura de las vasijas durante la cocción, en cambio, el torno podría ser consecuencia del interés por aumentar la producción.

En la actualidad no tiene sentido utilizar el torno para modelar piezas de marcado carácter ornamental. Uno de los motivos de la no adopción del torno en Quinchamalí es la fabricación de cerámica ornamental de carácter figurativo, para la que el torno es inadecuado. El uso del torno se relaciona más con cerámicas utilitarias que con las decorativas. De hecho, la cerámica decorativa de Pomaire está mucho más europeizada en sus formas, como por ejemplo la fabricación de tiestos. De igual forma la introducción del horno no puede entenderse como una estrategia destinada exclusivamente a aumentar el número de vasijas fabricadas porque creemos que su uso permitió principalmente:

1) Reducir el volumen de piezas rotas durante la cocción que es mucho más alta en cocciones abiertas, donde las cerámicas están en contacto directo con el fuego.

2) Poder cocer todo el año y más frecuentemente.

3) Mejorar las condiciones de trabajo al no ser necesario ni dedicar mucho tiempo a la preparación de la cocción, ni al control de la misma durante el proceso.

Estrategia destinada al aumento del valor de los productos

Las unidades domésticas con alta orientación comercial de Quinchamalí, en lugar de aumentar la producción para incrementar los ingresos obtenidos de la alfarería, optó por mejorar la calidad. La falta de demanda de productos, ante la espectacular expansión de los productos procedentes de Pomaire, pudo estancar la producción. Las artesanas de Quinchamalí optaron por mantener la calidad de los productos sin prácticamente cambios tecnológicos. El mantenimiento de la calidad provocó un estancamiento en el volumen de producción, que se solventó con un aumento de los precios. La situación social de los con-

sumidores provocó una revalorización de los productos mediante la recuperación de la tradición. Al no tener la cerámica una clara función utilitaria pasa a ser un bien de lujo y no establece una relación de igualdad entre las partes.

La mejora de la calidad permitió elevar el precio de los productos al aumentar la demanda y no aumentar el volumen de producción. Cuando nos referimos a mejorar la calidad hablamos de mejorar la percepción que tiene el consumidor sobre los productos, para que así le interese adquirir un número mayor de cerámicas y acepte precios más elevados.

En este caso, la calidad aumentó al especializarse las alfareras en formas tipológicas de carácter ornamental y dedicar más horas al trabajo alfarero. Al ser piezas decorativas no era necesario mejorar el sistema de fabricación, para incrementar la calidad bastaba con mejorar la pericia y el «virtuosismo» en la forma de modelar de las artesanas, consiguiendo una producción de carácter más artístico que artesano. Al mismo tiempo esto provocó una especialización tipológica, lo que permitió eliminar, en parte, la competencia entre alfareras de una misma población, consiguiendo unos ingresos más equilibrados entre toda la población.

Esto se relaciona el paso de lo utilitario a lo artístico con el paso del trueque (*conchavo*) al comercio monetario, ya que las piezas ornamentales, tanto por el tamaño como por las dimensiones, no permiten medidas de reciprocidad al no tener capacidad para introducir productos alimenticios. De igual modo, la calidad artística de las vasijas requiere un tiempo de trabajo superior al de cerámicas utilitarias, por lo que el valor del intercambio no compensa a las alfareras.

El atraso en la producción puede ser una ventaja para comercializar objetos artesanales tradicionales o folklóricos, ya sea porque no se han adoptado ciertos cambios o porque se ha producido un retroceso a tradiciones técnicas anteriores.

Cuando la producción era utilitaria, la optimización funcional era muy baja, pero con la adopción de una producción básicamente figurativa y no cambiar la cadena operativa tecnológica, el sistema de fabricación se convierte en el ideal para este tipo de formas.

Adaptaciones medioambientales

Los intentos por adaptar la producción al medio ambiente y al clima generan cambios en la tecnología de producción y, en menor medida, en la forma de las cerámicas.

Las alfareras y alfareros intentan trabajar durante todo el año. Para ello procuran evitar las inclemencias del tiempo y las limitaciones de trabajar en invierno. Por una parte, se intenta reducir la inversión del tiempo necesario para producir cada pieza y, por otra, aumentar el período estacional durante el que se trabaja.

Las innovaciones tecnológicas incorporadas en Quinchamalí, como la ubicación de la zona de cocción en espacios cubiertos y el intento de acortar el tiempo de secado, están destinadas a reducir el tiempo de fabricación y la cantidad de vasijas defectuosas, con el objetivo de aumentar la cantidad de vasijas producidas y poder realizar una producción estable durante todo el año.

Generalmente en las unidades domésticas de Quinchamalí y Pilén no se trabaja durante los meses de invierno, porque, según explican las alfareras, el mal tiempo y la lluvia condicionan la producción (reducen los días en que es posible secar las cerámicas al sol, debido a los fuertes vientos y la lluvia). No se pueden cocer las piezas en el exterior, ni modelarlas, porque el levantado de las vasijas es más dificultoso, a su vez el tiempo de secado es más prolongado.

En la actualidad, las unidades productivas de Quinchamalí están adoptando algunos

cambios, producto de una experimentación e innovación propias. La cocción se lleva a cabo en espacios cubiertos, generalmente en el cobertizo, que también sirve de almacén doméstico, con el fin de poder cocer durante todo el año, independientemente de las condiciones climáticas que haya. La cesta para calentar las cerámicas se cuelga de una viga sobre la hoguera, por lo que se mejora y acelera el sistema de secado, tan dificultoso en invierno. Pero estos condicionantes tecnológicos sólo se pueden aplicar sobre cerámicas de pequeño tamaño, tipos que se han ido generalizando en toda la población, abandonándose la fabricación de piezas grandes.

Estas innovaciones tienen por objetivo:

1) Reducir el tiempo de secado de las piezas y la cantidad de vasijas fracturadas durante la cocción. Para ello, se ideó una cesta suspendida que permitía exponer las piezas al calor de forma progresiva.

2) Mejorar el aspecto final de las piezas. Hay que pensar que la utilización de hornos de superficie donde combustible y productos cerámicos estaban en contacto producía unas vasijas en apariencia «manchadas». Para eliminar este problema, se empezó a someter a todas las piezas a un negreado mediante el sometimiento de los ceramios a una cocción final reductora. El ennegrecido era pues para cubrir un defecto de cocción y por un motivo estético.

La adopción del horno en Pomaire también podría relacionarse con la posibilidad de cocer todo el año y mejorar el sistema de secado que se realiza en el propio horno. Puede que en Pomaire se adoptara el horno en lugar de la cocción a cubierto, porque mientras en Quinchamalí se generaliza la producción de tipos ornamentales de pequeño tamaño, en Pomaire se mantiene una producción utilitaria donde el tamaño de las piezas es mucho mayor.

Del mismo modo, la introducción del torno y la torneta condicionan la utilización de nuevas pastas más finas y plásticas. Esto podría deberse a un intento de mejorar la producción durante el invierno. La aparición del taller doméstico dependiente, que va acompañada de espacios específicos para el trabajo alfarero, podría estar condicionada por una mejora en la producción que permitiría trabajar de forma más continuada.

La competencia entre alfareros y alfareras y la intensificación del proceso de especialización

Los conflictos provocados por la competencia entre alfareros y alfareras han generado una serie de cambios en las estrategias productivas con el fin de diferenciarse unos productores de otros. En las comunidades especializadas, donde existe una alta concentración de unidades de producción, la competencia entre alfareras y alfareros es muy grande. Intentan aumentar sus ingresos procedentes de la alfarería y conseguir un mayor prestigio social. Para ello, procuran diferenciarse del resto de las unidades productivas mediante estrategias que generen mayor demanda.

La competencia entre alfareros responde al interés por aumentar los ingresos en cada unidad productiva. Esta competencia es entre individuos, comunidades especializadas y entre unidades productivas y genera:

1) Una especialización tipológica.

2) Una especialización técnica.

4) Una homogeneización de la producción.

Especialización tipológica

En Quinchamalí se produce una especialización en tipos centrada en la fabricación de formas ornamentales, lo que permite a esta población diferenciarse del resto de comuni-

dades especializadas. Al mismo tiempo, también se produce un fenómeno diferenciador entre las unidades productivas de la misma población, al especializarse cada una en tipos cerámicos específicos trasmitiendo el prestigio y las formas de generación en generación. El prestigio y la especialización alcanzada en la fabricación de algunos tipos cerámicos tradicionales permiten a los productores diferenciarse entre ellos, eliminando competencia y, por tanto, concentrando la demanda de tipos por comunidades especializadas. La eliminación de la competencia y la especialización formal potenciará el aumento de la demanda.

El intento de ascenso social de los ceramistas mediante un aumento del valor de sus productos y su prestigio, también puede potenciar el desarrollo de innovaciones, tanto tecnológicas, como tipológicas, con el fin de diferenciarse del resto de artesanos y así conseguir aumentar su reconocimiento social. Por tanto, nos parece que en determinados casos no se debe menospreciar el papel del innovador aislado.

El prestigio y estatus afecta a la mujer y está marcado en Quinchamalí por la herencia familiar y el prestigio propio que se ha ido adquiriendo. Las alfareras adquieren reconocimiento social por la habilidad que tienen, por el tipo de piezas que trabajan y por la tradición en la fabricación cerámica de la familia. Este proceso culminará con la firma de las obras por las alfareras de mayor prestigio.

En contextos de fabricación utilitaria, y en los primeros tiempos de fabricación de cerámica ornamental, se puede documentar cierta estandarización formal, pero las alfareras de Quinchamalí intentan no hacer formas ornamentales iguales para así crear piezas únicas, casi artísticas, por lo que firman las obras. Este intento por huir de la estandarización formal pretende dar a la pieza el valor de «única».

En los trabajos ornamentales o artísticos algunas artesanas firman los trabajos para asegurar la autenticidad de los mismos. Se pasa, por tanto, de una concepción de artesanía a otra de arte provocado por el culto a la forma, por la peculiaridad de los trabajos, por el interés que se les ha prestado y por la pérdida de función útil de las vasijas. Esto es debido a la introducción en el sistema occidental del bienestar que necesita gastar y obtener materiales decorativos para la casa.

Especialización técnica

En Pomaire se observa cómo un grupo de alfareras opta por diferenciarse del resto de unidades productivas mediante la especialización en algunas fases de la cadena operativa tecnológica (modelado en este caso). Mantienen la fabricación de formas utilitarias tradicionales al adoptar el resto de unidades productivas la fabricación de nuevos tipos, principalmente maceteros. Lo que conlleva la existencia de talleres dependientes de otros, que realizan las fases de fabricación que no pueden llevar a cabo las alfareras porque no poseen la infraestructura necesaria (preparación y obtención de materias primas y fases de cocción).

A su vez, tanto en el taller doméstico dependiente como en el que presenta una orientación industrial, un individuo realiza el trabajo cuando la arcilla está en estado fresco y el otro cuando la arcilla está en textura de cuero, independientemente del uso de torno o torneta. Esta especialización es consecuencia de un interés por generar una mejora en los ingresos mediante el aumento de la producción, lo que conlleva la introducción de nuevos elementos tecnológicos con un uso restringido, en un primer momento, en algunas unidades productivas que trabajan para el resto.

Homogeneización de la producción

En Pomaire, mientras un pequeño grupo de unidades productivas se diferencia mediante el mantenimiento de un sistema de fabricación de formas tradicionales; la mayoría

adopta el torno y la fabricación de maceteros, por lo que se produce el siguiente fenómeno:

1) Primero la introducción del torno debe entenderse como un intento de diferenciarse del resto de grupos productores.

2) Con el paso del tiempo, y ante la aceptación por parte de los consumidores de los nuevos productos esta estrategia productiva, se generaliza entre las unidades productivas.

3) Finalmente la universalización de esta estrategia matiza y reduce la competencia entre alfareros al homogeneizar la producción.

Las formas y tradiciones características de los centros productivos más aceptadas por parte de los consumidores son imitadas por otras comunidades especializadas. Es el caso de las miniaturas tradicionales de Pomaire, fabricadas en Quinchamalí y Pilén, la tradición de ahumar las piezas típica de Quinchamalí en las unidades productivas de Pilén y Pomaire, la fabricación de piezas ornamentales típicas de Quinchamalí en Pomaire y Pilén, o la cocción bajo techo de Quinchamalí que está siendo adoptada recientemente (2007) por alguna alfarera de Pilén

De hecho, cada estrategia productiva presenta una buena optimización formal en los productos característicos de su producción y baja en los productos que fabrica intentando imitar otras producciones.

III.2. Cerámica, género e identidad: la producción cerámica tradicional como elemento de construcción de la identidad femenina

La peculiaridad de la producción quinchamalina puede responder a condicionamientos culturales, en base a la tradición y a una identidad del grupo mucho más fuerte que en el resto de poblaciones, lo que ha hecho que sean menos permeables a los cambios.

La producción alfarera de Quinchamalí se define por el mantenimiento de una tecnología de fabricación de raigambre indígena y la reinterpretación de las formas cerámicas hacia una realidad mestiza y rural. Ante la crisis que sufre el campo chileno desde las primeras décadas del siglo XX, se opta por una estrategia económica que no pretende aumentar la producción, manteniéndose una marcada vinculación con las tradiciones anteriores.

Los elementos que definen la identidad alfarera son múltiples y están interconectados, siendo difícil diferenciar unos de otros:

1) La marginalidad geográfica.
2) El conservadurismo tecnológico.
3) La valorización del oficio de alfarera.
4) El mantenimiento del sistema de transmisión de conocimientos.
5) La independencia económica
6) El mantenimiento de una ideología y cosmovisión del grupo.
7) La pervivencia de una estructura social tradicional.

1. La marginalidad geográfica

Las mejoras en los sistemas de trasporte y la creación de nuevas vías de comunicación, afectan significativamente a la modificación de los patrones de producción (Rice, 1987, 456). La apertura de nuevas vías de comunicación ha acelerado el proceso de cambio incorporándose las poblaciones alfareras al sistema económico monetario que conlleva a la expansión de algunos centros alfareros (Sjoman, 1992).

Vossen (1984) considera que la situación geográfica, la densidad de población, la facilidad de acceso o los medios de trasporte son elementos que condicionan las posibilida-

des de distribución de los productos.

Las poblaciones de Pomaire y Quinchamalí se localizan en zonas marginales de la cordillera de la costa. Lo que ha determinado que, durante mucho tiempo, no introdujeran sus productos en los circuitos comerciales coloniales o republicanos.

La marginalidad geográfica está motivada por la falta de mejoras en las comunicaciones y en los trasportes, y por la ubicación del centro productivo en un territorio periférico y apartado de los grandes núcleos de población.

La salida de la marginalidad posibilitó el aumento de la distancia de distribución de los productos cerámicos, mejoró el acceso a los puntos de distribución y por tanto la demanda fue aumentando progresivamente. Esto permitió la penetración de nuevas ideas, estrategias sociales y conocimientos tecnológicos.

En Quinchamalí, la llegada del ferrocarril se produjo muy tardíamente. Hecho que permitió, en cierta manera, la conservación de ciertos rasgos sociales. El aislamiento rural, consecuencia de la vida en la hacienda, y la falta de comunicaciones potenciaron la marginación económica y una estructura social tradicionalmente cerrada. Este hecho determinará la resistencia a adoptar ciertas mejoras tecnológicas. Hasta los años setenta la distribución de la cerámica se realizaba cerca de los lugares de producción y, al no existir una gran demanda, los ingresos procedentes de la cerámica eran secundarios en la base subsistencial del grupo. En la hacienda y en grandes zonas rurales sólo existía una economía monetaria hacia el exterior, para la comercialización de los productos en el mercado. Pero en el interior de la hacienda el inquilino pagaba un tributo en fuerza de trabajo o especie al hacendado, a cambio del derecho de vivir en la Hacienda. El sistema de encomienda e inquilinaje determinó la falta de una estructura para poder mejorar y ampliar la distribución de los productos obligando a los productores a distribuir en un radio de acción reducido. Pero también repercutió en la dificultad para introducir nuevas ideas ante el aislamiento y falta de contactos con el exterior.

Cuando llegó el ferrocarril se estimuló la difusión de los productos, ya que comunicó la población con los centros urbanos de la zona.

En la actualidad, las alfareras continúan obteniendo las materias primas de forma gratuita o intercambiando algunas cerámicas. Pocas personas tienen vehículo y los desplazamientos para vender loza se realizan utilizando el trasporte público. Para trasportar las materias primas se continúa utilizando el carro tirado por caballos.

Por tanto, hasta que no se mejora el sistema de comunicaciones no se puede aumentar la demanda y no se pasa a un intercambio puramente monetario.

La marginalidad geográfica puede determinar el mantenimiento de la tecnología y las formas cerámicas, así como la existencia de una sociedad marcadamente tradicional y reacia a introducir cambios.

2. El conservadurismo tecnológico

En Quinchamalí, identidad alfarera y conservadurismo tecnológico van de la mano. Los motivos por los que la tecnología de fabricación se mantiene son diversos (García 2006). Las alfareras conocen las mejoras tecnológicas introducidas en otros centros alfareros, pero no las adoptan. Generalmente, la introducción de mejoras tecnológicas destinadas a aumentar la producción, como el torno o el horno, conllevan la introducción del hombre en el trabajo alfarero. Son contados los casos en los que las mujeres utilizan el torno para fabricar sus piezas, porque generalmente requieren:

1) La existencia de ingresos complementarios, que deben invertirse en la adquisi-

ción de maquinaria.

2) Un trabajo a tiempo completo, pues el sistema de fabricación imposibilita un trabajo a tiempo parcial.

3) La producción no se desarrolla en contextos domésticos y aparecen estrategias productivas fuera de la casa (talleres industriales).

4) La introducción de tornos y hornos, además, requiere una mayor fuerza física en el trabajo.

En el caso que nos ocupa, las mujeres alfareras prefieren mantener una tecnología de fabricación tradicional, porque así continúan controlando el proceso de producción del que se sienten orgullosas.

Cuando se mantiene el sistema de la transmisión de la identidad e ideología del grupo se genera una tendencia a mantener la producción tradicional. Incluso, puede darse un interés especial en mantener la fabricación tradicional cuando ésta define la identidad del grupo productor, por lo que el interés en no introducir cambios puede convertirse en un rasgo de resistencia cultural.

La tradición y la identidad pueden ser elementos generadores de un conservadurismo tecnológico. El sentimiento de adscripción a un grupo étnico, la ideología política o la utilización de un mismo código lingüístico reflejan unos valores identitarios comunes, determinados generalmente por la tradición del grupo.

En Quinchamalí, se potencia el mantenimiento de la tecnología tradicional y una producción propia, de tradición mestiza, diferenciada de otros centros productivos.

3. La valorización del oficio de alfarera

En muchos grupos alfareros actuales las expectativas de un prestigio más alto en la sociedad dan lugar a nuevas experimentaciones, ambiciones e innovaciones individuales (Rice, 1987: 456). Estas innovaciones pueden afectar a las formas cerámicas o a la tecnología de fabricación.

En Quinchamalí se produce una especialización tipológica centrada en la fabricación de formas ornamentales. Cada unidad productiva fabrica un tipo característico propio que se trasmite generación tras generación

El prestigio y estatus está marcado por la herencia familiar y el prestigio propio que se ha ido adquiriendo afectando sólo al sexo femenino. Las alfareras adquieren reconocimiento social por la habilidad que tienen, por el tipo de piezas que trabajan y por la tradición en la fabricación cerámica de la familia. Este proceso culminará con la firma de las obras por las alfareras de mayor prestigio.

La asistencia a las ferias ha provocado una revalorización y competencia entre alfareras**,** ya que es donde se producen ventas bastante considerables (algunas alfareras trabajan todo el año exclusivamente para estas ferias). Los propios estudios realizados por artistas, ceramistas, sociólogos y etnógrafos ha provocado que algunas artesanas hayan obtenido fama y por tanto reciban una mayor demanda.

Las alfareras de Quinchamalí intentan fabricar formas ornamentales diferentes para así crear piezas únicas, casi artísticas. Un fenómeno similar ha sido estudiado por Papousek (1981:120) entre los indios Pueblo (México) donde se produce una cambio de estatus social entre el artesanado a través del reconocimiento artístico.

La tendencia a salir del anonimato (rasgo de lo típicamente artesano) se ve favorecido por la asistencia a ferias en Santiago en los últimos tiempos. Montecino (1986: 59) ha observado como las artesanas que asisten a estas ferias son las que firman los productos. Es como un sello de buen trabajo. Muchas alfareras que asisten a ferias les compran las cerá-

micas a otras que no pueden permitírselo.

4. El mantenimiento del sistema de transmisión de conocimientos

Un elemento que puede potenciar el mantenimiento de la producción son los patrones motores habituales (posturas, acciones, estrategias de modelado...). El mantenimiento de los patrones motores es significativo del tipo de modelado y forma de los vasos, así como la forma y posición en la cual las herramientas son usadas (Rice: 1987: 462). Los hábitos motores son elementos muy estables y por tanto extremadamente resistentes a los cambios.

Los patrones de aprendizaje utilizados por un grupo pueden facilitar o limitar los cambios en la producción. Lo que verdaderamente determina la adopción de nuevas estrategias productivas es la sustitución de patrones de aprendizaje tradicionales desarrollados dentro del contexto familiar por otros desarrollados en talleres industriales. El mantenimiento de un sistema de aprendizaje tradicional reducirá las probabilidades de introducción de cambios por parte de los alfareros.

Algunos hábitos motores pueden ser incompatibles con otros no presentes en la tradición tecnológica de un grupo y que son incompatibles con los requerimientos necesarios para utilizar el torno (Alrnold, 1989; Spier, 1967).

Del mismo modo, permite una transmisión de conocimientos dentro del grupo familiar, por lo que no sólo se aprende a elaborar cerámica, sino que también se reproduce el sistema social y la ideología del grupo. El sistema de aprendizaje en contextos domésticos y femeninos puede funcionar como regulador de la producción y de los comportamientos sociales, generando una resistencia a adoptar nuevas ideas.

Este sistema se da dentro del contexto familiar y entre personas del mismo sexo, femenino en este caso. Se invierte durante un largo periodo de tiempo en la formación de las futuras alfareras, con el fin de conseguir las habilidades motoras necesarias para el modelado de cerámica a mano. Este periodo se inicia en la niñez y se puede alargar durante unos ocho o diez años. Para ello, las niñas aprenden imitando a los mayores realizando las fases productivas más sencillas, como el bruñido y engobado y posteriormente pasan a confeccionar piezas pequeñas y fáciles de modelar, como las miniaturas y juguetes, para posteriormente pasar a realizar.

Al ser una producción exclusivamente manual es necesario que las alfareras adquieran una habilidad especial en las manos para modelar. Esta habilidad especial y un elevado proceso de aprendizaje no es necesario en las producciones a torno semi-industrializadas como las que existen en Pomaire. En producciones donde la estrategia es la calidad frente al aumento del volumen de productos, como ocurre en Quinchamalí, el tiempo de aprendizaje es mucho más elevado porque se necesita conseguir cierto «virtuosismo» artesanal.

La utilización de este sistema permite estimular a las propias niñas al formar parte del proceso productivo, permitiendo que obtengan algún incentivo económico durante su aprendizaje por la venta de las cerámicas que han modelado.

Las alfareras aprenden el proceso de fabricación de forma imitativa desde la infancia y adquieren las habilidades motoras necesarias mediante la práctica. Es necesario, además de aprender el proceso, realizar una práctica continuada.

El oficio se trasmite por vía femenina: madre, tía o abuela. La figura femenina continúa anclada en el espacio doméstico y, por tanto, es la encargada de la siembra y recolección, además del cuidado de los hijos y las labores domésticas.

El aprendizaje se realiza según la tradición, ya que todas las mujeres en el pasado lo han hecho. Nadie enseña, se aprende copiando gestos desde pequeña: «*Yo, de diez, doce*

años le ayudaba a bruñir a mi mama, después dije: voy a ayudarle a pintar. Después ya me dejó pintar, ya empecé a locear, agarraba greda, aprendí ligerito». (Praxedes Caro en Montecino 1986).

La niña imita el modelo que ve, desde la práctica cerámica hasta otros aspectos sociales. Cuando se deja de imitar el modelo social o artesano la cadena de transmisión de la tradición se rompe.

El sistema de transmisión del oficio genera una cierta independencia económica que posibilita seguir reproduciendo el modelo. Esto permite a la aprendiza, a medida que va aumentando su experiencia e ir independizándose del trabajo de otras artesanas.

El aprendizaje del oficio permitirá la sociabilización de la niña. A través de la reproducción de los pasos de su madre, familiares y vecinas ira adquiriendo un papel social en la población.

La necesidad de adoptar hábitos motores específicos, la transmisión del oficio por vía femenina, el aprendizaje en contextos domésticos y en el seno de la familia limitan el interés de las alfareras por adoptar mejoras tecnológicas y por cambiar las estrategias de producción. Hecho que a su vez permite la transmisión de la tradición junto con el oficio de *locera*.

5. La independencia económica

El trabajo alfarero ofrece a las mujeres de Quinchamalí una independencia económica, muy diferente del papel difuso de las mujeres que trabajaban en el campo. Además, la mayoría de mujeres de la población conservan terrenos agrícolas que cultivan asiduamente. La propiedad es comúnmente de las madres y es heredada por sus hijas. Desde época colonial la autonomía económica de la mujer permitió afianzar la identidad de la mujer y su desarrollo social independiente al hombre. Este fenómeno se observa en el número alto de mujeres que habitan la población y que en un porcentaje elevado no están casadas. Por otra parte, el sistema de aprendizaje adoptado permite una independencia económica de la mujer desde muy joven, al recibir diferentes tipos de retribuciones por los ceramios manufacturados durante su formación.

Con la introducción de la mayoría de grupos humanos en el sistema capitalista y, por tanto, dentro de un sistema de intercambio monetario, las alfareras han intentado elaborar estrategias productivas que les permitan incrementar los ingresos, con el objetivo de continuar obteniendo sus recursos principales de la alfarería. En general, esta tendencia aparece cuando el grupo alfarero pasa a depender económicamente de la venta de la cerámica que produce. Idrovo (1990) ha expuesto cómo en Ecuador, durante la colonia, se elige mejorar la calidad frente a la opción de aumentar la producción. Arnold (1985: 221) considera que, cuando las mujeres son las ceramistas y la subsistencia se basa en la agricultura, la eficiencia no es importante, porque las mujeres tienen tiempo para trabajar en la casa y no colaboran en el trabajo agrícola. Por ello, el tiempo no es visto como parte de los costes de producción, pues no es económicamente crucial.

En muchos casos, el trabajo alfarero ha permitido continuar con la estructura social campesina anterior a la reconversión del campo, al permitir una diversificación económica que en la actualidad se ha convertido en dependencia económica. Con el tiempo se pasa de una dependencia económica de la actividad agrícola a otra de la manufactura cerámica.

6. El mantenimiento de la ideología, cosmovisión del grupo y las tradiciones culturales

Quizás, hasta que se da un cambio en la estructura ideológica de las artesanas no se

producen cambios significativos en la producción. Estas influencias afectan principalmente al tipo de formas fabricadas y llegan a condicionar la adopción de cambios en el sistema tecnológico de fabricación.

Rice (1987: 456-466) plantea que, en contextos de aculturación, una de las razones más importantes que fuerzan el cambio es la diferenciación entre el concepto de valor en las sociedades tradicionales y las dominantes. La cerámica utilitaria tradicional puede resistir cambios, pues los usos y contenidos de las vasijas cambian poco, pero además, porque en situaciones coloniales las vasijas utilitarias tienen poca carga simbólica, así el grupo dominante no tiende a suprimir o sustituir estas producciones al no suponer una amenaza. Por otra parte, en procesos internos de cambio las cerámicas rituales usadas en ceremonias religiosas tienden a seguir una estrategia muy conservadora ya que la religión y los elementos simbólicos y cosmológicos son muy conservadores.

En Quinchamalí diferentes factores históricos han condicionado una ideología de la mujer, autosuficiente, que entronca con su origen indígena y rural. A su vez, la emigración y la participación en un mundo más globalizado han permitido la introducción de nuevas ideas. Se conjuga la resistencia ideológica a innovar y a la introducción de nuevos conceptos, como la revalorización de los productos y las formas cerámicas. En Quinchamalí, en las últimas décadas se han producido una serie de cambios que han afectado a la confección de nuevas formas cerámicas y a la introducción de la ayuda masculina en la alfarería. En la producción cerámica, las formas de las cerámicas fabricadas son uno de los elementos más permeables a las nuevas ideas. Aquí, la aparición de formas puramente ornamentales que reproducen figuras antropomorfas y zoomorfas ejemplifica un fenómeno de sincretismo, que aúna la tradición mestiza y rural con otra de raigambre indígena.

Las piezas ornamentales reflejan una sociedad mestiza campesina, a través de figuras como *el huaso a caballo* (fig. 17:1), *la guitarrera* (fig. 19:4) o *el chancho* (fig. 18:8). La tradición de las formas indígenas se aprecia en los motivos figurativos de corte animalístico sin que estas vasijas pierdan su función de contenedor cerámico (fig. 19: 1,3). La artesanía nativa y criolla olvida este arte figurativo y se centra en aplicaciones más utilitarias. En la actualidad, la artesana ha orientado su producción hacia una cerámica popular urbana y mercantilista donde dominan las cerámicas figurativas con un uso meramente estético. Ejemplos de ello son las famosas «*guitarreras*» y las cocinas de Quinchamalí (fig. 19:2). Esta producción ornamental podría considerarse como una transición entre la cerámica puramente utilitaria, de tipo mestizo con otra de carácter ornamental, de origen indígena.

La existencia de una ideología propia de raigambre indígena se observa, tanto por la visión que se tienen del hombre, como por la cosmovisión del entorno y de la alfarería.

El hombre se percibe como una visión peyorativa y lejana. Las mujeres los identifican como una ausencia, vagos, perezosos y borrachos. La finalización del sistema de inquilinaje provoca la migración de los pocos hombres a las ciudades en busca de nuevas perspectivas laborales. Primero, hacia Tomé para trabajar en la industria textil, y después Chillán y Santiago donde trabajan como mozos, chóferes... Los que permanecen en la localidad desocupados no pueden asumir el oficio de la alfarería por barreras culturales. Hay una clara resistencia a que los hombres trabajen la cerámica. Esta resistencia se consigue por medio de la represión social. A los hombres que se dedican a la cerámica se les califica de *maruchos* (homosexuales). El alto índice de alcoholismo es evidente y se refleja en las numerosas cirrosis hepáticas. Según las alfareras, el hombre pasa gran parte del día en el bar y cuando trabaja es para gastarlo en bebida. Esta situación es argumentada por las mujeres para no casarse y también para recalcar el poder femenino. El proceso de emigración primero afectará al hombre y posteriormente a la mujer. Se dirigen hacia Chillán,

Concepción o Santiago, donde las mujeres trabajan generalmente como empleadas domésticas. Pero si las estrategias laborales fallan pueden volver y en todo caso facilitarán la comercialización de las piezas en los mercados locales donde han emigrado.

La particular cosmovisión del mundo se reflejan en algunos elementos indígenas. Estos son el culto a la madre-tierra, los sueños, el inconsciente colectivo o culto a la naturaleza. En la regularidad de estos símbolos reconocemos una cosmovisión que articula el mundo de forma propia.

7. La pervivencia de una estructura social tradicional

Nuevamente algunos aspectos de la estructura social permiten proponer una relación entre la población y su pasado indígena. La autonomía productiva y económica posibilitaron la extensión del modelo de madre soltera, que entronca con la tradición indígena y mestiza.

La importancia del papel de la madre es clave en la creación de la identidad de las alfareras al ser un modelo que se reproduce. En muchos casos, casada o soltera constituye la cabeza de familia y es la que trasmite los conocimientos y la identidad femenina. Esta identidad, está al mismo tiempo marcada por la soltería y la autonomía de la mujer, extendiendo y afianzando un modelo social y el propio oficio alfarero. Montecino (1986) propone que la figura del padre es sustituida por la del patrón.

La figura de la madre soltera es una tradición muy arraigada en las zonas de frontera, primero por las violaciones de los españoles y luego por los hacendados, aunque en muchos casos las relaciones sexuales eran consentidas, el resultado era el mismo la aparición de madres solteras. En la tradición mapuche polígama, la madre cuida de forma independiente a sus hijos y reside un una parte de la *Ruka* de forma autónoma. El no casarse puede ser una tradición indígena heredada de la poligamia. El papel desempeñado por la mujer en la producción alfarera permitió mantener la situación de soltería de la madre. La idea de compartir al padre de sus hijos con otras mujeres puede entroncar con la tradición mapuche.

Es clave la estructura familiar como pieza fundamental de la identidad de la mujer. La pertenencia a una familia de artesanas posibilitará heredar cierto prestigio y determinará la especialización dentro del conjunto de artesanas del pueblo. En las familias de artesanas, las madres entregan el apellido (para un reconocimiento de sus trabajos artísticos), por lo tanto es determinante la pertenencia a determinado linaje de alfareras.

Las mujeres alfareras mantienen un rol que Montecino (1986) ha denominado de maternidad-solteria, que junto con su papel principal en el oficio ha permitido la independencia económica y a su vez ha posibilitado la transmisión del proceso productivo de madres a hijas sin cambios.

Cuando la mujer abandona el rol de madre soltera muchas veces deja de tener independencia económica y de ser la cabeza de familia. A la vez, cuando las niñas van a la escuela pierden la tradición de aprendizaje por imitación. Con todo ello, la transmisión de conocimientos se distorsiona, por lo que el grupo es mucho más permeable a los cambios que se evidencian en la introducción del hombre en el proceso de fabricación, el sistema de distribución de productos o la base económica adoptada.

III.3. Cerámica, género y territorio: transformaciones territoriales y modificaciones productivas

La pregunta que se nos plantea es ¿Por qué este fenómeno de conservadurismo tec-

nológico relacionado con la definición de una identidad alfarera no se produce en otra poblaciones del centro de Chile?. Para ello analizamos la dinámica social que se ha dado en el territorio de Pomaire.

Recordemos nuevamente que, el actual emplazamiento de la aldea data de 1771, fecha del último traslado. Es posible que ya existiera una cierta especialización alfarera temprana, gracias a la presencia de buenas minas de arcilla y a la difusión de esta actividad en la zona circundante. El trabajo alfarero en Talagante y los alrededores de Melipilla fue docuementado en 1822 por Graham (1823), aunque en la actualidad esta producción artesanal ha desaparecido. Sin embargo, las características de aldea alfarera, tras una herencia indígena y un pasado campesino, parecen haberse reforzado a partir de la mitad del siglo pasado, cuando el cacique Juan Bautista Salinas comienza a incentivar a los habitantes de la aldea a elaborar cerámicas para ser vendidos en la feria de lo Vásquez primero y en el mercado urbano de Valparaíso y el rural de Cardonal después.

Originalmente la alfarería era una actividad exclusivamente femenina. Con el paso del tiempo el trabajo alfarero ha pasado a manos de los hombres, que han introducido algunas mejoras tecnológicas, como el torno y el horno, destinadas a aumentar la producción. En la actualidad, la mayoría de la población vive de la alfarería, ya sea como trabajadores en los talleres de la aldea, como comerciantes en los numerosos puestos de venta o fabricando loza en contextos domésticos. En 1999, todavía quedaban algunas alfareras, que se dedicaban a la fabricación de miniaturas o vasijas utilitarias hechas a mano en contextos familiares.

La situación de Pomaire es bien distinta a la de Quinchamalí. En la actualidad la producción cerámica esta condicionada por la introducción del hombre en la alfareria, la aparición de estrategias productivas industriales y la adopción de nuevas técnicas de fabricación. Todo ello, ha provocado la desaparición de la fabricación de la cerámica tradicional y del oficio de *locera*.

Los motivos de esta situación se resumen en:

1) La salida de la marginalidad geográfica y la introducción de la producción en circuitos monetarios de distribución.

2) La privatización de las tierras de los alrededores y la descampesinización de la población.

3) La introducción del hombre en el proceso productivo.

4) La introducción de población venida de fuera.

5) La obtención de excedentes productivos.

6) La modificación de los sistemas de transmisión de conocimientos.

1. La salida de la marginalidad geográfica y la introducción de la producción en circuitos monetarios de distribución

La salida de la población de la marginalidad geográfica se debe principalmente a las mejoras en el trasporte y a la creación de nuevas vías de comunicación. En Pomaire esto ocurre en momentos muy tempranos, debido a la proximidad a las ciudades de Melipilla, Talagante, Valparaíso y Santiago. Las facilidades de acceso a la población estimulará la demanda y permitirá aumentar el radio de distribución de los productos.

Al mismo tiempo permite una mayor facilidad de contacto con nuevas ideas y por tanto la adaptación de elementos tecnológicos externos, como la introducción de el horno y el torno por parte de alfareros procedentes de Valparaiso.

En Pomaire, antes de los años cincuenta, la distribución de la cerámica se realizaba

cerca del lugar de producción y al no existir una gran demanda, los ingresos procedentes de la alfarería eran secundarios en la base subsistencial del grupo. Cuando Pomaire sale de la marginalidad geográfica empieza a comercializar la loza y a llegar a mercados más lejanos.

Es probable que la mejora de los caminos, la proximidad de la carretera San Antonio- Santiago y la cercania a grandes núcleos de población potenciasen que el cacique local de Pomaire comenzara a comercializar la producción. Hacia los años cincuenta la cerámica Pomairina se encontraba con facilidad en las tiendas de Santiago. Este fenómeno permitió la inserción de los productos cerámicos en nuevos circuitos comerciales y la aparición incipiente de excedentes.

En los comienzos del intercambio monetario de loza las alfareras trabajaban todo el año para conseguir un gran número de vasijas, que vendían una vez al año en el santuario de Lo Vázquez. Las alfareras ya no sólo producen para cubrir la demanda existente en los *fundos* cercanos, sino que producen con la idea de acumular un número de productos considerable que luego van a vender.

Las cerámicas, con anterioridad a las salidas anuales a larga distancia, se comercializaban únicamente en a los *fundos* cercanos (a no más de un día de distancia). Este intercambio era por «*conchavo*», es decir las mujeres intercambiaban loza por alimentos. La adopción de una estrategia de distribución a larga distancia contribuyó al abandono de un sistema de intercambio no monetario y a la introducción del hombre en las tareas alfareras. A partir del momento en que los puntos de venta se encuentran a más de un día de distancia, es el hombre el que se encarga de la distribución, porque la mujer no puede dejar a los hijos y las tareas domésticas durante periodos de tiempo prolongados.

2. La privatización de las tierras de los alrededores y la descampesinización de la población

El proceso de parcelación de la tierra y la expulsión del hombre del trabajo agrícola ante la crisis del sector agrario ocasionará la introducción de mano de obra masculina en la alfarería.

Al no tener los pobladores tierras propias, los hombres se dedicaban a la agricultura como peones en estancias o *fundos*, donde pasaban grandes temporadas sin lograr afincarse en esas estancias. Recordemos una vez más, que hasta 1775 en los mapas prediales aparece una pequeña extensión de tierra adscrita, primero de los indios de Pomaire y después al pueblo de Pomaire. En 1953, las pocas tierras adscritas a los indios aparecen absorbidas por los terrenos de la Viña de Pomaire (Borde y Góngor, 1956).

Las mujeres se dedicaban a las labores domésticas permaneciendo en la aldea y dedicándose, entre otras actividades, a la elaboración de la *greda* y al mantenimiento de las pequeñas propiedades.

Pomaire siempre se ha visto arrinconado y rodeado por haciendas y *fundos*, que han imposibilitado la adopción de nuevas tierras por parte de los lugareños. En los censos de la propiedad de 1775, 1953 y 1985 se observa cómo las estancias que rodean al pueblo de Pomaire se van parcelando progresivamente. Este proceso finaliza en 1985, con la parcelación de los *fundos* vecinos.

La progresiva parcelación de los *fundos* cercanos a Pomaire no ocasiona el acceso de esta poblacion a las tierras circundantes, muy al contrario, obliga a la mano de obra masculina a buscar otras ocupaciones. El proceso de reforma agraria de los años 1974 y 1973, por el cual muchas haciendas y *fundos* fueron expropiados y parcelados, generó desocupación masculina, lo que podría suponer uno de los motivos por los que los hombres

comenzaron a participar de las actividades alfareras.

Además, la privatización de las tierras circundantes limitó el acceso del artesanado a los lugares de obtención de materias primas, lo que obligó a las alfareras y alfareros a comprar la arcilla procedente de Valparaíso y San Antonio.

3. La introducción del hombre en el proceso productivo

La falta de trabajo agrícola, debido a la falta de tierras, junto a la introducción de la producción en circuitos comerciales, conlleva la introducción de mano de obra masculina. Con la distribución de la producción a larga distancia el hombre ya se ocupaba de la distribución de los productos. Pero, además, el aumento de la demanda conllevó un incremento del trabajo de las alfareras lo que condicionó que el hombre ayudara a las alfareras en las fases de trabajo menos especializadas.

Podemos decir que la alfarería se había expandido en detrimento de la agricultura (ante el incremento de la orientación comercial de la producción alfarera) y que este proceso, combinado con la expulsión del hombre del trabajo agrícola, conlleva la substitución de la mano de obra femenina por la masculina. Arnold (1985:221) ha expuesto muy acertadamente el proceso por el cual, cuando la subsistencia está en crisis, al disminuir el trabajo agrícola, el hombre cambia la agricultura por la artesanía pudiendo conseguir un suplemento para la subsistencia.

4. La introducción de población venida de fuera

En Pomaire, se aprecia el papel determinante ejercido por la población venida de fuera. Estas personas podían ser emigrantes nacidos en Pomaire, que retornaban a la población, mujeres u hombres que mediante el matrimonio pasaban a residir en la población.

Por ejemplo, cuando el cacique local, Juan Bautista Salinas, a mitad del siglo pasado comienza a vender loza en el santuario de Lo Vázquez, lo hace ante la solicitud de su mujer española. Las mejoras tecnológicas, siempre fueron introducidas por hombres que habían salido a trabajar fuera y que, posteriormente, vuelven a la población.

Los hornos de cocción (*hornillas*) fueron introducidos en Pomaire sobre los años 30, por un alfarero que trabajaba maceteros: *«Después, como vio la gente que se trabajaba menos y quemaba buena loza, todos comenzaron a hacerlo así»* (Cid. Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986: 225). El torno, apareció con seguridad en 1949, de la mano del hijo de Ernesto Ordóñez: *«El hijo comenzó a trabajar en lo mismo y ahí comenzó la gente a admirar el torno, a hacer la forma del torno y a aprender a trabajar en el torno»* (Cid. Teresa Muñoz en Valdés y Matta, 1986: 236).

Por otra parte, muchas mujeres que llegan a la población en edad adulta aprenden el oficio rápidamente, pero evidentemente les falta habilidad manual y pericia técnica. Estas alfareras, son menos reacias a la innovación y son de las primeras en adoptar la torneta. El papel de estos pobladores, es también significativo en la creación de nuevos tipos formales, como miniaturas, loza artística o maceteros.

5. La obtención de excedentes productivos

Los procesos por los cuales las innovaciones se producen están estrechamente relacionados con la posición socio-económica del innovador (Arnold 1985: 220). En general, la decisión de innovar es económicamente ilógica para el productor, a menos que la pieza

esté orientada a la venta y se posibilite la obtención de excedentes. Generalmente, los ceramistas tienen un estatus social bajo, por lo que la deficiencia en los recursos no estimula la innovación. En general, los intentos por incrementar la producción están vinculados con la adopción de técnicas que permitan reducir el tiempo de modelado, para poder así reducir el tiempo de fabricación (1985: 202).

En Pomaire, desde finales del siglo pasado, se intenta producir excedentes destinados a la venta anual en mercados y ferias. Se hace imprescindible generar excedentes por el interés en aumentar la producción, debido a la privatización de las materias primas y la reducción de las fuentes de ingresos del núcleo familiar, al introducirse el hombre en el trabajo alfarero.

Hasta los años cincuenta existía un trabajo cooperativo, pero no asociativo, donde cada alfarera obtenía los ingresos en función de la cantidad de vasijas que había producido. Pese a existir una asociación en la organización del trabajo, los ingresos obtenidos no se distribuían de forma equitativa sino que cada alfarera vendía sus propios productos, aunque la producción era siempre dentro de la unidad doméstica. La fragmentación en la obtención de ingresos y un trabajo de tipo individual impedía obtención de excedentes.

Cuando se inicia un proceso de intercambio monetario las alfareras son muy reacias a producir excedentes de cerámica para una futura comercialización. Las mujeres mantienen un ritmo de producción acorde a las economías campesinas de subsistencia, por lo que sólo se produce para cubrir las necesidades básicas y no se trabaja en invierno.

Pero en Pomaire los intentos por optimizar y aumentar la producción, en un periodo muy temprano, llevó a algunas alfareras a crear una pequeña infraestructura que les permitió contratar a alfareras para modelar y a hombres para la preparación y obtención de la arcilla. Para ello, fue necesario generar excedentes. Las alfareras que sólo se dedicaban a la alfarería no podían hacerlo, por lo que eran las artesanas que tenían otra fuente de ingresos las que podían acumular excedentes e invertir en infraestructura para producir. Generalmente, estos excedentes procedían de los ingresos obtenidos del arrendamiento de las tierras agrícolas que se tenían en propiedad, el comercio de productos agrarios fuera de la población y por la emigración.

Cuando se cambia la infraestructura para producir puede hacerse necesario acaparar excedentes para poder adoptar la infraestructura al nuevo sistema productivo. La mayoría de veces la alfarería, al ser una artesanía marginal y complementaria basada en el intercambio, no puede generar excedentes. Los excedentes sólo se generan en tiempos relativamente recientes y provienen de otras actividades productivas.

Se pasa de una infraestructura de subsistencia donde las alfareras sólo necesitaban disponer de tiempo para trabajar y materias primas que se obtienen de forma gratuita de los alrededores a otra, a partir de los años 50 a 70, donde se requiere de capital monetario. Además, ante la parcelación de los *fundos* cercanos, se privatiza el acceso a la obtención de las materias primas para la mayoría de los alfareras y alfareros de la población.

6. La modificación de los sistemas de aprendizaje

En Pomaire, con el tiempo y la introducción del trabajo alfarero masculino, la transmisión del oficio no se realiza en el ámbito familiar, sino en los talleres alfareros. El paso de un aprendizaje doméstico a otro en el taller facilita la introducción de modificaciones productivas. En producciones a torno semi-industrializadas no es necesaria la adquisición de una habilidad especial para fabricar cerámica. En producciones donde la estrategia es el aumento del volumen de productos, frente a la mejora de la calidad, el tiempo de aprendi-

zaje es mucho más reducido.

Arnold (1989) ha explicado, a partir de su trabajo entre las alfareras y alfareros de Ticul (México) cómo el modo de aprendizaje puede ser un elemento clave en la pérdida de conocimientos o la generalización de técnicas. Sugiere que la integración de hábitos motores nuevos se produce de forma muy lenta y en contextos productivos industriales. Este autor ha expuesto que algunas formas tecnológicas pueden ser aprendidas más fácilmente y con menos tiempo y esfuerzo que otras.

La adopción de estrategias productivas en torno al taller conlleva la modificación del sistema de aprendizaje anterior, en manos de la mujer.

El nuevo sistema de transmisión de conocimientos se caracteriza por:

1) La reducción del tiempo de formación, la desaparición del aprendizaje por imitación.

2) El sistema de fabricación no requiere habilidades especiales o hábitos motores específicos.

3) La transmisión del oficio se realiza por vía masculina sin importar la tradición.

4) El aprendizaje se realiza fuera de contextos domésticos.

En estos contextos los alfareros y alfareras son menos reacios a adoptar mejoras tecnológicas y nuevos sistemas de producción. Este sistema sólo trasmite conocimientos técnicos, ya no se trasmiten comportamientos sociales ni percepciones ideológicas. No hay una transmisión de las tradiciones y conocimientos de un grupo social determinado.

Con la adopción del torno el aprendizaje se realiza en edad adulta, es más técnico que motor e imitativo y se trasmite por vía masculina. Utilizan un sistema de ensayo-error ayudados por el alfarero de más edad.

En 1999 observamos cómo en Pomaire muchas alfareras habían aprendido a fabricar cerámica en edad adulta (sobre los 18 años e incluso después de casadas), por lo que se había abandonado el aprendizaje tradicional por imitación realizado durante la infancia y se había reducido el tiempo de formación. Generalmente, estas alfareras realizaban trabajos auxiliares o no llevaban a cabo un trabajo púramente tradicional.

Género y transformaciones productivas

Al estudiar las transformaciones acontecidas en la producción cerámica, se evidencia claramente un proceso paulatino y constante de desplazamiento de la mujer del trabajo alfarero. La evolución sería como sigue:

1) En época prehispánica la mujer mapuche fabrica cerámica en contextos domésticos para su propio consumo.

2) Con la especialización de algunas aldeas alfareras durante la colonia la mujer pasa distribuir su cerámica y a intercambiarla, obteniendo beneficios por ello (primero materiales y después monetarios).

3) Con el tiempo, las alfareras van dependiendo más de los ingresos procedentes de la alfarería. Como ya se ha dicho en páginas precedentes, esto provocará dos estrategias: Una destinada al aumento de la calidad de los productos que se vincula con una resistencia a efectuar cambios estructurales en la tradición tecnológica y en el mantenimiento de un trabajo eminentemente femenino. Y otra, destinada a aumentar el número de productos fabricados lo que se puede relacionar con cambios profundos en la tradición tecnológica y en la marginación de la mujer de las tareas productivas. En todo caso, aumentan las horas de trabajo que dedican las mujeres a la alfarería. Por ello el hombre (muchas veces en edad infantil) ayuda a la mujer en las

tareas menos especializadas, como la obtención y preparación de materias primas.

4) Con las salidas a vender cerámica fuera de la población y el intercambio monetario es el hombre el que se empieza a encargar de la distribución de la producción.

5) En Pomaire se introduce el torno y los hombres empiezan a modelar vasijas y maceteros. Aparecen los torneros itinerantes que van por las casas de las alfareras modelando la forma básica para que las mujeres realicen el acabado de la pieza.

6) También en Pomaire, el hombre adopta el control de la producción. Aparecen los talleres domésticos y la mujer o bien abandona la actividad alfarera y se dedica a las actividades domésticas o ayuda a su marido en el acabado de las vasijas.

La culminación del proceso de suplantación del oficio de *locera* por parte del hombre se muestra en su punto más álgido en la población de Pomaire. En cambio en Quinchamalí este proceso es incipiente en algunas unidades productivas, pero en general las mujeres han optado por mantener la tradición tecnológica y su identidad *locera*. Pensemos que en esta última población existe una unidad productiva donde se modela a torno y el control de la producción está en manos masculinas desde hace al menos dos décadas. Sin embargo, el resto de unidades de producción no han adoptado esta infraestructura tecnológica ni han variado parte de su tradición técnica.

Se observa entonces, un proceso por el cual cuando la alfarería es una actividad marginal y prácticamente no genera ingresos económicos, se mantiene en manos femeninas. Pero cuando pasa a ser una actividad reconocida, «visible socialmente» y que genera ingresos económicos considerables, se la desplaza y margina, asumiendo el hombre el control del proceso productivo y variando técnicas, tradiciones, infraestructuras y formas.

Recapitulación

Establecemos que la peculiaridad de la producción quinchamalina puede responder a condicionamientos culturales basados en la tradición y en una identidad del grupo mucho más fuerte que en el resto de poblaciones alfareras. Este hecho ha condicionado que el grupo sea mucho menos permeable a la introducción de innovaciones técnicas, mientras en otras poblaciones alfareras como Pomaire, la producción alfarera se ha visto seriamente modificada en cuanto a estrategias productivas, formas utilitarias y tecnología utilizada. En Quinchamalí se ha mantenido la misma tecnología de origen mapuche y se han reinterpretado las formas hacia tipos puramente figurativos como resultado de una artesanía tradicional mestiza.

De todo ello, se puede concluir que la conservación de los sistemas de fabricación de cerámica tradicional está estrechamente vinculada a la conservación de la identidad femenina de base indígena. Esta identidad femenina está definida por la independencia económica, la cosmovisión del mundo, el sistema de transmisión de conocimientos y la percepción que se tienen del otro, en este caso el hombre. Todo ello permite la sociabilización de la mujer a través del oficio de *locera*.

En definitiva, en la población de Quinchamalí se nos muestra un fenómeno de conservadurismo tecnológico. Mientras, en algunas poblaciones vecinas se produce una trasformación de la industria cerámica tradicional vinculada a la introducción de mejoras tecnológicas y la marginación de la mujer del trabajo alfarero, en Quinchamalí se opta por limitar la introducción de nuevas técnicas y mantener una producción marcadamente femenina.

El aislamiento geográfico de la población de Quinchamalí y su ubicación en una zona poco poblada condicionó la introducción tardía de los productos cerámicos en los

mercados monetarios. A su vez, este aislamiento permitió la continuidad de los sistemas de intercambio coloniales y el mantenimiento de valores sociales de origen indígena y mestizo. Ante la crisis agraria, los pobladores no son expulsados completamente del trabajo campesino al poseer tierras propias, hecho que a su vez condiciona que la población masculina no emigre a la ciudad. Con la introducción de la industria cerámica en los mercados, las alfareras optan por mantener la calidad de los productos, frente a la posibilidad de introducir mejoras destinadas a aumentar la producción, ante la imposibilidad de generar excedentes monetarios. Las mujeres de Quinchamalí consiguen mantener cierta independencia económica y adquieren un reconocido papel social a través de la valoración de los productos que fabrican. Al mantenerse el sistema de transmisión de conocimientos en un contexto doméstico y femenino se reproducen, no sólo de técnicas, sino también, y sobre todo, ideas y pautas sociales que se van repitiendo generación tras generación.

Al mismo tiempo, en Pomaire, ubicado en una zona densamente poblada, se produce la salida de la marginalidad geográfica en momentos muy tempranos, lo que provoca la introducción de la producción en circuitos comerciales cien años antes que en otras poblaciones. La comercialización de la producción hace que, con el tiempo, se intenten obtener excedentes económicos y productivos y que el hombre pase a controlar la distribución de los productos. Ante la crisis agraria, los pobladores se quedan sin tierras propias pero la población masculina no emigra, sino que se introduce en el trabajo alfarero como estrategia para obtener ingresos. La desaparición de una estructura social tradicional supone la desaparición de las barreras ideológicas, que limitaban la introducción del hombre en la alfarería. Todo ello, junto con la introducción de población venida de fuera, más permeable a los cambios, y la desaparición de los sistemas tradicionales de transmisión de conocimientos generan y potencian la adopción de nuevos elementos tecnológicos.

Las sociedades adoptan o desarrollan ciertos hechos tecnológicos y disminuyen otros. Eligen desde un amplio conjunto de posibles estrategias tecnológicas que su medioambiente, tradición y contactos con extranjeros les muestran.

El desarrollo de un grupo hacia la especialización no indica inequívocamente innovaciones técnicas en la producción. Como hemos visto, estas innovaciones son a veces la causa y otras la consecuencia del proceso de trasformación de la organización social.

El aumento de la calidad de los productos frente al incremento de la cantidad de los mismos no debe entenderse exclusivamente como una estrategia de mercado sinó como un fenómeno de resistencia cultural e identitaria.

CAPÍTULO CUARTO. REFLEXIONES EN TORNO A LAS VINCULACIONES ENTRE LA CULTURA MATERIAL Y LOS PROCESOS SOCIALES

«La tarea de la Arqueología no es simplemente recomponer el pasado como si los fragmentos y piezas –los datos materiales– se pudieran encajar sin dificultad ya en el momento de su extracción, logrando así una imagen coherente; la tarea real es, por el contrario, un desafió y una lucha, una lucha continua por conseguir unas interpretaciones que puedan relacionarse con los hallazgos de manera coherente y justificable.»

(Prologo de C. Renfrew en Binford, 1988: 10)

Las actividades artesanales están condicionadas por principios culturales. Sobre todo cuando se trata de producciones ubicadas en contextos domésticos y semi-domésticos. Los principios culturales y el tipo de actividad cerámica influyen en las formas fabricadas, la organización del espacio de trabajo, el sistema tecnológico utilizado y las estrategias técnicas adoptadas.

La contextualización de este trabajo, se enmarca en un proceso de cambios que evidencian la transición de las comunidades tradicionales hacia una economía capitalista globalizada. La denominada globalización ha traído cambios similares en todas las sociedades tradicionales. Este proceso afecta también a las poblaciones que fabrican cerámica de forma tradicional. Dichos cambios no son sólo el reflejo del paso de una economía preindustrial a otra de tipo capitalista. Las características de dichos cambios pueden variar entre grupos alfareros, debido a su sustrato cultural, su evolución histórica y su localización geográfica. Debemos buscar los aspectos particulares del grupo y de su sistema de producción sobre otros generalizables, con la intención de enfatizar que todas las culturas y grupos son diferentes y mostrar nuevas hipótesis interpretativas, más que confirmar otras ya existentes.

Las reflexiones que a continuación se proponen son aplicables a la alfarería del centro de Chile. Sin embargo, muchas de las cuestiones planteadas pueden servir a los arqueólogos para estudiar la fabricación cerámica en el pasado respecto a:

1) Matizar las interpretaciones realizadas por los arqueólogos.
2) Proponer nuevas hipótesis sobre el comportamiento social.
3) Evaluar los métodos arqueológicos utilizados.
4) Sobre todo, aumentar el corpus de ejemplos etnográficos de poblaciones alfareras con una tecnología que rápidamente va desapareciendo, por su introducción en cir-

cuitos comerciales de tipo occidental.

Los estudios etnográficos sobre el proceso de fabricación cerámica han resultado sumamente útiles para el análisis arqueológico, tanto en el campo de la arqueometría (Buxeda et al., 2003; Arnold, 1975; Mercader, 2000; Stark et al. 2000; Picon, 1995), el modelado (Pierret, 1995; Geneste, 1999, 2000; Roux, 1990, 1994; García Rosselló 2006c); el análisis espacial (Arnold III, 1991; Suguira y Serra, 1990); la variabilidad tecnológica (Miller, 1985, Mahias, 1993; Bowser, 2000; Degoy, 2005), la identificación de la escala de producción (Peacok, 1982; Costin, 2000; Papousek, 1984) o los motivos del cambio tecnológico (Annis, 1985; Kalentzidou, 2000). La mayoría de estos trabajos se han desarrollado bajo una perspectiva de legitimación de nuestra sociedad y se han centrado en el estudio del proceso de especialización, el cambio tecnológico o la capacidad tecnológica. A nivel metodológico, sus conclusiones han sido obtenidas del estudio sincrónico de los procesos culturales. Nosotros proponemos un trabajo que sirva para matizar algunas interpretaciones, enfatizar aspectos que no han sido tenidos en cuenta y abordar la investigación desde una perspectiva diacrónica que permita contar con la perspectiva temporal en las transformaciones productivas y sirva para explorar los antecedentes históricos y el contexto sociocultural de los grupos de alfareros y alfareras.

I. La organización del espacio de trabajo

Existen un gran número de trabajos que han tratado de definir los elementos que caracterizan las diferentes estrategias de producción cerámica. Elementos, éstos, que pueden ser identificados mediante el análisis del espacio de trabajo.

En las siguientes páginas, sustentaremos cómo el análisis espacial de los centros de producción cerámica puede servir como herramienta para identificar el nivel de especialización del grupo. Sin embargo, también permite identificar aspectos sobre la tecnología utilizada, el género y la ideología.

En arqueología, la información que se obtiene es a menudo muy fragmentaria, hecho que limita la representatividad de este tipo de estudios. Este trabajo, sólo pretende proponer nuevas hipótesis interpretativas a cerca del espacio de fabricación, en estrategias productivas que se encuentran a caballo entre lo doméstico y lo industrial, así como reflexionar sobre el potencial y la validez de las herramientas utilizadas en arqueología para identificar sistemas productivos.

Hablar de organización del espacio alfarero es reflexionar sobre la organización de la producción, tanto en lo referido al trabajo y la orientación económica de la producción, como a sus relaciones con el nivel técnico alcanzado. Arqueológicamente, es complejo constatar las diferentes estrategias de producción, por lo que algunos trabajos han intentado establecer indicadores materiales que identifiquen el tipo de organización productiva, a partir de la documentación de las áreas de producción (Arnold III, 1991; Peacock, 1982; Sullivan III, 1989, Tosi, 1984, Underhill, 1991). En muchos casos, los indicadores que se han utilizado para caracterizar las estrategias de producción cerámica no se han establecido únicamente en función de su representación material, sino basados en criterios difícilmente identificables en el registro arqueológico (Van der Leew, 1977; Peacok, 1982: 8-9; Deal, 1983: tabla 17; Rice, 1987: 183-185, Costin, 1990: 8-18).

Las particularidades del espacio utilizado, si bien no es un elemento característico de una estrategia productiva, permite documentar arqueológicamente los diferentes sistemas productivos. La distribución espacial es una consecuencia de una estrategia productiva

determinada, más que un elemento definitorio de la misma.

El estudio del espacio productivo en el centro de Chile muestra la existencia de diferencias que obedecen a la adopción de distintas estrategias productivas y a diferentes grados de especialización. Los alfareros y alfareras han adoptado sistemas de utilización del espacio diversos: desde estrategias donde se confunde lugar de hábitat y lugar de producción, hasta estrategias donde estan claramente diferenciados. Las diferencias observadas se relacionan con el proceso de especialización adoptado, aunque en menor medida, obedecen al sistema de confección de las piezas (a mano y a torno), el sexo de los alfareros y alfareras, y la fabricación en contextos rurales o urbanos. Se constata, en relación con el asentamiento, que todas las estrategias adoptan como espacio de trabajo la vivienda y que dentro de ésta hay espacios donde realizan tareas domésticas y actividades relacionadas con la producción cerámica.

El análisis del espacio de producción se fundamenta en el análisis de:

1) Las áreas de actividad.
2) La infraestructura permanente de trabajo.
3) El espacio de trabajo utilizado en cada fase de fabricación.
4) La ubicación espacial de los desechos.
5) El lugar principal de los recursos materiales.

Áreas de actividad

Entendemos por áreas de actividad los espacios delimitados coherentemente donde se realiza el trabajo alfarero. En todas las estrategias productivas se aprecian tres zonas de actividad correspondientes al almacén doméstico, las habitaciones específicas de trabajo, la cocina y el porche o el patio.

Podemos distinguir los siguientes comportamientos:

1) Los talleres domésticos (especializados) utilizan espacios de trabajo específicos construidos en el patio trasero de la casa, aunque se sigue utilizando algún ámbito doméstico como la cocina o el patio.

2) En las unidades domésticas (poco especializadas) los espacios de trabajo se comparten con las tareas domésticas. Utilizan los mismos espacios de habitación para trabajar la loza: almacén, cocina, porche y patio, aunque en las unidades domésticas con un mayor grado de especialización el número de espacios y la extensión de los mismos aumenta.

3) El taller doméstico dependiente tiene un comportamiento similar a las estrategias que presentan una tecnología poco desarrollada basada en el modelado a mano y controlada por la mujer. Las diferencias básicas en la utilización del espacio están condicionadas por la realización de distintas fases de trabajo en unidades productivas diferentes, que presentan unas estrategias tecnológicas variadas, como la preparación de las arcillas (Fase II) y la cocción (Fase VIII). En esta unidad de producción sólo se desarrolla el modelado (Fase III) y tratamientos de superficie de la pieza (Fase III o V). Aunque no se han construido espacios nuevos de actividad, se han adaptado espacios para un uso específico, como lugares de trabajo y se han abandonado otros como el patio, utilizado para la cocción en horno de una sola cámara.

Como parece lógico, el lugar principal de trabajo se corresponde con el lugar donde se invierte más tiempo. Éste está formado por la habitación específica de producción en los talleres domésticos y la cocina o porche, según las condiciones climáticas, en las unidades domésticas.

Cuando aparecen espacios específicos se concentra y limita la actividad en el espa-

cio (esto se observa en los talleres domésticos) y cuando no existen espacios específicos de trabajo se dispersa y no está claramente definida el área de actividad (hecho que se aprecia en las unidades domésticas).

En el resto se registra: desde una situación donde la mayoría de espacios se diferencian de las tareas domésticas, como ocurre en los talleres domésticos; hasta otras donde sólo parte de un espacio tiene un uso específico destinado a la producción de cerámica, como se aprecia en las unidades domésticas especializadas.

En los talleres domésticos la mayoría de espacios están adaptados específicamente al trabajo alfarero. Se dan dos estrategias:

1) En el taller doméstico dependiente (menos especializado), los espacios diferenciados se ubican dentro de la misma unidad doméstica, siendo habitaciones reformadas para servir exclusivamente de lugar de trabajo.

2) En el taller doméstico con orientación industrial (más especializado) los espacios diferenciados se ubican fuera de la unidad doméstica propiamente dicha y se sitúan en el patio trasero a modo de pequeño taller, cercano al lugar de cocción. Sólo el taller doméstico dependiente presenta todas las zonas de actividad integradas en la vivienda. En el taller doméstico con orientación industrial únicamente se realizan las actuaciones técnicas de tratamiento de superficie en el interior de la vivienda. En cambio, las unidades domésticas presentan todas las fases de producción, a excepción de las destinadas a la confección de la vasija y primer secado, que se realizan en la cocina y el porche, en el exterior de la vivienda.

El tamaño de las áreas de actividad es pequeño cuando existen espacios específicos de producción y grande e indefinido cuando se comparten los espacios de producción con los de la actividad doméstica. Al aparecer espacios específicos se concentra y limita la actividad en el espacio y al no existir espacios específicos de trabajo se dispersa y no está claramente definida.

En los casos donde se habilita un espacio específico de trabajo, se realizan las fases de producción que requieren más infraestructura y mayor dedicación de tiempo, como ocurre en el taller doméstico dependiente y en el taller doméstico con orientación industrial.

Infraestructuras permanentes de trabajo

Se pueden observar dos tendencias en función de la existencia de infraestructura fija y móvil. La existencia de infraestructura fija puede relacionarse con cierto grado de especialización. Son los talleres domésticos los que necesitan una infraestructura fija para trabajar. En el taller doméstico con orientación industrial, nos referimos al horno de cocción, el torno a pedal y el propio taller construido de madera. Niveles menores de especialización presentan infraestructura móvil para trabajar como la torneta en Pomaire o la cesta de pre-cocción de Quinchamalí.

Por el contrario, las unidades domésticas no especializadas no presentan ninguna área definida por la infraestructura que se utiliza. No utilizan infraestructuras permanentes o móviles para trabajar.

Fases de fabricación cerámica y uso del espacio

La comparación entre el uso del espacio y las diferentes fases de fabricación que se realizan en él permiten conocer cómo se organiza el trabajo alfarero en la cadena operativa de producción (fig. 34). En general, se puede apreciar la siguiente tendencia en las unida-

Áreas de actividad, diferenciación e identificación de espacios:

	Pomaire		Pilén	Quinchamalí
	Taller doméstico dependiente	Taller doméstico orientación industrial	Unidad doméstica baja orientación comercial	Unidad doméstica alta orientación comercial
Ubicación zonas actividad	Almacén Habitaciones específicas (Hab 1 y Hab 2) Cocina	Habitaciones específicas (Hab 1 y Hab 2) Cocina Patio trasero	Almacén Cocina y porche Patio trasero	Almacén Cocina y porche (Patio trasero)
Nº Áreas de actividad	3	3	3	3
Nº Áreas diferenciadas	1	2	Ninguna	1
Nº Áreas no diferenciadas	2	1	3	2
Nº Áreas actividad exterior	Ninguna	1	1	1
Nº Áreas actividad interior	4	3	3	5
Relación con el asentamiento	Mismo lugar de habitación y trabajo	Mismo lugar de habitación y trabajo	Mismo lugar de habitación y trabajo	Mismo lugar de habitación y trabajo
Diferenciación de espacios	Sí	Sí	No	No
Espacios diferenciados de las actividades domésticas	Sí	Sí	No	Sí
Espacios no diferenciados de las actividades domésticas	Sí	Sí	Sí	Sí
Zonas actividad integradas en la vivienda	Todos	Cocina	Cocina y porche	Cocina y porche
Zonas actividad no integradas en la vivienda	Ninguno	Habitación 1 y 2 Patio trasero	Almacén Patio trasero	Almacén Patio trasero Patio delantero
Lugar principal según el tiempo de trabajo	Habitación específica 1	Habitación específica 1	Cocina o porche	Cocina o porche
Tamaño áreas de actividad	Pequeño y definido	Pequeño y definido	Indefinido y grande	Indefinido y grande
Áreas de trabajo diferenciadas por sexos	No	Sí	No	No
Existencia de infraestructuras permanentes y fijas	No	Sí	No	Sí
Ubicación infraestructura	--	Taller y Horno	--	Habitación almacén
Áreas definidas materialmente	Sí	Sí	Sí	Sí
	Habitación 1 y 2	Habitación 1 y 2 Horno	Lugar de cocción (patio)	Lugar de cocción (habitación almacén)
Zona de venta o exposición	Cocina	No	No	Sala

des productivas visitadas:

1. Un espacio donde se almacenan las materias primas (Fase II).
2. Un espacio donde se da forma a la pieza. En ocasiones, también se realizan aquí los tratamientos finales de superficie (Fase V).
3. Un espacio donde se cuecen las piezas. No siempre es en el exterior.

Se evidencian básicamente dos comportamientos relacionados con las estrategias de producción:

1) Talleres domésticos (especializados):

En las unidades productivas de Pomaire (fig. 34:2,4) se observa que en los espacios específicos de trabajo se confeccionan las piezas y que los tratamientos finales de superficie, como el bruñido (Fase V) se llevan a cabo en un espacio doméstico: la cocina.

En el taller doméstico con orientación industrial (fig. 34:2) podemos observar cómo los trabajos que tienen por objetivo preparar la pasta (Fase II), el modelado de la arcilla cuando está en estado fresco (Fase III) y el primer y segundo secado (Fase IV y VI respectivamente), se desarrollan en los espacios específicos habilitados para ello (habitación 1 y 2 en el patio trasero). En cambio, las actuaciones técnicas realizadas cuando la arcilla está en textura de cuero (Fase V) se realizan dentro de los espacios domésticos, en concreto en la

cocina, que es el ámbito de trabajo de la mujer. Finalmente, cuando la arcilla está en estado seco (Fase VII), cuando se cuece (Fase VIII) y cuando ya ha adquirido un estado cocido (Fase IX), se trabaja en el patio trasero que es donde está ubicado el horno y por tanto se realizan las actividades de precocción, así como todo el proceso de calentamiento de las piezas y tratamientos posteriores a la cocción como el ahumado.

En el taller doméstico dependiente (fig. 34:4) el almacén se utiliza para guardar la arcilla y engobes (Fase II), los trabajos que se realizan cuando la arcilla está en estado fresco (Fase III) y durante los secados (Fase IV y VI) se ubican en dos habitaciones de la casa, que, como hemos dicho, se han adaptado para poder realizar un trabajo específico. Finalmente, cuando la arcilla está en textura de cuero (Fase V) el trabajo se realiza en la cocina de la misma unidad productiva o en otras unidades de habitación.

2) Unidades domésticas (por tanto poco especializadas):

En estas unidades (fig. 34:1,3) apreciamos cómo en el almacén se preparan y guardan las materias primas (Fase II). En la cocina y el porche (dependiendo de las condiciones climáticas) se realiza el modelado de las piezas y los tratamientos de superficie (Fases III a V). En las unidades domésticas no se distinguen espacios diferentes para llevar a cabo los tratamientos de superficie (Fase V). Las diferencias espaciales observadas en las unidades domésticas obedecen a la adopción de un mayor o menor grado de especialización.

Las mayores diferencias entre las dos producciones las encontramos en la organización del espacio del patio, para realizar las fases finales del trabajo, que se desarrollan entre el segundo secado (Fase VI), y cuando la arcilla ya está cocida (Fase IX). Mientras que en la unidad doméstica con baja orientación comercial de Pilén (fig. 34:1), tanto el segundo secado (Fase VI), la precocción (Fase VII), la cocción (Fase VIII) y la post-cocción (Fase IX), se ubican en la misma área de trabajo exterior; en la unidad doméstica con alta orientación comercial de Quinchamalí (fig. 34:3), el secado (Fase VI) y la post-cocción (Fase IX) se realizan al aire libre en diferentes puntos del patio, en cambio la precocción (Fase VII) y la cocción (Fase VIII) se desarrollan en un espacio cubierto del almacén.

A excepción del taller doméstico con orientación industrial (especializado), en el resto, la fase de preparación de la arcilla se realiza en espacios no diferenciados, igual que los tratamientos posteriores de la cocción. En la unidad doméstica con baja orientación comercial, no existe ningún espacio diferenciado para realizar fases de producción específicas. Por otro lado, se observa cómo en las unidades domésticas las fases de confección y secado de la pieza se realizan en áreas de trabajo que se complementan con actividades domésticas. En cambio, en los talleres domésticos, para las mismas acciones, se han adaptado espacios específicos de trabajo, donde se diferencia una habitación para modelar y realizar el primer secado y otra en la que se colocan las vasijas para secarse por segunda vez, hasta conseguir un estado completamente seco. Las fases de fabricación que se llevan a cabo en el exterior, son las fases de cocción de la cerámica (Fase VII, VIII y IX). En la unidad doméstica con baja orientación comercial, además de las anteriores, se localizan el segundo secado y en la unidad doméstica con alta orientación comercial tan sólo documentamos el segundo secado y los tratamientos posteriores a la cocción (Fase VI y IX).

Podemos destacar en este caso dos hechos: uno que se da en los talleres domésticos, en el que las fases que van desde la preparación de la arcilla al secado definitivo de la pieza se realizan bajo techo, y otro, que se realiza en las unidades domésticas, en el que la confección de la pieza y el primer secado pueden realizarse, tanto dentro de la vivienda, cómo en el porche exterior, según las condiciones climáticas. Hay que destacar, también, el caso de la unidad doméstica con alta orientación comercial, en el que las fases de precocción y cocción se desarrollan bajo techo, en una de las habitaciones del almacén.

	Pomaire		Pilén	Quinchamalí
	Taller doméstico dependiente	Taller doméstico orientación industrial	Unidad doméstica baja orientación comercial	Unidad doméstica alta orientación comercial
FASE I	No se realiza en el lugar de trabajo	No se realiza en el lugar de trabajo	No se realiza en el lugar de trabajo	No se realiza en el lugar de trabajo
FASE II	Almacén doméstico	Habitación 1	Almacén doméstico (arcilla) y patio (combustible)	Almacén doméstico Hab 1: combustible Hab 2: Arcillas
FASE III	Habitación especifica 1	Habitación 1	Porche y cocina según condiciones climáticas	Porche y cocina según condiciones climáticas
FASE IV	Habitación especifica 1	Habitación 1	Porche y cocina según condiciones climáticas	Cocina
FASE V	Cocina	Cocina	Porche y cocina según condiciones climáticas	Porche y cocina según condiciones climáticas
FASE VI	Habitación específica 2	Habitación 2	Patio trasero	Patio delantero
FASE VII	No se realiza en el lugar de trabajo	Patio trasero	Patio trasero	Almacén doméstico Hab 3
FASE VIII	No se realiza en el lugar de trabajo	Patio trasero	Patio trasero	Almacén doméstico Hab 3
FASE IX	----------	Patio trasero	Patio trasero	Patio trasero
Relación de las fases de trabajo y las zonas de actividad	FASE II (almacén) FASE III/ IV/ VI (habitaciones de trabajo específicas) FASE V (cocina-espacio doméstico)	FASE II/ III/ IV/ VI (habitaciones de trabajo específicas) FASE V (cocina-espacio doméstico) FASE VII/ VIII/ IX (Patio trasero)	FASE II (almacén) FASE III/ IV/ V (cocina- espacio doméstico) FASE VI/ VII/ VIII/ IX (Patio trasero)	FASE II/ VII/ VIII (almacén) FASE III/ IV/ V (cocina- espacio doméstico) FASE VI/ IX (Patio trasero)
Fases de trabajo en espacios diferenciados	FASE III/IV/VI	FASE II/ III/IV/ VI/ VII/ VIII/ IX	Ninguna	FASE VII/ VIII
Fases de trabajo en espacios no diferenciados	FASE II/ V	FASE V	FASE II/ III/ IV/ V/ VI/ VII/ VIII/ IX	FASE II/ III/ IV/ V/ VI/ IX
Fases de producción realizadas en el exterior	Ninguna	FASE VII/ VIII/ IX	FASE VI/ VII/ VIII/ IX	FASE VI/ IX
Fases de producción realizadas en el interior	FASE II/ III/ IV/ V/ VI	FASE II/ III/ IV/ V/ VI	FASE III/ IV/ V	FASE III/ IV/ V/ VII/ VIII/ IX

Uso del espacio según la fase de producción:
Ubicación espacial de los desechos

Los desechos son restos inservibles que son tratados por los alfareros como desperdicios. Aquí, no contemplamos los restos de herramientas o de infraestructuras necesarias

para producir. Quizás, es en el taller doméstico con orientación industrial donde mejor se identifica la existencia de desechos, que además presentan un volumen alto en la zona del patio, alrededor del horno (fig. 45:6-7). Éstos son fragmentos cerámicos procedentes de piezas fracturadas durante el proceso de cocción, desperdicios aprovechados en alguna parte del horno, como es el caso de restos de placas metálicas, fragmentos de vasijas empleados para tapar el horno, neumáticos que sirven como combustible en la fase final de la cocción y finalmente cenizas que proceden de los restos de combustión.. Por el contrario, las unidades domésticas, aunque permiten documentar la existencia de desechos, presentan un volumen reducido, una ubicación indefinida y se limitan a fragmentos de vasijas, que se esparcen por toda la zona que conforma la unidad productiva, aunque la zona se limpia periódicamente.

	Pomaire		Pilén	Quinchamalí
	Taller doméstico dependiente	Taller doméstico orientación industrial	Unidad doméstica baja orientación comercial	Unidad doméstica alta orientación comercial
Existencia de desechos	No	Sí	Sí	Sí
Volumen de desechos	No	Alto	Bajo	Bajo
Ubicación de los desechos	No	Alrededor del horno	Indefinido	Indefinido
Tipo de desechos	No	Vasijas rotas Desperdicios Cenizas	Vasijas rotas	Vasijas rotas
Lugar principal de concentración de restos materiales	Habitaciones específicas de trabajo	Habitaciones específicas de trabajo Patio trasero (zona del horno)	Lugar de cocción, cocina y almacén	Lugar de cocción, cocina y almacen

Ubicación espacial de los desechos y restos materiales:
Lugar principal de concentración de recursos materiales

Otro elemento que permite documentar y analizar las actividades de producción es el lugar principal de concentración de recursos. Nos referimos a las herramientas permanentes o móviles que se utilizan durante el proceso de producción. En las unidades domésticas, la mayoría de restos materiales se concentran en la cocina y en el almacén, aunque se trabaja en el porche. Una vez finalizada la jornada diaria, los productos elaborados y las materias primas utilizadas se guardan en el almacén. En la unidad doméstica con alta orientación comercial destaca la concentración de restos materiales en una de las habitaciones del almacén donde se realiza la cocción. Por lo que se refiere a los talleres domésticos, la concentración de restos materiales se ubica en las habitaciones específicas, principalmente en la que se da el proceso productivo, más que en la habilitada para el secado. Además, en el taller doméstico con orientación industrial se localizan restos materiales necesarios para la producción en la zona del horno, situada en el patio trasero.

Observamos cómo el principal lugar de trabajo coincide, sólo en parte, con el lugar donde se ubican los restos materiales. Por el contrario, cuando existen espacios específicos de trabajo, se concentran en ellos la mayoría de restos materiales y cuando los espacios de trabajo son domésticos, no coincide el lugar de concentración de los restos materiales con el lugar donde se desarrolla la mayor parte del trabajo.

La concentración de restos materiales será de baja intensidad en los espacios no específicos de producción, que presentan generalmente un espacio amplio e indefinido de trabajo, y de mayor intensidad en los espacios específicos de producción, que son de tama-

ño más pequeño.

Recapitulación

A continuación, planteamos una serie de reflexiones que intentan ir más allá de las adaptaciones económicas de los grupos alfareros. Pensemos que la orientación comercial de los productos también implica diferentes grados de especialización. A través del estudio del espacio productivo, proponemos las siguientes reflexiones:

El proceso de especialización se puede vincular con la organización del espacio:

1) La aparición de espacios específicos destinados a la fabricación de cerámica está relacionado con un nivel de especialización mayor. Observamos que, cuanto más especializado esta un grupo, más espacios de trabajo diferenciados y específicos existen, aumenta el tamaño de los mismos y se reduce el número de áreas de actividad. Los grupos especializados, habilitan espacios específicos para realizar una parte del proceso de fabricación.

2) Independientemente del nivel de especialización adoptado por un grupo siempre existen espacios domésticos de trabajo. Las producciones poco especializadas presentan un mayor número de espacios «mixtos» de trabajo, frente a las especializadas que han reducido los espacios de trabajo «mixtos» y domésticos.

3) Las unidades productivas no especializadas llevan a cabo las actividades de producción cerámica en el exterior del espacio doméstico, a lo sumo trabajan en la cocina y en el porche. Estas producciones no tienen espacios específicos para producir, el trabajo se dispersa y no está claramente definida el área de actividad. En las producciones básicamente domésticas, es más difícil distinguir los lugares dedicados al trabajo artesano de aquellos en los que se realizan actividades domésticas, ya que toda la actividad alfarera se desarrolla en el ámbito doméstico, donde la mujer trabaja normalmente.

4) La aparición de infraestructuras permanentes (es decir, que no son móviles), está condicionada por el grado de especialización. En las unidades productivas altamente especializadas, como los talleres, la cantidad de infraestructura fija es mayor. Generalmente, la especialización va acompañada de una infraestructura fija. Pero, existen unidades productivas poco especializadas (pensemos en la cesta de pre-cocción de las unidades domesticas con alta orientación comercial de Quinchamalí), donde también se puede observar infraestructura (pero móvil), aunque en una proporción menor y de manera anecdótica.

5) Debemos tener en cuenta que pueden existir sistemas de organización de la producción muy diferentes. Pueden darse estrategias intermedias de producción que no se correspondan con lo puramente doméstico y lo marcadamente industrial. Espacialmente lo que se podría identificar como doméstico o industrial podría ser un tipo de producción intermedia. La dificultad está más en la identificación de las producciones domésticas que en las industriales que se identifican más claramente. Las producciones que se realizan en el ámbito doméstico, presentan un nivel de especialización más o menos elevado (unidad doméstica con alta orientación comercial) y aparecen espacios diferenciados de trabajo para realizar algunas fases de la producción. Pero en estos casos pueden ser espacios donde, además de la fabricación, se realizan otras actividades domésticas. Estas unidades productivas pueden presentar algún tipo de infraestructura (como la torneta o la cesta de pre-cocción), pero es generalmente móvil o semi-móvil.

6) La habilitación de lugares específicos de trabajo puede relacionarse con el aumento del volumen de producción. En la zona de estudio, hemos podido observar cómo en las unidades domésticas con baja o alta orientación comercial, donde no hay un claro interés por aumentar la producción, no se adaptan ni construyen espacios específicos de

trabajo. Cuanto más acusada sea la dependencia económica de los individuos sobre la actividad alfarera, mayor espacio de trabajo se necesita, aumentan el número de lugares donde se trabaja y progresivamente aparece la necesidad de generar espacios específicos de trabajo.

La organización de la zona de trabajo está condicionada por la tecnología utilizada:

La tecnología es el elemento de la producción que más directamente se puede vincular con la organización del espacio. El espacio está condicionado por la complejidad tecnológica del grupo y, por tanto, con la infraestructura necesaria para producir y el sistema de cocción y modelado utilizados. Del estudio de las unidades de producción del centro de Chile podemos considerar las reflexiones siguientes:

1) La progresiva aparición de espacios específicos de trabajo está condicionada por estructuras vinculadas a la cocción cerámica y por la adopción de nuevas infraestructuras como el torno. La introducción del torno y el horno, es decir, infraestructuras no móviles, supone la aparición de espacios específicos de trabajo. Esto no es una correlación inequívoca, porque las alfareras que utilizan infraestructura semi-móvil como la torneta, también trabajan en espacios específicos de trabajo. Lo que sí parece evidente, es que el torno se trabaja en espacios diferenciados de la vivienda y en cambio si se trabaja con torneta, se hace dentro de la casa o en el patio. Además, en las unidades productivas donde se utiliza el torno y el horno, siguen existiendo espacios de trabajo que se complementan con otras tareas domésticas.

2) Aunque las producciones a mano se caracterizan por la inexistencia de espacios diferenciados de trabajo, en ocasiones particulares, pueden aparecer áreas específicas destinadas a la producción. Por otra parte, cuando existe un desarrollo tecnológico bajo, es difícil distinguir entre los lugares dedicados al trabajo artesano de aquellos en los que se realizan actividades domésticas.

3) Los espacios diferenciados responden a un intento, por parte de las comunidades alfareras de optimizar, al menos parte de la producción, con el objetivo de incrementar el número de vasijas fabricadas.

4) La aparición de espacios específicos y/o espacios diferenciados puede relacionarse con los espacios donde se llevan a cabo las fases de fabricación tecnológicamente más complejas. Cuanta mayor complejidad tecnológica, mayor espacio de trabajo se necesita, aumentan el número de lugares donde se trabaja y progresivamente aparecen espacios específicos de trabajo. No hay una relación inequívoca entre la existencia de espacios específicos de producción y estructuras permanentes de trabajo. Si bien el uso del torno puede requerir espacios de trabajo específicos, la zona destinada a la cocción puede compartirse con otras actividades domésticas.

5) La construcción de estructuras de trabajo fuera de la vivienda, pero en el mismo lugar de habitación, puede relacionarse con la adopción de una nueva infraestructura tecnológica, como el horno de cocción cerámica o el torno a pedal, que requieren nuevas estrategias económicas y de organización del trabajo. Por otra parte, la no adopción de zonas específicas de trabajo se relaciona con una infraestructura tecnológica poco desarrollada y una organización del trabajo marcadamente doméstica.

6) La ubicación espacial de los desechos puede ser de gran ayuda para aproximarnos al volumen de productos confeccionados y por tanto conocer si en su momento se trataba de una unidad productiva de alto rendimiento o de bajo rendimiento. En las estrategias productivas analizadas, la mayoría de desechos se sitúan cerca de la estructura de cocción. La existencia de los mismos se ve relacionada, principalmente, con el proceso de cocción

de las vasijas, ya que, cuando en una unidad productiva no se cuecen las cerámicas, la existencia de éstos es de muy baja intensidad. Parece que la cantidad de desechos producidos puede estar relacionada con la existencia de estructuras de combustión sólidas y permanentes, como es el caso de los hornos. Cuando las cerámicas se cuecen fuera de estructuras permanentes. el volumen de desechos es bajo y se reduce a vasijas rotas. La inexistencia de hornos en la unidad productiva obliga a limpiar de cenizas y desperdicios la zona cada vez que se realiza una cocción. En cambio, cuando la unidad productiva utiliza el horno para cocer las cerámicas, las cenizas procedentes del mismo se van acumulando en los exteriores del horno. En el caso de emplear horno, además de vasijas rotas, se localizan diferentes tipos de desperdicios que se utilizan en el reforzado de la estructura de combustión.

Género y espacio

Es evidente que, analizando la distribución del espacio de trabajo, no se puede identificar el sexo de los trabajadores. No hay correlación material entre espacio y sexo de los trabajadores. Sin embargo, proponemos algunas ideas sobre las relaciones entre el sexo de los alfareros y alfareras y la utilización del espacio de trabajo:

1) La aparición de espacios diferenciados de producción no puede relacionarse con la adopción de la alfarería como única fuente de ingresos por parte del varón, ya que tanto en el taller doméstico dependiente, como en el taller doméstico con orientación industrial, existen espacios de trabajo específicos o diferenciados y en el primer caso se trata de un control de la producción exclusivamente femenino.

2) Cuando existe trabajo femenino, el uso de espacios domésticos es mucho más elevado. Estos espacios son la cocina y el porche, el patio trasero y el almacén doméstico. La producción cerámica femenina de Chile central combina el trabajo doméstico con las actividades productivas. Este hecho, condiciona la organización de un espacio de trabajo indefinido y sin áreas de trabajo diferenciadas.

3) Cuando la producción está en manos del hombre y adquiere una orientación comercial basada en el aumento del volumen de producción, se construyen estructuras de trabajo específicas.

¿Se puede estudiar el contexto ideológico, social o cultural de los alfareros y alfareras a partir del análisis del espacio de trabajo?

Algunos trabajos han mostrado como las actividades artesanales poco especializadas están condicionadas por principios culturales, que afectan a la organización del espacio de trabajo (González Ruibal, 2005). Este hecho ocurre también en Chile. Aquí, la aparición de espacios específicos se relaciona con grupos vinculados a contextos más urbanos, donde personas e ideas tienen mayor influencia y donde la mujer está siendo desplazada y marginada de las actividades productivas. Sin embargo, la inexistencia de espacios diferenciados en las unidades productivas se puede vincular con contextos rurales, geográficamente marginados, con una estructura social e ideológica cerrada y donde la mujer controla y dirige la producción cerámica.

La organización del espacio de trabajo está determinada por: 1) la orientación comercial de los productos; 2) el grado de especialización; 3) la complejidad tecnológica. Estos comportamientos, están a su vez, condicionados por el proceso histórico y las diferentes dinámicas territoriales que han sufrido los grupos de alfareras y alfareros. Pensamos, entonces, que a la hora de abordar el análisis espacial de un espacio productivo puede ser difícil correlacionar la distribución con principios culturales. Sin embargo, es imprescindible analizar la evolución histórica y el contexto socio-cultural, a fin de poder establecer a

qué se deben las variaciones en la organización del espacio de trabajo.

II. Las formas cerámicas

Una forma cerámica se caracteriza por el perfil, las dimensiones y la decoración. Evaluamos como ha sido el proceso de modificación, copia, innovación y abandono de los tipos cerámicos fabricados en las poblaciones alfareras estudiadas. Se continúa con el planteamiento inicial por el que se analiza la producción cerámica del centro de Chile, desde los grupos mapuches prehispánicos hasta la actualidad. Finalmente, se reflexiona sobre la información social que ofrece el estudio de la tipología cerámica.

II.1. Evolución de las formas cerámicas (siglos XVI a XX)

La evolución en las formas cerámicas producidas por los grupos alfareros del centro de Chile ha sufrido un proceso de diversa índole, el cual ha estado condicionado por las trasformaciones socio-económicas y culturales al que se han visto sometidas a lo largo del tiempo las poblaciones indígenas.

Se aprecia una correlación entre cambios tipológicos y tranformaciones socio-culturales, pudiéndose establecer los siguientes periodos:

1) Periodo Prehispánico.
2) Periodo colonial.
3) El siglo XIX.
4) A partir de 1950.

Periodo Prehispánico

Antes de la llegada de los españoles, la cerámica fabricada entre los mapuches era de tipo ornamental con una función funeraria y ceremonial. Las formas cerámicas eran marcadamente figurativas, destinadas al consumo de chicha y otros productos vinculados con las ceremonias y ritos mapuches (fig. 4).

Periodo colonial

Como hemos comentado en capítulos anteriores, este periodo se corresponde con un momento en el que algunas aldeas situadas en territorio colonial se especializaban en la fabricación cerámica y los grupos mapuches independientes continuaban con una producción doméstica autosuficiente.

Durante la colonia, los grupos indígenas ubicados al Norte del Bío-Bío sufrierón un proceso de aculturación que trasformó sus tradiciones culturales y su base social y económica hacia modelos europeos y coloniales.

Recordemos que en el marco de este proceso aparecen nuevas formas cerámicas de tipo utilitario, acordes con las necesidades del grupo social dominante: la población española. Valenzuela (1955) documenta en la década de los cincuenta del siglo XX tipos cerámicos, como desarenadores para la minería, callanas para tostar trigo o ollas para sahumerio, platos o tazas, que muestran parte del elenco formal fabricado durante la colonia. Estos tipos son el resultado de la incorporación de formas cerámicas de tradición española y la reinterpretación de las formas cerámicas hacia funciones más acordes con la tradición de los colonizadores.

Dentro de este proceso, se mantienen las antiguas formas cerámicas utilitario-orna-

mentales que se fabricaban para el consumo de líquidos durante las ceremonias mapuches. Probablemente, se continúa con la fabricación de algunas de estas cerámicas porque podían contener líquidos y así ser utilizadas, pero también porque suponían la conservación de algunos rituales indígenas. Pensemos que los grupos rurales mantuvieron cierta independencia y parte de su tradición cultural e indígena hasta avanzado el siglo XX.

Algunos tipos cerámicos de origen indígena, como los *Ketro Metawe*, se mantienen de forma más o menos invariable hasta el siglo XIX. Pero mientras en Pomaire básicamente se fabricaba cerámica utilitaria, en Quinchamalí se siguierón fabricando cerámicas ornamentales de tradición mapuche, junto con otras de tipo utilitario hasta los años cincuenta.

Los tipos cerámicos fabricados muestran la adaptación de los grupos indígenas a las tradiciones culturales de los invasores, entre ellas los patrones alimenticios. Sin embargo, la conservación de algunas formas cerámicas no puede relacionarse con el mantenimiento de algunas tradiciones culinarias de los indígenas. Pensemos que las formas conservadas están más vinculadas con el orden ideacional y las ceremonias rituales y funerarias de la nación mapuche.

Los grupos mapuches situados al Sur del Bío-Bío, continúan fabricando la misma cerámica, aunque empiezan a aparecer en contextos puramente indígenas formas de origen europeo. Éstas suponen la fabricación e imitación, por parte de grupos indígenas independientes no sometidos a la colonia, de formas cerámicas europeas como platos (fig. 5:5) o tazas (fig. 5:6). Pero también la incorporación de un nuevo elenco decorativo basado en las incrustaciones de loza europea o elementos metálicos. Dichos grupos mapuches no fueron absorbidos por la población blanca hasta finales del siglo XIX. Sin embargo, se observan ciertas influencias entre los dos grupos culturales que afectan principalmente a la base económica. Los mapuches incorporaron el caballo, patrones de cultivo, armas y muchos otros elementos materiales.

Siglo XIX

Una vez adoptado el elenco formal español aparecen, a mitad del siglo XIX, nuevos cambios en la tipología y su ritmo se incrementa a partir de los años cincuenta del siglo siguiente. Se establecen tres fenómenos relacionados con los tres centros alfareros especializados:

1) En Quinchamalí aparecen nuevas formas, fruto de un proceso de innovación vinculado a la reformulación de algunos tipos indígenas. Es durante la segunda mitad del siglo XIX cuando aparece una cerámica de tipo utilitario-ornamental, fruto de una tradición cerámica indígena y una realidad mestiza específica, como consecuencia de una situación socioeconómica excepcional, donde el control de la unidad familiar está en manos de la mujer. Las alfareras empiezan a innovar formas a partir de la influencia figurativa indígena y la realidad mestiza que viven. De este proceso resultan jarros como las g*uitarreras, los huachos o los Chanchos* que conservan su función utilitaria destinada a contener líquidos. En tiempos de la colonia (con anterioridad a la mitad del siglo XIX), la fabricación de cerámica era principalmente utilitaria. Sin embargo, entre los años treinta y hasta los años cincuenta se documentan formas como los jarros *Ketro-Metahue* o los vasos dobles unidos por asa de puente, de tradición mapuche. La decoración ornamental de cerámicas utilitarias podría considerarse como una transición entre la cerámica puramente utilitaria y la de carácter ornamental (Valenzuela 1969).

2) En Pomaire se abandona la fabricación de unas formas y se fabrican otras nuevas, relacionadas con la tradición europea y occidental. La comercialización de la loza una vez

al año provoca la introducción de la aldea en los circuitos de comercialización y una producción de tipos según los requerimientos de la demanda durante la primera mitad del siglo XIX. Este hecho, lleva a las alfareras de Pomaire al abandono de de la fabricación de algunas formas y al mantenimiento de otras. Se empieza a fabricar cerámica figurativa con función exclusivamente figurativa, pero también vajillas de origen europeo.

3) Sobre Pilén existen pocas referencias pero, según los relatos de las alfareras, pensamos que desde el periodo colonial se mantuvo una producción utilitaria con un elenco formal de tipo mestizo, que ha variado muy poco hasta la actualidad. Aquí las cerámicas fabricadas se destinan principalmente a la cocción de alimentos.

A partir de 1950

Este periodo supone la introducción de elementos externos de tipo occidental (presentes en la alfarería desde hacía tiempo), ya que las formas no recuerdan a la cerámica indígena tradicional, sino más bien la de menaje europeo. Ahora apreciamos la especialización de los centros productivos en la fabricación de determinados tipos, aunque esto no significa que no se fabriquen otros. En los talleres con orientación industrial de Pomaire se produce cerámica utilitaria, menaje y macetas de diferentes dimensiones. El taller dependiente se ha concentrado en la fabricación de cerámica utilitaria de pequeño tamaño tipo paila. En Pilén, las unidades productivas fabrican cerámica utilitaria de cocina de gran tamaño, junto a otras piezas de dimensiones más reducidas. En Quinchamalí, las unidades productivas fabrican una variada gama de cerámica ornamental de pequeño tamaño.

Quinchamalí

El proceso iniciado en el siglo XIX en Quinchamalí de cerámica utilitaria- ornamental, se encaminará hacia la fabricación de las mismas formas, pero ahora con una función exclusivamente ornamental.

Desde los años setenta, irá desapareciendo progresivamente la fabricación de grandes tinajas (en 1999 los conocimientos para la fabricación de estas piezas se había perdido hacía una generación), la cerámica ornamental de tradición mapuche y algunos tipos. Además, se reduce significativamente la fabricación de cerámica utilitaria frente a otra de tipo utilitario-ornamental.

En 1980, la zona Norte de la población había dejado prácticamente de fabricar cerámica utilitaria y se especializa en la fabricación de cerámica ornamental (con o sin función utilitaria) que muestra la realidad campesina (los lebrillos, ceniceros o alcancías decorados a modo de chanchitos, vacas, cabras o toros, las miniaturas y la juguetería). Respecto a las miniaturas y la juguetería, son réplicas exactas de las formas típicas quinchamalinas, aunque parece que esto obedece a la imitación de una tradición originaria de Pomaire, por lo que Valenzuela (1957) no observó la misma calidad que en sus vecinos. En los años ochenta, Montecino (1986) documentó la existencia de cerámicas ornamentales carentes de su función utilitaria original, como la *guitarrera o Cantaora* y la aparición de nuevas con una función exclusivamente decorativa: Jinete o *Huaso, Chancho* de tres patas, pavos, yutas de bueyes, vacas, gallinas o machos cabríos. Sin embargo, en la zona más marginal de Santa Cruz de Cuca, se continúa con la fabricación de cerámica utilitaria.

En 1999, las miniaturas y juguetería imitaban a formas exclusivamente decorativas, como los chanchitos de tres patas. Las formas utilitarias que se seguían fabricando, como las jarras, habían perdido su función original y, además de estar decoradas, se habían visto reducidas en tamaño. La decoración incisa se había expandido en detrimento de la pintada,

que ha llegado a desaparecer.

Diferentes factores, ya mencionados en otros capítulos, han condicionado en Quinchamalí la aparición de un proceso de especialización tipológica de las unidades productivas. Los intentos por diferenciarse de otras alfareras han llevado a las unidades productivas a especializarse en la fabricación de determinadas formas, que luego son heredadas en el ámbito familiar. *Las Viedma* pueden estar especializadas en *chanchitos* y *las Figueroa* en *guitarreras* por ejemplo.

En definitiva, se mantiene un pequeño grupo de tipos utilitarios tradicionales de tradición mestiza y hasta los años ochenta se continúa fabricando cerámica de raíz indígena. Esto ha supuesto una reducción del elenco de formas fabricadas y la reducción en el número de tipos confeccionados, debido a la dificultad técnica que existe para fabricar las formas cerámicas ornamentales.

Pomaire

En 1950 se documenta en Pomaire la fabricación y venta de juguetería y miniaturas (que imitan a la cerámica utilitaria), candelabros o mates, además del abandono de la fabricación de grandes vasijas. Las formas utilitario-ornamentales son las menos representadas, dentro de ellas lo más representativo son las miniaturas.

Pomaire sufre un proceso por el cual en torno a los años cincuenta, se sustituye la fabricación de cerámica utilitaria por copias miniaturizadas de cerámicas de usos tradicionales.

La producción pomairina se sigue caracterizando por un predominio de las formas utilitarias. En 1970 se introduce, de forma más o menos generalizada, la fabricación de maceteros y objetos de menaje. Las alfareras que no saben modelar a torno alquilan los servicios de un tornero itinerante, que confecciona la forma básica que luego decoran y pulen. Durante nuestro trabajo en 1999, constatamos la imitación de formas cerámicas occidentales, vajilla de mesa, paragüeros y cerámicas sin función definida. La cerámica utilitaria a mano es marginal y se continúa trabajando la cerámica utilitaria mediante torno. El modelado a mano se concentra principalmente en la fabricación de cerámica ornamental (como las miniaturas), aunque unas pocas alfareras continúan fabricando cerámica utilitaria a mano. Destaca por la fabricación de macetas, menaje y miniaturas que pese a tener una función «utilitaria», constituyen un producto donde predomina el valor ornamental sobre el utilitario.

Pomaire fabrica cerámica decorativa, pero está poco valorada por los consumidores respecto a la de Quinchamalí, por ejemplo.

Influencias entre centros alfareros

Como vemos, se desarrolla un proceso de reducción del abanico de formas cerámicas existentes. En Pomaire, la introducción del torno (1950-1970) uniformiza la fabricación entre unidades productivas y la aceptación de formas miniaturizadas (1950) por parte de los consumidores genera la fabricación de estos tipos en la mayoría de unidades de producción. En cambio, en Quinchamalí, el aumento de la demanda por parte de los consumidores de formas que han sido sometidas a un tratamiento de superficie, de ahumado o negreado y a una decoración incisa, provoca una generalización de dichos procesos de fabricación (en torno a 1950). Esto, provoca la copia de aspectos formales y decorativos entre comunidades especializadas, pero también uniformiza la producción dentro de la propia comunidad

especializada. Pomaire adopta los tratamientos de superficie de Quinchamalí, la cual adopta la fabricación de miniaturas de Pomaire. Sin embargo, en ambos casos no se consigue la perfección formal, técnica y funcional del centro de origen de «*la tradición*».

Se observa una tendencia a imitar los productos que tienen una mayor valoración social como las miniaturas de Pomaire, el tratamiento final de «*negreado*» o *ahumado* de las cerámicas y las formas ornamentales zoomorfas de Quinchamalí. En Pomaire y Pilén, a gran parte de la producción se le aplica este tipo de acabado final. Igualmente, las miniaturas tradicionalmente fabricadas en Pomaire se fabrican cada vez más en Quinchamalí y Pilén, aunque imitan su propia tradición formal.

II.2. ¿Que nos dice la tipología?

Las formas cerámicas están diseñadas para satisfacer necesidades de conservación, procesado y consumo de alimentos (Vázquez Varela, 2005). Sin embargo también sirven para otros fines relacionados con las ceremonias rituales y el mundo funerario. A continuación reflexionamos sobre los factores que condicionan la vida de una determinada tipología cerámica. A su vez, intentamos relacionar las modificaciones en las formas cerámicas con algunos aspectos sociales.

La fabricación de las formas cerámicas se puede vincular con:

1) El tipo de intercambio y el trasporte.
2) El sistema de fabricación.
3) La tradición formal y funcional relacionada con la tradición cultural.
4) Las transformaciones ideológicas y culturales.
5) El género de los alfareros y alfareras.
6) Los intentos de alfareras y alfareros por diferenciarse.
7) La imitación formal y las influencias entre centros alfareros y producciones.

El tipo de intercambio y el trasporte

La fabricación de la cerámica utilitaria y de formas de menaje occidentalizadas en Pomaire representa una estrategia de aumento de la producción. La confección de cerámica ornamental de Quinchamalí y utilitaria tradicional de Pomaire, así como de algunas unidades productivas de Pilén, representan otras que, sin aumentar la producción, consiguen un aumento del valor de los productos por parte de la demanda.

Según la tipología de los productos, podemos establecer el valor de la cerámica: así las cerámicas de valor alto suelen ser las de fabricación muy específica y marcado carácter ornamental. En cambio, las de bajo valor son de uso variado, aunque eminentemente funcionales. Como hemos visto, la forma en que se distribuyen estos productos puede permitir conocer el valor de los mismos por parte de la demanda.

Recordemos que, en general, se relaciona el paso de lo utilitario a lo artístico, con el paso del trueque al comercio monetario, ya que las piezas ornamentales, tanto por el tamaño, como por las dimensiones, no permite medidas de reciprocidad al no tener capacidad para introducir productos alimenticios.

Los cambios en los patrones de intercambio también estan determinados, lógicamente, por la capacidad de trasportar las vasijas cerámicas. En este sentido, en Quinchamalí y Pomaire, el intercambio no monetario se relaciona con el trasporte a pie de vasijas de pequeño tamaño. Mientras en Quinchamalí se continúan fabricando piezas de pequeño tamaño, en Pomaire, con la adopción de torno, se empiezan a fabricar piezas de

gran tamaño que no pueden ser trasportadas a los *fundos* cercanos. La fabricación de piezas de grandes dimensiones obliga a utilizar carretas y a llegar a puntos más alejados. Este hecho, junto a otros, incide en el paso a la comercialización de las vasijas y con el tiempo potencia la aparición de puntos de venta en las aldeas y siendo los consumidores los que se desplazan. En Pilén, la fabricación de cerámica utilitaria de cocina y de grandes dimensiones estaba destinada al mercado de la cercana población de Cauquenes. El hecho de que esta producción se haya continuado destinando a cubrir esta demanda, puede ser un indicador de los motivos que han llevado a este centro alfarero a no cambiar el tipo de producto fabricado.

El sistema de fabricación

La adopción de algunas infraestructuras técnicas como el torno, el horno o las máquinas de moler y piscinas de decantación, condicionan las formas fabricadas. Este apartado se desarrollará más ampliamente cuando nos refiramos a la cadena operativa de fabricación.

Por ejemplo, el torno no permite confeccionar piezas que no sean hemisféricas y centra su producción hacia formas tipo maceta u olla. La torneta, aunque admite una mayor cantidad de técnicas de modelado, también condiciona una producción esencialmente utilitaria. En cambio, el modelado a mano, al ser mucho más libre, permite la confección de cualquier tipo de formas y tamaños, aunque en el centro de Chile se ha orientado hacia la fabricación de cerámica utilitario-ornamental, utilitaria tradicional y formas de pequeño tamaño (miniaturas).

De igual modo, el sistema de cocción puede determinar la forma de las vasijas. Por ejemplo, en Quinchamalí el sistema de cocción bajo techo y la cesta de secado no permiten confeccionar piezas de gran tamaño.

La pasta de la cerámica también condiciona el tipo a producir. El abandono de algunos materiales aditivos como la chamota, ha impedido en Pomaire, Pilén y Quinchamalí seguir confeccionando grandes tinajas.

Transformaciones ideológicas y culturales

La producción que hemos documentado a lo largo del tiempo, primero abastece la demanda campesina de objetos utilitarios y, progresivamente, se orienta a otra de objetos ornamentales, dirigidos al consumo urbano. Esto es debido a la adaptación de los productores a los nuevos valores sociales, que intentan cubrir los requerimientos de la demanda. Los intereses de los consumidores afectan a la función y forma de la cerámica. En la actualidad, el artesano rápidamente orienta su producción hacia una cerámica popular urbana y mercantilista, donde dominan las cerámicas con una función exclusivamente decorativa, pero también las relacionadas con el mantenimiento de las tradiciones alimenticias y las tradiciones culturales e ideologicas.

Se mantienen algunos tipos tradicionales, debido a la dificultad de cambiar los patrones alimenticios. La fabricación de algunas cerámicas utilitarias continúa realizándose, porque son necesarias para la cocción de algunos alimentos.

Se aprecian motivos figurativos de corte animalístico, sin que estas vasijas pierdan su función de contenedor cerámico, lo que se puede relacionar con el mantenimiento de algunas formas indígenas.

La cerámica no responde exclusivamente a condicionantes funcionales. Las formas

cerámicas muestran la ideología y las tradiciones culturales del grupo, pero también sus influencias. Nos referimos aquí a los productos cerámicos, fabricados por un grupo que ha imitado formas externas o ha reinterpretado las formas propias en base a la imposición de nuevas tradiciones culturales. Esto puede conllevar un proceso de innovación formal, o bien la copia de formas cerámicas foráneas. En Chile, observamos durante la conquista española un proceso de aculturación, por el cual los grupos de alfareras sustituyen las formas cerámicas propias por otras introducidas por los nuevos grupos que ejercen el poder (los españoles). Los grupos independientes y no aculturados pueden ser influenciados por los grupos vecinos, en este caso los españoles, condicionando la fabricación de formas cerámicas externas al grupo. Pero la aculturación puede no implicar la desaparición total de las tradiciones indígenas. Por ello, se pueden observar casos donde, aunque el grupo haya sido sometido política, social y económicamente, se conserven algunas formas cerámicas vinculadas con su tradición cultural. A la vez, este proceso puede acarrear la innovación de algunas formas a partir de la reinterpretación de las formas que les son propias.

Las formas que se fabrican en la actualidad también obedecen a cuestiones de tipo cultural. Las formas ornamentales se relacionan con el espacio rural y mestizo, y los maceteros y el menaje con contextos urbanos y europeos.

La pervivencia de formas utilitarias coloniales debe entenderse como el mantenimiento de algunas tradiciones culinarias. Así, pailas y callanas se siguen fabricando para cocinar algunos platos tradicionales, consecuencia del proceso de mestizaje entre población indígena y española. Del mismo modo, el abandono de la fabricación de algunas formas está vinculado, lógicamente, a la pérdida de la función para la que fueron hechas. Así, las grandes tinajas para almacenar cereales dejaron de ser útiles entorno a los años cincuenta, fruto de los cambios a los que se vio sometido el campo chileno.

El género de los alfareros y alfareras

La alfarería a mano es el dominio de trabajo de la mujer. Esto, permite una mayor libertad para innovar y ha generado la aparición de una cerámica figurativa y ornamental. Entre los centros alfareros estudiados se puede apreciar una vinculación entre mujer y formas ornamentales, y otra entre hombre y tipos utilitarios de grandes dimensiones. Pero estas apreciaciones deben ser matizadas ya que:

1) Algunos hombres han empezado a confeccionar formas figurativas en Quinchamalí.
2) La cerámica utilitaria la fabrican tanto hombres como mujeres. Algunas mujeres de Pomaire han adoptado la torneta para fabricar cerámicas utilitarias.
3) Sólo maceteros y ollas de grandes dimensiones son fabricados exclusivamente por el hombre.

Los intentos de alfareras y alfareros por diferenciarse

El intento de diferenciarse entre centros alfareros y unidades productivas conlleva la especialización en la fabricación de determinas formas, lo que conlleva, a la larga, la reducción del elenco tipológico.

La imitación formal y las influencias entre centros alfareros y producciones

El mantenimiento de unas formas y el abandono de otras está condicionado por la

demanda de los consumidores. Es por ello que las unidades productivas intentan imitar los aspectos decorativos y formales que tienen mayor aceptación, es decir, los que están más valorados socialmente. A la larga, la imitación de algunas formas tiende a homogeneizar la producción.

La valoración social de los productos se relaciona en la actualidad con el mantenimiento y recuperación de tipos cerámicos y sistemas de fabricación tradicionales. Esto ocurre con la cerámica utilitaria de Pomaire y la ornamental de Quinchamalí.

La valoración social del producto por parte del consumidor no está directamente relacionado con el valor estético, aunque puede coincidir. Por ejemplo, el valor de los productos fabricados en el taller dependiente de Pomaire, radica en la fabricación de tipos utilitarios (*pailas*) tradicionales y de buena calidad, por lo que no se trata de ninguna aplicación decorativa al ser cerámicas utilitarias.

Igualmente, el valor social de un producto no tiene por qué coincidir con el que tiene una mayor demanda por parte de los consumidores. De hecho, las cerámicas fabricadas a torno de Pomaire son las más solicitadas tanto por su cercanía a la capital, como por ser las más baratas respecto al resto de tipos, aunque no son las más valoradas.

III. La cadena operativa de fabricación

El estudio de la tecnología utilizando el concepto de cadena operativa tecnológica permite analizar la secuencia de fabricación de manera conjunta. Esto facilita la comparación de producciones tanto de forma sincrónica como diacrónica. Proponemos el análisis de las cadenas operativas a tres niveles:

1) Las cadenas operativas tendenciales que se observan en cada estrategia de producción.
2) Las cadenas operativas pormenorizadas.
3) Las tendencias productivas: la mapuche histórica y la mestiza.

A partir de los datos obtenidos proponemos algunas consideraciones sobre.

1) Las materias primas y la relación de los grupos alfareros con el entorno.
2) La relación que existe entre tecnología, tipología y funcionalidad.
3) La identificación de la tradición tecnológica.
4) El análisis de las variaciones en la producción.

III.1. Análisis comparativo

La cadena operativa tecnológica no es siempre la misma en cada estrategia productiva, ya que está condicionada por el tipo de producto cerámico que se vaya a fabricar, si bien, se pueden establecer situaciones técnicas pormenorizadas que caracterizan algunas estrategias productivas. Somos conscientes de que la cadena operativa tecnológica puede variar por diferentes motivos, relacionados con el contexto económico y social de los productores, aunque los comportamientos que más directamente afectan a la secuencia y sistema de fabricación son:

1) La forma de la cerámica.
2) La funcionalidad de la misma.
3) Las materias primas utilizadas.

Por este motivo estableceremos una serie de similitudes y variaciones generales en los sistemas de fabricación de las diferentes estrategias productivas, respecto a las cadenas

operativas «tendenciales», y luego realizaremos un estudio comparativo entre la cadena operativa tecnológica utilizada en cada estrategia productiva para fabricar el mismo tipo cerámico: «*la paila*».

Presentamos la cadena operativa dividida en:

— Secuencia de fabricación de obtención y preparación de la arcilla (Fases I y II).

— Secuencia de fabricación de obtención y preparación de engobes (Fases I y II).

— Secuencia de fabricación de obtención y preparación del combustible (Fases I y II).

— Secuencia de fabricación de modelado cuando la arcilla está entre estado plástico y seco (Fases III a VII).

— Secuencia de fabricación de la cocción cuando la arcilla está entre estado seco y cocido (Fases VII a IX).

III.1.1. Cadenas operativas tendenciales

La comparación de las cadenas operativas de fabricación de las cuatro unidades productivas sobre las que hemos trabajado (fig. 35:40), permite establecer dos tendencias: a mano y a torno. Sin embargo, las producciones han adoptado estrategias diferentes en cuanto a materias primas y cocción de las vasijas.

La secuencia de fabricación cerámica adoptada en las unidades productivas de Pilén y Quinchamalí puede considerarse la misma tradición tecnológica, ya que no existen diferencias estructurales entre las cadenas operativas.

En los talleres dependientes de Pomaire se aprecian similitudes tecnológicas, pero también variaciones profundas respecto a las unidades domésticas de producción. Las variaciones sustanciales están vinculadas con el uso de torneta, la compra de materias primas preparadas o la cocción en horno, aunque el resto de secuencias de fabricación son muy similares a las demás estrategias productivas.

Las características técnicas de los talleres domésticos con orientación industrial, al adoptar el uso del torno, varían considerablemente respecto al resto de estrategias productivas.

1) Respecto a la obtención y preparación de materias primas (Fases I y II):

Las arcillas son tratadas en Pomaire con máquina de moler y piscina de decantación, y en Pilén y Quinchamalí por secado y cribado y en ningún caso se añaden inclusiones.

La arcilla se obtiene en los cerros cercanos a las poblaciones. En Pilén y Quinchamalí se siguen utilizando minas de *greda* que son acondicionadas continuamente y se extrae arcilla una o dos veces al año. Tan sólo en Quinchamalí se mezclan diferentes tipos de arcilla para confeccionar la pasta cerámica.

El engobe se localiza siempre en una misma zona geográfica, pero la extracción se realiza en diferentes puntos de la superficie del cerro. Generalmente, el lugar de obtención de los engobes está más alejado que el punto de obtención de arcilla. En Pomaire el lugar de obtención del engobe está aún más alejado.

2) Procesos de modelado y obtención de la forma básica (Fases III- VII):

Se realizan dos tipos de modelado primario: a mano y a torno. En el primer caso, se observan diferentes sistemas:

1) Arrastrado con torneta en el taller dependiente de Pomaire

2) Golpeado y estirado o urdido, según el tamaño de las piezas en Pilén y Quinchamalí. En algunos casos, combinan el arrastrado o golpeado para la confec-

	Pomaire		Pilén	Quinchamalí
	Taller doméstico dependiente	Taller doméstico orientación industrial	Unidad doméstica baja orientación comercial	Unidad doméstica alta orientación comercial
Tipo de mezcla de las arcillas	Una arcilla sin mezclar	Una arcilla sin mezclar	Una arcilla sin mezclar	Mezcla de tres arcillas
Sistema de preparación de la arcilla	Maquina de moler y piscina de decantación	Maquina de moler y piscina de decantación	Secado, machacado, molido y cribado	Secado y cribado.
Sistema de mezcla y amasado de la arcilla	Amasado manual. Extracción materia orgánica	Compra. Amasado manual	Amasado manual a modo del pan	Pisado
Utilización de inclusiones	No	No	No	No
Distancia obtención arcilla	500-1000 metros	500-1000 metros	500-1000 metros	500-1000 metros *greda* y arena amarilla. 10 kilómetros arena negra
Sistema obtención arcilla	Compra	Compra	Extracción gratuita	Extracción por intercambio
Lugar de obtención de la arcilla	Diferentes puntos del cerro. Extracción industrial	Diferentes puntos del cerro. Extracción industrial	Diferentes puntos del cerro. Preparación de las minas	Diferentes puntos del llano cercano. Preparación de las minas
Preparación engobes	Se disuelve en agua y se muele	Se mezcla con la arcilla y se disuelve en agua	Se disuelve en agua	Se disuelve en agua
Distancia obtención de engobes	70 kilómetros	0 Km	10 km	10-15 km rojo 3 km blanco
Número de veces de recogida	Una o dos a la semana	De forma continuada	Una o dos veces al año	Una o dos veces al año
Sistema de trasporte de las materias primas	Camión y carretilla	Camión y carretilla	A pie y carreta	A pie y carreta
Lugar de obtención del engobe	Misma zona geográfica pero puntos de extracción diferentes		Misma zona geográfica pero puntos de extracción diferentes	Misma zona geográfica pero puntos de extracción diferentes

ción de la base con el urdido para el cuerpo.

Por lo que respecta a los tratamientos de superficie primarios, se observan diferencias entre el modelado a torno de Pomaire y a mano del resto. En el modelado a torno la homogeneización de la superficie se realiza al mismo tiempo. En cambio, en el modelado a mano, después de levantar la pieza se ejecuta una homogeneización de la superficie, que puede ser mediante raspado y compactado (Quinchamalí), una simple homogeneización con los dedos (taller dependiente de Pomaire) o bien raspado y ahuecado junto con homogeneización (Pilén). En todos los casos se realiza un primer pulido de la pieza.

En el modelado secundario se adhieren las asas de cinta cuando la arcilla está en textura de cuero (Pilén), o en estado fresco en el resto.

Por lo que respecta al tratamiento de superficie secundario se aplica, en todos los casos, un engobe y después un bruñido. Es diferente el caso de las unidades productivas de Quinchamalí, que aplican además una capa de grasa y un nuevo bruñido.

En Quinchamalí se realizan incisiones decorativas cuando la arcilla está en estado seco. Todas las Estrategias porductivas aplican tratamientos decorativos, que consisten en el añadido de elementos plásticos decorativos, en mayor o menor intensidad, destacando principalmente Quinchamalí.

Es destacable la aplicación de dos alisamientos de superficie, así como la utilización de engobes en todas las estrategias productivas. En relación al proceso de secado las unidades productivas que modelan las piezas a mano realizan cuatro secados (dos cortos y dos

largos) en cambio las que modelan a torno realizan tres (uno corto y dos largos).

Se pueden diferenciar dos secuencias de fabricación de las acciones principales:

1) Una está representada por las alfareras que modelan a mano: modelado- secado- bruñido/ pulido- secado- engobe- secado- bruñido- secado.

2) La otra esta definida por el modelado a torno: modelado- bruñido/ pulido- secado- engobe- bruñido- secado.

Las herramientas utilizadas están condicionadas por el tipo de modelado, esto es, uso de torneta, torno a pedal o una simple tabla colocada sobre las rodillas. Pero para el resto de acciones (tratamientos de superficie primarios y secundarios y modelado secundario), al no cambiar esencialmente las tradiciones tecnológicas, las herramientas utilizadas tampoco han cambiado, a excepción del pintor o *raneador* utilizado para realizar incisiones en Quinchamalí. El resto de herramientas está compuesto por el mate y cordobán para homogeneizar la superficie, piedras de río o palos pulidos para pulir y bruñir y trapo o pincel para engobar.

3) Respecto a la cocción y tratamientos posteriores (Fases VIII- IX):

Las diferencias principales se observan, sobre todo, en el sistema de cocción y la estructura de combustión utilizada. En Pomaire la cocción de las piezas se realiza dentro de una estructura de horno en una sola cámara, en cambio, las unidades productivas de Pilén y Quinchamalí no utilizan ningún tipo de estructura, al realizar la cocción en pila de superficie. Entre las unidades productivas de Pomaire no se observa ninguna diferencia al utilizar una parte de la estructura productiva de la otra. Las producciones de Pilén y Quinchamalí se diferencian en el tipo de estructura de cocción y el combustible utilizado. En el primer caso, se trata de una gran pila de leña mezclada con bostas de animal desmenuzadas y, en el segundo, de una pequeña pila cubierta con bostas de animal a modo de pan que cubren la estructura, conservando mucho más el calor al evitar parcialmente la salida de aire.

Por lo que se refiere al calentamiento progresivo de las cerámicas, se distinguen tres sistemas diferentes. En Pomaire, el proceso consiste en un calentado progresivo de las cerámicas dentro de la cámara. En Pilén, se calientan alrededor del fuego primero y luego se colocan las vasijas encima de las brasas. Finalmente, en Quinchamalí, las cerámicas se calientan colgadas en una cesta de alambre sobre una pequeña fogata de leña.

Por lo que se refiere a los sistemas post-cocción en caliente, sólo se realizan de forma continuada y sobre la mayoría de las cerámicas, en Quinchamalí donde se aplica un *ahumado* o *negreado*, es decir, una cocción reductora final.

Respecto a los tratamientos posteriores a la cocción en frío destaca nuevamente, de forma exclusiva, Quinchamalí, que aplica un engobe en frío para poder mantener su color blanco original, ya que si se sometiera este engobe al fuego se trasformaría el color en negro (por el negreado).

Finalmente, podemos distinguir el combustible utilizado durante la cocción. En Pomaire, utilizan madera de eucaliptos y desperdicios variados para la pre y post cocción. En Pilén se emplea leña y bostas de animal de procedencia variada. Y Quinchamalí se distingue por el uso de leña de pino para la pre-cocción, bostas de vacuno para la cocción y bostas de caballo desmenuzadas junto con paja para la post-cocción.

La obtención de combustible también es diferente. En Pomaire se obtiene por com-

	Pomaire		Pilén	Quinchamalí
	Taller doméstico dependiente	Taller doméstico orientación industrial	Unidad doméstica baja orientación comercial	Unidad doméstica alta orientación comercial
Técnica de modelado básica	A mano	A torno de pedal	A mano	A mano
Modelado primario (FIII)	Arrastrado con torneta (cono de arcilla)	Torno de la forma básica A mano EP y EPD	Golpeado para piezas pequeñas abiertas Técnica de rulos para piezas más grandes	Arrastrado (disco arcilla) para piezas pequeñas y abiertas Rulos para piezas grandes
Herramientas	Torneta Tabla Paleta Palos cortadores	Torno a pedal Mesa	Tabla Palos cortadores	Tabla Palos cortadores
Tratamiento de superficie primario (FIII)	Homogeneización interior con calabaza Homogeneización exterior dedos Homogeneización labio con cuero humedecido	Homogeneización al mismo tiempo que se levanta la pieza con un trozo de plástico	Raspado y ahuecado interior con una cuchara Homogeneización exterior dedos Homogeneización labio con cuero humedecido	Raspado interior y exterior con cuchara palo húmedo liso y plano Compactado interior y exterior con calabaza o palo húmedo liso y plano Homogeneización labio con cuero humedecido
Herramientas	Mate Cordobán	Trozo duro de plástico Piedra de río	Cuchara Cordobán	Mate, Cuchara o Palo plano Cordobán
Modelado secundario	Pegado de asas de cinta barbotina (FV)	Pegado de asas de cinta barbotina (FV)	Pegado asas de cinta barbotina (FV)	Pegado asas de cinta por presionado (FIII)
Herramientas	Pasta de barbotina	Pasta de barbotina	Pasta de barbotina	
Tratamiento de superficie secundario	Bruñido/ pulido con agua (FIII) Bruñido en seco (FV) Engobe	Bruñido/ pulido con agua (FIII) Bruñido en seco (FV) Engobe	Bruñido/ pulido (FIII) Bruñido en seco (FV) Engobe	Bruñido/ pulido con agua (FIII) Bruñido con agua (FV) Engobe Capa de grasa
Herramientas	Piedra de río para agua Piedra de río para seco	Piedra de río	Piedra de río de color blanco Se pueden utilizar palos pulidos	Piedras de río Palito pulido para piezas pequeñas
Tratamientos decorativos	Incisiones decorativas con la uña (FV) Añadido elementos plásticos decorativos (FIII-V)	Añadido elementos plásticos decorativos (FIII-V)	Añadido marginal de elementos plásticos decorativos (FIII)	Incisiones decorativas con punta de vitrola (FVII) Añadido elementos plásticos decorativos (FIII)
Herramientas	Palos de diferentes tamaños Palos cortadores	Palos de diferentes tamaños Palos cortadores	Palos de diferentes tamaños Palos cortadores	Palos de diferentes tamaños Pintor o reneador
Número de bruñidos	2	2	2	2
Aplicación de engobe	En toda la pieza con pincel	En toda la pieza con pincel o trapo	En toda la pieza con trapo atado a un palo	En toda la pieza con trapo Con los dedos para el segundo engobe
Utilización de engobes	Sí (uno rojo)	No (pigmentos industriales)	Sí (uno rojo)	Sí (dos: rojo y blanco)
Número de secados	4 (dos cortos y dos largos)	3 (1 corto y 2 largos)	4 (dos cortos y dos largos)	4 (dos cortos y dos largos)
Primer secado	Secado junto al lugar de trabajo	Secado junto a la mesa de trabajo	Secado junto al lugar de trabajo	Secado en la cocina que es el lugar de trabajo
Segundo secado (Primer secado largo)	Secado en una habitación específica	Secado en una habitación específica	Secado junto al lugar de trabajo	Tapado con plásticos en la cocina según las condiciones climáticas
Tercer secado	Secado junto al lugar de trabajo		Normalmente es al sol	Secado en la cocina
Cuarto secado (Segundo secado largo)	Secado en una habitación específica	Secado en una habitación específica	Puede ser al sol o cerca del fogón según las condiciones climáticas	Puede ser el sol o cerca del fogón según las condiciones climáticas Reducción del tiempo

pra, en Pilén de forma gratuita en los *fundos* vecinos y en Quinchamalí, por intercambio.

III.1.2. Cadenas operativas pormenorizadas

Analizamos a continuación la cadena operativa tecnológica basándonos en un mismo tipo cerámico: la fabricación de cerámica utilitaria tipo *paila*. A partir de los diferentes organigramas (fig. 35-39), se observan cadenas operativas técnicas con variaciones sustanciales y una homogeneización en determinados aspectos.

Veremos cómo las mayores variaciones respecto a la cadena operativa tendencial se pueden identificar en los procesos de modelado.

Cadena operativa de obtención y preparación de la arcilla (Fases I y II)

En el organigrama que presentamos en la figura 35 observamos una estrategia común en el número de arcillas utilizadas, la no utilización de inclusiones y la cercanía de las vetas de arcilla. En cambio, se documentan dos estrategias diferentes en las acciones posteriores: una responde a los talleres domésticos de Pomaire y otra a las unidades domésticas de Pilén y Quinchamalí, aunque entre estas últimas hay algunas pequeñas variaciones.

En Pomaire, las inclusiones se obtienen por compra y de forma continuada durante todo el año. Respecto a la fase II, no se mezcla la arcilla con otras gravas o arcillas y se prepara con máquina de moler y piscina de decantación; el amasado es manual sobre tabla. La homogeneización en esta fase, entre una producción a torno y a mano, se debe a que la fuente de obtención de materias primas es la misma en toda la aldea, por lo que la única diferencia está en la extracción de las impurezas para realizar un mejor modelado a mano.

En Pilén y Quinchamalí primero se secan las arcillas y después se criban, en la fase final se extrae la materia orgánica. En este caso, la extracción de materia orgánica no tiene sólo como objetivo un mejor modelado, sino también evitar su fractura durante la cocción. En Quinchamalí, las variaciones radican en la mezcla de arcillas y gravas, un amasado por pisado y el tipo de intercambio utilizado para la obtención de las materias primas. En Pilén las variaciones se concentran en la obtención de forma gratuita de las arcillas, la inexistencia de adición de otros materiales, el molido a mano después del secado y un amasado manual circular (aunque también se realiza por pisado).

Cadena operativa de obtención y preparación del engobe (Fases I y II)

En este caso observamos dos tendencias (fig. 36), determinadas por la utilización de una arcilla base mezclada con pigmentos en los talleres domésticos con orientación industrial de Pomaire y otra sin mezclar en el resto de unidades productivas estudiadas. La preparación de la arcilla para engobe mediante disolución en agua es la misma en todos los procesos.

Las estrategias comunes a todas las producciones las encontramos en la distancia de obtención de la arcilla respecto a la aldea, la localización en la superficie sin necesidad de preparación de minas y la obtención una o dos veces al año.

La variabilidad, en cambio, la determinan la mezcla de arcillas y la localización a grandes distancias.

Cadena operativa de obtención y preparación del combustible (Fases I y II)

Las estrategias productivas que utilizan horno emplean como combustible eucalipto

y neumáticos, ambos obtenidos por compra de forma continuada. En cambio, las estrategias productivas que realizan una cocción en superficie toman como combustible leña y bostas de animal, obtenidas en los *fundos* de los alrededores, una o dos veces al año, como era el caso de Pomaire en los años cincuenta. Las diferencias entre la producción de Pilén y Quinchamalí se da en la obtención del combustible de forma gratuita en el primer caso y por intercambio en el segundo (fig. 37).

Cadena operativa de modelado cuando la arcilla está entre estado plástico y seco (Fases III a VII)

En este caso (fig. 38), no se observa una tendencia clara entre las diferentes estrategias productivas, aunque hay una diferenciación respecto al uso del torno y el modelado a mano. El modelado primario se realiza mediante torno, y arrastrado con torneta en el taller dependiente de Pomaire y golpeado y arrastrado en Pilén y Quinchamalí.

Como secuencias tecnológicas comunes a las cuatro producciones, destacamos los tratamientos primarios de superficie de homogeneización del labio y pulido y los tratamientos de superficie secundarios de aplicación de engobe y bruñido. Por lo demás, se observan estrategias comunes entre Pomaire y Pilén en la aplicación de las asas de cinta con barbotina, cuando la arcilla está en textura de cuero.

En las similitudes técnicas entre las estrategias productivas a mano destacan los tratamientos de superficie primarios de raspado de la superficie, compactado y los cortos secados entre fases.

Las diferencias más relevantes se dan en Quinchamalí, en el pegado de las asas de cinta por presionado cuando la arcilla está en estado plástico, el engrasado final de las piezas y las incisiones decorativas con punta de vitrola.

El taller dependiente de Pomaire realiza un golpeado para dar la forma final a la pieza con torneta y paleta y algunas incisiones con la uña.

Cadena operativa de cocción cuando la arcilla está entre estado seco y cocido (Fases III a VII)

De nuevo, aparecen dos grupos de tendencias (fig. 39), una localizada en Pomaire que presenta una cocción en horno de una sola cámara y otra localizada en Pilen y Quinchamalí que se basa en una cocción en pila de superficie.

En este último caso, pese a realizarse una cocción similar, las diferencias son considerables.

En lo que se refiere a la fase en la que la arcilla está en estado seco, observamos tres sistemas diferentes respecto al calentamiento de las cerámicas:

1) En Pomaire se calientan las cerámicas dentro de la cámara de cocción, con atmósfera oxidante y sin contacto con el fuego.

2) En Pilén se calientan las cerámicas, primero alrededor de la hoguera y luego sobre las brasas, empleando leñas variadas. Aunque se da una atmósfera oxidante, sí existe contacto con el fuego.

3) En Quinchamalí se utiliza para calentar las piezas el siguiente sistema: Se colocan las cerámicas dentro de una cesta sobre la hoguera, por lo que la hoguera es oxidante y no hay contacto con el fuego. En este caso el combustible es la leña de pino.

Respecto a la cocción propiamente dicha:

1) En Pomaire se utiliza una estructura de cocción de una sola cámara, con atmósfera

oxidante y contacto parcial con el fuego. Como combustible se emplea el eucalipto.

2) En cambio, en Pilén y Quinchamalí la cocción se realiza en una pila en superficie, en una atmósfera mixta (oxidante-reductora), en contacto directo con el fuego. Las variaciones se centran en la utilización del combustible. En el primer caso, es leña y bostas de animal mezcladas con la cerámica y en el segundo son bostas de vacuno, que funcionan como una precaria cámara de cocción, manteniendo así mucho mejor el poder calorífico de la hoguera.

Los tratamientos en caliente posteriores a la cocción sólo se realizan en Quinchamalí, aunque tanto en Pomaire como en Pilén se pueden realizar de forma esporádica, debido a la gran aceptación que han tenido por parte de los consumidores.

Finalmente, en Pomaire y Pilén el enfriamiento se da dentro de la estructura de combustión y no se aplican tratamientos en frío. En cambio, en la Quinchamalí, el enfriamiento se realiza fuera de la estructura de combustión, una vez que las cerámicas están frías se aplica un engobe en algunas partes de la superficie.

III.1.3. Produccción mapuche y producción mestiza

A continuación, proponemos analizar las cadenas operativas de fabricación realizadas entre grupos mapuches y poblaciones mestizas (fig. 40). Se trata de cadenas operativas tendenciales simplificadas. Para ello, hemos reconstruido la cadena operativa de fabricación mapuche utilizando los documentos históricos existentes. A su vez, hemos agrupado las cadenas operativas tecnológicas de las poblaciones especializadas en la fabricación cerámica. Con ello pretendemos comparar dos grupos culturales diferentes, con la intención de apreciar semejanzas y diferencias en la secuencia de fabricación.

Como hemos visto, se puede establecer una secuencia de fabricación similar en Pilén y Quinchamalí. Las fuentes utilizadas, ofrecen una información, que permite pensar que hasta los años cincuenta del siglo XX la cadena operativa tecnológica desarrollada en Pomaire no era diferente a la documentada en Pilén y Quinchamalí en la actualidad.

De la comparación de estas dos cadenas operativas tendenciales de fabricación, se pueden extraer las siguientes consideraciones:

A. Las coincidencias y similitudes en la producción cerámica se refieren a:

1. Las arcillas se recogen en remansos y esteros. Una vez recogidas se dejan secar.

2. La confección de las piezas se lleva a cabo mediante la técnica de urdido y la base se confecciona, en ocasiones, utilizando un disco de arcilla.

3. Se somete a las piezas a un raspado interior, utilizando una herramienta hemisférica. Esta herramienta es una valva de molusco, entre grupos mapuches y media calabaza, entre los grupos mestizos.

4. Las asas de cinta se pueden añadir tanto cuando la arcilla está en estado fresco, como en textura de cuero.

5. Las piezas se someten a tratamientos de superficie consistentes en la aplicación de engobe y bruñido con canto rodado. Los cantos rodados utilizados por las mujeres mapuches se obtenían en los ríos y arroyos cercanos. En la actualidad, las alfareras de Quinchamalí y Pilén obtienen los bruñidores de ríos del Sur del país (en territorio mapuche) y por ello son muy valorados. Cabe destacar, que mientras el engobe crudo mapuche era negro, el engobe utilizado en los centros alfareros es rojizo. Esto puede estar determinado por condicionantes del entorno y no tienen consecuencia alguna sobre el acabado final de las piezas, pues el color final depende, en gran parte, de la atmosfera de cocción.

6. Se aplica a las vasijas una capa de grasa. Esto ocurre entre los grupos mapuches y

entre las alfareras de Quinchamalí. En el primer caso, se aplica agua de *mote* hirviendo en el interior de las piezas. En el segundo, se da una capa de grasa de patata o gallina a la superficie interior y exterior de las cerámicas (sean utilitarias u ornamentales).

7. La cocción mapuche se podía realizar en hoyo o en superficie, en ocasiones en el interior de la *ruka*. Cocciones de superficie han sido identificadas en Pilén, Pomaire antes de 1950 y Quinchamalí donde también se raliza bajo techo.

B. Las variaciones técnicas y tecnológicas observadas son:

1. Las materias primas utilizadas por las mujeres mapuches eran trituradas, cribadas y mezcladas con laja molida o arena. En las producciones de tipo mestizo, no se añaden a la pasta inclusiones minerales. Sin embargo, algunas unidades productivas pueden machacar la arcilla (Pilén), otras la criban y la mezclan con otras arcillas, gravas y arenas (Quinchamalí).

2. En las poblaciones mestizas la secuencia de tratamientos de superficie primarios es algo más compleja: Se aplica un pulido o compactado con canto rodado y una homogeneización del labio, mediante el arrastrado de un trozo de cuero por la superficie.

3. La aplicación de una capa de grasa a las piezas no se realiza en Pilén ni antiguamente en Pomaire.

4. La cocción en hoyo es un sistema que no ha sido adoptado por las poblaciones mestizas estudiadas. Sin embargo, diferentes fuentes han documentado su uso en la población mestiza de Vichuquén.

5. La tradición de negreado o ahumado es originaria tan sólo de Quinchamalí.

III.2. Consideraciones en torno a la cadena operativa

Algunos estudios que investigan los sistemas de fabricación cerámica tienden a realizar un análisis de tipo tendencial y globalizado. Es decir, analizan la fabricación cerámica de un conjunto de alfareros como una tradición homogénea, común a todo el grupo, independientemente de la función y forma de la vasija, el tipo de pasta utilizada o las diferentes actitudes y estrategias de cada alfarero y alfarera.

Nuestro trabajo realizado en el centro de Chile posibilitó confirmar que, si bien la cadena operativa tecnológica permite documentar y clasificar de forma general las tradiciones de fabricación de un grupo, se deben tener en cuenta algunas variables que determinan las cadenas operativas del modelado.

Al comparar cadenas operativas tendenciales y pormenorizadas hemos constatado cómo las mayores variaciones están relacionadas con la secuencia de modelado de la vasija. Pero también pueden existir variaciones que afecten a las materias primas.

Respecto a la tipología de la vasija, los alfareros utilizan determinadas características formales, dependiendo del uso para el que ha sido fabricada. Esto, que en cierta manera parece una obviedad, no siempre se valora en los análisis arqueológicos. Al mismo tiempo, constatamos cómo un mismo tipo (*la paila*) destinado a una función concreta (cocinado de *pastel de choclo*) presentaba variaciones formales entre los alfareros de diferentes comunidades, e incluso pequeñas variaciones entre las diferentes unidades productivas que formaban parte de una comunidad especializada.

Al mismo tiempo, según la forma y función de la vasija, el modelado de las piezas podía ser diferente y cambiar, por tanto, el tipo de cadena operativa tecnológica utilizada. Por ejemplo, en Quinchamalí y Pilén se utilizan dos técnicas para desarrollar la forma básica: la de arrastrado-golpeado y la de urdido. La de arrastrado se utiliza para las vasijas

hemisféricas y en general para piezas abiertas de poca altura. En cambio, la técnica de rulos se utiliza para vasijas globulares grandes y variantes, como las jarras y las piezas ornamentales.

Al analizar la cadena operativa tecnológica, debemos ser conscientes que materias primas, forma, función, técnica y secuencia de fabricación están interconectadas y que las modificaciones en una de las partes afectan al conjunto. Es por ello que el estudio de las formas cerámicas de manera aislada no tiene sentido. Los arqueólogos, al enfrentarse al estudio de las transformaciones de las formas cerámicas, deben tener presente que sus conclusiones, relacionadas con la estructura social y económica, carecerán de sentido si no se complementan con los aspectos tecnológicos de fabricación.

Relaciones con el entorno: obtención, extracción y preparación de las materias primas

La obtención de las materias primas básicas necesarias para la fabricación cerámica se lleva a cabo en el territorio más próximo al poblado (fig. 10-12). Hemos podido observar que las estrategias adoptadas en la obtención y preparación de las materias primas están estrechamente relacionadas con el grado de especialización del grupo productor.

El área de captación de recursos estará determinada por la disposición de vehículo. La situación de las vías de comunicación, las posibilidades de trasporte de los diferentes materiales, el conocimiento del entorno y la distribución de la red de intercambios. En relación con esto, parece que el área de captación de recursos, sólo excepcionalmente, tendrá una distancia superior a los puntos de comercialización de la cerámica. Por otro lado, únicamente los materiales que puedan trasportarse fácilmente podrán ser obtenidos a grandes distancias, esto es, por ejemplo, la arcilla para engobes o las piedras de río para bruñir. Algunas herramientas que utilizan ciertas alfareras de Quinchamalí (piedras de río o puntas de vitrola) se obtienen en puntos muy alejados, gracias a la red de intercambios mediante regalos con otras alfareras.

En el territorio que hemos estudiado se puede apreciar que, cuanta más distancia existe entre el lugar de producción y el lugar de obtención de las diferentes arcillas, el grupo alfarero tendrá un mayor grado de especialización. En cambio, cuando la distancia entre el lugar de producción y el lugar de obtención de las diferentes arcillas es muy reducida, las unidades productivas estarán poco especializadas. Este fenómeno podría darse exclusivamente en Chile, por lo que se requiere de nuevos trabajos y un análisis exhaustivo de la bibliografía para poder entenderlo como un comportamiento generalizado, al margen de un contexto cultural determinado. Por ejemplo, en Pilén, donde muchas de las vasijas que se producen se destinan al autoconsumo y no pasan a formar parte de ningún circuito comercial, las arcillas utilizadas no se encuentran a más de dos kilómetros. En Quinchamalí, donde la producción es doméstica pero con una alta orientación comercial, la distancia de obtención de las arcillas menos utilizadas alcanza los 10 kilómetros. En Pomaire, cuya producción está caracterizada por la fabricación en talleres con una orientación comercial, la distancia al lugar de obtención de los engobes llega a los 70 kilómetros.

De igual modo, las vetas de las arcillas utilizadas en una proporción mayor en la pasta no se encuentran a más de un kilómetro de la población. Hecho que, junto con el análisis de la evolución de la producción en al menos dos de estas poblaciones (García Roselló, 2006b), hace suponer que el proceso de especialización en la alfarería puede relacionarse con la existencia de vetas de arcilla cercanas y de buena calidad.

El tipo de arcillas que se encuentran en puntos más lejanos son las utilizadas para el

engobe. Y en el caso de Quinchamalí, también unas de las arcillas utilizadas en una proporción muy baja en la pasta. Es lógico pensar, por tanto, que la recogida de arcillas a gran distancia sólo se lleva a cabo, cuando la materia prima necesaria para trabajar es muy poca. Es decir, el aumento de la distancia de obtención de las arcillas se puede relacionar con la ocasionalidad de la recogida. Los arcillas utilizadas para fabricar engobes requieren una cantidad de material muy reducida y se suelen ir a recoger únicamente una o dos veces al año. Por tanto, las arcillas que más se utilizan están cerca y las que menos están más lejos. Así, las inclusiones y engobes se encuentran más lejos que la arcilla base, es decir, la utilizada como matriz.

Distancia de situación de los depósitos de arcilla respecto al poblado:

	Pilén	Quinchamalí	Pomaire (hasta los años 70)
Arcilla base	0/ 1 Km	0.6 Km	0/ 0.9 Km
Arcilla con gravas	2 Km. Aprox.	1.5 Km.	
Arcilla con arenas		10 Km. Aprox.	
Engobe principal	2 Km. Aprox.	10 Km. Aprox.	70 Km. Aprox.
Engobe secundario		2 Km.	60 Km. aprox

El análisis de la preparación y mezcla de la materia arcillosa parece indicar dos tendencias: una, destinada al aumento de la calidad y otra, destinada al aumento del número de productos fabricados. En Quinchamalí, se ha optado por aumentar la calidad de los productos. Para ello, se llegan a mezclar hasta tres clases de arcillas, con el fin de confeccionar algunas piezas. En cambio, en Pomaire, se ha optado por aumentar el número de productos fabricados y así poder vender más. Por ello, se ha reducido el número de arcillas utilizadas a una, llegando a desechar la utilización de arcillas difíciles de recoger y disminuyendo la calidad del producto. Es evidente que estas dos estrategias deben relacionarse de igual modo con un aumento del tiempo de trabajo en el primer caso, y una clara reducción del mismo en el segundo.

El estudio de las distancias de obtención de las arcillas, puede ayudar a plantear hipótesis sobre cual fue el área de captación de recursos de un grupo en la Prehisoria. Arnold (1985) ha planteado, analizando un gran número de trabajos etnográficos, las distancias que generalmente utilizan diferentes pueblos ceramistas del mundo. Una de las conclusiones que se pueden extraer, es que la mayoría de poblaciones alfareras obtienen las arcillas a una distancia inferior a dos kilómetros y sólo excepcionalmente superan los diez. Algunos trabajos han demostrado que diferentes grupos indígenas de la selva amazónica pueden recorrer una distancia de dos horas en canoa para recoger la arcilla (Lathrap, 1973: 171; Litto 1979:210). Si reflexionamos sobre ello, el tiempo gastado en estos recorridos no es tan diferente al tiempo que se tardaría en recorrer una distancia a pie de diez kilómetros.

La utilización de diferentes tipos de arcilla en la mezcla, con el objetivo de conseguir los mismos efectos que el añadido de desgrasantes o temperantes, ha sido identificada en algunos otros lugares. Los Shipibo-Conibo del Alto Amazonas (DeBoer y Lathrap, 1979:112-114) emplean tres tipos de arcilla en la mezcla. Al menos, una de las tres que recogen está a una distancia inferior a diez kilómetros. Probablemente se trata de la arcilla base (la matriz) como la utilizada en Quinchamalí o Pilén.

La identificación de inclusiones y su potencial inferencial han sido tratados con relativa profundidad por la etnoarqueología (Buxeda et al., 2003; Arnold, 1975; Mercader, 2000; Stark et al. 2000; Picon, 1995). En cambio, no pasa lo mismo con los trabajos que

tratan sobre pastas a las que no han sido añadidas otras inclusiones o han sido mezcladas con diferentes arcillas. Por ello, este tipo de estrategias podrían tener una representación en el registro, al menos etnográfico, mucho más elevada de lo que se considera normalmente. El análisis de este tipo de pastas cerámicas puede resultar también de sumo interés para la arqueometría. Hemos de pensar que muchas arcillas presentan una buena plasticidad y resistencia térmica, debido a la presencia natural en la veta de inclusiones minerales. Gracias a ello, no es necesario añadir más inclusiones para poder fabricar una vasija. El problema radica en que estas inclusiones pueden identificarse como añadidas, en ocasiones, tanto por el porcentaje identificado, como por las propiedades físicas que presentan (plasticidad, refractariedad.....). En principio, siempre queda el análisis del índice de rodamiento de las inclusiones, pero incluso ésto puede conducirnos a error.

Pensemos en el caso de Quinchamalí: en este centro alfarero se mezclan tres arcillas. Pero realmente pasta cerámica sólo hay una, la que se encuentra más cercana a la población. Las otras dos pastas son en realidad las inclusiones que añaden las alfareras a la pasta base. Son tierras con una gran concentración de gravas y arenas, que sin añadirse a otra arcilla carecen de propiedades plásticas y no pueden ser modeladas. De hecho, las alfareras no son conscientes de la adición de inclusiones minerales: piensan que mezclan arcillas para conseguir una mejor calidad. Cuando pedimos a las artesanas por el añadido de inclusiones, nos dijeron que no añadían ninguna. Al analizar esta pasta en el microscopio no podríamos distinguir las diferentes arcillas. Pero además, a las inclusiones las consideraríamos de origen natural, al tener un índice de redondeamiento muy alto, porque proceden de depósitos sedimentarios de las cuencas de arroyos y ríos. Parece necesario pues, continuar con trabajos de corte etnográfico, complementados con análisis arqueométricos para mejorar el proceso de inferencia y la metodología utilizada en el análisis de las pastas cerámicas.

Por lo que respecta al combustible, se recoge en las tierras cercanas. En el caso de Quinchamalí, el combustible se encuentra en la misma zona donde se extraen las arcillas. En Pilén, puede trasportarse a pie desde las haciendas y *fundos* cercanos; para evitar este gran esfuerzo se utiliza cualquier tipo de leña que se encuentre a disposición de la alfarera. En cambio, en Pomaire se utilizan incluso diferentes desperdicios, con el fin de evitar gastar parte de los ingresos en la compra de combustible.

El tipo de combustible empleado es muy variado entre los alfareros y alfareras de diferentes partes del mundo. Generalmente, se tiende a utilizar gran cantidad de desperdicios en la cocción, con la intención de ahorrar en gasto de combustible. En la zona de estudio parece que se tiende a la utilización de un sólo tipo de combustible, distinguiendo dos tendencias que se pueden relacionar con los comportamientos observados en el tratamiento de la arcilla:

1) Se aumenta el tiempo de trabajo. Se produce una uniformización del tipo de combustible, utilizando casi exclusivamente bostas de animal. Esto permite una reducción del combustible empleado. Sería el caso de la estrategia adoptada en Quinchamalí.

2) Se reduce el tiempo de trabajo. Se produce una diversificación en los tipos de combustible usados, lo que provoca la necesidad de gastar más leña en la combustión, pero a su vez, invertir menos tiempo en su recolección.

En la aldea de Pilén, se combina el uso de bostas trituradas con leña de diferente procedencia. En este caso, podríamos hablar de una situación intermedia entre las dos mencionadas, motivada probablemente por la existencia de cocciones de unas dimensiones más

grandes que las anteriores y una baja especialización.

El progresivo aumento de la utilización de bostas de animal en Pilén y Quinchamalí puede ser debido a: las facilidades de trasporte que conlleva; la relativa poca cantidad necesaria para la cocción en relación con la leña; y la posibilidad de obtenerse de forma gratuita ya que es un material poco deseado.

La cocción con combustible animal permite un incremento de la temperatura más uniforme que la leña, mantiene un poder calorífico estable durante más tiempo, se consume más lentamente reduciendo la cantidad de combustible necesaria, consigue una temperatura más elevada y evita que el calor se pierda rápidamente.

El combustible animal permite reducir las manchas en las vasijas, que se producen durante la combustión y las deformaciones provocadas por la resina que contiene la leña.

Uno de los motivos que pueden explicar la combinación de bostas con leña en Pilén, además del tamaño, puede ser la dificultad de secado que tienen las bostas, sobre todo en invierno. En Quinchamalí la cocción bajo techo y la estructura de la misma permite secar al calor del fuego las bostas, mientras que en Pilén al ser una cocción exterior, no.

Relaciones entre tipología, tecnología y funcionalidad

El sistema de fabricación adoptado para fabricar una vasija parece estar condicionado por la forma, función y tamaño de la pieza.

Los alfareros y alfareras utilizan distintas mezclas de pastas y realizan diferentes tratamientos de superficie, según la función que suponen van a tener las cerámicas. El arqueólogo no debe confundir la función con el uso (Calvo 2002). El supuesto uso que piensan que van a tener las piezas fabricadas los artesanos y artesanas es la función. En cambio, la utilidad que piensan los artesanos que van a tener las piezas no tiene por qué coincidir con el uso que le dará el consumidor del producto. Cuando se trata de producciones púramente domésticas, donde el destinatario de una producción es el propio fabricante, la función y el uso coinciden, pero cuando esto no es así, puede variar. Por tanto, las propiedades físicas que se observan en una cerámica estarán relacionadas con la funcionalidad, más que con la utilidad que verdaderamente se les da.

El tipo de pasta utilizada está condicionada por el tamaño de la pieza que se quiere fabricar, la función que se supone va a tener y el tipo de cocción utilizada.

En Pilén, por ejemplo, generalmente sólo se utiliza una arcilla sin tratar, pero cuando se necesita una arcilla más moldeable algunas artesanas mezclan dos arcillas diferentes. Las alfareras utilizan pastas de grano fino o grueso según se trate de piezas pequeñas o grandes respectivamente. En Quinchamalí, cuando se fabrican cerámicas miniaturizadas sólo se utiliza la arcilla base, en cambio, si se fabrican piezas de tamaño medio, se mezclan tres tipos diferentes de tierra. Las alfareras de más edad nos relataron cómo antiguamente, se utilizaba cascajo obtenido del fondo de los ríos o teja molida mezclada con arcilla en la fabricación de grandes tinajas, para guardar el trigo o el vino. Esta mezcla tenía el objetivo de conseguir una pasta menos plástica, para poder modelar grandes rulos y conseguir un secado más rápido, además de una mayor resistencia. En Pomaire, aunque las arcillas se obtengan ya preparadas, si las alfareras van a modelar a mano, se repasa la arcilla para eliminar las impurezas, con el fin de facilitar el modelado y evitar su rotura en el horno.

Este hecho se relaciona con dos factores: la plasticidad de la pasta y la resistencia térmica. Para las piezas grandes se añaden inclusiones que permiten un peor modelado, pero en cambio es una pasta más resistente que no se deshace a medida que se levanta la vasija. La resistencia térmica se debe tener en cuenta, tanto por lo que se refiere al someti-

miento de las piezas a la cocción, como si luego se van a utilizar como cacharros de cocina que van a ser sometidos al fuego. Debido a ello, cuando las vasijas van a ser cocidas en una simple fogata, deben resistir cambios muy bruscos de temperatura y tener una alta capacidad de expansión y contracción. En cambio, si van a ser cocidas en un horno donde los cambios bruscos de temperatura están más atenuados, la pasta puede ser diferente.

Está claro que la funcionalidad de la pieza, como hemos visto, está relacionada con el tipo de pasta que se utiliza en su fabricación. Sobre todo, por lo que se refiere al sometimiento, o no, de la cerámica al fuego. Pero también la utilización de pastas más o menos porosas se vincula con la fabricación de vasijas destinadas a contener alimentos o a procesarlos, respectivamente. Esto es debido a que las vasijas para el procesado de alimentos van a contener diferentes líquidos, por lo que se debe evitar el filtrado de los mismos. Diferentes trabajos han demostrado que esta correlación no es tan simple (Schifer, 1990; Skibo y Schiffer, 1987; Skibo ey al. 1989), porque la porosidad también se relaciona con la capacidad de dilatación de las cerámicas al ser sometidas al fuego. Las inclusiones pueden funcionar también como barreras ante la aparición de grietas. Además, en muchos puntos del globo las vasijas destinadas a contener agua son precisamente muy porosas, para poder mantener el contenido fresco, aunque éste se filtre constantemente al exterior.

Los tratamientos de superficie pueden ser la solución para evitar dicho filtrado, aunque las pastas sean muy porosas. El bruñido, el engobe o la aplicación de grasas de origen vegetal o animal, además de poder ser tratamientos decorativos tapan los poros y evitan las filtraciones. En Chile estos tratamientos no se realizan en grandes contenedores o maceteros, mientras que sí se aplican a vasijas destinadas al cocido de alimentos. Pero esta correlación tampoco es tan simple, ya que en Quinchamalí se aplican los mismos tratamientos de superficie a cerámicas utilitarias para el procesado de alimentos, como a otras púramente ornamentales. Ejemplos de ello son los gallos, *guitarreras*, cabras o *chanchitos*. Las grasas, que son el componente más efectivo para tapar los poros, también dejan una superficie extremadamente brillante, de ahí su uso en cerámicas ornamentales.

La utilización de unas técnicas de modelado u otras también dependen del tamaño y forma de las piezas. Según la forma de la vasija su modelado puede ser diferente. Cuando se trata de piezas pequeñas y abiertas se emplean técnicas más simples, como el golpeado y estirado. Esto es debido a que al ser formas simples, la pasta no se desmorona una vez modelada, lo que a su vez permite utilizar pastas más plásticas y que secan más lentamente, sin embargo no tienen tanta resistencia. En cambio, cuando se trata de formas más complejas de tipo globular, por ejemplo jarras u ollas, se emplean técnicas más complejas como el *urdido*. La utilización de esta técnica permite utilizar pastas menos plásticas, que le dan mayor resistencia a la pieza mientras se modela. Al ser formas que presentan unas paredes más curvadas, el levantado de la pieza se debe hacer en diferentes fases, dejando que la pasta se seque y adquiera resistencia antes de colocar un nuevo rulo. De no ser así, la pieza se desmoronaría.

El sistema de cocción y el combustible utilizado también están condicionados por el tamaño del conjunto de las piezas que se pretenden cocer. Por ejemplo, en Pilén las cocciones se realizan en el exterior, son de gran envergadura, se combinan combustibles leñosos y excrementos animales y en ellas se cuecen piezas de tamaño grande y pequeño. Mientras que en Quinchamalí, la cochura se lleva a cabo en espacios cerrados, son de reducidas dimensiones, sólo se utilizan bostas de animal como combustible y en ellas se cuecen piezas, generalmente, de tamaño pequeño.

Ya hemos comentado que el posible emplazamiento, en el exterior o en un espacio cerrado puede deberse al humo que produce la cantidad de combustible necesario para la

cocción. Por ello, cocciones de tamaño reducido provocarán menos humos que las grandes. Además, el tipo de combustible también puede ser determinante, ya que la leña produce más humo que las bostas y de forma más rápida.

Es lógico pensar que la utilización únicamente de combustible de origen animal resulta inviable en la cocción de piezas de gran tamaño, por que la combustión es extremadamente lenta y la cantidad de bostas necesarias para conseguir una temperatura adecuada sería desmesurada.

Si las piezas son de gran volumen se necesita calentar una superficie mayor, además la pasta de estas piezas es más gruesa, por lo que se requiere un tiempo de cocción más elevado y un avivado del fuego constante, pues se debe mantener más tiempo la temperatura elevada. Un grosor considerable también puede ayudar a reducir las deformaciones producidas por la resina que tiene la leña, por lo que la utilización de combustibles leñosos sería adecuada.

El problema principal con el que se puede encontrar una alfarero o alfarera es el choque térmico que provoca el combustible leñoso, debido a su rápida combustión alcanzando temperaturas elevadas muy rápidamente. Es por ello que, en Pilén, se prepara un lecho de bostas de vaca triturada sobre la que se colocan las vasijas. Con ello, se consigue paliar el rápido incremento de temperatura motivado por la combustión de la leña. Las bostas consiguen llegar a la máxima temperatura de una forma más progresiva, por lo que al estar el combustible más cercano a las vasijas reduce la cantidad de piezas fracturadas.

La cocción de cerámicas de pequeño tamaño permite un secado más rápido y posibilita utilizar estrategias de calentamiento más depuradas, como la cesta de precocción utilizada en Quinchamalí.

La tradición cultural

La existencia de cadenas operativas tendencialmente coincidentes puede indicar una tradición tecnológica común. A su vez, la tradición tecnológica puede correlacionarse con tradición cultural. Entre las producciones mestizas del centro de Chile y las mapuches, situadas un poco más al Sur, se aprecia una secuencia de fabricación similar, el uso de herramientas parecidas, la misma infraestructura tecnológica y el aprendizaje de técnicas de modelado similares.

De hecho, en la actualidad algunas actuaciones técnicas han perdido parte de su sentido y función, pero se continúan realizando como un arcaísmo de la tradición tecnológica originaria. A modo de ejemplo, pensemos en el engrasado realizado en Quinchamalí, sobre cerámicas ornamentales que no van a tener una función utilitaria, o el mantenimiento de la secuencia de fabricación entre las alfareras de Pomaire que han adoptado la torneta.

En el caso que nos ocupa, existe una tradición técnica común que se ha ido modificando desde el siglo XVI, debido a dinámicas territoriales diferenciadas. La tradición técnica empieza a variar debido a un proceso de aculturación por el cual se trasforman patrones sociales, económicos y culturales. Es en este contexto en el que se han de entender las variaciones entre producciones. Las aldeas alfareras estudiadas por nosotros han sufrido un proceso de marginación política y económica que les ha permitido mantener cierta independencia cultural, conservando parte de sus tradiciones. Esta situación se mantiene de forma más o menos invariable hasta aproximadamente 1950, momento en el que se adoptan nuevas infraestructuras tecnológicas en Pomaire y se abandona progresivamente la tradición técnica anterior. A su vez, coincide con un fenómeno de innovación a pequeña esca-

la en Quinchamalí, que afecta parcialmente a algunas fases de la producción.

La similitud en la cadena operativa se puede vincular por tanto con:

1) Los mismos orígenes étnicos.

2) El mantenimiento de, al menos, parte de las tradiciones originarias del grupo.

3) La continuación con los patrones de aprendizaje tradicionales.

4) La conservación de parte de sus tradiciones culturales originarias.

En este contexto algunas de las variaciones productivas se relacionan con:

1) Las modificaciones en la estructura socio-económica.

2) La continuación de las tradiciones cerámicas en un nuevo territorio, que obliga a experimentar sobre las materias primas disponibles en el entorno.

3) Las dinámicas territoriales y condicionantes históricos diferentes sobre una misma base cultural.

4) Las pequeñas innovaciones, limitadas por la infraestructura tecnológica utilizada y por la propia tradición técnica.

Variaciones en la cadena operativa de fabricación

Las variaciones en la cadena operativa de fabricación pueden responder a estrategias grupales o individuales; éstas, además, pueden ser variaciones casuales, planificadas, temporales o definitivas.

Al abordar los motivos por los que se producen variaciones en la cadena operativa de fabricación en un territorio o dentro de un grupo, debemos distinguir entre modificaciones estructurales o parciales.

Las variaciones estructurales documentadas, han sido adoptadas por los talleres domésticos con orientación industrial de Pomaire. Éstas, están relacionadas con la adopción una nueva infraestructura tecnológica (torno y horno), que conlleva el aprendizaje de nuevas estrategias y técnicas. Hablamos de adaptación y no de innovación, porque los alfareros de Pomaire introducen una tecnología conocida por sus vecinos y aprendida por ellos. Los motivos que llevan a los pobladores de Pomaire a adoptar esta nueva tecnología están relacionados con:

1) Un intento de producir más.

2) Cambios en los patrones de intercambio.

3) El aumento del nivel de especialización.

4) Cuestiones de tipo ideológico.

5) Transformaciones territoriales y socioeconómicas.

6) Los antecedentes históricos.

En cambio, las variaciones parciales han sido adoptadas por las unidades productivas de Quinchamalí. Estas variaciones no suponen la aparición de una nueva infraestructura tecnológica, más bien, pequeñas variaciones en las técnicas que forman parte de la tradición. En este caso, la tradición formal puede limitar la aparición de innovaciones técnicas, porque la fabricación de cerámica figurativa obliga a modelar a mano. A su vez, la propia tradición tecnológica limita la innovación. Es decir, la infraestructura tecnológica y las técnicas determinan las posibilidades de la innovación ya que, para modificar la tradición tecnológica deben ocurrir transformaciones en la estructura ideológica del artesanado. El interés de las alfareras de Quinchamalí por innovar y modificar así la cadena operativa de fabricación que han aprendido puede vincularse con:

1) El aumento del nivel de especialización.

2) Estrategias para diferenciarse de las demás alfareras.

3) El intento de ser más competitivas.

4) Modificaciones en las dinámicas territoriales, que pueden obligar a buscar nuevas betas de arcilla.

5) Adaptaciones medioambientales destinadas a superar los condicionantes del clima.

6) Cuestiones de tipo identitario.

Las variaciones en la cadena operativa de fabricación pueden estar vinculadas con el nivel de especialización del artesanado. Así, vemos cómo, tanto las variaciones profundas como las parciales, pueden estar destinadas a mejorar la rentabilidad de la producción y reducir el tiempo de trabajo. Sin embargo, no se puede identificar inequívocamente variaciones técnicas con diferentes niveles de especialización. Estas variaciones pueden estar más asociadas a factores culturales e ideológicos que a nuevos sistemas de organizar el trabajo.

IV. El proceso de especialización

La comunidad especializada en la producción cerámica se puede identificar porque en la mayoría de unidades de habitación se documentan unidades productivas.

La especialización tipológica y tecnológica son más difíciles de identificar:

1. En el primer caso se aprecia la fabricación de formas diferentes en cada unidad productiva, dentro de una misma unidad especializada, como ocurre en Quinchamalí. El problema radica en poder asociar materialmente estos tipos a las diferentes unidades productivas.

2. En el segundo caso los artesanos de una misma unidad productiva se especializan en diferentes fases de la producción, por lo que su identificación sólo es posible cuando existen espacios de trabajo diferentes, como en el caso de la estrategia productiva en taller doméstico con orientación industrial de Pomaire.

Sobre la identificación de producciones cerámicas domésticas e industriales

Desgraciadamente, muchas de las observaciones etnográficas pertenecen a los extremos de los niveles de organización de la producción: lo doméstico y lo industrial.

En la mayoría de contextos donde se han analizado los cambios en la producción cerámica se pasa de una autosuficiente a una especializada, pero sin duda, puede haber una producción especializada que sea autosuficiente, otra no especializada que venda sus productos, o una evolución de una producción industrial a otras más de tipo doméstico.

Uno de los problemas que encontramos en arqueología es la distinción entre producciones cerámicas domésticas e industriales. Generalmente, se atribuye la cerámica hecha a torno a producciones de tipo industrial vinculadas con el hombre, y las cerámicas modeladas a mano a contextos domésticos relacionadas con la mujer. El problema radica en poder establecer características objetivables que permitan distinguir entre estos dos modelos de fabricar cerámica, tan diferentes. Algunos niveles productivos son muy difíciles de detectar en el registro arqueológico. La baja representatividad de los productos, fuera de los contextos domésticos, junto con una organización informal, la ausencia de herramientas especializadas y áreas de trabajo diferenciadas dificultan en exceso las posibilidades de documentación por parte de la arqueología (Rice, 1987: 181).

En relación a la transmisión de conocimientos en contextos domésticos, éstos se

trasmiten a nivel familiar, por lo que se es menos permeable a la introducción de nuevas ideas y en contextos industriales se realizan en un contexto de relaciones laborales de producción, por lo que se es mucho más permeable a la aceptación de nuevas ideas.

El objetivo de una producción doméstica es consumir los productos, se fabrica ante la necesidad de autoconsumo (la producción histórica mapuche), por lo que no existe un interés en aumentar la cantidad de productos, sino más bien mejorar la calidad. Hay una baja comercialización y no llega cerámica de afuera.

En una producción industrial el objetivo es distribuir la mayor cantidad de productos (los talleres industriales de Pomaire). Se fabrica ante la demanda de productos y la necesidad es vender. Interesa aumentar el volumen de producción y reducir el tiempo de fabricación.

Las producciones industriales se identifican más fácilmente y se asocian generalmente a cerámicas modelas mediante torno. Como rasgos característicos destacamos la uniformidad de la producción, la alta especialización, la estandarización de las formas y, como consecuencia, se produce la disminución de la variabilidad, tanto técnica como tipológica y el aumento de la capacidad de producción. En definitiva, el torno uniformiza, generaliza y optimiza la producción.

Las producciones domésticas se identifican normalmente con vasijas modeladas a mano. Se realizan en el entorno familiar y en la vivienda, destinadas al autoconsumo y, esporádicamente, son intercambiadas por otros productos. En este caso el problema es mayor, ya que algunas cerámicas hechas a mano, pueden introducirse en redes comerciales (unidad doméstica de Quinchamalí). Por ejemplo, la cerámica común de cocina romana, a pesar de estar hecha a mano se introduce en los circuitos comerciales, aunque en menor intensidad que los contenedores anfóricos. Estas piezas presentan una alta variabilidad y baja especialización.

Por poner un ejemplo, una producción doméstica puede estar realizada en un contexto de producción familiar a tiempo parcial destinado al autoconsumo, por lo que la distribución de la cerámica será muy reducida, la demanda y usos dependerá de las necesidades familiares. Por lo que respecta a la capacidad tecnológica, ésta será de bajo desarrollo al no necesitar aumentar la producción o mejorar las capacidades físicas de la cerámica.

De forma teórica, la producción doméstica debería ser reconocida por evidencias materiales de fabricación, que aparecen cerca de cada casa. La producción industrial, se debería reconocer por el hallazgo de restos de producción en un número limitado de áreas dentro del yacimiento, al estar caracterizada por una marcada especialización de centros y trabajadores.

Diferentes trabajos han documentado que cuando la producción se destina al consumo doméstico y no se comercializa, o se vende de forma reducida, está exclusivamente en manos femeninas, y que cuándo la alfarería se convierte en un oficio especializado orientado a la producción de excedentes y se introduce el torno, ésta pasa a manos masculinas (Balfet, 1965; Arnold, 1985; Stark, 1994). Sin embargo, se han establecido excepciones a esta situación en producciones a torno realizadas por mujeres en la India (Mahias, 1994) y se ha demostrado que la correlación entre industrial/torno y doméstico/a mano no se puede establecer con tanta facilidad, pues, en ocasiones, existen o coexisten situaciones intermedias. Puede haber entre los dos extremos rangos intermedios de producción (Rice, 1984, 181). Los paralelos etnográficos pueden ayudarnos a ver posibles estructuras de producción alternativos entre los polos de una producción doméstica para uso personal y una fabricación industrial a gran escala (Peacock, 1982).

En algunas sociedades puede haber especialistas que se dedican a la fabricación de

determinados productos, como ocurre entre los Kalinga en Filipinas (Stark, 1994; Longacre et al., 2000) o los Luo en Kenya (Dietler y Herbich, 1989). En cambio, en otras la cerámica puede fabricarse en cada unidad doméstica, como ocurre en el Magreb (Balfet, 1965) o entre los Achuar y Quechua de Ecuador (Bowser, 2000).

Del mismo modo, una producción intensiva conlleva una considerable variabilidad, mientras que una producción doméstica puede producir vasijas estandarizadas. Para poder identificar correctamente una producción industrial no podemos basarnos en un sólo parámetro (Costin 1990).

Uno de los motivos de la existencia de estas situaciones obedece a una orientación comercial de los productos, aunque se desarrolla la producción dentro del lugar de habitación o a niveles mixtos de especialización.

En este contexto, las producciones cerámicas del centro de Chile son un buen ejemplo de ello. Precisamente aquí, se han generado diferentes estrategias productivas que se sitúan en niveles de producción y especialización intermedios, entre lo puramente doméstico y lo claramente industrial. Es para indagar en este tipo de producciones, que las transformaciones que están sufriendo los alfareros y alfareras tradicionales vinculadas con el tránsito de una economía preindustrial a otra capitalista, son de gran utilidad.

Entre los grupos estudiados en este trabajo hemos podido establecer los siguientes niveles productivos:

1) Producciones puramente domésticas representadas por la producción histórica mapuche (hasta el siglo XX), donde se consume y produce (a mano) según las necesidades.

2) En el otro extremo, se sitúan los talleres industriales de Pomaire, que han adoptado un sistema productivo típicamente industrial. Aquí la producción (a torno) se caracteriza por una marcada orientación comercial de los productos, que implica una especialización en el trabajo y la generación de excedentes.

3) Producciones de tipo intermedio, desarrolladas en las unidades domésticas de Pilén y Quinchamalí. Se trata de producciones con una orientación comercial de sus productos, pero que continúan fabricando en contextos domésticos. Aquí se produce aunque no se consume, al menos no todo el volumen de productos fabricados. Se mantiene una tecnología de fabricación a mano y de poca complejidad tecnológica. El nivel de especialización consiste en cierta dependencia económica de la alfarería, aunque los sistemas de organización del trabajo se mantienen vinculados al contexto familiar, la vivienda y a una dedicación a tiempo parcial. El grado de dependencia económica y la completa o parcial orientación comercial de los productos ha generado variaciones entre las unidades productivas de estas dos poblaciones, en relación con un pequeño aumento de la complejidad tecnológica, cambios en la organización del trabajo y el tipo, número y distancia de distribución de los productos. En ambos casos las alfareras son muy reacias a generar excedentes.

4) Producciones de tipo intermedio desarrolladas en los talleres de Pomaire. Son estrategias con una marcada orientación comercial de la producción, que ha conllevado a aumentar el tiempo de trabajo dedicado a la alfarería, la aparición de espacios específicos y un trabajo más especializado, en cadena y estandarizado. La existencia de estas singularidades y la aparición de talleres puede correlacionarse con un aumento de la complejidad tecnológica, pero no con la fabricación exclusivamente mediante torno y fuera de la unidad doméstica. Dentro de este grupo, se encuentran los talleres con una orientación industrial de la producción (pero no claramente industriales) y los talleres dependientes (vinculados con los anteriores). Las diferencias entre estas dos estrategias de producción no están relacionadas con variaciones en la dependencia económica de la alfarería. Es este caso, la diversidad está determinada por una mayor o menor complejidad tecnológica (en un caso

se adopta la torneta y el horno y en otro el torno y el horno), el control de la producción en manos de la mujer o del hombre, la existencia de espacios de fabricación independientes de la casa, y la cantidad de tiempo de trabajo diario invertido. Además, en una se trabaja por pedido y en otra se van generando excedentes que se distribuyen por los diferentes puestos comerciales de la aldea.

Los talleres domésticos con orientación industrial no suponen una producción marcadamente industrial, porque al menos parte de la producción (los tratamientos secundarios de superficie) la continúa realizando la mujer en contextos domésticos.

Materias primas y producción

En arqueología, la caracterización de las producciones cerámicas permite identificar por medio de la composición de la pasta el centro de producción y las diferencias entre grupos y talleres. En Chile constatamos cómo las modificaciones en la pasta no responden exclusivamente a diferencias entre grupos de producciones, sino que están más relacionadas con el tipo de producto a fabricar, los gustos, tradiciones familiares y la tecnología utilizada.

La caracterización entre las diferentes escalas productivas muestra cómo un mismo sistema, no sólo afecta a un centro productor, cosa que sí ocurre en Pomaire, sino que puede existir más de una estrategia que utiliza el mismo tipo de pasta. Las producciones se distinguen por diferentes elementos de la producción y no por el tipo de arcilla. Las subproducciones no evidencian variaciones regionales, sino diferencias entre unidades productivas de un mismo centro productor.

Dentro de una misma producción puede haber diferentes centros productivos y dentro de un centro productivo puede haber diferentes producciones. Todo ello, independientemente de las materias primas utilizadas, que generalmente son las mismas. Sólo se distingue entre pastas preparadas industrialmente en las estrategias productivas de taller doméstico con orientación industrial y taller doméstico dependiente respecto a las unidades domésticas.

El análisis de materias primas puede ayudar a identificar el lugar de origen de las producciones, pero no a caracterizar una producción, porque las posibilidades interpretativas y las variables a tener en cuenta son muy diversas.

CONSIDERACIONES FINALES

Creemos que la principal aportación de este trabajo no es otra que engrosar la lista de ejemplos etnográficos sobre tecnología cerámica de la que se dispone. En un mundo cada vez más globalizado, donde los grupos premodernos del presente adoptan las pautas de la sociedad occidental, la documentación de tecnologías tradicionales se ha convertido en una tarea de urgencia y a su vez de salvamento. Como hemos visto, la alfarería tradicional del centro de Chile ha sufrido profundos cambios en los últimos cincuenta años que ha obligado a muchas alfareras a abandonar su actividad. Esto es debido a las trasformaciones sociales e ideológicas que han afectado a la población rural y que han insertado a la producción cerámica en los circuitos comerciales capitalistas aumentando el proceso de especialización.

La disciplina se está convirtiendo en una herramienta utilizada para comprender mejor algunos aspectos de la cultura material prehistórica, aunque estamos convencidos de su validez autónoma para mejorar y aumentar la interpretación etnográfica de grupos actuales por medio del análisis de su cultura material.

Entendemos la etnoarqueología como una disciplina independiente de la arqueología y la prehistoria, pero también como una disciplina auxiliar que permite reflexionar sobre las relaciones entre cultura material y los grupos humanos. En este sentido, este trabajo puede aportar nuevas reflexiones sobre las interpretaciones arqueológicas que pretenden reconstruir los procesos tecnológicos del pasado.

La metodología utilizada ha sido generada desde estudios prehistóricos que intentaban reconstruir las técnicas de fabricación cerámica. Se ha realizado un análisis que combina datos de tipo sincrónico con otros de orden diacrónico, con el objetivo de conocer el contexto histórico, las dinámicas territoriales y la evolución de la producción de los grupos objeto de este trabajo. A su vez, el método de obtención de datos que hemos adoptado ha resultado útil como modelo aplicable al análisis arqueológico basado en el concepto de estrategia productiva.

Los resultados de este trabajo han permitido demostrar la vinculación de las poblaciones alfareras del centro de Chile con la tradición cultural y tecnológica mapuche. Esto ha sido posible analizando el contexto histórico y arqueológico tanto prehispánico como colonial y comparando las cadenas operativas de los diferentes grupos culturales. Este trabajo puede permitir a los investigadores utilizar estos resultados para complementar estudios de historia indígena y arqueología del centro de Chile, aunque sólo sea en calidad de hipótesis de trabajo, así como ayudar a comprender algunos aspectos del contexto de fabricación en época prehispánica. Con matices, la etnoarqueología ofrece información que puede y debe ser tenida en cuenta por historiadores y arqueólogos.

A su vez, se ha analizado la evolución de la producción cerámica en las poblaciones

estudiadas y profundizado en los motivos del cambio o conservadurismo tecnológicos intentando ir más allá de explicaciones puramente tecnológicas y deterministas que tratan a las personas objeto de estudio como seres pasivos condicionados por la cultura material. Planteamos que los cambios tecnológicos están vinculados con modificaciones en la estructura identitaria del grupo y con dinámicas territoriales diversas.

Proponemos que a la hora de enfrentarse al análisis de una producción cerámica el arqueólogo debe tener en cuenta factores de índole diversa. El estudio de la tecnología cerámica no puede entenderse de forma aislada. Es necesario complementarlo con la forma y la posible funcionalidad de las vasijas. Del mismo modo se requiere entender las diferentes fases de producción dentro de un complejo entramado de difícil descomposición, donde los procesos de obtención y preparación de materias primas, modelado y cocción están interconectados, siendo difícil analizar uno sin entender al otro.

Desde la perspectiva adoptada se pueden aportar reflexiones, hipótesis o métodos de valiosa utilidad parar reconstruir la tecnología cerámica prehistórica. El presente se muestra como una herramienta muy valiosa para conocer el pasado, pero también permite comprender lo diferente, superando prejuicios y visiones culturales monolíticas y uniformes.

Este tipo de trabajos, quizás ayude a aumentar el número de modelos interpretativos sobre los cambios en la producción y aumentar el abanico de posibilidades a que se ajustan los datos. Hemos planteado cómo la tecnología cerámica puede funcionar como un elemento de resistencia, más que como un identificador de cambios sociales y cómo y por qué se generan procesos de innovación o adaptación tecnológica. Se ha propuesto cuáles son los factores reguladores de la producción en el centro de Chile y cómo éstos pueden condicionar modificaciones o perduraciones en la producción cerámica.

Estudios de este tipo permitirán al investigador que va a trabajar con tecnología cerámica conocer en la práctica los procedimientos, materias primas y comportamientos sociales, económicos e ideológicos vinculados a la misma.

Por último, querríamos remarcar la idea de que este trabajo es el resultado compartido de una investigación entre alfareros y arqueólogos que intenta aumentar los conocimientos que se tienen sobre las culturas indígenas, que, a un ritmo atroz van desapareciendo engullidas por los supuestos «altos valores globalizadores» de las sociedades occidentales. Esperamos que nuestra principal contribución sea ayudar a valorar estas culturas y a generar un interés por el conocimiento de otros mundos, más allá de que puedan ser utilizados para la comprensión de nuestra historia.

ÍNDICE DE TÉRMINOS CHILENOS Y MAPUCHES

Ágata, piedra de: Canto rodado o piedra lisa y pulida utilizada para bruñir. Se refiere a piedras corrientes de río, de cuarzo o de ágata.

Ahumado: También denominado negreado. Cocción reductora final que provoca una apariencia negruzca en la superficie de la pieza.

Alado: Técnica de modelado manual consistente en el golpeado, estirado y arrastrado de la arcilla utilizada para confeccionar las vasijas hemisféricas de pequeño tamaño.

Apol: Comida mapuche elaborada con bofes de cordero.

Apollerado: Coloquialmente significa que no se enfrenta a los problemas, se esconde tras las faldas de la mujer. También se refiere a la cría de un niño con excesivo apego a la madre o a la dependecia del hombre respecto a la mujer.

Araucania: IX región Chilena. Se localiza en el centro Sur de Chile. Se caracteriza por estar habitada por la mayor parte del pueblo mapuche (o araucano en su acepción más amplia) y ser el hábitat del árbol de la Araucaria.

Araucano: Gentilicio inventado por Alonso de Ercilla para referirse a los habitantes del Sur de Chile. Etimológicamente proviene de *rag-co*, o sea *rag* «*greda*» y *co* «agua» (Canals Frau 1956: 525-526), forma que los españoles pronunciaban como rauco, y que el poeta español transforma en *arauco, araucano*, agregándole una vocal. Este procedimiento lingüístico es muy común en la lengua española, especialmente para los préstamos léxicos de otros idiomas. El término también se refiere a la población precolonial situada al Sur del río Choapa y que identifica a la población mapuche en su acepción más ámplia. El grupo araucano estaba formado, además de los mapuches, por Pehuenches (situados en las Montañas andinas, hoy aún quedan algunos grupos), huliches, (vivían entre el río Toltén y la isla de Chiloé), tehuelches (ubicados al Sur del Río Negro en la Patagonia Argentina) y picunches (entre el río Aconcagua, donde empiezan los fértiles valles del Chile central, y el río Bío Bío).

Armado: Modelado. Levantado de la vasija, confección de la forma básica. Se corresponde con las actuaciones técnicas que tienen por objetivo el modelado primario.

Arreglo: Proceso de preparación, mezcla y amasado de las materias primas que componen la pasta cerámica.

Callana: Vasija sin borde y base hemisférica donde se tostaban los granos de maíz o la harina de trigo. También se refiere a un pedazo de cerámica rota empleada para alisar la superficie externa de las cerámicas.

Canco, preparar el: Técnica de confección de la base que consiste en hacer un cono o poyito con la mano.

Cantaora: Forma cerámica fabricada en Quinchamalí de base globular que representa a una mujer cantando o tocando la guitarra. La cantaora o guitarrera es una de las tradiciones criollas y rurales más características. Originariamente servía para contener vino, agua o chicha.

Caseras: Puntos de venta fijos situados en las ciudades que utilizan las alfareras de Quinchamalí para vender sus productos. Generalmente existen relaciones familiares entre las alfareras y las vendedoras. Estos puntos de venta se heredan de madres a hijas.

Challafe: Vid. *Huidufe*.

Challa: Olla mapuche, generalmente con cuello estriado. Se caracteriza por tener base plana, cuerpo abombado y boca amplia. Su origen se remonta al complejo cultural Pitrén.

Chancho: Forma cerámica que representa a un puerco de tres patas. Estos tipos son característicos de la población de Quinchamalí.

Chasquiñ: Tradición culinaria mapuche consistente en un caldo de ñandú hervido mezclado con especias.

Chaveleo: Sistema de trueque rural consistente en el intercambio de vasijas por productos agrícolas. La medida de trueque consistía en que la alfarera cambiaba una vasija por el contenido de verduras y hortalizas que cupieran dentro.

Chicha: Bebida popular de algunos países sudamericanos obtenida por fermentación parcial del liquido procedente de la cocción del maíz, mandioca, trigo o avena. Claude Joseph (1928), explica cómo antiguamente la chicha se obtenía por masticación del maíz realizada por mujeres mapuches ancianas y la posterior fermentación de la pasta mezclada con agua. La chicha, de procedencia mapuche, se obtiene de maíz y del calafate, arbusto espinoso que produce un fruto azulado.

Choclo, pastel de: Plato típico chileno preparado a partir de choclo (maíz tierno), el cual es molido o rallado para formar una pasta, al que se le añaden hojas de albahaca. Esta pasta, es colocada sobre una preparación llamada «pino», que está compuesta por carne, cebolla y otros ingredientes. Tradicionalmente se prepara en una paila de greda que es llevada al horno para su cocción. Este plato también está presente en la gastronomía de Argentina, Bolivia y del Perú.

Colada, preparar la: Depuración de inclusiones minerales e impurezas sometiendo a la arcilla a un proceso de decantación.

Colo: Salsa tradicional de la cocina chilena confeccionada a base de grasa y ají y que tiene una apriencia de color rojo. También se refiere a los engobes utilizados por las poblaciones alfareras del centro de Chile. En mapundung *Kolo* significa greda roja.

Colo Bermejo: Engobe rojizo utilizado en Quinchamalí y Pilén.

Colo Blanco: Engobe blanquecino que se emplea en Quinchamalí y se aplica con posterioridad a la cocción de la cerámica.

Colo Costino: Engobe empleado en Pomaire y que se obtenía de los cerros de la costa cercanos a la población de Cartagena e Ibache.

Colo Santiaguino: Engobe obtenido en el cerro de San Cristóbal, cerca de Santiago, por las alfareras de Pomaire.

Colorera, Olla: Vasija que se usa para hacer el «*colo*».

Conás: Antiguamente verdadera aristocracia de guerreros mapuches bajo el mando de un cacique. En la actualidad se refiere a un joven.

Conchavo: Intercambio de mercaderías, vestuarios, baratijas, etc. que tiene un lugar predominante, no sólo dentro de la sociedad mapuche, sino en la vida colonial en sí.

Cordobán: Trozo de cuero de diferente procedencia utilizado principalmente para alisar el labio de las vasijas, cuando ya está en un estado semi-seco.

Cortar la greda: Las alfareras que modelaban a mano cedían la greda a torneros itinerantes para que confeccionasen la forma básica.

Cuchucar: Calentar las cerámicas al fuego antes de someterlas a la cocción.

Desgregar: Operación de raspado mediante la cual la alfarera quita la arcilla que considera que sobra utilizando un «*zuncho*», «*llanta*» o «*desgredador*».

Desarenador: Vasija utilizada en la minería para desarenar en el río. Tenía una forma abierta y sencilla.

Desgredar: Sacar la «*greda*» sus impurezas de forma manual y «*a ojo*».

Desgredador: Pequeño palo para quitar la greda sobrante.

Emparejador: Pequeño palo plano y liso de madera humedecida, a modo de «palo de helado», con una protuberancia en una de sus partes que es usado por las alfareras para alisar las paredes de la vasija.

Encolar: Operación consistente en la aplicación del engobe a la pieza.

Encomienda: Institución creada por la corona española durante el periodo colonial, consistente en el sometimiento de los grupos indígenas a un conquistador español para su evangelización y protección, a cambio los encomendados tenían la obligación de tributar para su ecomendero.

Epu Metahue: Combinación de dos vasijas (significa dos patos) superpuestas con cabeza de ave, asas y embudo. Tiene un origen mapuche.

Estancia: Haciendas y estancias eran edificaciones rurales que albergaban los núcleos de producción agraria. El nombre de hacienda era habitual en los virreinatos del Perú, Nueva Granada y Nueva España, mientras que el de estancia suele aplicarse en Argentina y el de fundo en Chile. Se llegaron a convertir en núcleos suburbanos autosuficientes, donde podían vivir la peonada y los patrones con todos los servicios necesarios. El origen de las haciendas fueron las encomiendas de indios, aunque a lo largo largo del siglo XVII se convirtieron en mayorazgos sometidos al control.

Fogón: Cámara inferior de las hornillas, donde se realiza la combustión.

Fundo: Nombre que recibían las estancias y haciendas en el Reino de Chile.

Greda: Término utilizado en Chile para referirse a la arcilla.

Guitarrera: Vid. *Cantaora.*

Hacienda: Vid. *Encomienda.*

Hornilla: Hornos de cocción cerámica introducidos en Pomaire en la década de los treinta del siglo XX. Tienen forma cilíndrica o rectangular, una sola cámara. El combustible se coloca en el fogón y está separado de las vasijas por una parrilla.

Horqueta: Herramienta agrícola de tres o cuatro dientes colocados en el extremo de una estaca. Se utiliza para remover la tierra y para recoger paja o hierba. En Quinchamalí se emplea para sacar las vasijas de la hoguera de cocción y para removerlas durante el *ahumado*.

Huaso: Término utilizado en Chile para referirse a la gente que vive en zonas rurales o trabaja en actividades ligadas a la agricultura y la ganadería. Se emplea como adjetivo para señalar características propias de la zona centro Sur de Chile. Los *huasos* además son los jinetes en el rodeo chileno, similar al gaucho rioplatense. Sin embargo, el *huaso* chileno no se dedica principalmente a la labor ganadera, sino que también se ocupa de otras tareas campesinas, como la agricultura. En Quinchamalí se confeccionan vasijas reproduciendo el h*uaso* a caballo.

Huidufe: Término que junto con *Maetahuefe* y *Challafe* significa alfarera.

Huilliche: Indígenas originarios de Chile, adscritos al grupo mapuche o araucano, que habitaban la zona entre el río Toltén y la isla de Chiloé.

Huinca: No mapuche.

Huishuis: Vasija mapuche que se caracteriza por tener dos vientres unidos.

Humita: Mazorca de Maíz.

Indios en depósito: Esclavos emancipados que vivían en un régimen de semiesclavitud.

Iwe: Nombre que reciben las cerámicas mapuches que imitan tazas de origen europeo.

Karütún: Comer crudo o verde. Fiesta en la que se come carne cruda.

Kefawe: Cucharón mapuche de madera.

Ketru Metawe: Jarro Pato. Forma cerámica vinculada a la mujer y a las ceremonias rituales mapuches. Su fabricación se remonta al complejo arqueológico Pitrén.

Kultrún: Tambor mapuche. Consta de una caja de madera de miñiu, canelo, lenga, raulí, y un parche de cuero de caballo, oveja, chivo o guanaco, atado. En su interior suele tener cuatro pequeñas piedras o avellanas. Se toca con uno o dos palillos, especialmente en la ceremonia del *Nguillatún*.

Lebrillo: Fuente ovalada más ancha que profunda, que servia para preparar el papel de Choclo, pescado a la chilena y otros platos. En la actualidad, además, se utiliza como menaje de mesa. En otros contextos el término lebrillo se refiere a una vasija de barro vidriada o de metal que sirve para lavar la ropa y otros usos.

Llanta: Vid. *Desgregador.*

Lonko: Denominación mapuche de jefe o cacique.

Loza: Comúnmente se define así a la arcilla fina, cocida, barnizada o esmaltada. Es el material con que se hacen las vajillas domésticas. Aquí el término loza se refiere, en su acepción chilena, a vasijas cerámicas en general.

Loza chica: Término empleado para referirse a la cerámica figurativa y ornamental de Quinchamalí.

Loza grande: Denominación que alude a las vasijas utilitarias que se fabrican en Quinchamalí y Santa Cruz de Cuca.

Loza, componer la: Conjunto de operaciones llevadas a cabo por la alfarera después de que el tornero haya confeccionado la forma básica.

Lulos: Superposición de tiras de arcilla denominadas lulos, chorizos, piulos o rodetes. En castellano el término más generalizado es el de urdido, mientras que en Chile en más adecuado hablar de técnica de espiral.

Lupe: Plato hondo mapuche, de forma troncocónica, base plana y dos asas. Sirve para depositar comida o tostar trigo.

Lustrado: Pulido o alisado de las superficies cerámicas mediante el frotamiento de una piedra de río con forma pulida y redondeada.

Lustrar en seco: Vid. Lustre de colo.

Lustre de colo: Bruñido de la pieza justo después de la aplicación del engobe. Operación denominada lustrar de colo o lustrar en seco.

Macha: Molusco de mar, comestible y muy abundante en los mares de Chile y Perú. Las alfareras mapuches utilizaban su valva para homogeneizar, compactar y raspar la superficie de la cerámica a medida que se levantaba la vasija.

Machi: Es el chamán mapuche, generalmente mujer, que tiene la función de curar a los enfermos utilizando infusiones, rezos, cantos y danzas.

Machitún: Ceremonia de curación realizada por la *Machi*.

Malón o Maloca: Incursión de grupos de indígenas mapuches armados en territorio colonial Español, consistente en asaltos sorpresivos de corta duración destinados a capturar principalmente ganado. Con el tiempo, se transformó en una actividad central para la economía mapuche, tanto por la gran necesidad de animales para redistribución ritual, como para el comercio en las regiones fronterizas.

Mapundung: Lengua hablada por el pueblo mapuche.

Marucho: Textualmente que no da frutos. Significa en una acepción amplia homosexual.

Mate: Infusión preparada con hojas de *yerba mate* (*Ilex paraguayensis*), planta originaria de Sudamérica, previamente secadas, cortadas y molidas. La denominación se genera por extensión del vocablo quechua *mati*, que significa vaso o recipiente para beber, y que se generalizó como nombre vulgar de la calabaza (el porongo, Lagenaria siceraria) que se utiliza para dicha infusión. Tradicionalmente, se bebe caliente mediante un sorbete denominado bombilla colocada en un pequeño recipiente, también denominado *mate* o *porongo*, que contiene la infusión. Aunque se obtienen normalmente de la calabaza, desde tiempos coloniales se han realizado mates de plata, cuerno vacuno (guampa), cerámica, vidrio o madera. En la alfarería chilena se utiliza el término para denominar a la calabaza con la que se hace el mate. Se utiliza medio mate de forma hemisférica para homogeneizar y dar forma al interior de las vasijas globulares.

Medieria: Contrato agrícola de asociación en el cual el propietario de un terreno rural y un agricultor se dividen, generalmente en partes iguales, el producto y las utilidades de una finca agrícola. En la alfarería chilena se refiere a la asociación temporal entre hermanas o vecinas para trabajar la *loza*. El dinero obtenido por los productos cerámicos fabricados se reparte de forma igualitaria entre las dos asociadas.

Mencuhe: Gran contenedor cerámico de origen mapuche. Tiene forma de cono truncado y se utilizaba para guardar el *Muday*.

Meshen: Cántaro abombado mapuche de base plana, obertura superior corta y cilíndrica, sin asa. Mediante una trenza de lana atada al armazón y aplicada a la frente o al pecho se trasportaba sobre las espaldas lleno de agua u otros líquidos.

Metahuefe: Vid. *Huidufé*.

Metawe: Jarro simple con un asa. Denominación generalizada para todo tipo de vasijas mapuches.

Mingaco: La minga o mingaco, es una antigua tradición de trabajo comunitario o colectivo con fines de utilidad social. Es un sistema que se usa en Latinoamérica desde la época precolonial y tiene un origen quechua. Puede tener diferentes finalidades de utilidad comunitaria como recoger una cosecha o construir una casa. En la alfarería consiste en la compra de un gran número de piezas que se bruñen de forma grupal en la casa de la alfarera que las ha comprado. El trabajo asociativo se desarrolla en una casa por la noche, cuando las mujeres no tienen otra ocupación.

Mitimanes: Los *Mitimanes* o *Mitmaqunas* eran campesinos y gente común, que durante el periodo Inca, salían temporalmente de esta condición y eran movilizados fuera de su lugar de origen, con la intención de obtener recursos tanto trabajando en las minas como en el campo, poblar regiones y formar parte del contingente militar. El término indios *mitimanes* fue utilizado por los españoles frecuentemente para referirse a los naturales trasladados de su lugar de origen a otro, y sólo en algunos casos muy concretos para referirse a grupos cuzqueños enviados por los incas de Chile central.

Mixto: Mezcla de arcillas, gravas y arenas que conforman la pasta de cerámica usada para modelar las vasijas.

Molinillo: Máquina de moler greda que sirve para preparar la arcilla que va a ser modelada.

Mona: Cántaros de forma antropomorfa que se confeccionan en la población de Quinchamalí.

Mudai: Bebida fermentada hecha de piñón, trigo o maíz consumida entre los mapuches.

Negreado: Vid *Ahumado*.

Nguillatún: Fiesta anual mapuche de rogativas para la protección del clima, la siembra, las cosechas, para que no haya enfermedades, por la abundancia de alimentos, por la fortaleza y la vitalidad espiritual. Cada comunidad realiza el *nguillatún* con cierta periodicidad, que suele ser al menos una vez al año, aunque puede ser que entes sobrenaturales indiquen la necesidad de realizar el rito de forma extraordinaria. Los *nguillatunes* tienen lugar en un lepún, un sitio especialmente dispuesto y «depurado» para este fin. En su centro, se ubica un altar principal (rehue) y, generalmente, otro secundario. Estos se componen de vegetales, como araucarias, lleuques, perales y manzanas o laurel, maqui y canelo, dependiendo de la zona. Son adornados con banderas que pueden ser amarillas y azules o blancas y negras. El *nguillatún* puede durar un mínimo de dos días y un máximo de cuatro.

Orear: Dejar secar las piezas antes de la cocción.

Orejar: Poner asas a las vasijas.

Paila: Vasija de pequeñas dimensiones, poco profunda, base hemiesférica y dos asas simétricas. La paila se utiliza para preparar el pastel de choclo.

Pehuenches: Ubicados en las montañas andinas del centro-Sur de Chile. En la actualidad se han mantenido algunos pequeños grupos.

Pelusa: Pasta preparada para ser modelada mediante un proceso de decantación y molido de la greda.

Pezem: Piedra lisa de río utilizada por las alfareras mapuches para bruñir las piezas cerámicas.

Picunche: Grupo indígena ubicado entre el río aconcagua y el río Bío-Bío.

Pisado: Pastado y mezclado de la arcilla realizando movimientos circulares con un pie.

Piulos: Vid. *Lulos*.

Pueblo de Indios: Institución hispana consistente en la concentración de un grupo de población indígena entregada en encomienda. El patrón urbano de estos pueblos era siempre el mismo: plaza, iglesias, calles en damero y un terreno comunal.

Pukara: Fortalezas indígenas y chilenas situadas en lo alto de puntos estratégicos para controlar las rutas y defender el territorio.

Quintahuen: Vasija mapuche cuya característica principal es tener dos bocas con cuello pronunciado.

Rale: Vasija mapuche que imita platos de tradición europea.

Raneador: Palo circular con una punta de *vitrola* insertada en uno de los extremos, empleado entre las alfareras de Quinchamalí para realizar incisiones en la superficie de la cerámica.

Raspador: Cuchara metálica o mate que se utiliza para quitar las rugosidades y la pasta sobrante de

la vasija.

Reducción: Zona de confinamiento de los indígenas mapuches por parte del estado chileno.

Rehue: Tronco escalonado clavado en la tierra en cuya cima se representa un rostro humano. Es un símbolo importante entre el pueblo mapuche usado en rituales y celebraciones importantes como el *nguillatún* o el *Machitún* y representa la conexión con el cosmos. El *rehue* aparece rodeado por cañas de colihue adornadas con banderas y ramas de otros árboles de la zona como el maitén o las lengas.

Reicüse: Espíritu protector y dueño de la greda venerado por las alfareras mapuches.

Ruka: Vivienda mapuche.

Sahumerio, olla para: Vasija utilizada como inciensiario. Se pensaba que así se conseguía alejar el mal y atraer el bien.

Seco, en: Operaciones llevadas a cabo cuando la arcilla está en estado de textura de cuero.

Tablilla: Pequeño palo plano y liso que se humedece para adelgazar las paredes de la vasija durante su confección.

Tambo: Posada rectangular, muros de piedra y accesos abiertos en torno a un patio central cuya función era prestar asistencia a viajeros y caravanas que circulaban por los distintos caminos del Imperio Inca.

Tehuelche: Grupo indígena, también llamados Pampas. Estaban ubicados en La Pampa argentina al Sur del río Negro.

Tinajera: Olla subglobular de fondo curvo que tiene cuatro asas pequeñas en posición vertical.

Toqui: Cargo, en parte electivo, en parte hereditario, bajo el cual se agrupaban los mapuches en situaciones de peligro y de guerra. También hacha de piedra.

Trocado: Vid. *Chaveleo*.

Trumao: Arenilla negra de origen volcánico que emplean las alfareras de Quinchamalí para mezclar con otras arcillas y conseguir una mejor plasticidad y resistencia térmica.

Ucü: Laja molida o raspaduras de piedras que las alfareras mapuches añadían a la pasta cerámica.

Verde, en: Operaciones llevadas a cabo cuando la arcilla está en estado fresco y es modelabe.

Wallmapu: País mapuche. Territorio originario de los indígenas mapuches.

Wildun: Jarro mapuche de cuello largo.

Yanaconas: Indígenas desarraigados de origen peruano insertos en la estructura incaica. Eran utilizados como servicio personal de los soberanos incas y altos funcionarios. Situados entre la esclavitud y la pertenencia a una clase privilegiada conforman una servidumbre hereditaria.

Yuwe: Vasija mapuche que imita vasos de menaje de tradición europea.

Zuncho: Vid. *Desgregador*

BIBLIOGRAFÍA

A.A.V.V. (1984): *Mapuche*, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

ADROHER AUROUX; A. M.; RISUEÑO OLARTE, B. (1991): «Los modos de producción en el artesanado de la antigüedad a través de los talleres cerámicos». *Florentia Iliberritana,* 2, 7-20.

AGUIRRE BATZAN, A. (1995): *Etnografia. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural,* Boixareu Universitaria, Barcelona.

ALCINA, J. (1989): *Arqueología antropológica*, Barcelona, Akal Universitaria, 134.

ALDUNATE, C. (1984): «El Mapuche en el Tiempo», en *Mapuche,* Edita Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

ALDUNATE, C. (1989): «Estadio alfarero en el sur de Chile (500 A.C. a 1800 D.C.)», en Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C.; Solimano, I.: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista,* Editorial Andrés Bello, Santiago, 329-348.

ALDUNATE, C.; GALLARDO, F.; FERNANDEZ, C.; ROMAN, A.; DEZA, A. (1991): Arqueología de la de la desembocadura del río Maule, *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Santiago de Chile, 1991.

AMBRUSTER, B. R. (1993): «Etnoarqueología aplicada a la metalurgia del oro: el caso de Europa Atlántica y África Occidental». *Trabajos de Prehistoria,* 50, 113-126.

AMPUERO BRITO, G. (1989): «La cultura Diaguita chilena (1200 a 1470 d.C.)», en Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C.; Solimano, I.: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 277-293.

AMPUERO BRITO, G. (1994): *Cultura Diaguita,* Serie Patrimonio Cultural, División de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, Santiago de Chile.

ANDERS, M.; CHANG, V.; TOKUDA, L.; QUIROZ, S.; SHIMADA, I. (1994): «Producción cerámica del horizonte medio temprano en Maymí, Valle del Pisco, Perú», en Shimada, I.: *Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los Andes,* Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima, 249-267.

ANGULO VILLASEÑOR, J. (1990): «Interrelación entre la Historia, Etnología y Arqueología», en Sugiura, Y.; Serra, M. C.: *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera,* Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico, 83-97.

ANNIS, M. B. (1985): «Resistance and Change: pottery manufacture in Sardinia». *World Archaeology,* 17. Nº 2. Etnoarchaeology, 240-255.

ARAVENA, G. (1993): *Historia de Cauquenes,* Memoria y Cultura, CEDEM, Santiago de Chile.

ARNOLD, D. (1975): «Ceramic ecology of the Ayacucho Basin, Peru: implications for prehistory». *Current Anthropology,* 16, 183-205.

ARNOLD, D. (1978): Etnography of pottery making in the valley of Guatemala, *The ceramics of Kaminaljuyu, Guatemala,* en Wetherington (ed.): Pennsylvania, Pennsylvania University Press: 327-400.

ARNOLD, D. (1984): Social interaction and ceramic design: comunity-wide correlations in Quinua, Peru. P. Rice (Ed.): *Pots and potters*, Los Angeles, Institute of Archaeology. Monograph 24: 133-186.

ARNOLD, D. (1985): *Ceramic theory and cultural process*, New studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.

ARNOLD, D. (1989): «Patterns of learning residence and descent among potters in Ticul, Yucatan, Mexico», en Shenan, S. *Approaches to cultural identity*, Unwin Hyman, London, 174-184.

ARNOLD, D. (2000): «Does the standardization of ceramic pastes really mean specialization?». *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (4): 333-375.

ARNOLD III, P. J. (1991): *Domestic ceramic production and spatial organization: a Mexican case study in Ethnoarchaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.

ARNOLD III, P. J. (2000): «Working Without a Net: Recent Trends in Ceramic Etnoarchaeology». *Journal of Archaeological Research*, 8, 105-133.

ARNOLD III, P. J. (2003): «Back to Basics: The Middle-Range Program as Pragmatic Archaeology», en Vanpool, T. L.; Vanpool, C. S.: *Essential Tensions in Archaeological Method and Theory*, University of Utah Presss, Salt Lake City, 55-66.

ARTHUR, J. (2002): «Pottery use-alteration as indicator of socioeconomic status: An ethnoarchaeological study of the Gamo of Ethiopia». *Journal of Archaeological Method and Theory* 9 (4): 331-355.

ASCHER, R. (1961): «Analogy in archaeological interpretation». *Soouthwestrern journal of anthropology*, 17.

ASOCIACIÓN CERAMOLOGÍA (Ed.) (1992): *Tecnología de la cocción cerámica desde la antiguedad a nuestros dias*. Tecnología de la cocción cerámica desde la antiguedad a nuestros dias. Ponencias del seminario celebrado en el Museo de Alfareria en Agost (Alicante) del 4 al 6 de octubre de 1990, Asociación de Ceramología, Alicante, 1992.

AUDOUZE, F. (Ed.) (1992): *Ethnoarchéologie: justification, problemes. Limites*. Rencontres Internationales d'Árchéologie et d'Histoire d'Antibes, 12, Juan-les.Pins, Ed. APDCA.

AUGUSTA, F. J. (1903): *Gramática Araucana*, Imprenta J. Lampert, Valdivia.

AVALOS, G.; RODRÍGUEZ, J. (1994): Periodo alfarero en el interfluvio costero petorca-quilimari *II Taller de arqueología de Chile Central*, http://www.geocities.com/actas2taller/avalos.htm, 1994.

AVILA FRIZ, M. (2001): *La cultura locera de Pilén*, Proyecto «Fomento de la cultura locera de Pilén», Cauquenes.

BALFET, H. (1965): «Ethnografical observations in North Africa and archaeological interpretation: Th pottery of the Magreb», en Matson, F. R.: *Ceramics and Man*, Aldine, Chicago, 167-177.

BALFET, H. (1953): «Note sur le façonnage des poteries prehistoriques». *Bulletin de la Societe Prehistorique francaise* L: 211-217.

BALFET, H. (1981): «Production et distribution de poteries au Maghreb», en Howard, T. H.; Morris, E. L.: *Production and distribution: a ceramic viewpoint*, Oxford, British Archaeological Reports - International Series. 120**:** 271-283.

BALFET, H. (1984): «Methods of formation and shape of pottery», en Van Der Leew, S. E.: *The many dimensions of pottery. Ceramic in Archeology and Anthropology*, Amsterdam, Universitteit van Amsterdam: 171-201.

BALFET, H. (1991): «Des Chaines opératories pour quoi faire?», en Balfet, H.: *Observer l'action technique. reschaines operatorieres, pour quoi fare*?, Paris, CNRS**:** 11-19.

BALFET, H. (1991): «Incident et maîtrise technique dans les chaînes opératories», en Balfet, H.: *Observer l'action technique. des Chaînes operatories, pour quoi faire*?, Paris, CNRS.

BALFET, H. (1991): «Chaine operatoire et organiosation sociale du travall: quatre exemples de façonance de poterie au Magreb», en Balfet, H. *Observer l'action technique. reschaines operatorieres, pour quoi fare'*, CNRS, Paris, 87-96.

BALFET, H.; FAUVET-BERTHELOT, M. F.; MONZÓN, S. (1989): *Lexique et typologie des poteries*, Paris, Editions du CNRS.

BALFET, H.; M. F. FAUVET-BERTHELOT, et al. (1988): *Lexique plurilingue pour la description des poteries*, Paris, Editions du CNRS.

BATE, L. F. (1992): «Del registro estático al registro dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico». *Boletín de antropología americana*, 26, 49-67.

BATE, L. F. (1993): «Teoría de la cultura y arqueología». *Boletín de antropología americana*, 27, 75-93.

BATE, L. F. (1998): *El proceso de investigación en arqueología*, Crítica, Barcelona.

BAZZANA, A. y DELAIGUE, M. (Ed.) (1993): *Ethnoarchaéologie mediterranée. Finalités, démarches et résultats*, Madrid, Casa de Velásquez.

BECKER (1997): «Zooarqueología y Etnohistoria: Una Contrastación en Isla Mocha», en Quiroz, D.; Sánchez, M.: *La Isla de las palabras rotas*, Biblioteca Nacional, Santiago.

BENADAVA, S. (1993): *Historia de las fronteras de Chile*, Santiago de Chile.

BENGOA, J. (1990): *Haciendas y Campesinos*, Santiago de Chile.

BENGOA, J. (1991): *Historia del pueblo mapuche*, Colección de Estudios Históricos, Santiago de Chile.

BERENGUER, J. (1983): «El metodo histórico directo en arqueología». *Boletín de Prehistoria de Chile*, 9, 63-72.

BERTI (1995): «Introduzione di nuove tecniche ceramiche nell'Italia cento settentrionale», en Boldrini, E.; Francovich, R.: *Aculturazione e mutamenti. Prospetive nell'Archaeologia medievale del Mediterraneo*, Museo de Montelupo, Florencia, 263-283.

BERTUCCHI, G. (1990): «Les amphores massaliètes à Marseille: les différents productions», en Bats, M: *Les amphores de Marseille grecque: cronologie et diffusion (VI-I s. av. J.C.)*, 2, Etudes massaliètes, 15-20.

BEYRIES, S. (1999): «Etnoarchaeology: a method of experimentation», en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-analogy and the reconstruction of prehistoric artefact use and production*, Mo Vince, Tubigen, 117-130.

BHABHA, H. (1994) *The location of culture*, Routledge, London.

BIEHL, P. (1999): «Analogy and Context- A Re-Construction of the Missing Link», en. Owen L. ; Porr M.: *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production.* Tübingen, Urgeschichtliche Materialhefte, 14.

BINFORD, LEWIS. R. (1988 (1983)): *En busca del pasado*, Crítica, Barcelona.

BINFORD, LEWIS. R. (2001): «Where do Research Problems Come From?». *American Antiquity*, 66, 669-678.

BIRMINGHAN, J. (1975): «Traditional potters of Kathmandu Valley: An etnoarchaeological study». *Man (New studies) 10 (3*): 370-386.

BLAKE, H. (1980): «Technology, supply or demand?». *Medieval Ceramics*, 4, 1980.

BOHANNAN, P. (1992): *Para raros, nosotros. Introducción a la Antropología Cultural*, Madrid, Akal.

BORDE, J.; GÓNGORA, M. (1956): *Evolución de la propiedad rural en el Valle del Puangue*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

BOSERUP (1965): *The conditions of Agricultural Growth*, London.

BOURDIEU, P. (2001): *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*, Anagrama, Barcelona.

BOWSER, B.J. (2000): «From pottery to politics: An Ethnoarchaeological study of political factionalism, ethnicity, and domestic pottery style in the Ecuadorian Amazon». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7, 3, 219-248.

BOWSER, B.; PATTON, J. (2004): «Domestic spaces as public places: An Etnoarchaeological case study of Houses, Gender and Politics in the Ecuadorian Amazon». *Journal of Archaeological Method and Theory* 11 (2).

BRAITHWAITE, M. (1982): Decoration as ritual symbol. A theoretical proposal and an etnographic study in southern Sudan, en I. Hodder: *Symbolic and structural Archaelogy*, Cambridge, Cambridge University Press: 80-88.

BRAUN, D. (1983): «Pots as Tools», en A. Keene y J. Moore: *Archaeological Hammers and Theories*, New York, Academic Press**:** 107-134.

BRITO, E. (1960): La Técnica cerámica en Quinchamalí, Editorial Universitaria, *XIX Mesa Redonda, Arte Popular*, 1960.

BRONITSKY, G. (coord) (1989): *Pottery Technology. Ideas and Aproaches*, Special studies in archaeological research.

BRÜEGGEMANN, J. K. (1990): «Consideraciones en torno a lo que llaman Etnoarqueología», en Suguira, Y.; Serra, M. C.: *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 15-21.

BRUMFIEL, E.; EARLE, T. (1987): «Specialization, Exchange, and Complex Societies: An introduction», en Brumfiel, E.; Earle, T.: *Specialization, Exchange, and Complex Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1-9.

BUENO, G. (1982): El cierre categorial aplicado a las ciencias físico-químicas, *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las ciencias*, Oviedo, 1982.

BULLOCK, D (1970): «La cultura Kofkeche». *Boletín de la sociedad de Biología de Concepción*, XLIII.

BUXEDA, J. (1995): *La caracterización arqueomètrica de la ceràmica de Terra Sigillata Hispanica Avançada de la ciutat romana de Clunia i la seva contrastació amb la Terra Sigillata Hispanica d'un centre productor contemporani, el taller d'Abella*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.

BUXEDA; CAU (1998): «Posibilitats i limitacions en l'estudi arqueomètric de les produccions ceràmiques ebusitanes». *Pyrenae*, 29, 97-115.

BUXEDA, J.; CAU, M. A.; SAGRISTÀ, A.; TUSET, F. (1991): Apretiation macroscópique et determination des fabriques, *XIII Congresos de la S.F.E.C.A.G.*, Cognac, 1991.

BUXEDA I GARRIGÓS, J., M. A. CAU ONTIVEROS, et al. (2003): «Chemical variability in clays and pottery from traditional cooking pot production village: testing assumptions in Pereruela». *Archaeometry* 45 (I).

CABEZA, A. (1986): *El santuario de altura Inca de Cerro el Plomo*, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

CACERES, I.; GALLARDO, F.; MIRANDA, P. (1994): «Prehistoria, asentamiento y paleoecología de la cuenca del río Cachapoal (VI Región), Chile central: Una síntesis». *Gaceta Arqueológica Andina*, 24, 173-193.

CACERES, I.; WESTFALL, C; GALLARDO, F. (1994): Asentamientos cerámicos tardios en el curso medio del rio Cachapoal. Chile Central, *II Taller de arqueología de Chile Central*, http://www.geocities.com/actas2taller/ivan2.htm, 1994.

CALVO, M. (1999): «Reflexiones en torno al concepto de útil, forma y función y su relación con los análisis funcionales». *Pyrenae* 30: 17-38.

CALVO, M. (2002): *Útiles líticos prehistóricos. Forma, función y uso*, Ariel, Barcelona.

CALVO, M; FORNÉS, J.; GARCÍA, J.; JUNCOSA, E. (2004a): «Propuesta de cadena operativa de la producción cerámica prehistórica a mano». *Pyrenae*, 35 (1).

CALVO, M.; FORNÉS, J.; GARCÍA, J.; GUERRERO, V. M.; JUNCOSA, E.; QUINTANA, C.; SALVÁ, T. (2004b): *La cerámica prehistórica a mano: una propuesta para su estudio*, El Tall, Palma de Mallorca.

CAMINO, L. (1982): *Los que vencieron el tiempo. Simbilá, costa norte: perfil etnográfico de un centro alfarero*, CIPCA, Pura.

CANALS FRAU, S. (1959): «La Civilización Araucana», *Las Civilizaciones prehispánicas de América*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

CAPEL, J.; LINARES, J.; HUERTAS, F. (1979) «Métodos analíticos aplicados a cerámicas de la edad de bronce». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 1979, 345-360.

CARMICHAEL, P. H. (1994): «Cerámica Nazca: Producción y contexto social», en Shimada, I.: *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo editorial, Lima, 229-247.

CARUSO, N. (1986): *Cerámica Viva. Manual de uso de la técnica de elaboración cerámica*, Barcelona, Omega.

CASAMIQUELA (1979) «Los Araucanos argentinos». *Revista del Museo provincial,* Año 2. Tomo 2.

CASTRO, V. (1990): *Artífices del barro,* Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

CAU (1993): *Las Cerámicas tardorromanas de cocina modeladas a mano o a torneta de Son Mesquida (Calvià, Mallorca): caracterización macroscópica, caracterización arqueométrica y estudio arqueológico. Una propuesta metodológica,* Tesis de licenciatura, Universidad de Barcelona, Barcelona.

CAU (1997): *Cerámica tardorromana de cocina de las Islas Baleares: Estudio arqueométrico,* Tesis doctoral, Universitat de Barcelona. Barcelona.

CERDA, P. (1980): *Los Mapuches del rió Mapocho,* Tesis para optar al Magíster en Historia con mención en Etnohistoria, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

CHAPMAN, K. M. (1953): *The pottery of Santo Domingo Pueblo,* Santa Fe, New Mexico, Laboratory of Anthropology.

CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental,* Crítica, Barcelona.

CHILDE, G. (1973 a): *Progreso y Arqueología,* Pleyade, Buenos Aires.

CHILDE, G. (1973 b, 1951): *La evolución social,* Alianza, Madrid.

CLEMENTE, I.; I. BRIZ, et al. (2002): «Contextos etnoarqueològics i l'estudi de conjunts lítics». *Cota zero* 17: 12-20.

CLEMENTE, I.; R. RISCH, et al. (2002): Complementariedad entre análisis de residuos y trazas de uso para la determinación funcional de los instrumentos macrolíticos: su aplicación a un ejemplo etnográfico del país Dogón (Mali), en Clemente, I.; Risch R.; Gijaba, J.: *Análisis funcional: su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas*. Archaeopress. 87-96.

CLEMENTE CONTE, I. (1997): *Los instrumentos líticos de Túnel VII: una aproximación etnoarqueológica,* Treballs d'Etnoarqueologia 2, UAB. CSIC. Barcelona.

CLEMENTE CONTE, I.; TERRADES BATLLE, X. (1991) «Matières premières et fonction: l'exemple de l'outillage lithique des Yámana (Terre de Feu)», en Beyries, S.: *Traces et fonction: Le geste retrouvé,* 50, ERAUL, Lieja, 513-521.

COBO (1964, 1653): *Historia del Nuevo Mundo*, Biblioteca de Autores Españoles, Ed. Atlas, Madrid.

COLOMER I SOLSONA, E. (1994): «Significació social en Arqueologia: ceràmica i simbologia». *Revista d'Arqueologia de Ponent,* 4.

COLOMER I SOLSONA, E. (1995): *Pràctiques socials de manufactura ceràmica (Microforma): análisis morfométriques i tecnològiques al sud-est de la Peninsula Ibérica, 2200-1500 cal. ane.*, Tesis doctoral, Universitat Autonoma de Barcelona, Barcelona.

COLOMER I SOLSONA, E. (1996): «Contenidors cerámics i processament d'aliments a la Prehistoria». *Cota zero.*

COLOMER I SOLSONA, E.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN SUBIAS, S. (1998): «Maintenance activities, Technological Knowledge and Consumition Patterns: A View of Northeast Iberia (2000-500 Cal BC).» *Journal of Mediterranean Archaeology* 11. Nº 1.

COMAS, D. (1995): *Trabajo, género y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres,* Icaria- ICA, Barcelona.

CONTRERAS CRUCES, H (1995): *Caciques y mandones en Talagante: 1780-1820: Disputas por el poder local en una comunidad originaria del Chile Central,* Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Valparaíso, Valparaíso.

CONTRERAS CRUCES, H. (1998): «Comunidades indígenas y encomienda en el valle de Chile durante las primeras décadas del asentamiento español 1541-1597», en Sánchez Romero, R.: *Un sentido, una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del río Aconcagua,* 1er año, Informe del proyecto fondecyt nº 1970531, Santiago de Chile.

CONTRERAS CRUCES, H. (1999): «Servicio personal y economía comunitaria en los cacicazgos indígenas de aconcagua durante el siglo XVII, 1599-1652», en Sánchez Romero, R.: *Un*

sentido, una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del río Aconcagua, Informe del proyecto fondecyt nº 1970531. 2do año, Santiago.

CONTRERAS CRUCES, H. (2000): «Empresa colonial y servicio personal en la encomienda de Putaendo, La ligua y Codegua 1549-1630», en SANCHEZ ROMERO, R.: *Un sentido, una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del río Aconcagua,* Informe del proyecto fondecyt nº 1970531. 3er año. Santiago.

CONTRERAS, F.; CAPEL, J.; ESQUIVEL, J. A.; MOLINA, F.; TORRE, F. (1988): «Los ajuares cerámicos de la necrópolis argárica de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Avance al estudio analítico y estadístico». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada,* 12-13, 135-155.

COÑA, P. (1974): *Memorias de un cacique mapuche,* ICIRA, Santiago de Chile.

COOPER, J. M. (1947): *The Araucanians,* Handbook.

CORNEJO, L. E. (1994): Asentamiento del complejo aconcagua en el manzano: estudios en un sitio agonico, *II Taller de arqueología de Chile central,* http:/www.geocities.com/actas2taller/nurihtm, 1994.

COSTIN, C. L. (1990): «Craft specialization: issues in defining, documenting and explaining the organization of production». *Archaeological Method and Theory,* 8, University of Arizona Press, Tucson, 1-56.

COSTIN, C. (2000): «The use of Etnoarchaeology for the Archaeological study of ceramic production». *Journal of Archaeological Method and Theory 7 (4).*

COURTY, M. A.; ROUX, V. (1995): «Identificatión of Wheel Throwing on the basis of Ceramic Surface Features and Microfabrics». *Journal of Archaeological Science 22: 17-50.*

COURTY, M. A.; ROUX, V. (1998): «Identification of wheel-fashioning Methods: Technological Analysis of 4th. 3th Millennium BC oriental Ceramics». *Journal of Archaeological Science 25: 747-763.*

CREMONTE, M. B. (1984): «Alfareros itinerantes de los Colorados (depatamento Tafi, Tucuman) Aproximaciones a un estudio de Etnografía arqueológica». *Runa,* XIV, 247-263.

CREMONTE, M. B. (1985): «Alcances y objetivos de los estudios tecnológicos en la cerámica arqueológica». *Anales de Arqueología y Etnología,* 38/40, 247-263.

CRIADO BOADO, F. (1993): «Visibilidad e interpretación del registro arqueológico». *Trabajos de Prehistoria,* 50, 39-56.

CRUSOE, D. L. (1971): «The missing half: the analisy of ceramic fabric». *Southeastern Archaeological Conference Bulletin, 13,* 1971.

DAVEY, P.; HODGES, R. (1983): «Ceramics and trade: a critique of the archaeological evidence», en P. Davey, R. Hodges: *Ceramics and trade. The production and distribution of later medieval pottery in north-west Europe,* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Sheffield, 1-14.

DAVID, N. (1992): «Integrating ethnoarchaeology: a subtle realist perspective». *Journal of Anthropological Archaeology 11: 330-359.*

DAVID, N.; HENNING, H. (1972): *The Etnography of pottery: a Fulani case seen in archaeological perspective,* Reading. Addison-Wesley Modular Publications 21, Massachusetts.

DAVID, N.; KRAMER, C. (2001): *Etnoarchaeology in action,* Cambridge, *Cambridge University Press.*

DEAL, M. (1983): *Pottery ethnoarchaeology among the Tzeltal Maya,* Departament of Archaeology, Simon Fraser University, Burbaby, British Columbia.

DEBOER, W. R. (1984): «The last pottery show: System and sense in ceramic studies», en Van Der Leew, S. E.; Pritchard, A. C.: *The Many dimensions of Pottery. Ceramic Archaeology and Anthropology,* Cingula VII. Institute for Pre and Proto-history, Amsterdam, 527-571.

DEBOER, W. R.; LATHRAP, D. W. (1979): «The Making and Breaking of Shipibo-Conibo ceramics», en Kramer, C.: *Ethnoarchaeology: implications of Ethnography for Archaeology,* Columbia University Press, New York.

DEGOY, L. (2005): Variabilité technique et identite culturelle: un cas d'etude ethnoarchéologique en Andhra Pradesh (inde du sud). *Pottery manufacturing processes: reconstitution and*

interpretation. Actes du XIVème Congrès UISPP, Universite de liege, Belgique (2.8-september 2001). A. Livingstone Smith, D. Bosquet and R. Martineau. Oxford, BAR International series 1349.

DELAIGUE, M.-CH. (1992): «Ethnoarchéologie et Histoire: l'habitat rural de la Péninsule Ibérique comme indicateur des modifications de peuplement», *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites, XIIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, APDCA., Juan-les-Pins, 391-407.

DELAIGUE, M.-CH. (1995): «Ethnoarchéologie et habitat en Andalousie Orientale», en Bazzana, A; Delaigue, M.C.: *Ethno-archéologie méditerranéenne*, 54, Collection de la Casa de Velázquez, Madrid.

DELAIGUE, M.-CH.; ONRUBIA PINTADO, J.; AMARIR, A.; BOKBOT, Y. (2006): *Etnoarchaéologie des greniers fòrtifiés maghrébins: l'Agadir des Id Ayssa (Amtudi, Maroc)*, CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'arqueologia i antropologia, Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

DELAPORTE, Y. (1991): Le concept de variante dans l'analyse des chaînes opératories. Observer l'action technique. *Des Chaînes operatories, pour quoi faire?*, en H. Balfet. Paris, CNRS.

DIETLER, M. Y HEBRICH, I. (1994): Ceramics and Ethnic Identity. Ethnoarchaeological observations on the distribution of pottery styles and the relationship between the social contexts of production and consumption, XIVe rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes, D. Binder and J. Courtin, Juan-les-Pins, Éditions APDCA.

DIETLER, M.; HERBICH, I. (1989): «Tich Matek: the technology of Luo pottery production and definition of ceramic style». *World Archaeology*, 21, nº 1. Ceramic technology, 148-183.

DIGBY, A. (1978): «Examen radiográfico de las técnicas alfareras», en Ravines, Rogger. (compilador): *Tecnología Andina*, Instituto de Estudios Peruanos, Instituto de Investigación Tecnológica Industrial y de Normas Técnicas, Lima.

DILLEHAY, T. (1990): *Araucania. Presente y Pasado*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

DILLEHAY, T.; GORDON, A. (1977): El simbolismo en el ornitomorfismo mapuche: la mujer casada y el ketrumetawe, *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Kultrún, Santiago de Chile, 1977.

DOMEYKO, I. (1846): *La araucania y sus habitantes*, Imprenta Chilena, Santiago.

DOMÍNGUEZ- RODRIGO, M. (1994): «Dinámica trófica, estrategias de consumo y alteraciones óseas en la sabana africana: resumen de un proyecto de investigación etnoarqueológico (1991-1993)». *Trabajos de Prehistoria* 5 (1**)**: 15-37.

DOMÍNGUEZ- RODRIGO, M. (1996): «La analítica espacial micro como herramienta Tafonómica: aplicación al entorno de una charca africana». *Arqueología espacial* 17-18: 41-56.

DOMÍNGUEZ- RODRIGO, M. (1998): «Estudio del conjunto óseo de un asentamiento de cazadores furtivos mwalangulu en Galana (Kenia)». *Complutum* 9: 161-166.

DOMÍNGUEZ RODRIGO, M.; MARTÍ, R. (1996): «Estudio etnoarqueológico de un campamento temporal Ndorobo (Maasai) en kulalu (Kenia)». *Trabajos de Prehistoria*, 53, 2, 131-143.

DONNAN, CRISTOPHER B. (1978): «Antiguas marcas de alfarero y su interpretación a través de la analogía etnográfica», en Ravines, R. (compilado): *Tecnología Andina*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

DURAN, E.; MASSONE, M. (1979): Hacia una definición del complejo cultural Aconcagua y sus tipos cerámicos, *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, 1977, Kultrún, Santiago, 1979.

DURAN, E.; PLANELLA, M. T. (1989): «Consolidación agroalfarera: Zona Central (900 a 1400 d. C.)», en Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C.; Solimano, I.: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 313-327.

EIROA, J. J.; BACHILLER GIL, J. A.; CASTRO PÉREZ, L.; LOMBA MAURANDI, J. (1999): *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*, Historia, Ariel, Barcelona.

ELLEN, R. F.; GLOVER, I. (1974): «Molucas, *Pottery manufacture and trade in the Central Molucasl* I*ndonesia*: *the modern situation and thermal shock resistance*». *American Antiquity* 51: 89-101.

ERCILLA, A. DE (1976): *La Araucana*, Gredos.
ESPARZA ARROYO, A. (1996): «Píe a tierra: por la distinción entre la Prehistoria y la Arqueología». *Complutum extra*, 6 (II), 13-34.
ESTÉVEZ ESCALERA, J.; VILA MITJÀ, A. (1999): «Tierra del fuego, lugar de encuentros». *Revista de Arqueología Americana*, 15.
ESTÉVEZ, J.; GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA, M. E.; VILA, A. (1984): *Arqueología como Arqueología. Propuesta para una terminología operativa*, Primeras jornadas de Metodología en investigación prehistórica, Soria, 1984.
FALABELLA, F.; ASPILLAGA, E.; MORALES, R.; DINATOR, M. I.; LLONA, F. (1996): «Nuevos antecedentes sobre los sistemas culturales en Chile central sobre la base de análisis de composición de elementos». *Revista Chilena de Antropología*, 13.
FALABELLA, F.; CORNEJO, L.; SANHUEZA, L. (2001): Variaciones locales y regionales en la cultura Aconcagua del valle del río Maipo, *Actas del 4° Congreso Nacional de Antropología Chilena* (Santiago 2001).
FALABELLA, F.; PLANELLA, M. T. (1979): *Curso inferior del río Maipo: evidencias agroalfareras*, Tesis para optar a la licenciatura de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
FALABELLA, F.; PLANELLA, M. T. (1980): «Secuencia cronológica y cultural para el sector de desembocadura del río Maipo». *Revista Chilena de Antropología*, 3.
FALABELLA, F.; PLANELLA, M. T. (1982): *La problemática Molle en Chile Central*, VII Congreso de Arqueología Chilena, Kultrún, Santiago, 1982.
FALABELLA, F.; ROMÁNAN, A.; DEZA, A.; ALMENDRAS, E. (1994): La cerámica aconcagua: mas allá del estilo, *II Taller de Arqueología de Chile Central*, http://www.geocities.com/actas2taller/ferfal2.htm, 1994.
FALABELLA, F.; STHEBERG, R. (1989): «Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: zona central (300 a.c. a 900 d.C.)», en Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C.; Mege, P.: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 295-311.
FARON, L. (1969): *Los Mapuches. Su estructura social*, Instituto Indigenista Americano, México.
FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2004): «Prehistoria y Etnoarqueología en el Nilo Azul (Sudán, Etiopía)». *Bienes Culturales* 3: 119-128.
FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2006): *Una Arqueología Crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Crítica, Madrid.
FERNÁDEZ MARTINEZ, V. M.; GONZALEZ RUBIAL, A. (2001a): «Historia, Arqueología e identidad de un pueblo fronterizo: Los Berta de Benishángul (Etiopía Occidental)». *Arqueoweb*, 3 (3).
FERNÁDEZ MARTINEZ, V. M.; GONZALEZ RUBIAL, A. (2001b): «Historia, Arqueología e identidad de un pueblo fronterizo: los Berta de Benishangul (Etiopía Occidental)», en Mansilla, A. M.: *Pasado y Presente de la construcción identitaria: una mirada desde la antropología y la arqueología*, Universidad Complutense, Madrid.
FERNÁDEZ RODRÍGUEZ, M.; LÓPEZ FERNÁNDEZ, F. J.; MADRIGAL BELINCHÓN, A.; MAYORAL HERRERA, V. (1994): «Aproximación al Estudio Etnoarqueológico del Guadiana Menor (Jaén)». *Trabajos de Prehistoria*, 51, nº 1, 111-125.
FERNÁNDEZ, CÉSAR. A. (1995): *Cuentan los Mapuches*, Biblioteca de la Cultura Argentina, Ediciones Nuevo Siglo, Buenos Aires.
FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1994): «Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLIX, 137-169.
FORDE, C. D. (1995): *Introducción a la Etnología*, Barcelona, Oikos-textos.
FOSTER, G. M. (1956): «Resin-coated pottery in the Philippines». *American Anthropologist* 58: 732-733.
GAETE, N.; SANCHEZ, R. (1995): Patrón alfarero Pelluhue: ¿Un estilo decorativo «El Vergel» al norte del Itata?, *XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 1995.

GAJARDO-TROBAR, R.; SILVA, J. (1980): «Notas sobre la Arqueología de Quillota. Excavaciones en el estadio». *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaiso*, 3.

GALLARDO, F.; ALDUNATE, C.; SEELENFREUND, A.; REES, CH.; DEZA, A.; ROMÁN, A. (1992): «Comentarios a cerca de la alfarería y cronología de la región central sur: una discusión desde la desembocadura del río Maule». *Clava*, 5.

GALLAY, A. (1994): Societés englobées et traditions céramiques. Le cas du Pays Dogon (Mali) depuis le XIIIe siècle. *XIVe rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes*. Juan-les-Pins, Éditions APDCA.

GALLAY, A. ; HUYSECOM, E ; MAYOR, A. ; CEUNINK, G. (1996): *Hier et aujourd'hui: des poteries et des femmes. Ceramiques traditionnelles du Mali*, Ginebra, Documents du Departement d'Anthropologie et d'Écologie de l'Université de Geneve, 22.

GÁNDARA, M. (1987): «Hacia una teoría de la observación en Arqueología». *Boletín de antropología americana*, 15, 5-14.

GÁNDARA, M. (1990): «La analogía Etnográfica como Heurística: Lógica Muestreal, Dominios Ontológicos e Historicidad», en Suguira, Y.; Serra, M. C.: *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 43-82.

GÁNDARA, M. (2006): *La Inferencia por analogía: más allá de la analogía etnográfica*, CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'Arqueologia i antropologia, Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

GARCÍA ALDONATE, M. (1994): *Y resultaron humanos. Fin de las culturas nativas en territorio argentino*, Compañia Literaria, Madrid.

GARCIA, J.; MOLERA, J.; VENDRELL, M. (2001): *Caracterització de ceràmiques prehistòriques de l'Illa deMenorca.* Treballs del Museu de, 23, Govern Balear, Maó.

GARCÍA ROSSELLÓ, J. (2006): *La producción cerámica en los valles centrales de Chile*, CSIC, Institució Milà i Fontanals, Departament d'arqueologia i antropologia, Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

GARCÍA ROSSELLÓ, J. (2006b): *La tecnología como herramienta para documentar los procesos de cambio y los sistemas de organización de la producción cerámica: Un estudio etnoarqueológico en los valles centrales de Chile*, Memoria de investigación presentada en la Universitat de les Illes Balears.

GARCÍA ROSSELLÓ, J. (2006c): «La etnoarqueología como experimentación: Ensayo del concepto de cadena operativa tecnológica aplicado a la etnoarqueología», *I Congreso Nacional de arqueología experimental*, Universidad de Cantabria.

GARCÍA ROSSELLÓ, J. (2007a, e.p.): «La producción cerámica mapuche. Perspectiva histórica, arqueológica y etnográfica», *VI Congreso Nacional de Antropología*, Colegio de Antropólogos, Valdivia.

GARCÍA ROSSELLÓ, J. (2007b, e.p.): «La producción cerámica tradicional como elemento de construcción de la identidad femenina en un territorio rural», *VI Congreso Nacional de Antropología*, Colegio de Antropólogos, Valdivia.

GARCÍA ROSSELLÓ, J.; CALVO TRÍAS, M. (2006): «Análisis de las evidencias macroscópicas de cocción en la cerámica prehistórica: una propuesta para su estudio». *Mayurqa* 31.

GELBERT, A. (1994): «Tour et tournette en Espagne: reserche de macrotaces significatives des différentes techniques et méthodes de façonnage», en d'Antibes, *XVe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Historie: Terre Cuite et Société. La céramique, document, technique, economique, culturel*, APDCA, Juan-les-Pins, 59-73.

GELBERT, A. (1999): «Technological and Stylistical Borrowing Between Ceramic Traditions: A Case study from Northeastern Senegal», en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-analogy and the reconstruction of prehistoric artefact use and production*, Mo Vince, Tubingen, 207-224.

GELBERT, A. (2000): *Etude Ethnoarcheologique des phenomenes d'emprunts cerámiques. Enquêtes dans les haute et moyenne vallées du fleuve Sénégal (Sénegal).* París, Thèse de Doctorat. Université de Paris X- Nanterre.

GELBERT, A. (2003): *Traditions cerámiques et emprentes techniques. Etude Etnoarcheologique dans le haute et moyenne vallées du fleuve Sénegal,* París, Editions de la MSH, Epistèmes.

GELBERT, A. (2005): Reconnaissance des techniques et des méthodes de façonnage par l'analyse des macrotraces: êtude Ethnoarchéologique dans la valleé du Sénegal, *Pottery manufacturing processes: reconstitution and interpretation,* Actes du XIVème Congrès UISPP, Universite de liege, Belgique (2.8-september 2001). A.

GIBSON, A.; WOODS, A. (1990): *Prehistoric pottery for the archaeologist*, Leicester, Leicester University Press.

GILMAN, A. (1984): «Explaining the upper Paleolithic revolution», en Spriggs, M.: *Marxist perspectives in archaeology*, Cambridge University Press, cambridge.

GILMAN, A. (1991): «Condiciones sociales bajo las cuales el cambio tecnológico es la causa inmediata de la evolución cultural», en López García, P.: *La dinámica de la evolución social en el sureste de España*, CSIC, Madrid.

GÓMEZ CASTANEDO, A. (1999): «Etnoarqueología. Estudiar el presente para comprender el pasado». *Nivel Cero,* 6-7, 143-148.

GÓNGORA, M. (1959): «Notas sobre la encomienda tardía». *Boletín de la academia Chilena de la Historia*, 61, 27-51.

GÓNGORA, M. (1966): «Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (siglos XVII-XIX)». *Cuadernos del centro de estudios económicos,* 3 (2).

GÓNGORA, M. (1970): «Encomenderos y estancieros».

GÓNGORA, M. (1978): *El origen de los inquilinos en Chile Central,* Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

GONZÁLEZ, C. (1998): «¿Funebria Incaica o de Yanaconas en Chile Central? La problemática de las adscripciones tempo-culturales». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología,* 25, 31-36.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A. (1995): «Etnografía y método científico», en Aguirre Batzan, A.: *Etnografia. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, Boixareu Universitaria, Barcelona, 49-63.

GONZÁLEZ GODOY, C. (2000): «Comentarios arqueológicos sobre la problemática inca en Chile Central». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología,* 29.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (1998): «Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis». *Complutum,* 9, 167-192.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2001): «Etnoarqueología de la vivienda en África subsahariana: Aspectos simbólicos y sociales». *Arqueoweb,* 3(2).

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003a): *Etnoarqueología de la emigración: el fin del mundo preindustrial en Terra de Montes (Galicia),* Servicio de publicaciones de la Diputación de Pontevedra, Pontevedra.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003b): «Desecho e identidad: etnoarqueología de la basura en galicia». *Gallaecia* 22: 413-440.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003c): «(Etno)arqueoloxía da emigrazón na Galizia: Do Antigo Réxime á Modernidade através da cultura material». *Brigantium* 14: 259-274.

GONZALEZ RUIBAL, A. (2004): *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología,* Madrid, Akal.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2005): «Etnoarqueología de la cerámica en el Oeste de Etiopía». *Trabajos de Prehistoria* 62 (2): 41-66.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006): *El giro post-colonial: hacia una Etnoarqueología crítica*, Ed. de CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'Arqueologia i Antropologia. Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

GONZÁLEZ RUIBAL, A.; FERNADEZ MARTINEZ, V. M. (2003): «House ethnoarchaeology in Ethiopia. Some elements for the analysis of domestic space in Benishangul», en Ayán, X.; Mañana, P.; Blanco, R.: *Archaeotecture: Archaeology of Architecture*, B.A.R. International Series, Oxford.

GONZÁLEZ URQUIJO, J., A.; GÓNZALEZ VÁZQUEZ, A.; GÓMEZ PELLÓN, E.; ZAPATA PEÑA, L.; IBAÑEZ ESTEVEZ, J. J.; RUIZ IDARRAGA, R.; MORENO GARCÍA, M.

(2000): «Un proyecto etnoarqueológico y antropológico en el Rif occidental marroquí: avance sobre los resultados del trabajo de campo del año 2000». *Edades* 8: 91-104.

GONZÁLEZ URQUIJO, J.; IBÁÑEZ ESTÉVEZ, I.; MORENO GARCÍA, M.; PEÑA CHOCARRO, L.; ZAPATA PEÑA, L. (2005): «An ethnoarchaeological project in the Western Rif (Northern Morocco): First results». *Laboratorio di Archeobiologia, Ricerchi e Studi* 0: 21-32.

GÓNZALEZ URQUIJO, J. E.; PEÑA CHOCARRO, L.; ZAPATA PEÑA, L.; IBÁÑEZ ESTÉVEZ, I. (2003): «Las casas de cubierta vegetal del Rif occidental: aspectos arquitectónicos, simbólicos y sociales». *El pajar* 14: 136-143.

GONZÁLEZ URQUIJO, J.; IBÁÑEZ ESTÉVEZ, J. J.; ZAPATA PEÑA, L. (1999): «El V milenio Cal BC en el País Vasco atlántico: la introducción de la agricultura y la ganadería», *II Congreso del Neolítico Peninsular. Saguntum extra-2*.

GONZÁLEZ URQUIJO, J.; IBAÑEZ ESTEVEZ, J. J.; ZAPATA PEÑA, L.; PEÑA CHOCARRO, L. (2001): «Estudio etnoarqueológico sobre la cerámica Gazua (Marruecos). Técnica y contexto social de un artesanado arcaico». *Trabajos de Prehistoria*, 58, nº 1, 5-27.

GONZÁLEZ URQUIJO, J. E.; GONZÁLEZ VÁZQUEZ, A.; IBÁÑEZ, J. J.; MORENO, M.; PEÑA CHOCARRO, L.; RUIZ IDARRAGA, R.; ZAPATA, L. (2001): «Tecnologías tradicionales en el Rif occidental. Avance de los resultados del trabajo de campo 1998-2000». *Edades*, 3, 11-36.

GONZÁLEZ VARGAS, C. A. (1984): *Simbolismo en la Alfareria Mapuche*, Publicaciones Periodicas, Santiago de Chile.

GORDON, A. (1983): *Huimpil, un cementerio agroalfarero temprano. Un intento de interpretación*, Quinta semana indigenista, Temuco, 1983.

GORDON, A. (1984): *Actas de las jornadas de la lengua y la literatura Mapuche*, Ediciones de la Universidad de la Frontera, Temuco.

GORDON, A.; MADRID, J.; MONLEÓN, J. (1973): «Excavación del Cementerio Indígena de Gorbea (sitio GO-3), Provincia de Cautín, Chile», *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, octubre de 1971.Boletín de Prehistoria*, Número especial, 1972-1973.

GOSDEN, CH. (2001): «Postcolonial archaeology. Issues of culture, identity and Knowledge» en Hodder, I. (ed), Archaeology theory today, Polity, Cambridge.

GOSSELAIN, O. P. (1992): «Technology and style: potters and pottery among Bafia of Cameroun». *Man (New studies)* 27: 559-586.

GOSSELAIN, O. P. (2000): «Materializing identities: An African perspective». *Journal of Anthropological Method and Theory*, 7 (3), 187-217.

GOSSELAIN, O. P. (2002): *Poteries du Cameroun Meridional. Styles, Techniques et raports a l'identité*. Paris, CNRS.

GOSSELAIN, O. P.; LIVINGSTONE, A. (1995): «The Ceramics and Society Project: An Ethnographic and experimental Approach to Technological Choices», *KVHAA Konferensei 34*, Stockholm, 147-160.

GOSSELAIN, O. P.; LIVINGSTONE SMITH, A. (2005): The source. Clay selection and processing practiques in sub-saharian Africa. *Pottery manufacturing processes: reconstitution and interpretation*, Actes du XIVème Congrès UISPP, Universite de liege, Belgique (2.8-september 2001). A. Livingstone Smith, D. Bosquet and R. Martineau. Oxford, BAR International series 1349: 33-48.

GOULD, R. (1980) *Living archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.

GOULD, R.; SCHIFFER, M. B. (1981): Modern material culture studies: the Archaeology of us, New York, Academic Press.

GOULD, R.; WATSON, P. J. (1982): «A Dialogue on the Meanning and Use of Analogy in ethnoarchaeological Reasorning». *Journal of Anthropological Archaeology*, 1, 355-381.

GRAHAM, M. (1823): *Diario de su residencia en Chile (1922) y su viaje a Brasil (1923)*, Editorial Americana, Madrid.

GUEVARA, T. (1908): *Psicología del Pueblo Araucano*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile.

GUEVARA, T. (1911): *Folklore Araucano*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile.

GUTIÉRREZ, S. (1988): *Cerámica paleoandalusí del sur de Alicante (siglos VII-X)*, Caja de Ahorros provincial de Alicante, Alicante.

HAJDUK, A. (1982): «Algunos atecedentes arqueológicos de los Mapuches», en *Cultura Mapuche de la Argentina*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires.

HAJDUK A. (1984): «La etapa alfarera patagónica», *Culturas indígenas de la patagonia*, Madrid.

HAMER, F. (1975): *The potter's dictionary of materials and techniques*. Pitman Publishing, Londres.

HARDIN, M. A.; MILLS, B. A. (2000): «The social and historical context of short-term stylistic replacement: a Zuni case study». *Journal of Anthropological Method and Theory*, 7 (3), 139-163.

HARRIS, M. (1979): *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI, México.

HARRIS, M. (1982 (1979)): *El materialismo cultural*, Alianza Universidad, Madrid.

HARRIS, M. (1991): Introducción a la antropología general. Madrid, Alianza Editorial.

HARVEY, D. (1978): *Imaginative Pottery*, Pitman Publishing ltd., London.

HENRICKSON, E.; MCDONALD, M. (1983): «Ceramic form and function: an ethnographic search and an archaeological aplication». *American Anthropologist* 85: 630-643.

HERNANDO GONZALO, A. (1993): «Enfoques teóricos en arqueología». *SPAL* 1 (Sevilla): 11-37.

HERNANDO GONZALO, A. (1995): «La Etnoarqueología, hoy: Una vía eficaz de aproximación al pasado». *Trabajos de Prehistoria*, 52, nº 2, 15-30.

HERNANDO GONZALO, A. (1996): «Aproximación etnoarqueológica al estudio del neolítico: la utilidad del caso K'ekchí' para el estudio de la prehistoria europea». *Complutum extra*, 6 (II), 193-202.

HERNANDO GONZALO, A. (1997): «La identidad Q'eqchi. Percepción de la realidad y autoconciencia de un grupo de agricultores de roza de Guatemala». *Revista Española de Antropología Americana*, 27, 199-220.

HERNANDO GONZALO, A. (2000): «Hombres del tiempo y mujeres del espacio: individualidad, poder e identidades de género». *Arqueología espacial* 22.

HERNANDO GONZALO, A. (2002): *Arqueología de la identidad*, Akal, Madrid.

HERNANDO GONZALO, A. (2006): *Propuesta para una etnoarqueología estructuralista*, Ed. de CSIC, Institució Milà i Fontanals, Departament d'arqueologia i antropologia. Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona, 2004, e.p.

HIDALGO, J. (1989): «Diaguitas chilenos protohistóricos», en Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C.; Solimano, I.: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 289-293.

HIDALGO, J.; SCHIAPPACASSE, V.; NIEMEYER, H.; ALDUNATE, C.; SOLIMANO, I. (coord.) (1989): *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1989.

HILL, J. N. (1978) «Individuals and their artifacts: an experimental study in archaeology». *American Antiquity*, 43 (2), 245-257.

HODDER, I. (1982): *Symbols in action*, Cambridge University Press, Cambridge.

HODDER, I. (1994): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Crítica, Barcelona.

HODGES, H. (1976): *Artifacts. an introduction to early materials and technology*, John Baker Publishers, London.

HODGES, H. W. M. (1962): «Thin sections of prehistoric pottery: an empirical study». *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 3, 58-68.

HOEBEL, E. A.; WEAVER, T. (1985): *Antropología y experiencia humana*, Barcelona, Omega.

IBÁÑEZ ESTÉVEZ, J. J.; GONZÁLEZ URQUIJO, J. E. (2002): «Cesteros en la Jebala (Rif occidental, Marruecos)». *El pajar*, 13, 88-93.

IBÁÑEZ ESTÉVEZ, J. J.; PEÑA CHOCARRO, L.; GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A.; ZAPATA PEÑA, L. (1999): «Les recipients en bouse de vache et argile non cuite (tabtoba et tonna) dans la région Jebala (Maroc). Exemple d'un processus technique de type domestique». *Techniques et Culture*, 37.

IBÁÑEZ, J. J.; GONZÁLEZ URQUIJO, J. E.; MORENO, M. (2002) «Le travail de la peau en milieu rural: le cas de la Jebala marocaine», en Audoin-Rouzeau, F.; Beyries, S.: *Le travail du cuir de la Préhistoire a nos jours*, 79-97.

IBÁÑEZ, J. J.; GONZÁLEZ URQUIJO, J. E.; PEÑA CHOCARRO, L.; ZAPATA, L.; BEUGNIER, V. (2001): «Harvesting without sickles: Neolithic examples from humid mountains areas», en Beyries, S.; Petrequin, P.: *Ethno-archaeology and its transfers*, 983, British Archaeological Report, International Series, Oxford, 23-36.

IDROVO, J. (1990): «Siglos XVI y XVII: La desarticulación del mundo andino y sus efectos en la alfarería indígena del Austro ecuatoriano». *Cerámica Colonial y vida cotidiana*, Fundación Paul Rivet, Cuenca.

INGOLD, T (1990): «Society and nature and the concept of technology». *Archaeological Review from Cambridge*, 9, 1, 5-17.

IRWIN, G. (1981): «How Lapita lost its pots: the question of continuity in the colonisation of polynesia». *The Journal of the Polynesian Society*, 90, 481-494.

JARA, A. (1965): *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*, Centro de investigaciones de Historia Americana. Editorial Universitaria, Santiago.

JARA, A. (1984): *Guerra y Sociedad en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

JIMÉNEZ NÚÑEZ, A. (1994): «Fuentes y métodos de la arqueología. consideraciones un tanto críticas», en de la Fuente, M.: *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en Antropología*, 229-247.

JOHNSON, A. (1991): «Horticultores: el comportamiento económico en las tribus», en PLATTNER, S. *Antropología económica.* México, Alianza Editorial.

JOHNSON, M. (2000): *Teoría arqueológica. Una introducción*, Barcelona, Ariel Historia.

JOHNSTON, R. H. (1984): An abandoned pottery at guellala on the island of Djerba, Tunisia: A hermeneutic approach to Ethnoarchaeology, en P. Rice: *Pots and potters*, Los Angeles, Institute of Archaeology. Monograph 24: 81-94.

JOPE, E. M. (1956): «Ceramics Medieval», en Singer, C.; Holmyard, E. J.; Williams, T. I.: *A history of technology (I)*, Clarendon Press, Oxford, 284-310.

JOSEPH, C. (1928): «La Vivienda Araucana». *Revista Universitaria*, Año XIII. Nº 10.

JUAN-MUNS, N. (1994): «Fishing strategy in the Beagle Chanel: an ethnoarchaeological approach». *Offa*, 51, 313-316.

KALENTZIDOU, O. (2000): «Discontinuing traditions: Using historically informed ethnoarchaeology in the study of Evros ceramics». *Journal of Anthropological Method and Theory*, 7, 3, 165-186.»

KARLIN, C.; BODU, P; PELEGRIN, C. (1991): «Processus techniques et chaînes opératories. Comment les préhistoriens s'approprient un concept élaboré par les ethnologues», en Balfet, H.: *Observer l'action technique. Des Chaînes operatories, pour quoi faire?* Paris, CNRS.

KIMGERY, W.D. (1982): «Pausible Inferences from ceramic artifacts», en Olins, J. S.; Franklin, A. D.: *Archaeological Ceramics*, Smithsonian Institution Press, Washington D. C., 37-45.

KNUTSSON, H. (1999): Two technologies-two mentalities, en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production*, Tübingen, Urgeschichtliche Materialhefte, 14.

KOLB, C. (coord.) (1989): *Ceramic Ecology (1988)*: *Current Research on Ceramic Materials*.

KOTTAK, C. P. (1994): *Antropología. Una exploración de la diversidad humana*, Mc Graw-Hill, Madrid.

KOTTAK, C. P. (1997): *Antropología cultural: Espejo para la humanidad*, Madrid, McGraw Hill.

KRAMER, C. (1979): «Introduction», en Kramer, C.: *Ethnoarchaeology: implications of ethnography for archaeology*, Columbia Univrsity Press, New York.

KRAMER, C. (1985): «Ceramic ethnoarchaeology». *Annual Review of Antropology*, 14, 77-102.

KRAMER, C. (1991): «Ceramics in Two Indian Cities», University of Arizona Press, Tucson, 205-229.

KRAUSE, R. A. (1984): Modelling the making of pots: An etnoarchaeological approach, en Van Der Lleuw, S. E.; Pritchard, A. C.: *The many dimensions of pottery: Ceramics in archaeology and anthropology*, Amsterdam, Universiteit van Amsterdam**:** 615-698.

KUNOW, J.; GIESLER, J.; GECHTER, M.; GAITZSCH, W.; FOLLMANN-SCHULZ, A. B.; VON BRANT, D. (1986): *Vorschlädge zur systematischen Beschreibung von Keramik* Führer des Rheinischen Landesmuseums Bonn, 124, 1986.

LAGIGLIA, H. (1979): *Dinámica cultural en el centro oeste y sus relaciones con áreas aledañas argentinas y chilenas,* VII Congreso de Arqueología de Chile (1977), Kultrún, Santiago, 1979.

LAGO, T. (1952): «Cerámica de Quinchamalí». *Revista de Arte. Universidad de Chile. Instituto de Extensión de artes Plásticas,* Edición especial.

LAGO, T. (1971): *Arte popular chileno,* Editorial universitaria, Santiago de Chile.

LARRAÍN et Al. (1992): *Chile: Artesania tradicional,* Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

LARREA, F. J.; OLAETXEA, C.; ORTEGA, L. A.; TARRIÑO, A. (1999): «Cerámicas de la edad del Hierro en Guipuzkoa: aportación de la petrografía acerca del área Fuente de las arcillas», en Capel, J.: *Arqueometría y Arqueología,* Universidad de Granada, Granada, 159-172.

LATCHAM, R. (1922): «La organización social y las creencias religiosas de los antiguos Araucanos». *Publicaciones del museo de Etnología y Arqueología de Chile,* 2, 3, 4.

LATCHAM, R. (1928): *Alfarería Indígena Chilena,* Sociedad Impresora y Litográfica Universo, Santiago de Chile.

LATHRAP (1970): *The Upper Amazon,* Praeger, New York.

LEACH, B. (1981): *Manual del ceramista,* Blume, Barcelona.

LEIVA, A. (1984): *El primer avance a la Araucaría, Angol 1862,* Universidad de la Frontera, Temuco.

LEMONNIER, P. (1983): «La Description des Systèmes tecniques. Une urgence en technologie culturelle». *Techniques et Culture,* 1, 11-26.

LEMONNIER, P. (1986): «The study of material culture today: toward an anthropolgy of technical systems». *Journal of Anthropological Anthropological Archaeology* 5: 147-186.

LEMONNIER, P. (1993): «Introduction», en Lemonnier, P.: *Technological choice. transformations in material cultures since the Neolitic,* Routledge, London, 1-35.

LENZ, R. (1897): *Estudios Araucanos,* Imprenta Cervantes, Santiago de Chile.

LEÓN SOLÍS, L. (1983): «Expansión inca y resistencia indígena». *Chungará,* 10, 95-125.

LEÓN SOLÍS, L. (1987): *La resistencia antipeninsular en Chile Central y el rol de los fuertes indígenas, 1536-1545,* CUHSO, Temuco.

LEÓN SOLÍS, L. (1989): *Pucaraes incas y fortalezas indígenas en Chile Central. 1470-1560,* Londres.

LEÓN SOLÍS, L. (1990): *Maluqueros y conchavadores en Araucanía y las pampas. 1700-1800,* Ed. de centenario, Serie quinto, Universidad de la Frontera, Temuco.

LEÓN SOLÍS, L. (1991): *La merma de la sociedad indígena en Chíle Central y la última guerra de Pomaucaes, 1541-1558,* Institute of Amerindian Studies, University of Sant Andrews, Scothland.

LEROY-GOURHAN (1964): *Le geste et la parole, I: Technique et langage,* Albin Michel, Paris.

LEROY-GOURHAN (1988): El hombre y la materia (Evolución y técnica I). Madrid.

LEVI-STRAUSS, C. (1964): *Lo crudo y la cocido,* Ed. de Mitológicas, I, Fondo de Cultura Económica, México.

LEVI-STRAUSS, C. (1986): *La alfarera celosa,* Ed. de Básica, 34, Paidós, Barcelona.

LITTO, G. (1976): *South American Folk Pottery,* Watson-Guptill, New York.

LIVINGSTONE SMITH, A.; BOSQUET, B.; MARTINEAU, R, (editores) (2005): *Pottery manufacturing processes: reconstitution and interpretation,* International Series 1349. Oxford, Bar.

LONDON, G. A. (1991): «Standardization and Variation in the Work of Craft Specialist», en LONGRACE, W. A.: *Ceramic Ethnoarchaeology,* University of Arizona Press, Tucson, 182-205.

LONGRACE, W. A. (1981): Kalinga Pottery: an ethnoarchaeological study, en Hodder, I.; Hammond, N.: *Patterns of the past. Studies in honour of David Clarke,* I, London, Cambrige University Press**:** 49-66.

LONGRACE, W. A. (coord.) (1991a): *Ceramic Ethnoarchaeology*, University of Arizona Press, Tucson, 1991.

LONGRACE, W. A. (1991b): «Introduction», *Ceramic Ethnoarchaeology*, University of Arizona Press, Tucson, 1-11.

LONGRACE, W. A.; XIA, J.; YANG, T. (2000): «I want to buy a black pot». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7, 4, 273-293.

LÓPEZ VARELA, S.; MCANAY, P.; BERRY, K.; (1999): Defining Maya ceramic production at K'axob: An experimental study, en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production*, Tübingen, Urgeschichtliche Materialhefte, 14.

LUMBRERAS, L. G. (1981): *Arqueología de la américa andina,* Milla Baertes, Lima.

MAHIAS, M. (1993) «Pottery techniques in India. Technical variants and social choice», en Lemonnier, P.: *Technological choices. Transformation in material cultures since the Neolithic,* Routledge, London, 157-180.

MAHIAS, M. (1994): «Façonnage des céramiques en Inde. Un cas de poterie tournée par les femmes», *XVe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Historie d'AntibesTerre Cuite et Société. La céramique, document, technique, economique, culturel,* APDCA, Juan-les-Pins, 327-341.

MAMELI, L.; ESTÉVEZ ESCALERA, J. (2005): *Etnoarqueozoología de aves: el ejemplo del extremo sur americano,* Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

MANONI, T.; GIANNICHEDDA, E. (2003): *Arqueología de la producción,* Prehistoria, Ariel, Barcelona.

MANRÍQUEZ, V.; PLANELLA, M. T. (1994): Perspectivas de investigación arqueológica a aprtir de los resultados del estudio etnohistórico sistemático de un región de chile central, *II Taller de arqueología de Chile central*, http:/www.geocities.com/actas2taller/nurihtm, 1994.

MANRÍQUEZ, V..; SÁNCHEZ, S. (2003): «Memorias de la sangre, memorias de la tierra Pertenencia, identidad y memoria entre los indigenas del noroeste argentino, Atacama y Chile Central durante el periodo colonial». *Estudios Atacameños,* 26.

MARTÍNEZ, CH. (1993): Actividades recolectoras costeras de comunidades lafkenches en los períodos cerámico y actual (Provincia de Valdivia, X Región), *Actas del XII Congreso de Arqueología Chilena,* Museo Regional de la Araucanía, Temuco, 1993.

MASSONE, M. (1978): *Los tipos cerámicos del complejo cultural Aconcagua,* Tesis para optar a la licenciatura en Arqueología y Prehistoria, Santiago.

MASSONE, M. (1980): «Nuevas consideraciones en torno al complejo cultural Aconcagua». *Revista Chilena de Antropología,* 3.

MATSON, F. R. (coord.) (1965): *Ceramics and Man*, 1965.

MATSON, F.R. (1980): «Algunos aspectos de la tecnología cerámica», en Brothwell, D.; Higgs, E.: *Ciencia en arqueología,* Fondo de Cultura Económica, México, 619-629.

MATSON, F.R. (1995): *«From Potter's Mouths»,* KVHAA Konferenser, *34,* Stockholm, 13-22.

MAUSS, M. (1941): «Les techniques et la technologie». *Oevres,* III, 250-256.

MAUSS, M. (1967): *Introducción a la etnografía*, Madrid, Istmo.

MAY, P.; TUCKSON, M. (1982): *The traditional pottery of Papua, New Guinea*, Kensington, Bay Books.

MAZZINI, G. (1936): «La cerámica chilena de Quinchamalí también llamada de Chillán». *Revista de Arte,* 18.

MEDINA, A. (1990): «Arqueología y Etnografía en el desarrollo histórico mesoamericano», en Suguira, Y.; Serra, M. C.: *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera,* Instituto de Investigaciones Antropológicas. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 447-481.

MELLAFE, R. (1986): «Las primeras formas coloniales, formas de asentamiento y el origen de la sociedad chilena», en *Historia social de Chile y América,* Editorial universitaria, Santiago de Chile.

MENGHIN, O. (1962): «Estudios de prehistoria Araucana», *Acta Praehistórica,* III-IV.

MERCADER, J. (1989-90): «Nuevas perspectivas sobre el final de la caza-recolección y los inicios de la agricultura-ganadería». *Kalathos,* 9-10, 47-64.

MERCADER, J. (1993): «Nuestros vecinos cazadores-recolectores al borde del siglo XXI: revisionismo y Etnoarqueología en los estudios de caza-recolección». *Antropología,* 4-5, 183-199.

MERCADER, J.; GARCÍA-HERAS, M. (2000): «Ceramic tradition in the African Forest: Characterisation Analysis of Ancient and Modern Pottery from Ituri, D. R. Congo». *Journal of Archaeological Science,* 27, 163-182.

MERCADER, J.; GARCÍA-HERAS, M.; GONZÁLEZ ÁLVAREZ, I. J. (1999): «Arqueometría y etnoarqueología en la interfase: producción cerámica en los bosques de Ituri, Zaire». *Caesaraugusta,* 73.

MESSING, S. D. (1957): «Further comments on resin-coated pottery: Ethiopia». *American Anthropologist,* 59.

MILLER, D. (1985): *Artefacts as categories: a study of ceramic variability in Central India,* Cambridge University Press, Cambridge.

MILLET (coord.) (1979): *Pottery and the archaeologist*.

MOHR CHÁVEZ, K. L. (1991): «The organization of production and distribution of traditional pottery in south highland Peru», en Bey III, G. J.; Pool, C. A.: *Ceramic production and distribution: an integrated approach,* Westview, Boulder, 49-92.

MONTECINO, S. (1984): *Mujeres de la tierra,* CEM-PEMCI, Santiago de Chile.

MONTECINO, S. (1986): *Quinchamalí, reino de mujeres,* Ediciones CEM, Santiago de Chile.

MONTECINO,S. (1995): «Sol viejo, Sol vieja. Lo femenino en las representaciones mapuches». *Excerpta,* 7.

MONTECINO, S. (1997): «Voces de la Tierra: Modelando el Barro. Mitos, sueños y celos de la alfarería». *Excerpta,* 8.

MULLER, J. (1984): «Mississipian Specialization and Salt». *American Antiquity,* 49 (3), 489-507.

MUNTONI, I. M. (1999): From ceramic production to vessel use: a multi-level approach to the neolithic communities of the tavoliere (Southern Italy), en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production.* Tübingen, Urgeschichtliche Materialhefte, 14.

MUÑOZ OLAVE, R. (1921): *Chillan: sus fundaciones y destrucciones 1580-1835,* Imprenta de San José, Santiago.

MURRA, J. (1975): *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

MURRA J. (1980): *La organización económica del estado Inca,* Ed. Siglo XXI, Madrid.

NADAL I LORENZO, J. (2003): *«Reflexiones en torno a la cultura material: nuevas aproximaciones»*. *Pyrenae* 33-34: 65-80.

NARDI, R. (1982): «Los Mapuches en la Argentina. Esquema etnohistórico», en *Cultura Mapuche de la Argentina,* Buenos Aires.

NAVARRO FLORIDA, P. (1999): *Historia de la Patagonia,* Ciudad Argentina, Buenos Aires.

NAVARRO, X.; PINO, P. (1993): «Actividades recolectoras costeras de comunidades lafkenches en los períodos cerámico y actual (Provincia de Valdivia, X Región)», *Actas del XII Congreso de Arqueología Chilena, Museo Regional de la Araucanía. Temuco*.

NELSON, B. A., Ed. (1985): Decoding Prehistoric Ceramics. Carbondale, Southern Illinois University.

NELSON, M. (1990): «The Sudy of Technological Organization». *Archaeological Method and Theory,* 8, University of Arizona Press, Tucson.

NEUPERT, M. A. (2000): «Clays of contention: An etnoarchaeological Study of factionalism and clay composition». *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (3): 249-272.

NICHOLSON, P. T.; PATTERSON, H. L. (1985): «Pottery Making in Upper Egypt: an ethnoarcaheological study». *World Archaeology,* 17-2. Etnoarchaeology, 222-239.

NICHOLSON, P. T.; PATTERSON, H. L. (1989): «Ceramic Technology in Upper Egypt: a study of pottery firing». *World Archaeology,* 21-1. Ceramic Technology, 71-86.

NICKLIN, K. (1971): *Stability and innovation in pottery manufacture. World Archaeology*, 3, 1971.

NIEMEYER, H. (1989): «El escenario geográfico», en Hidalgo, J.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H.; Aldunate, C.; Solimano, I.: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista,* Editorial Andrés bello, Santiago.

NORTON, F.H. (1978): *Cerámica para el artista alfarero,* C.E.C.S.A., Mexico.

NOSTRO, M. E. (1991): «Semiótica de un conflicto étnico encubierto. Los indios de la argentina», en Ediciones de la Universidad Católica de: *Sobre culturas indígenas lenguaje e identidad,* Temuco.

OCAMPO, C.; MERA, C. R.; RIVAS, P (2001): Cementerios Pitrén en el By Pass de Temuco, I*V Congreso Chileno de Antropología*, Santiago, 2001.

OLINS, J. S.; FRANKLIN, A. D. (coord.) (1982): *Archaeological Ceramics,* Smithsonian Institution Press, Washington D. C., 1982.

ONRUBIA-PINTADO, J. (1986): «Sellos y marcas de propiedad de graneros fortificados del Aurès (Argelia): consideraciones etnoarqueológicas en torno a las presuntas correlaciones norteafricanas de las pintaderas de Gran Canaria». *Trabajos de Prehistoria* 43 (1): 281-308.

ONRUBIA PINTADO, J. (1988): «Prehistoria y Etnoarqueología: elementos para una reflexión epistemológica», en Manzano, E.; Onrubia, J.: *Métodos y tendencias actuales en la investigación geográfica e histórica,* Facultad de Geografía e Historia, U. Complutense, Madrid, 57-73.

ONRUBIA PINTADO, J. (1995): «Magasins de falaise préhispaniques de la Grande Canarie. Viabilité et conditions de formulation d'une hypothèse de référence ethno-archéologique», en Bazzana, A.; Delaigue, M.-C.: *Ethno-archéologie méditerranéenne,* 54, Collection de la Casa de Velázquez, Madrid.

ORELLANA RODRIGUEZ, M. (1982): *Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile,* Centro de estudios humanísticos, Universidad de Chile, Santiago.

ORELLANA RODRIGUEZ, M. (1996): *Historia de la Arqueología en Chile,* Colección de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

ORELLANA RODRIGUEZ, M. (1997): «La Etnografía y la Prehistoria en Chile: Su formación científica en el siglo XIX y comienzos del siglo XX». *Ethno,* 1.

ORTON, C. (1985): «Diffusion or impedance. Obstacles to innovation in medieval ceramics». *Medieval Archaeology,* 9, 21-34.

ORTON, C.; TYERS, P.; VINCE, A. (1997): *La cerámica en Arqueología,* Crítica Arqueología, Grijalbo Mondadori, Barcelona.

OSBORN, A. (1979): *La cerámica de los Tunebos. Un estudi etnologico,* Fundación de investigaciones arqueológicas nacionales, Bogotá.

OVERTON, M. (1985): «The diffusión of agricultural innovations in early modern England; turnips and clover in Norfolk and Suffolk 1580-1740», *Transactions of the institute of British geographers,* 10, 205-221.

OWEN, L. y PORR, M. (coord.) (1999): *Ethno-analogy and the reconstruction of prehistoric artefact use and production*, Mo Vince, Tubingen, 1999.

PALOMAR PUEBLA , B.; TOLEDO I MUR, A. (1998): *Mujeres de Barro y Carrizo. Alfarería y cestería en Miraflor,* Nicaragua, Barcelona, UCA-Miraflor, UNAM- Nicaragua, UAB.

PAÑO YÁÑEZ, P. (2005): «El proceso histórico de las transformaciones socioculturales mapuches desde la conquista hasta el siglo XX». *Boletín Americanista,* 55: 206-240.

PAPOUSEK, D. A. (1981): *The peasant potters of Los Pueblos,* Van Gorcum, Assen.

PAPOUSEK, D. A. (1984): «Pots and People in Low Pueblos: The social and economic organization of pottery», en Van Der Leew, S. E.; Pitchard, A. C.: *The Many dimensions of Pottery. Ceramic Archaeology and Anthropology,* Cingula VII, Institute for Pre and Proto-history, Amsterdam.

PARENTINI, L. C. (1996): *Introducción a la Etnohistoria Mapuche*, Sociedad y Cultura, Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Santiago de Chile.

PAVLOVIC BARBARIC, D. (2000): Las casas de la gente del valle: el asentamiento habitacional de la cultura Aconcagua en la cuenca del Maipo-Mapocho, *Actas del III Congreso Chileno de Antropología*, 2000.

PAVLOVIC BARBARIC, D. (2001): La tierras altas del Valle y el patrón de asentamiento de las poblaciones agroalfareras en la cuenca superior del rio Aconcagua, *IV Congreso Chileno de Antropología*, Santiago, 2001.

PAVLOVIC BARBARIC, D.; TRONCOSO, A; HAGN, J. C.; SÁNCHEZ, R. (1998): «TAL 003-Plaza del Pesaje: Asentamiento de la cultura Aconcagua en la confluencia de los rios Maipo-Mapocho». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 26, 22-27.

PAVLOVIC BARBARIC, D.; SÁNCHEZ, R.; GONZÁLEZ, P.; TRONCOSO, A. (1999): Primera aproximación al período alfarero prehispánico del Vallle fronterizo de Putaendo, cuenca superior del rio Aconcagua, Chile Central, *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. 1999.

PAVLOVIC BARBARIC, D.; TRONCOSO, A; HAGN, J. C.; SÁNCHEZ, R. (1998): «TAL 003-Plaza del Pesaje: Asentamiento de la cultura Aconcagua en la confluencia de los rios Maipo-Mapocho». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 26, 22-27.

PAYNTER, R. (2000): «Historical and Antrhopologicla archaeology: Forging alliances». *Journal of Archaeological Research*, 8,1, 1-37.

PEACOCK, D.P.S. (1977): «Ceramics in Roman and medieval archaeology», en Peacock, D. P. S.: *Pottery in early comerce: Characterization and trade in Roman and later ceramics*, Academic Press, London, 21-34.

PEACOCK, D.P.S. (1982): *Pottery in the Roman World: an etnoarchaeological aproach*, Longmans, London-New York.

PEÑA CHOCARRO, L. (1994): *Los modelos etnográficos en arqueología:los cereales vestidos*. Primeras jornadas Internacionales sobre tecnologia Agraria Tradicional, Museo Nacional del Pueblo Español, Madrid, 1994.

PEÑA CHOCARRO, L. (1995): *Prehistoric agriculture in Southern Spain during the Neolithic and the Bronze Age; the application of ethnographic models, Tesis Doctoral*, Institute of Archaeology, University College, London.

PEÑA CHOCARRO, L.; ZAPATA PEÑA, L. (2003): «El cultivo del trigo en el siglo XX en la Euskal Herria atlántica: apuntes etnoarqueológicos», *Zainak. Cuadernos de la Sección de la Sociedad de Estudios Vascos (Etnografía-Antropología)*.

PEÑA CHOCARRO, L.; ZAPATA PEÑA, L.; GONZÁLEZ URQUIJO, J.; IBÁÑEZ ESTÉVEZ, J. J. (2000): «Agricultura, alimentación y uso del combustible: aplicación de modelos etnográficos en arqueobotánica». *Saguntum Extra*, 3.

PÉREZ, A. (1973): *Artesanía y desarrollo: un plan para la comunidad de Pomaire*, Santiago de Chile.

PETERSON, S. (1997): *Artesanía y Arte del Barro*, Blume, Barcelona.

PETREQUIN, P. and A. M. PETREQUIN (1993): *Ecologie d'un outil. La hache de pierre en Iran Jaya (Indonésie)*, Paris, CNRS.

PETREQUIN, A. M.; PETREQUIN, P. (1999): «La poterie en Novelle Guinée: savoir-faire et trasmision des techiques». *Journal de la societé des Océaniestes* 108 (1): 71-101.

PIANA, E. L. (1988): «El projecte etnoarqueològic del Canal Beagle (terra del Foc, Argentina)». *Tribuna d'Arqueología 1987-1988*, 7-14.

PICON, M. (1995): «Pour une relecture de la céramique marocaine: caractéristiques des argiles et des produits, techniques de fabrication, facteurs économiques et sociaux», en Bazzana, A.; Delaigue, M. C.: *Ethno-archéologie méditerranéenne*, 54, Collection de la Casa de Velázquez, Madrid.

PICON, M. (1992). Ethnoarcheologie et recherches en laboratorie: le cas des techniques ceramiques. Ethnoarcheologie: justification, roblemes, limites, CNRS. Juan les Pins, *Actes des XIIemes rencontres internationales d'archaeologie et d'historie d'antibes*. ADPCA**:** 115-126.

PIERRET, A. (1994): Identification des techniques de façonnage: intérêt des données expérimentales pour l'analyse des microstructures. En Binder, D.; Courtin, J.: *Terre cuite et société la céramique, document technique, économique,* XIVe rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes, Juan-les-Pins, Éditions APDCA.

PIERRET, A. (1995): *Analyse technologique des cerámiques archaeológiques: developpements méthodologiques pour l'identification des techniques de façonance, un exemple d'application: le matériel du village des Arènes de Levroux (Indre),* Paris, Thèse de Doctorat. Université de Paris I- Sorbone.

PINTO, A. (1976): *Arqueología colonial de la cuenca de Santiago. Un sitio de encomienda tardía*, Tesis para optar al grado de licenciado en arqueología, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

PINTO, A.; STEHBERG, R. (1982): Las ocupaciones alfareras prehispánicas del cordón de Chacabuco, con especial referencia a la caverna de el Carrizo, *VIII Congreso de Arqueología Chilena* (1979), Kultrún, Santiago, 1982.

PIQUÉ, R. (1999): *Producción y uso del combustible vegetal: una evaluación arqueológica*, 3, UAB-CSIC. Treballs d'Etnoarqueologia 3, Madrid.

PLANELLA, M. T. (1988): *La propiedad territorial indígena en la cuenca de Rancagua a fines del siglo XVI y principios del XVII,* Tesis de magister en historia, mención etnohistoria, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

PLANELLA, M. T.; STEHBERG, R. (1997): «Intervención Inka en un Territorio de la Cultura Local Aconcagua de la Zona Centro-Sur de Chile». *Tawantinsuyu,* 3, Australia., 58-78.

PLANELLA, M. T.; STEHBERG, R.; TAGLE, B.; NIEMEYER, H.; DEL RÍO, C. (1993): *La fortaleza indígena del Cerro Grande de la Compañía (Valle del Cachapoal) y su relación con el proceso expansivo meridional incaico,* Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología, Santiago de Chile, 1993.

POBLOME, J.; DEGYSE, P.; VIANE, W.; RAOUL, O.; WAELKENS, M.; ROLAND, D.; NAUD, J. (2002): «The concep of pottery production centre. An archaeometrical contribution from ancient Sagalassos». *Journal of Archaeological Science,* 29, 873-882.

POLITIS, G. (1998): «Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica». *Trabajos de Prehistoria,* 52-2, 5-19.

POPPER, K.R. (1985): *Realismo y el objetivo de la ciencia,* Tecnos, Madrid.

PORR, M. (1999): «Archaeology, Analogy, Material Culture, Society: An Exploration», en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production.* Tübingen, Urgeschichtliche Materialhefte, 14.

QUIROZ, D. (2001): Ocupaciones El Vergel en las costas de la Araucaria, *4º Congreso Chileno de Antropología*, Universidad de Chile, 2001.

QUIROZ, D.; OLIVARES, J. C. (1997a): «Un relato de desencuentros: mapuches y europeos en la Isla Mocha (1544-1687)», en Quiroz, D.; Sánchez, M.: *La Isla de las palabras rotas,* Biblioteca Nacional, Santiago.

QUIROZ, D.; SÁNCHEZ, M. (coord.) (1997): *La Isla de las palabras rotas*, Ed. de Arana, Centro de investigaciones Diego Barros, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 1997.

RAMON TORRES, J. (1991): *Las ánforas púnicas de Ibiza,* 23, Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, Ibiza.

RAVINES, R.; VILLIGER, F. (coord. 1989): *La cerámica tradicional del Perú*, Organo del comité Interamericano del Folklore, Lima, 1989.

REES, CH.; SEELENFREUND, A.; TORRES-MURA, C.; WESTFALL, C.; GÁLVEZ, O.; LEMUS, M. (1993): *Ocupación prehispánica de la desembocadura del Río Maule,* Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Temuco, 1993.

REES, CH.; SEELENFREUND, A.; WESTFALL, C. (1993): «Patrones de asentamiento prehispánicos en el valle del Río Maule». *Gaceta Arqueológica Andina,* 20, 139-159.

REINA, R. E.; HILL, R. (1978): *The traditional Pottery of Guatemala,* Austin, University of Texas Press.

RENFREW, C. (1977): «Introduction: production and exchange in early state societies, the evidence of pottery», en Peacock, D.P.S.: *Pottery and early comerce. Characterization and trade in Roman and later ceramics*, Academic Press, Londres-Nueva York-San Francisco.

RENFREW, C. (1978): «The anatomy of innovation», en Green, D.; Haselgrove, C.; Spriggs, M.: *Social organisation and settlement*, 47, B.A.R. Int. Series, Oxford, 89-117.

RENFREW, C.; BAHN, P. (1993): *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*, Akal, Madrid.

RENFREW, C.; COOKE, K. (1979): *Transformations. Mathematical approaches to culture change*, Academic Press, New York.

RICE, P. M. (1981): «Evolution of specialized pottery production: considerations of variability and diversity in a trial model». *Current Anthropology*, 22, 219-240.

RICE, P. M. (1982): «Pottery production, pottery clasification, and the role of physicochemical analyses», en Olins, J. S.; Franklin, A. D.: *Archaeological Ceramics*, Smithsonian Institution Press, Washington D. C., 47-56.

RICE, P. M. (1984): The archaeological study of specialized pottery production: some aspects of method and theory, en Rice, P.: *Pots and Potters*, Los Angeles, Institute of Archaeology. Monograph 24: 45-54.

RICE, P. M. (1984a): «Ceramic diversity: Implications for production and use», *49 annual meeting of the society for American Archaeology*, Portland, Oregon.

RICE, P. M. (1984b): «Some reflections on change in pottery producing systems», en Van Der Leew, S. E.; Pritchard, A. C.: *The Many dimensions of Pottery. Ceramic Archaeology and Anthropology*, Cingula VII. Institute for Pre and Proto-history, Amsterdam, 231-293.

RICE, P. M. (1987): *Pottery analysis: a surcebook*, University of Chicago Press, Chicago.

RICE, P. M. (1990): *Pots and potters: currents approaches in ceramic archaeology*, University of California. Institute of Archaeology, Los Angeles.

RICE, P.M. (1994): «Producción y Tecnología de la cerámica andina antigua: punto de vista desde afuera de los andes», en Shimada, I.: *Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los Andes*, Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, Lima, 505-513.

RITCHER, G.M.A. (1956): «Ceramics: from c. 700 BC to the fall of the Roman Empire», en Singer, C.; Holmyard, E. J.; Williams, T. I.: *A history of technology (I)*, Clarendon Press, Oxford, 259-283.

RIVERA, M.; HYSLOP, J. (1984): «Algunas estrategias para el estudio del camino del inca en la región de Santiago, Chile». *Cuadernos de historia*, 4, 109-123.

ROCA ROUMENS, M. (1981): «Terra sigiliata hispánica: una aproximación al estado de la cuestión». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 6, 385-410.

ROCA ROUMENS, M. (1982): «Breve introducción al estudio de la sigiliata». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 7, 385-410.

RODRÍGUEZ, A.; MORALES, R.; GONZÁLEZ, C.; JACKSON, D. (1993): «Cerro la Cruz. Un enclave económico administrativo incaico, curso medio del aconcagua (Chile Central)». *Boletín del Museo Regional de la Araucanía (Temuco)*, 4, II, 201-221.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. (1997): «La tecnología de la piel y el cuero en la prehistoria de Canarias. Una aproximación etnoarqueológica». *Museo Canario* LII:11-31.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. (1999): «The reconstrucción acient leather technology o how to mix methodological approaches». *Urgeschichtliche Materialhefte* 14: 99-110.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A.; JIMÉNEZ MEDINA, A.; ZAMORA MALDONADO, J. M. (2006): *El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas*, Ed. de CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'arqueologia i antropologia. Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, S. N. (2000): «Importancia de la oralidad en comunidades Mapuche de Neuquén, Argentina: el gesto y la palabra». *Nivel Cero*, 8, 95-106.

ROSALES, D. DE. (1877): *Historia General del Reyno de Chile,* Imprenta el Mercurio, Valparaiso.

ROUX, V. (1994): «La technique du tornage: définition et reconnaissance per les macrotraces», *XVe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Historie d'Antibes. Terre Cuite et Société. La céramique, document, technique, economique, culturel,* APDCA, Juan-les-Pins, 45-58.

ROUX, V. (2003): «A dynamic Systems framework for studying Technological Change: Aplication to the emergence of the potter's wheel in the southern levant». *Journal of Archaeological Method and Theory 10 (1)*.

ROUX, V., COURTY, M. (1999): Technological choice in ceramic production. *World Archaeological Congress 4,* University of Cape Town.

ROUX, V.; CORBETTA, D. (1990): *Le tour du potier: specialisation artisana et compétences techniques,* Centre de Reserches Archéologiques, Paris.

ROWE, J. (1946): «Inca culture at the time of spanish conquest», *Handbook of South American Indians,* Washington, 183-330.

RUIZ-ESQUIDE FIGUEROA, A. (1993): *Los Indios Amigos en la frontera Araucana,* Sociedad y Cultura, Centro de Estudios Barros Arana, DIBAM, Santiago de Chile.

RUIZ, A., T. CHAPA, et al. (1988): «La arqueología contextual: una revisión crítica». *Trabajos de Prehistoria* 45: 11-17.

RYE, O. S.; EVANS, C. (1976): *Traditional pottery techniques of Pakistan,* 21, Smithshoniam Contribution Antropology, Washington.

RYE, O. S. (1981): *Pottery technology. Principles and reconstruction,* Manuals on archaeology, 4, Taraxacum, Washington D. C.

SABOGAL, J. (1982): *La cerámica de Piura,* Instituto Andino de Artes Populares, Quito.

SAID, E. (1996 (1993)): *Cultura e imperialismo,* Anagrama, Barcelona.

SAID, E. (1978 (2002)): *Orientalismo,* Debate, Madrid.

SALA, R.; MILAGROSA, M. (1989): *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica,* Universidad de Murcia, Murcia.

SALAZAR, G. (1985): *Labradores, peones y proletarios,* Editorial Sur, Santiago de Chile.

SALAZAR, G. (2002): *Historia contemporánea de Chile,* I y II, Editorial Lom, Santiago de Chile.

SALL, M. (2005): Cultural contacts and technical heritage in Senegambia. Pottery manufacturing processes: reconstitution and interpretation, *Actes du XIVème Congrès UISPP, Universite de liege, Belgique (2.8-september 2001),* en A. Livingstone Smith, D. Bosquet and R. Martineau, Oxford, BAR International series 1349**:** 57-66.

SÁNCHEZ ROMERO, R. (2000a): Cultura aconcagua en el Valle del rio Aconcagua. Una discusión sobre su cronología e hipotesis sobre su organización dual, *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, II,* Copiapó 1997, 2000.

SÁNCHEZ, R.; GAETE, N. (2001): El periodo alfarero al sur del Maule, *II Taller de Arqueología del Chile Central,* 2001.

SÁNCHEZ ROMERO, R. (2000b): Investigaciones arqueológicas en la cuenca superior del rio Aconcagua. Su repercusión en la prehistoria de Chile central, *Actas del III Congreso Chileno de Antropología, I,* Temuco 1998, 2000.

SÁNCHEZ ROMERO, R. (2001): El fin de la Cultura Aconcagua y su relación con el Tawantisuyu, *Cuarto Congreso Chileno Antropología,* Santiago de Chile, 2001.

SÁNCHEZ ROMERO, R. (2002): *Un sentido, una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del rio Aconcagua,* 3er año, Informe del proyecto fondecyt nº 1970531, Santiago de Chile.

SÁNCHEZ ROMERO, R.; PAVLOVIC BARBARIC, D.; GONZÁLEZ, P.; TRONCOSO, A. (2000): Curso Superior del Río Aconcagua un Área de Interdigitación Cultural. Períodos Intermedio Tardío y Tardío, *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena,* Arica, 2000.

SANHUEZA, L.; VILCHES, F.; REES, CHARLES.; WESTFALL, C.; SARASWATI, B.; BEHURA, N. K. (1966): *Pottery techniques in peasant India,* Memoir, 13, Anthropological survey of India, Calcuta.

SARASWATI, B.; BEHURA, N. K. (1966) *Pottery techniques in peasant India,* Memoir, 13, Anthropological survey of India, Calcuta.

SEELENFREUND, A. (1994): Ocupaciones arqueologicas de la precordillera y cordillera de la cuenca del rio maule: un panorama general, *II Taller de arqueología de Chile Central*, http://www.geocities.com/actas2taller/lorena.htm, 1994.

SCHIFFER, M. B. (1972): «Archaeological context and systemic context». *American Antiquity* 37: 156-165.

SCHIFFER, M. B. (1987): Formation processes of the archaeological record, Alburquerque, University of New México Press.

SCHIFFER, M. B.; SKIBO, J. M. (1989): «Theory and experiment in the study of technological change». *Current Anthropology*, 1989.

SCHIFFER, M. B. (1992): *Technological perspectives on Behavioral Change*, University of Arizona Press, Tucson.

SCOTT, L. (1954): «Pottery», en Singer, C.; Holmyard, E. J.; Hall, A. R.: *A history of technology (II)*, Clarendon Press, Oxford.

SERRANO, A. (1966): *Manual de la cerámica indígena*, Ediciones Assandri, Buenos Aires.

SHALINS, M. (1972): *Las sociedades tribales*, Labor, Barcelona.

SHALINS, M. (1977): *La economía de la edad de piedra*, Akal, Barcelona.

SHEPPARD, A. O. (1956): *Ceramics for the archaeologist*, Carnegie Institute of Washington, Washington.

SHIMADA, I. (1994a): «La producción de ceramica en Morrope, Peru: Productividad, especialización y espacio vistos como recursos», en Shimada, I.: *Tecnologia y organización de la producción de cerámica prehispanica en los Andes*, Pontificia Universidad Catolica del Perú. Fondo editorial, Perú, 295-319.

SHIMADA, I. (1994b): «Hornos y producción de cerámica durante el periodo formativo en Batan Grande, Costa Norte del Perú», en Shimada, I.: *Tecnologia y organización de la producción de cerámica prehispanica en los Andes*, Pontificia Universidad Catolica del Perú. Fondo editorial, Lima, 67-119.

SIEGEL, P. E.; ROE, P. G. (1986): «Shipibo archaeo-ethnography: site formation processes and archaeological interpretation». *World Archaeology*, 18 (1). Pespectives in world archaeology, 96-115.

SILVA GALDAMÉS, O. (1978): «Consideraciones a cerca del período inca en la cuenca de Santiago. Chile Central». *Boletín del museo arqueológico de la Serena*, 16, 211-243.

SILVA GALDAMÉS, O. (1983): «¿Detuvo la batalla del Maule la expansión inca hacia el sur de Chile?». *Cuadernos de historia*, 3, 7-25.

SILVA GALDAMÉS, O. (1985a): La expansión incaica en Chile. Problemas y reflexiones, *Actas del IX Congreso de Arqueología Chilena*, La Serena, 1985.

SILVA GALDAMÉS, OSVALDO (1985b): «Grupos de filiación y territoriales entre los Araucanos prehispanos». *Cuadernos de historia*, 5.

SILVA GALDAMÉS, O. (1986): «Los Promaucaes y la frontera meridional incaica en Chile». *Cuadernos de historia*, 6, 7-16.

SILVA GALDAMÉS, O. (1990a): *Guerra y trueque como factores de cambio en la estructura social. Una aproximación al caso mapuche*, Serie Nuevo Mundo. Cinco Siglos, Nº 5, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

SILVA GALDAMÉS, O. (1990b): «Las etnias cordilleranas de los Andes centro-sur al tiempo de la conquista española». *Cuadernos de historia*, 10.

SILVA GALDAMÉS, O. (1993): «Reflexiones sobre la influencia incaica en los albores del Reino de Chile». *Boletín del Museo Regional de la Araucanía (Temuco)*, 4, II, 285-292.

SILVA GALDAMÉS, O. (1995a) *Breve Historia contemporánea de Chile*, Fondo de Cultura Económica, México.

SILVA GALDAMÉS, O. (1995b): «Hombres fuertes y liderazgo en las sociedades segmentarias: un estudio de casos». *Cuadernos de historia*, 15.

SILVA VARGAS, FERNANDO (1962): *Tierras y pueblos de indios en el reino de Chile. Esquema historico-juridico*, Santiago de Chile.

SJOMAN, L. (1992): *Vasijas de Barro. La cerámica popular en el Ecuador,* Centro Interamericano de Artesanía y Artes Populares. CIDAP, Cuenca.

SKIBO, J. M. (1992) *Pottery Function. a Use-Alteratión Perspective,* Interdisciplinary Contributions to Archaeology, Nueva York-Londres, Plenum Press.

LONGRACE, W.A.; SKIBO, J. M. (Coord.) (1994): *Kalinga ethnoarchaeology: expanding archaeological method and theory,* Smithsonian Institution Press, Washington, 169-197.

SPIER, R. F. G. (1967): «Work habits, postures and fixtures», en Riley, C. L.; Taylor, W. W.: *American Historical anthropology: essays in honor of Leslie Spier,* Southern Illinois University Press, Carbondale, 197-220.

SPRATT (1982): «The analysis of innovation processes». *Journal of Archaeological Science,* 9, 79-94.

STARK, M. (1991a): «References cited and a Ceramic Ethnoarchaeology Bibliography», en Longrace, W. A.: *Ceramic Ethnoarchaeology,* University of Arizona Press, Tucson, 247-296.

STARK, M. (1991b): «Ceramic production and community specialization: a Kalinga ethnoarchaeological study». *World Archaeology,* 23(1). Craft Production and Specialization, 64-78.

STARK, M. (1994): «Pottery exchange and regional system», en Longrarce, W. A.; Stark, M. R. Bishop, (2000): «Ceramic technology and social boundaries: Cultural practices in Kalinga Clay selection and Use». *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (4).

STEHBERG, R. (1976a): «La fortaleza de Chena y su correlación con la ocupación Incaica en Chile Central», *MNHN, Publicación ocasional nº 23.*

STEHBERG, R. (1976b): «Notas arqueológicas del cementerio Incaico de Quilicura, Santiago de Chile». *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural,* 234.

STEHBERG, R. (1977): «Reflexiones acerca de la fortaleza inca de Chena». *Revista de Educación,* 62, 46-51.

STEHBERG, R. (1993): Estrategias de dominio incaico en el Chile semiárido y la fronera suroccidental, *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena,* Temuco, 1993.

STEHBER G, R. (1995): *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile,* Colección de Antropología, II, DIBAM, Santiago de Chile.

STEHBERG, R.; CARVAJAL, N.; SEGUEL, R. (1985): «El Tambo Conchuca y su relación con la ruta de penetración Inka en el centro de Chile», *Comechingonia,* Año 4. Número especial, 15-42.

STEHBERG, R.; RODRIGUEZ, A. (1989): «Ofrendatorio mapuche incaico en el cerro Tren-Tren de Doñihue». *Museos,* 6, 8-11.

SUGIURA, Y.; SERRA, M. C. (1990): «Significado del espacio: el caso de la producción alfarera en el valle de Toluca», en Sugiura, Y.; Serra, M. C.: *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera,* 201-219, Instituto de Investigaciones Antropológicas. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

SULLIVAN III, ALAN, P. (1989): «The technology of ceramic reuse: formation processes and archaeological evidence». *World Archaeology,* 21(1) Ceramic Technology, 101-114.

T.A.C. (1987) *Quinchamalí, un pueblo donde la tierra habla,* Santiago.

TALLER DE ARQUEOLOGÍA DE LA ZONA DE CHILE CENTRAL, (1984. Manuscrito): *Sesión periodo temprano,* Santiago.

TELLEZ, E. (1990): «De Incas, Picones y Promaucaes. El derrumbe de la frontera salvaje en el confín austral del Coyasuyu». *Cuadernos de historia,* 10, 69-86.

TELLEZ, E. (1991): «Picones y Promaucaes». *Boletín de historia y geografía,* 8, 22 a 25.

TERRADES BATLLE, X. (2001): *La gestión de los recursos minerales en las sociedades cazadoras-recolectoras,* UAB-CSIC. Treballs d'etnoarqueología 4, Madrid.

TERRADES BATLLE, X.; CLEMENTE CONTE, I.; VILA MITJÀ, A.; MANSUR, M. E. (1999): «Ethno-neglect or the contradiction between ethnohistorical sources and the archaeological record. The case of stone tools of the Yamana People (Tierra del Fuego, Argentina)», en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-analogy and the reconstruction of prehistoric artefact use and production,* Tübingen, 103-115.

THOMAS, C.; BENVENTE, A.; DURÁN, A. (1980): «Análisis crítico comparativo del cementerio Parque La Quintrala, La Reina». *Revista Chilena de Antropología*, 3.

THOMSOM, D. F. (1939): «The seasonal factor en human culture, ilustrated from the life of a contemporary nomadic groups». *Proccedings of prehistoric Society*, 5: 209-221.

THOMPSON, R. H. (1991): «La propuesta arqueológica de la etnoarqueología», *Ceramic Ethnoarchaeology*, University of Arizona Press, Tucson, 231-245.

TITIEV, M. (1951) *Araucanian culture in transition*, University of Michigan, Michigan.

TORREJÓN, F.; CISTERNA, M. (2003): «Impacto ambiental temprano en la Araucanía deducido de crónicas españolas y estudios historiográficos». *Bosque (Valdivia)*, v.24 n.3.

TORRES MARTINES, J. (2003): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica I*, La Coruña, Toxosoutos.

TORRES MARTÍNEZ, J. (2003): «Recursos naturales y economía de los cántabros de la Edad del Hierro». *Complutum* 14: 169-196.

TORRES MARTÍNEZ, J. (2005): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica II*, La Coruña, Toxosoutos.

TORRES MARTÍNEZ, J.; SAGARDOY FIDALGO, T. (2006): *La etnoarqueología en el norte de la Península Iberica y el estudio de las sociedades protohistóricas*, Ed. de CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'arqueologia i antropologia. Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

TOSI, M. (1984): «The notion of Craft Specialitazion and its Representation in the Archaeological Record of Early States in Turanian Basin», en Sprigg, M.: *Marxist Perspectives in Archaeology*, Cambridge, 22-52.

TOULMIN, S. (1977): *La comprensión humana I. El uso colectivo y la evolución de los conceptos*, Alianza, Madrid.

TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*, Crítica, Barcelona.

TRONCOSO, A. (2001a): *S*obre el arte rupestre en el valle de Aconcagua, porqué los signos escudo son Incaicos, *Actas de IV Congreso Chileno de Antropología*, Santiago de Chile, 2001.

TRONCOSO, A. (2001b): La Cultura Diaguita en el 2001: Problemas y Perspectivas desde el Choapa, *Cuarto Congreso Chileno Antropología*, Santiago de Chile, 2001.

TRONCOSO, A. (2002a): *Arte rupestre en el curso superior del rio Aconcagua, zona central de chile: formas, estilos, espacio y poder*, Trabajo de tercer ciclo, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

TRONCOSO, A. (2002b): «Estilo, arte rupestre y sociedad en la zona de Chile Central». *Complutum*, 13, 135-153.

TUSET, F. (1991): *La Terra Sigillata de Clunia. Una propuesta metodológica para el estudio de las producciones altoimpreriales*, Universitat de Barcelona, Barcelona.

ULIBARRI, L. (1973): «Las loceras de Quinchamalí», *Así Trabajo yo*, Colección Nostros los Chilenos, Editorial Quimantú, Santiago de Chile.

UNDERHILL, A. P. (1991): «Pottery production in chiefdoms: the Longshan Period in Northern China». *World Archaeology*, 23, (1). Craft Production and Specialization, 12-27.

UNDERHILL, A. P. (2003): «Investigating Variation in organization of ceramic production: An etnoarchaeological study in Guizhou, China». *Journal of Archaeological Method and Theory* 10 (3).

URIBE, M. (1983): Algunas reflexiones epistemologicas sobre la utilizacion del metodo etnografico en trabajo de campo, *II Congreso Nacional de Antropología en Colombia (1980)*, Boletín de Antropología, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín. Universidad de Antioquia, 1983.

VALDÉS, X. (1983): «Transformaciones en el paisaje rural de Chile Central», *Modelo económico y transformaciones del paisaje rural y urbano*, SUR, Santiago.

VALDÉS, X. (1991): *Loceras de Pilén*, Ediciones CEDEM, Santiago de Chile.

VALDÉS, X. (1993): «Alfarería», en CEM: *Memoria y cultura. Femenino y masculino en los oficios artesanales*, Santiago de Chile.

VALDÉS, X.; MATTA, P. (1986): *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire,* CEM. Pehuén, Santiago de Chile.

VALDÉS, X.; MONTECINO, S.; LEÓN, K.; MACK, M (1983): *Historias testimoniales de las mujeres del campo,* Academia de humanismo cristiano, CEM-PEMCI, Santiago.

VALDIVIA, P. (1970): *Cartas de Relación de la Conquista de Chile,* Editorial Universitaria, Santiago.

VALENZUELA MARQUEZ, J. (1991): *Bandidaje rural en Chile central, Curicó. 1850-1900,* DIBAM, Santiago de Chile.

VALENZUELA ROJAS, B. (1955): «La cerámica folklórica de Pomaire». *Archivos de Folklore Chileno,* 6-7, 28-60.

VALENZUELA ROJAS, B. (1957): «La cerámica folklórica de Quinchamalí». *Archivos de Folklore Chileno,* 8.

VALENZUELA ROJAS, B. (1969): *Álbum de artesanías folclóricas chilenas,* Santiago de Chile.

WALLAERT-PÊTRE, H. (1999): «Manual laterality Apprenticeship as the first learning rule prescribed to potters», en Owen, L.; Porr, M.: *Ethno-Analogy and the Reconstruction of Prehistoric Artefact Use and Production.* Tübingen, Urgeschichtliche Materialhefte, 14.

WALLAERT-PÊTRE, H. (1999): «Potières et apprenties vere du Cameroun. Styles, techniques et processus d'apprentissage». *Techniques et culture 33*: 89-116.

VAN DER LEEW, S. E. (1976): *Studies in the technology of acient pottery,* Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.

VAN DER LEUW, S. E. (1976): *Studies in the technology of ancient pottery,* Amsterdam, These de Doctorat, University of Amsterdam.

VAN DER LEEW, S. E. (1977): «Towards a study of the economics of pottery making». *Ex Horreo,* 4, 68-76.

VAN DER LEEW, S. E. (1984a): «Pottery manufacture: Some implications for the study of trade», en Rice, P. M.: *Pots and Potters: currents aproaches in ceramic archaeology,* University of California Press, 55-69.

VAN DER LEEW, S. E. (1984b): «Dust to dust: a transformational view of ceramic cycle», en Van Der Leew, S. E.; Pritchard, A. C.: *The Many dimensions of Pottery. Ceramic Archaeology and Anthropology,* Cingula VII. Institute for Pre and Proto-history, Amsterdam, 707-778.

VAN DER LEEW, S. E. (1991): «Variation, Variability, and Explanation in the Pottery Studies», en Longrace, W. A.: *Ceramic Ethnoarchaeology,* University of Arizona Press, Tucson, 11-39.

VAN DER LEEW, S. E. (1993): «Giving the potter a choice. Conceptual aspects of pottery techniques», en Lemonnier, P.: *Technological choice. transformations in material cultures since the neolitic,* Routledge, London, 238-288.

VAN DER LEEW, S. E. (1994): «The pottery from Middle-Uruk pit at Tepe Sharafabad, Iran. A Technological Study», *XVe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Historie d'AntibesTerre Cuite et Société. La céramique, document, technique, economique, culturel,* APDCA, Juan-les-Pins, 270-301.

VAN MEURS, M. (1993): «Isla Mocha: Un aporte etnohistórico». *Boletín del Museo Regional de la Araucanía (Temuco),* 4 (1).

VANDIVER, P. (1988): «The implications of variation in Ceramic Technology: The Forming of Neolitic Storage Vessels in China and The Near Esat». *Archeomaterials,* 2, 2, 139-174.

VARELA GUARDA, V. (1992): *De Toconce «Pueblo de alfareros» a Turi «Pueblo de gentiles». Un estudio de etnoarqueología,* Tesis para optar al grado de Licenciada, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1992.

VARELA GUARDA, V. (2002): «Enseñanzas de alfareros Tocones: Tradición y tecnología en la cerámica». *Chungará,* 34-1, 225-252.

VARELA TORRECILLA, C. (1990): «La producción alfarera artesanal del occidente de la península de Yucatan: un ejemplo de cambio cultural». *Revista española de antropología Americana* 20: 183-220.

VASCO URIBE, L. G. (1987): *Semejantes a los dioses. Cerámica Embera-Chamí,* Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1995): «Etnoarqueología de la extracción del oro de los ríos en el Noroeste de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 52 (2): 157-161.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2000): «Estudio etnoarqueológico del «micro» sistema de circulación de bienes de prestigio en las comunidades indígenas de la Baja California mejicana y su aplicación al paleolítico superior europeo». *Semata* 14: 165-174.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2000): *Etnoarqueología: conocer el pasado por medio del presente.* Pontevedra, Diputación provincial de Pontevedra.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2001): «Cerámica, conserva y ritual: estudio etnoarqueológico de la conservaciòn de la sorba». *Gallaecia* 20: 373-378.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2002): «Alimentación, cerámica y ritual: Estudio etnoarqueológico de la conservación de la grasa de cerdo». *Gallaecia* 21: 311-316.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2003): «Aproximación etnoarqueológica a la temperatura de cocción de la cerámica». *Gallaecia*: 407-412.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2003): «Estudio etnoarqueológico de la continuidad y cambio de las formas cerámicas: el modelo del centro alfarero de Buño (La Coruña)». *Lancia* 5: 257-261.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2003): «Formación y significado de las áreas culturales a través del estudio etnoarqueológico de la cerámica popular». *Brigantium* 14: 275-284.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2004): *Culturas distintas, tiempos diferentes y soluciones parecidas,* Pontevedra, Diputación provincial de Pontevedra.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2005): «Cerámica popular de Galicia: etnología y etnoarqueología». *Brigantum* 17.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2005): «A domesticación dende unha perspectiva etnoarqueolóxica: os cabalos de monte do curro de Sabucedo». *A Estrada* 8: 265-276.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2006): «Etnoarqueología de la muerte: una tumba singular del cementerio de San Amaro en La Coruña». *Semata* 17: 501-509.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2006): «La domesticación desde una perspectiva etnoarqueológica: los caballos de monte de Galicia, Noroeste de la Península Ibérica». *Gallaecia* 25: 445-452.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2006): «Nuevos datos y perspectivas sobre la domesticación del caballo: los caballos criados en régimen de libertad en Galicia, Noreste de España». *Munibe* 57: 487-493.

VIDALE, M. (1992): *Produzione artigianale protostorica. Etnaarcheología e archeologia,* Saltuarie dal laboratorio del Piovego, 4, Padova.

VILA MITJÀ, A. (1998): «Arqueologia per imperatiu etnològic». *Cota Zero,* 14, 73-80.

VILA MITJÀ, A. (2006): *Hacia una metodología arqueológica*, CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'arqueologia i antropologia, Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

VILA MITJÀ, A.; ARGELÉS TOLÓ, T.; YLL AGUIRRE, E. I. (1986): «El Microespacio desde una perspectiva etnoarqueológica». *Arqueología Espacial,* 7, 43-49.

VILA MITJÀ, A.; ESTÉVEZ ESCALERA, J. (1999): *Calibrando el Método: Arqueología en Tierra del Fuego,* Congreso Di Etnoarcheologia., Roma, 1999.

VILA MITJÀ, A.; ESTÉVEZ ESCALERA, J.; ZURRO, D.; BARCELÓ, J. A.; TERRADES BATLLE, X.; MAXIMIANO, A.; MAMELI, L.; TOSELLI, A.; PIJOAN, J.; PIQUÉ, R.; CLEMENTE CONTE, I.; MORENO, F.; BRITZ, I.; AFIFA DE HARO, H.; VERDÚN, E.; LOZANO, J.M. (2006): *Analisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras recolectoras*, CSIC, Institució Milà i Fontanals. Departament d'arqueologia i antropologia. Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona.

VILA MITJÀ, A.; ESTÉVEZ, J. (1995a): «Etnoarqueología: el nombre de la cosa», en Vila, A.; Estevez, J.: *Encuentros en los conchales fueguinos*, 1, UAB. CSIC: Treballs d'Etnoarqueologia 1, Madrid, 17-23.

VILA MITJÀ, A.; ESTÉVEZ, J. (coord.) (1995b): *Encuentros en los conchales fueguinos*, UAB. CSIC: Treballs d'Etnoarqueologia 1, Madrid, 1995.

VILA MITJÀ, A.; ESTÉVEZ, J. (2000): «Etnoarqueología como experimentación», en Mameli, L.; Pijoan, J.; Comunicat Ramu, S. L.: *Reunión de experimentación en arqueología,* Treballs d'etnoarqueologia. Número especial, Universitat Autonoma de Barcelona, Barcelona.

VILA MITJÀ, A.; PIANA, E. L. (1993a): «Arguments per a una etnoarqueología. El projecte Ona-Ashaga». *Revista d'Etnologia de Catalunya,* 3, 151-154.

VILA MITJÀ, A.; PIANA, E. L. (1993b): *Quelques argumentations pour une Ethnoarchaologie,* Actes du XIIe Congrès de l'Unión International des Sciences Prèhistoriques et Protohistoriques, Institut Achéologique de l'Académie Slovaque des Sciencies J. Pavúk, Bratislava, 1993.

VILA MITJÀ, A.; PIANA, E. L.; ESTÉVEZ ESCALERA, J.; ORQUERA, L. A. (1995): «Encuentros en los conchales fueguinos», en Vila, A.; Estevez, J.: *Encuentros en los conchales fueguinos.* Treballs d'Etnoarqueologia, 1, CSIC, Madrid, 5-15.

VILA MITJÀ, A.; TOSELLI, A.; BRITZ, I.; ZURRO, D. (2006): *Trasvase acrítico de categorías etnográficas a la práctica arqueológica,* CSIC, Institució Milà i Fontanals, Departament d'arqueologia i antropologia, Etnoarchaeology of the Prehistory: beyond analogy, Barcelona, 2004, e.p.

VILA MITJÀ, A.; WÜNSCH, G. (1990): «Un pequeño paso antes del gran salto». *Xabia,* 6, 19-29.

VILLALOBOS, S. (1976): *Para una meditación de la conquista,* Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

VILLALOBOS, S. (1992): *La vida fronteriza en Chile,* MAPFRE, Madrid.

VILLALOBOS, S (1995): *La vida Fronteriza en la Araucaria. El Mito de la Guerra de Arauco,* Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

VOSSEN, R. (1984): «Towards building models of traditional trade in ceramics: case studies from Spain and Morocco», en Van Der Leew, S. E.; Pitchard, A. C.: *The Many dimensions of Pottery. Ceramic Archaeology and Anthropology,* Cingula VII. Institute for Pre and Proto-history, Amsterdam, 339-397.

WILLET, F.; G. CONNAH (1969): «Pottery making in the village of use near Benin City, Nigeria». *Baessler- Archiv, Neue Folge* 17: 133-139.

WANDIBBA, S. (1995): «Seeking the past in the present: Archaeological implications of ethnographic pottery studies in Kenya», *KVHAA Konferensei 34,* Stockholm, 161-169.

WATSON, P. J. (1979): *Archaeology ethnography in Western Iran,* Viking Fundation Publications in, 57, University of Arizona Press, Tucson.

WERTIME, T.A. (1973): «Pyrotechnology: Man's First Industrial Uses of Fire». *American Scientist,* 61 (6), 670.

WESTFALL, C. (1993-1994): «Pipas prehispánicas de Chile. Discusión en torno a su distribución y contexto». *Revista Chilena de Antropología,* 12.

WILHEM DE MOESBACH, ERNESTO (1930): *Vida y costumbres de los indígenas Araucanos en la segunda mitad del siglo XIX,* Imprenta Cervantes, Santiago de Chile.

WÜNSCH, G. (1996): Aplicación del análisis de las interrelaciones espaciales (ANITES) sobre datos etnoarqueológicos: el sitio Túnel VII (Tierra del Fuego, Argentina) *Arqueología sólo Patagonia, (ponencias de las Segundas Jornadas de Arqueología de Patagonia),* (1993), Puerto Madryn, 1996.

YAÑEZ, R. (1985): *Forma y vida de la cerámica de Pilén,* Universidad de Chile, Santiago de Chile.

YELLEN, J. E. (1977) Archaeological approaches to the present: models for reconstructing de past. New York, Academic Press.

ZAPATA PEÑA, L.; PEÑA CHOCARRO, L. (2003): «Uso y gestión del bosque en la Euskal Herria atlántica: aprovechamiento tradicional de los recursos forestales en Encartaciones y Gorbea». *Zainak* 33: 155-169.

ZHUSHCHIKHOVSKAYA, I. (2005): *Prehistoric Pottery-Making of the Russian Far East,* Oxford, British Archaeological Series.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1: El centro de Chile, sus áreas geográficas y cuencas hidrográficas. Fuente: Encarta
Figura 2: Localización de las poblaciones alfareras estudiadas, complejos culturales y expansión del Imperio Inca en el centro de Chile.
Figura 3: Expansión del Imperio español en Chile central y proceso de reducción del territorio mapuche
Figura 4: Cerámicas arqueológicas.
Figura 5: Cerámicas históricas mapuches.
Figura 6: Cultura material mapuche.
Figura 7: Alfarería mapuche. Fuente: Mueso Histórico de Valdivia y Regional de La Araucania
Figura 8: Distribución de las poblaciones alfareras citadas en el texto. Fuente: Encarta
Figura 9: Distribución de las poblaciones alfareras mestizas del centro de Chile. Fuente: Encarta
Figura 10: Pomaire y su entorno. Fuente: Instituto Geográfico Militar.
Figura 11: Pilén y su entorno. Fuente: Instituto Geográfico Militar.
Figura 12: Quinchamalí y su entorno. Fuente: Instituto Geográfico Militar.
Figura 13: Formas cerámicas de Pomaire. Fuente: Valenzuela (1955) y Museo Arte Popular Americano.
Figura 14: Pomaire. Tecnología según Valenzuela (1955).
Figura 15: Pomaire. Tecnología.
Figura 16: Distribución de la loza pomairina. Fuente: Valdes y Matta (1986).
Figura 17: Quinchamalí. Formas cerámicas y modelado según Litto (1976).
Figura 18: Quinchamalí. Formas cerámicas utilitarias.
Figura 19: Formas cerámicas ornamentales.
Figura 20: Quinchamalí. Obtención de materias primas.
Figura 21: Quinchamalí. Preparación de materias primas.
Figura 22: Quinchamalí. Modelado I.
Figura 23: Quinchamalí. Modelado II.
Figura 24: Quinchamalí. Cocción.
Figura 25: Quinchamalí. Tratamientos posteriores a la cocción.
Figura 26: Pilén. Cerámica utilitaria.
Figura 27: Pilén. Obtención y preparación de materias primas.
Figura 28: Pilén. Confección de una jarra.
Figura 29: Pilén. Modelado.
Figura 30: Pilén. Tratamientos de superficie y cocción.
Figura 31: Distribución. Puntos de venta de Quinchamalí y Pilén.
Figura 32: Organización espacial de la zona de trabajo I.
Figura 33: Organización espacial de la zona de trabajo II.
Figura 34: Comparativa entre las fases de trabajo alfarero y la utilización del espacio.
Figura 35: Cadena operativa de obtención y preparación de la arcilla (fases I-II).
Figura 36: Cadena operativa de obtención y preparación de los engobes (fases I-II).
Figura 37: Cadena operativa de obtención y preparación del combustible (fases I-II).
Figura 38: Cadena operativa de modelado y tratamientos de superficie cuando la arcilla está entre estado fresco y seco (fases III-VII).
Figura 39: Cadena operativa de cocción cuando la arcilla se transforma de estado seco a cocido (fases VII-IX).
Figura 40: Comparativa de las cadenas operativas tendenciales de tradición mapuche y mestiza.

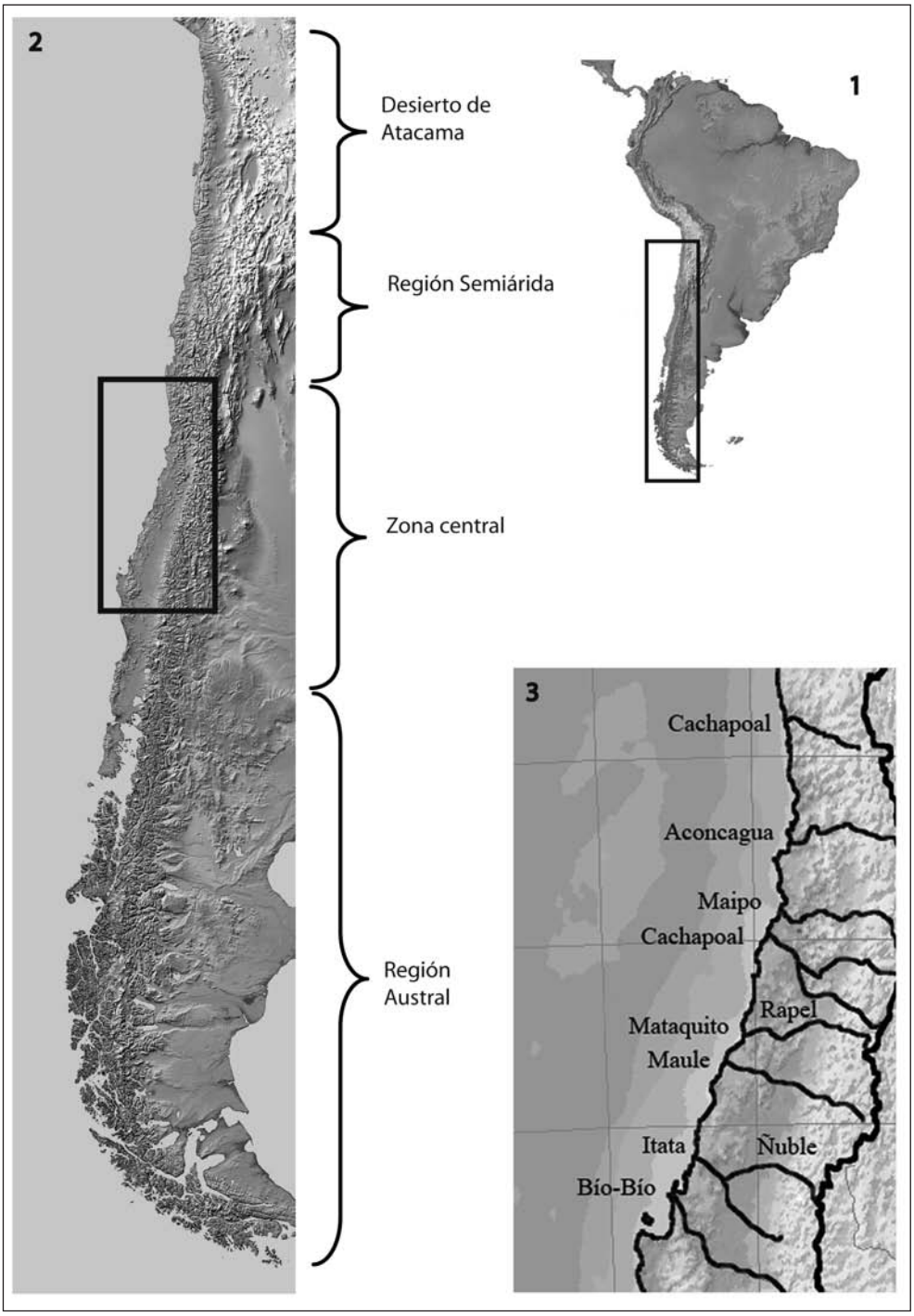


Fig. 1. El centro de Chile, sus áreas geográficas (1 y 2) y cuencas hidrográficas (3).

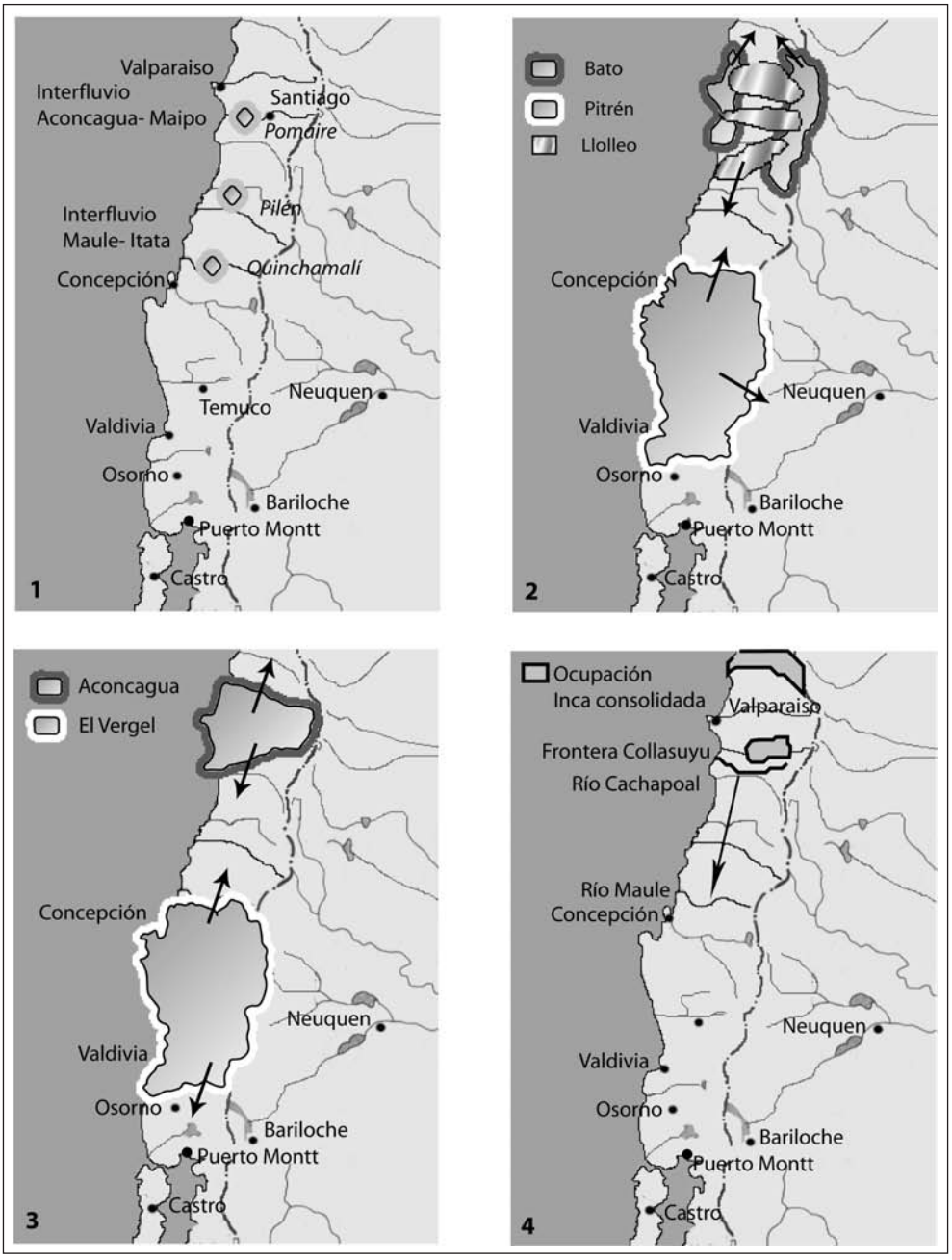


Fig. 2. Localización de las poblaciones alfareras estudiadas (1) , complejos culturales en el alfarero temprano (2), complejos culturales en el alfarero tardío (3) y expansión del imperio Inca en el centro de Chile (4).

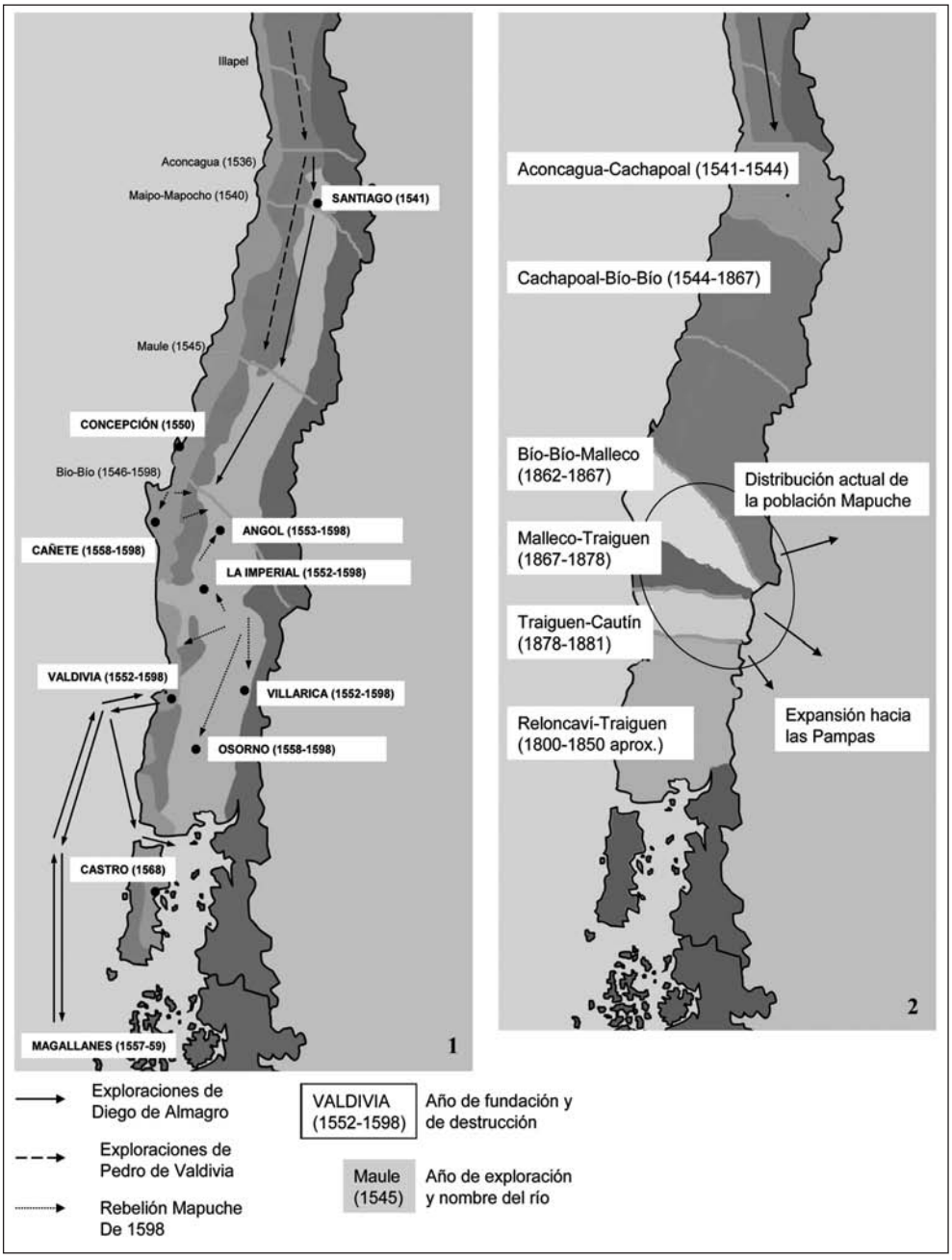


Fig. 3. Expansión del Imperio Español en Chile Central (1) y proceso de reducción del territorio Mapuche (2).

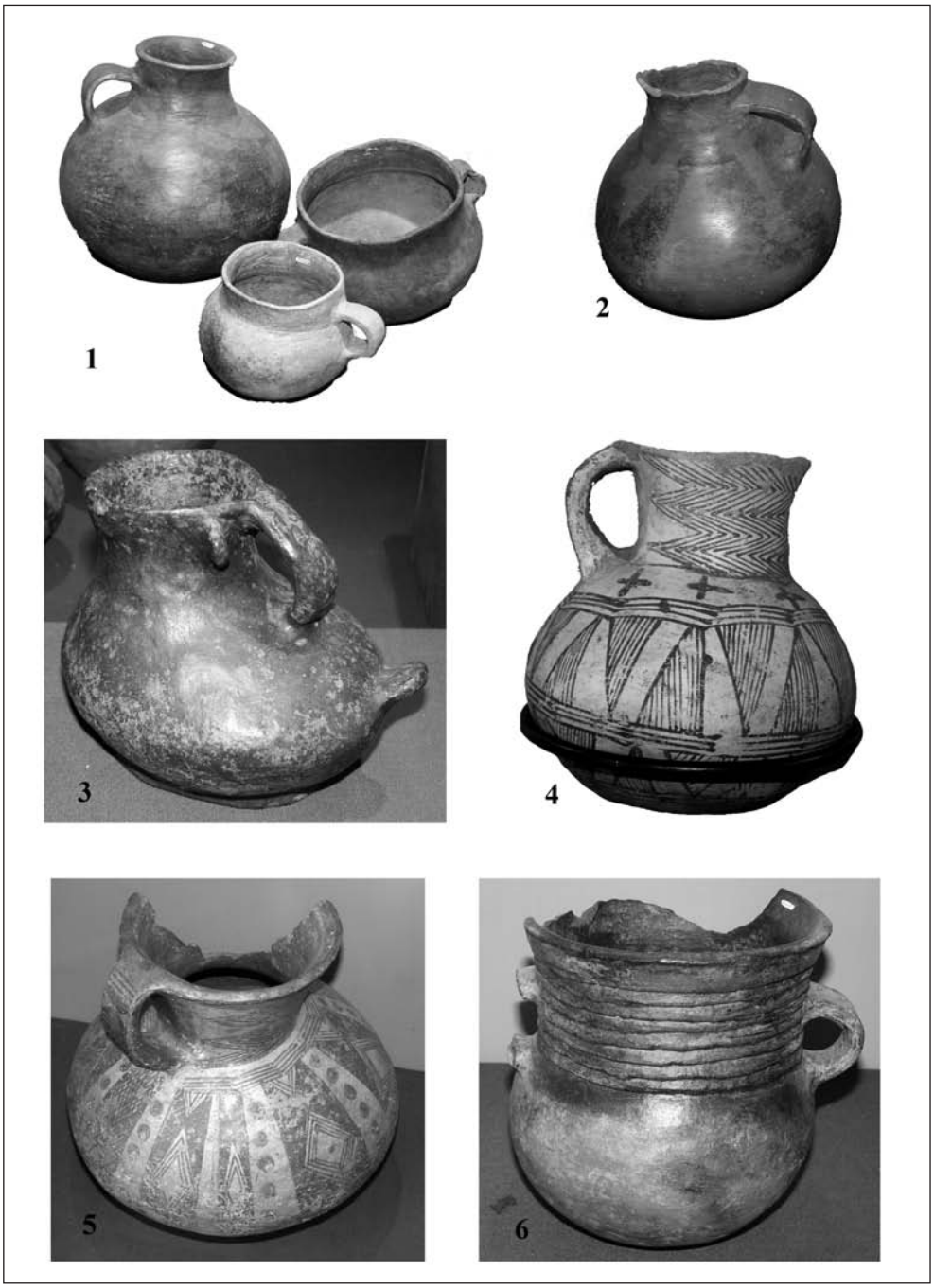


Fig. 4. Cerámicas arqueológicas: 1) Metawe, Pichi Metawe y Challa. Pitrén, lago Ranco, X región. 2) Jarro con asa y decoración bicroma. Pitrén. Los Lagos. 3) Ketro Metawe. Pitrén. 4) Metawe, estilo Valdivia (siglos XVI-XVII), Maitén. 5) Metawe, estilo Valdivia (siglos XVI-XVII) Panguipulli. 6) Challa, El Vergel. Procedencia: Museo Austral de Valdivia.

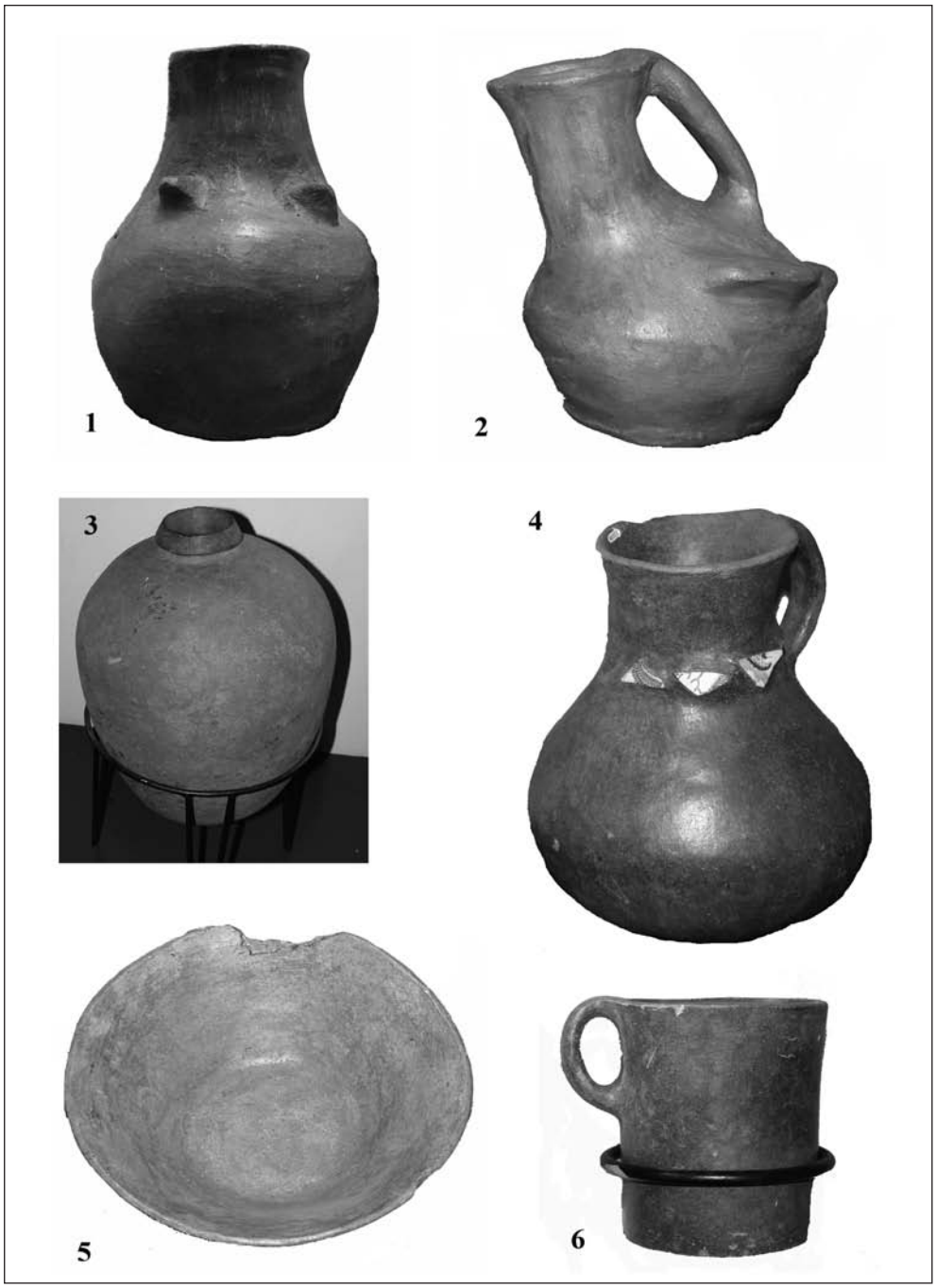


Figura 5: Cerámicas históricas mapuches: 1) Challa con mamelones decorativos, siglo XX. 2) Ketro Metawe, siglo XX. 3) Gran contenedor, Periodo histórico, La Marquina. 4) Charro Metawe con incrustación de loza europea, periodo histórico, sitio Coule. 5) Plato engobado rojo, periodo histórico, sitio Pulile. 6) Taza monocroma, periodo histórico.

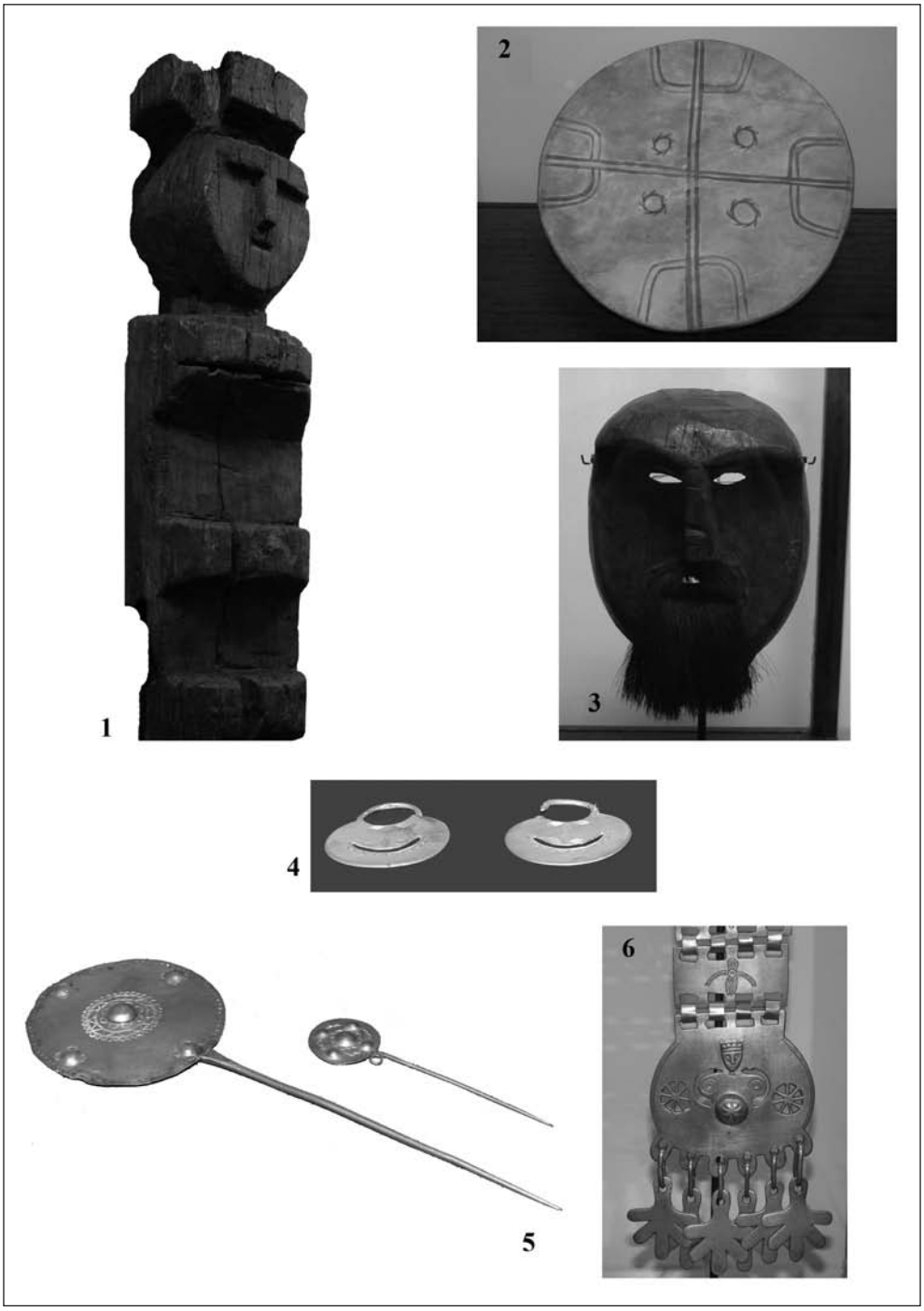


Figura 6: Cultura material Mapuche: 1) Rehue, tótem de madera tallada. 2) Kultrún, instrumento de percusión de madera y cuero. 3) Kollón, máscara ritual. 4) Chacaguay, adornos de plata. 5) Tupu, alfiler de plata con el que se sujeta el chamal. 6) Sükill, pectoral de plata.

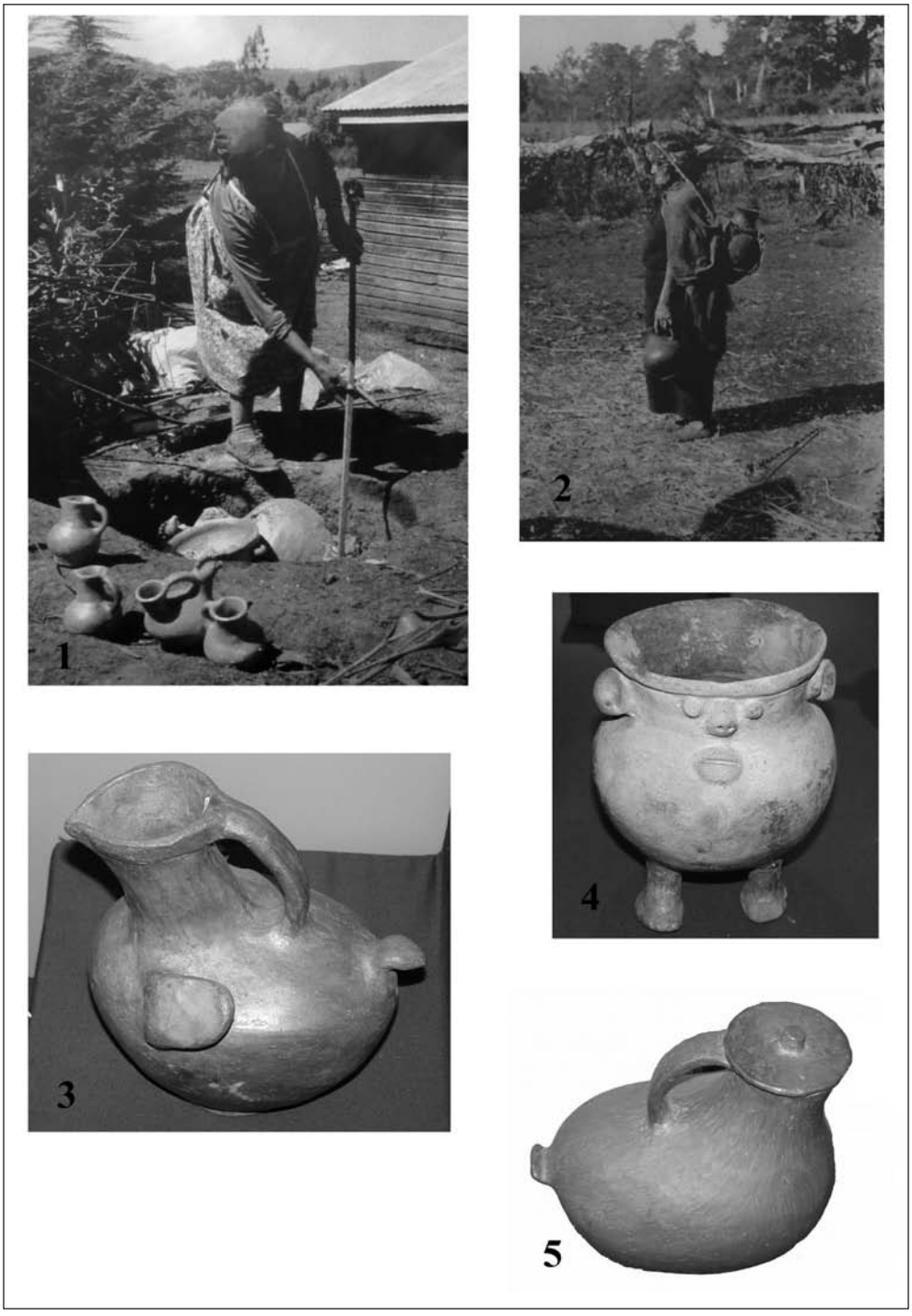


Fig. 7. Alfarería Mapuche: 1) Alfarera mapuche cociendo sus cerámicas, Roblehuacho. 2) Mujer mapuche trasportando vasijas. 3) Ketro Metawe contemporáneo. 4) Challa contemporánea con figura antropomorfa. 5) Ketro Metawe contemporáneo con tapa.

1 Pomaire; 2 Melipilla; 3 Talagante; 4 Vichuquén; 5 Pocillas; 6 Llocheguas; 7 Pilén; 8 Quinchamalí; 9 Santa Cruz; 10 La Florida

Fig. 8. Distribución de las poblaciones alfareras citadas en el texto.

Fig. 9. Distribución de las poblaciones alfareras mestizas del centro de Chile.

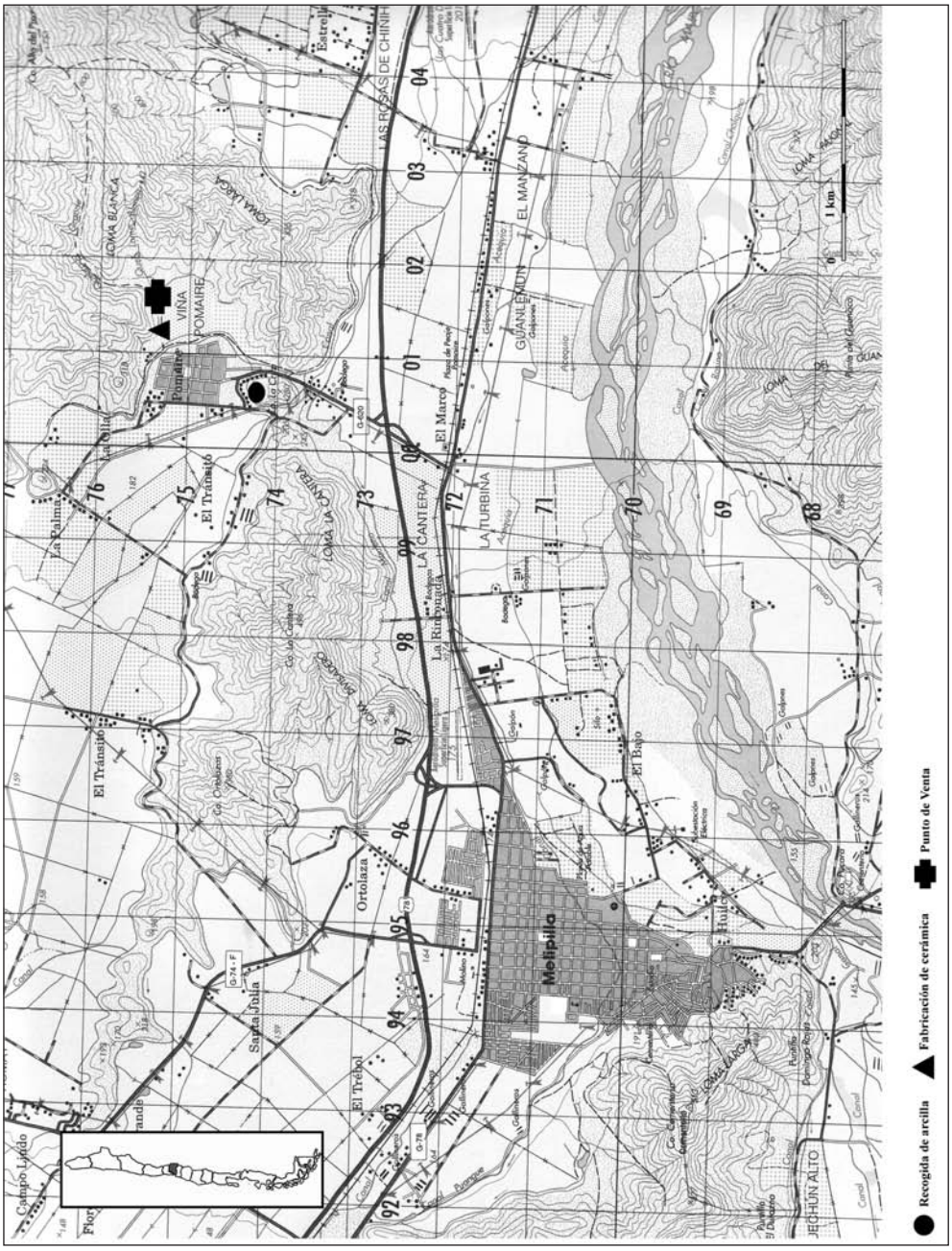


Fig. 10. Pomaire y su entorno.

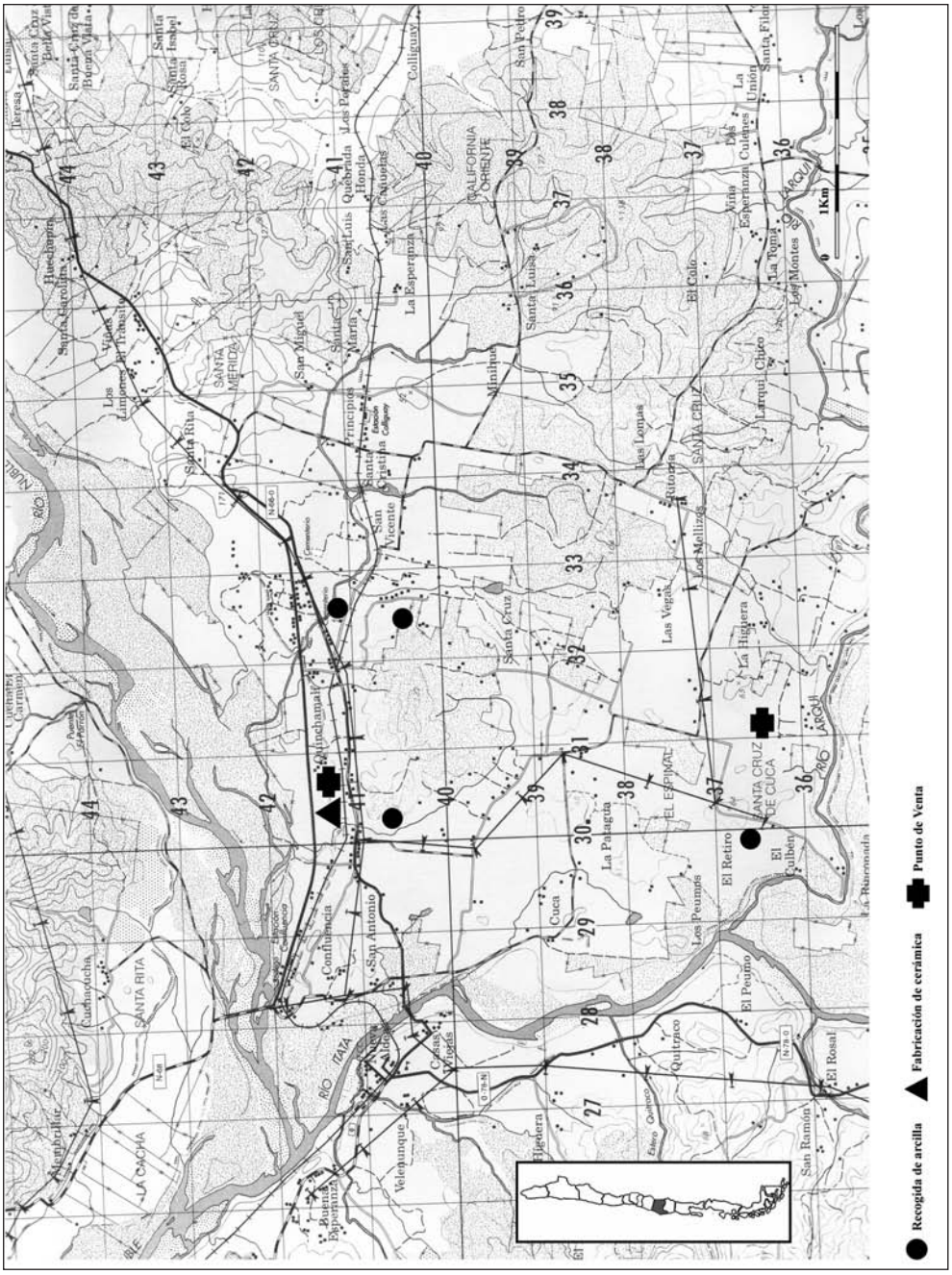


Fig. 11. Pilén y su entorno.

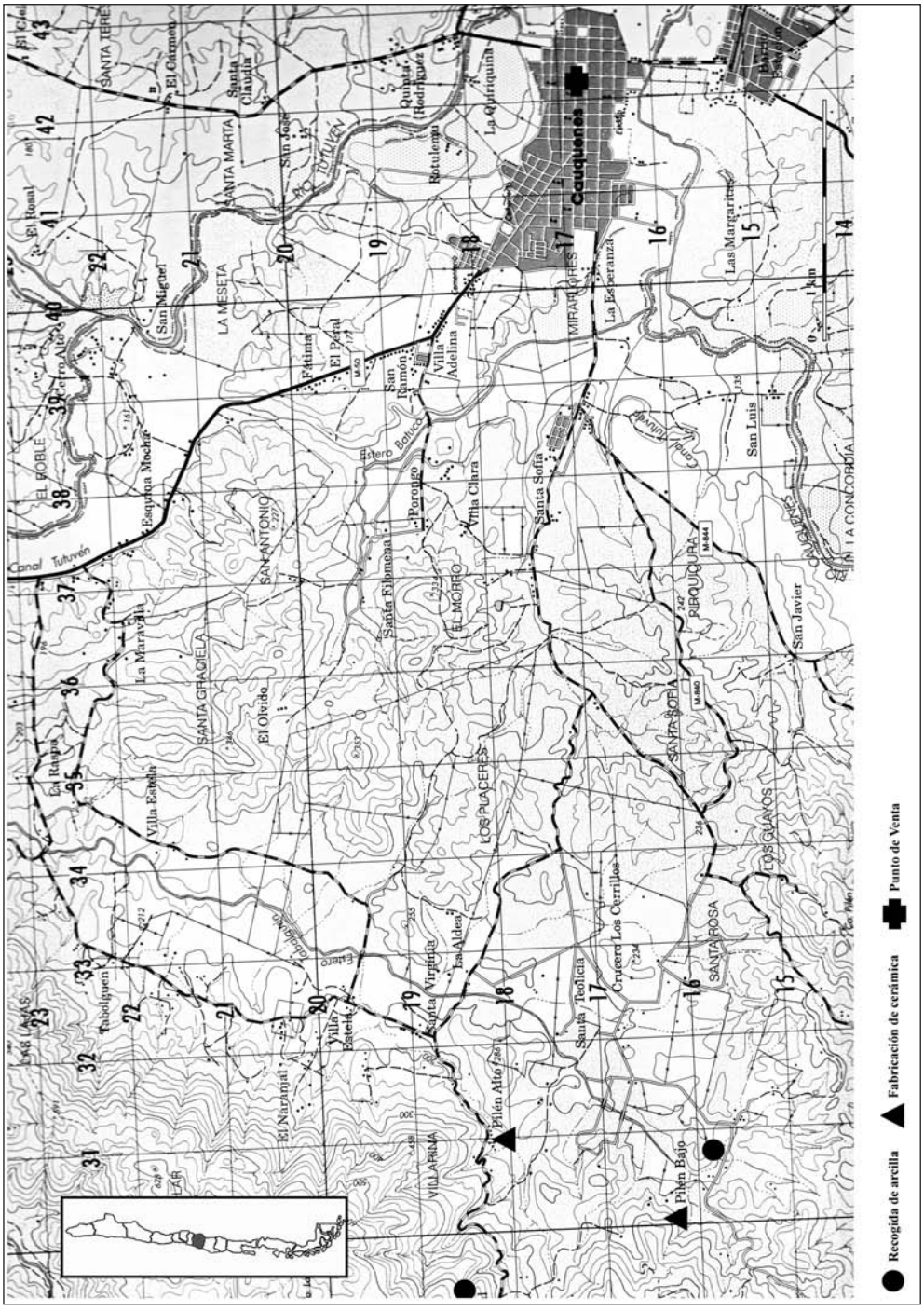


Fig. 12. Quinchamalí y su entorno.

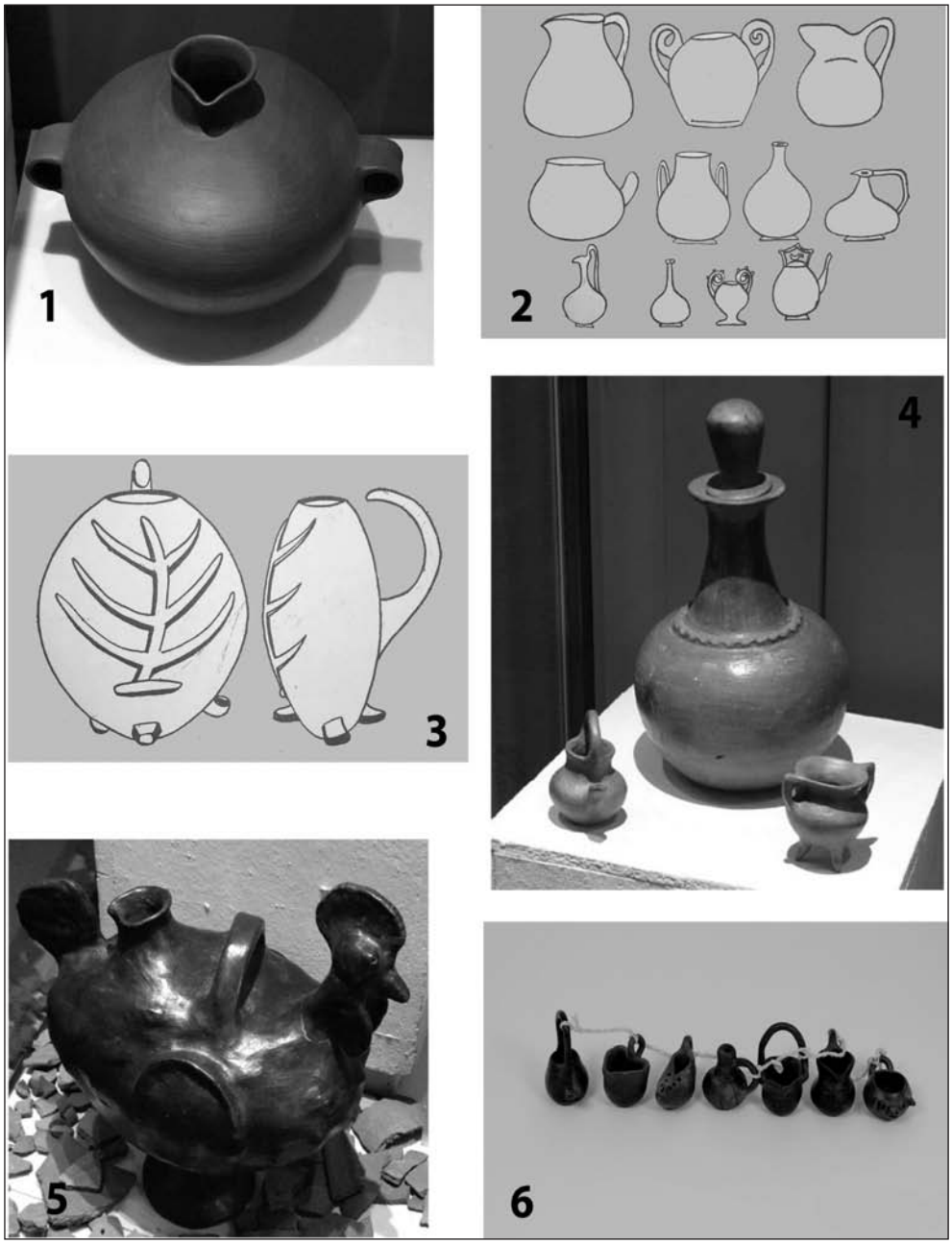
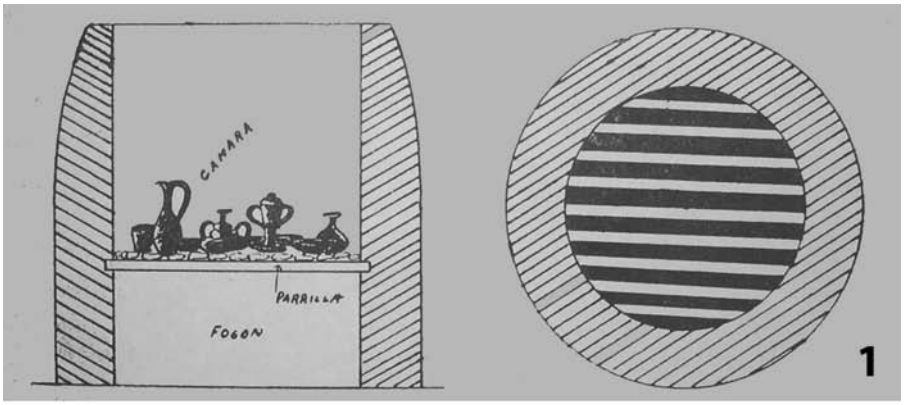
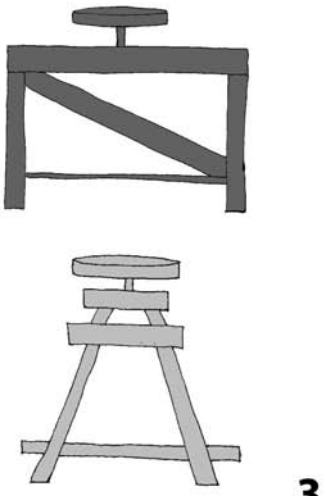
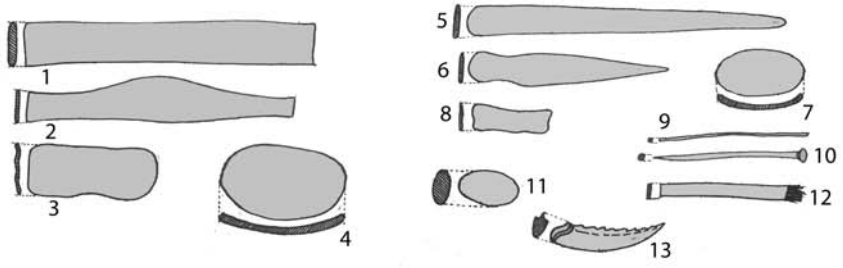


Fig. 13. Formas cerámicas de Pomaire procedentes del Museo de Arte Popular Americano (1,4,5), documentadas por Valenzuela en 1955 (2 y 3) y miniaturas contemporáneas (6).







Herramientas usadas para el modelado: tablilla (1), desgregador (2), cordobán (3) i Mate (4).
Herramientas utilizada en la fabricación de juguetes y miniaturas: tablas (5 y 6), mate (7), cordobán (8), alambre (9), palillo (10), piedra ágata (11), pincel (12), Jaiva (13).

4

Fig. 14. Pomaire. Tecnología según Valenzuela (1955). Horno de planta circular (1 y 2), tornetas (3) y herramientas (4).

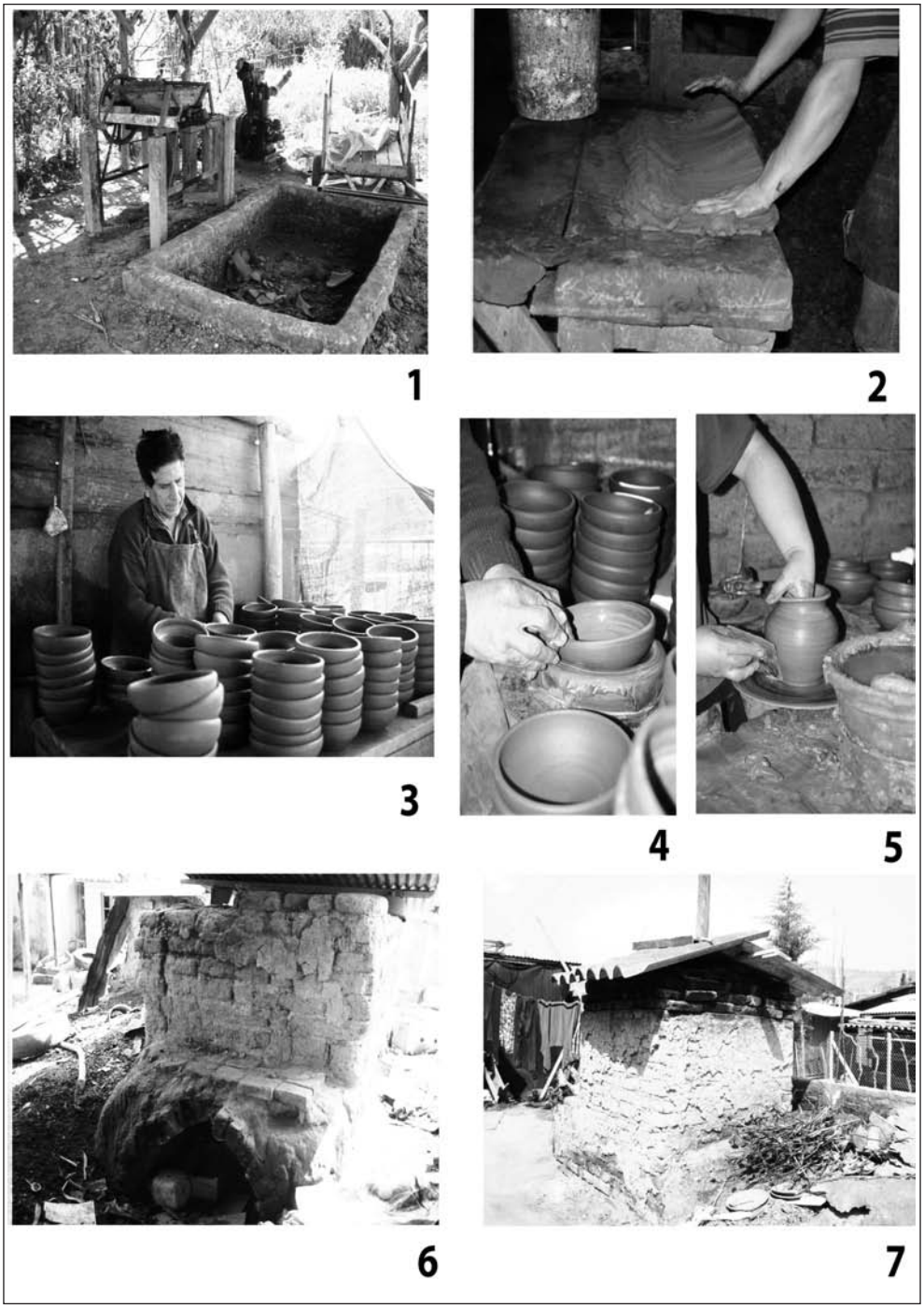


Fig. 15. Pomaire. Tecnología. Piscina de decantación y máquina de moler (1), amasado (2), torneado (3,4,5), hornos de planta cuadrada (6 y 7).

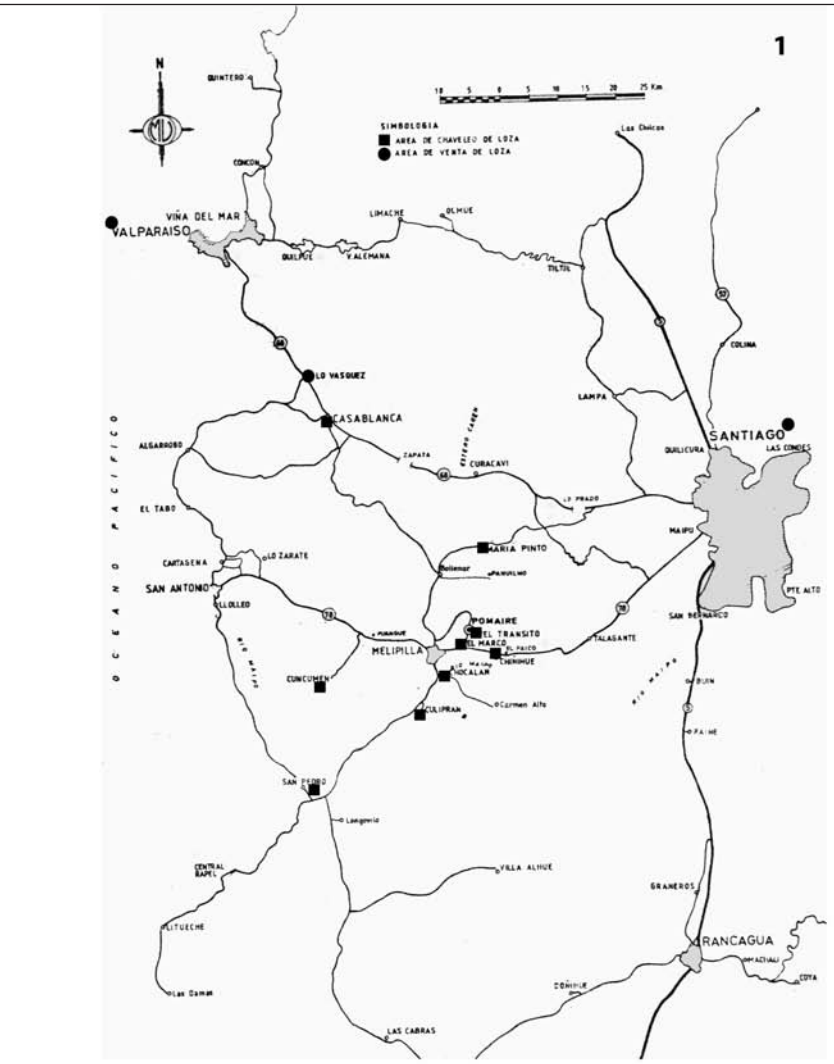


Fig. 16. Distribución de la loza pomairina según Valdés y Matta (1986) (1). Puntos de venta en Santiago (2) y Pomaire (3).

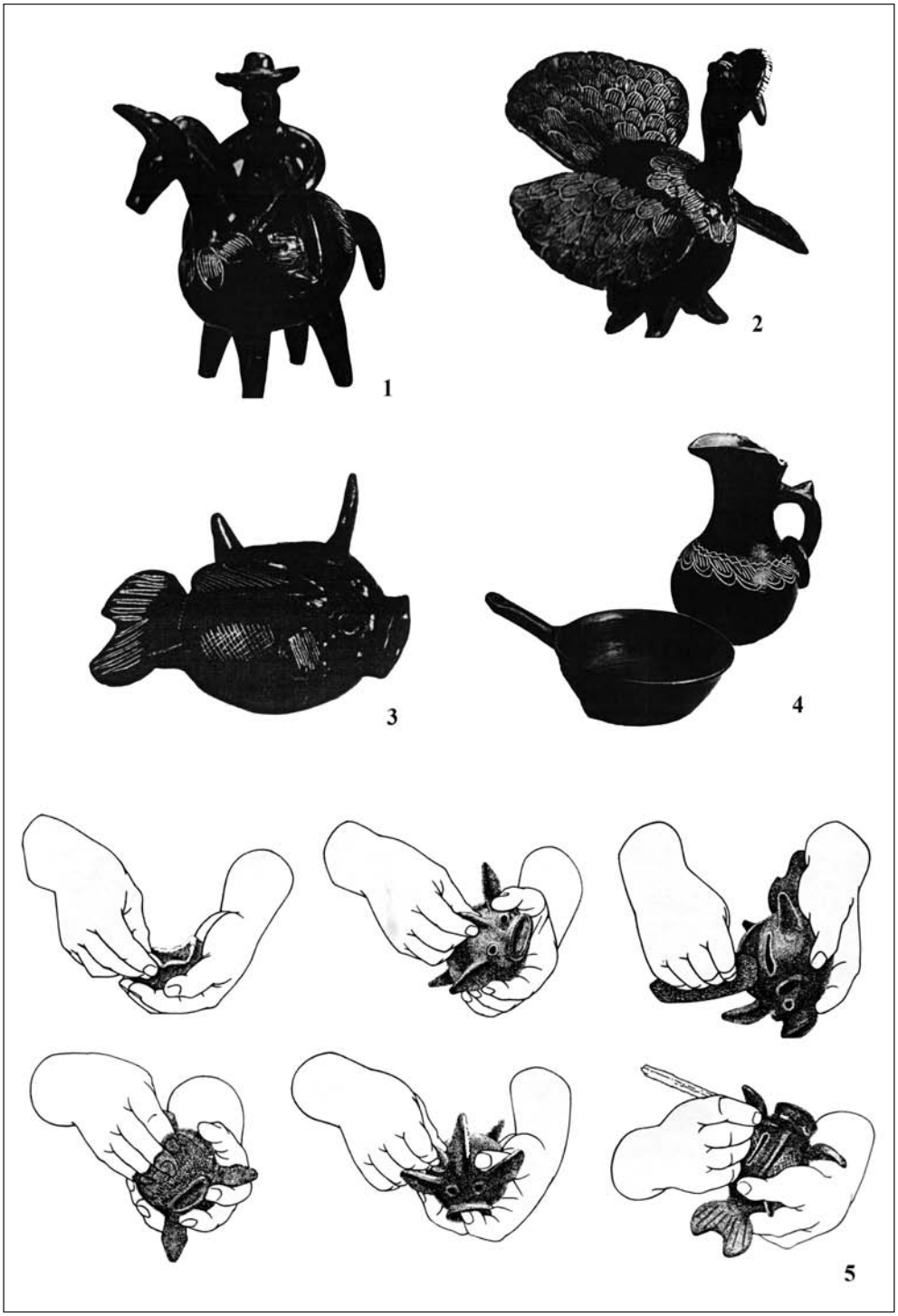


Fig. 17. Quinchamalí. Formas cerámicas y modelado según Litto (1976). Huaso a caballo (1), gallo (2), pez (3), cerámica utilitaria (4) y confección de una pieza ornamental (5).

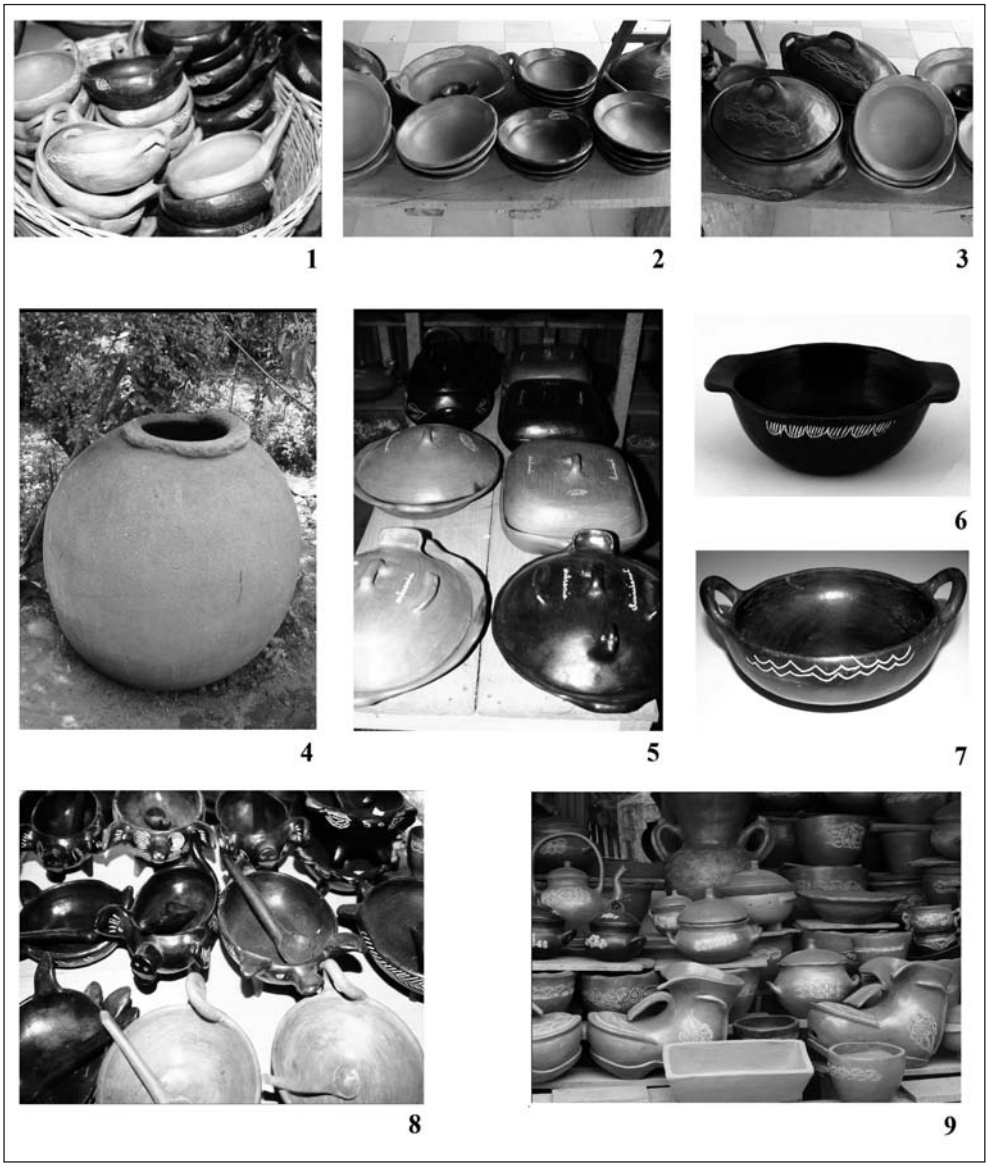


Fig. 18. Quinchamalí. Formas cerámicas utilitarias: pailas (1,6,7), platos y ollas (2 y 3), antigua tinaja (4), lebrillos (5), chanchos para aji (8) y maceteros y ollas (9).

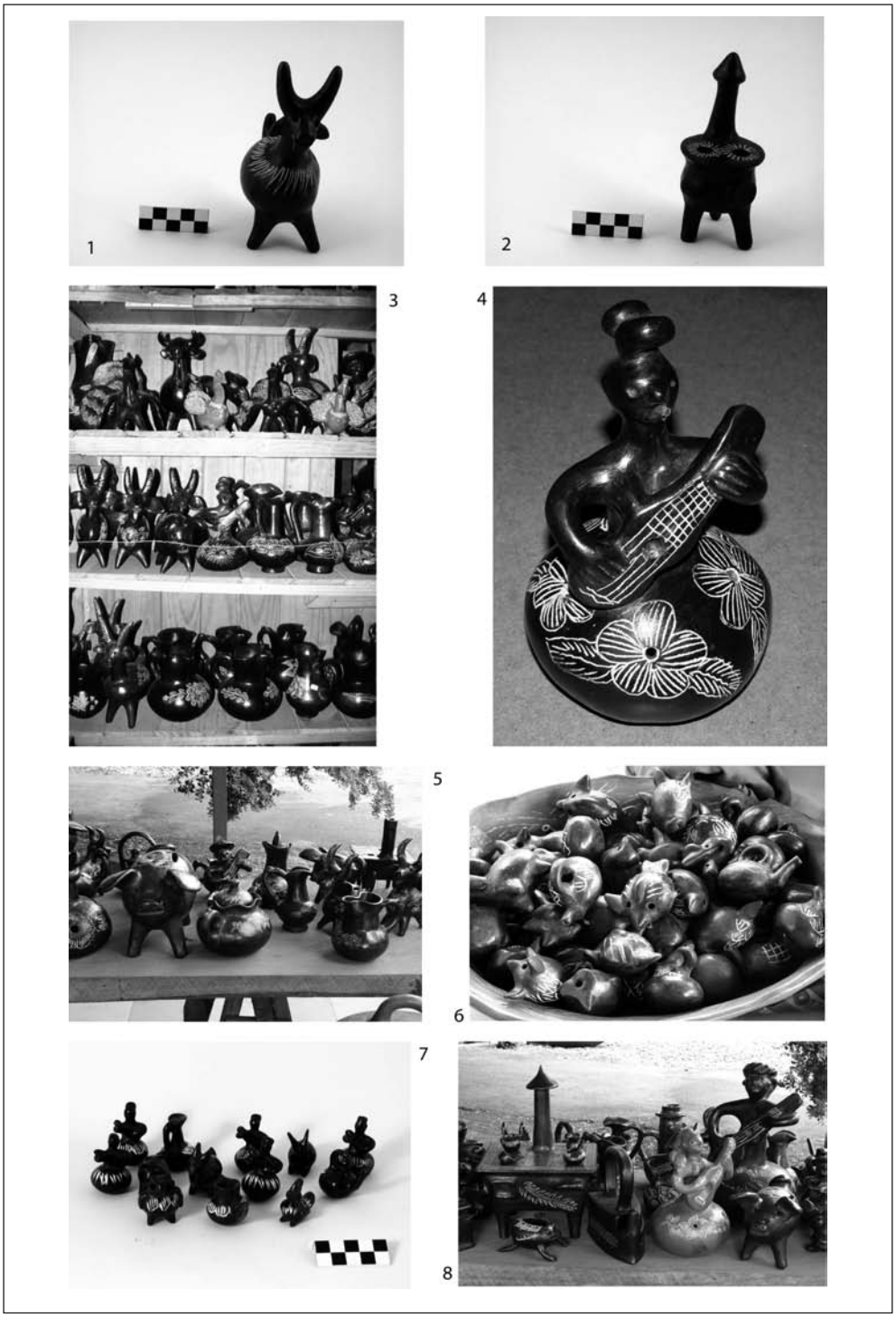


Fig. 19. Formas cerámicas ornamentales: cabra (1), cocina económica (2), miniaturas (6 y 7) y exposición en un punto de venta (3 y 8).

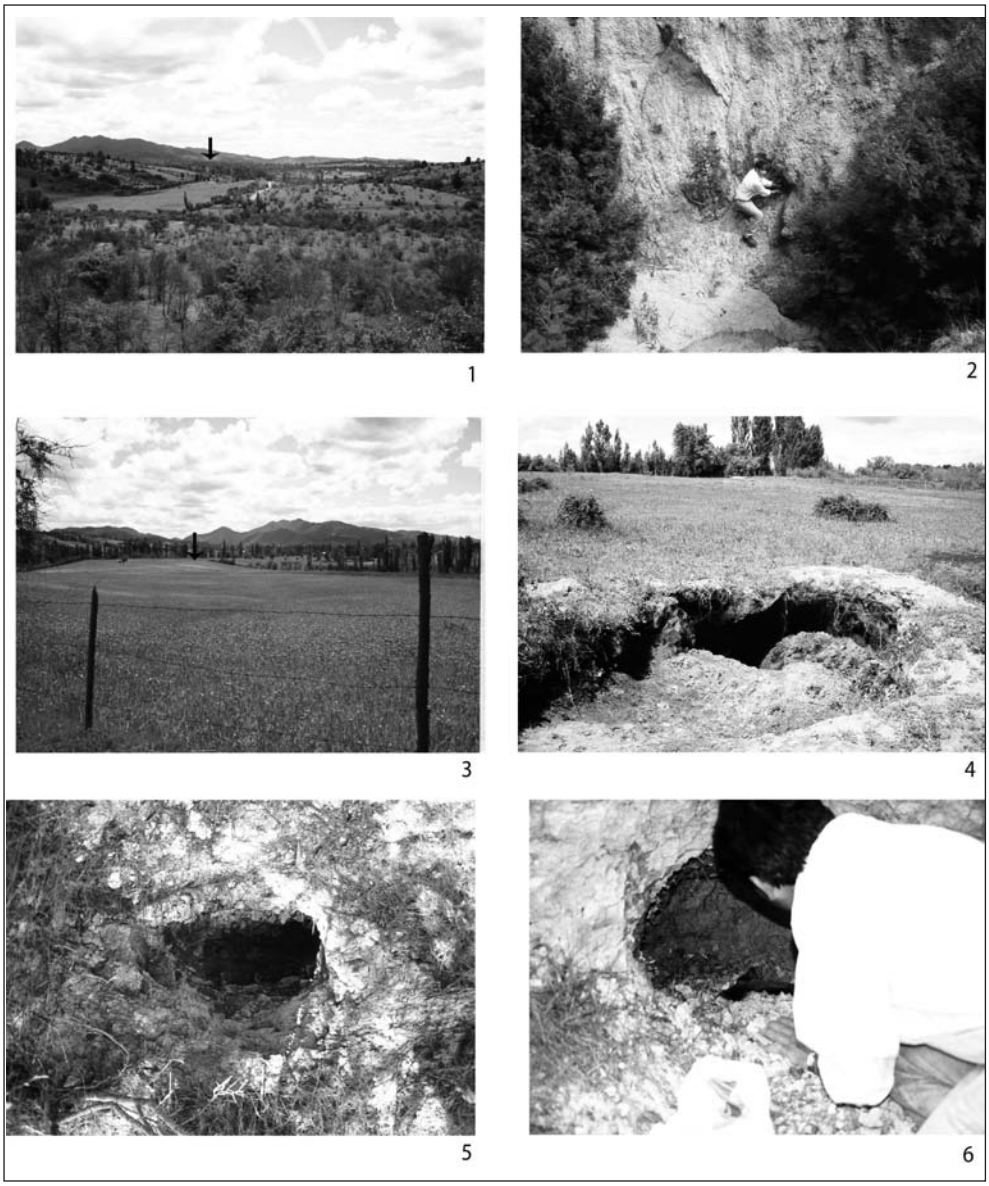


Fig. 20. Quinchamalí. Obtención de materias primas: localización de la población (1), recolección de greda amarilla (2), mina y localización de greda roja (3 y 4) y recogida de colo blanco (5 y 6).

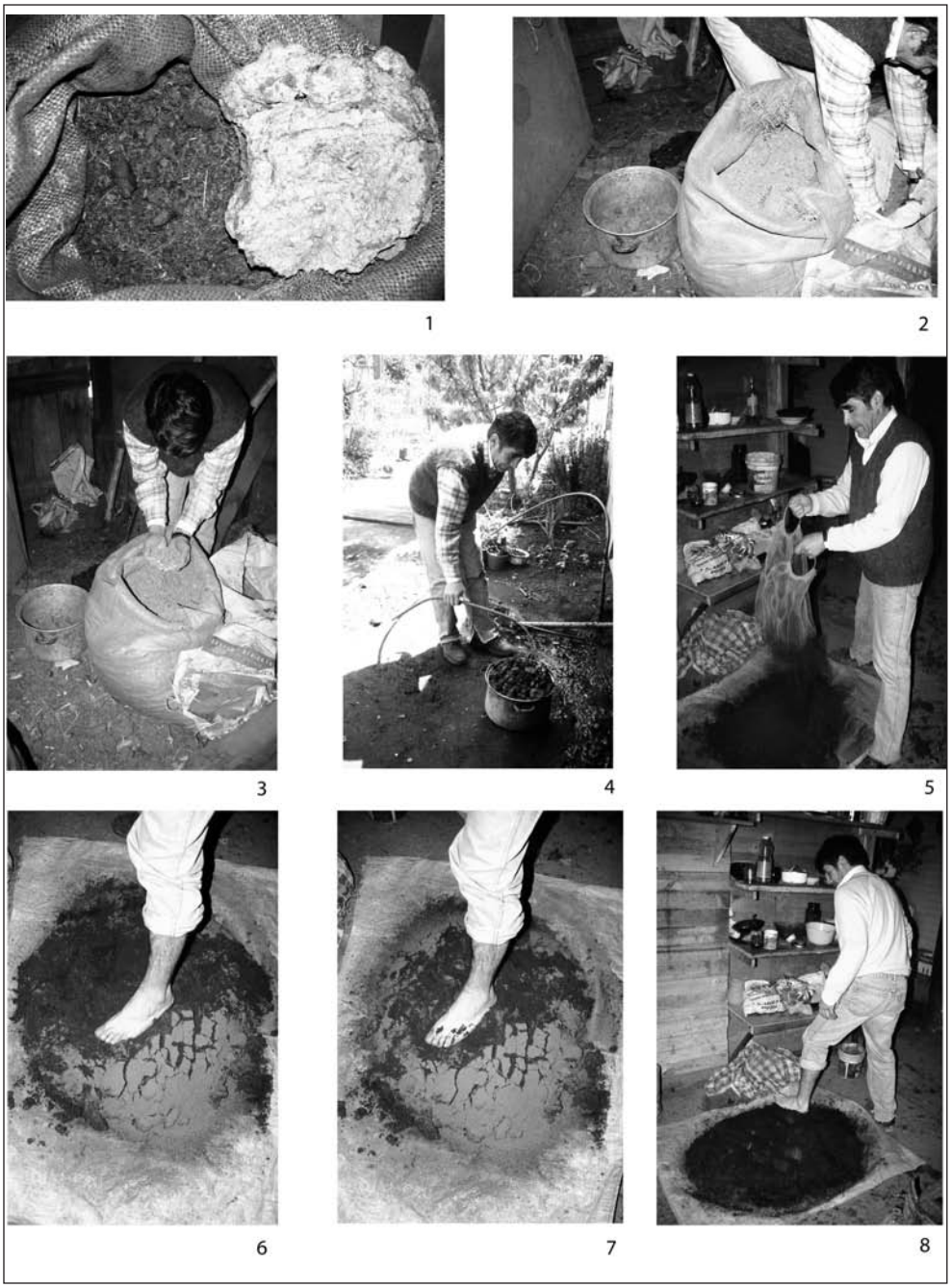


Fig. 21. Quinchamalí. Preparación de materias primas: combustible de bostas de caballo y vacuno (1), preparación de la composición de la arcilla (2 y 3), remojado de la greda roja (4), cribado de la greda negra (5), pisado y mezcla (6, 7, 8).

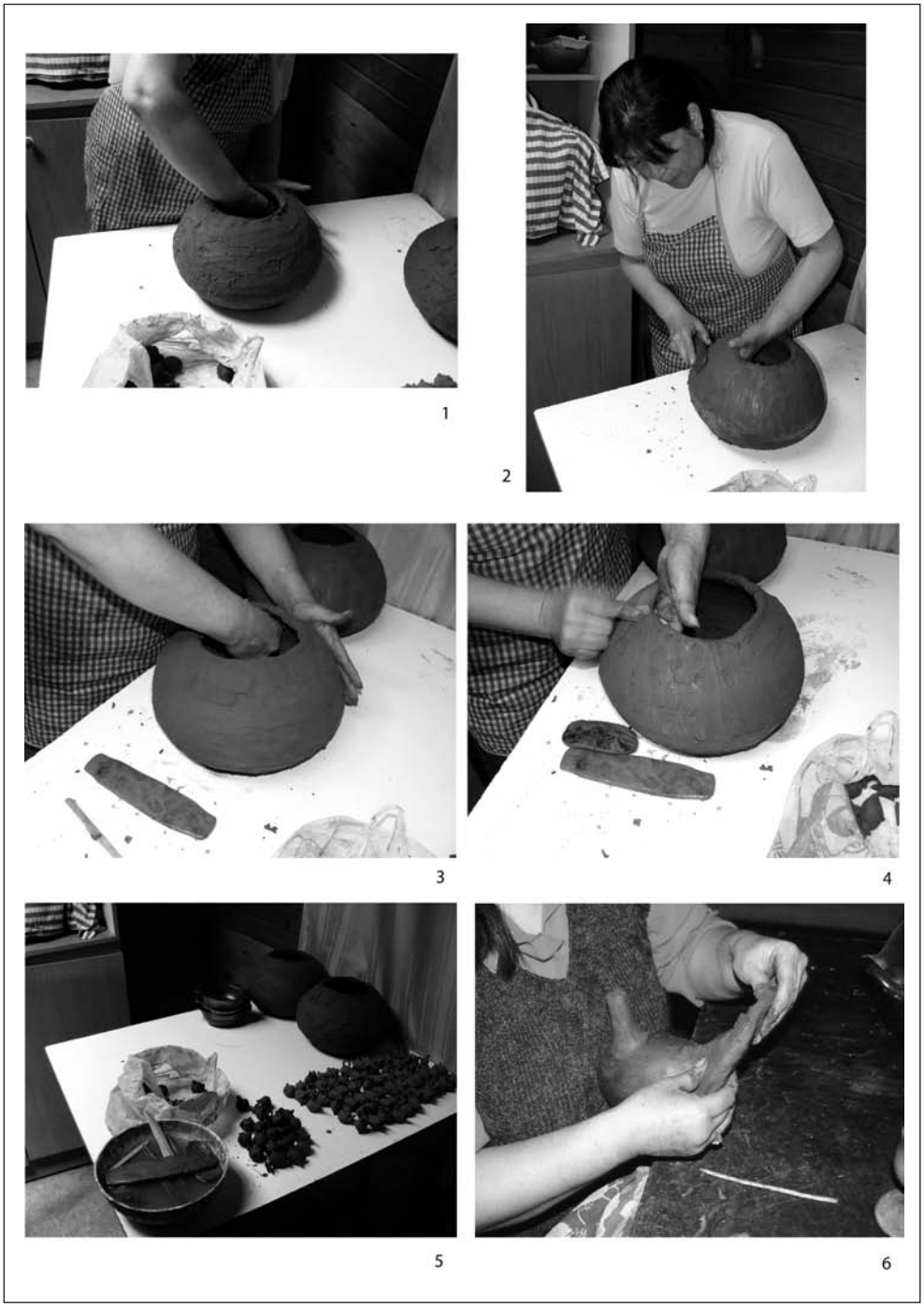


Fig. 22. Quinchamalí. Modelado I: levantado (1), compactado (2, 3, 4), secado (5), añadido de elementos secundarios (6).

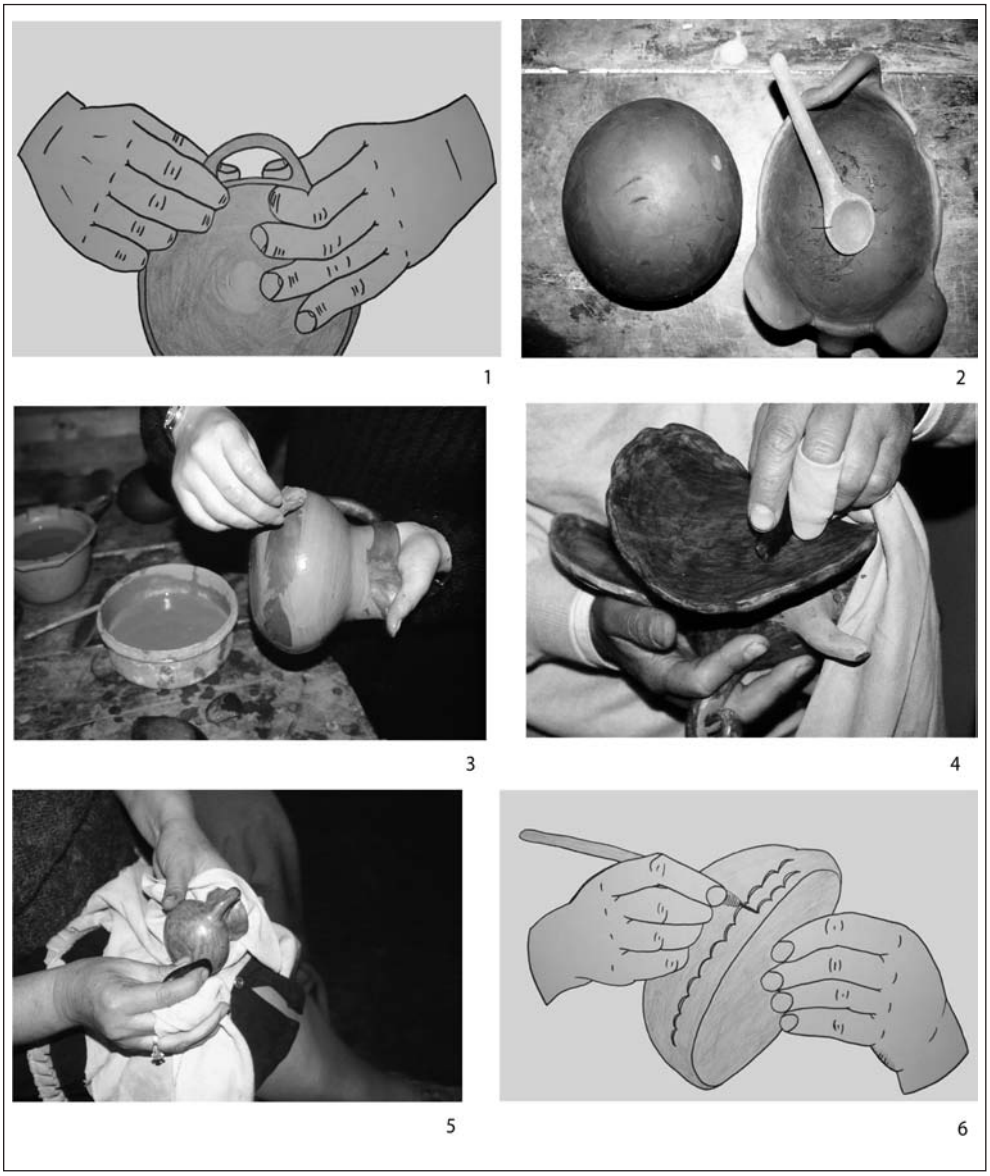


Fig. 23. Quinchamalí. Modelado II: pegado de asas de cinta (1), secado (2), aplicación de engobe (3), bruñido (4), engrasado y segundo bruñido (5) y aplicación de incisiones (6).

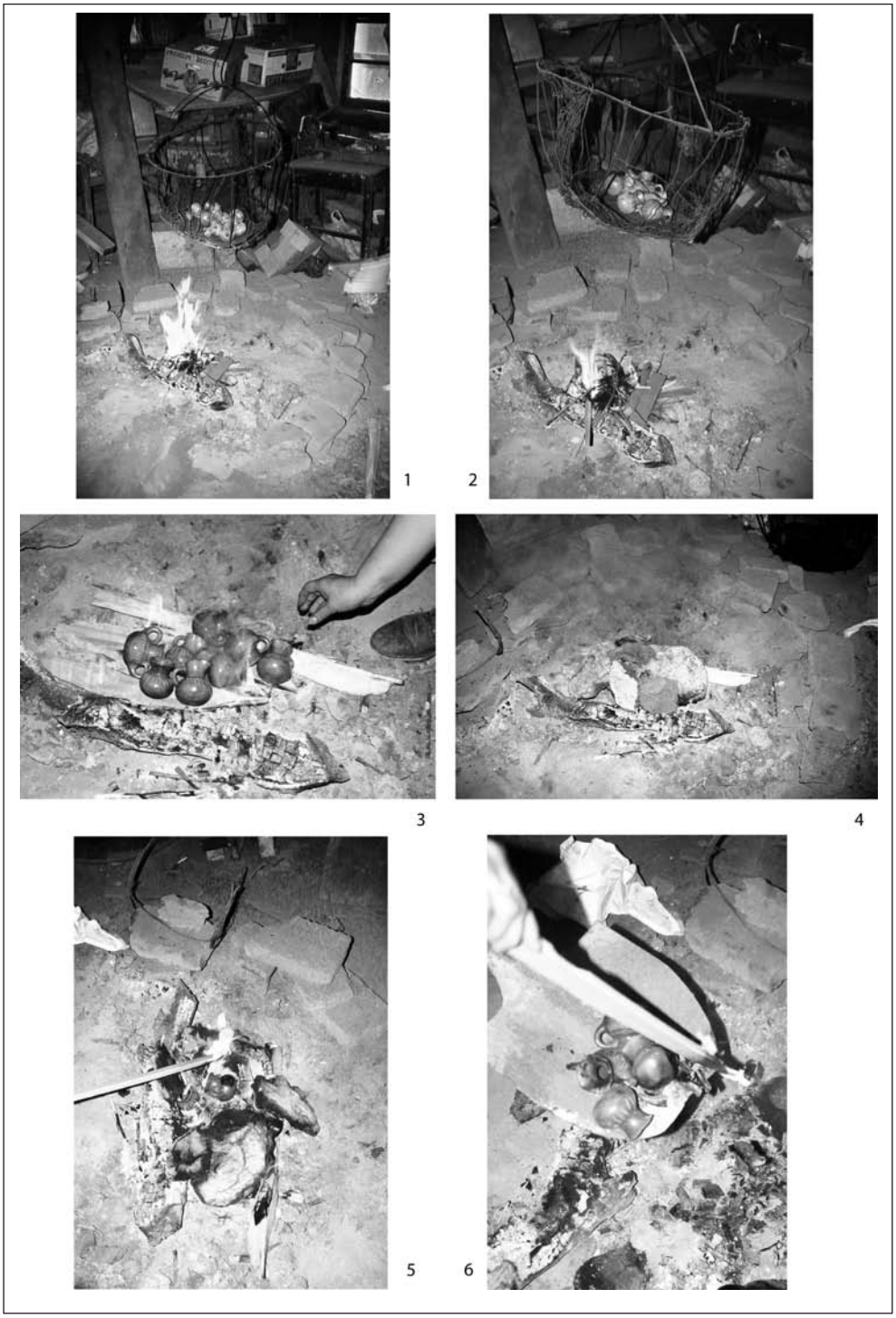


Fig. 24. Quinchamalí. Cocción: precalentamiento (1 y 2), cocción (3 y 4) y retirada de las vasijas (5 y 6).

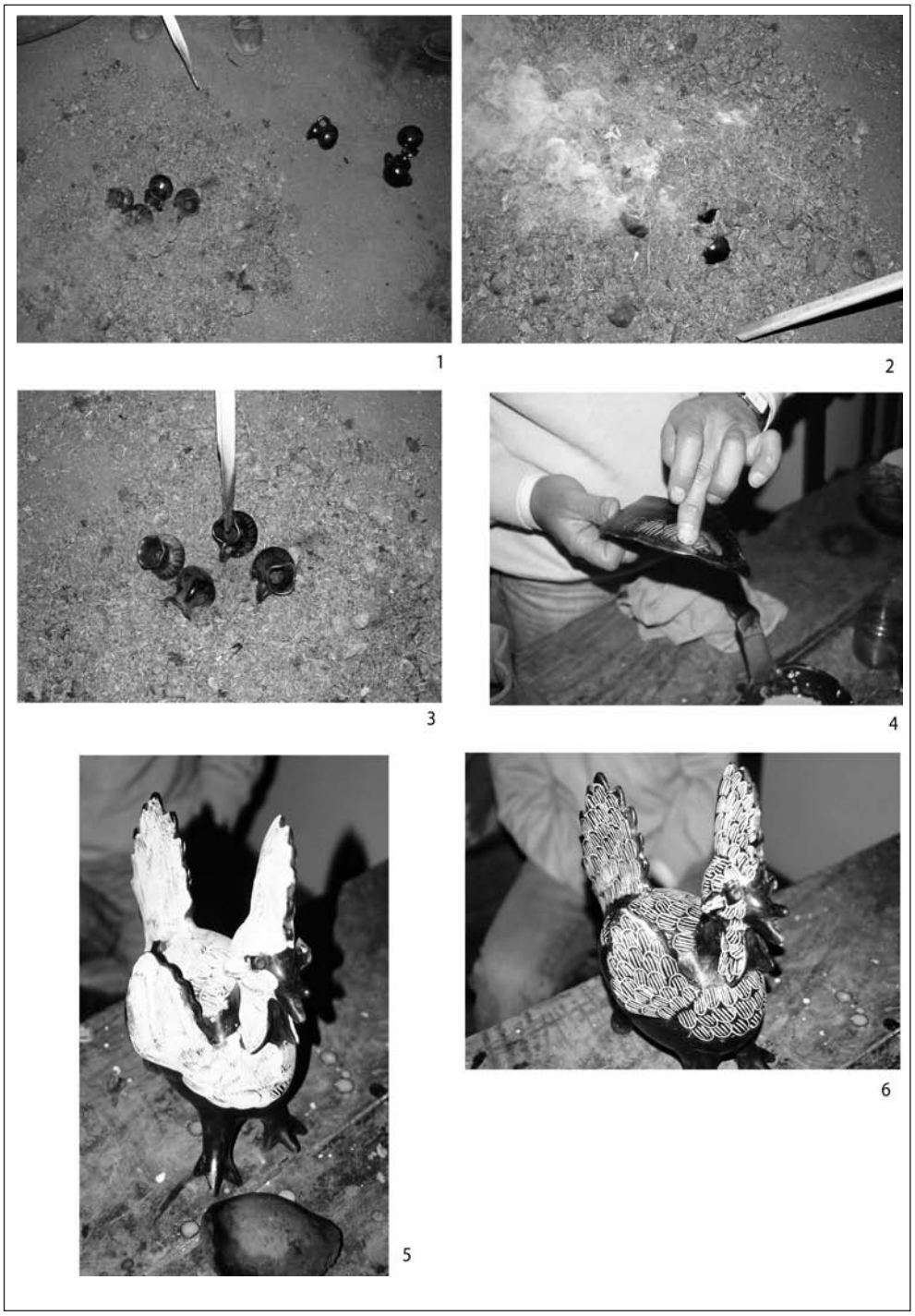


Fig. 25. Quinchamalí. Tratamientos posteriores a la cocción: ahumado (1, 2, 3) y aplicación de colo blanco en las incisiones previas (4, 5, 6).

Fig. 26. Pilén. Cerámica utilitaria: ollas (1, 3, 4, 5, 7, 8), fuentes y librillos (2 y 9), platos (6), tinaja (10) y paila (12).

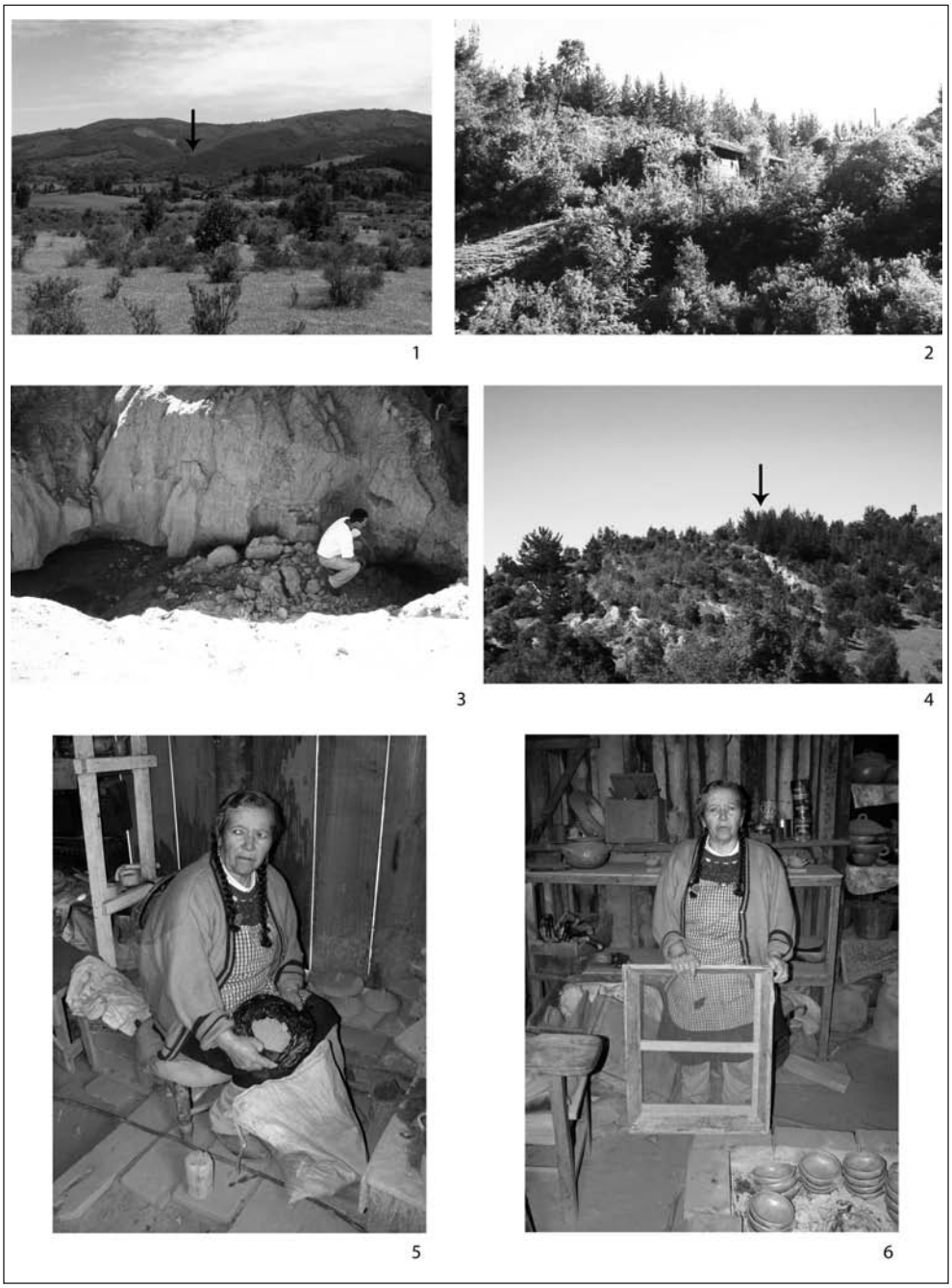


Fig. 27. Pilén. Obtención y preparación de materias primas: ubicación de Pilén Alto (1), unidad productiva de la familia García (2), mina de arcilla (3 y 4), machacado (5) y cribado (6).

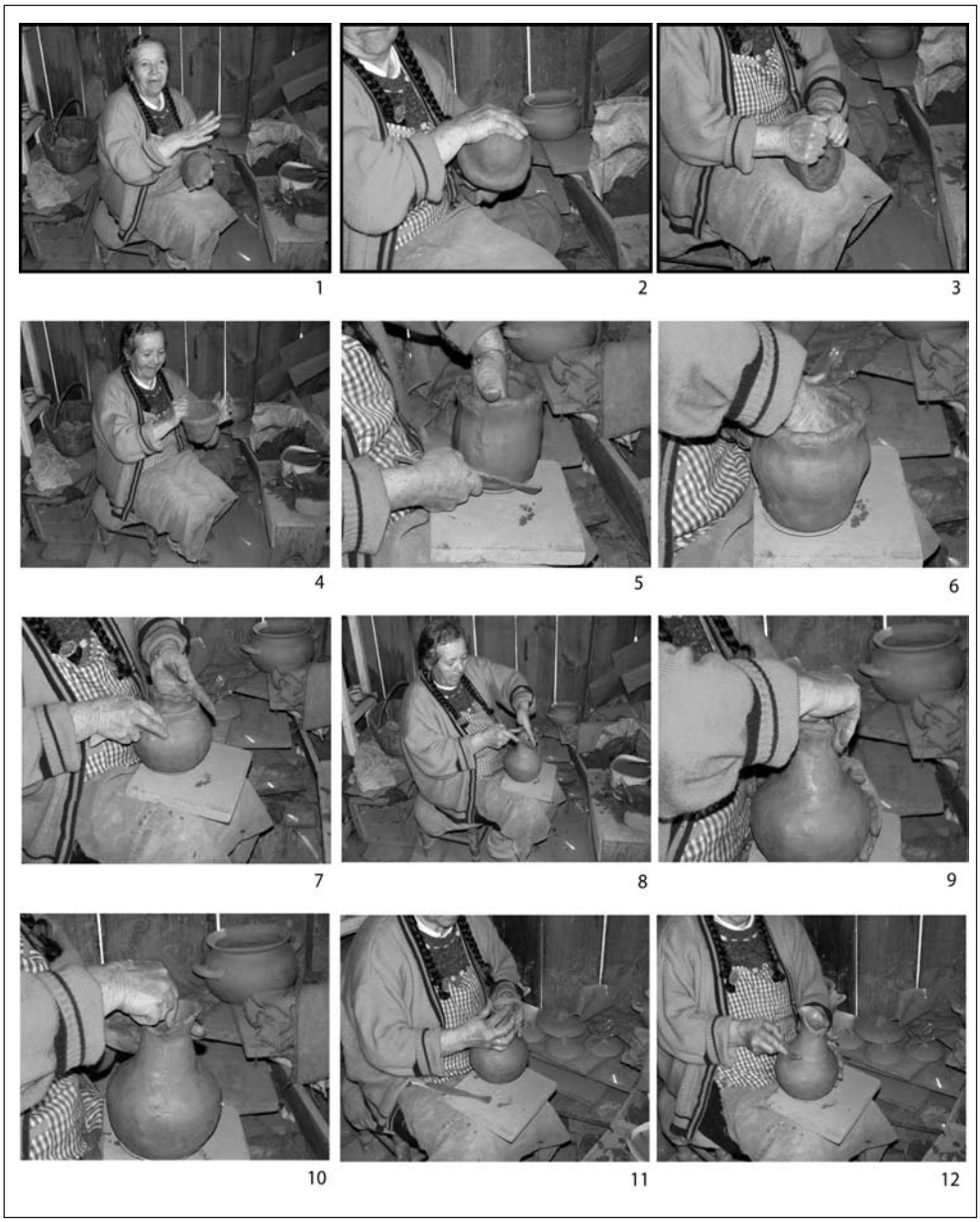


Fig. 28. Pilén. Confección de una jarra: golpeado y arrastrado (1, 2, 3), doblado y arrastrado (4, 5, 6, 7), urdido (9), recortado (10), doblado para confeccionar el borde (11) y raspado (12).

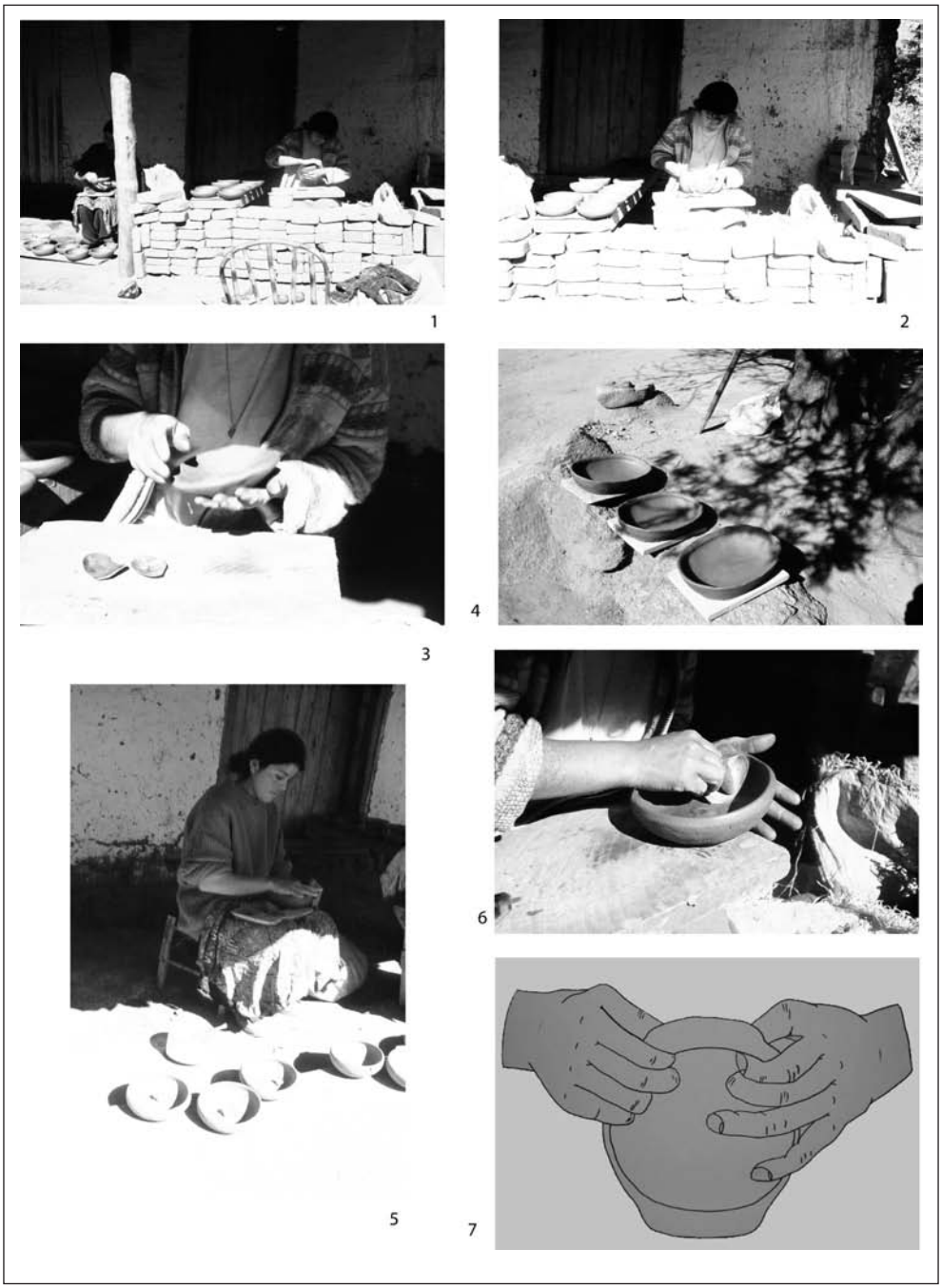


Fig. 29. Pilén. Modelado: alfareras en su lugar de trabajo (1), golpeado y doblado (2 y 3), primer secado (4), añadido de los asideros (5 y 7) y raspado (6).

Fig. 30. Pilén. Tratamientos de superficie y cocción: primer secado cuando ya se han colocado los asideros (1), bruñido (2), herramientas y engobes (3), segundo secado (4), calentamiento de las vasijas (5) y cocción (6).

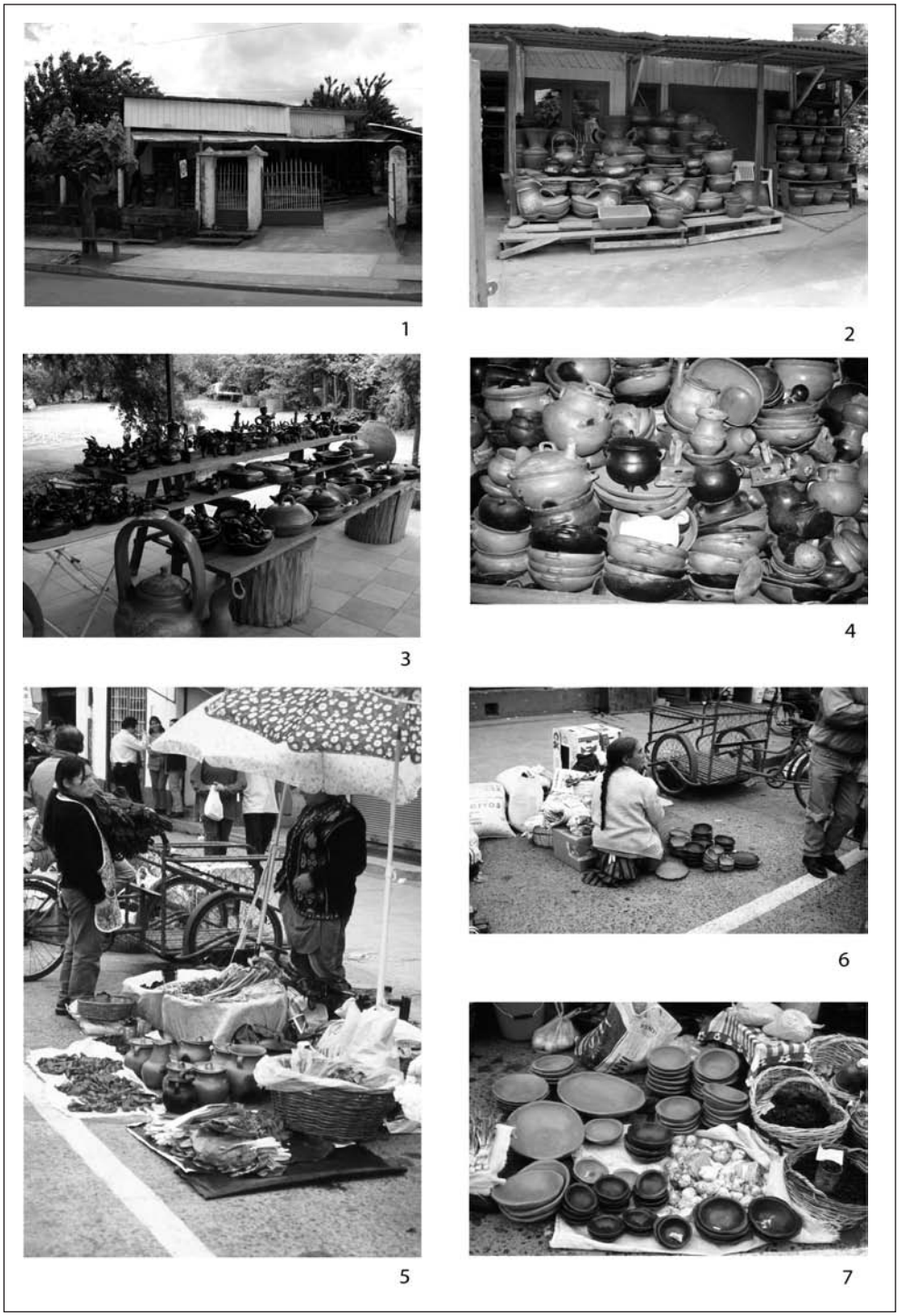


Fig. 31. Distribución. Puntos de venta de Quinchamalí (1, 2 3) y mercado de Cauquenes, donde las alfareras de Pilén venden sus productos (4, 5, 6, 7).

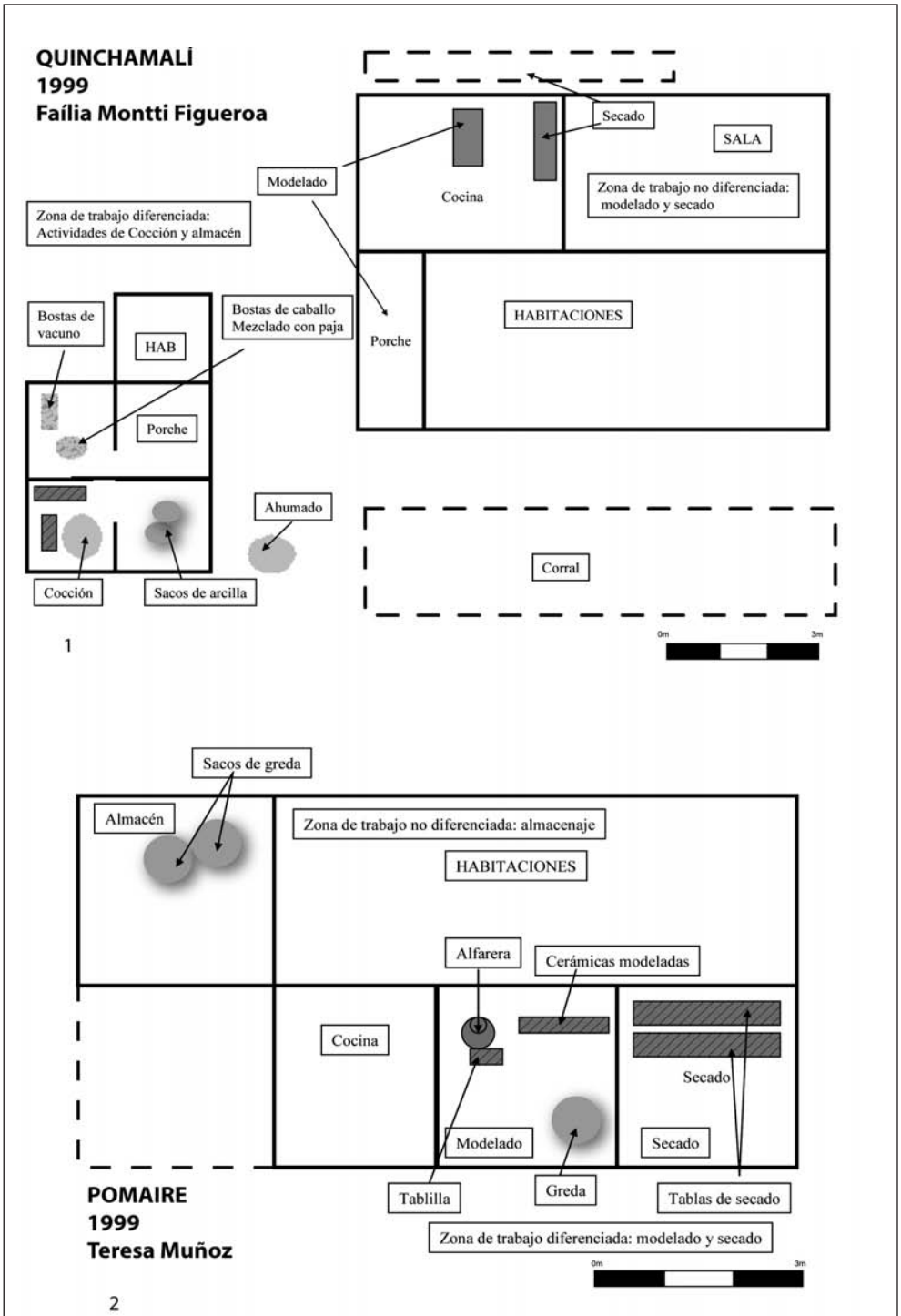


Fig. 32. Organización espacial de la zona de trabajo I.

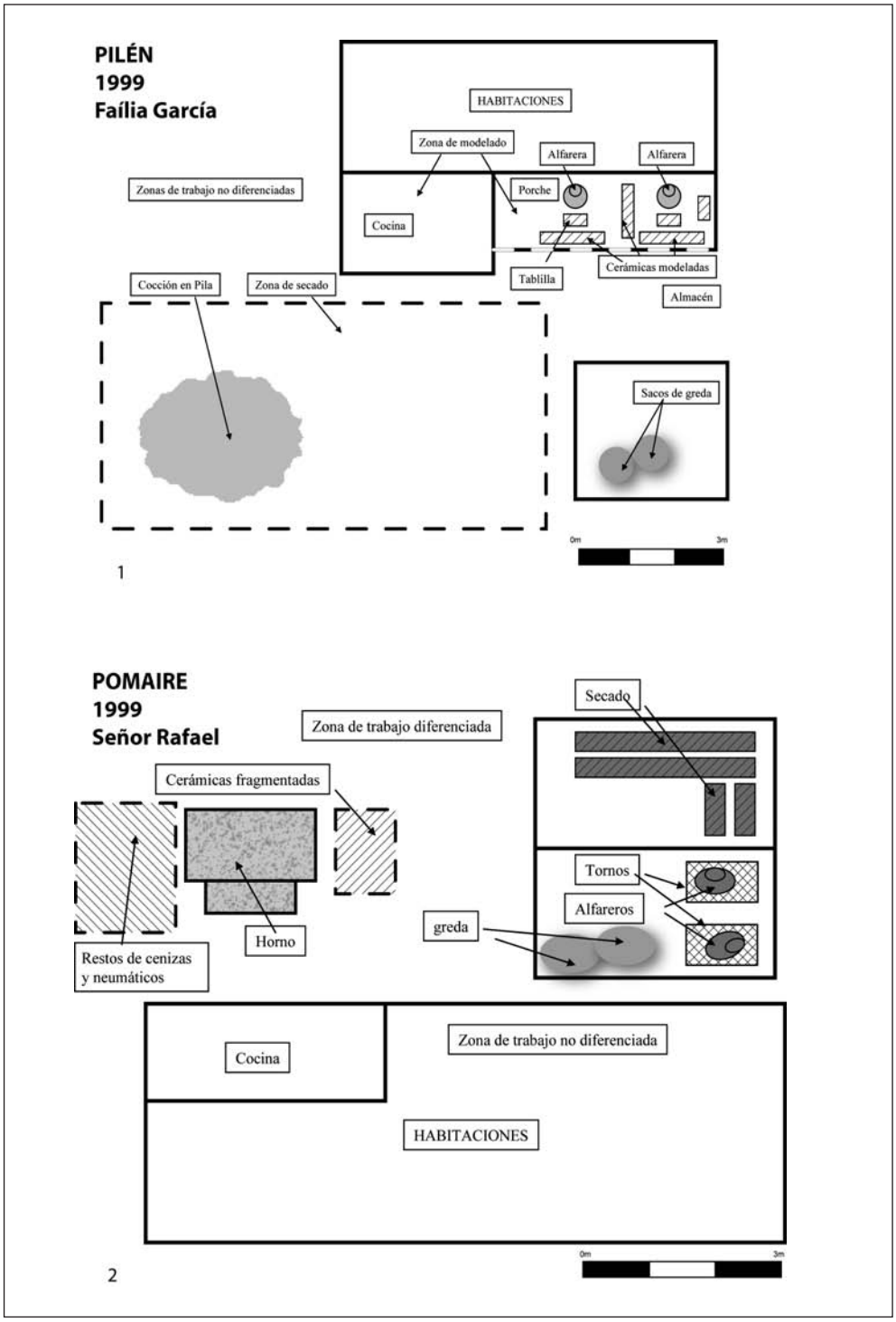


Fig. 33. Organización espacial de la zona de trabajo II.

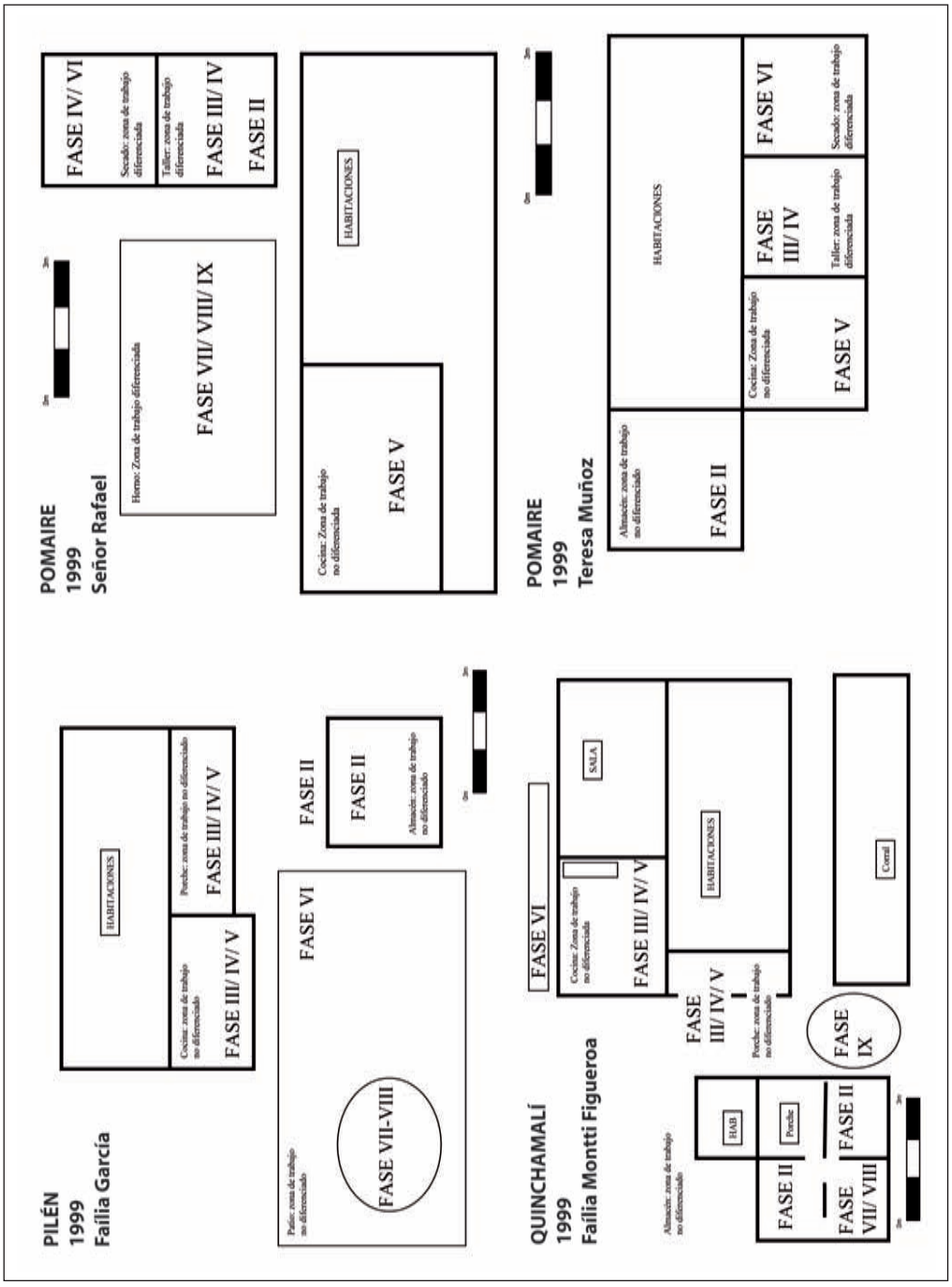


Fig. 34. Comparativa entre las fases de trabajo alfarero y la utilización del espacio.

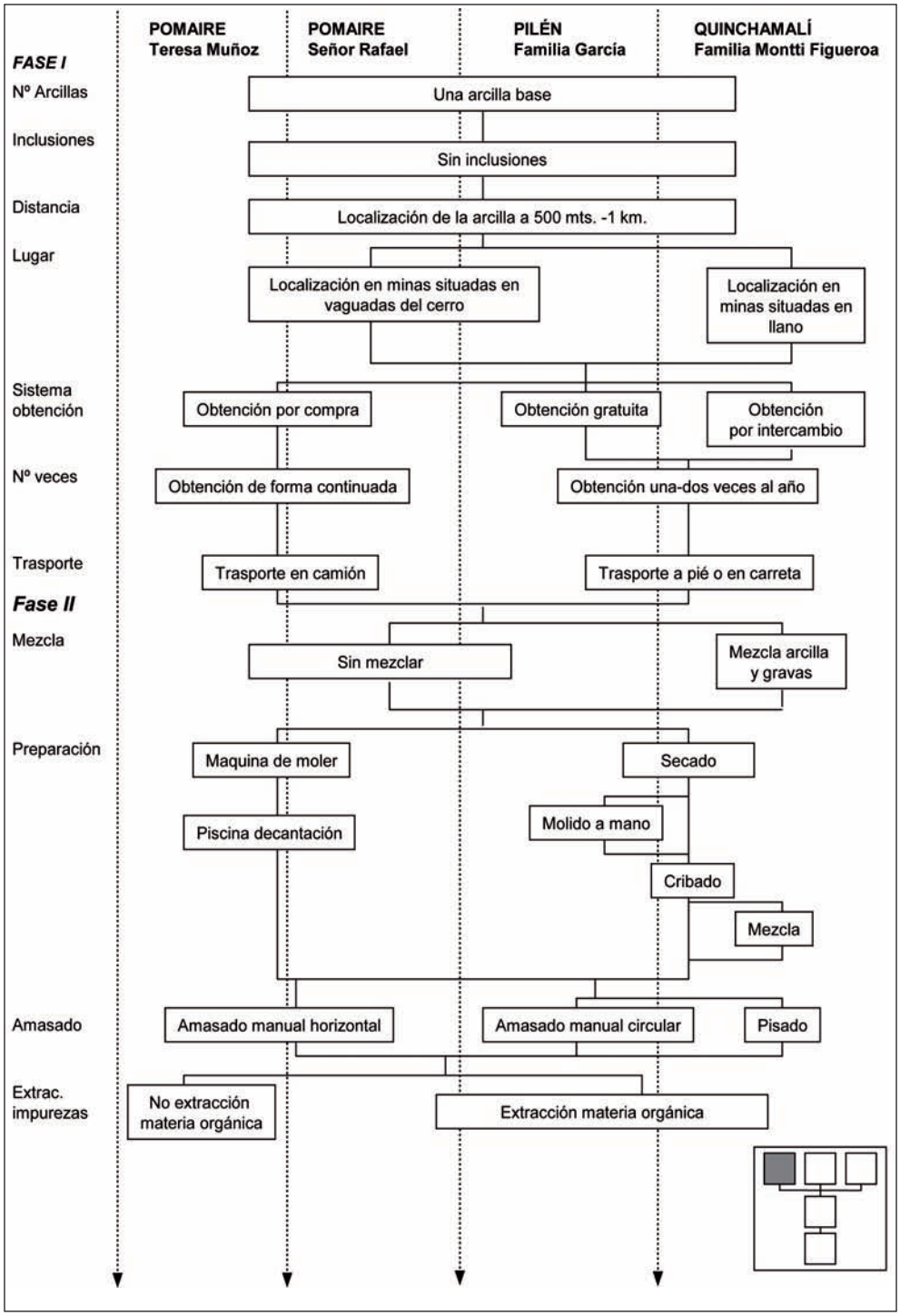


Fig. 35. Cadena operativa de obtención y preparación de la arcilla (fases I-II).

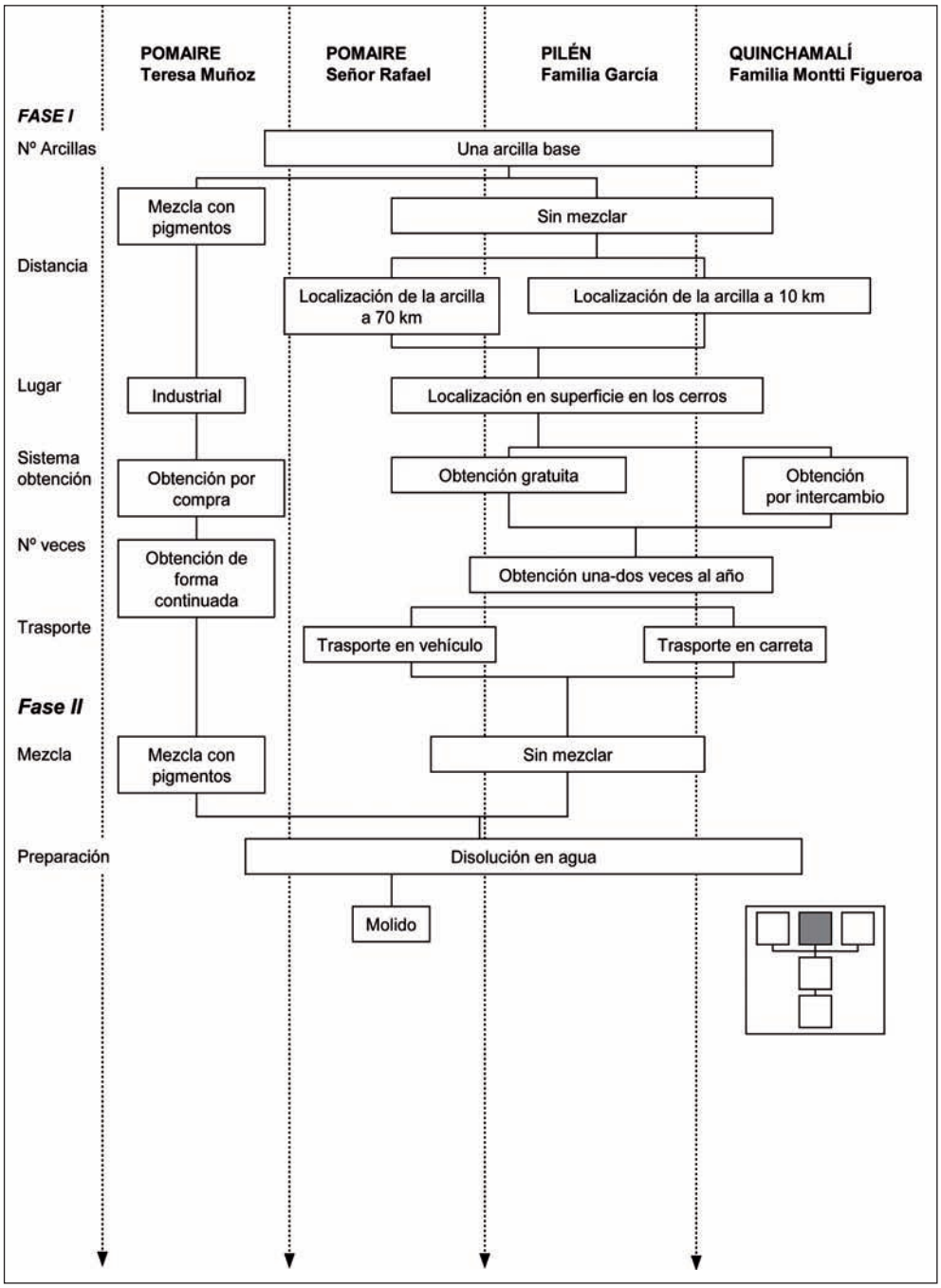


Fig. 36. Cadena operativa de obtención y preparación de los engobes (fases I-II).

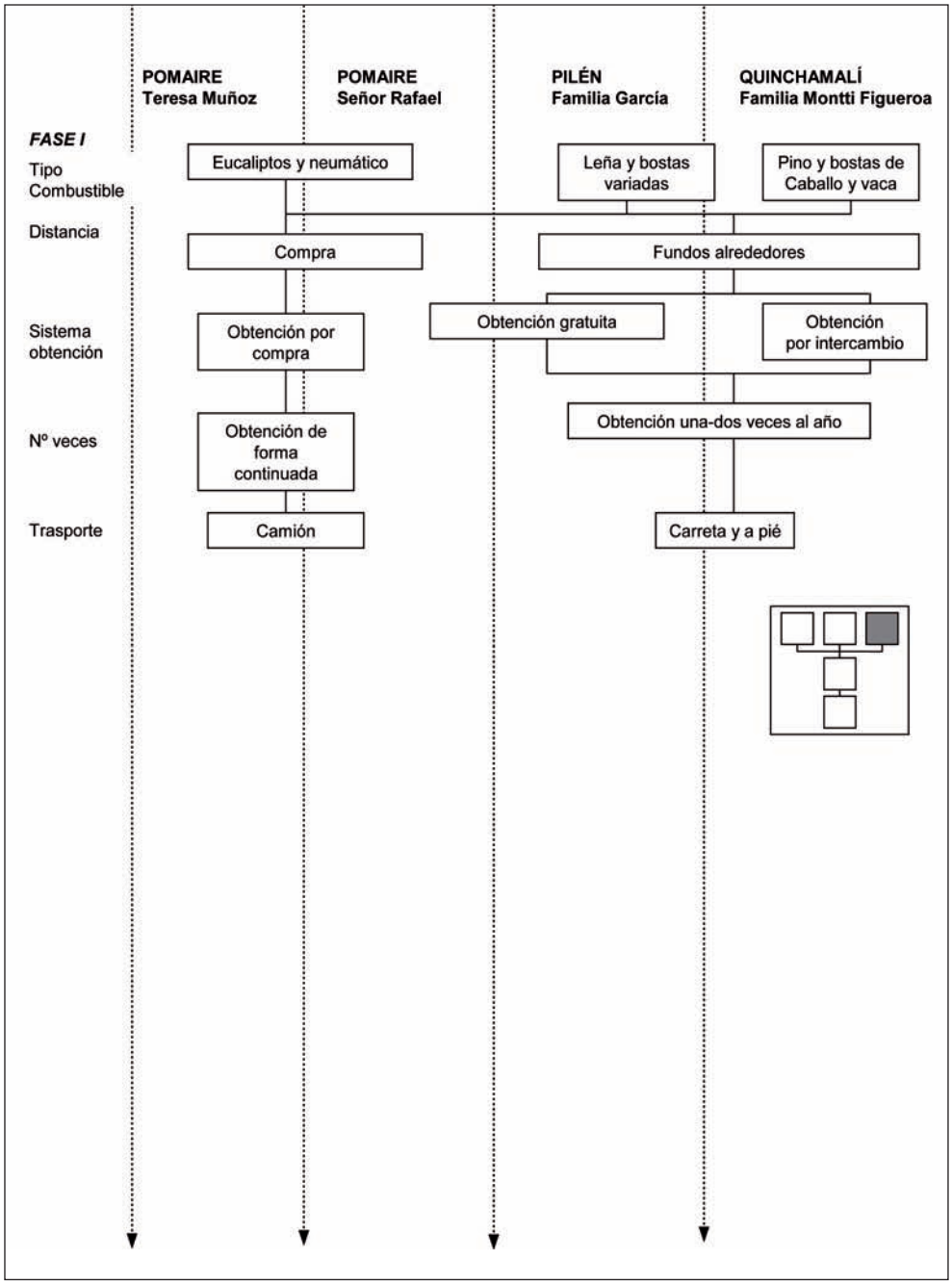


Fig. 37. Cadena operativa de obtención y preparación del combustible (fases I-II).

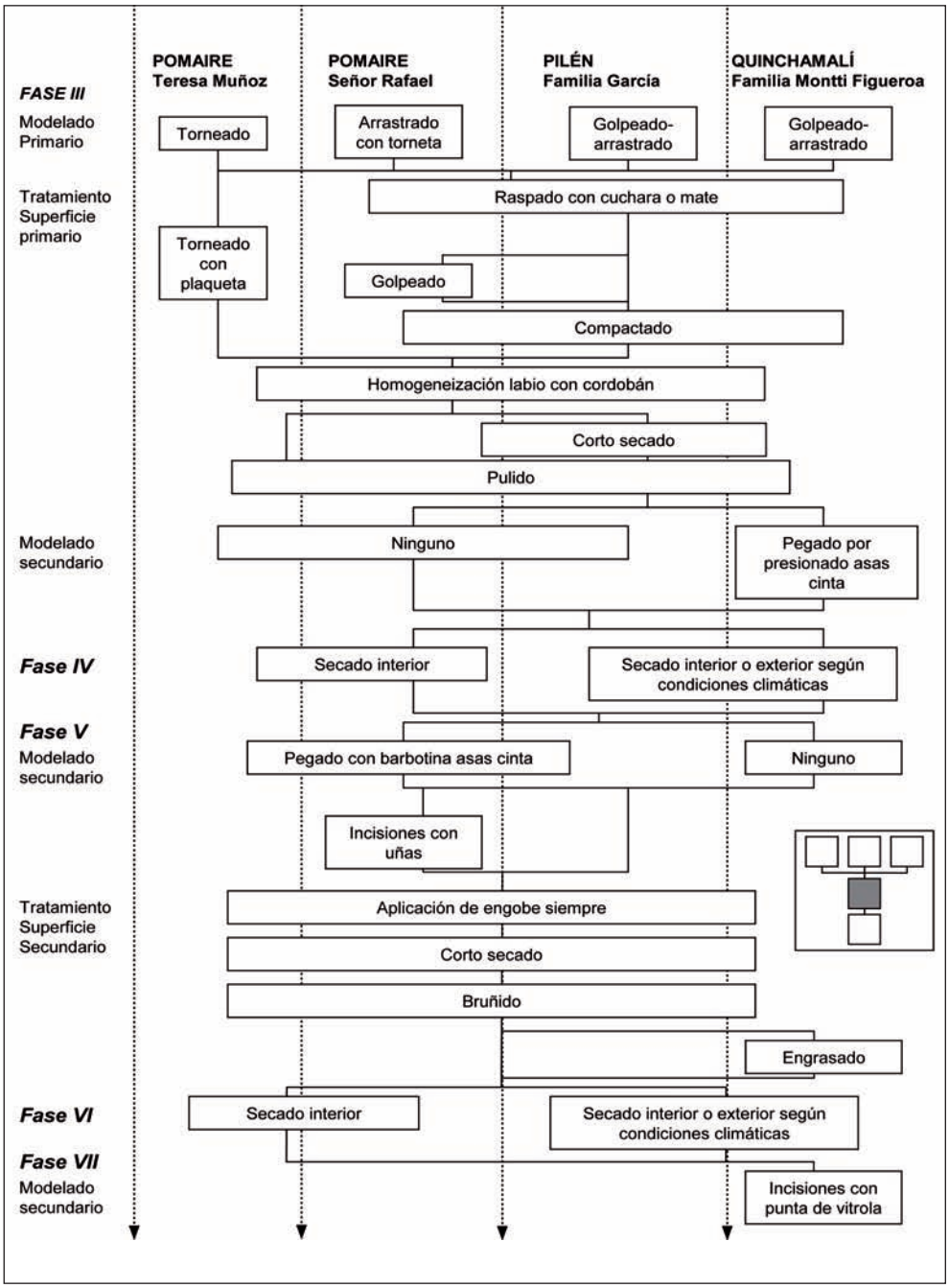


Fig. 38. Cadena operativa de modelado y tratamientos de superficie cuando la arcilla está entre estado fresco y seco (fases III-VII).

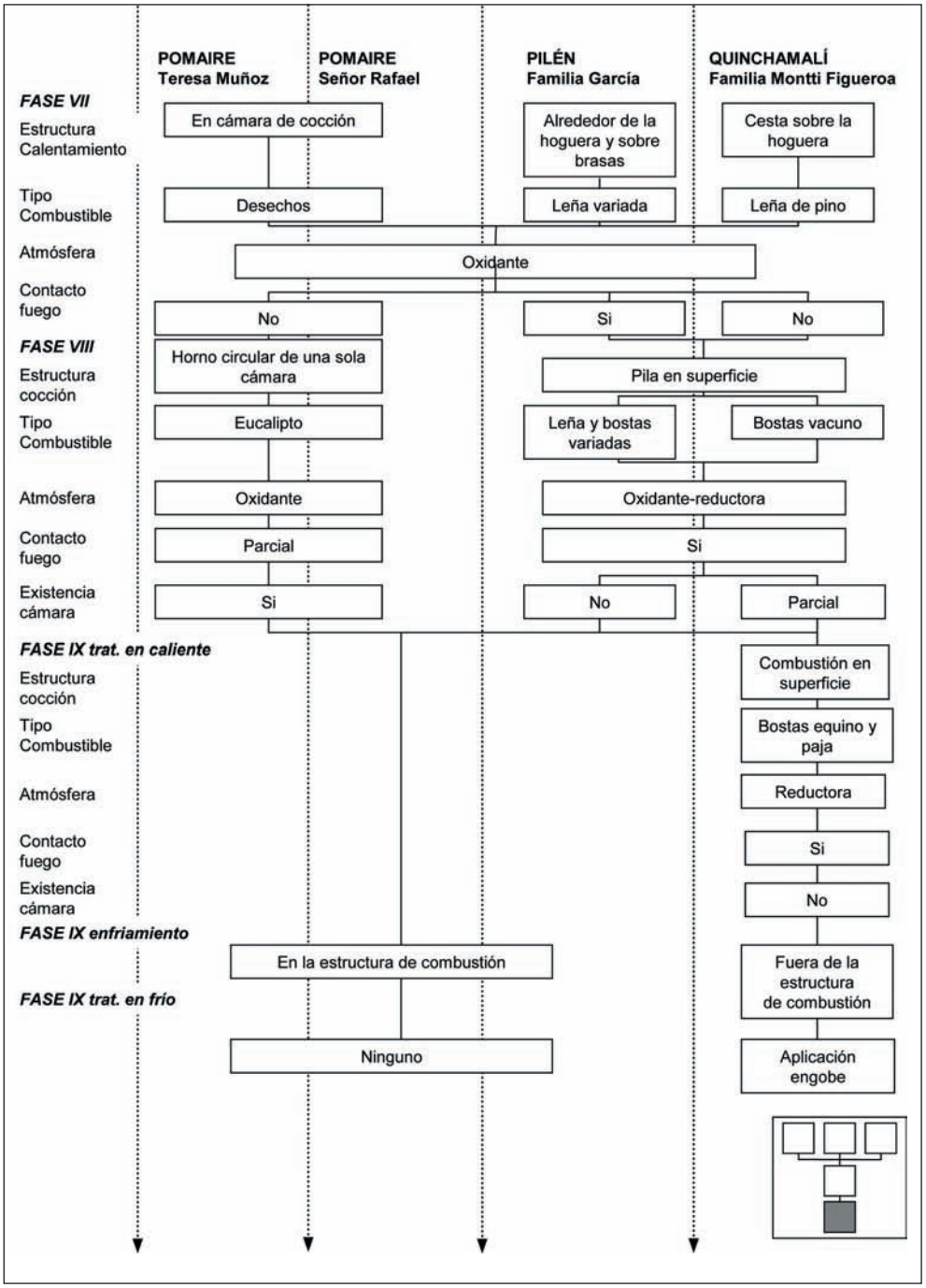


Fig. 39. Cadena operativa de cocción cuando la arcilla se transforma de estado seco a cocido (fases VII-IX).

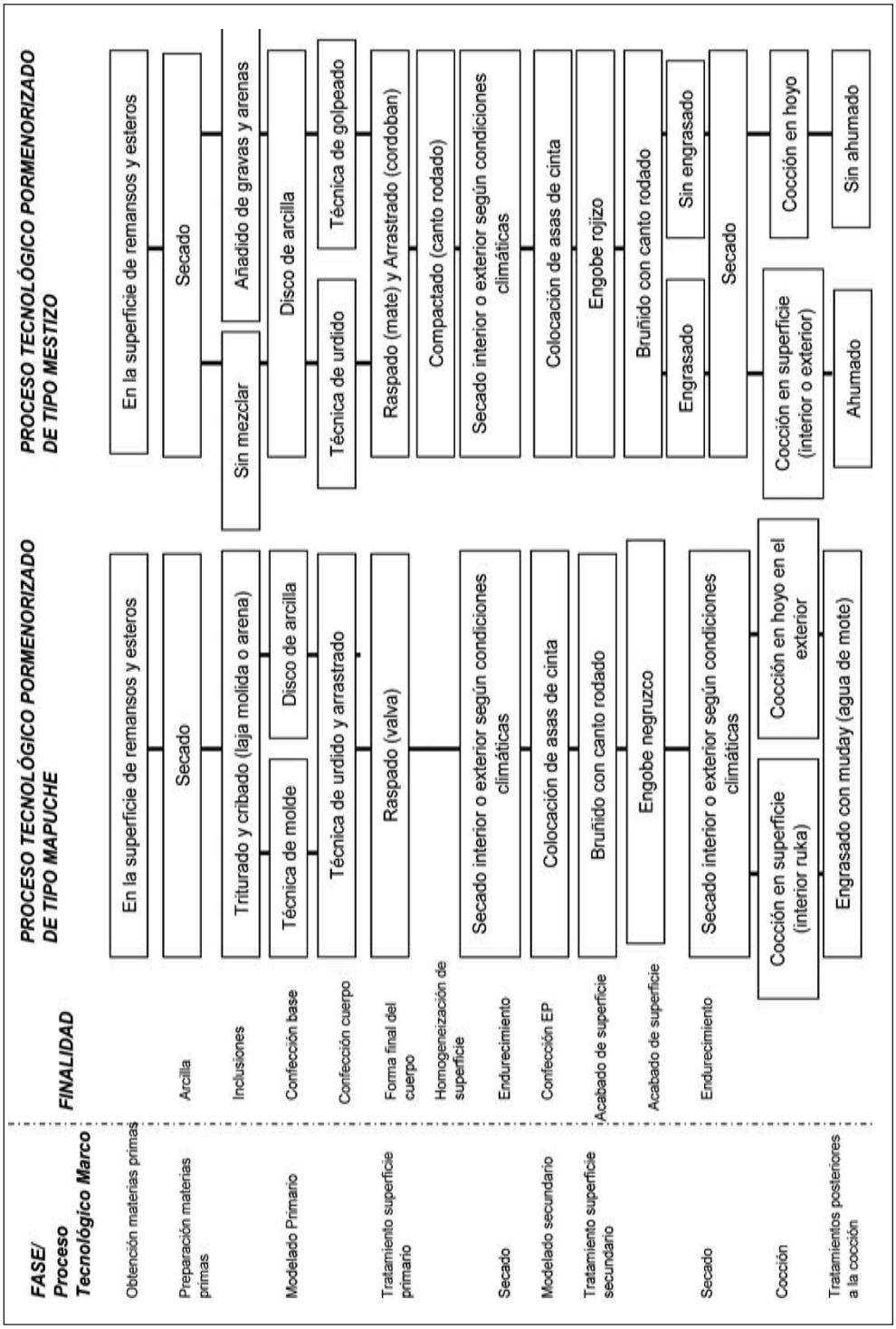


Fig. 40. Comparativa de las cadenas operativas tendenciales de tradición mapuche y mestiza.